

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VÉLEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Comilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Iméndia (don Carlos).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Ruben).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R (don Pedro).—Volio (don Anselmo.)

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero .. 1-50. " "
Números sueltos, \$ 0-25. "

2^a EPOCA.

San José, 10 de Julio de 1890.

N^o 1.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

"COSTA RICA ILUSTRADA," por Juan F. Ferraz.—ADELANTE, por Emilio Pacheco.—CRÓNICA MADRILEÑA, por Alfonso Pérez Nieva.—MEDIA NOCHE, por Manuel J. Barriere.—EL FUEGO, por Isidro Marín Calderón.—LILY, por C. G.—YO QUÉ, por Juan F. Ferraz.—NO HAY CASO, por C. G.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—NOTAS.—ANUNCIOS.

COSTA RICA ILUSTRADA.

Distribuir colores sobre una paleta; diluirlos y combinarlos luego convenientemente; trazar sobre el lienzo con el pincel empapado en los matices, sombras, claro-oscuro y luces que la naturaleza ostenta y que embellece e idealiza la fantasía, los atrevidos rasgos del cuadro que luego cautiva y subyugue y se apropie la admiración del espectador: eso es ser artista.

Y aunque parezca cosa especial y reservada al genio superior, es también cierto que esas disposiciones naturales y aptitudes congénitas para el arte, duermen muchas veces el sueño de lo ignorado y de lo inconscio, y hay que despertarlas.

Así se reveló por inesperada manera el talento pictórico del Mulato de Murillo.

Colón jugaba de niño con barquichuelos de papel, y había de descubrir en las carabelas de los Pinzones todo un mundo, que dormía en el seno del tenebroso océano el letargo del olvido, de la tradición y de los siglos.

La revelación del talento es una de las circunstancias más dignas de atención en el desenvolvimiento intelectual.

Los niños que toman un pedazo de tiza ó un carbón, y se entretienen fantaseando figuras más ó menos estrambóticas en pisos y paredes; los que todo lo quieren imitar con el lápiz ó el barro, y no se cansan de mirar y remirar láminas y estampas: éstos son de la pasta de los Rafael y Velázquez.

El quid está en aprovechar á tiempo y dirigir convenientemente esas tendencias y habi-

lidades, y en facilitar el desarrollo del embrión que germina escondido en el pequeño artista.

¿Cómo se aclimata el arte, cómo la literatura en un pueblo nuevo?

He aquí la cuestión que nos propone "Costa Rica Ilustrada," á quien vemos sentada en cómoda y amplia butaca, con la pluma en una mano, meditabunda, puesto el dedo índice de la izquierda sobre la prominencia frontal y medio recogidos los demás en símbolo de duda.

Un periódico ilustrado, una revista de artes, ciencias y letras, es indudablemente un cuadro que representa al vivo el estado social del pueblo donde sale á luz; más todavía, la prensa toda de un país retrata á su gente, es á su modo una *ilustración*, un grabado exacto, casi una fotografía.

Esta tierra de Pedrarias y Vázquez de Coronado, guiñon colocado en la frase del progreso de ambas Américas, tiene como la figura de un interrogante, cuya base está en el Golfo Dulce, Punta Burica, el viejo valle de Guaimí y la bahía del Almirante: el punto de la interrogación se halla en el pequeño cabo y en los altos y erizados cerros de Sal-si-puedes: la curva significativa de la pregunta se enrosca, después de pasar sucesivamente por el puerto de Limón, el delta del Colorado y la orilla sur del río San Juan y lago de Nicaragua, deprimiéndose con la bahía de Salinas, por medio de la península de Nicoya en el Golfo del mismo nombre, donde remata la cuestión propuesta.

Dentro de las sinuosidades de esa elegante voluta, que comprende un espacio de veintidós mil millas cuadradas, alzan sus hirvientes cerebros desde el volcán de Orosí hasta el Turrialba humeante, y desde el dormido Irazú hasta el Barba caduco y extinguido, y el Poás y el Tenorio altivos y el mugiente Cuipilapa.

Corrugación ingente de la tierra en su estado ígneo primitivo, presenta el istmo, como el dorso encrespado de un gato que acaba de levantarse del caliente rescoldo del hogar y se frunce y enarca al contacto del aire frío, ó que bufa en presencia de un perro, cuyo sereno continente le crisa los nervios.

Nudo gordiano de los Andes, que como si temieran el desequilibrio de ambos océanos, se

inclinan al Pacífico, robándole de siglo en siglo, de día en día y de momento á momento, un pedacito de sus cristalinos dominios, y dejando expuestas á la voracidad del Atlántico las tierras bajas del Norte y Este.

Y puesto que la naturaleza ha sentado aquí, entre estas enhiestas cumbres y estrechas gargantas y deliciosas planicies, sus retortas y matraces ciclópeos, de una y otra vertiente lanzanse como surtidores de una fuente de plaza pública, infinitos ríos que, murmurando dichas ó cantando quejas, van corriendo como nuestras vidas, según la poética expresión de Jorge Manrique, "*á se acabar*" en el seno bullente de las ondas.

Osténtanse por doquiera en Costa Rica las bellezas físicas más deslumbradoras, y no hay panorama que más variados aspectos ofrezca, agregándose á esto, y á un clima en general delicioso, el escondido incentivo de riquísimos veneros inexplorados. Es como una doncella que á los encantos de su rostro une la intacta fuente de goces y placeres no sentidos en el sagrado tabernáculo del corazón inocente.

La vegetación, á orillas de esos innumerables surtidores, y al abrigo de una y otra eminencia, es verdaderamente oriental y paradisíaca.

Todo contribuye, en fin, á disponer de este precioso fondo para delinear sobre él el cuadro del porvenir.

Ya se puede responder ahora á la pregunta que á los hombres hace el mapa de Costa Rica.

"¿Qué será?"

Nosotros, los que creemos en las grandes empresas, propuestas por el genio á la realización del capital y del trabajo, y de la cultura humana, tenemos fe en la realización del canal de Panamá; y si confrontamos lo que pueden hacer la emulación y la competencia, no dudamos de la apertura del canal del San Juan.

Cuando dirigimos la escrutadora mirada á las huellas históricas de aquella raza gigante de los españoles de los siglos XV y XVI; cuando vemos á Colón trayendo de la mano, como inspirado, al pueblo que en ese momento terminaba la contienda de setecientos años, iniciada á

orillas del Guadalete y concluida en los alcázares de Granada, y mostrando á Corteses y Pizarros campos inmensos de gloria inacabable; cuando contemplamos la persistencia inaudita de aquellos caudillos y de su jefe en buscar el paso occidental á las Indias: no podemos menos de admirar á quienes cuatro siglos después insisten en abrir ese paso: es como una deuda histórica á la gloria de Colón.

La apertura del Istmo no es idea nueva: Colón buscaba un estrecho natural y aun parece que creyó hallarlo en el Golfo de Paria.

Buscaron ese camino á las Indias orientales sucesivamente "Ponce de León, en la Florida en 1512; Díaz Solís, en el río de la Plata en 1516; Sandoval, en Tehuantepec; Orellana, siguiendo la corriente del Napo y bajando el Amazonas hasta el Atlántico; Diego de Ordás, navegando el primero por el Meta y el Orinoco; González de Ávila y Cernada, descubriendo el lago de Nicaragua, que miran como un mar interior de agua dulce, comunicando con el Atlántico por un ancho emisario y con el Pacífico por medio de otro río, según les dicen los indios, haciéndoles creer por un momento que han resuelto el deseado problema, pero convenciéndose por último de lo infructuoso de sus esfuerzos y trabajos, hasta que en 1520 Magallanes, capitaneando las naves españolas, descubre entre las brumas y nieves de una región ingrata y extrema de la América del Sur, la única solución de continuidad entre los dos mares, en el Estrecho que lleva su nombre, y que, por sus condiciones poco favorables, no podía satisfacer á las necesidades del comercio y de la navegación."

Mas no se detuvieron aquellos héreos ante el istmo que les cerraba el paso. Vasco Núñez de Balboa había pagado ya con su cabeza la osadía de haber atravesado el Darién, con mil indios y ciento noventa españoles, de los que sólo le quedaron setenta al terminar su jornada, cuando Saavedra hablaba de cortar el istmo en 1520; González de Ávila y Andrés Coronado, desde 1521, pensaban aprovechar el lago de Nicaragua, descubierto por ellos; en 1529 salvó Machuca el gran rápido que aun lleva su nombre, en busca de la comunicación fluvial; en 1531, Carlos V daba instrucciones á Cortés para buscar un camino entre ambos océanos, y Gomara, capellán de aquel caudillo, indicaba en 1551 tres trazados diferentes para conseguir ese objeto; González Sandoval, y Ordás, en ese mismo tiempo, exploraban el Tehuantepec.

La Inglaterra también se movió á la misma empresa á fines del siglo XVIII, y el norteamericano Walker, á mediados del presente, con la guerra traía la intención de aprovechar ese gran pensamiento secular.

Todos han pensado en lo mismo.

Mr. de Lesseps, casado con una dama de la alta aristocracia española, ha tenido la suerte de poner en ejecución el plan casi fabuloso.

Si Menocal, hijo de Cuba, se propone aprovechar el San Juan y el lago de Nicaragua, lo que intentaron González de Avila, Cernada, Estete, Machuca y Gomara, y consigue regularizar la compañía americana que ha formado, y da cima á su proyecto, endosado como está por opiniones tan valiosas como la de Ammen, Costa Rica quedará reducida á una isla, alrededor de la cual girará el comercio del Mundo entero.

Serán entonces ambos océanos y ambos canales como el marco de agua en que quedará encuadrado este delicioso paisaje, donde la exuberante madre tierra, y el cielo trasparente y profundo y las líneas férreas y el alambre eléctrico y los infinitos ríos navegables y las vegas y cerros pintorescos, han de formar el más bello y armonioso conjunto.

Artistas de "Costa Rica Ilustrada," escrito-

res costarricenses, juventud estudiosa: preparad los pinceles y la pluma.

El lienzo y el papel están listos.

JUAN F. FERRÁZ.
(Reproducción.)

ADELANTE !!

I.

SOS tiempos son de redención y lucha. Es preciso vencer: con su palabra el orador; el poeta con el poder de su divina lira, que á un tiempo canta, profetiza y gime; y con su pluma el escritor sublime, que solamente escucha del sagrado deber la voz secreta, que alumbrá á la conciencia y la redime.

II.

Nuestro siglo es de lucha y de trabajo; y en tan grandiosa y desigual pelea, por toda espada armarse de una idea, que hará temblar á la ambición de arriba y avergonzarse á la ruindad de abajo.

III.

No es del vate la misión sublime cantar como las aves en el nido, ajenas ay! á cuanto en torno miran, sin fe, sin esperanza y sin anhelo! Que es su destino proscibir el vicio, llevando al alma el bienhechor consuelo. ¿En este mundo de miseria y duelo, quién por ventura de sufrir se exime, y quién no duda, y desespera, y gime?....

VI.

¡Poetas, despertad! El egoísmo extiende la abyección por todas partes. Las sacras musas y divinas artes callan; con heroísmo el invasor torrente es preciso contener; soberana indignación encienda vuestros pechos, y vuestra voz airada y gigantea vibre y fulmine como el rayo ingente; "y si queréis que el universo os crea, (oid al gran Quintana) "dignos del lauro en que ceñís la frente, "que vuestro canto enérgico y valiente, "digno también del universo sea."

V.

Amar á la mujer: sublime y dulce compañera del hombre, que en su anhelo y su pasión ardiente le hace olvidar la tierra, y en alas del amor lo lleva al cielo: eterna y santa fuente de luz, de inspiración y de consuelo; herir de muerte al fanatismo insano; amar la UNIÓN y acriminar la Guerra, y en uno sólo, inmenso y soberano, fundir los pueblos todos de la tierra; rayos de indignación y de exterminio lanzar contra el tirano inicuo, que á despecho de la Razón y Libertad sagradas, la Justicia conculca y el Derecho; llevar á la conciencia de la ignorante turba envilecida, á quien la infamia sin piedad oprime, la luminosa antorcha de la Ciencia; redimir al que gime; alzar á la Virtud augusto templo; honrar al genio; bendecir al Arte; y por toda creencia, proclamar con ardor y noble acento la hermosa religión del SENTIMIENTO: he aquí del Siglo la misión sublime!

Emilio Pacheco C.

Crónicas madrileñas.

El hallazgo de Saint Saens.—El traje escolar.—El libro *Vida Moderna*.—La Providencia de Zorrilla.—Un abanico artístico.—Las cigarreras sevillanas.—Un recuerdo épico.



OR fin ha aparecido Saint Saens; hará un mes su ausencia inexplicable en ocasión tan poco oportuna para ello, fué el suceso del *voulevard*; todo París se hallaba alarmadísimo con la falta de su maestro predilecto; habíase puesto en escena con gran éxito la ópera *Ascanio* y su autor no daba señales de vida; llegó á pensarse en un secuestro, en un suicidio; ¡quién sabe los absurdos que inventó la imaginación parisiense echada á volar! Mientras Saint Saens, muy ajeno de la algazara que estaba promoviendo, gozaba tranquilamente de la dulce temperatura de Canarias.

Hacia el mes pasado de diciembre excitaba la curiosidad en Las Palmas un extranjero canoso, que usaba unos anteojos ahumados enormes; era un hombre aquel de porté distinguido, pero de extraño aspecto y con algo de arisco y huraño en la persona; señalábase el desconocido por sus aficiones musicales; dicen los periódicos de las islas que en cualquier parte donde oyera tocar un instrumento bueno ó malo allí estaba él; frecuentaba los círculos, y sentado al piano ejecutó cierta noche trasportándola de repente la serenata de *Meñistófeles*, que varios socios lamentaban no poder cantar por lo alto del tono del teclado; tan particular circunstancia y los conocimientos que aquel sujeto demostraba en el divino arte, decidieron á nuestros compatriotas á hacer averiguaciones sobre quién pudiera ser tal personaje; exploraron en la fonda, y resultó llamarse Charles Sannois y ser de profesión comerciante. Esta humilde ocupación no engañó á los investigadores que presintieran debajo de ella otra cosa muy distinta: comenzó á ser abrumado para que se dejara escapar, y un día desapareció de Las Palmas; habíase dirigido al interior.

A la vuelta continuó todo lo mismo: cierta noche quiso tocar los timbales en la orquesta de una compañía de ópera, que por entonces actuaba en tales sitios; no consintiéndolo el director, le propuso encargarse del papel de Monterone en *Rigoletto*; si en esta segunda etapa los exploradores de la primera hubieran recorrido también al hotel, habrían visto á M. Charles Sannois inscrito como médico; Saint Saens se había olvidado de que era comerciante. En esto la campaña emprendida por la prensa parisiense resonaba ya en el apartamento de las Canarias; la gente dió en fijarse en la misteriosa figura del desconocido, y recordando lo escrito por los periódicos franceses, comenzó á sospechar que Saint Saens era ni más ni menos que aquel canoso señor de las gafas oscuras; por fin el maestro no pudo ocultar por más tiempo su incógnito y descubrió su verdadera personalidad.

Saint Saens ha sido muy festejado en Las Palmas; todo el mundo se disputaba el honor de visitarle, y el elemento joven le obsequió con varias serenatas; al presente se encuentra el ilustre maestro en Cádiz, y no regresará á su país hasta mediados de Mayo; respecto á su salida de París, él mismo la explica, primero por la baja temperatura de esa capital, que le obligó á buscar climas mas templados, y después por un disgusto que sufrió, con motivo de no ponerle en escena como él quería la empresa de la Grande Opera su obra *Ascanio* durante la Exposición; excitado el *neurosis* de Saint Saens, huyó entonces de su ciudad, sin dejar por ningún lado huella de su partida; durante su estancia en Canarias ha escrito infinidad de poesías y artículos.

* *

Estimulados sin duda por el ejemplo de sus compañeros los simpáticos escolares portugueses tratan los estudiantes españoles de resucitar el antiguo, traje académico de manteo, sombrero de medio queso y ropilla, procediendo en esto con una extraña falta de lógica, ellos que simbolizan el progreso, tratando de resucitar las clases de una época como la corriente que tiende á la nivelación social, la proposición partió de la Universidad Salmantina, la cual, no existiendo la de Alcalá, parecía la más indicada para iniciarlo por su histórico abolengo; la de Madrid parece que al principio siguió tal ejemplo; los estudiantes citaban en su apoyo el que en algunas universidades extranjeras conservaban sus alumnos sus trajes de tiempos pasados y hasta las costumbres de otra edad; los iniciadores de tal idea traían y traen á colación los estudiantes del barrio latino de París, los estudiantes alemanes con sus espadas sin punta, los lúgubres estudiantes rusos, los vieneses, todos unidos como los dedos de la mano; sólo aquí, en España, no existe unión ni solidaridad alguna entre los escolares; como no sea para pedir el punto en nochebuena, andan desparramados como un rebaño esparcido por el lobo, visten como todo el mundo y obran y se conducen aisladamente sin obedecer á ningún acuerdo colectivo.

Nuestros estudiantes tratan ahora de recobrar el tiempo perdido, de asociarse, de constituirse en federación, de imitar la conducta prudente de los de afuera; ¿Cómo gozaría el viejo é inolvidable Camús si viviera, viendo á sus alumnos de la Central tomar por modelo á aquellos graves escolares sajones tantas veces elogiados por él en sus mañanas de clase de Literatura latina!... Ultimamente, más práctica y hacendera, ha surgido entre los estudiantes otra tendencia que rechaza el añejo traje de manteo por arcaico é impropio de la época moderna, pero que también se muestra partidaria de algún distintivo, que será un botoncito como el de las condecoraciones, con el color de la facultad respectiva y prendido en el ojal; además se alimenta el propósito de suplicar á los catedráticos que expliquen con toga puesta. El Ministro no ha contestado aun al ruego de los condecorados (*decorés*) y en los claústros, en los círculos, en los billares, en las bibliotecas, en cuantos sitios se reúnen los alumnos de nuestras facultades no se habla de otra cosa que del distintivo, ni late otro deseo que el de probar de algún modo á los ojos de las gentes que se pertenece á la Universidad.

Casi todas las noches los habituales lectores de *El Resumen* ven al pie de la sección que el modernísimo y elegante colega titula *Galería Nacional*, una O y una G que le sirven ordinariamente de firma; el público goza en grande en esta sección que le dá á conocer los hombres más ilustres de su país, pero no entra por poco en su emoción gratísima el encanto que tienen y la galanura con que están hechas las semblanzas que la componen; eso sí, la mayoría de las gentes, las que no leen entrelíneas, están rabianando con las enigmáticas O y G que no han acertado á descifrar dando pruebas de soberana torpeza, porque á lo mejor les sirve el mismo diario donosísimos artículos de Ossorio y Gallardo, al cual apellido corresponden las incógnitas iniciales.

Es una verdadera desgracia; Ossorio y Gallardo ha debido de nacer á orillas del Sena; siente lo moderno con la sutilidad de un Copée y posee esa fina observación y esa dulzura peculiar de un Cátulo Mendez. Su libro *Vida Moderna* no se compadece con nuestro alumbrado moribundo de gas, con nuestra ordinaria Puerta del Sol, con nuestro aspecto de poblacho; pide, por el contrario, la mesita de café bajo los

árboles del *boulevard*, el remolino de oro de la vida parisiense, las *toilettes* de Sarah Bernhardt, el espiritualismo francés tan refinado y susceptible. *Vida Moderna* es una obra llena de luz primaveral, plagada de sonrisas, con un ángel intensísimo, que dicen los andaluces, y que de tal suerte se entra por el espíritu á revolver emociones y despertar recuerdos, que al acabar su lectura se experimenta en el alma algo alegre, regocijado y joven; nada de aromas fuertes, de perfumes que aturden; *Vida Moderna* es un suavísimo ramo de violetas.

Y bien; he ahí la esencia del libro de Ossorio y Gallardo; lo que constituye la vida deslumbradora de luz: *el cocinero, el cotillón, los guantes, la SAISON de otoño*, un hermosísimo ramillete de cuantos detalles caracterizan la existencia de los opulentos, de los felices; Ossorio y Gallardo posee un agudísimo talento, una observación penetrante, una mirada honda para descubrir hasta la más mínima chispa de diamante de cuanto *bulle* por ahí; y echando mano al daguerreotipo, fotografía á la *modelo*, hace la deliciosa semblanza de *las castañeras*, acomete el proceso psicológico de *la careta, el abanico y el dedal*, y todo tratado con una suavidad incomparable, con un dulzura suprema, con un estilo sencillo, elegante, *muy señor*; el volumen entero trasciende á juventud; hay en él, dentro de ese tono de *mimado*, un vigor grande, mucho de ardiente mayo; *Vida Moderna* es... la vida moderna, ni más ni menos.

Vida Moderna ha sido publicado por *La España editorial*; sabido es como edita sus libros el señor Manso de Zúñiga; obra que sale de su casa, puede competir dignamente con las más famosas alemanas é inglesas; la en que me ocupo ostenta una elegantísima cubierta en colores, debida al tiernísimo lápiz de Caicedo, lleva multitud de ilustraciones al fotografiado, en las que se leen las firmas de nuestros mejores pintores, entre ellos Ámérico, Araujo, Alvarez, Dumont, Gomar, Luna, Novicio, Oliva, Plasencia y Pons, y está impresa por Rubiños; y para contera de tanto esplendor, no cuesta un dineral, como pudiera creerse, sino tan sólo tres pesetas, cumpliéndose el axioma castellano del bueno, bonito y barato.

No hace mucho tiempo di cuenta en estas mismas crónicas de la terrible enfermedad que amenazó la vida de Zorrilla, nuestro gran poeta nacional; para inmensa fortuna de todos, gracias á su robustez y á la habilidad del médico encargado de operarle, recobró, aunque lentamente, su salud, y la muerte, que ya había apuntado su víctima en su libro de registro de ilustres, se declaró vencida ante aquellos gallardos setenta y seis años que sólo tenían de seniles la nieve de la cabeza de quien los llevaba; pero si la fortaleza había resistido, no era sino á costa de enormes daños; Zorrilla no poseía ni posee otros bienes que su pluma y sus coronas, y tan largo tiempo hundido en el lecho sin poder trabajar, dió por resultado una situación angustiosa, en la que llegaron á aparecer las amarguras de la escasez implacable, los ahogos de la falta de recursos, esas terribles huellas que deja en un hogar al paso de las dolencias graves, la visita cotidiana del médico, la medicina diaria, la forzosa alimentación nutritiva de la convalecencia; por si algo quedaba, no resultaron los ingresos que el poeta se proponía obtener, no se publicó *Mi última brega*, de la que esperaba grandes rendimientos, y el Doctor le prohibió terminantemente que pensase en nada...

La desgracia había sin embargo repercutido en partes de donde podía venir el rayo del sol que se las llevase, y el rayo de sol vino sin que el poeta se diera cuenta de ello hasta que sintió un dulce calor en el alma. La Reina Regente, apasionadísima por Zorrilla, entusias-

ta por sus versos, seguía paso á paso su enfermedad, y hubo de enterarse de la situación precaria en que poco á poco se hundía el poeta, y sin previo aviso, de sopetón, proporcionándole la más tiernísima de las sorpresas, le señaló de su bolsillo particular una pensión mensual que le permitiera sostener con decoro sus necesidades. El viejo vate ha escrito á la Reina una carta conmovedora, dándole las gracias, y ha prometido manifestarle su gratitud en persona en cuanto se mejore.

A no dudarle la casa de los sucesores de Colomina, el abaniquero famoso, debe hallarse regentada por el propio niño ciego que tiene las llaves del corazón, porque sólo á él puede ocurrírsele echar á la calle un abanico como el que han puesto á la venta los indicados industriales; se trata de un precioso abanico en cabritilla ó raso, pintado á la acuarela por un inspirado artista; en una cara del abanico se distingue un grupo de flores, un montón; en la otra se descubren estas mismas flores desparramadas; la señora que posea el abanico ruega á un caballero que piense mentalmente en una flor del grupo, y consultando las sueltas, la adivina en un dos por tres; digaseme si el tal abanico no es un puente de plata para los amantes; en el país del abanico hay rosas con que decir á una mujer: yo te amo, y pensamientos con que contestarle: y yo pienso en tí; calcúlese el entusiasmo con que los novios habrán acogido tal *prenda*; el abanico se llama oficialmente *El juego de las flores*; con nombre tan poético lo han bautizado sus dueños, pero con más propiedad debería denominarse *el auxiliar del amor*, porque tales preguntas y respuestas traen aparejado el *billete* á la vicaría.

La moda ha dado en seguida carta de naturaleza al abanico de los sucesores de Colomina, y son innumerables las señoras que se han apresurado á comprarle; el primer ejemplar, en cabritilla, con el barillaje de marfil, y una corona y un remate de brillantes ha sido regalado á la princesa de Austria; ya sabe, pues, el sexo feo que los sucesores de Colomina han aguzado el arma terrible de la mujer: el abanico.

La cosa no es de una actualidad absoluta, pero tiene muchísima gracia y pinta gráficamente la fisonomía moral de las cigarreras sevillanas; parece ser que una *Carmen*, tan lindísima como ingeniosa, había sido despedida de los talleres, y en lugar de echar mano á la navaja y arremeter contra el administrador, le urdió una estratagema para que se ablandara y tornara á admitirla; á este fin se convino con sus compañeras, y puestas todas de acuerdo, el viernes de dolores pasado, reunidas en las salas echaron mano á mantones y pañuelos; requirieron las coronas de hoja de lata, las barbas postizas, las alas de papel, los trajes de deshecho, de alguna archicofradía que sus *gachés* les habían proporcionado para el lance, y vistiéndose en un periquete, cuál de Señor, cuál de Verónica, quién de Virgen, quién de Fe, ésta de ángel, y disfrazadas las restantes de penitentes, alumbrando como cirios encendidos, se organizó una procesión silenciosa, llamándose al administrador para que la presidiera; aquella extraña comitiva agradó grandemente á éste, y desarmada su severidad por lo peregrino de la idea, perdonó á San Juan, que era el papel que desempeñaba la *Carmen*, autora de tal cortejo, piedad en la que no debieron tomar poca parte los hermosos ojos del incitante apóstol de la clase de picadura.

Para concluir esta crónica se hace preciso abandonar la pluma prosaica y requerir la trompa épica; la actual semana hállese á su fin poblada de descargas de fusilería, de estampidos de cañonazos, de temblequeos de clarines, de to-

ques de cornetas, de ecos de músicas militares; la nota dominante de sus últimos días es la marcha fúnebre, el murmullo del responso, las preces de la misa de difuntos. . . . Tan marcial y estruendoso epílogo tiene un protagonista mudo, pero elocuentísimo en su silencio; la pirámide del obelisco del Prado, que alza entre agudos cipreses, por encima de la verja de su jardín, su *cuerpo de columna* de amarillenta piedra cargado de coronas y erguido sobre las cenizas de las víctimas del 2 de Mayo; la multitud, el ejército, las autoridades se agrupan ante el melancólico monumento de los muertos ilustres; es la patria que al cabo de tantos años sigue viniendo á llorar á sus héroes.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(De la "Ilustración.")

A media noche.

TODO duerme! . . . la luna silenciosa se ocultó con pudor en la montaña y las estrellas temerosas brillan sobre la negra bóveda sagrada.

Duerme el avaro, ese rapaz sombrío que de humanas miserias vive hambriento con su dinero vil al hombre honrado talvez dejando en la desdicha envuelto.

Duerme el déspota cruel á quien muy poco importa de la patria la ventura; en brazos duerme de ambición rastrera, de adulador servil la voz le arrulla.

Y el hosco criminal, cuya conciencia se agita siempre en fangos de ignominia, duerme también, aunque talvez soñando con los espectros de inocentes víctimas.

Todo duerme. . . aun la brisa juguetona á la tímida flor sus besos niega, y sus tiernos, dulcísimos gorgoros calla en el bosque la avechilla inquieta.

Sí, todo duerme. . . de siniestras sombras véñse vestidos la ciudad y el campo, como el alma se viste cuando siente de la ilusión el último desmayo.

Todo es tristeza, soledad y calma, y hasta el honrado jornalero duerme de privaciones y fatigas hartas, de duras penas que su seno hieren.

Mi espíritu tan sólo nunca duerme, entre pesares y congojas vela; es porque teme el porvenir arcano. . . . y que la flor de su esperanza muera.

MANUEL J. BARRIERE.

(Salvadoreño.)

EL FUEGO.

Daya un articulillo al estilo de Selgas y Carrasco.

Voy á demostrar que el fuego es el alma universal, que, como don Juan Tenorio, en la sociedad recorre todas las escalas de la creación.

Qué quiere Usted! caprichos.

Las ideas, los sentimientos, las esperanzas de la humanidad son fuego, lo más fecundo, lo más generador, lo que llena el universo, lo que arrancó al mundo del caos, el signo de la vida.

Existe el fuego, diré parodiando á don Fernando de Castro al comenzar su Historia general, porque en verdad sino afirmo algo de dónde saco las deducciones.

He encontrado fuego en mi vela, en mi cigarrillo, en los hornos y en partes impenetrables donde he sentido calor.

El signo indica la cosa significada.

Mi trabajo es imperfecto pero me consuela el que hay tantas cosas por el estilo, y sólo quiero despertar el abandono, la criminal indiferencia con que se mira el fuego, quiero despertar el dormido gusto de los porveniristas, como quien pone fuego en una chimenea apagada.

Al asunto, pues.

Tiene una calentura que es un fuego, se dice de un enfermo de fiebre. He ahí el fuego en un enfermo.

Juan es puro como el fuego: ya tengo fuego en lo moral.

El fuego divino de la inspiración se dice: ergo en Dios debe haber fuego.

Las piedras chocan y sale fuego.

Las hogueras de la inquisición necesitaron de fuego, y yo pregunto que hubiera hecho Torquemada sin fuego? nada. Hubiera muerto oscuramente y á oscuras.

La pólvora sin fuego, de qué serviría?

Y ¡que! sin fuego no habría dulce ni consecuentemente café, chocolate y cenas, ni turronecitos ni toda esa familia que lleva por apellido dulces.

Ni holocaustos hubieran tenido los judíos, ni le hubieran probado la fe al tata Abraham. Ni habría fuego en la juventud ni forma en las vacijas de barro.

Sin fuego faltaba el movimiento y el orbe sería elextasis espiritual, la bienaventuranza invisible, el sueño de Para Brama, la sombra del caos ó el caos de la sombra.

Cuando el mundo despertó á la vida, en la aurora de la creación, hubo fuego en el brotar de la flor y en el titilar de la estrella, en la primera palabra de amor de Adán y en el primer acento de la voz de Eva, en los primeros latidos de sus corazones, y en las primeras expansiones de su alborozo, en la primer centella de un astro y la alegría primera del amor, en la primera fe y en la esperanza primera, en lo sólido del globo y en lo fluido del aire, en el pedernal y en el sol, en el polo imantado y en la fija estrella boreal, en la borrasca del mar y el volcán de la tierra; y ¡quien sabe! deduciendo se hallará fuego en el ave que arrulla y en la rosa que perfuma, en lo blanco del lirio y en lo callado de la palmera, en el suspiro del aura y en el recuerdo de la mente; en la conciencia virtuosa, en la voluntad recta, en la imaginación ardiente y en el ánimo heroico.

En fin, el fuego es lo que mantiene la estátua, derecha sobre el pedestal de la vida.

En todo hay fuego, menos en el que esto escribe para tratar la cuestión.

MARIO.

LILY.

VERDADERAMENTE, la tal Lily era como un pino de oro: rostro agraciado, cuerpo airoso y esbelto, formas tentadoras y sobre todo una sonrisa y unos ojos capaces de hacer trastrabillar á un santo, cuanto más á pecadores de sangre efervescente como los que concurríamos al teatro todas las noches para admirar su belleza y aplaudir sus atrevidos ejercicios gimnásticos. Por que Lily, lectores míos, era individuo de una compañía de acróbatas, simple vo-

latinera que con el cebo de sus hechizos había sorbido los sesos á la parte masculina del público, granjeándose por ende los odios y envidias de la femenina. Era de ver las noches de función como se disputaban las butacas delanteras, pagándolas á precios exorbitantes, señorones, machuchos é imberbes mozalvetes, comerciantes adinerados y empleadillos de tercer orden que pasaban la pena negra para afanar el precio de la entrada; viejos moceros que esperaban triunfar con el seductor tintineo del oro, y empernejados petimetres ateniados á su hermosa y amujerada estampa. ¡Tiempo perdido! Lily no hacía maldito caso de aquella caterva de adoradores colocados en primera fila y que aplaudían levantando las manos por sobre la cabeza para atraerse la atención de la desdenosa artista. Lily recibía sonriendo los ramilletes arrojados por ellos á la escena, y en seguida repartía sus más graciosas sonrisas entre los espectadores distantes y las señoras de los palcos, como si quisiese quitar toda esperanza á sus importunos asediadores y darles unas estupendas y á la par cortes- ses calabazas.

Lily era honrada: contaba apenas diez y ocho años, tenía padre y hermanos que la guardaban como oro en paño, cortando toda comunicación con el resto de los mortales; pero ¡oh perversa y proclive humanidad! estos mismos obstáculos aguijonearon los deseos de los perseguidores y hasta incitaron á tomar parte en la conquista á muchos que al principio habían mirado con desdén la empresa. Los hombres somos así: volvemos las espaldas á lo fácil para acometer lo difícil; despreciamos lo bueno cuando puede lograrse sin quebraderos de cabeza, y nos despepitamos por un imposible que tal vez no vale tres caracoles.

En cuanto á mí, debo hacer constar que por algún tiempo compadecí de veras á los que se habían dejado seducir por aquella sirena; me sonrojaba la idea de hacer un papel tan ridículo como el de los bobalicones de primera fila, y alquilaba siempre una butaca bien distante del escenario, donde por lo general no tenía vecinos, pues los espectadores del patio abandonaban los asientos traseros para contemplar de cerca á la hechicera joven, deslizar miradas voluptuosas por aquellas deliciosas redondeces, por aquellas formas combadas y rollizas, sin cuidarse para nada de las lindas espectadoras que en los palcos devoraban silenciosamente su rabia y su despecho al verse postergadas á una triste *maromera*.

Observé entonces una cosa curiosísima: aquellas beldades desdeñosas que en otras circunstancias no se habrían dignado poner los ojos en mi humilde personalidad, comenzaron en breve á prodigarme miradas amables, sonrisas y hasta saludos cariñosos; por que yo era, ó á lo menos así se lo creían, el único que les daba aún la preeminencia sobre aquella aventurera, el único vasallo fiel de la voltaria corte masculina.

¡Oh vanidad, tienes nombre de mujer!

Lejos de estimularme tales muestras de distinción y simpatía, muy pronto yo también deserté pasándome al enemigo con armas y bagajes.

La causa de tan repentina mudanza fué una ilusión que tuve cierta noche: figuréme que Lily al saludar al público había clavado obstinadamente sus ojos en mí, y hasta creí ver en sus labios una sonrisa.

Aquellas miradas y aquella sonrisa bastaron á dar de través con mi formalidad, convirtiéndome en uno de los más fervientes adoradores de Lily.

¡Qué presumidotes somos los hombres! Para mí era evidente que la artista despechada por mi indiferencia se había propuesto añadirme á su séquito, pues sabido es que las mujeres hacen

toda clase de armas para atraerse á los hombres que las desdeñan; y quien sabe.....!

Desgaciadamente, cuando me hube abonado á un asiento delantero comprendí mi error, al notar que mi presencia pasaba del todo inadvertida para Lily.

No así para mis presuntos rivales, quienes la acogieron con manifiestas señales de disgusto.

Pero la suerte estaba echada: era menester arrostrar las consecuencias de mi temeridad y disputar la presa á aquella manada de lobos hambrientos, á quienes tenía ya ojeriza.

Contábase entre estos un antiguo condiscípulo mío, llamado Juan, buen muchacho, de unos veinticuatro años de edad, empleado con cuarenta pesos mensuales sin ninguna obvencción, despejada inteligencia, fantasía ardiente y no mala figura. Con estas prendas y otras no menos recomendables habíase granjeado numerosas amistades entre las personas más conspicuas de nuestra sociedad.

Sorprendiome extraordinariamente verle entre los tenorios desjuiciados de las filas delanteras, pues siempre me había merecido el concepto de joven formal y arreglado, no menos que la metamorfosis completa que en él se había verificado: no era el mismo muchacho jovial y lleno de salud que poco antes había visto en tertulias y bailes. Taciturno, demacrado, parecía haber envejecido diez años. En balde traté de sonsacarle el motivo de su extraña melancolía cuando conversábamos en los pasillos durante los entreactos: á mis preguntas respondía con evasivas ó contestaba invariablemente que no tenía nada.

Noté, empero, en él cierto prurito de rehuir toda conversación que se relacionara con la simpática muchacha que nos traía á todos al retortero, y aún creía yo advertir en su rostro cierta contracción angustiosa cuando sonaba en sus oídos el nombre de la artista.

Indicios eran estos suficientes para ponerme sobre la pista: de allí adelante observé, aceché, espíe sigilosa y constantemente, y al cabo adquirí la convicción de que el desdichado Juan estaba furiosamente enamorado de Lily.

¡Cuántos esfuerzos me costó arrancarle esa confesión! Aún me parece verlo en su destaralado cuartucho, sentado sobre la cama, mientras yo ocupaba la única silla de la habitación, con la cara hundida entre las manos, exclamando entre lágrimas y sollozos: ¡Sí, la amo, la adoro; y si ella no me corresponde, me moriré de seguro!

Empresa morrocotuda era la de hacer volver en su acuerdo á aquel pobre loco: apelé á todos los recursos usuales en casos semejantes, desde las burlas sangrientas y cuchufletas, hasta las suaves amonestaciones amistosas; él me escuchaba en silencio, moviendo negativamente la cabeza.

Cuando agotados los caudales de mi elocuencia me levanté para marcharme, salió de su mutismo y estrechándome la mano, dijo con voz bronca y resuelta: —Se acabó. No volveré al teatro. Gracias.

**

Y no volvió.

Entretanto se acercaba el fin de la temporada, y todos los adoradores de Lily andábamnos cariacontecidos como colegiales que han recibido en las narices un portazo de la novia. Lily se marchaba sin que ninguno pudiera vanagloriarse de haber ablandado aquel corazoncillo de bronce. Los más audaces desafiando las iras del padre y hermanos de Lily, trataron de acercarse á ella poniendo en práctica mil tretas bien urdidas; pero los cancerberos que la custodiaban

les enseñaron los dientes, echándolos á cajas destempladas apenas penetraron sus aviesas intenciones. Aquellos seis puños atléticos, aquellas caras mal engestadas habrían inspirado respeto al Cid y á los doce Pares de Francia.

Había que perder toda esperanza y resignarse cristianamente. Así lo hicimos muchos con una filosofía digna de Epicteto; sin embargo, no faltó quien se diese á todos los diablos, jurando públicamente que no desistiría de la empresa aunque le fuese en ello la vida.

Llegó por fin el día que todos aguardábamos con indecible angustia. Los enormes cartelones pegados con engrudo en las esquinas anunciaban desde por la mañana la última función de la compañía Broad & Sons; á medio día se habían vendido ya todas las localidades á precios escandalosos y se habían comprado para la noche todas las flores de los jardines; por la tarde hicieron su agosto los revendedores de billetes y los alquiladores de sillas; á las siete, una hora antes de levantarse el telón, el gentío no cabía en los pasillos; y finalmente, cuando la campanilla del director anunció que iba á comenzar la función, el teatro estaba de bote en bote, y la policía se vió en el caso de prohibir la entrada.

Allí estábamos todos. Los asiduos pretendientes de la primera fila con las caras conpungidas y sendos ramilletes en las manos: cohibidos por la emoción casi no se cuidaban de aplaudir, dejando esa tarea al resto del público; las señoritas más risueñas que de costumbre, pues iban á librarse de una rival aborrecida; yo, á regular distancia del escenario, aparentando indiferencia y echando parrafadas con mis dos á láteres; y allá en el fondo de un palco de segunda fila atestado de alegres muchachas, un rostro lívido, grave, unos ojos desencajados que seguían ávidamente los menores movimientos de la ágil volteadora. Mi estupefacción no tuvo límites al reconocer aquella cara. ¡Era Juan!

Cuando al terminar el segundo acto traté de buscar á mi desgraciado amigo á quien no había vuelto á ver desde que le arranqué su secreto, supe que se había marchado algo indispuerto sin aguardar á que concluyera la función.

**

Al siguiente día la compañía Broad & Sons salió de San José, acompañada de las cariñosas despedidas que la dirigieron los periódicos y de considerable número de admiradores y pretendientes calabaceados de la inolvidable Lily. En la estación del ferro carril hubo adioses ternísimos, pucheros y hasta lágrimas; aún hay quien asegure que la desdeñosa Lily estaba un si es no es conmovida, y su padre y hermanos más afables y condescendientes que de ordinario. No puedo dar fe de la veracidad de estos pormenores por que no los presencié: un fuerte constipado que me cogió á la salida del teatro me tuvo postrado en cama todo el día, lo que no impidió que mentalmente formulara un romántico adiós para aquella muchacha á quien quizás no volvería á ver nunca.

Hago gracia á mis lectores de todas mis fúnebres lamentaciones, por que supongo que no han de importarles gran cosa; pero no puedo pasar en silencio lo que me refirieron por la tarde algunos amigos que fueron á verme. Juan, el desventurado Juan, había partido por la noche, antes de terminar la función, y según informes de su familia, se encaminaba al Limón, á fin de tomar vapor directo para Europa, donde pensaba vivir algunos años.

La noticia era tanto más sorprendente, cuanto que el pobre muchacho no poseía bienes de fortuna para emprender tan dispendioso viaje.

“Con todo, pensé yo, más vale que sea así: eso le curará de la ridícula manía, tan general entre nosotros, de enamorarse platónicamente

de cuantas mujeres pisan las tablas escénicas ó la arena de los circos.”

**

Un año después de los anteriores acontecimientos, como dicen los novelistas, aún no había recibido noticia alguna de Juan: su familia estaba desconsolada y con razón, pues fueron vanas todas las pesquisas hechas para averiguar el paradero del desdichado muchacho. Desapareció sin dejar rastro como piedra que se hunde en las profundidades del Océano.

Por aquel tiempo me ví yo precisado á emprender un viaje á Guatemala, adonde me llamaban asuntos de interés particular. Como era la primera vez que visitaba á la Atenas de Centro América, tuve que sufrir todas las contrariedades inherentes á las excursiones por lugares desconocidos, desde las molestias locales hasta el aburrimiento que produce la falta de amigos á quienes puede uno comunicar sus impresiones.

Dichosamente al tercer día de mi llegada fué á visitarme un compatriota, el doctor X., que hacía varios años estaba domiciliado en aquella ciudad. Él fué desde entonces mi obligado cicerone y me suministró preciosos datos acerca de personas, edificios y lugares.

Cediendo á mis postulaciones se resolvió acompañarme al teatro esa noche (verdadero sacrificio para él, pues no iba nunca.) Sin averiguar qué función se representaba, enviamos á un criado por los billetes; y á las ocho, bien traídos y peinados, entrábamos en el patio del magnífico teatro de la capital. La concurrencia era numerosa y el rebullicio ensordecedor: allí se hallaba lo más cogolludo de la sociedad guatemalteca: *ellas* con trajes escotados, salpicadas de joyas, algunas con capotas, otras con sombreros floreados; *ellos* de rigurosa etiqueta, casi todos enguantados, dirigiendo los gemelos hacia los palcos y picoteando á media voz.

El doctor y yo ocupamos dos asientos de la primera fila, los únicos que el criado pudo conseguir, precisamente en el momento en que se levantaba el telón: al mismo tiempo rompió la orquesta en un bullanguero paso doble, y en el escueto escenario apareció una mujer vestida de punto color de carne.

No, no era ilusión de mis sentidos; tampoco era un sueño, porque los pellizcos que me dí en ambas mejillas y los restregones de ojos me probaron que estaba bien despierto: aquella mujer, aquella gimnasta era Lily; si señores: Lily en cuerpo y alma, más hechicera y tentadora que nunca. Reconocí al punto la mirada y la sonrisa, sentí la atmósfera de voluptuosidad que la artista formaba en su torno, y por largo rato permanecí como alorado mientras resonaban por todas partes estruendosos aplausos.

Tan embebecido me hallaba en la contemplación de aquel arquetipo de escultura, que no reparé en la entrada del *clown* á la escena, aparición saludada con risas y exclamaciones.

Lily tomó una larga percha y colocándola verticalmente sobre su hombro derecho, invitó al payaso á subir por ella: el grotesco personaje comenzó la ascensión, en tanto que yo no apartaba la vista del divino semblante de la muchacha, recordando el entusiasmo que había despertado en mi patria un año antes.

Las aclamaciones del público me hicieron levantar los ojos: en el extremo de la vara y casi tocando las bambalinas, el *clown* se mantenía en posición horizontal con el vientre apoyado en la aguda punta de la percha, imitando la acción de nadar con gestos y contorsiones que hacían desternillarse de risa á los espectadores; pero al fijarme en aquella cara pintoreada de blanco y bermellón, un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, me puse de pie, y sin poder dominarme grité con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡¡ Juan !!

La concurrencia entera se volvió hacia mí asombrada; pero en el mismo instante el *clown* me miró con ojos espantados, hizo un movimiento brusco, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre las tablas del escenario haciendo resonar el teatro con la fuerza del batacazo.

El barullo fué indescriptible: unos celebraron con carcajadas el lance, atribuyéndolo á la chuscada del saltimbanquis; otros viendo que la cosa iba de veras, pedían á voces un médico: mis vecinos me asediaban con reiteradas preguntas; pero yo, asiendo del brazo á mi amigo X., salí atropelladamente del patio mientras caía el telón y el empresario anunció al público que la función se suspendía por algunos instantes á causa del accidente.

Un momento después me hallaba instalado á la cabecera de un sofá en el cuarto de uno de los artistas: en el sofá estaba Juan ya limpio de las inmundicias que le afeaban el rostro y recordado del desmayo que sufrió al caer.

Estábamos solos y nos entregamos sin reserva á las confidencias: allí supe que el viaje á Europa había sido una treta para despistar á los amigos y parientes. Juan había seguido á Lily incansablemente por espacio de seis meses, rogando, importunando y prometiendo, al cabo de los cuales la picaruela muchacha fué ablandándose, hasta que un día le prometió su mano con una sola condición.

El desjuiciado Juan la aceptó con los brazos abiertos, y ocho días después firmaba el contrato de matrimonio con la encantadora Lily, y otro..... como *clown* de la compañía Broad & Sons.

C. G.

Tonadillas.

I.

¡YO QUÉ!

Voy á escribir, dije un día,
y á un ganso que yo tenía
una pluma le arranqué:
ya se ve,
que la pluma es lo primero;
busqué papel y tintero,
¿y las ideas?..... ¡yo qué!

Recuerdos de juventud
y modelos de virtud
en mis versos pintaré;
ya se ve
que hace versos todo el mundo,
y aunque sentido profundo
no haya en los míos..... ¡yo qué!

Sale é la palestra un nene
que apenas un año tiene
de estudiar el a-bé-cé,
ya se ve,
é hilvana versos al trote,
dando en cada línea un bote
á las musas y..... ¡yo qué!

Otro aprendiz de estudiante
en estilo retumbante
explica el cómo y por qué,
ya se ve,
de cosas de que no entiende,
y ser un sabio pretende
de tomo y lomo..... ¡yo qué!

Un periódico publica
que asombro de Costa Rica
va á ser, y es cierto á mi fe,
ya se ve
que espanta su atrevimiento

y el papel es un portento
de disparates..... ¡yo qué!

Hoy en día, niño ó viejo,
cada cual da su consejo,
y no es malo que lo dé,
ya se ve;
la cosa es que el que los da
para tomarlos está;
si no los toma..... ¡yo qué!

Trás del consejo el empleo
á alguno buscando veo
que no es ya hoy lo que fué,
ya se ve,
que cunde tanto en el día,
lector, la empleomanía,
que da lástima..... ¡yo qué!

Que haya quien por lo que escribe
constante paga recibe
no me importa ni lo sé,
ya se ve;
yo en mis ignorancias descanso
y si con pluma de ganso
dicen que escribo..... ¡yo qué!

Hasta algún viejo se baja
y día y noche trabaja
lleno de ardor y de fe:
ya se ve,
puesto que hay quien paga es justo
acomodarse á su gusto,
y si es mal gusto..... ¡yo qué!

Y en fin, no quiero seguir,
No vaya alguno á decir
que á fulano critiqué;
ya se ve:
si á alguien hicieren cosquillas
mis humildes tonadillas,
y se picare..... ¡yo qué!

F.

NO HAY CASO.

No hay musa más estéril que la mía en todos los Parnasos y Helicones del mundo: he llenado cien pliegos con borrones, he gastado una botella de tinta, y los versos no salen ¡no hay tu tía! Y lo malo es que Próspero confía tranquilamente en que le he de escribir unos renglones desiguales á modo de versos para el periódico, como si esto de hacer composiciones poéticas fuera lo mismo que engullir el pan de cada día.

¡Versos para mañana temprano y son las once de la noche! ¿Qué hacer en tal apuro si la musa maldecida se muestra tan hostil conmigo? A quién acudo para poder cumplir el compromiso? ¿de quién me valgo? ¡Ay! vuelvo al cielo los ojos y está mudo: "venir á mí la inspiración rehusa" como dijo el otro. ¿Copiaré una poesía de autor poco conocido y se la daré con mi firma al amigo Calderón? Ya me parece verle mañana restregarse las manos de gusto. Pero no: Dios y el dueño de los versos y el público no me perdonarán el fraude literario, mas yo con prosa del apuro salgo, no hay que congojarse. Que se contente Calderón con las líneas que llevo escritas, pedacito de ripio que servirá para rellenar algún agujero ó hueco del periódico; y para que no se enoje por mi falta de cumplimiento, *fagámosle una prosa poltita*, revisémosla cuidadosamente, suprimámos en el ripio grande los ripios menudos, y redactemos de nuevo lo anterior.

Pero ¡por todos los santos de la corte celestial! Oigan ustedes lo que sale:

No hay musa más estéril que la mía en todos los Parnasos y Helicones: he llenado cien pliegos con borrones y los versos no salen ¡no hay tu tía! Y lo malo es que Próspero confía en que le he de escribir unos renglones como si esto de hacer composiciones fuera engullir el pan de cada día. ¿Qué hacer en tal apuro si la musa se muestra tan hostil? A quién acudo para poder cumplir? De quién me valgo? Vuelvo al cielo los ojos y está mudo; ¡venir á mí lo inspiración rehusa!..... Mas yo con prosa del apuro salgo.

Si esto no es un soneto, que me empalenen: es decir, soneto poético no lo es, pero son catorce versos endecasílabos divididos en dos cuartetos y dos tercetos, etc. etc., como dicen todos los tratados didácticos sobre la materia.

Nuestra lengua admirabilísima es protectora de los poetas chavacanos: muchas veces creyendo uno escribir prosa, hace versos sin saberlo: nuestro idioma es tan candecioso que donde menos se piensa salta un soneto. Yo siempre aconsejaría á los vates que pasan horas enteras estrujándose la sesera para hacer una frase armoniosa ó hallar un consonante, les aconsejaría, digo, que escribiesen siempre en prosa: los versos les saldrán como hechos en máquina.

C. G.

Julio de 1890.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

CAPÍTULO I.

El señor Rakosky.

LA casa n^o 109 de la calle del Comercio

presentaba, el día que comienza esta verídica historia el aspecto de un Castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta exterior.

Los criados vestidos de gala entraban y salían y la concurrencia era tal, que no había donde colocar una silla más en los corredores y piezas destinados al ambigú, á la música y al refresco.

El motivo de tal fiesta era notorio en San José. Se trataba de la llegada á esta ciudad de la señorita Delfina Rosales, hija única del rico comerciante don Jorge Rosales y de la aristocrática matrona doña Elvira Río-Secc. Hacía seis años que don Jorge había llevado á París á su idolo, para que concluyera su educación. La dejó en la pensión de Mademoiselle Roqueval, cuando contaba la niña apenas once años. Bonita, de espigado talle y de no mediana inteligencia, pronto se distinguió Delfina entre sus condiscípulas.

En el baile, la música, la pintura y el bordado, no tenía rivales.

Cumplidos diez y siete años, don Jorge la sacó de la pensión y la hizo viajar por Italia, España, Austria y Suiza, y la trajo á su país natal, seguida de veinte grandes cajas ó cofres atestados de trajes, sombreros, libros y demás objetos de lujo y placer que podían hacerla brillar en esta Capital.

La fiesta de recepción, que consistía en una comida á sus amigos dada por don Jorge, y un baile á la sociedad josefina, fué una verdadera ovación á Delfina. En efecto, vestida á

la última moda, impregnada de la gracia parisiense y hablando muy bien el inglés y el francés, la reina de la fiesta debía atraer todas las miradas y atenciones.

Entre los concurrentes se hacía notar por su apostura y originalidad, un Polonés que había venido en el mismo vapor con el señor y la señorita Rosales. Con un ojo más alto que el otro, una pequeña cicatriz en el labio superior y una melena á lo Mirabeau, nuestro viajero estaba construido en Hércules; pero se ignoraban completamente sus trabajos, sus antecedentes y aun el objeto con que había venido á América. Callado como un inglés y triste como un árabe, desde que vio á Delfina debió sentir por ella una simpatía Herculeana, pero que no se traducía ni en sus palabras ni en sus gestos. El señor Rakoski (Lorenzo) era la sombra de Delfina, y apenas abría ésta su linda boca expresando un deseo posible ó imposible, salía don Lorenzo á paso de carga, pero silencioso á obsequiar á la *Picolina*. En efecto: desde el primer día que le fué presentada Delfina por el Capitán del vapor, la llamó señorita *Picolina*, por más que ésta y el papá insistiesen en llamarlo al orden sobre el verdadero nombre de la dueña de su voluntad. En Panamá manifestó la *Picolina* deseos de obtener un pájaro de colores raros y de canto desconocido y lleno de dulzura y suavidad. El Polonés entró á la casa de cuyo balcón colgaba la jaula del pájaro. Se le dijo que la avecilla no estaba de venta; que era un regalo de un amigo, etc. etc. Pero Rakoski abrió una cartera atestada de billetes de banco, y con la seriedad que le era peculiar sacó un billete de cien pesos y lo ofreció á la dueña del pájaro. Rehusó ésta, y don Lorenzo tomó cuatro billetes más y los puso en las manos de la dichosa poseedora de aquel nuevo *Fénix*. Titubeó ésta, y siempre sin proferir una palabra, completó aquél los mil pesos. Eso era ya tentar un Santo, así es que la señora descolgó la jaula y la entregó al silencioso Creso. Con el mismo mutismo llevó la jaula al Gran Hotel y la dejó sobre una mesa del salón. Delfina encontró su capricho satisfecho, pero le fué imposible saber á quien debía aquél regio regalo, porque Rakoski no contestaba á sus preguntas, contentándose con pronunciar dos palabras "pájaro de *Picolina*."

¿Era amor lo que sentía don Lorenzo por la *Picolina*? El tiempo nos lo dirá, pues por lo que hace á saberlo de boca del Polonés, sería empresa romana.

Su mismo criado Puk, un negro de la Nubia que lo acompañaba y servía al pensamiento, no sabía del Polonés otra cosa sino que era muy rico, que había viajado mucho y que el Gobernador del Cairo, lugar donde el negro fué enganchado como sirviente, respetaba como á un Sultán á Rokoski.

Rakoski no tenía edad conocida, ni era posible calcularla, pues cuando quería parecía un hombre de treinta años, y algunos días se le podían dar cincuenta.

Alojado en el Hotel de Vigne, en donde ocupaba tres cuartos, jamás dirigió la palabra á sus compañeros de mesa, lo cual no era de extrañar, porque rara vez se acercaba á ella, prefiriendo por lo regular, comer sólo en el saloncito.

Puk, contestaba á los curiosos con esta frase invariable, "señor amo, mucho bravo, mucho rico y mucho fumar cigarros."

CAPÍTULO II.

El León de San José.

La noche de la fiesta de que nos ocupamos, llamaba también la atención otro personaje extraordinario; pero no desconocido en San José. Todo lo contrario, era Julio Espinosa, el más

arrogante joven de la capital, simpático, valiente, liberal: era imposible tratarlo sin amarlo y admirarlo. De talle más que mediano, moreno, bien formado y buen mozo indisputable, Julio añadía á tantas raras cualidades, una educación perfecta y un caudal considerable heredado de su madre, que hacía dos años había perdido.

Delfina conocía algo de la vida de Julio por las cartas que sus amigas le escribían al colegio, y su primera pregunta al desembarcar fué si ya el hermoso León jofesino prefería á una jofesina. Gran placer tuvo al saber que Julio era amable con todas, las cortejaba á todas y no distinguía á ninguna.

Cuando lo presentaron á ella, manifestó gran asombro porque afirmaba que ya lo conocía; que aquella figura le era afamiliar etc. etc. Esto provenía de que una de sus amigas le había mandado su retrato entre una carta, diciéndole que aquel era su novio y dándole un nombre diferente. Sea de esto lo que fuera, es lo cierto que al conocer á Julio, Delfina sintió dos sensaciones opuestas, tan inexplicable una como la otra. Esta, suave y deliciosa, nacida de la corriente simpática que la naturaleza establece entre los seres que se asemejan por la belleza moral ó física. Aquella, desagradable porque recordó que el interesante y hermoso joven que atraía su voluntad, era conceptuado por otra mujer como su prometido ó novio. En apuro momento no reflexionó que podía ser otro el prometido y no Espinosa. Además, la noticia misma que su amiga le había transmitido podía ser sólo una esperanza de ella, ó una inocente mentirilla. ¿Por qué el amor, siendo una emanación de la divinidad, no es como esta, justiciero y equitativo? El amor para ser justo debía siempre ser recíproco, ó lo que es lo mismo, correspondido. Pero es el caso, que el amor es lo que ha sido y lo que será, y está en su esencia el ser caprichoso, aventurero y sobre todo, ingrato y cruel.

Buscad si no un modelo de verdadero amor. Si lo encontráis, podéis asegurar que el objeto amado prodiga su corazón por otro lado ó no tiene corazón, y si lo tiene, es un corazón vago y mal entretenido.

El lector probablemente supone que las reflexiones anteriores, se han hecho para prepararlo á la idea de que Julio Espinosa no vió en Delfina más que una mujer bonita, lo cual no es prenda de valor en Costa Rica, en que la fealdad es la excepción de la regla, principalmente en San José y entre las hijas de la clase acomodada. Para que no se nos tache de presumidos, apelamos á los extranjeros imparciales y á los naturales que han viajado, á quienes suplicamos contesten con sinceridad á esta pregunta. ¿Hay en América ó Europa alguna ciudad, villa ó aldea que con la misma población de San José posea igual número de lindos palmitos? No, mil veces no; y esto lo decimos con perdón de Baltimore, de Viena y de toda la Andalucía.

Volviendo á Julio, ó más bien al lector que supone, que aquel no ve en Delfina más que una joven bonita, le diremos, que tal vez acierte ó quizá se equivoque; lo demás lo sabrá si lee la correspondencia que á la letra copiamos:

CAPÍTULO III.

Las dos amigas.

Delfina Rosales á Mademoiselle Roqueval:

Ofrecí no contarte nada de mis primeras impresiones al volver á mi país natal. Cumplo mi promesa asegurándote que si es dulce morir por la patria, no lo es tanto vivir en ella; sobre todo, si esa patria no es París y carece de tea-

tros, de paseos y de ruido, del *bois* de Boulogne y hasta del lodo amarillo de París. San José es muy triste, muy pequeño y destituido de todo lo que hace la vida amable; desde que llegué me muero de fastidio, y mamá me obliga á decir todo lo contrario. Papá me lanza unos ojotes cuando suspiro y me duermo, viendo pasar las carretas llenas de sacos de café y tiradas por dos bueyes. ¿Qué será de mí? A veces deseo morir porque creo que el Paraíso debe parecerse á París, ó por lo menos á Viena. Ya hemos convenido que el infierno debe estar en Londres ó Berlín. El purgatorio en la pensión cuando nos hacían estudiar en invierno, muertas de frío y se nos prohibía acercarnos á la estufa. Lo que tú no sabes es que el limbo en San José. . . . Yo creo que voy á atrapar una enfermedad si Dios no se apiada de mí. A propósito, te noticio que con nosotros vino de Europa un Polonés tan feo y tan meloso que me empalaga. Eso sí, es rico, muy rico. A veces me pregunto si en cambio de vivir en París, me casaría con ese estafermo, y te confieso. . . . no, no te confieso nada, porque de seguro no me casaría con él. Aun no he visto la alta sociedad de San José, pero mañana me aburriré atendiendo á mis compatriotas, pues hemos preparado una fiesta, compuesta de comida y baile por la noche & &. ¿Qué fastidio tener que bailar y hablar con los señoritos de mi tierra!!

Mlle. Roqueval á Delfina Rosales.

Imposible que pueda existir el fastidio á tu edad y en ese país encantado. Tu linda cabecita debe sufrir alguna enfermedad, para decir que en esa América pueda una alma joven dejar de vivir en un continuo ensueño. ¡Los volcanes arrojando fuego y bocanadas de luz roja y blanca. . . .! Los ríos caudalosos como los mares europeos!! y las tempestades trasladando pueblos y montañas de un punto al otro del territorio.

Vamos Delfina mía, tú tu chaceas y te burlas de mí. Cuando pienso que tú te mesas como Virginia, en gigantescas amacas que cuelgan de centenarias palmeras; y que tu sueño lo arruyan los mil cantos de paradisíacos pájaros; y que tu Pablo en vez de pálidos *bouquets* de mustias flores, te saluda en las mañanas con monstruosos ramilletes que los leones del desierto y las panteras de los bosques, por orden de su dueño depositan á tus pies!! El amor en la zona tórrida debe de ser una pasión sin medida: un fuego atizado por los huracanes y mantenido con la combustión de selvas compuestas de árboles titanes. Nuestros hombrecillos medio calvos, raquíticos y corrompidos, deben parecer fanteches, comparados con los gallardos, robustos y sanos hijos de la naturaleza.

Por lo que hace á tu Polonés Rakoski, le condeno sin verlo y te aseguro que serás desgraciada si llega tu mala suerte á ponerte en sus manos. Básteme saber que no es joven, y que su origen se pierde en la noche de los tiempos de Polonia. Adiós, *enfant gaté*, no olvides á tu primera y mejor amiga (según dices.)

Delfina Rosales á Mlle. de Roqueval.

Comenzaré como los banqueros. "Está en mi mano tu apreciable etc. etc. y luego seguiré preguntándote: ¿Crees acaso que la América de hoy es la de Pizarro ó la de Hernán Cortés?"

La América actual no tiene selvas vírgenes, cedros centenarios, ni mucho menos Pablos y Virginias. Los gomosos de aquí son tan semi-calvos y afeminados como los de París. Los volcanes arrojan cenizas y lodazales en vez de luceros y torrentes de luz. ¿Por qué no me felicitas por el pintorezco vestido de plumas á la moda de Adán y Eva, que antes usaban las indias nativas? Dejemos esas revistas retros-

pectivas de la tierra de Colón y vamos á lo real y cierto.

Pasó la fiesta inaugural, y en verdad que todo fué mejor de lo que yo esperaba. No creía tan adelantada la sociedad josefina. Lo que no me faltó fué mi arete, el señor Rakoski.

Ahora voy á hacerte una agradable confidencia. Entre los jóvenes leones que me acosaban con sus obsequios, ninguno me llamó la atención. Pero entre los concurrentes no pude menos que notar cierto caballero cuya distinción y buenas maneras me sorprendieron; Julio Espinosa. En lo físico es muy parecido á Maxime du Theil tu primo, pero es más alto y de un moreno á la mora. Puede ser que su indiferencia conmigo fuera su principal mérito, pero... no, es indudablemente más bien formado y mejor organizado que los otros de su especie.

No vayas á pensar que la confidencia de que te he hablado se reduce á la descripción del señor don Julio. Mi secreto es otro, y me da pena confiártelo; allá va pues. En mi anterior te digo que estaba muerta de fastidio, y otras cosas por el estilo..... y así era la verdad en aquella sazón; hoy no veo tan negra la situación. Después de la fiesta, me ha parecido más puro el aire de esta ciudad, y las casas las encuentro menos viejas y feas. La nostalgia de París, ha pasado del estado agudo, al crónico..... No rías con tu modo burlón de tu pobre amiga..... prefiero que te burles de Rakoski, para lo cual paso á contarte la siguiente aventura. Mi novio *in partibus* pilló un baño caliente en el hotel de Benedictis. El criado Puk, se distrajo y cerró la llave por donde viene el agua fría y dejó correr la caliente creyendo hacer lo contrario. Avisó al amo que estaba listo el baño; Rakoski se desvistió y entró á él con decisión. Caer en el agua y comenzar á asarse fué obra de un segundo. Saltó el Polonés fuera de la tina rojo como un camarón, y con una voz estentórea llama á Puk; acude éste, y apenas entra al cuarto es cojido por Rakoski y sumido en la caldera hirviendo con todo y casaca y reloj; bramido horrendo del criado y alarma general en el hotel; médicos, cirujanos, la policía y los pasajeros rodean á los dos imbéciles..... y todo concluye por dos botellas de Champagne que se aplica el Polonés para olvidar su desventura.

A propósito de ventura ¿Sabes que Espinosa es un joven agradabilísimo y simpático? No por eso creas que me deslumbra; todo se reduce á recordar que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey. Adiós y dime qué piensas de tu

DELFINA.

(Continuará.)

SIRIO.

NOTAS.

Nos es muy grato saludar atentamente á la prensa del país y extranjera.

Suplicamos á los lectores disimular el que, á pesar de su título, por ahora este periódico no salga con grabados; esta falta será tan sólo mientras las planchas nos vienen de Europa. Desde luego se verá que nuestra intención es la de presentar buenas ilustraciones.

Esperamos que todos acepten con gusto nuestro periódico, consiguiendo con ello la estabilidad de él, y al propio tiempo el desarrollo de nuestra naciente literatura. Suplicamos encarecidamente á todas las personas á quienes enviamos este periódico, si no acepta la suscripción, se sirvan dar aviso; pues de lo contrario las consideraremos como suscriptoras.

Por haber quedado incompleta y por considerarla de mucho interés, empezamos de nuevo la publicación de la novela costarricense *Risas y llanto*, de nuestro notable colaborador, *Sirio*.

Para todo lo concerniente á "Costa Rica Ilustrada" se servirán entenderse directamente con el propietario y administrador, don Próspero Calderón.

Hemos tenido el gusto de recibir cuatro interesantes publicaciones hechas en la importantísima casa editorial de los señores Appleton & C^ª de nueva York.

"Dora" por Carlota Breame; "Pan, queso y besos" por B. L. Farjeon. "El Caballero don Juan Jalifax" por la señorita Mullock y "Principios generales de Mécanica" por el Doctor don Darío González.

Tales son los títulos, y tales los nombres de los autores de esas preciosas obras cuya amena lectura y conocimientos útiles no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, en la seguridad de que agradecerán nuestra indicación.

Suplicamos á los señores Appleton y C^ª. que continúen favoreciéndonos con sus importantes libros; también suplicamos á todas las demás casas editoriales nos honren

con el envío de sus publicaciones, las que recomendaremos convenientemente, y también haremos juicios críticos de algunas de ellas.

AVISOS.

Vendo á precios sumamente bajos un surtido de objetos para barbería. Perfumería de primera clase. Sombreros de pita muy finos. Aprovechar la ocasión, señores barberos.

J. R. MATA.

El "Repertorio Salvadoreño", publicación mensual de ciencias y bellas letras, consta de 64 páginas. Se admiten suscripciones al ínfimo precio de \$ 1-50 al año.

Dirigirse á la administración de "Costa Rica Ilustrada."

Importante al comercio y demás casas anunciadoras.

"Costa Rica Ilustrada," se publicará cada diez días y circulará en cantidad de 2,000 ejemplares por número.

Se admiten anuncios á precios reducidos.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^º

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^º

EDUARDO E. FOURNIER.

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &., &.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA.

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central, N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VÉLEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Ramires (don Áquilino).—Ribera (don Ruben).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Veléz R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA.

NUM. 2.

San José, 20 de Julio de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

"COSTA RICA ILUSTRADA," por Joaquín Pablo Vélez.—EL 14 DE JULIO, por C. G.—RETORNO, por N. Caro de Aragón.—UNA IMPRESIÓN, por Leonidas Pacheco.—POST UMBRA, por Juan de Dios Peza.—FIESTA DE LA CARIDAD, por F. Serrano.—¡COMO NO,! por J. F. F.—LA MUERTE DE LA EMPERATRIS DE LA CHINA, por Rubén Darío.—ACUÉRDATE DE MÍ!, por Doroteo J. Guerrero.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—ECOS DE LA MODA, por Joaquina Balmaceda.—NOTAS.—ANUNCIOS.

COSTA RICA ILUSTRADA. (1)

La suerte, caprichosa é injusta casi siempre, ha decidido que sea yo, el inepto de los redactores, quien escriba el primer editorial de *Costa Rica Ilustrada*, publicación que interrumpida hace ya algún tiempo se reanuda hoy merced á la infatigable laboriosidad de su editor propietario, mi excelente amigo don Próspero Calderón.

Poco ó nada tengo que decir sobre las tendencias de esta hoja literaria, una vez que mi eminente amigo el señor Ferraz ha expuesto con la maestría de su habilísima pluma, en el primer número de la primera época, el fin que ella se propone y las esperanzas que abraza para llevarlo á cima. Sin embargo, algunas ligeras consideraciones me ocurren y debo exponerlas en obsequio de la tarea que ahora me impongo.

Ningún observador imparcial, nadie que juzgue las cosas tal como son, con sano criterio y sin las pasiones consiguientes á espí-

(1)—Este editorial debió aparecer en el número anterior, pero circunstancias especiales lo impidieron.

ritus febriles, podrá negar que el movimiento literario en Costa Rica ha sido lento y monótono. Las hojas periódicas que han aparecido así como los trabajos literarios que han visto la luz pública han sido, con raras excepciones, efímeros y sin trascendencia alguna. Los ingenios costarricenses de suyo vigorosos y ricos han vegetado tristemente en las estériles luchas de la política militante, extenuando, por decirlo así, la fecundante savia que los alimenta. El cultivo de las bellas letras, por una apatía inexplicable, ha sido descuidado, de tal suerte que si alguien se dejase influir por las apariencias, aseguraría que aquí se vive en un estado de compresión intelectual. Y este descuido es tanto más censurable cuanto que si analizamos la situación hallamos intelectos bien nutridos y exquisitamente preparados, y una pléyade lucidísima de jóvenes de ideas levantadas y generosas, que sólo necesita del estímulo para formar, gallardamente en la vanguardia de los zapadores de la naciente literatura costarricense. Matar esta apatía, fomentar ese estímulo, levantar el decaído espíritu literario, despertar las inteligencias es la misión que trae *Costa Rica Ilustrada*. Convencidos su Editor y Redactores de que la literatura identifica los sentimientos y unifica las ideas de distintas nacionalidades; que su influjo es poderoso para extirpar mezquinas pasiones y dar ensanche al pensamiento, acometemos la labor y confiamos en que todos, sin distinción de colores políticos, acepten con benevolencia esta nuestra humilde publicación y cooperen á su desarrollo. No exigimos para engalanar sus columnas obras

de atildamiento nimio y escrupulosa elegancia; nos satisfarán trabajos que aunque no reúnan estas condiciones demuestren que en Costa Rica hay sentimiento, gusto refinado y anhelo de enriquecer la literatura patria.

En lo material este país ha hecho casi prodigios en un tiempo relativamente corto; falta ahora que en lo intelectual los haga superiores.

El arte, venga de donde viniere, no es considerado extranjero, porque el arte es la realización de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo sublime; y en esta forma es amado y concebido por todos los hombres. La época actual es de unión, y por lo tanto lo que tienda á preparar el terreno para que ésta se realice pausada y normalmente, es útil y justo, patriótico y laudable. Apartarse del espíritu del tiempo en que se vive es síntoma de demencia; y hoy las inteligencias se buscan para estar en comunión y consorcio á fin de constituir una sola esencia que dé nutrimento al universal progreso.

La idea es una, aunque sus manifestaciones son diversas según la atmósfera en que se mueva; ella se sobrepone á intereses bastardos é impulsa poderosamente la civilización de las naciones.

Alejandro ha pasado á la historia no por el alarde que hiciera de su fuerza bruta domando á Bucéfalo, sino por haber fundido en una sola las civilizaciones griega y asiática, para extenderla luego en Oriente, de donde brotó más tarde el espíritu cristiano.

El pensamiento es perdurable; es el hilo de oro que ata las generaciones que se suceden; el factor eficaz que limita la atmósfera

utilitaria que nos rodea y ensancha la órbita de nuestras legítimas aspiraciones.

Costa Rica Ilustrada es ahora una hoja literaria de modestas dimensiones y escasa importancia; sin embargo puede servir para dar amigable cita á la literatura y arte costarricenses, hacer conocer aquí los escritores de otros países y apoyar ingenios que con savia virgen y propia, con alas para explorar horizontes nuevos, vegetan tristemente en la oscuridad por timidez ó por falta de estímulo. Puede servir también de base para una publicación de mayor aliento, si el favor del público corresponde á nuestros deseos.

Pedimos la colaboración de todos los que escriben en la hermosa lengua de Castilla, y en especial la de la briosa juventud hispano-americana. Todos aquéllos que, como dice Bastiat, "amen el estudio, necesiten de creencias, tengan ánimo exento de preocupaciones inveteradas, corazón libre de odios, espíritu de propaganda, simpatías ardientes, desinterés, consagración, buena fe y entusiasmo por todo lo que es bello, sencillo, grande y honrado," encontrarán en esta nuestra hoja atmósfera para ensayar su canto!

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

El 14 de Julio.

HA Y dos fechas memorables que debieran escribirse con caracteres de oro en la historia de todos los pueblos; 1454 y 1789. Ambas marcan el *principio del fin* de las dos mayores plagas que afligen á la humanidad: en 1454 la ignorancia fué herida de muerte por la aparición del primer libro impreso; en 1789 el despotismo recibió el golpe de gracia con la toma de la Bastilla. El primero de estos acontecimientos fué la revolución pacífica, la aurora que paso á paso disipa las tinieblas de una larga y soporosa noche; el segundo fué la primer llamarada del incendio que redujo á cenizas los tronos seculares, la más terrible, pero también la más fecunda de las tempestades humanas.

La invención de la imprenta convirtió al hombre abrutado en hombre consciente; la Revolución Francesa transformó al esclavo en ciudadano. Imposible de todo punto sería dar la preeminencia á cualquiera de estos grandes hechos históricos, á causa del estrecho parentesco que entre sí guardan. No son, en verdad, sucesos aislados. La Revolución Francesa fué preparada y realizada en gran parte por el libro: 1454 engendró á 1789.

*
**

Hoy es el 14 de Julio. Hasta la so-

ledad de mi cuarto llegan los ecos de lejána música que enciende el entusiasmo en todos los corazones; es la *Marsellesa*, el himno divino que concibió Rouget de Lisle en un raptó de éxtasis celestial, esa cascada de notas sublimes que semejan gritos amenazadores arrojados á la faz de los tiranos, canto épico entonado por la libertad naciente en són de reto para los monarcas coligados para aniquilarla; es la *Marsellesa*, á cuyos mágicos acordes el ejército francés electrizado cargaba sobre el enemigo, llevando la victoria en las puntas de sus bayonetas y con la victoria, el triunfo de las ideas republicanas; es la *Marsellesa*, el himno del pueblo francés, el himno de todos los pueblos oprimidos. Hoy es el 14 de Julio. Hace poco más de un siglo que en un día como éste el pueblo parisiense se apoderó de la fortaleza en que el absolutismo hundía para siempre á sus víctimas: de la Bastilla, la prisión legendaria de Latude y la Máscara de Hierro.

Cuentan que al saberlo dijo Luis XVI: "Es una rebelión," y que el duque de la Rochefoucauld le contestó: "No, sire, es una revolución."

El duque estaba en lo justo. La toma de la Bastilla no era únicamente enérgica protesta de una ciudad contra los desmanes de la monarquía, era el primer albor de una regeneración social que iba á cambiar por completo el aspecto del mundo.

La Revolución Francesa, en efecto, ha redimido á la humanidad. Por eso el 14 de Julio es la fiesta nacional de todos los pueblos libres.

C. G.

14 de Julio de 1890.

RETORNO.

Tranquilo y satisfecho caminaba en busca de reposo el forzado albañil de gruesas manos y requemado rostro. Ancho calzón de dril; y la chaqueta, lleva colgada al hombro cual si fuera, (perdónenme el vocablo) un *necesario* estorbo. Unos zapatos que amarillos fueron y que á fuerza de lodo están erizos y tostados, tanto, que pesan como plomo. Y sobre este uniforme del trabajo de los piés á los ojos, gruesas costras ostenta de argamasa así... casi orgulloso. Camina satisfecho pues lleva en su bolsillo, todo el jornal que ganara en la semana sin perder un día solo: y goza porque lleva á su familia pan de un trabajo honroso, que jamás le amargó el remordimiento

ni le produjo insomnio. Llega al umbral de su casita humilde y escucha el alboroto de su hijo alegre que á su vista salta y juega sobre el polvo. Detiéndose un momento y le contempla lanzando un suspiro hondo, le toma entre sus brazos y se escuchan los besos más ruidosos.

.....
Ay! Cuántas veces cuando á casa llego medio distraído y hosco, y encuentro á mi Jorgillo hecho unas páscuas con su charlar de loro, renace entre mi pecho la alegría, en mis brazos le tomo, y digo recordando aquella escena ¡Yo también soy dichoso!

San José, C. R.—Enero de 1890.

N. CARO.

UNA IMPRESION.

(PARA "COSTA RICA ILUSTRADA".)

Endría yo diez y siete años cuando cayó en mis manos el libro "La Dama de las Camelias". Ví que su autor era Dumas, nombre que sublevaba mis temores religiosos pues se me había dicho que la Iglesia prohibía la lectura de sus obras; pero que tentaba fuertemente mi curiosidad por el atractivo de lo prohibido.

El recuerdo de los consejos de mis maestros, siempre cuidadosos de apartar de la vista de los niños las lecturas de este género, me impulsaba á dejar el libro. Mi curiosidad, furiosamente excitada, lo retenía entre mis manos. Dudé, por cinco minutos, trabé lucha con la tentación y fuí vencido.

Efectivamente el libro era malo, malísimo.— Tal revolución produjo en todo mi sér, que durante varios días estuve semiloco. Yo no podía tomar de aquella obra más que el encantador veneno de su sentimental historia: yo no podía ver en ella más que la idealización de un amor mundano: la conversión del barro en estatua de oro.

Todavía me da risa y algo de rubor también cuando recuerdo que por la excitación terrible en que cayó mi alma y agitado el fuego juvenil de que mi vida de Colegio me había provisto, me dí á buscar allá en San José una nueva Margarita. Mis ojos no vieron más en nuestras *muchachas galantes* que las hijas del amor, capaces de redimirse por el amor. Borré de mi memoria los duros nombres con que se las señala y las llamé desgraciadas. Todas ellas en mi concepto, debían tener un diario de su vida y morir tísicas.

Y encontré mi Margarita. Mi infeliz virtuosa, la pobre mártir de un destino fatal, la que debía sacrificarse y morir de amor cuando mi padre me arrancara de sus brazos, había sido siete veces madre..... Sin embargo, yo salí avante con mi romántica pasión y á pesar de las siete cabecitas rubias, pude hacer poesía. ¡Lo que valen diez y siete años!

Cómo concluyó mi historia es cosa de poco interés. El idilio se truncó á lo mejor: yo volví á

POST UMBRA.

Con letras ya borradas por los años,

En un papel que el tiempo ha carcomido,
Símbolo de pasados desengaños,
Guardo una carta que selló el olvido.

La escribió una mujer joven y bella
¿Descubriré su nombre? ¡no! ¡no quiero!
Pues siempre he sido, por mi buena estrella,
Para todas las damas caballero.

¿Qué, ser alguna vez no esperó en vano
Algo que, si se frustra, mortifica?
Misterios que al papel lleva la mano,
El tiempo los descubre y los publica.

Aquellos que juzgáronme felice
En amores, que halagan mi amor propio,
Aprendan de memoria lo que dice
La triste carta que á la letra copio:

“Dicen que las mujeres sólo lloran
Cuando quieren fingir hondos pesares;
Los que tan falsa máxima atesoran,
Muy torpes deben ser ó muy vulgares.

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mía,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta,
Y hay que usar de otra tinta más oscura,
La negra escogeré, porque es la tinta
Donde más se refleja mi amargura.

Aunque no soy para soñar esquivada,
Sé que para soñar nací despierta,
Me he sentido morir, y aun estoy viva;
Tengo ansias de vivir, y ya estoy muerta.

Me acosan del dolor fieros vestiglos
¿Qué amargas son las lágrimas primeras!
Pesan sobre mi vida veinte siglos,
Y apenas cumplo veinte primaveras.

En esta horrible lucha en que batallo,
Aun cuando, débil, tu consuelo imploro,
Quiero decir que lloro, y me lo callo,
Y más risueña estoy cuanto más lloro.

¿Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasión, sólo entonces no mentida,
Me llegaste á decir “te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida,”

¿Qué te respondí yo? Bajé la frente;
Triste y convulsa, te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente,
Es natural que muera muy temprano.

Tus versos, para mí conmovedores,
Los juzgué flores puras y divinas,
Olvidando, insensata, que las flores
Todo lo pierden menos las espinas.

Yo, que como mujer soy vanidosa,
Me ví feliz creyéndome adorada,
Sin ver que la ilusión es una rosa
Que vive solamente una alborada.

¿Cuántos de los crepúsculos que admiras
Pasamos entre dulces vaguedades,
Las verdades juzgándolas mentiras,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Me hablabas de tu amor y, absorta y loca,
Me imaginaba estar dentro de un cielo,
Y al contemplar mis ojos y mi boca,
Tu misma sombra me causaba celo.

mi hogar por mis pasos: Margarita dos años más tarde murió al dar á luz su octava cábecita rubia.

Seis años después de haber leído el libro de Dumas y muchos otros libros que á la verdad han embotado un poco mi sentimentalismo; cuando, siguiendo la moda, tomo aires de excéptico, dudo de la existencia de Pablo y Virginia y las escenas patéticas de los libros y de los teatros me producen risa; he vuelto á sentir como al día siguiente de dejar el Colegio. Las fibras de mi alma adquirieron su tensión máxima, sentí un nudo en la garganta, como se usaba antes, me sudaron las manos, lloré interiormente y en toda la noche no pude dormir: había visto la Dama de las Camelias, bella como una ilusión, rubia como toda mujer bonita, envuelta en riquísimo traje, como quiere la poesía: la ví sorreír, la oí hablar, escuché el murmullo de sus suspiros: la seguí al campo donde con su dichoso y enamorado Armando, tejía con flores y besos la cadena de amor. Después oí que la insultaban, que la rogaban, que le imponían el horrible sacrificio de abandonar su primero y único amor. Sobre sus blancas facciones ví dibujarse la lucha moral y triunfar la abnegación.— Después, asistí á su agonía, pude oír sus palabras de infinita dulzura, sus últimas palabras... la ví caer muerta.

Todo por diez francos en el teatro de Varietés.

Lo que pueden el talento y el arte! Dumas escribe una novela: se encariña con ella y la convierte en drama. Una mujer sale del Conservatorio, sube á la escena, se mide el traje de Margarita Gautier y como hecho á su medida, no hay en ese traje un sólo pliegue que no sea artístico, no hay un sólo corte que no se ajuste al torso tan bien como si la histórica heroína se hubiera levantado de su tumba para representar en las tablas lo que en el mundo fué su vida.

Muchos costarricenses han tenido oportunidad de ver á la actriz cuyo nombre ha dado la vuelta al mundo. Muchos, como yo, habrán comprendido que antes de ver y oír esta mujer se ignora lo que es el teatro. Yo por mí sé decir que nunca, nunca pensé que pudiera haber tanta verdad en la ejecución de un papel aprendido de memoria: jamás me imaginé que se pudiera palidecer y llorar, que los sollozos hincharan las venas de la garganta á voluntad, que se pudiera agonizar de veras, haciendo una farsa.

Cuesta creer que la actriz no esté en la realidad. Parece imposible, al observarla en detalle, concebir que aquellas frases ardientes, los gritos que salen del fondo del alma, las lágrimas que humedecen su mejilla pálida y sus labios secos por la fiebre no sean producto de un sentimiento cierto sino sólo el cumplimiento de un contrato con un director de teatro.

La adorable Margarita que ví llorar y morir en el teatro de Varietés de París, viene llorando y muriendo todas las noches desde hace muchos años. Desde Londres hasta Buenos Aires, desde Washington hasta Egipto la artista de voz argentina cosecha gloria, labra su inmortalidad y gana ríos de oro. Su talento no se gasta con la edad: el arte tiene su encarnación real en una mujer casi vieja.

¿Qué desgracia para el teatro que no haya en el mundo más que una Sarah Bernhardt!

Berlín, 22 de Junio de 1889.

LEONIDAS PACHECO.

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste aprovechando mi embeleso,
“Déjame arrodillar para adorarte,”
Al verte de rodillas te dí un beso.

Te besé con arrojo, no se asombre
Un alma escrupulosa ó timorata;
La insensatez no es culpa. Besé á un hombre.
Porque toda pasión es insensata.

Debo aquí confesar que un beso ardiente,
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazón de fuego.

Cuando toqué tus labios, fué preciso
Soñar que aquel placer se hiciera eterno.
Mujeres: es el beso un paraíso
Por donde entramos muchas al infierno.

Después de aquella vez, en otras muchas,
Apasionado tú, yo enternecida,
Quedaste vencedor en esas luchas
Tan dulces en la aurora de la vida.

¿Cuántas promesas, cuántos devaneos!
El grande amor con el desdén se paga;
Toda llama que avivan los deseos,
Pronto encuentra la nieve que la apaga.

Te quisiera culpar y no me atrevo.
Es, después de gozar, justo el hastío;
Yo, que soy un cadáver que me muevo,
Del amor de mi madre desconfío.

Me engañaste y no te hago ni un reproche.
Era tu voluntad y fué mi anhelo.
Reza, dice mi madre, en cada noche;
Y tengo miedo de invocar al cielo.

Pronto voy á morir; ésa es mi suerte.
¿Quién se opone á las leyes del destino?
Aunque es camino oscuro el de la muerte,
¿Quién no llega á cruzar ese camino?

En él te encontraré; todo derrumba
El tiempo, y tú caerás bajo su peso;
Tengo que devolvarte en ultratumba
Todo el mal que me diste con un beso.

Mostrar á Dios podremos nuestra historia
En aquella región quizá sombría.
¿Mañana he de vivir en tu memoria...!
Adiós... adiós... hasta el terrible día.”

Leí estas líneas, y en eterna ausencia
Esa cita fatal viví esperando...
Y, sintiendo la noche en mi conciencia,
Guardé la carta y me quedé llorando.

JUAN DE DIOS PEZA.

FIESTA DE LA CARIDAD.

SABEMOS que bien tajadas plumas, no de rústico ganso como la con que nosotros garabateamos cuartillas de papel, sino de legítimo é irizado tucan de oro, se ocuparán de narrar la preciosa velada que en la noche del 13 del corriente se verificó en la muy noble ciudad de Cartago, preparada por las damas de la Sociedad Vicenpaulina en beneficio de los pobres.

Pero si esta consideración debiera abstenernos de acometer nuestra crónica, palabra que tenemos empeñada, nos impulsa en

contrario sentido. Pero si carecemos de suficiencia, nos sobra voluntad. Valdrá esta por aquella?

El salón del Mercado, donde fué colocado el pequeño proscenio quedó pleno con la concurrencia numerosa y escogida. No solo lucieron sus atractivos las sentimentales hijas de Cartago, que también notable grupo de espirituales josefinas contribuyeron á dar realce y encanto á aquel cuadro de una sociedad reunida en familia para rendir culto al arte,—fortalecer los vínculos fraternales, y llenar el alma de inefables y purísimos goces, derivando de este todo eminentemente filantrópico y social el pan de la Caridad—que tantas hambres mata y tantos infortunios consuela.

La honorable familia del señor Presidente de la República y dos de los señores Ministros solemnizaron igualmente aquel acto.

Después de la introducción de la Orquesta, cantó don Juan Francisco Bonilla, con aquella su voz llena, de barítono, la agradable aria "Infelice," de Hernani, acompañado en el piano por las diestras manos de profesor del distinguido joven don Eduardo Peralta. Fueron acariciados por el público con merecidos aplausos.

Vino después el cuadro plástico "Las Estaciones y "El Jardín de las Estatuas."

Charito Ferraz, representaba la primavera, la señorita Flores, con típico y adecuado traje, el Estío; la señorita María Teresa Oreamuno, el Otoño; y el invierno, don Manuel V. Blanco. Circundaban las estaciones, como adornos esculturales, las señoritas Clementina Gutiérrez, Talía Carazo, Tule Parreño, N. Ortíz, Cecilia Figueroa, Merceditas Ortíz y otras.

Las posturas y actitudes eran de lo más artístico.

Veo que nos han hecho mentir. Perdón, caro lector; dijimos mal: allí no había tal Otoño ni tal Estío: aquella maceta de divinas flores no representaba, no podía representar sino la Primavera.

La señora doña Mercedes Espinach y la señorita doña Laura Peralta, ejecutaron con su habilidad acostumbrada, á cuatro manos, en el piano, "La Traviata," que fué muy aplaudida.

En seguida fué obsequiado el público con la poética serenata de "Los Ángeles," por el Maestro Braga, arreglada para canto, piano y violín. La parte de canto la desempeñó hábilmente la señorita doña Rosa Espinach, con firme y castigada voz; en el piano, con no menor ejecución, su hermana señorita Mercedes; y en el violín con toda la expresión deseable don Pablo Torres, habiendo sido muy aplaudidos.

"Las palomas mensajeras" es una composición de mucho mérito, y fué ejecutada en el piano, á cuatro manos, por las dos señoritas Ferraz. Los nutridos aplausos que

se les prodigaron denotan que el público inteligente supo apreciar la limpieza y ejecución de aquellas dos artistas en ciernes.

El cuadro de "Santa Cecilia," embargó luego nuestras facultades con su maravilloso efecto. La ilusión fué completa por la rigurosa exactitud del traje romano de la época, por el delicado y correcto perfil del rostro de la virgen mártir, y por la profundidad de aquella mirada de beatíficos destellos, que más de una vez hemos visto en los cuadros maestros del arte, y la expresión de aquellos ojos que al mirar hacia los cielos como invocando la inspiración para sus piadosos himnos, parece querer traspasarlos con sus lúcidos destellos: todo, todo eso hallamos en el semblante de la señorita Catarina Oreamuno, durante aquel arrobador éxtasis sólo hallado en los tipos de las mujeres del evangelio.

Después de este cuadro que tanto arrebató al público, la señorita Laura Peralta interpretando magistralmente la inspiración del autor, señor Pujol, tocó en el piano la caprichosa mazurca titulada "Rosas y Perlas," llena de pasajes bellísimos en que suponíamos que estábamos aspirando las unas y ensartando las otras. Fué muy aplaudida.

Tocóle el turno de lucir su sonora voz de bajo á uno de esos modestos artistas que bajo el cielo del viejo Mundo harían fortuna con el don de su voz debidamente educada, y que en América por fuerza tienen de conformarse con el estímulo de pasajeros elogios, sólo por amor al Arte.

Nos referimos á don Evaristo Quesada quien cantó con maestría, justamente aplaudida, el ária de Atila, denominada "Mentre Gonfiar."

Después de un intermedio de 15 minutos, apareció en el proscenio la niña Arabela Montejo, la cual con toda la entonación, la música y el acento de una actriz consumada y poseída de sentimiento, recitó la última ternísima composición poética que antes de marchar al patíbulo, compusiera el inmortal vate cubano Plácido; desgarradora plegaria cuya sola lectura conmueve el más empedernido corazón, permitiéndole rendir el tributo de una lágrima diamantina.

"La Muerte de Margarita" fué el cuadro que vino en seguida. Bello pasaje, á fe nuestra, lleno de magníficos efectos de luz, con que la inteligente intervención de los señores Manuel V. Blanco y Federico Peralta supo realzar é iluminar la magia escénica del cuadro. La señorita Guier, en primer término representaba, mejor dicho, era un ángel que iba regando flores; ni de flores del jardín necesitaba ella, cuyas sonrisas y miradas son flores que de su boca y de sus ojos se desgranaban. Otros ángeles se columpiaban al fondo entre aureas nubes, cuyos nombres no pudimos obtener. La se-

ñorita Mercedes Muñoz, representó á *lo vivo* á la muerta Margarita.

La señorita Mariana Sáenz deleitó acto continuo nuestro oído con un bellísimo wals hábilmente ejecutado en el piano.

Volvimos á tener el gusto de oír, y de aplaudir á don Juan Francisco Bonilla, quien cantó con su siempre simpático timbre de voz, el ária dramática "La lluvia ha cesado," de la zarzuela "La Tempestad;" música tan popular por la armonía imitativa que la caracteriza.

Quien no haya visto el cuadro plástico representativo de "El Templo de Flora," no puede formarse idea cabal de aquel sitio encantador, donde Cloris, diosa de los jardines y esposa de Céforo recibía el culto de Tacio, rey de los Sabinos de Cures, después de la traición de Tarpeya, que dió entrada á este tirano en la capital de los Cesares. El más refinado gusto artístico presidió la organización de aquel cuadro que nos trasportó con su fantasía á sitios donde sólo alcanzan los sueños de un orientalista. ¿Quién era ella? ¿quién era Cloris? ¿quién era aquella beldad, á la cual no pudimos reconocer? Simplemente una de las divinidades que hicieron el lujo de la fiesta y que en aquel cuadro rodeaban el trono de la augusta diosa.

Era preciso, después de habernos elevado á la contemplación del Templo de Flora, no tornar á la tierra por un descenso demasiado rápido.

El wals "Las Violetas," música del nunca bien ponderado maestro Campabadal, fué la escala por la cual descendimos sin sacrificio, en alas de la música de amor arrulladora. Las señoritas Mercedes y Teresa Ortíz, sostuvieron esa escala, al ejecutar en el piano aquella dulce melodía cuatro adiestradas manos cuyos dedos semejabán, en sus rápidos movimientos sobre el teclado, juegos de eléctricas mariposas.

A acabar de despertar nuestro grato sueño, vino entonces la robusta voz del señor Quesada (don Evaristo), cantando con su arte habitual y firme tono, acompañado del señor Campabadal, en el piano, una romanza del inspirado Donizetti, que aplaudimos con entusiasmo.

La orquesta llenó luego los ámbitos de aquel templo del arte, preparando plácida-mente el ánimo para contemplar el cuadro de *La Sultana*.

Decir que la señorita Tule Parreño desempeñó el papel de reina del Oriente es decir, para quien tenga el gusto de conocerla, que allí no podía haber uno solo que no deseara ser esclavo. Libre Dios la humanidad de sultanas de tal porte, porque el hombre, el Rey de la Tierra, abdicando su poder y albedrío haría imperar la esclavitud por toda la redondez del globo. Las señoritas Clementina Gutiérrez, Charito Ferraz, Mercedes y Joaquina Ortiz, Talía Ca-

razo, Cecilia Figueroa y María Teresa Oreamuno, con lujosos trajes de estilo oriental, circundaban á la manera de astros tributarios á la orgullosa Sierva de Mahoma. Aunque dignas cada una de ellas de una corona, figuraban allí como esclavas, viniendo á convertir á cuantos amartelados cupidos pululaban en el recinto, "llagados de las telas del corazón," en satélites de 2º orden, ó sea en esclavos de esclavas, y ¡estaban muy ufanos!

Nuevos y sentidos acordes de la orquesta, precedieron el cuadro final representativo de las cinco repúblicas de Centro América, agrupadas al pie de la Diosa Libertad iluminando el mundo.

Al elevarse el telón, el entusiasmo patriótico estalló ruidosamente. El simbolismo no podía ser mejor combinado.

A Guatemala la representaba la señorita Mercedes Muñoz; al Salvador, la señorita Talía Carazo; á Nicaragua, la señorita Rosalía Flores; á Costa Rica, la señorita Rosarito Ferraz, y la señorita Teresa Oreamuno, á la Diosa Libertad.

La ley de selección quedó cumplida: la *creme de la creme* de la belleza de Cartago servía de emblema á una federación de hermanos Estados. Si os hubieran puesto á escoger ¡oh lector! habríais titubeado; pero nosotros, deseando conocer cuál se llevaba la palma en aquel certamen de la gracia y la hermosura, dirigimos la visual hacia donde la mayoría de las miradas se asestaban, y hubimos de reconocer á la Sultana de los lagos, la gentil Nicaragua, tipo acabado de lo que enamora y subyuga, de la pureza de las líneas y la perfección de un conjunto que resiste el análisis de los detalles. Tal es la señorita Flores.

Cuanto á la estatua de la Libertad, no era tanto lo que alumbraba con el reverbero que en su diestra alzaba, como con las miradas con que bañaba al auditorio. En sus pupilas estaba el luminoso foco.

Pocas veces hemos sido conspiradores, y no sería la Federación de Centro América á la que haríamos víctima de nuestra rebeldía; mas, joven, soltero y libre, habríamos disparado nuestras flechas contra estas cinco nacionalidades emblemáticas y su diosa Libertad, hasta rendir una siquiera en la contienda.

"La Desposada," mazurka deliciosa del maestro Campabadal, con que la ameritada Sociedad "Euterpe" cerró el programa de la velada, es una verdadera inspiración de artista. En su feliz introducción, el violín de Torres con su precioso canto enterneció los corazones, que es cuanto en su elogio se puede añadir.

La estimable señora doña Lucía Ortíz, inventora, organizadora y hábil directora de este caritativo y culto festival debe estar ufana del resultado. A ella somos deudores de estas horas de felicidad que constituyeron á un tiempo pan para nuestro espíritu

y el pan material para los que gimen en la miseria.

Y puesto que los señores don Clodomiro Ortíz, don Manuel V. Blanco, don Juan Antonio Castro, don Atanacio Gutiérrez y el Ingeniero Mr. Möller, contribuyeron tan eficazmente á la dichosa realización del pensamiento, merecen también nuestros parabienes y agradecimientos.

No concluyó aquí la velada memorable.

Los amantes de Terpsícore se hicieron dueños del campo y confundidas en un sólo deseo las estaciones, la ya resucitada Margarita, la Diosa de las Flores, la sultana y sus esclavas, las repúblicas confederadas y hasta Cecilia, la virgen romana, con su celeste corte, dejáronse seducir por los enamorados sátiros de capul, y sacrificaron en aras de la divinidad de la danza aquellas fugaces horas en que el corazón del hombre late al contacto del corazón de la mujer.

F. SERRANO.

Tonadillas.

II.

¡COMO NO!

DICEN, señor don Crispín,
que es usted un paladín
de la Iglesia y de la fe,
y que sin saber por qué
levanta usted un motín
al que con usted no opina? . . .

Qué se yo,
¿será que esa es rica mina?
¡cómo no!

Y hay quien diga que adulando
va don Crispín prosperando,
aunque sus . . . sustos le cueste . . .
Conozco á muchos como éste,
que han engordado chupando
á guisa de sanguijuelas;

pero yo
¿sé acaso sus triquiñuelas?
¡cómo no!

Como globo de papel
se va inflando Pimentel,
abogado conocido . . .
¡oh! y tiene mucho partido
con el pueblo, según él:
tanto que hasta presidente
se soñó
que le aclamaba la gente . . .
¡cómo no!

Es un famoso orador
según él mismo, el Doctor;
mucho admiran su elocuencia
y más que todo su ciencia
los que han tenido el honor
de oírlo en solemnes casos;
se lució
desde sus primeros pasos . . .
¡cómo no!

Grandes figuras ostenta
en estos días la Imprenta,
hasta hoy desconocidas;
nuevo Plutarco sus "vidas"
hay quien escribir intenta
muestra de grandes varones.

Serán ¡oh!
asombro de las naciones . . .
¡cómo no!

Gran campaña se prepara
en la asamblea preclara
en la temporada actual . . .
Creo que no le harán mal
viendo que la cosa es cara
en rebajarse la dieta . . .

lo que es yo
veo que la cosa aprieta . . .
¡cómo no!

¡Patriotismo! ¡esá es la idea!
¿y hay quien patriota no sea
cuando la patria peligrá? . . .
Su torpe nombre denigra
quien en deber no se crea
de servir cualquier destino;
se acabó
el egoísmo mezquino . . .
¡cómo no!

Y verán como en un mes,
en dos, ó talvez en tres,
ó el doble, si no es bastante,
queda la Hacienda boyante
á fuer de desinterés . . .

A realizar mi plan
creo yo
que todos me ayudarán . . .
¡cómo no!

Don Crispín y Pimentel
y el Doctor y todo aquél
que es gravoso á la nación,
vendrán en esta ocasión
á levantarse al nivel
que el patriotismo reclama;
pues valió
siempre más que oro la fama . . .
¡cómo no!

No habrá inútiles empleos,
ni habrá giras ni paseos
que cuesten plata al Erario;
no más que lo necesario
gastarán los corifeos,
mientras peligre la Hacienda . . .
Bien se yo
que habrá alguno que me entienda . . .
¡cómo no!

18 de Agosto de 1882.

F.

La muerte de la Emperatriz de la China.

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquel delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja? Para quién

cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, y abría las flores del campo, y alborotaba la nidada? Susette se llamaba la ávecita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes, un soñador artista cazador, que la había cazado una mañana de Mayo en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo—capricho paternal. Él no tenía la culpa de llamarse Recaredo!—se había casado hacia año y medio. ¿Me amas? Te amo. Y tú? Con todo el alma. Hermoso el día dorado, después de lo del cura! Habían ido luego al campo nuevo, á gozar libres, del gozo del amor. Murmuraban allá en sus ventanas de hojas verdes, las *varpillus* y las *véletas silvestres que vían cerca* del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes, el brazo de él en la cintura de ella, el brazo de ella en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después, fué la vuelta á la gran ciudad, al nido lleno de perfume de juventud y de calor dichoso.

Dije ya que Recaredo era escultor? Pues, si no lo he dicho, sabedlo.

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronce y terracotas. A veces, los que pasaban oían á través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilleo vibrante y metálico. Susette, Recaredo; la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, en puntillas, llegar donde él trabajaba, é inundándole de cabellos la nuca, besarle rápidamente. Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su chaise-longue, los piecitos calzados y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí el beso es en los labios, gazo, que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y á todo esto, las careajadas del mirlo, un mirlo enjaulado que cuando Susette toca de Chopin, se pone triste y no canta. ¡Las careajas del mirlo! No era poca cosa.—Me quieres? No lo sabes? Me amas? Te adoro! Ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, ó en la frámea de un viejo germano de bronce oscuro. Tiiiiirit.....rrrrrrteh fiii.... Vaya que á veces era malerado é insolente en su algarabía! Perc era lindo sobre la mano de Susette que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía á veces con una voz severa que temblaba de ternura: Señor Mirlo, es usted un picarón!

Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno á otro el cabello. "Canta" decía él Y ella cantaba, lentamente, lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como á una Elsa y ella le miraba como á un Lohengrin. Porque el Amor, oh jóvenes llenos de sangre y de sueños, pone un azul cristal ante los ojos y da las infinitas alegrías.

Cómo se amaban! Él la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, á veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un theósofo, que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano como la Ayesha de Rider Haggard; la aspiraba como una flor, le sonreía como á un astro, y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta, era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.

Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma; hacia brotar del mármol gallardas diosas

desnudas, de ojos blancos, serenos y sin pupilas; su taller estaba poblado por un pueblo de estatuas silenciosas, animales de metal, gárgolas terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas quizás inspiradas por el ocultismo. Y sobre todo, ¡la gran afición! japonerías y chinerías. Recaredo era en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino ó japonés. Conocía los mejores álbumes; había leído buenos exotistas, adoraba á Loti y á Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos, de Yokoama, de Nagasaki, de Kioto, ó de Nankin ó Pekín; los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hipóncos, los mandarinitos enanos con pansas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los *mónstruos de grandes bocas de batracios*, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria, con faces foscas.

—Oh, le decía Susette: aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba á mis caricias. Él sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías, y corría al pequeño salón azul, á ver y mimar su gracioso dije vivo, y oír cantar y reír al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vió que estaba su dulce Susette, soñolienta y tendida, cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. E a la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: este era un rey.....

La despertó:

—Susette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos negros bajo su fez rojo de labor; llevaba una carta en la mano.

—Carta de Robert, Susette. El bribonazo está en la China! Hong Kong, 18 de Enero.....

Susette, un tanto amodorrada se había sentado y le había quitado el papel. Con que aquel andariego había llegado tan lejos! Hong Kong, 18 de Enero.....Era gracioso. Un excelente muchacho el tal Robert! con la manía de viajar, llegaría al fin del mundo. Robert, un grande amigo.—Le veían como de la familia. Había partido hacia dos años para San Francisco de California.—Habrás visto loco igual!

Comenzó á leer.

Hon Kong, 18 de Enero de 1888.

Mi buen Recaredo.

Vine, y ví. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Dí un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta debes recibir un regalo mío que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme á los piés de tu Susette, y conserva el obsequio en memoria de tu

ROBERT.

Ni más ni menos. Ambos soltaran la careajada. El mirlo á su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y letras negras que decían y daban á entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una en caracteres chinoscos, otra en inglés y otro en francés. *La Emperatriz de la China.*—La Emperatriz de la China! Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y

apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones; todo dando magia á la porcelana blanca, con tonos de cera, inmaculada y cándida. La emperatriz de la China! Susette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana.—Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafond de su cuarto azul.

Así lo hizo. En un extremo del taller, formó un gabinete minúsculo, con biombos cubiertos de arzoales y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama, oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba sonriendo la exótica imperial. Al rededor de ella había colocado Recaredo todas sus japonerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nippon, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente á la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, á hacer zalemas. Ula, dos, diez, veinte veces la visitaba.—Era una pasión. En un plato de laca yokoamesa le ponía flores frescas, todos los días. Tenía en momentos, verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable é inmóvil magestad. Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. Un ídolo, la famosa emperatriz! Susette le llamaba de lejos:—Recaredo! Voy!—Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Susette llegaba á llevarse á rastro y á besos.

Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

—Quién ha quitado las flores?—gritó el artista desde el taller.

—Yo,—dijo una voz vibradora.

Era Susette que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

Allá, en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor: Qué tendrá mi mujercita? No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por su espátula de marfil, estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo la nostalgia de las blandas manos de rosa, y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste. Qué tendrá mi mujercita? En la mesa no quería comer. Estaba seria; qué sería! Le miraba á veces con el rabo del ojo, y el marido veía aquellas pupilas oscuras, húmedas como que querían llorar. Y ella al responder, hablaba como los niños á quienes se ha negado un dulce. Qué tendrá mi mujercita? Nada! Aquel "nada", lo decía ella con voz de queja, y entre sílaba y sílaba había lágrimas.

Oh, señor Recaredo!, lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. No habéis notado que desde que esa buena de la emperatriz de la China ha llegado á vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Susette despierta á Chopin, y lentamente hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, abogado y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. Celos! Quizás él lo comprendió, porque una tarde, dijo á la muchachita de su corazón, estas palabras, frente á frente, á través del humo de una tasa de café: Eres demasiado injusta. Acaso no te amo con toda mi alma;

acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Susette rompió á llorar. Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huído las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban también eran idos, como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y á ella, á la que en él veía su religión, su delicia, su ensueño, su rey, á ella, á su Susette la había dejado por la otra.

La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. Lo diría por la rubia Eulogia, á quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movía la cabeza:—No.

Por la ricachona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de abispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No, no era ninguna de esas. Recaredo se quedó con gran asombro.—Mira, chiquilla, dime la verdad. Quién es ella? Sabes cuanto te adoro. Mi Elsa, mi Julieta, alma, luz, amor mío.....

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas, que Susette, con los ojos enrojecidos, secos ya de las lágrimas, se levantó, irguiendo su linda cabeza heráldica.

—Me amas?

—Bien lo sabes!

—Deja, pues, que me vengue de mi rival. Ella ó yo: escoge. Si es cierto que me adoras ¿querrás permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?

—Sea, dijo Recaredo. Y viendo irse á suavecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso, en el recinto de su taller.

Fué. Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crugían bajo los pequeños zapatos de Susette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado: Estoy vengada! Ha muerto ya para tí la emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo el mirlo, en su jaula primorosa, se moría de risa.

RUBÉN DARÍO

¡Acuérdate de mí!

—o—

ACUÉRDATE de mí!—cuando yo muera,
Jamás olvides que te amé constante,
Y que ciego, amoroso y delirante,
Mi corazón, mi vida te ofrecí.

Que hasta el postrer instante en mi memoria
Tu imagen, y en mi pecho el amor mío,
Tan puros cual la gota de rocío,
Yo conservé:—¡acuérdate de mí!

Recuerda que llorando me juraste
Que al sepulcro tu amor me seguiría,
Y que nunca el momento llegaría
En que olvidado fuera yo de tí.

Y si acaso una lágrima derramas
Involuntaria, tibia y silenciosa,
No viertas las demás, mujer hermosa,
Sonríe... pero acuérdate de mí!

Cuando otro hombre te jure arrodillado
Un amor puro, cual el mío ardiente,

Y con primor coloque en tu alba frente
Guirnaldas de jazmines y alhelí,

Te crearás la mujer más venturosa
Considerando estar correspondida;
Mas cuando goces de tan dulce vida,
Siendo feliz, olvídate de mí!

Mas cuando en medio de tan bellas horas
Te encuentres sola, triste, abandonada,
Con tanta dicha convertida en nada,
Y en nada el juramento baladí,

El desengaño oprimirá tu pecho,
Mojará tu mejilla sin tardanza,
Y llorando un amor sin esperanza,
En tu dolor te acordarás de mí.

Al reclinarse el sol en el ocaso,
Alzándose la sombra en el oriente,
En esa hora en que yo frecuentemente
Mil presas al Eterno dirigi,

Reconcentra tu espíritu en tí misma,
Eleva al cielo tus cansados ojos,
Y cuando le hables al señor, de hinojos,
Bella mujer, acuérdate de mí!

Y si acaso encontrases mis despojos
En sitio ignoto, oculto y solitario,
Insepultos y lejos del osario,
Regados todos por aquí y allí;

No quiero llantos ni plegarias quiero,
Sólo que sepas que constante mi alma
Demanda al cielo para tí la calma
Que con desvíos me quitaste á mí.

DOROTEO J. GUERRERO.

(Salvadoreño.)

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO IV.

Doña Inés de Alvarez.

EN la calle de Chapuí en una de sus mejores casas, habita hace como dos años una pareja que remeda la dicha. Don Roque Alvarez y su esposa doña Inés Monte Blanco. El primero frisa en los cincuenta años, la segunda cuenta apenas veinte. Don Roque, grueso negociante, fresco aún de color, pero cuyos cabellos grises, cortados en forma de cepillo de ropa, le dan un aspecto duro y medio militar, mientras que doña Inésita es todo cuanto se puede ser de femenino, delicado y vaporoso. Casada con don Roque, sin amor, mas sin repugnancia, creyó beneficiar á su familia con ese cuasi sacrificio. Ella esperó amar ó al menos estimar y respetar al que dió su fe y su mano, porque nunca había sentido latir su corazón por varón alguno. Quizás habría llegado á ese punto, si la fatalidad no se hubiera atravesado para su desventura. Su marido no supo tampoco apreciar el tesoro que la suerte ponía en su poder. Rodeando de lujo y esplendor á su esposa, creyó decir la última palabra y depasar sus deberes mundanos. Talvez las circunstancias habrían dado razón á don Roque si un suceso insignificante no hubiera cambiado en infierno anticipado, el modo de ser frío y tranquilo que tenían ambos esposos.

Alvarez era poseedor de un hermoso caballo retinto que era objeto de la envidia de todos los hombres del *Sport* josefino. Julio Espinosa vino á casa de don Roque con objeto de ver y

comprar la hermosa bestia. Para probarla debió montarla y ensayar el paso y boca del animal. Cuando Espinosa estuvo firme en los estribos, el fogoso animal dió tales saltos que en uno de ellos cayó sobre el ginete. Todo esto frente á la casa del señor Alvarez y á presencia de doña Inés. Alzado sin conocimiento y con la apariencia de un cadáver, Julio fué conducido á un cuarto de la casa, donde el médico le dió los primeros auxilios. Aunque sin fractura de hueso, el accidente fué de bastante gravedad para imponerle algunos días de cama é inmovilidad. Durante ese tiempo doña Inés curaba al enfermo, y éste entre delirio y delirio pensó encontrarse en el Eliseo, al contemplar en la semi-oscuridad del cuarto, aquella suave y angelical figura, que le curaba con la delicadeza que sólo tiene la mujer. Cuando el médico manifestó temores de una gangrena, los habitantes de la casa dieron por muerto al pobre Julio. Nada tenía, pues, de raro ni de extraño que doña Inés sintiera un interés profundo por aquel sér que estaba en eminente peligro de dejar de existir, cuando todo le prometía vida y amor. La comparación entre su marido y aquel joven moribundo era de tal manera desfavorable al primero, que no era posible reprocharle un interés tan natural é inconsciente.

Esto pasaba algunos meses antes de la fiesta de que nos hemos ocupado. Si Delfina hubiera tenido más tiempo y algunos datos, habría notado esa noche la presencia de doña Inés en el baile y la profunda pasión que por ella sentía Julio Espinosa. No porque él la manifestara de un modo cualquiera, sino porque la presencia de Inés trasformaba de tal manera la fisonomía del joven, que con algún antecedente, un observador no podía equivocarse. Julio, no sólo respetaba el estado de Inés, por ser casada y llena de virtudes, sino que aun suponiéndola soltera y libre no era doña Inés de esa clase de mujeres que animan y facilitan las declaraciones amorosas.

La única persona que Rakosky atendió en el baile después de Delfina, fué la esposa de don Roque. Pero en su natural distracción y sin previos informes, se expresó con el señor Alvarez, sin conocerlo, de un modo desfavorable á su mismo interlocutor, diciendo que era una lástima que tan hermosa mujer fuera casada con un bestia como su marido. Don Roque pensó prudentemente que era mejor no darse por entendido con semejante coloso y se retiró poniendo gente de por medio. Por lo que hace á doña Inés, á pesar de su seriedad característica, no podía mirar á Rakosky sin que sus graciosos labios se contrajeran con sonrisa difícil de interpretar, pero que á la larga indicaba un si es no es de desprecio mezclado de curiosidad y extrañeza. Este modo de ver de doña Inés se modificó bastante cuando supo cierta historia que comenzaba á hacerse pública y en que nuestro Polaco hizo un papel excéntrico pero generoso y que contaremos al lector en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V.

Miseria.

En la calle del Seminario que desemboca á la plazuela de la Soledad, unas cien varas antes de llegar á ese lugar, en una pobre casita de un piso, habita una familia numerosa que en otra época fué rica y llena de prestigio, pero que en la crisis mercantil de 1882 se arruinó completamente y tuvo que abandonar sus relaciones y costumbres de *confort* para aislarse y vivir en una pobreza que casi raya en miseria. Componíase esa familia del padre don Juan Escoto, cuatro niños de doce á veinte años y tres niñas. De su antigua opulencia sólo conserva-

ron una prenda más rara que el oro y los diamantes: una sirvienta modelo de fidelidad. Narcisa, que así se llamaba la humilde criada que siguió á sus amos en sus sufrimientos como los había acompañado en sus goces, Narcisa es la providencia de la familia. Ella busca costura para las niñas, trabajo para el joven Alberto que se ocupaba de copiar música, y algunas veces, ropa para lavar, que es el oficio preferente de la generosa criada. Los primeros años fueron vendiendo y rifando algunas alhajas, muebles y trajes, y con esto se ayudaban; más en los últimos tiempos, no bastaba el trabajo de todos para pasar ni aún pobremente. En esa situación el padre consiguió que le vendieran á plazos un terreno de seis manzanas, propio para café, con la condición de que le darían el título cuando acabara de pagarlo. A sembrar esas seis manzanas dedicó el jefe de la casa todo cuanto ganaba y algunas sumas prestadas. Tres años se logró tener limpio el terreno ya sembrado, pero para esto fué preciso que el mismo padre, los niños y aun Narcisa tomaran la pala y el rastrillo, pues la esperanza era grande si se lograba llegar á la segunda cosecha ó cuarto año. El último semestre fué preciso vender hasta los libros de la familia, pero el fruto estaba ya pendiente.

Los conocedores calculaban en ciento cincuenta fanegas la próxima cosecha, que era la segunda. El café á veinte pesos fanega; se trataba de tener la enorme suma de tres mil pesos y una renta media de cien al mes.

Entre los acreedores de la familia, un avaro que había prestado con intereses de dos por ciento al mes la última suma para el cultivo, se presentó cobrando capital é intereses cuando iba á comenzar la cogida de la gran cosecha. Esto no era grande mal pudiéndose vender parte del café para pagar al judío prestamista. El padre salió á buscar comprador, lo cual es muy fácil encontrar cuando la fruta está á la vista. Pero al llegar el comprador á examinarla, llegaba también un Juez ejecutor á embargar preventivamente la pequeña finca, con lo que se retiró éste y los demás postores. El depositario nombrado por la Justicia, continuó haciendo la cosecha por cuenta del acreedor ejecutante. La familia desesperada, se encerró en la habitación, las mujeres á llorar y los hombres á esconder su vergüenza y sufrimiento. Narcisa solamente, tomó las calles por su cuenta y fué á solicitar á todos los hoteles y casas donde lavaba ropa y tomaba costuras. Tres días pasó en ese cruel ejercicio, recibiendo negativas, unas groseras y duras, y las mejores, llenas de hipocresía y de mentiras. Cualquiera que conozca un poco á San José, sabe cuan inútiles son los pasos de una persona pobre para salir de un apuro de estos. Narcisa, colérica, á veces cerrando el puño, otras llorando bajo su rebozo, no perdía la esperanza. El cuarto día en la mañana ocurrió donde un costarricense rico que en otro tiempo había recibido grandes favores y pedido y aceptado servicios de importancia de la familia afligida. Se le contestó que no molestara más con sus instancias; que su patrón tenía la culpa porque se había metido á agricultor no teniendo ni aun con que mantenerse. Que las locuras de la familia tenían que parar en ese resultado & & y otras linduras por el estilo.

Narcisa, furiosa, salió sin despedirse y venía por la plaza de la Merced echando pestes contra los ingratos, cuando maquinalmente dirigió su vista al parquecito y frente al hotel Vigne. En el balcón leía sentado en una poltrona mecedora el señor Rakosky. Narcisa lo contempló un momento: recordó que la voz pública lo tenía por riquísimo; y sobre todo, pensó que no siendo de este país, podía probar fortuna con él y entró decididamente al hotel. La

muchacha había recibido del criado del polaco las camisas y pañuelos para lavarlos; así es que Puk la conocía. "Preséntame á tu amo," dijo al negro nuviano, y empujando á éste se presentó de plano á nuestro amigo Rakosky. Narcisa titubeó un momento; pero sacando fuerzas de la situación desesperada en que estaba, le suplicó la oyera unos instantes. La generosa sirvienta relató en pocas palabras la historia de la familia en desgracia. Cuando llegó al acto del embargo, el polaco dió de patadas en el piso y se puso rojo de ira. Al concluir Narcisa, Rakosky, retinto, nervioso, se levantó, entró á su cuarto y tomó un paquete de billetes de banco que puso en sus manos. "Mujer buena usted, le dijo, gente miserable aquí; yo no querer documento, yo dar á usted esto;" y sin más tomó el sombrero y salió á escape á la calle. Encontró un coche y lo tomó para alejarse de Narcisa. Esta salió casi loca de contento y sorpresa. Tres mil pesos había en el paquete. Inútil es decir que con esto no sólo se salvó la finca, sino que el señor Escoto cree poder pagar este mismo año á su generoso prestamista y quedar ya á salvo de la miseria.

(Continuará.)

ECOS DE LA MODA.

¿Qué se prepara en modas para la estación próxima?

—El cachemir, la bengalina, el velo y el paño bordado.

—¡Paño en esta época!

—Sí tal, señoras mías, paño de verano, fino como el cachemir y flexible como él.

—¿Y seguirán las faldas lisas durante el verano?

—Es indudable.

—¿Que sosería!

—No tal, su monotonía se cortará con entredoses bordados en sentido perpendicular, con guipures recortados y colocados sobre la tela en el mismo sentido y con encajes llamados blonda española, marcando las costuras de una falda de foulard verde, azul porcelana ó flor de agua.

—Eso será bonito en efecto.

—¿Y qué color es la flor de agua?

—Lila rosado.

—¿Será de moda ese color?

—Como el verde musgo, el verde lago, el lila, el gris ó beige el plomo y el azul porcelana.

Todo este chaparrón de preguntas hechas por varias señoras elegantes, caía sobre una modista distinguida, más en su persona, en las obras elegantes que llevan su nombre, hallábase yo á la sazón en su obrador en busca de noticias de última hora, y pude recoger todas las expuestas y otras más. La idea de rayar las faldas con encajes ó bordados, parecióme á todas felicísima invención, y para acabar de afirmarla en nuestro gusto, mostrónos la susodicha modista un vestido concluido para elevada persona, y que era de siciliana y azul zafiro, de forma princesa, cerrado por delante bajo entredós de encaje crudo bordado de colores, y otros dos que, partiendo del hombro, ocultaban las pinzas del delantero, bajando en delantal; otros dos en tirante caían por la espalda desde el hombro hasta el fin del vestido, disminuyendo todos su anchura en el talle, y una esclavina de la misma tela, fruncida en carnesú de terciopelo de

igual color; con cuello Médicis, completaba tan distinguido atavío.

Recogí estos preciosos datos, y me dirigí al departamento de sombreros recién llegados de París. Las capotas son verdaderas Toque con pequeñas bridas, un pretexto apenas visible para convertir en sombrero de señora el tocado de adolescente. En esta forma vi capotas de encaje de blanco y negro, con el biés alrededor de terciopelo verde, rosa antiguo violeta ó negro, con una agrupación de encaje en la parte superior y lasos ó adorno de asabache ó flores, todo pequeño, chato, sin la elevación que nos parecía encantadora los años anteriores: hoy la capota como la Toque, son un pequeño adorno sobre el peinado.

Los sombreros grandes son los redondos, tienen el ala de extraordinaria dimensión por delante y la copa muy maja, tanto, que desaparece bajo los adornos, produciendo el efecto de un plato muy grande colocado sobre la cabeza.— Los hay muy bellos en esta forma de tul coulisé (fruncido) con algunos encajes y rosas té, ó grupos de violetas, acacias, muguet ó cualquiera otra flor menuda, y de paja blanca, negra, lisa ó calada, adornados de encaje por delante y de flores con preferencia á plumas.

JOAQUINA BALMACEDA.—Madrid, 1890.

NOTAS.

Cumplimos con el deber de presentar nuestros más sinceros agradecimientos al Supremo Gobierno por la decidida protección que se ha servido prestar para la publicación de este periódico. Medidas como esa hablan muy alto en favor de quienes las dictan. Por un olvido involuntario no hicimos esta manifestación en nuestro número anterior.

Hoy 20 de Julio, es fecha memorable para la culta República de Colombia. Felicitamos de corazón á los colombianos aquí residentes.

Nos es grato saludar al señor don Manuel Aragón y su estimable señora, que acaban de llegar de Europa y Estados Unidos de Norte América.

AVISOS.

Vendo á precios sumamente bajos un surtido de objetos para barbería. Perfumería de primera clase. Sombreros de pita muy finos. Aprovechar la ocasión, señores barberos.

J. R. MATA.

El "Repertorio Salvadoreño", publicación mensual de ciencias y bellas letras, consta de 64 páginas. Se admiten suscripciones al ínfimo precio de \$ 1-50 al año.

Dirigirse á la administración de "Costa Rica Ilustrada."

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofré (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

<p>Precio de Suscripción.</p> <p>En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero „ 1-50. „ Números sueltos, \$ 0-25.</p>	<p>2^a EPOCA. NUM. 3.</p> <p>San José, 30 de Julio de 1890.</p>	<p>Redacción y Admón.</p> <p>En la Oficina de "La Prensa Libre."</p> <p>SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.</p>
---	---	---

SUMARIO.

CELEBRIDAD FORZADA, por Ramón M. Quesada.—
¡QUIEN SABE!, por J. F. F.—EL FUEGO, por C. Gagini.—
EL DÍA DE ENTRADA, por Benjamín de Céspedes.—
DESEOS, por Salvador Díaz Mirón.—RISAS Y LLANTO,
por Sirio.—LUNARES DE CARAMELO, por A. de la E.
Delgado.—EL ALMA EN PENA, por Eugenio de Olavaria
y Huarte.—A. ROSALBA, por Julio N. Galofre.—CARLOS
CASTRO.—ANUNCIOS.

CELEBRIDAD FORZADA.

A Pío Viquez.

Por medio de unos enormes zapatos viejos, remendados y erizados de gruesos clavos y tachuelas, la autoridad descubrió un crimen oculto.

Cierto asesino había dado muerte en des poblado á un viajero inglés para robarle cuanto llevaba, y al enterrarlo le quitó también los zapatos que calzaba. Hé ahí el crimen.—Cómo fué que se averiguó al cabo de dos años tan horrible suceso, y cómo el asesino, bajo el disfraz de misionero, fué reconocido y condenado al patíbulo, no hay para que decirlo. Desde que Edgardo Poe, nos ha referido cómo se cogieron todos los hilos del doble asesinato de la calle de Morgue, no debe ponerse en duda la perspicacia de un buen Fiscal, y por tanto me creo exento de satisfacer á este respecto la curiosidad del lector.

A la mesa del tribunal fueron llevados los infernales zapatos, los mismos que el pueblo sencillo y sin malicia había besado tantas veces, lleno de fe, á los pies del misionero. La duda, el encono, el horror, y más que todo, el fanatismo desbordado, atraieron al juzgado centenares de visitantes, y allí saltaban y se chocaban

libremente opiniones contrapuestas: quiénes llamaban santo mártir al ajusticiado y quiénes le apellidaban farsante y malhechor, quiénes murmuraban de la heregía del Juez y quiénes aplaudían la severidad de éste. La efervescencia subió de punto, y á todas horas y en todas partes no se trataba más que de los nauseabundos zapatos: defecto de toda sociedad que vegeta entre chismes y habladurías. Por fin, el Juez, indignado de las insustanciales disputas que se armaban en su presencia, con los dedos crispados por el enojo, quitó de sobre la mesa el objeto de tanta reyerta y exclamó: "hijos de una cabra! lejos de aquí demonios," y tiró al basurero del patio las prendas del religioso.

Más dichoso que muchas almas atribuladas que esperaban con impaciencia la ocasión de recoger las reliquias del mártir, un perro extenuado y contrahecho, que por cierto nunca habría probado jamones, salchichas ni pavos trufados, olfateó, se entró por un caño con la mayor confianza, registró y tornó á salir con una presa entre dientes. El hambre no respeta nada, y si es hambre canina, menos. El animal se fué á dar soberano é increíble atracón de sobresuelas, contrafuertes y remiendos detrás de la sacristía de una iglesia, á pesar de los vapuleos, pescozones y cogotazos que le prodigaban los transeuntes.

Un ricacho inglés, que había sabido tantos pormenores, entregó en secreto al portero del Juzgado, una moneda de oro, por el único zapato que quedaba en el basurero, y se lo llevó á su casa con la mayor flemma y gravedad del mundo.

Pronto se divulgó entre las personas devotas, la profanación del atrevido can, y el pueblo en masa se dirigió á pedir que se ahorcara el delincuente, como si hubiese sido hidrofobia y no hambre, el móvil del sacrilegio perpetrado.

Y oh coincidencias de esta vida! cuando la humanidad sedienta de sangre pedía la muerte del perro, ya la naturaleza se había anticipado á ejecutar la orden. Al llegar el grupo á una plazuela, descendían de lo alto en remolinos, legiones de aves hambrientas y enlutadas: los convidados al festín. Era de verse el afán con que los unos avivaban el ojo, afilaban el pico y alisaban las plumas, mientras otros comensales sin etiquetas ni ceremonias se lanzaban bruscamente sobre el banquete. Aquello era un escándalo de graznidos, por arrebatarse la mejor parte. Las plumas desprendidas de las alas, saltaban en desorden, y aquí había picotazos y por allá insultos, hasta que en medio del alboroto y cuando menos se esperaba tomaron espacio y se remontaron por los aires algunos individuos malcriados, luchando tenazmente por un pedazo de intestino y diciéndose descaradamente improperios y desvergüenzas. Por fin, el vencedor se vino al suelo, ahogándose y sin poder engullir el botín que había conquistado en lid sangrienta. Imposible! era una bolsa de clavos, tachuelas, contrafuertes y remiendos. Y mientras tanto los espectadores batían palmas admirados de la justicia divina y de los milagros del mártir.

Años después de lo referido, el público ávido de observar las valiosas colecciones de un anticuario y naturalista, se estrujaba á la entrada de una mediana pero bien dispuesta galería.

La idea de que la cultura moderna tributa merecida veneración tanto á aquellos objetos de que el genio se ha valido para iluminar al mundo, como á los que se han destinado en la marcha del progreso á los usos más humildes, influyó poderosamente para que todas las clases sociales, sin distinción ninguna, visitasen el diminuto museo.

Quien desee saber á fondo lo que es demo-

cracia, imagínese la azada de un labrador, al lado de un violín apollado, que imitó el ruido de los diamantes al caer en una vandeja de oro, el zumbido de las avejas en la floresta, todos los sonidos de la naturaleza y todos los lamentos del espíritu. Figúrese el peinetón de carey de una dama vetusta, en estrecho consorcio con la pluma que expresó altísimas concepciones, y sirvió para firmar páginas de redención ó de cruel exterminio. Haga abstracciones y coloque sobre la paleta de ébano en donde se confundieron antes de inmortalizarse en lienzos sublimes, todas las gradaciones del iris, toda la luz de las piedras, que los gnomos pulen en las entrañas de la tierra, todos los matices del bosque y los reflejos del cielo, la pipa negra y resinosa de un marino. ¡No hay democracia como la de los museos!

¡Gloria á Sutton, Bánum y Secretán, que han derrochado todo el oro de sus arcas, por prestar á la ciencia en un conjunto de cosas célebres, la síntesis más completa de la democracia!

A la entrada de la galería, críticos en flor que no pasarían de siete años, alborotaban terriblemente. El uno daba la preferencia al jaguar de ojos saltados, jadeante y con la zarpa dispuesta á estrangular un grupo de inofensivos conejos, monos grotescos y sabandijas entrometidas, que ocupaban la primera urna, especie de arca de Noé, en miniatura. El otro se entusiasmaba al ver prendidos con alfileres de cobre, en un pequeño escaparate, insectos multicolores, escarabajos de coselete dorado, legiones de mariposas de alas afligranadas. Qué conjunto tan irisado! un crepúsculo en ciernes! Mientras tanto las hermanas y primitas de tales críticos, se hacían ojos admirando el reino alado, cuyos representantes se erguían con orgullo sobre ramas de naranjo barnizadas. El quetzal. oh! el ave que habría rivalizado con el soberbio pavo de Juno; el soñoliento buho, entregado á fúnebres meditaciones, como si acabase de recorrer grutas sombrías y silenciosos cementerios; el colibrí con su alesna de azabache, y con las alas de esmeralda abiertas, como para abandonar la prisión; y más allá la torcaz melancólica frente á frente de la esbelta garza que vestía túnica de novia y medias de luto y parecía darse al reposo como si tuviese el buche repleto de ranas y culebrillas menudas. ¡Cuánta cosa, tentadora para la inocente riñez! Y sin embargo, allí todo era buches y vientres rellenos de paja, cerebros de algodón y arcénico, esqueletos de alambre, corazones de estopa y ojos de vidrio. ¡Mundo *viviente* de museos, precioso remedo de nuestro mundo social!

Cuatro hombres graves y con las gafas caladas examinaban atentamente una urna de cristal, que contenía colecciones numismáticas, tejuelos de oro, langostas de plata, é infinidad de amuletos indígenas. ¡Cuánto seduce el brillo de los metales! Dichos hombres ni siquiera ponían atención al alboroto de otro grupo en que lucían zapatos cubiertos de argamasa y manos callosas. Allí se discutía en frente de un hacinamiento de objetos de agricultura é ídolos de arcilla y granito.

En el testero de la galería la concurrencia era mayor. Trozos cilíndricos de madera, con la corteza rústica y cara brillante, cortada al soslayo, al reflejar la luz del Este, que entraba por un ventanillo, imitaban el oro que hierve en el crisol, manchas de sangre y brochazos de be-

tún de Judea, sobre un fondo de antimonio, espirales de sepia y remolinos de yemas de huevo en campos de crema y cobalto. Tantas ilusiones, tanto examen minucioso y tan agradable estado en aquel recinto, desaparecieron rápidamente. De un gabite pequeño salieron unas espirituales criaturas, traviesas y revolucionarias, muertas de risa y tras ellas un motín horrible. Muchas gentes que no habían parado mientes ni en la fiera de nuestras selvas, ni en los coleópteros de nuestros jardines, ni en nada de lo que observaban los demás visitantes, habían invadido el tal gabinete y allí en perfecto silencio, con recogimiento grande, y en un éxtasis arrobador como si tuviesen por delante las vírgenes de Sanzio, ó mundos de cristal, clavaban las miradas en un despreciable zapato viejo, que tenía la punta doblada hacia arriba como cuerno de gamuza. Bastó que una voz meliflua, y burlona dijese: *un pedacito para reliquia*, para que se armase la de Dios es Cristo y reviviesen los conatos de *sacrilegios, profanaciones y herejías*. Hé ahí el motín.

Después nada quedó en su lugar. Los inofensivos conejos encimados del jaguar. Los inofensivos mariposas reducidas á polvo; las aves pisoteadas y desplumadas sin compasión; los tejuelos de oro en el bolsillo de los cacos, y los trozos de madera, rodando por el suelo, como dioses derribados de sus altares, si se permite la mitología á quien escribe en este siglo realista.

¡Ah, si la causa de tanto desconcierto, hubiese sido siquiera la babucha de una sultana, guarnecida de oro y pedrería!

¡Pero un zapato horrible, capaz de hacer sombra á las más descomunales galochas de un gitano?

Si tratásemos de parodiar al Marqués de Valdegamas diríamos: "nada quedó firme, sino la *prenda del misionero*."

¡Quién dijo que no podían hacer revoluciones ni conquistar la inmortalidad, sino el cincel de Fidias, la lira de Homero, el pincel de Ticiano, la espada del hijo de Filipo?

Ahí está el zapato del malhechor, diciendo cómo es que la basura, puede conmovér al mundo y escalar los peldaños de la celebridad.

R. M. QUESADA.

Tonadillas,

III.

¡Quién sabe!

Próspero viaje augurando
al ver el buque partir,
nos quedamos esperando
los que le vimos surcando
las aguas del porvenir;
en la lona el fresco viento
con las drizas jugueteaba,
y manso el mar dormitaba
de la nave á sotavento....
¡Llegará á puerto la nave?
¡quién sabe!

Dicen que es bravo piloto
el que hace la maniobra;
y aunque derrotero ignoto
lleva hacia un puerto remoto,
dicen que valor le sobra

para hacer el derrotero,
sin temer ningún desastre,
pues lleva su buque en lastre,
y siendo tan buen lastero
no hay que temer nada grave....

¡quién sabe!

Con rara tripulación
dicen que el bajel ha armado,
y en llegando la ocasión,
aunque es muy bueno el timón,
talvez se encuentre encallado
en un bajo peligroso,
ó dando en algún rifero,
quizá se estrelle el velero
en estrecho proceloso,
y allí su carrera acaba....

¡quién sabe!

Si hace á un grumete vigía,
y contra maestre á un voga,
y de los tales se fía,
no será extraño que un día
del escandallo la sogá
le indique tan poco fondo
que maniobrar ya no pueda,
ni ya el gobernalle ceda
para virar por redondo,
y se embarranque la nave....

¡quién sabe!

¡Y no da pena mirar
que con nave tan velera
y con tan plácida mar
se pretenda al paio estar,
y no se eche mar afuera
por temor del oleaje....
¡fuera miedo! á toda vela,
veréis como el buque vela
rápido como un celaje....
¡y si hay quien su marcha entrase?....

¡quién sabe!

No temáis la ola airada,
que más peligros ofrece
el agua mansa, estancada,
dentro de la estrecha rada
en que hoy la nave se mece
sin atreverse á zarpar:
costeando de bolina,
á donde Dios la destina
¡podrá algún día llegar
á salvamento la nave?....

¡quién sabe!

¡Oh! piloto, á barlovento
haz virar sin dilación,
y no le temas al viento;
alija del cargamento,
lastre ó flete una porción
que la marcha te entorpece
y singla al puerto derecho,
y así un buen viaje habrás hecho,
que recompensa merece.....
¡habrá si no quien te alabe?

¡quién sabe!

Adularáte al combéz
el que á la costa se aferra;
alguno que entorno ves,
que desea que le des
paga sin salir de tierra,
que ante el peligro trepida
y no sabe que en la historia
se llamó la vida gloria

para quien no amó la vida....
conque ¿zarpará la nave?....
¡quien sabe!

23 de Agosto de 1882.

F.

EL FUEGO.

(A MI AMIGO MARIO.)

NO vayas á imaginar, querido Mario, que el objeto de este malzurcido artículo es poner tachas al que, con el mismo nombre, publicaste en el número primero de este periódico: demás que el crítico más pelillero no hallaría donde hincar el diente á tu precioso trabajo, yo nunca he pretendido convertirme en aristarco de nadie, ni gusto de enzarzarme en polémicas con quien de fijo puede apagar los fuegos de mis pobres baterías á los primeros disparos.

Libreme Dios de jugar con fuego.

Pero tú; fuego de Cristo! has tocado un asunto de tan notoria importancia, que no puedo menos de coger la pluma para darte mi enhorabuena. Prescindiendo de la ejecución, tu artículo tiene el mérito de ser una reivindicación justísima.

La humanidad es desagradecida con sus benefactores; vivos los desprecia ó los persigue; muertos los premia con una gloria efímera que se desvanece brevemente como fuego fatuo.

Mientras Pitágoras, Tales, Arquímedes y los millares de sabios cuyas investigaciones han contribuído á alimentar el fuego sagrado de la ciencia, yacen arrumbados en los desvanes de la memoria humana como trastos inservibles, Alejandro, César, Napoleón y todos los grandes salteadores de naciones, todos los que á sangre y fuego han assolado la tierra, son ídolos ante quienes se postra llena de admiración y de entusiasmo la estúpida posteridad.

Entre los bienhechores de los pueblos ¿cuál es acreedor á nuestra gratitud por más títulos que el fuego?

El progreso nació cuando la primera chispa prendió en la tierra.

El fuego fué para las sociedades primitivas instrumento, arma, abrigo: para las sociedades modernas es la vida.

Suprimamos el fuego, y quedarían despobladas las regiones boreales y australes del globo; se acabarían los vapores, ferrocarriles y máquinas industriales; se arruinarían las fábricas de velas, las de fósforos, las herrerías, alfarerías; no tendríamos vasos de vidrio ni tazas de porcelana; los carpinteros no tendrían cola, es decir, no podrían prepararla: Costa Rica se vería en la miseria, por que su café sin fuego es producto inútil; el Gobierno no po-

dría ya beneficiar el monopolio de tabacos; quebrarían Mangel, Sacripanti y Vigne; en fin, lloverían sobre el mundo tales calamidades si no hubiera fuego, que el género humano no escaparía quizás de la catástrofe, ó caso de quedar con vida, se hallaría en la necesidad de habitar en los bosques, vistiéndose con hojas de higuera ó taparrabos de *mastate* y alimentándose con guayabas y plátanos maduros. Por estas consideraciones y otras semejantes que á cualquiera se le ocurren, he dicho y repito que el fuego es el primer bienhechor de la humanidad. Bien es verdad que hay fuegos cuyos beneficios son muy discutibles, como el fuego graneado, el fuego oblicuo, el cerrado, el de fila, los fuegos cruzados, el fuego griego, el que reduce á pavésas las ciudades, el ¡fuego! que oye la víctima sentada en el banquito; también es cierto que hay otros no menos peligrosos aunque se hallan en estado latente, verbigracia: el de unos ojos risoteros aposentados en una carita sonrosada de quince años; el fuego que inadvertidamente se pone cerca de la estopa, por que llega el diablo y sopla; el que arde en los corazones juveniles cuando se aproximan á sus imanes. Podrá alegárseme además, que hay otros inútiles de puro inofensivos, por ejemplo, el fuego de Santelmo, (1) los fuegos artificiales, el que gastan ciertos oradores sin voz ni elocuencia; pero todas las excepciones antedichas, sólo prueban que en el mundo no hay cosa sin su correspondiente *pero* y aun *peros*.

El fuego, aunque á las veces sea autor de barrabasadas que no tienen perdón de Dios, merece por muchos conceptos nuestro eterno agradecimiento. Muchos pueblos le han considerado como una divinidad, y me recelo que si el mundo no creyera en un Sér Supremo inmaterial, adoraría al fuego. No es mi ánimo, amigo Mario, referirte aquí la historia del fuego en las diversas naciones antiguas y modernas: en primer lugar, porque no la sé; en segundo lugar..... por la misma razón. Quédese tan magna empresa para los escudriñadores de antiguallas, que á mí no me gusta averiguar la vida y milagros de nadie, ni levantar un fuego por si digo ó no digo, si tal ó cual, si negro ó blanco. Tengo por seguro que cuando se escriba la historia del fuego la humanidad á coro entonará un canto épico en su honor; y tú, querido Mario, serás citado en las generaciones venideras por haberle sacado del olvido en que le tiene hoy el mundo.

Solamente se te podrá echar en cara el haber dado ocasión con tu bien pergeñado artículo á que saliese á luz el pre-

(1)—La Academia escribe, *San Telmo*, pero no hay santo de ese nombre, *Santelmo* ó *Sant-Elmo* es corrupción de *San Erasmo*.

sente adefesio: no te acordaste del refrán, *donde fuego se hace, humo sale*, y encendiste un *fuego* luminoso que produjo el humarazo negro de estos renglones.

*Tu lo quisiste
fraile mostén*

Te los dedico porque son hijos del fuego que encendiste; pero no enciendas otro, por Dios, pues el público asfixiado por mis humaredas se verá obligado á gritarnos como los oficiales instructores de la Plaza de Armas. ¡Alto el fuego!

C. Gagini.

El día de entrada.

ODAVÍA recuerda cuando llega el mes de Setiembre, aquellos tristes días de la vida escolar y el inevitable regreso después de las vacaciones. Sufría mucho llevando la vida de falansterio. Carácter retraído, independiente y sério, á pesar de sus pocos años, no se avenía con el tumulto, las expansiones ruidosas y comunicativas, la disciplina, y menos que nada, con el encierro forzoso. Individualista en sus hábitos y creencias, huía de esos obligados rozamientos de la vida en comunidad; su retraimiento no era egoísmo sino la tendencia natural de un espíritu sano, que se reconcentra en sí mismo no hallando en lo que le rodea consuelo ni alegrías. Era, sin embargo, una voluntad dócil á las exigencias de su austera familia. Su bondadosa madre con desesperante anticipación arreglaba el equipaje, limpiaba el uniforme, marcaba toda la ropa interior con el número distintivo: el 34; compraba los libros impregnados del pestífero olor de cola fuerte. Su padre aprovechaba los escasos días que le quedaban de vacaciones para aconsejarle con entonación solemne, haciendo pesar en cada palabra su indiscutible autoridad. Poníase como ejemplo, allá en sus buenos tiempos, cuando estudiaba en el Seminario, encomiaba la rigidez y severidad de aquellas santas comunidades; así salían los muchachos, todos aplicados, obedientes, sumisos. Oh! la obediencia, la sumisión, eso no se aprende nada más que en fuerza de castigo y en la disciplina de los Colegios: es preciso domar los caracteres, las rebeldías de la juventud. No repliques nunca,—le decía,—á tus maestros. Ellos siempre tienen razón. Y el muchacho con sus ojos azorados, distraído, contaba los días que le quedaban de vacaciones y sentía ganas de llorar. El no comprendía todas esas teorías de *picadero*. Las aceptaba, sin embargo, como un dogma, porque su padre las enunciaba.

Cuando éste acababa de pronunciar su homilia, la madre, que no quería ser menos, seguía hablando del temor de Dios, del infierno para los malos, de la obediencia á los sacerdotes, y el niño impaciente recostaba su cabeza cansada en las faldas de su cándida consejera y se quedaba dormido, soñando quizás con esos espectros del dolor humano que prematuramente ajan tantas alegres aspiraciones en la conciencia atormentada del pequeñuelo.

Llegó el día de la entrada. Vuelve á ver aquellos largos corredores, las mismas camas alineadas, todas iguales, como en la sala de un hospital. Las paredes están más limpias y el suelo empolvado por el desuso. Reconoce su cama número 34. ¿Quiénes eran sus vecinos en el dormitorio? El número 33 y 35. Recorre, luego, la sala de estudio, allí está su carpeta vacía, polvorienta y esculpida en la tapa el mismo número de uniforme.

Saluda al Inspector, y no le contesta al saludo.

Está como siempre de mal humor. No ha envejecido, conserva el mismo traje negro, manchado de grasa y de caspa. los mismos zapatos deslustrados; es el hombre desgarrado, largo de piernas con manazas velludas de chimpanzé, cara larga, barba gris de una semana de afeitada, cutis labrado por placas de un color ajabonado, subido, cráneo redondo, frente estrecha, muy luciente por el untuoso cosmético que se corre de dos conchitas de pelo artísticamente emparejadas en la raya del peinado. Este amo, señor y director intelectual de los educandos, fué soldado, aprendió á leer y á escribir; le ascendieron á Sargento, allí aprendió también á castigar á los subordinados. Cumplió, y en una escuela normal le expidieron un título de maestro.

Los muchachos le pusieron por apodo *bacennilla*. Tocan la campanilla llamando á la hora de recreo y qué triste suena! Faltan muchos amigos y compañeros, hay en cambio muchas caras nuevas. Los desconocidos se miran con recelo, los *nuevos* se pasean por los rincones de patio, poco á poco, se forman corrillos, hablan de cosas serias, sin levantar la voz, formulan proyectos para el curso, se comunican sus impresiones, la conversación se anima, uno de ellos, mirando al cielo, como si representara una escena dramática, saca del bolsillo un retrato de mujer, lo besa y se lo enseña á todos los concurrentes diciendo con énfasis melodramático, ¡mirad mi novia! Una carcajada general anima el corrillo. Llega el Inspector *bacennilla*, y con un gesto de polizonte en días de bronca disuelve los grupos.

Y qué largo se hace el día! Es preciso sin embargo, arreglar las carpetas, ordenar los libros, desempaquetar los objetos más necesarios, reina en la sala el mismo movimiento que en una mudanza, unos á otros se enseñan cajitas, objetos de escritorio, baratijas, todo nuevo, flamante, otros muestran la cartera repleta de billetes, son los ricos, los vanidosos. Aquel día no se estudia, es un día de huelga, pero se reza mucho, hay sermón después del rosario. Van á castigar á muchos por dormilones. ¡Cuándo llegará la noche para descansar, dormir, y sobre todo, evocar dulces recuerdos del hogar ausente.

Y todos desfilan, uniformados por parejas, como presidiarios ligados á la cadena, derréngados de sueño y cansancio, como un ganado cansado que llevan al remolcadero.

Atraviesan el dormitorio, comienza el desfile, cada uno gana su lecho y al cuarto de hora reina el lúgubre silencio de la sala de los hospitales y de los presidios, interrumpido tan sólo por los acompasados ronquidos de pechos infantiles, y el tardo paso del vigilante nocturno.

Él no duerme, la almohada está muy dura y

está acostumbrado á reposar su cabeza en las faldas de su madre. Se fija en las vigas del techo y las cuenta una á una, luego se acuerda de su padre, él le recomendaba que fuera sumiso y obediente ¿y para qué?. Si yo siempre lo fuí—decía él para sus adentros—yo debo rezar, no quiero ir al infierno ¿y mi madre? Yo quisiera verla. ¿Por qué me separan de ella? Yo no soy malo, no he hecho daño á nadie y estoy aquí encerrado, como un criminal. Y el niño lloraba; pera tan fuerte sus sollozos, que su vecino se despertó y con un gesto de indignación y de desprecio, le dijo: no llores, bobo, mañana nos divertiremos, le vamos á romper la cabeza á *bacennilla*, poniéndole una trampa.

El niño trocó sus lágrimas en risa y se quedó profundamente dormido halagando la idea de romperle la cabeza á *bacennilla*.

¡Qué sabrosa es la venganza en los niños y en los hombres y entoda esta casta maldita de monos pretensiosos!

BENJAMÍN DE CÉSPEDES.

DESEOS.

DIO quisiera salvar esa distancia, ese abismo fatal que nos divide, y embriagarme de amor con la fragancia mística y pura que tu sér despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos con que decoras tus radiantes sienas! yo quisiera en el cielo de tus brazos beber la gloria que en los labios tienes!

Yo quisiera ser agua y que en mis olas, que en mis olas vinieras á bañarte, para poder, como lo sueño á solas, á un mismo tiempo, por doquier besarte!

Yo quisiera ser lirio, y en tu lecho, allá en la sombra, con ardor cubrirte, temblar con los temblores de tu pecho y morir del placer de comprimirte!

Oh! Yo quisiera mucho más! Quisiera llevarte en mí como la nube al fuego; mas no como la nube en su carrera luego estallar y separarnos luego!

Yo quisiera en mí mismo confundirte, confundirte en mí mismo y entrañarte; yo quisiera en perfume convertirte convertirte en perfume y aspirarte!

Aspirarte en un soplo como esencia, y unir á mis latidos tus latidos y unir á mi existencia tu existencia y unir á mis sentidos tus sentidos!

Aspirarte en un soplo del ambiente, y así verter sobre mi vida en calma, toda la llama de tu cuerpo ardiente y todo el éter del azul de tu alma!

Aspirarte mujer! . . . de tí llenarme, y en ciego y sordo y mudo constituírme, y ciego y sordo y mudo consagrarme al deleite supremo de sentirme y á la dicha suprema de adorarme!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
(Mexicano.)

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO VI.

Amor sin esperanza.

D

elfina Rosales á Mlle. Roqueval:

¡Un mes ha pasado desde mi última carta; me parece un año, tantas cosas han pasado sobre mí, ó cerca de mí! París se aleja, ó mejor dicho, yo me alejo de París, de Francia, de Europa. Todas mis impresiones, todo mi mundo se ha limitado á San José. Tenías razón mil veces cuando afirmabas que en la zona tórrida las pasiones son abrazadoras, rápidas y destructoras. ¡Cómo; hace un mes no conocía yo el amor ni tenía idea de otra afección que la filial y la de la amistad, y hoy siento un fuego interior que me devora alguna parte de mí, ó todo mi sér. Esta ciudad que tan triste me parecía, la encuentro ahora llena de vida, y más que todo, llena de *él*. París, ¿que es París sin *él*? Yo no lo he visto á *él* en París, así es que en esa gran ciudad nada me atraé, ni tú misma, porque tú no eres *él*. Sí, mi pobre amiga; hay aquí un hombre que no se parece á ninguno otro: ya sabes quien es: Julio Espinosa. ¡Qué hermoso nombre! Yo he visto esa figura varonil en algún otro mundo. ¿Será verdad que hemos vivido antes en otros planetas, y que de esa vida nos quedan algunos recuerdos, vagos, oscuros y sin detalles? Me dirás que un mes es muy corto tiempo para hablar de *pasión*. Puede ser: En Sampetersburgo no será extraño que dos personas se contemplen durante diez años, y necesiten otros diez para llenarse la una de la otra. La nieve alcanza allá hasta el corazón. Aquí se vive poco, muérese uno joven, y el sol madura los sentimientos en una semana. Hay que apresurarse á vivir, á gozar y á sufrir, antes que venga la generación siguiente á empujar porque necesita el campo. Creedme Alice, pueda ser que la suerte me prepare muchos dolores; pero hasta hoy, correspondida ó no, estoy contenta con ese suave calor que siento en mi pecho. Ahora vivo un año cada día y mi sensibilidad se ha centuplicado. ¿Te acuerdas como me reprochabas el que no prefiriera algunos de los colores ó matices en las flores, los trajes y las gentes? Pues hoy decididamente soy partidaria del color de paja tierna. Sabes por qué? Porque *él* prefiere y usa el chaleco, la corbata, y aun el traje completo, de ese color. Qué pensará *él* de mí! Pronto lo sabré y te pondré en el secreto. Adiós ó más bien *aurevoir*. Dentro de esta carta van mil besos.—Delfina.

JULIO ESPINOSA Á

Roberto Delgado.

Me pides algunas noticias de esta capital y muchas de mi persona. Allá van ambas cosas. En nada he variado desde la última vez que estuviste conmigo. Sigue mi *ad latere* acompañándome á todas horas. Recuerdo que varias veces me has preguntado, por qué un hombre inteligente como yo (y dispensa la modestia) puede estar la mayor parte del tiempo en compañía de un tonto fan retonto como Andrés Cordón; yo

te he dado varias razones que no te han convenido. Ahora pienso que quedarás contento. Primero: sufro á Andrés por no mortificarlo echándolo á la calle cuando estoy en casa, y la calle es libre y puede y tiene derecho de ir por donde yo voy. Segundo: Andrés es un periódico en carne y hueso, así es que me basta decirle lo que me conviene que alguien sepa, y el mismo día lo sabe. Tercero: este pobre inbécil se mete en todas las casas decentes y me pone al corriente de todo cuanto me interesa en ellas. Finalmente, y fuera de otros motivos, el babcia de Andrés me sirve á veces de *pareja*, ó como dicen los franceses, para darme una *contenance* ó pretexto para reir, enojarme ó dar ciertos pasos inexplicables.

Pero así como no hay sujeto, por malo que sea, que no tenga algo bueno; ni persona por buena y perfecta que se suponga, que no tenga su manchita ó defecto, Andrés, entre tan variada factura de ridiculeces y malos hábitos, tiene una cualidad, una sola, pero que compensa todas sus babcieadas, y es un gran cariño, un profundo respeto y una muda veneración por su madre que es *valetudinaria*. Para ella guarda sus economías y quizás todas sus afecciones. Ya ves, pues, que ese tipo que tanto desprecias tiene algo que lo rescata y lo hace digno de.....no echarlo á la calle. A otra cosa.

De mis penas de corazón, nada puedo comunicarte.

Don Roque me atraé á su casa con la misma insistencia que antes, mas yo no aprovecho su generosidad porque preveo una catástrofe. En efecto, ¿cuál puede ser el resultado de mi amor desesperado por doña Inés? No me queda más recurso que salir del país y alejarme de ella. todo cuanto hago por olvidar á esa mujer tan virtuosa como llena de gracia y seducción, es inútil. ¿Donde quiera que estoy veo su imagen adorada! ¿Cuando pienso que esa mole de manteca es dueño de ella!.....

Hablemos algo de tí. Elena Escoto sigue siendo el consuelo de su pobre familia. Hace algunos días pasaba con algunos amigos por el terreno de don Juan, á tiempo que la interesante niña llegaba á pie con su hermanita y traía la comida á su padre. Este con su pala y machete limpiaba la tierra como lo haría un peón ó trabajador ordinario. ¡¡Cuando pienso que ese mismo sujeto en otra época se hacía conducir en landó tirado por caballos ingleses, y hoy su hija usa calzado de dos pesos y hace y lleva ella misma la comida á los suyos!.....

La gran fiesta anunciada donde los Rosales, pasó como pasan todas las cosas. Elena Escoto no asistió, aunque fué invitada la familia, porque no tenían los trajes que tales concurrencias exigen. La reina del baile según los periódicos fué la señorita Delfina, que hoy es la Leona de San José.

No se puede negar que es una linda joven y muy elegante y graciosa. Con ella ha venido de Europa un Creso gigantesco que derrama el oro como agua. Las malas lenguas dicen que es pretendiente de Delfina y que á ella no le disgusta esa unión que la hará millonaria. Muy bien, y que Dios los conserve en su santa gracia, aunque hubiera preferido que ella se casara con un hijo del país.....pero en realidad, poco me importa.

¿Sabes que el tal Rackosky (que así se llama el novio de Delfina Rosales) me fastidia y

me ataca los nervios? ¡Pues, no ha tenido el atrevimiento de mirar con demasiada insistencia á doña Inés de Alvarez! ¿Se figurará ese hipopótamo que porque es rico puede ser digno de la atención de ella?

Te aseguro que si trata de emprenderla con la señora de Alvarez, lo moleré á palos ó le cruzaré las costillas á chilillazos.

La miel no se hizo para las lechuzas. Con que hasta la vista, y divertirse.

CAPÍTULO VII.

Explicaciones.

En la anterior correspondencia encuentran nuestros lectores dos personajes que les son desconocidos: Roberto Delgado y Elena Escoto.

Roberto es un amigo de infancia de Julio Espinosa. Elena es la hija mayor de don Juan Escoto, conocido en el incidente cuya heroína fué nuestra simpática Narcisa. Elena, que parecía destinada á la felicidad por la fortuna de su padre, sus gracias físicas y sus dotes intelectuales, comenzó á marchitarse en lo exterior y á declinar en su modo de ser altivo é independiente desde que don Juan suspendió sus pagos. Fresca y lozana, alegre y espiritual cuando era obsequiada y distinguida por los que la rodeaban, su naturaleza delicada y sensible debía doblegarse ante la humillación y sufrimiento de su familia. Irritada su sangre noble y generosa ante una sociedad metalizada y de un realismo exajerado, no aceptó ni se resignó sin lucha dolorosa á la humilde situación que el destino le deparaba. La miseria no la ofendía por las privaciones materiales que son su inmediato resultado, sino por las consecuencias que ella trae á sus víctimas, sujetándolas á despreciables traficantes de la desgracia y de la adversa fortuna. El desencanto de la vida y la falta de fe en las personas y las cosas trae siempre consigo el desequilibrio físico, el mal estar y las enfermedades del cuerpo y del alma.

Elena, el perfecto tipo del sexo bello, débil, indefenso y confiado, tenía plena fe en las prerrogativas de la debilidad, de la belleza y de la virtud. Jamás se le ocurrió que la pobreza la expusiera á otras pretensiones que las de gentes iguales en educación y posición social á la suya.

Roberto Delgado, joven decente, bien educado y muy trabajador, había merecido la atención de Elena, después de mucho tiempo de un cortejo delicado y discreto por parte de aquél. Nada parecía, pues, oponerse á ese tranquilo amor cuyo fin debía ser una unión legítima. Pero, la amistad con Julio Espinosa lo obligó á tratar, aunque con repugnancia, á un joven despreciable y peligroso por su ligera lengua: Andrés Córdón, especie de anfibio con figura de barón, hábitos afeminados y costumbres de gañán. Andrés colocaba su orgullo en que se le viera en compañía con lo mejor de la sociedad, lo cual nada de malo tenía, sino fuera que no pudiendo alternar con los jóvenes que sobresalían por su talento ó por su posición especial, acudía á me dios de dudosa moralidad para hacerse notable. Si en una casa respetable oía hacer grandes elogios de una persona, Andrés consudeseo de que lo tengan por íntimo de todo lo que sobresale, pretendía conocer á todo el mundo, para lo cual debía inventar hechos y dichos que no existían.

Así fué como logró malquistar á Delgado con la familia Escoto. Don Juan se complacía

una tarde en detallar las brillantes cualidades de Roberto. Andrés creyó que se engrandecía y levantaba, afirmando que era amigo íntimo de tan excelente sujeto, y para probarlo se le antojó relatar una conversación que había tenido con Delgado, ignorando las relaciones que existían entre él y Elena. ¿Y qué dice Roberto, preguntó don Juan?

Roberto, que todo me lo consulta y confía, me dijo: que si no se casaba con Delfina Rosales, prefería quedarse soltero.

Esta falsedad produjo en la honrada familia el efecto de una centella. Elena quedó anonadada. Don Juan callaba, pero se podía notar en sus ojos el sombrío furor que lo devoraba. La madre bajó la vista y lloró silenciosamente. Sólo Andrés continuaba escarbando la herida con la tranquilidad y desenfado del bruto inconsciente.

Su inteligencia no era bastante á hacerle caer en la cuenta de lo diabólico de su proceder.

Para sellar su tontera supina, concluyó con una estrepitosa carcajada y se despidió con la vulgar frase de: "que se diviertan y buenas noches."

La primera vez que se representó Delgado á la familia, notó una reserva extraña y reticencias incomprensibles; mas, estaba á mil leguas de adivinar el motivo. Pensó que alguno de los frecuentes sinsabores nacidos de las penosas circunstancias que los rodeaba, producía el mal estar de Elena y de sus padres. Se retiró temprano. En la visita siguiente, Elena no salió al salón, pretestando enfermedad. En ese estado estaban las cosas cuando ocurrió la fiesta de los Rosales á que no asistió la familia Escoto. Ya hemos visto á lo que atribuyó Espinosa la ausencia de Elena. Mas la verdadera causa la conoce el lector.

(Continuará.)

SIRIO.

LUNARES DE CARAMELO.

GOLOSINA CELESTIAL.



La mujer que yo idolatro
Tiene un lunar en el cuello

Que, há mucho tiempo, me roba
La tranquilidad, y el sueño.
Sobre la cutis de nieve
Cerca del turgente seno
Que modelar ha podido
Sólo el artista Supremo,
Como es rubio, me parece
Un lunar de caramelo,
Y estoy que diera la vida
Por llevármelo de encuentro.

Saturno, Júpiter, Venus
Con su corte de luceros
Y de planetas que bordan
El manto azul de los cielos,
No brillan con más encantos,
En una noche de Enero,
Que el mono lunar que tiene
Mi idolatrada en el cuello;
Lunar que me da la vida:
Lunar que me quita el sueño,

Que, á pausas me está matando
Y... se queda tan sereno!

¿Siempre entre blondas oculto?...
¡Válgame Dios, qué tormento!
Siendo el imán de mi vida,
Sólo he de verte de lejos!...
¿Imposible? No me importa
Que ese lunar tenga dueño!
Ha de ser mío, algún día,
Y he de comérmelo á besos
O me arranco las entrañas
Y me voy á los infiernos,
Donde no hay rubias que tengan
Lunares de caramelo.

A. DE LA E. DELGADO.

EL ALMA EN PENA.

(LEYENDA DE LAS MONTAÑAS.)

La tarde del día 2 de Noviembre. En este día que el mundo cristiano dedica á los que ya no son, á los seres que se perdieron en la sombra llevándose al partir algo nuestro que no vuelve á nosotros, extraños pensamientos acuden en tropel á la mente, presa de emociones desconocidas; el hombre se reconcentra en sí mismo y acaso por única vez en todo el año pide á su razón el misterio de su existencia. Su razón permanece muda, y entonces interroga á sus creencias que le corresponden señalándole las tumbas, única realidad de la vida.

Entregado á estas reflexiones y en semejante estado de ánimo recorría yo la magnífica falda del Montañío buscando en aquella vegetación rica y lujuriosa que por todas partes me rodeaba, y en aquel cielo que se extendía sobre mi cabeza, una calma que no acababa de encontrar. Lejos del lugar donde duermen algunos de los míos, iba á evocar sus imágenes queridas en aquel monte del que habían hecho un cementerio las pasiones mezquinas de la mezquina humanidad; necrópolis inmensa en que no se esculpe un epitafio, en que ninguna señal designa el sitio en donde el sér amado yace; amplia sepultura en que nadie deja caer una corona, y cuyo suelo no se empapa nunca con el rocío de una lágrima. Cada arbusto, cada tronco de árbol, cada montón de hojás oculta tras sí una fosa y guarda el secreto de muchas existencias. Allí han resonado los postreros ayes de muchos que en cumplimiento de su deber tropezaban con la muerte al ir buscando la victoria: las plantas debían nacer en aquel suelo maldito teñidas en sangre.

Y, sin embargo, todo allí parecía una protesta viva de la naturaleza contra los odios de los hombres. Los rayos del sol caían rápidamente en el horizonte, y poco á poco el crepúsculo pintaba el cielo con vagos tintes de grana y bermellón escribiendo con nubes de colores en la ancha página del firmamento una brillante estrofa de despedida al dios omnipotente de la luz. Las aves trinaban en la espesura, y las ramas de los árboles, bajo el peso de una dulce languidez, se movían perezosamente columpiadas por el halago de las brisas. El mar

besaba las faldas del Montañío con sus olas coronadas de espuma y reflejaba en su seno infinito el otro infinito puesto sobre él por una fuerza poderosa y desconocida. A lo léjcs Portucalete y las arenas se envolvían en la bruma, y las campanas de San Juan de Somorrostro y de todas las aldehuelas inmediatas tañían melancólicamente impulsando el alma á la meditación y pidiendo á los vivos una lágrima para los manes de los muertos.

En medio de aquella atmósfera suave y tranquila respiré más libremente que en el pueblo. Abstraído en pensamientos sin forma y sin nombre seguí subiendo por la montaña, mientras el sol bajaba hácia su ocaso, hasta que llegué cerca de la cima, y no sé hasta donde hubiera ido, si la voz de Mariano, dueño del caserío en que yo habitaba y que habíase empeñado en acompañarme en mi excursión, no hubiera venido á detenerme á tiempo que la última claridad del día abandonaba el horizonte y las primeras sombras de la noche comenzaban á rodearnos.

—Apresúrese usted, señor—me dijo. Hoy es el día de los muertos y es muy comprometido que nos sorprenda aquí la noche.

—¿Comprometido?—le interrogué con asombro.—No te entiendo.

—Pues aunque no me entienda usted, huyamos de este sitio, si es que no quiere usted hacer conocimiento con el *alma en pena*.

—¿El alma en pena!... ¿Pero tú crees esas patrañas, Mariano?

Mariano se puso muy pálido.

—No se burle usted, señor, de esas cosas que nadie entiende. El día no es de burlas, y á fe, á fe que si usted la viera, no tendría tantas ganas de reír.

—Pero ¿quién es esa alma en pena que tanto pavor te infunde á tí, el aguerrido miguelete de hace seis años?

—Es verdad; usted no sabe nada de esto. No importa, va usted á oírme y á comprenderme, pero prométame que después apretará el paso, porque si no, me va á poner en el caso de dejarle solo, y por Dios que no quisiera cometer tamaña cobardía.

La noche cerraba ya, y algunas estrellas se encendían chispeando. El mar agitaba sus olas, que al romperse en las rocas de las orillas parecían exhalar hondos gemidos. El viento suspiraba por entre las ramas de los árboles. Las campanas doblaban á clamor. Bajé la cabeza, y entonces Mariano, volviendo la suya á un lado y otro, cual si su misma voz le diese miedo, me contó lo que va á seguir.

II.

“Empezaba á encenderse la última guerra civil, que ha cubierto de sangre hermana las laderas de nuestros montes y el césped de nuestros campos. Las provincias rebeldes hacían ya sus últimos preparativos para lanzarse á la lucha fratricida, y mientras los cabecillas contaban sus fuerzas y disponían planes de campaña, jóvenes y viejos limpiaban los enmohecidos fusiles, aguardando de un instante á otro la señal del levantamiento. El fanatismo y la codicia reanimaban con su soplo el fuego, mal oculto bajo la ceniza, y la llama se iniciaba ya desplegando poco á poco su lengua amenazadora.

Sucedió lo que siempre sucede en estas pro-

vincias al menor asomo de insurrección: el país en masa sufrió una conmoción espantosa. Los trabajos se paralizaron, las bodas proyectadas se suspendieron. Tornaron los viejos guerrilleros de la guerra anterior á señar en triunfos imposibles, en restauraciones ilógicas, y la discordia volvió á formar tormentas sobre estos montes llenos de verdura, sobre estas costas llenas de armonías.

Salieron á la superficie todos los odios, todos los rencores que allá en el fondo germinaban, y la insurrección, de largo tiempo preparada, estalló en un instante como la tempestad que durante la noche va formándose en el espacio, y descarga apenas el primer rayo de la aurora alumbra el horizonte. Como hojas secas arrastradas por el huracán surgieron por doquiera combatientes arrastrados por el odio, corriendo á devastar los campos, á amedrentar las ciudades, á tenderse en el flanco de las montañas, á coronar su cumbre ó á vivir en sus desfiladeros. El signo santo de la redención, dulce emblema de paz y de concordia, se alzó sobre los campamentos rebeldes, y los ángeles ocultaron el rostro entre las manos y se envolvieron en sus alas, en tanto que Dios apartaba sus ojos protectores de la tierra.

Había entonces á media legua escasa de este sitio un pequeño caserío situado en la falda de la montaña como despierto centinela que vigilaba la llanura. Veíanse de lejos sus parces blanqueadas, en que dos pequeñas ventanas colocadas á igual distancia del suelo y á ambos lados de la puerta parecían, á larga distancia, dos ojos entreabiertos en una faz descolorida. Una pequeña columna de humo, signo de vida, salía por cima del tejado dirigiéndose al cielo cual si llevase suspiros y plegarias á las nubes. A su pie corría un arroyo que bajaba serpeando de la montaña y que parecía contarle al paso en el rumor bullicioso de sus tranquilas aguas las leyendas del lindo valle de que formaba parte el caserío.

Una anciana y sus hijos eran los únicos habitantes. Viuda desde hacía muchos años, la anciana había ceñido sus deseos al hijo que al morir le dejó su marido como recuerdo de sus amores; el joven, por su parte, huérfano desde niño, había concentrado en su madre el amor que al autor de sus días hubiera profesado, uniéndole al que naturalmente le inspiraba la dulce guardadora de su niñez, la pobre mujer que había dado jugo de vida á sus labios, ideas á su cerebro y oraciones á su espíritu.

Pero llegó la guerra y todo cambió. La madre era fanática. Abrigaba de Dios la idea mezquina que sacerdotes parciales formaban en sus pláticas, y creíale ofendido por supuestas injurias de los liberales y ansioso de verter sangre que le sirviera de desagravio.

Su hijo, por el contrario, tenía miras más grandes. Criado en el seno de esta vegetación poderosa, en que las flores que se unen, las ramas que se enlazan, los árboles que se aproximan, los pájaros que se buscan, las olas que se mezclan, los sonidos que se confunden, parecen proclamar el amor como ley de la humanidad, él amaba, y lo amaba todo, y creía á los hombres nacidos para reunirse, no para despedazarse en el altar de dos ideas rivales. Cuando su buena fortuna le ponía en condiciones de prestar algún servicio, nunca preguntaba á aquél á

quien fraternalmente favorecía si pensaba de esta ó de la otra manera; le socorría, le llamaba hermano y le dejaba partir sin preocuparse de que fueran sus sentimientos iguales ó distintos á los suyos.

El conflicto, pues, debía estallar; y, con efecto, estalló.

Una noche, después de la cena, el hijo se levantó para abrazar á su madre, como tenía por costumbre antes de retirarse al lecho; pero la anciana cogiéndole la mano.

—Siéntate aquí, hijo mio—le dijo—tengo que hablarte.

Antonio, así se llamaba el joven, obedeció sin murmurar.

Y entonces, la pobre vieja, fanatizada por las acaloradas predicaciones de los partidarios de la causa rebelde, trató de ganar á su hijo para el partido de la resistencia. Dios estaba irritado, el señor cura lo sabía, y tenía buen cuidado de repetirlo en todas partes, las ofensas que se hacían á la religión iban á tener un término. Era preciso vengar á Dios. . . .

—¡Vengar á Dios, madre mía! . . . exclamó Antonio al oír esto.—¡Vengar á Dios! . . .

—Sí, hijo mío, sí; vengarle—continuó la anciana, sin comprender el lenguaje de su hijo. El cielo está abierto de par en par para los que mueran en tan justo empeño. Mañana pasará cerca de aquí el ejército del demonio; todos nuestros amigos, todos nuestros vecinos se están preparando para esperarle y ponérsele enfrente. Yo no quiero que mi hijo permanezca en casa mientras ellos se baten por la religión. Yo no quiero que te condenes; yo no quiero que te tomen por un cobarde.

Y al decir esto lloraba amargamente, inundando de lágrimas la cabeza de su hijo que apretaba combulsa contra su pecho.

Vanas fueron las súplicas de Antonio, inútiles los esfuerzos que hizo para resistirse. La madre llegó á amenazarle con su maldición, y ante esta amenaza terrible el joven bajó la cabeza y asintió á todo”

III.

Mariano hizo una breve pausa, se aproximó mas á mí, y con voz más agitada prosiguió así su relación:

IV.

“Un año próximamente había pasado. María Juana estaba satisfecha. En todo el país hablábase con encomio de la conducta de su hijo, que había llegado á ser en este tiempo uno de los principales cabecillas, temible por la ferocidad que desplegaba en los combates. Contábase de él cosas que horrorizaban.

En este año sólo una vez se habían visto la madre y el hijo. La entrevista fué triste para ambos. María Juana abrazó á Antonio felicitándole por sus triunfos.

—Calle usted, madre,—la dijo él contestando con tibieza á sus caricias.—Porque no me maldijera usted seguí la causa de don Carlos. Era entonces desconocido; hoy mucha gente sabe de memoria mi nombre; tengo honores que entonces no tenía. . . . y sin embargo, madre, entonces era más feliz.

Un año había pasado. Era de noche y en el caserío de María Juana notábase desusada animación. Varias mujeres, amigas de la an-

ciana iban de un lado á otro, cumpliendo diversas órdenes del médico. La dueña del caserío se moría. Ya estaba agonizando y aún aguardaba en vano la llegada de su hijo, avisado oportunamente; pero en aquel mismo día se daba una acción á un par de leguas de allí, y Antonio estaba entre los combatientes. Empezaba á clarear el día cuando María Juana exhaló un gran grito, é inclinando la cabeza expiró, con el nombre de su hijo en los labios.

Desprendida de los lazos que la sujetaban á la materia, voló el alma pecadora y conducida por el ángel de su guarda llegó hasta el trono de su Dios. Por el camino temblaba como tiemblan las hojas en el árbol conmovido por los vientos del otoño. Lejos ya de la tierra, se preguntaba si había hecho bien lanzando á su hijo en la senda de la rebelión contra sus hermanos. El ángel que la guiaba iba muy triste. Dos lágrimas brillaban en sus pálidas mejillas, y su semblante revelaba un gran dolor.

Así llegaron á la presencia del autor de todas las cosas. También él parecía irritado y ofendido. El alma se arrodilló á sus pies sin poder pronunciar una palabra, como si llamase así una mirada del Muy Alto; pero Dios apartó de ella sus ojos.

El coro de bienaventurados que le rodeaba parecía mostrarse ofendido también. Las vírgenes, los mártires, los santos, los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles; todos separaron la vista del alma de María Juana.

Hubo de pronto una conmoción en el cielo. Dios iba á hablar. Los bienaventurados se prostraron de rodillas, el sol veló sus rayos de fuego, las estrellas palidieron.

—¿Por qué has venido aquí?—dijo el Señor al alma arrodillada á sus pies.—Tú tenías un hijo que era un ángel, é impulsada por sentimientos injustos, puesto que el odio les movía, le pusiste en guerra con sus hermanos, y el corazón de mis serafines se ha espantado muchas veces desde entonces ante el torrente de sangre que sus manos han vertido. Has hecho de él un demonio. Era delicia del cielo y hoy es regocijo del infierno. Tú le has cambiado. Por tí se condena. Vete, no eres digna de sentarte en las gradas de mi trono.

Calló Dios, y el coro de bienaventurados tendió hacia El las manos suplicantes. El alma de María Juana estalló en fuertes sollozos. A su lado el ángel custodio, también de rodillas, lloraba con ella. Tanto dolor movió á Dios á piedad. Volvió á mirar el alma culpable, y de nuevo sonó su voz.

—No es tuya toda la culpa—dijo.—Levántate. Si ahora no puedes entrar en el cielo, la penitencia puede abrirte sus puertas algún día. Vuelve á la tierra, á los lugares en que has vivido. Tu hijo morirá también. El día de difuntos, ese día en que los que han sido en el mundo salen de sus tumbas para ver los lugares que habitaron, búscale en la tierra en que ha muerto. Uníos y llorad; llorad mucho, y cuando las lágrimas y las oraciones os purifiquen, podréis venir á mi presencia.

Hizo Dios una señal y el alma de María Juana, ya más tranquila, atravesó por entre las filas de los bienaventurados que con tristeza se apartaban para dar paso al alma penitente. Cuando ésta se vió fuera del cielo giraron las puertas de diamante, y la noche la rodeó por completo. Su ángel custodio la abandonó, y

ella entonces cayó de rodillas, bendiciendo el nombre del Señor.

V.

—Desde entonces, tal día como hoy—prosiguió diciendo Mariano—apenas las sombras nocturnas envuelven la tierra, tiene lugar una escena espantosa en el Montaña. Como evocadas por un conjuro poderoso surgen por donde quiera las almas de los que en este monte han muerto luchando frente á frente por dos ideas distintas. Resucitan con sus cuerpos ensangrentados, sus uniformes llenos de lodo, sus rostros lívidos, sus facciones descompuestas, sus ojos amortiguados y sin brillo. Y se tienden en las faldas de la montaña, trepan á las ramas de los árboles, se yerguen en la boca de los abismos, se arrastran como serpientes por el suelo, se asoman tras los arbustos; y todos á coro prorrumpen en un canto extraño que es una oración inmensa, la oración que nadie les dijo al morir, y al cual mezclan sus ecos el ruido del viento y el estrépito de las olas. En una inmensa tromba de suspiros, de alaridos, de ayes, vienen á unirse á ella las quejas de los niños á quienes dejó huérfanos la guerra, de las mujeres que perdieron á sus esposos, de los padres que vieron morir á sus hijos, y en todos los carceríos inmediatos creen llegada su última hora, cuando la tormenta acompaña con su pavoroso rumor esta oración de los muertos.

Y cuando el vocerío y la confusión son más grandes, una mujer vieja y escuálida, con los blancos cabellos flotando al aire y moviendo la cabeza con inquietud á un lado y otro, aparece allá, en la cumbre, y baja á saltos la montaña como una piedra que cae al abismo rebotando contra otras que á su paso se la oponen. Conforme baja, registra todos los puntos del monte, mira á todos los cadáveres que la acogen con nuevos gritos de terror, y corre, corre siempre, hasta que llega á un punto en que un joven con la cabeza hecha pedazos y el pecho partido, la aguarda al pié de un árbol, al que nadie se atreve á aproximarse. Prorrumpe la vieja en un grito estridente, y yendo hacia él se le abraza, y le estrecha contra su cuerpo enflaquecido, entre sus brazos de hielo, y besa sus heridas, y cierra con amor sus ojos que dejó entreabiertos la muerte. Allí se pasan toda la noche juntos, unidos en un abrazo, de rodillas los dos y murmurando en voz baja oraciones que suben hasta el cielo y se pierden en la oscura inmensidad. Son María Juana y Antonio, que andan errantes por el mundo hasta tanto que Dios dé por terminada su penitencia.”

VI.

Aquí llegaba Mariano cuando un trueno horrible resonó en el espacio. Las nubes anunciaron tempestad. Mi guía se estremeció.

—¡El alma de María Juana!—dijo temblando como un azogado.—No os detengáis, señor, no os detengáis.

Y echó á correr.

Levanté los ojos y allí, en lo alto de la montaña, distinguí como una sombra gigantesca. . . .

Yo también tuve miedo, y me precipité tras él. . . . Detrás de mí empezaba á desencajarse la tempestad.

Y rugía terrible, amenazadora, como si, en efecto, fuese la oración de las almas en pena.

EUGENIO DE OLIVARRIA Y HUARTE.

A Rosalba.

NO me digas que ausencias y congojas han apagado de tu amor la llama; si el árbol pierde su plumaje de hojas, el germen queda en la desnuda rama.

No me digas que temes la borrasca que engendran la pasión y la locura; al insecto que vive en la hojarasca lo arrojan las tormentas á la altura.

Contempla la magnífica batalla del mar airado que rugiendo azota; el cieno queda en la arenosa playa, el iris nace de la espuma rota.

Así es el corazón cuando batalla, luchas terribles, hondas tempestades. . . . Deja el dolor en la desierta playa, iris luzcan tus negras soledades.

Al través de esa tímida apariencia yo conozco, mujer, lo que te inflama; tiene el polo inmortal fosforescencia, la mar herida, refulgente llama.

Naciste como el sol, para algún cielo; no cumplas tu misión indiferente; el lirio que perfuma el arroyuelo, debe caer, á su vez, en el torrente.

Sólo mi lira para tí da incienso, porque tu genio con mi genio igualas; al nido que en la rama está suspenso, sólo han llegado los que tienen alas.

Sus cantos te darán los trovadores; la noche misma te dará centellas; si al suelo hieres te dará sus flores, si al cielo miras brotarán estrellas!

1890.

JULIO N. GALOFRE.

Carlos Castro

Se ha hundido en la región de lo ignorado otra vida de aquellas que se alimentan con los frutos que producen el estudio constante y el trabajo honrado. Sí, se ha apagado la luz de la existencia de nuestro inolvidable amigo Carlos Castro sin que hayamos podido mirar por última vez aquel semblante cuyas facciones revelaban bondad é inteligencia, y sin que hayamos logrado siquiera disputarnos el honor de conducir sus restos á su última morada. Descansa en paz, querido amigo, mientras nosotros seguiremos luchando contra el destino que nos ha negado el derecho de darramar nuestras lágrimas, hijas de un dolor profundo, sobre el lugar que guarda tus últimos despojos. Pero esto nada importa, porque el Todo Poderoso, que lee en la conciencia de todos los mortales y que no pide manifestaciones exteriores para conocer nuestros sentimientos, te dirá cuánto sufren con tu ausencia eterna aquellos seres que te profesaban cariño y estimación en este mundo.

Reciba su apreciable familia nuestra más sincera manifestación de condolencia.

AVISOS.

EDUARDO E. FOURNIER.

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &c., &c.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

MINIATURAS. TARJETAS DE VISITA. IMPERIAL.

Victoria. Victoria Imperial.

RETRATOS DE 11X14.

Retratos al crayón pastel, (como se quieran.) Al óleo.

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, &, oro ó plata.

LAS FOTOGRAFIAS PUEDEN ESMALTARSE SEGUN EL ESTILO FRANCES.

* (GLACÉ) || PRECIOSO PROCEDIMIENTO !!

Se puede trabajar sobre papel violeta, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo piden.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "Retratos Boudoir," que es un tamaño muy aparente para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA.

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central, N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,
CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

<p>Precio de Suscripción.</p> <p>En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero, 1-50. " " " " " " Números sueltos, \$ 0-25.</p>	<p>2^a EPOCA. NUM. 4.</p> <p>San José, 10 de Agosto de 1890.</p>	<p>Redacción y Admón.</p> <p>En la Oficina de "La Prensa Libre."</p> <p>SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.</p>
--	--	---


SUMARIO.

UN HOMBRE Y UN LIBRO INTERESANTES, por C. Gagini.—DIALOGUILLOS, por N. Caro de Aragón.—CARTA DE MADRID, por Leonidas Pacheco.—UNA CONFESIÓN, por Carlos A. Imendia.—LAS FLORES EN LA NATURALEZA AMERICANA, por David J. Guzmán.—A DELIA, por V.—UN ARTÍCULO NUEVO, por Juan F. Ferraz.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—CRÓNICA DE CARTAGO, por Adelfo.—NOTAS.—ANUNCIOS.

UN HOMBRE

Y

UN LIBRO INTERESANTES.

 OCOS meses hace que el Doctor Gustavo Michaud desempeña las cátedras de Física y Química en el Liceo de Costa Rica, y ya se ha captado por completo el cariño de sus discípulos y la estimación de sus profesores. El aprecio que en tan corto tiempo se ha conquistado no proviene exclusivamente de sus méritos como hombre de ciencia: los conocimientos por sí solos no bastan á hacer estimable á una persona, si no van acompañados de prendas morales que los realcen. Entre las cualidades estimabilísimas que adornan al Doctor Michaud sobresale una muy rara por cierto entre los hombres de saber: la modestia. No esa modestia postiza de los hipócritas que por dentro se abrasan de soberbia, y exteriormente afectan jesuítica humildad en palabras y acciones, sino la modestia natural y nunca desmentida de las almas verdaderamente elevadas y de los hombres verdaderamente sabios. Otra

virtud posee no menos rara ni menos estimable: es enemigo acérrimo de la murmuración hasta en sus más simples manifestaciones.

Varias veces he tenido ocasión de conversar con él aunque no largamente, pues el Doctor Michaud no es muy comunicativo, y siempre he admirado en él, además de las cualidades antedichas, la exquisita cortesía de su trato, su encantadora ingenuidad y la solidez de su conversación; pero lo que yo ignoraba y la casualidad vino á revelarme, era que el ilustre profesor ginebrino había ya cosechado laureles en un campo que no es el de las ciencias que hoy enseña.

Diré como hice el descubrimiento.

Hojeando yo una mañana en la Secretaría del Liceo la *Revue de Famille* (correspondiente al 15 de octubre de 1888), excelente periódico dirigido por los célebres escritores franceses Jules Simón y Luis Ulbach, tropecé con el párrafo que á continuación traduzco.

"La Revue de Famille" comienza hoy la publicación de una novela que reúne todas las cualidades apetecibles en una obra de imaginación, de observación humana y de ciencia.

"Contamos con un éxito extraordinario.

"Vulgarizar los más curiosos y desconocidos fenómenos de la naturaleza física; mezclar un buen humor heroico con las peripecias más serias; mostrar la voluntad superior siempre á la fuerza bruta; instruir por medio de la emoción sin sacrificar la verdad científica á la verdad del senti-

miento: hé aquí el fin que M. Gustavo Michaud se ha propuesto, y que ha realizado con un acierto que los lectores apreciarán como nosotros.

"El autor era ayer desconocido; mañana será célebre. Nosotros nos enorgullecimos de contribuir á su gloria, y al propio tiempo nos felicitamos por la preciosa colaboración con que hoy se honra la REVUE DE FAMILLE.

"Es imposible realizar nuestro programa: instruir, moralizar y divertir, con más talento, tacto, erudición y gracia.

"Este libro no se dirige exclusivamente á la juventud. Dedicado á toda la familia, no excluye á los padres ni separa á las personas mayores, que no lo saben todo, de las que aun no saben nada. El VOYAGE DE WILLIAM WILLOUGHBY será leído en alta voz por las noches, como el diario de un amigo que anda recorriendo el mundo y que periódicamente envía noticias suyas." etc. etc.

A este párrafo suscrito por Luis Ulbach seguían los doce primeros capítulos de la novela que ocupaban treinta y tres páginas del folleto. No quise leerlos, pero inmediatamente fuí á ver al Doctor Michaud y obtuve un ejemplar de su libro, de la 2^a edición, hecha en 1889.

Ya en mi cuarto y mientras abría las hojas del tomo con la plegadera, no pude menos de admirar nuevamente la excesiva modestia del autor, que en nuestras conversaciones ni una vez siquiera hizo alusión á su novela, aunque por muchos títulos podía ufanarse de ella.

¡Cuán diferente esta conducta de la

de esos borrajeadores de libros insulsos que no dejan alma nacida á quien no cuentan sus *triumfos literarios*, pavoneándose de ver sus nombres en letras de molde, como si tal honor no lo dispensase el mundo también á los irracionales!

Hecha esta reflexión *in petto*, comencé la lectura.

El interés que despierta la obrita de mi estimable profesor va creciendo á cada capítulo sin decaer nunca; de tal modo, que una vez que se comienza el libro no es posible dejarle de la mano. Yo lo leí de una tirada, y aunque no soy muy versado en la lengua francesa, pude apreciar regularmente las bellezas que encierra.

Inútil sería encomiar su mérito después de haberlo hecho tan satisfactoriamente el subdirector de la *Revue de Famille*; quiero, no obstante, hacer algunas observaciones para la mejor inteligencia del libro.

Le voyage de William Willoughby pertenece á esa literatura inofensiva y por desgracia no muy cultivada, que lejos de extraviar los corazones juveniles con tentaciones peligrosas y cuadros nada edificantes, coadyuva eficazmente al perfeccionamiento moral é intelectual de los individuos, incitando á la vez á la práctica de las virtudes y al estudio de las ciencias.

En una palabra, es una novela por el estilo de las de Julio Verne, si bien en mi concepto las aventaja en el acierto de la ejecución.

El autor de la *Isla Misteriosa*, en efecto, no siempre consigue su objeto: en algunas de sus obras consagra capítulos enteros á determinados puntos científicos, cuya enseñanza es el fin principal de la obra; de suerte que el lector, impaciente por reanudar el hilo de la acción, salta estas disertaciones puramente didácticas y defrauda así los designios del novelista.

El Doctor Michaud, en cambio, sin tener la inventiva asombrosa de Julio Verne, sabe interpolar con más habilidad la ciencia entre los episodios novelescos, obligando al lector á no pasar por alto ni una sola línea y á digerir en pequeñas dosis lecciones interesantísimas de Física, de Química y de Historia Natural,

Desde el punto de vista literario se descubren innumerables bellezas en *Le voyage de William Willoughby*: caracteres perfectamente delineados, encadenamiento natural en los hechos, primores de estilo y finos donaires; todas estas buenas cualidades del libro me han incitado á hacer de él una traducción para "Costa Rica Ilustrada," á riesgo de estropear sus bellezas con mi indocta pluma. Yo, sin embargo, aconsejaría al público la lectura, no de mi descolorida traducción, sino del original fran-

cés: sólo de este modo podría saborearse bien la novela del Doctor Michaud, y estimarse en su justiprecio el mérito del autor.

C. GAGINI.

Dialoguillos.

(Inédita.)

DIME morenita, dime, me falta mucho camino para llegar... ¡pero escucha! al cercano pueblecito?

—Pos yo no sé, pero andando bien apriesa, *escoterito* puede que llegue esta tarde antes de que den las cinco.

—¿Sabes, morena...?

—Qué *isía*?

—Yo... con franqueza te digo... bajo el sol que ahora está haciendo ya me siento casi frito... no soporto, estoy cansado por no decirte molido; si fueras tan compasiva que me dieras tu permiso de descansar un momento en ese corredorcito...

—Pos yo por mí nada tiene pero...

—No es ningún delito; ¿dar posada al caminante no nos manda el catecismo? no te causo ningún daño, porque soy hombre pacífico; solamente... estoy sediento de tus mejillas de lirio... ven acá, no seas huraña aplaca el ceño bravío que en una muchacha linda ese es un pecado inicuo...

—Sólo la virgen es linda, mi mama siempre me ha dicho y mejor es que se vaya, de pronto viene padrino que no le *cuelan* las chanzas á que *ustedes* tan *indinos*!...

—Pero no te pongas brava...

—*Me creo* que no lo he mordido; siempre somos las del campo *la comida* de los ricos.

—Yo rico? pues! millonario!... Tengo entre el pecho un bolsillo tan apretado, tan lleno, que mas bien es mi martirio: lo quieres? pues no desprecies sus tesoros infinitos que al mirarte, á ti ya vuelan en besos, ay! y en suspiros...

—*Ti* se le dice á los perros.

—(Uy! no perdamos el tino;) no quererte? si en tu rostro miro lucir confundidos con celajes de la tarde arreboles del estío; si tus ojos melancólicos retratan tan á lo vivo

la oscuridad indecisa y las brumas de estos sitios? y me figuro que tienes el corazón mas blanquito que esos fustanes que lavas entre las ondas del río, acércate, flor galana no desdeñes mi cariño... —Galanas llaman las yeguas. —(Eso sí que es divertido!) Dispénsame, no es ofensa... —Dispensar? no soy obispo. —Tienes razón; ¡pobrecilla! —Solo el diablo es pobrecito que perdió *pa* siempre el cielo y... . . . váyase á su camino. —(Pues señor, una Lucrecia hecha á golpe de cuchillo!) adios! (horroroso ingerto, de arpía ó de basilisco!)

Agosto de 1888.

N. Caro de Aragón

Sa preciosa carta que á continuación insertamos fué recibida aquí cuando comenzó á exacerbarse la ruidosa lucha política que terminó el 5 de Noviembre; cuando güelfos y gibelinos, con los ojos puestos en el disputado triunfo, no teníamos pensamientos ni manos sino para la acometida y la defensa. Claro está que en aquellos momentos cualquiera publicación ajena á la cuestión que tan recientemente se debatía hubiera pasado inadvertida, y la carta con que ahora vamos á obsequiar á los lectores de "Costa Rica Ilustrada" habría corrido sin duda, á pesar de todas sus bellezas, esa innmerecida suerte. Nos alegramos, pues, de haberla conservado hasta ahora para nuestro exclusivo deleitamiento. Hoy su publicación, no por tardía deja de ser oportuna, puesto que los trabajos literarios siempre lo son, y el público podrá saborear tranquilamente y apreciar en su justo mérito esta hermosa producción de un joven que por su talento hace honor a nuestra patria y al puesto que ocupa en el exterior, y que por sus aptitudes especiales está destinado á dar brillo á las letras costarricenses.

J. A. F.

Madrid, 26 de Mayo de 1888.

Señor don Justo A. Facio.

San José.

Mi muy querido amigo.

Por mis cartas anteriores habrás sabido como paso mi vida aquí en Madrid, ajena á peripecias, desprovista de impresiones y un si es no es monótona. Tres meses va á hacer pronto que estoy en la villa coronada, que yo con más gusto llamo ombligo de España, como decía Lope de Vega, y en estos tres meses, aparte de lo que ve y de lo que siente cualquiera que llega á una gran capital, y olvidándome de la recepción que hubo en el Palacio Real el día del santo de S. M. el Rey niño, hasta ahora no ha pasado nada que merezca la pena de contarte. Entiendo, por supuesto, que merece la pena sólo aquello que tenga algo de novedad, que no sea describirte el Museo del Prado ó una sesión de las Cortes, que me haya tocado en algo

á mí, lo cual, de seguro sería indiferente para otros pero no para tí que eres mi amigo.

Dejo para otra oportunidad contarte de la recepción á que me referí antes, la gracia que me hizo el real Bebé, que en brazos de su niñera vestida de raso, pasaba por entre los grandes de España, quienes ante él inclinaban la cabeza con respeto profundo, y el crispamiento de nervios y tartamudeo que me atacó cuando S. M. la Reina, después de la presentación de estilo, me preguntó: "Cuándo ha llegado? ¿le gusta Madrid? ¿cómo le va con el frío?" A pesar de que por la simpática figura y por la amabilidad de S. M. yo hubiera podido exclamar como Pipo en La Mascota "la Reina es como una cualquiera" te confieso que me turbé un tanto cuando me dirigió la palabra. Al fin yo no había visto hasta ese día más reyes que los del naípe y los del teatro. Pero dejo para otra carta el hablarte de esto detalladamente y paso á contarte mi aventura de antenoche, que desde ahora te anticipo que queda escrita en el libro donde apunto los malos recuerdos.

Pues es el caso que Sir Clare Ford, Embajador de S. M. B., tuvo la ocurrencia para bien de muchos y fastidio mío de dar un baile en su Palacio de la calle de Torrija. Don Manuel, que es poco aficionado á bailes, dicho sea de paso, me previno que puesto que yo no había asistido al de la Embajadora de Francia ni á los del Teatro Real, á los cuales había sido invitado, debía ir á éste para que tuviera oportunidad de conocer el gran mundo. Heme aquí á las nueve de la noche, preparando mi casaca, poniendo los botones á la camisa, sacudiendo el polvo al clak y pensando, pensando en muchas cosas.

Era el momento de la ilusión, era la hora en que podía soñar. Pérez Escrich, con perdón de tu buen gusto literario, fué quien despertó mi curiosidad por el gran mundo. Al nacer mis aficiones por la lectura, sus obras fueron las primeras que cayeron en mis manos. Yo devoré las páginas de "La Semilla del Bien", "El Pan de los Pobres", "La Mujer Adúltera", y todas las demás pócimas que el susodicho novelista ha propinado á las gentes de mal gusto y á los muchachos que no lo tienen ni bueno ni malo. En esos libros ví yo la descripción de las grandes fiestas de la aristocracia; por ellos supe que había duquesas intrigantes, marqueses sietemesinos que se baten, cogdesitas de diminuto pie y grandes ojos que van á pasear el *camish* á la fuente Castellana. Anoche, mientras me vestía, el recuerdo de aquellas novelas revivió en mi mente. Duquesas del otro mundo, nobles de novela, tipos de mil leyendas, yo los iba á conocer. Estaría á su lado, me codearía con ellos, respiraría su misma atmósfera. De hoy más ya no serían para mí desconocidos, no los consideraría como habitantes de la luna sino como mortales que comen, beben y..... le pisan un callo á cualquiera que lo tenga.

Francamente tenía ilusiones por la tal reunión. Yo me imaginaba que en ella iba á encontrar algo encantador: que por arte mágica me iba á colar en un palacio de todas y á gozar allí de las delicias supremas; veía dibujarse, como término saliente del ensueño, una marquesita rubia, remonísima, de figura entre temida y osada, que lánguidamente me extendía su mano y con voz argentina contestaba á los

cumplidos de la presentación. ¡Ay, Marquesita, que efímera has sido!

Serían las once y media de la noche cuando entráramos al baile. Don Manuel me enseñaba los personajes notables que pasaban á nuestro lado. Aquél, me decía, es el Capitán General Jovellar, este otro alto y de presencia tan distinguida es el Duque de Fernán-Núñez, aquella señora de simpática figura y elegantísimo traje es la Duquesa de Alba, esta otra que tiene una corona y el pelo suelto, es la célebre Duquesa de la Torre, viuda del General Serrano. Suspendió su reseña para contestar el saludo que le hacía el Representante de China.— Con anchos pantalones de seda, con sus pantuflos de pico de lora y con su bonetillo terminado por una bolita de cristal, el chino presentaba un curioso contraste con la multitud de fraques y chalecos blancos. Es tan feo como cualquier Lanfó de los que andan por Costa Rica.

Don Manuel se separó de mí y se dirigió á saludar á un sujeto de quien es grande amigo y el cual es célebre, no por su sangre azul, sino por ser el padre de la muchacha más bella y más espiritual que ha tenido España: Pepita Jiménez.

Un tipo tan simpático como Valera, no lo hay en tierra de moros ni de cristianos, y esto lo digo á pesar de que me tiene muy resentido. Por culpa de su encantadora conversación, especie de opio que hace olvidarse de todo, don Manuel se olvidó de mí. Me dejó sólo. La revista de tipos quedó trunca y yo empecé á sentirme disgustado. Estar en medio de una multitud de personas desconocidas, donde por fuerza se ha de callar, donde se siente uno envuelto por el frío del aislamiento, principie por ser fastidioso, después se torna incómodo y al prolongarse se convierte en un suplicio. No hay papel más desairado que el de las personas que en los bailes se ven obligadas á hacer *tapisserie*, sobre quienes si se fija la mirada es con impertinente curiosidad.

Me había quedado plantado junto al Ministro chino, aun á riesgo de que me tomaran por su Secretario, porque me era imposible moverme. A mi lado estaban dos señoritas que en ese momento entraban, y que echando á un lado los lujosos abrigos de pieles dejaban al desnudo las blancas espaldas y los redondos brazos. En los semblantes de aquellas muchachas se adivinaba el placer. Llenas de juventud y de belleza, con el alma repleta de ilusiones deberían sentir dilatarse el corazón y hacer voluptuosos esperezos como quien se desentumece, antes de arrojarse en las ondas de felicidad que les brindaba una noche de tan halagüeñas promesas. Con el buen humor natural en quien tiene sus años y su cara, aquellas damitas agarraron la primera rama que se les presentó para divertirse. "Buenas noches, señor Ministro. cómo está U.?" y una de ellas, la más bonita, extendió su enguantada mano. "Bueno, bueno, contestó el chino y también extendió su mano amarillenta, para estrechar la de la joven.— Ella, sin soltar la diestra del selestial empezó con una serie de preguntas picarescas, que de seguro ponían en un potro á su interlocutor, quien á duras penas entendía y contestaba por monosílabos. Poco respetuosa con el Ministro y con un aire de malicia que le saltaba por los ojos y por los labios juguetones aquella muchacha se acercaba al chino como á un animal raro, al que

de buena gana le habría tirado de los ralos y largos bigotes.

El contraste que formaban aquellas dos personas era de lo más vivo. Medio inclinada hacia adelante, saliendo de entre una onda de seda y encaje, que tal parecía la túnica que la envolvía, la muchacha dejaba ver sus redondos hombros y el nacimiento de su turgente seno. Su rubia madeja de pelo exhalaba un perfume delicioso. El brazo blanco, cual chorro de nieve maciza, se unía con el brazo del chino envuelto en ancha manga de seda azul. Este á su vez sacaba su faz cobriza de entre la seda de que estaba cubierto.

Yo observaba. A mi derecha unos ojos rasgados, chiquillos, sin vida, una nariz chata y esponjada, unos bigotes como cerdas cubriendo á medias la boca. A mi izquierda una figura divina, de afelpado cutis, con una boquita diminuta y unos ojuelos traviosos. Una camelia y un cardo, un dije de oro ligado con un informe pedazo de cobre, la suprema belleza meridional en contacto con la fealdad repelente del asiático.

Pero á todo esto don Manuel no parecía.— A mi alrededor todo el mundo se saludaba, se estrechaba la mano, se daba bromas. Los diálogos cortos y atropellados: aquellos de "me acompañará Ud. en el próximo vals," "cómo está su hermana?" "habrá llegado Lola", "abóchame este guante", toda esa multitud de frases sueltas que con el *hors d'oeuvre* con que se abre el apetito de los que se preparan para entrar en un salón de baile se prodigaban en el sitio donde yo me había quedado.

Pasé á otro salón porque allí me sentía muy sólo. La mar de gente. Con mil y un trabajos logré atravesarlo y unirme á don Manuel, á quien divisé conversando con el Encargado de Negocios de Bolivia. "Muéstrame á la célebre Carmen Fontanar", le dije. "Ahí la tiene U." me contestó señalándome una muchacha que nos pasaba por enfrente. Era la misma del diálogo con el Ministro chino.

Carmen Fontanar es como quien dice el sol de Madrid. El *concensus populi* la ha proclamado la reina de la belleza. No hay periódico que en su revista de sociedad no principie por decir, si ella estaba, el traje que vestía, el peinado que se había hecho y hasta el color de sus zapatillas, y si no estaba por lamentar su ausencia.— Sagasta, el submarino Peral y Carmen Fontanar, he aquí las tres secciones invariables de los periódicos de la villa. Sección política: "Sagasta hizo ó dejó de hacer tal cosa" etc., etc., con el consiguiente séquito de elogios ó denuestos, según la color de la hoja.. Sección de ilusiones, que es la más rica: El submarino Peral progresa. Muy pronto el gran descubrimiento....." y aquí lo que cada español buen patriota desea. Sección de diversiones: Carmen Fontanar vestía anoche un elegante traje color de rosa, etc., etc."

Es una mujer adorable, hay que confesarlo. Pero ¿será amor patrio ó será justicia? creo que en Costa Rica no sería la primera sino la tercera de nuestras bellas. A pesar de lo que digan los periódicos de Madrid, yo la colocaría después de las dos costarricenses cuyo nombre huelga decir. Creo firmemente que después de nuestras dos adorables criollas la madrileña merece el mejor lugar.

Mi carta no tiene fin. Fuerza es buscárselo porque á los hombres ocupados como tú no

se les debe quitar el tiempo. Mientras yo me ocupaba en estudiar detenidamente la figura de la celeberrima Carmencita, don Manuel le daba el brazo á la señora del Ministro de Marina y se alejaba.—Volví á quedarme sólo. El vacío de la indiferencia me rodeaba. Veía bailar, veía gozar, sentía el amor palpitando á mi lado, la amistad se ocupaba en hacer caricias á los suyos. Yo, el único, estaba en un desierto, en el peor de los desiertos, como dice Chateaubriand.

Total: dos horas después de mi entrada al baile pedí mi abrigo, me envolví bien porque hacía un frío de todos los demonios, consumí las manos en los bolsillos y á casa. Ya en mi cama, y sintiendo la vaga modorra que precede al sueño, empecé á hacer recuerdos. Las aristocráticas damas, los chalecos blancos de los gomosos, la redonda figura de Sir Clare Ford se iban borrando de mi imaginación, y en cambio, envuelto en suave perfume y produciéndome una vaga tristeza llegaba á mi memoria el recuerdo de los bailes en Costa Rica. Cuántas caras conocidas, cuántos amigos, cuántas citas con que mi programa se enorgullecía.

Allá er. una puerta veía á Benjamín Piza, conversando con Mr. Rovoil y á Tobías y Camilo en un grupo con Ricardo Marchena: por otro lado te veía á tí dando el brazo á L., el Ministro Zelaya le hacía cortesías á doña C. Pedro González se apuntaba una mazurka en el programa de M.: Carlota, Roberto, Las Argüello, Lolita, Ricardo Pacheco cantando á media voz: "tiene mi linda Juana", don Procopio con su contrabajo preludiando el vals "Bataille de Fleurs"..... me dormí.

Tu amigo verdadero,

LEONIDAS PACHECO.

Una confesión.

—o—

NO tiene más de diez y seis abriles;
El candor se revela en su mirada,
Y de su voz los tonos infantiles,
Gorgeos son del mirlo en la enramada.

De rodillas al frente de un anciano,
En algo grave la muchacha piensa,
Pues se aprieta con una la otra mano,
Mientras tiñe su rostro la vergüenza,

—Ocultar un pecado es gran delito,
Que el cielo á la criatura no perdona:
De tu conciencia el insistente grito,
El rubor de tu faz ya lo pregona.

Vamos, no calles, la verdad pronuncia,
Que Dios todo lo ve, todo lo sabe,
Y quien se porta como tú, renuncia
A poseer del sacro edén la llave.

—¿Acaso algún iustante de amargura,
Desobediente á tu familia diste?
—No cometí esa falta, señor cura....
—Murmuradora alguna vez tú fuítes?

Por desgracia ha mentido ya esa boca?
Turbó la envidia tu tranquilo pecho?
—Todo eso, padre mío, es cosa poca.
—Entonces dí, para concluir, qué has hecho?

De esperar, hace rato estoy cansado,
Y es al fin mi prudencia muy escasa:

Te lo exijo: cuál es ese pecado?
Que me gusta Pepito, el de la plaza,

Sonrióse el sacerdote: con paciencia
Extrajo su petaca, tomó un polvo,
Y dijo: Dios conserve tu inocencia,
Que, por hoy, con placer *ego te absolvo*.

CARLOS A. IMENDIA.

LAS FLORES EN LA NATURALEZA AMERICANA.

Dedicado á mi querida hermana

Ana M^a Guzmán de Lacayo,

en su natalicio.

No sólo enunciar este tema, el lector ansía ver el desarrollo de ese variado cuadro de todas las armonías de la naturaleza, porque las flores nos brindan la miel de sus cálices, nos traen el embeleso de la primavera con los suaves perfumes de las irisadas corolas, el arrullo de tórtolas, el himno canoro de las aves, las aterciopeladas alas de las mariposas batiendo en los tintes armoniosos de los crepúsculos de oro, el cristal de las fuentes y el azul infinito de los cielos, libro inmenso abierto á la santa y universal meditación de todos los mortales.

A los prístinos rayos del astro-rey, la aurora con sus lágrimas de rocío, vertidas sobre los pétalos como diluvio de diamantes, viene á reanimar el luciente esmalte de los prados y el suave perfume de las flores; las gentiles corolas se mecen al soplo puro de las aulas matinales aromatizando el ameno pensil de las praderas, formando á los campos eterno escabel de incomparable belleza, cuadro de encantados edenes pintado por Dios con todos los tesoros de la luz divina.

Las rosas, reinas del prado, se yerguen ufanas sobre flexible tallo, abiertas á la vivificante lumbre del sol que filtrando sus rayos á través del irisado palio de las nubes, envía su calor para realzar las galas y donosura de una naturaleza encantadora, batida en una esfera de cristal y de gualda; belleza y prototipo de todas las zonas, gloria de América, miriorama soberano, en donde la fantasía envuelta en gratos ensueños se eleva á los augustos dominios de la inspiración en los piélagos infinitos del espacio y en los insondables arcanos de la esperanza.....!

Estamos en Julio.—¿Cuál es el primer fenómeno que observamos en el mundo vegetal?

La vida renace á las primeras caricias de la primavera: los yermos desaparecen; el oasis en robusta supervivencia ya no alterna con el sudario del bosque deshojado. A los primeros efluvios del rocío, plantas y árboles muestran su faz sonriente en medio de los floridos campos; la materia dormida é indolente es sacudida por el gran foco de luz y movimiento, motor de la vida universal, gran dinamo cuya luz vivifica á todos los seres y alumbra lleno de eterno resplandor la magestad de la naturaleza y la inmortalidad de las especies.

El grano se hincha; absorbe oxígeno; asimila ácido carbónico. Por el calor, la luz y la electricidad las yemas se dilatan; el tierno tallo con su corona de hojas busca el cenit; la radícula por igual fuerza de polaridad descende ha-

cia el centro de la tierra hasta que la lluvia que nutre y el sol que vivifica, desarrollan hojas y botones, ramas, flores y frutos que vienen á ser la túnica de la llanura salpicándola de matices, de infinitas arborescencias que confunden su múltiple verdor con el azul de los horizontes y los variados tintes de las auroras. Y así las flores, cuando la selva ha revestido su manto de imperial pompa, vienen á ser el más elevado simbolismo de la naturaleza, en cuyo altar encuentran guirnaldas las puras frentes de las vírgenes, galardón el valor de los héroes, palmas las virtudes sublimes de los mártires.

En medio de cada esperanza hay una flor, como en medio de cada infortunio hay una mujer que nos consuela y enjuga una lágrima.

Sobre el pecho de una mujer hermosa brilla siempre una flor.

La inocencia va coronada de flores y se duerme en su lecho pensando en ellas; y como misteriosa analogía entre flores y mujeres, casi siempre una flor es la imagen de un amor, el recuerdo de una esperanza, el depósito de un afecto.

Dios creó la mujer para fortalecer en el hombre las pasiones nobles y el amor que es el incentivo de la vida, como creó las flores para semblanza y embeleso de las mujeres.

Sobre cada tumba brota una *cineraria* ó una *inmortal* cobijadas por la sombra de los cipreses. Y es que hasta en la muerte las flores forman la cadena de los recuerdos entre el cielo y la tierra, la última ofrenda que ponemos sobre el féretro de los amados muertos para purificar el letal aliento de la fosa, y que el último perfume se encierre en la lobreguez de la tumba con las últimas lágrimas que el corazón amante derrama por los seres queridos que un día formaron nuestra ventura y la urna santa y mística de la familia.

Las flores cándidas, las que adornaron la frente pura de la novia en los momentos felices del amor, se conservan como una dulce religión en el relicario inestimable de los recuerdos.— Pero las que el pérfido mundo arroja, en medio de adulaciones y engaños, hieren y matan la pureza del alma y la paz bendita del corazón.

La flor del pudor es la que exhala en espirales de luz el perfume del corazón casto que sube al cielo como un tributo del hombre hacia la Divinidad.

Las metamorfosis de la vida vegetal no se realizan del mismo modo en todos los puntos del globo. Mientras que en los inclementes suelos del polo, los musgos líquenes y licopodios, únicos habitantes de los desiertos de hielo, apenas revisten pobre follaje, de pálido tinte como el cielo que los cubre, en el Ecuador y bajo nuestra espléndida zona, la vida se derrama en hirviente catarata por montes y valles, formando el soberbio manto de gala con que se cubre esta vivaz y magestuosa naturaleza, posada entre una naciente y vigorosa civilización que tiene para sí la abundancia y el imperio de los mares.

Observad hoy los campos: fertilizantes lluvias han empapado las tierras robusteciendo la vegetación y las flores, y esas gotas desprendidas de los árboles, condensadas por la satura-

vió á su cuarto instantáneamente y sin darse cuenta de sus pasos se acercó á un espejo, delante del cual se arregló el peinado, se alisó las cejas y tomó su abanico.

Cuando llegó á la sala de recibo, encontró á don Roque dando sacudidas y apretones de manos á ambos jóvenes. Doña Inés saludó con despejo y naturalidad. Espinosa no pudo articular palabra alguna, limitándose á una respetuosa cortesía, despues de lo cual habló de todo, principalmente de la lluvia, del tiempo y de la luz eléctrica, que esa noche estaba ausente. Delgado que conocía el secreto del mutismo de su amigo procuró distraerlos á todos con sus picantes y oportunas frases, dirigiendo de vez en cuando una expresiva mirada á su amigo para recordarle su posición.—Por lo que hace á don Roque, tan susceptible cuando se trataba del señor Racosky, no se le pasaba por las mientes que el verdadero rival, el terrible rival y enemigo de su quietud y de su felicidad lo tenía tan cerca y tan amenazante. Lejos de eso, Julio era el preferido, y no dejaba pasar ocasión de traerlo á su casa, de acercarlo á doña Inés y aun de obligar á ésta á salir á paseo y al teatro con Espinosa.

La conducta de don Roque era tan natural y de tal modo se ajustaba á lo que habitualmente sucede en casos semejantes, que casi no nos atrevemos á burlarnos de su *buen carácter*.

A las nueve de la noche el criado anunció á doña Elvira de Río Seco, su hija Delfina, don Andrés Cordón y don Lorenzo Racosky. Don Roque cometió la grosera imprudencia de no dar la mano á este último; pero éste no se dió por entendido y tomó posesión de una butaca junto á doña Inés. Una estrepitosa carjada de Andrés, sin motivo alguno, puso de buen humor á la concurrencia. Racosky, serio y grave preguntó al joven Cordón “¿por qué Ud. reírse sólo? La contestación fué una nueva carcajada acompañada de manoteos y golpecitos en el hombro de Racosky. Este tomó la mano de Andrés diciendo “Ud. no tener el derecho á tocar mí; ese sólo hacérselo los amigos y Ud. no tener ese honor.

Mientras unos celebraban la lección recibida por Andrés y otros reprochaban la dureza de Racosky, tres corrientes eléctricas se cruzaban de tal modo que á ser ofensivas habrían destruido y aniquilado el edificio y sus habitantes; una partía de los ojos de Julio y terminaba en la dulce figura de doña Inés; otra salía del alma de Delfina dirigiéndose á Julio, y la tercera menos persistente que las anteriores pero más cargada de tempestades, venía de Racosky y moría en derredor de Delfina.

He aquí el cuadro que con más frecuencia nos presenta la sociedad. El amor naciendo donde no se espera, caminando para donde nadie lo sigue. El amor inflamándose sin motivo, desapareciendo cuando está mas robusto y aniquilándose cuando se convierte en ciclón. Se dice que el amor atraé el amor; nada de eso: el amor ve menos que los ciegos: oye menos que los sordos y disparata más que los dementes. El amor es cometa cuyo origen, derrotero y velocidad son desconocidos.

Delfina notó por primera vez la pasión que consumía á Julio, y, para su mayor tormento, le fué preciso convenir que doña Inés era digna de tal fuego. Como ella no podía figurarse que

hubiera mujer que desdeñara los obsequios de Julio, no dudó ni un instante que doña Inés correspondiera á tan natural afección. Respecto á don Ropue, nos preguntaremos ¿por qué no se fijaba en la conducta de Julio respecto de doña Inés y si era atraído por la más pequeña muestra de cortesía de Racosky, para su señora?

Porque el pobre mercader y negociante no había de ser excepción de la regla de que siempre la humanidad se cura del mal que no tiene, y descuida y no pone remedio al mal que le carcome.

Racosky comprendía que algo extraordinario pasaba en aquella reunión, al parecer tan sin emociones aparentes. Para dar un poco de animación á los concurrentes, suplicó á Picolina que cantara, acompañándose del piano, alguna romansa aprendida en el colegio.

Delfina no se hizo de rogar, pero manifestó que no podía acompañarse ella misma sin papel. El polaco le suplicó que recordara alguna canción nacional ó inspirada la música á la letra por un costarricense. Luego dirigiéndose á Julio le rogó que acompañara á la Picolina. Espinosa maquinalmente dejó su asiento y se acercó al piano. Andrés se creyó en la obligación de ofrecer su brazo á Delfina y la condujo al lado de Julio. Todos rodearon á los dos jóvenes.

Ni Delfina ni Julio eran artistas pero siendo el arte y la poesía el resultado del sentimiento, aquellos dos corazones que rebotaban pasión debían de ser manantial de notas sublimes y así lo fueron. El piano, ese instrumento generalmente tan mudo y prosaico, cuando Julio comenzó á pulsarlo buscando un prólogo ó preliminar á la música que se iba á ejecutar, no pareció una máquina de sonidos: el piano lloraba, si se nos permite esa expresión, y de las manos de Espinosa se desprendían verdaderos lamentos de melodía y tristeza.

Delfina ya conmovida, dejó la tierra y se trasportó al país de las ilusiones sin término. Su voz temblorosa al comenzar fué tomando tales entonaciones, que atrajo las miradas involuntariamente de su acompañante. La letra de la canción fué compuesta en San Ramón en 1881, por el joven costarricense don David Hine y la música por el malogrado artista don Manuel Gutiérrez. La primera es como sigue:

¡¡ Perdon !!

Yo te adoraba, sí, y el fuego lento
De la pasión más grande que he sentido
Aumentaba en mi pecho entristecido
La acerba pena de un resintimiento.

¡Perdón, mi amor! perdona si atrevido
Quise arrancar de mi alma el sentimiento
Y darle libertad al pensamiento
Arrojando tu imagen al olvido.

Fué una esperanza vana é ilusoria;
Yo no puedo existir sin tu mirada,
Yo no puedo vivir sin tu memoria;

Sin tu tierno cariño, Julia amada,
Yo no quiero virtud, no quiero gloria,
No quiero libertad, no quiero nada.

Mas al segundo verso una lágrima ardiente se deslizó por la mejilla de Julia.

Delfina lo notó..... y si esa lágrima quemaba el cutis del uno, para la otra se convirtió en torrente de fuego que calcinaba el corazón por que comprendía quien era, la que tal dolor causaba.

Racosky que no podía explicarse lo que sentía, se dirigió á una ventana y la abrió para buscar aire. Andrés aplaudía con la manos y se reía diciendo: “qué divertida está la cantada.” Doña Inés, pálida, con la mirada vaga, pero con la actitud plácida de la mujer esclava de su deber. Don Roque sentía un malestar desconocido y no separaba su vista de Racosky. Delgado siempre en su papel de modelo de amistad decía al que quería oírlo que Julio sufría una irritación en los ojos por lo cual parecía á veces como que lloraba.

En medio de este foco de sentimientos que anunciaban gruesas tempestades para lo futuro, se oyó un fuerte ruido en la puerta de la calle causado por los culatazos de varios fusiles, al descansar ó apoyar las culatas en el suelo; á esto siguieron tres fuertes golpes en la puerta y una voz hueca, imponente, que llamaba en nombre de la ley.

Todos quedaron inmóviles y silenciosos; doña Inés fué á abrir la puerta y entraron sin miramiento alguno varios soldados, fusil en mano, precedidos de un capitán veterano. Este sin saludar ni aun tocarse el kepi, preguntó quienes eran los llamados Roberto Delgado y Julio Espinosa. Ambos jóvenes se adelantaron manifestando ser ellos los nombrados. “De orden del General en Jefe, síganme, señores.”

Racosky preguntó qué clase de autoridad era la que daba tales órdenes brutales, y el oficial encarándosele le dijo que nada le importaban semejantes asuntos.

(Continuará.)

CRONICA DE CARTAGO.

UNO CHE la casa que habita la recién casada pareja don Abel Pacheco y señora Emilia Tinoco, fué el centro de la alegría más completa. La elegante sala de espaciosas dimensiones, había sido lujosamente preparada para la ocasión; en ella resaltaba especialmente la parquedad de los adornos con el gusto con que habían sido distribuidos. Bien se conoce que allí tenía su asiento, con fácil cultura, la verdadera educación aristocrática, y daban realce á tanta belleza, la gallardía de la señora de casa unida á su exquisita amabilidad y buen trato, que nos hacía sentirnos en una atmósfera de buen tono, que sólo da el alto coturno vestido desde muy temprano.

Desde las nueve de la noche el amplio salón estaba de bote en bote, con una concurrencia tal de señoras y lucidas señoritas, como muy pocas veces se ha visto reunida. Sin exageración se puede decir que lo más florido y granado de la sociedad josefina y cartaginesa, se había dado cita en aquel lugar para olvidar en el dulce abrazo de Terpsícore, las faenas cotidianas, y pasar alegres las horas entregados sin reserva al Dios Cupido y sus achaques. Y cierta-

ción del aire, son las lágrimas de la aurora que van á subir hasta la cima para enaltecer las altas copas, madurar los racimos y preparar las simientes para nuevas evoluciones. Aquí el jacinto alterna con la nítida azucena ó con los varios tintes de los búcaros y nardos que parecen sumergir su blancura en el velo de las nubes; la trepadora *pasionaria* serpentea por los elevados troncos mostrando sus solitarias y curiosas flores; las variadas *crisantemas* y las azules *lobelias* y *betunias* se esparcen en las chinias por el prado como lluvia de carmín y orla del estanque; los encendidos *tulipanes*, de recortadas franjas, se yerguen sobre sus verdes pedúnculos como lenguas de fuego saliendo de aurea copa; las *talias* y *calceolarias* asoman sus pintadas frentes entre el lustroso follaje de los *esquinsuches*; la perfumada *violeta* oculta humilde sus flores que con arrogancia lleva la beldad americana sobre sus cabellos de ébano; y al lado de ella están la púdica *camelia* y la exhuberante *magnolia*, reinas altivas de la blancura; los *jazmines* y *resedas* hacen gala de perfumes y pureza; luce el *heliotropo* sus colgantes ramos y la *capuchina* de purpurino gorro parece besar ansiosa las bellas colores de las *fuchsias* que se balancean sobre el rojo *jasmín de Virginia*; descuelan sobre la alfombra de mil matices de los jardines, las *rosas* con sus infinitas especies, honor del verjel, señoras de los pensiles, esmaltándolos con sus pétalos de seda y grana, derramando esencias y néctares de los Dioses al lado de las *siemprevivas*, emblemas de la corona del sufrimiento, vestales de las tumbas en donde parecen yacentes imágenes en torno de los corazones muertos, de los recuerdos extinguidos, de las esperanzas yertas acompañando siempre al hombre infortunado en su peregrinación hacia Dios; y sobre toda esta poética estancia se muestra hoy una vegetación exuberante, un cielo sonriente, eternamente límpido mirando estos prodigios; un sol mensajero del amor de las flores, y como supremo dosel de esta mansión encantadora del trópico, están las altas cimas de las palmeras balanceando sus verdes cabelleras, como vigías sublimes de estas zonas privilegiadas. Y mientras que en Europa vemos levantarse los crepúsculos matinales iluminando aquí y allá góticas torres de castillos y catedrales, campos de pobres cultivos, prados y jardines artificiales de escasa vida, pedida á viva fuerza al abono; aquí la naturaleza cubierta de múltiples dones y de religioso silencio, exhibe sus maravillas en alegre fiesta para dar tributo de adoración á Dios, entre el primaveral ropaje de los árboles, la esencia de las flores, las armonías de las aves, los átomos animados de incesante vida, los hálitos de fuego que cruzan la tierra y las lánguidas luces de las constelaciones, eternas luminarias de la noche, suspendidas en la inmensidad de la bóveda celeste; espectáculo tanto más imponente y grandioso, cuanto que en este vasto escenario no hay abatimientos posibles, ni tristezas, ni dolores, ni gemidos, ni congojas, sino la invocación del progreso reservado á este continente y la revelación clara del supremo destino de estos pueblos á través de las revoluciones del tiempo y de la historia.

Puntarenas, 26 de Julio de 1890.

DAVID J. GUZMÁN.

(Continuará).

Acrostico.

(IMPROVISACIÓN.)

A ve de paso, vate proscrito,
ADE tengo el vuelo, y á lo infinito
DEL levo el alma cuando te veo.
L uz de los cielos es tu mirada
I tu sonrisa bella alborada.....
A l verte, Adelia, nadie es ateo!!

V.

Julio de 1890.

ARTICULO NUEVO.

“**P**ALABRAS, palabras, palabras! dijo Hamlet, profundamente disgustado.

Hablar bien es difícil ciencia. Probamos cuanto decimos así: emociones experimentamos todos, pero tal fenómeno pueden explicarse pocos y consiguientemente se encuentran escollos peligrosos y desconocidos dondequiera y dicen frecuentemente contrasentidos y disparates garrafales. Entender es relacionar: expresar es siempre explicar, hablar, decir. Palabras son solamente ideas ó ideas son intelecciones. Esto y aquello es igual cosa. Charlar y hablar son fenómenos idénticos fisiológicamente. Muchos solamente charlan; hablan poquísimos; todos pensamos ó ideamos mentalmente.

Expresar es doblemente idear.

Escribir es diferente asunto.

Este es fácil arte pero arte siempre.

Errados andaban aquéllos que dijeron que hubo sabios verdaderos. Filósofos y pensadores sí existen. Escritores y literatos abundan dondequiera.

Thales y Sócrates antiguamente lo dijeron.

Afirmo yo también.

Todos afirman cuanto piensan. Pienso; luego existo.

Descartes acertó cuando dijo esto.

Solamente sé que afirmo.

Filosofías son lucubraciones y disparatadas teorías frecuentemente.

Sabiduría es cosa diferente.

Naturaleza y ciencia se compenetran.

Arte es simbolismo del pensamiento: idealidad, fantástica creación, antítesis intelectual.

Libremente pienso y expreso cuanto pienso.

Estas son ideales expresiones: filosofía, literatura, arte, artificio, palabrería.

Bien dijo Hamlet, —“Palabras, palabras, palabras.” (*)

JUAN F. FERRÁZ.

(*) Este artículo puede leerse al derecho y el revés, palabra por palabra, y es solamente un juguete de lenguaje.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO VIII.

NO es posible comprender un carácter como el tuyo, Inés. Despreciar un asado tan gordo y apetitoso para mantenerse con tostadas de pan y granitos de arroz; eso es absurdo é inexplicable.

—No veo absurdo alguno en alimentarme con las cosas que me agradan, don Roque, como no encuentro nada de particular en que á U. le gusten las comidas sustanciosas. Eso depende de nuestra diferente organización.

—Qué organización ni qué tonterías son esas: también dirás que no sientes celos porque así estás organizada, y sin embargo, los celos son una cosa natural en las mujeres y á veces en los hombres.

—No conozco ni comprendo los celos, don Roque, porque ellos son consecuencia las más veces del amor propio ofendido, y yo no me creo ofendida de que otras mujeres llamen su atención. Si al contrario, son ellas las que se fijan y lo distinguen á U., lejos de mortificarme, me envanezco de tener por esposo á un hombre que guste, si es posible, á todas las mujeres.

—Nada de eso; no, señora, me engañas ó te engañas vos misma. No sientes celos porque nunca has sentido amor por mí. Si me quisieras, te sería muy duro que yo me dirigiera ó me gustara otra mujer. No soy tan tonto para no comprender mi situación.

Por mi parte, no puedo negar que las atenciones que te dirige ese animal del polaco llamado Caroskiz ó cosa parecida ma irritan ó encolerizan.

Es cierto; pero son los celos los que producen esa irritación y esa cólera; el orgullo y la vanidad herida son el móvil de sus molestias con un hombre que jamás me ha mirado siquiera. Ud. se mortificaba con el señor Racosky por que supone que el público notaría esas atenciones y Ud. se ha figurado y lo humilla el papel de marido burlado, mas en todo esto no hay amor. Si tal hubiera, los celos de Ud. probarían poca estimación y poca confianza en los principios con que he sido educada.

Como se ve de la conversación anterior, doña Inés daba á su esposo el tratamiento frío y respetuoso de Ud., que es mal síntoma en lo general. Don Roque usaba del *vos*, provincialismo que equivale al *tú*, y en este país sólo se *tutean* las personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad y el parentesco muy cercano. Y como nuestro objeto al escribir esta historia no es otra que dar á conocer nuestras peculiares costumbres y modo de ser usaremos de la antigramatical manera de hablar, por más que ella sea nueva y desagradable para la vidad extranjera.

Al concluir doña Inés su última observación sobre los celos, el criado anunció á sus amos algunas visitas que esperaban en el salón. Don Roque saludó afectuosamente á los jóvenes don Julio Espinosa y Roberto Delgado y volvió á avisar á su mujer nombrándoles las visitas. Doña Inés que ya venía para el salón, al oír el nombre de Julio, en vez de continuar vol-

mente muerto debiera tener el corazón y las ilusiones trasnochadas quien no se sintiera regocijado en medio de un jardín de flores de perfume tan exquisito, como las que allí había, propias para trastornar el corazón del hombre menos enamorado y convertir en puro fuego una estatua de mármol que fuera.

Allí la morena de redondos y llenos contornos, apenas velados por tenue gaza, la rubia de soñadores ojos y blonda cabellera, como una imagen de Goethe; la de cutis blanco mate, que parecía de perlas y pelo negro como el azabache que en suelto manto flotaba sobre los hombros, todas tenían su representación, llenas de vida, de fuego, de abundantes flechas su carcaj con que herirnos á nosotros los pobres mortales.

De mí, sé decir que después de esquivar por mucho tiempo armas tan mortíferas, sentí agudo dardo en el corazón y vine á quedar rendido á los pies de un ángel de los que dudo mucho haya en el mismo paraíso celestial.

Es una criatura como de quince años. El broche de su inocencia aun no abierto, comprime un tallo de juncosa esbeltez; coronado por un rostro que Fidiás mismo no hubiera podido retratar, tal la perfección, tal el encanto, tal la suprema gracia de aquellas facciones, como quien se veía en presencia de algo más que divino, se sentía uno inclinado á rendir la rodilla, si ella volvía apenas la mirada. No diré que era la reina por que había muchas competidoras al premio, pero se le acercaba mucho.

Había allí una cuyo traje retrataba la pureza de su alma.

Era blanco, blanquísimo como la nieve, de esa gaza que parece deshacerse entre los dedos y nos comunica la impresión de que envuelve algo vaporoso. Una que otra cinta de grana le daban variedad. Aquel era un conjunto encantador; grandes, muy grandes sus ojos y de un color entre azul y negro, que tan bien semeja las aguas profundas de un lago, la boca de una Venus de Milo, con labios como una grana y algo abultados, barba redonda y aterciopelado cutis. Me parece que el amor de una mujer así debe ser peligroso y sus celos frenéticos: pero conseguir la victoria, sería el laurel más preciado de cualquier hombre.

Como ondinas en un lago suelen divertirse aspergeando el agua en todas direcciones; y ya se consumen hasta el profundo, ya sobrenadan con agilidad, al rumor de las olas, así nuestras bellas se entretenían en cruzar sus fuegos á babor y á estribor; y ya mariposeando alegres; ya cuchicheando entre sí, "como bandadas de palomas" ya fingiendo enojos, siempre estaban encantadoras.

Al fin cansadas de tanto dulce farniente vino á terminar la reunión como á las tres de la mañana, hora en que todos se retiraron á sus casas, á saborear en el blando lecho las impresiones de tan grata noche.

Cartago, 28 de Julio de 1890.

ADELFO.

NOTAS.

En el deseo de corresponder á la buena aceptación que ha obtenido "Costa Rica Ilustrada", procuraremos que en sus páginas haya la mayor variedad posible.

Con tal fin inauguraremos en nuestro número próximo una sección musical, dedicada á composiciones nacionales.

El maestro don Eduardo Cuevas ha compuesto expresamente para esta revista una preciosa mazurka de salón, titulada "Filigrana", la que creemos será del agrado del público.

Excitamos á los compositores del país á que nos presten su contingente á fin de dar movimiento á tan bello como interesante arte.

El señor don Julián Parreño, Director de un importante Colegio de Santiago de Cuba, y que aprovechando las vacaciones se encuentra entre nosotros con el objeto de hacer estudios científicos, ha tenido la fineza de obsequiarnos con un ejemplar de sus *Elementos de Geografía Física*, y con un precioso artículo, escrito para "Costa Rica Ilustrada", el cual verán nuestros lectores en el número próximo,

Los *Elementos de Geografía Física* son una producción que honra á su autor, por que ella está llena de conocimientos útiles.

Gracias muy sinceras presentamos al señor Parreño, y deseamos que su estada entre nosotros se prolongue indefinidamente.

El viernes 1º del presente mes, en la noche, llegó á esta Capital la Legación de la hermana República de Nicaragua, compuesta de los Doctores don Modesto Barrios, Ministro, y don Ladislao Argüello, Secretario. También se encuentra entre nosotros nuestro estimado amigo el Doctor don Manuel I. Morales, persona que ha ocupado muy importantes puestos en su país, el Salvador.

Al saludar á tan distinguidos caballeros, deseamos que su permanencia en ésta les sea grata.

Agradable impresión nos ha causado la lectura del primer tomo de la *Lira Costarricense*, con que nos ha favorecido el señor Licenciado don Máximo Fernández.

Figuran en las páginas de tan precioso libro composiciones de los poetas José M^o Alfaro, Juan Diego Braun, Rafael Venancio Calderón, Jenaro Cardona, Rafael Carranza, Graciliano Chaverri, Aquileo J. Echeverría, Justo A. Facio y Luis R. Flores.

Como uno de nuestros redactores, don Carlos Gagini, empezará dentro de poco á formar juicios críticos de dichas composiciones, nosotros nos contentamos con

decir que la *Lira Costarricense* es una cajita delicadamente esculpida, cuyo contenido es una colección de finísima pedrería.

Felicitamos de todas veras al señor Fernández por haber llevado á feliz término la publicación del primer tomo de la *Lira*.

La velada anunciada á beneficio del Hospicio de Huérfanos, se verificó el 26 del mes pasado, en los salones del Gran Hotel. La concurrencia fué numerosa y en todo reinó el mayor orden y animación. Aplausos muy calurosos merecen, y los damos, á las personas que tomaron parte en esa fiesta caritativa.

Bien por tan nobles actos; no desmayar y adelante con la caridad.

Y á propósito de velada, se prepara otra lírico-literaria, á iniciativa de los señores don Eduardo Cuevas, don Jesús Núñez, don Carlos Gagini y don Próspero Calderón, cuyo importante objeto es el de conmemorar nuestra gloriosa fecha, el 15 de Setiembre, trabajar en pro de la música y la Literatura, y colectar fondos para el Hospicio de Huérfanos,

Con tal fin se ejecutará una zarzuela en un acto, letra de don Carlos Gagini y música del maestro Cuevas.

Empieza, pues, á notarse el movimiento nacional artístico.

Feliz viaje deseamos á los señores don Manuel Argüello, esposa é hija; don Félix A. Montero, don Juan F. Ferraz é hijo, don José Machado y Pintó, don Anselmo Volio y don Napoleón Millet, quienes han partido para Estados Unidos y Europa.

Un ángel más ha volado á las regiones de lo desconocido. Había necesidad de aumentar el número en el coro celestial, y á los 16 años de edad ha desaparecido de este mundo de miserias la señorita Luisa Fonseca y Calvo. Desapareció para ir á posarse en el trono de Dios.

Acompañamos en tan justo dolor á su inconsolable familia.

Hemos recibido *La Situación y La Idea*, periódicos que ven la luz pública en la ciudad de Cartago.

Deseámosles larga vida y corresponderemos el canje.

CARLOS.

AVISOS.

"RIGOLETO."

Semnario Satírico Ilustrado.

Se publica todos los lunes en Buenos Aires (República Argentina.)

Contiene magníficos gravados, caricaturas y artículos satíricos.

Precio de suscripción.

Un año.....	\$ 6-00
Tres meses.....	1-50
Número suelto.....	0-15

Mostrará el primer número al que desee suscribirse,

El Agente,
Eduardo E. Fournier.

Eduardo Cuevas

Profesor de Canto y Piano,

Ofrece sus servicios.

Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;

En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.

Importante al comercio y demás casas anunciadoras.

"Costa Rica Ilustrada," se publicará cada diez días y circulará en cantidad de 2,000 ejemplares por número.

Se admiten anuncios á precios reducidos.

EDUARDO E. FOURNIER.

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &, &.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA.

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central, N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

INVITACION.

al público en general y particularmente al Comercio de la República.

F. S. REISENBERGER

Agente exhibicionista de parte de varias Casas y Fábricas inglesas, ofrece diariamente en su habitación, Avenida Central, piso alto de la casa de O. von Schröter & C^o, una completa exposición de artículos de comercio, donde se pueden realizar negocios directos con los fabricantes, en grande escala, ó indirectamente, por medio de negociantes de esta plaza, si el pedido fuere pequeño.

El interés público se llama atentamente á este respecto, y todo el que acuda al llamamiento, quedará sin duda satisfecho.

Este procedimiento es enteramente nuevo en Costa Rica.

Al mismo tiempo se exhiben muy curiosos objetos indígenas, é interesantes vistas de lugares casi desconocidos del país, fotografiados por

F. S. REISENBERGER.

Horas para los comerciantes, cualquiera durante el día.

" " el público, 11 a. m. á 4 p. m.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR, — PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamin de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

2^a EPOCA.

NUM. 5.

Redacción y Admón.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Números sueltos, \$ 0-25. „

San José, 20 de Agosto de 1890.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

UN RECUERDO, por Joaquín Pablo Vélez.—LA LUZ, por Julián Parreño.—MADRE Ó MAMÁ, por Juan de Dios Peza.—UNA EXCURSIÓN, por Francisco Montero B.—PENSAMIENTOS SUELTOS, por Ramón Acuña.—MOTIVO POR EL CUAL...., por Juan Franco. Ortiz.—LA ESTRELLA MENSAJERA, por Salvador Díaz Mirón.—NOTAS.—ANUNCIOS.

Un recuerdo.

A NATHALIE.

Francamente yo la amaba mucho. Era excesivamente bella y voluptuosa, un poco vanidosilla pero muy inteligente. A su lado se disipaban las brumas de mi cerebro y se adormecía el hastío que me consumía.

Yo gozaba oyéndola referir historietas llenas de equívocos, y sin embargo honestas: tenía gracia hasta para decir tonterías; me entusiasma el fuego que adquiría su pupila, siempre brillante, cuando ponía empeño en convencerme de algo que yo dudaba.

Para ella no era yo más que un joven calavera, excéntrico, derrochador de una fortuna laboriosamente trabajada, poeta por temperamento, de corazón abierto á toda nueva impresión, despreciador de las contrariedades de la vida, una especie de bohemio; en fin, uno de esos seres que viven llevando en la cabeza un mundo de ilusiones y en el alma un mundo de desencantos.

Y apesar de todo, creo que me quería. Gustábanle las transiciones de mi carácter, á veces alegre, otras triste, en ocasiones violento, generalmente manso. Se impacientaba cuando no iba á verla á la hora diaria fijada, y me escribía unas cartas que la inmortalizarían en los anales de las pasiones ardientes si yo las publicara. Se alelaba escuchando lo que yo la refería de mi lejana y amada tierra, de mis primeros y desgraciados amores, de mis vastos proyectos para el

porvenir. Y cuando yo terminaba me daba un beso en la boca, estentóreo, sabrosísimo, capaz de resucitar á un muerto.

Comprendía que yo tenía arraigada al alma una pena inmensa y se afanaba por arrancarla, mimándome mucho y forjando ilusiones que me hicieran no odiar la vida. Me daba alientos para perseverar en mi carrera literaria y me suministraba y hacía que leyéramos juntos las mejores obras recientemente publicadas y los periódicos acreditados.

Fué mi amiga cariñosa en mis largos años de ausencia de la patria. A su lado escribía mis pobres versos y mis humildes artículos literarios y políticos.

La conocí una tarde apacible, clara, tibia, navegando en uno de esos hermosos lagos de Suiza en compañía de una amiga suya y de un compatriota mío. Vestía sencillo traje blanco y cubría su linda cabeza un sombrero adornado con flores rosadas. Al verla me turbé y ella lo notó; su belleza extraordinaria me impresionó vivamente.

Yo iba á Suiza en busca de reposo, después de las turbulentas noches de París, á matar mis recuerdos, á distraer mis dolores. Y en el mismo momento en que me disponía á cumplir mi propósito, ella se me apareció para desbaratármelo.

Oh Natalia! quién te hubiera dicho que seis años después de nuestra última entrevista en Nueva York, en aquel saloncito encantador que tenías en *Madison Avenue* y donde se respiraba un ambiente delicioso, lascivo, yo, el *dear boy*, como tú me decías, habría de consagrarte un recuerdo!

Y así es! Kitty, tu amiga, la bella soñadora, la que amó con delirio á Carlos, aquel inolvidable compañero mío, me anuncia la firme resolución que tienes de encerrarte en un claustro, Y yo me sorprendo! La noticia me ha turbado más que tu presencia aquella tarde en aquel lago de Suiza!

Tú, la soberana de la alegría, la inspiradora de mi libro *Escenas Neoyorquinas*, la libadora voluptuosa del concupiscente Tokay, la delicia de aquel cuartito mio donde nos reuníamos unos cuantos á bromear, á hacer versos y á proyectar locuras; tú, mi encantadora *Rosalinda*, vas á morirte en vida!

Pues bien, decididamente yo tengo que meterme á fraile!

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

Agosto de 1890.

LA LUZ.

A mi estimado amigo don Próspero Calderón.

LA luz!

He aquí lo más hermoso que existe en la creación.

¿Qué fuera del universo sin la aureola de sus brillantes rayos? Yerto, exánime reposaría envuelto en las profundas sombras de una noche eterna.

Nació no se sabe cómo, no se sabe cuando: su origen se pierde en el secreto de un arcano. Emanada de la palabra divina, tiende sobre su cuna deslumbrante pabellón y ciega la vista de la inteligencia humana, que en vano se fatiga por penetrar su misteriosa naturaleza.

Esta circunstancia precisamente hale dado desde la más remota antigüedad, un lugar de preferencia en los sentimientos del hombre, que, entre místicos cantos y nubes de fragante mirra, le ha erigido columnas y altares, y templos, ya en los montes del Asia, ya en las selvas vírgenes de América.

La luz es vida, es ciencia, es arte, es poesía.

Inflamando la atmósfera solar, reberbera des-

de allí sobre la faz de nuestro globo, elevando del seno de las aguas considerables masas de vapores, que, tornados luego en fecundizantes lluvias, dan oxígeno al aire, caudal al río, savia á la planta y sustento al bruto.

Fulgura en la pupila del sabio y descubre á su contemplativa mirada los ocultos cuantiosos tesoros del sér y del no sér; ilumina con las tintas mas suaves y múltiples todo cuanto toca, dándole proporción y forma, color y armonías.

Pósase como con unción en la frente del anciano, juega con los rizos de la doncella; envuelve en sus ráfagas al genio; destella sobre el sepulcro; luce en el ara; chispea entre las ascuas de la hoguera del mártir; centellea bajo las alas de la tormenta; con el volcán espanta; seduce con la aurora; riela enamorada con la luna sobre la móvil oada del esquivo oceano; señorease magnífica y triunfante por la extensión de los celestes campos, sembrando de polvos de oro la senda de los orbes.

La luz, pues, con la materia vive, con la razón medita, con el artista pinta y con el poeta canta.

Activa y diligente en todas partes se halla, cumpliendo en todas partes con su misión perenne.

Rápida, como el pensamiento, recorre los espacios con una velocidad de 70,000 leguas por segundo. Psiquis de todas las edades, acércase furtivamente al lecho del día, entreabre las tupidas cortinas, separa con sus dedos de rosa las blondas guedejas que caen sobre el rostro de su amado, mírale con embelesante deliquio, é imprimiendo en sus cerrados ojos el ardiente labio, despiértale de los sueños de otros mundos para sumergirle en los sueños de esta vida.

Hada maravillosa, colúmpiase en el viento, atraviesa la gota de cristal, que se desprende del tempestuoso nimbo, refráctase en ella y, dispersándose enseguida por el éter, corona con glorioso arco iris la obra maestra del Hacedor Supremo.

Sirena encantadora, construye sobre la yerma llanura, por medio de espejismos prodigiosos, fantásticas ciudades; y atrae con sus hechizos al viajero incauto, que ha creído ver la realidad en sus ficciones.

Nereida incomparable, abísmase en los líquidos antros de Neptuno y allí sorprende el lento pero laborioso trabajo del pólipo invisible, el infatigable escultor contemporáneo de los tiempos primitivos del planeta; ó bien descendiendo á las subterráneas cavernas, y, rompiéndose contra las prismáticas estaláctitas en vívidos cambiantes, ofrece á las tinieblas admiradas pomposa y peregrina fiesta de colores, que se combinan en espléndido y sin par policromismo.

Como una pira inmensa arde sobre el trópico: ya encima de los cráteres ignívoros, contribuyendo así á la exhalación de los gases, que comprimidos en el interior de la tierra, pudieran producir horribles desquiciamientos, ya encima de los tendidos mares, levantando entre el tórrido sol y nuestro inerme globo protector y flotante velo de blanquísimos celajes.

A las veces domicilia también en las extremidades de nuestro eje incommovible; y filtrase en los hielos, cuyos témpanos convierte en alcázares de nácar y zafiro; y refléjase en la atmósfera donde enciende, como para iluminar

tan regios monumentos, entre parhelio y paraselene soberbios, la radiosa lámpara de las auroras polares.

Heraldo de la civilización, la luz va unida á todo progreso humano.

Ella enseñó á Tales de Mileto la precisión de los eclipses.

Ella dió á Anaximandro la sublime idea de la pluralidad de los mundos habitados.

Ella trajo á Pitágoras, sobre áureo pentagrama, el ritmo sonoro de las gigantes esferas.

Ella reveló á Hiparco la invención del astrolabio.

Ella guió á Copérnico, á través de las complicadas órbitas, hasta el centro de nuestro sistema planetario.

Ella dilató ante el telescopio de Galileo los estrechos confines del firmamento alejandrino; y ante la cortante proa de los naos de Colón, los del temido y poderoso Atlante.

Ella dió á Roemer un compás con que medir las pasmosas distancias estelares; y armó el brazo de Franklin del eléctrico pararrayos, y dotó á la industria con el gas inflamable de Felipe Lebon.

Ella descubrió á Morveau la naturaleza deleznable del diamante; y á Jausen, bajo convexa lente, la vida microscópica que en derredor nuestro circula y se desarrolla de una manera exhuberante.

Ella, en fin, es la que ha gravado en mármoles de Paños los imperecederos nombres de Chevreull, Sequí y Faye, y el de Edisson, el célebre profesor de Mungo-Park, el nigromante sin igual de nuestra época.

La luz es la que ha conducido á las sociedades humanas por el camino inconmensurable del progreso. La luz es la que ahora en haces se derrama sobre esta capital de la hermosa Costa Rica, la perla de la América Central, y prende en los generosos corazones de sus habitantes la llama de un deseo inextinguible ya, el deseo de saber, el deseo de lograr la mayor suma de perfectibilidad posible, el deseo de elevar en la firme cumbre de estas verdes montañas, albergue predilecto de la risueña primavera, el santuario sacratísimo de la augusta Minerva.

La luz fué quien recogió el primer vagido de la creación, la ha seguido hasta hoy en su constante desenvolvimiento, mañana será el único testigo de sus postrimerías, y quizá sí entonces flameará inmutable sobre la vasta tumba del universo.

JULIÁN PARREÑO.

Madre ó mamá.

Y padre mío! ¡padre mío!

—¿Qué pasa, Margot, qué pasa?

—El niño-rey de mi casa se está muriendo de frío.

—... El niño-rey?

—De la mano te llevaré con cariño á ver morir á mi niño....

—Pero ese niño ¿es tu hermano?

—¡Mi hermano! no, papacito; el niño á que me refiero me lo dió don Luis Rivero de regalo... ¡es tan bonito!

Desde que lo traje aquí dejé agujas y ruecas y en mi casa de muñecas lo he tenido junto á mí. Le dí la alcoba mejor, buena cama, dos colchones, macetas en los balcones que dan para el corredor. Un gran armario de luna, de encajes un traje entero, y en los bolsillos dinero para aumentar su fortuna. ¡Ah! si supieras papá, aunque vivimos en calma, me duele, me duele el alma, cuando me grita ¡mamá! No quiero oír ese grito y que se calle le encargo ¡es un grito tan amargo! ¡es tan dulce y tan bonito! —¡Dí que grite madre mía! —Perdió su madre al nacer y no le ha de responder detrás de la tumba fría. —Tú eres su madre.

—No tal,

soy su mamá solamente.

—Es lo mismo.

—Es diferente.

—¡Mamá y madre no es igual?

—No te lo podré decir;

pero ven á ser testigo de su madre, ven conmigo, que pronto se va á morir.

Dejando el problema ignoto, fui con Margot junto á un lecho,

donde, con traje deshecho, estaba el muñeco roto; y dijo con ironía

cuando en brazos lo sostuvo:

—¡Pobrecito! nunca tuvo á quien gritar ¡madre mía! pero nunca la estrañó, diga el mundo lo que quiera, porque á una madre supera una mamá como yo.

Lo quise, lo consentí, alivié todos sus males; ¡para todos sus iguales quisiera mamás así.

JUAN DE DIOS PEZA.
(Mejicano.)

UNA EXCURSION

AL

VOLCAN DE POAS.

(A CARLOS GAGINI.)



UN, tun, tun.—Chico!!

—Quién es? contesté en el acto.

Son las tres de la mañana y es hora de marchar.

Reconocí la voz de José Moreno, el famoso gimnasta josefino, que en punto á sacudir la pata para caminar se las tiene con el mismísimo Berghosi en persona.

El día anterior habíamos convenido en ha-

FILIGRANA.

A mi amigo don Próspero Calderón.

Mazurka expresiva

por EDUARDO CUEVAS.

PIANO.

The first system of musical notation for the piano piece. It consists of a grand staff with a treble clef on the upper staff and a bass clef on the lower staff. The time signature is 3/4. The music begins with a piano (*p*) dynamic. The right hand features a melodic line with slurs and accents, while the left hand provides a harmonic accompaniment. Pedal markings are indicated by 'Ped.' and asterisks below the bass staff.

The second system of musical notation. It continues the piece with dynamics ranging from mezzo-forte (*mf*) to forte (*f*). The right hand has a melodic line with a 'rall.' (rallentando) marking. The left hand has a steady accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

The third system of musical notation, featuring a piano (*pp*) dynamic. The right hand has a melodic line with slurs and accents. The left hand has a steady accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

The fourth system of musical notation. It includes dynamics such as *Dolce*, *ralla.* (rallentando), *dim.* (diminuendo), and *f* (forte). The right hand has a melodic line with slurs and accents. The left hand has a steady accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

The fifth system of musical notation. It includes dynamics such as *f* (forte), *p* (piano), *pp* (pianissimo), *rall.* (rallentando), *poco*, and *a* (accanto). The right hand has a melodic line with slurs and accents. The left hand has a steady accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

The sixth system of musical notation, marked '1º tempo'. It includes dynamics such as *poco* and *dolce*. The right hand has a melodic line with slurs and accents. The left hand has a steady accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

First system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *rall*, *p*, *Dolce*, *f*. Pedal markings: *Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*

Second system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *Espres.*, *ten*, *Dol*, *ten*, *cres*. Pedal markings: *Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*

Third system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *cres f*, *ff*, *cres*. Pedal markings: *Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*

Fourth system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *p*, *rall*, *p*, *poco*, *a*, *poco*. Pedal markings: *Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*

Fifth system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *1º tempo*, *dolce*, *p*, *rall*. Pedal markings: *Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*

Sixth system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *Dolce*, *f*. Pedal markings: *Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*, ** Ped.*

patentizan la ternura y aun anuncian el más acerbo llanto.

Esas composiciones embellecidas por el lirismo y empapadas por las lágrimas, evocan siempre al amor y se revelan contra el infortunio.

El sentimiento de este poeta se levanta enérgico hacia lo bello, y luego canta sus quejillas.

Su espíritu oscila entre las amenazas de la fortuna y los halagos del amor.

Lo sublime nunca lo pierde de vista por más que se ve obligado á libar la copa de la amargura. Nada le arredra: abre las puertas de su pensamiento y con perseverancia se entrega desde sus primeros años á la noble tarea de cultivar su espíritu y á enriquecer la literatura patria.

Hermanado con la más exquisita poesía, conquista siempre lauros para nuestras letras, y á la vez deja ver en el desenvolvimiento de sus ideas el talento y la armonía, el calor y la pasión.

A su destino de poeta le da su debido lleno y nada le detiene: siempre de parte con las musas por más que tenga que hacer frente á las miserias de la vida y á las pequeñeces de todas las épocas, donde surge la emulación que impulsa al verdadero ingenio.

Las innobles pasiones jamás ponen término á su carrera: teniendo por norte el estudio, da vuelo á su viva y fecunda imaginación.

BRAUN fué un poeta por sentimiento y por vocación. Al lado de lo que decimos están sus cantares que muestran los íntimos ensueños de su alma, los sufrimientos secretos de su corazón y el deseo vano de buscar perdidas ilusiones. El infortunio lo acompaña siempre: ninguno de los sueños de su vida ve realizado: visita este mundo para experimentar desgracias. Sin embargo, á pesar de haber hecho frente al dolor, tiene siempre el lenguaje del corazón; todo en él es ternura; el llanto lo saborea; Braun fué el prototipo de una tragedia.

La modestia de este poeta es la que ha hecho que sus dulces cantos no se conozcan.— Braun nunca hizo ostentación de sus composiciones; sus amigos las han dado á conocer, y el público, que le llora y hace justicia á su memoria, las juzga con verdadera imparcialidad.

Así es como este vate ocupa un puesto distinguido en las sublimes alturas de la poesía. Braun, podríamos decir, vive con las musas, y bien lo merece, pues él es de esos poetas que se elevan á lo bello por la escala natural del sentimiento. Debemos decir además que en sus tiernos cantos se ve la dulce suavidad en las cadencias y el exquisito gusto en el decir, y que si bien es cierto que ligeros descuidos tienen sus composiciones, esto en nada desdora su nombre de poeta, porque la poesía se anida en el sentimiento y sus versos son pedazos del corazón.

La crítica que hoy se haga de nuestro poeta sería injusta pero no extraña. Decimos que no sería extraña, porque la retórica, como todo, según dice un pensador, tiene sus canes: la *Iliada* tuvo su azote; el Ingenioso Hidalgo fué censurado; la Divina Comedia fué envidiada. Los genios siempre son acosados por improvisada crítica: Píndaro, Virgilio y Milton sintieron también esa injusta ley del martirio. Los genios siempre han sido llevados á esa especie

de inquisición, donde el verdugo ordena y ejecuta impulsado por la tiranía de las malas pasiones.

Al escribir estos pensamientos no debe creerse que nosotros pretendemos formar un juicio exacto de las composiciones del poeta; tamaño empresa está encomendada á plumas más competentes. Además, personas bastante eruditas han elaborado ya trabajos preciosos en que estiman el verdadero mérito que encierran los cánticos del bardo costarricense.

Dejamos correr nuestra pluma con el fin de que las composiciones del malogrado poeta se publiquen en conjunto, pues la publicación sola de sus versos, como nuestro maestro ha dicho, es el mejor elogio que de sus obras y de su talento puede hacerse.

Para admirar á Juan Diego Braun no hay más que leer sus versos: por ellos se verá que siempre vivió entre la fugaz sonrisa y el llanto silencioso, y que nunca cantó sino la tortura de su pensamiento ó las heridas de su corazón.

Por esto el poeta, cual otro Lamartine, en sus tiernas elegías, consagró siempre recuerdos á la que era poseedora de su corazón y dueña de su pensamiento. Nunca su Laura en sus poemas amorosos fué ensañada sino llena de virtudes y de encantos, y como Petrarca, la hizo nacer á su pensamiento en los albores de su adolescencia.

Como epigramático tal vez supera en mucho al juicio de sus contemporáneos, y debemos decir que en sus sátiras fué siempre oportuno, ingenioso, agudo y á veces terrible: lo ridículo lo mostró siempre haciendo brotar la risa.

Como se ve, los elogios de este poeta nacen cuando él muere. La gloria de Juan Diego Braun es póstuma. Respecto de él podemos decir con Mirabeau: "el hombre es grande cuando muere; la gloria principia en la tumba".

Concluimos como principiamos: Juan Diego fué un poeta: sus obras que lo justifican es lo único que nos queda; pues si hacemos recuerdos de la vida nos afrontamos al célebre cuadro de *Laura*, donde Braun es una sombra y su amor idealizado un suspiro del alma.

R. ACUÑA.

Motivo por el cual....

CUENTECILLO AL GALOPE Y AL PASO.



L saberse por ahí que vivo soltero, en un país en que los hombres y las mujeres están en proporción como de uno á siete, pensará cualquiera que soy un hombre sin corazón y sin pasiones, un misántropo aburrido de la existencia, ó un para poco, que no he tenido valor de declararle á alguna beldad mi atrevido pensamiento; pero, voto á bríos! el que lo piense, se equivoca de medio á medio.

Verdad es que dejé pasar mis mocedades sin pensar en el matrimonio, como lo hacen muchos; pero luego, habiendo sentado los cascos,

volví á mirar á mi alrededor, y púseme á escoger la mujer que pudiera convenirme, teniendo en cuenta mi posición social, mi genio, y sobre todo, mi gusto.

Ofreciose desde luego á mi vista la romántica Julia; pero Julia, la de breve y donosa cintura, sabía más que yo. ¡Tate! dije, ¿cómo podré sufrir á mi lado una mujercita bachillera? Eso no, en mis días, y salté con la música á otra parte.

En pos de Julia, vino Delfina; Delfina, la encantadora Delfina, la de los brazos de nieve, la del mirar atrevido, la de la boca de rosa; pero Delfina era muy rica, y lo que para otro hubiera sido un atractivo, para mí era un inconveniente; Delfina hubiera podido comprarme, al no estar rendido ya mi corazón á sus mimos y á sus caricias. Esta mujer me hechiza, dije; pero no me conviene, porque me dominaría completamente, y lo que yo apetezco es mandar en mis calzones, en mi casa, en mi mujer, y

Non bené pro toto libertas venditur auro.

Pasarón mis amores con Delfina, cual dorada nubecilla por encima del horizonte. En pos de la tarde vino la noche. No sé si me explico: en pos de Delfina vino una morena con un lunar asombroso, y con ella la pasé malísimamente. No me podía ver, me aborrecía de muerte, y yo seguía porfiando, cuando salió á la palestra un tercero en discordia, un jayanazo de la Sabana de Bogotá. Me insultó, púsome de vuelta y media, y al fin y al cabo me desafió! Admití el duelo, porque no supiera Paulita que me había corrido, lo cual hubiera sido dar un nuevo triunfo á mi rival.

El desafío que me propuso el Sabanero, era en esta forma: vea Ud. qué bárbaro! Dijo que tanto él como yo y nuestros segundos, montaríamos en los mejores caballos que tuviéramos; que saldríamos al llano de Fucha; que á la primera señal, desatando nuestros *rejos de enlazar*, le echaría yo á él y él á mí, bonitamente, una lazada al pescuezo; que á la segunda señal amarraríamos los rejos á las cabezas de las sillas; y á la tercera meteríamos espuelas á los caballos, y echaríamos una carrera abierta que diera punto á nuestro combate. Y debo declarar aquí, para descargo de mi conciencia, que admití tan bárbaro duelo, con la dañada intención de desnucar al Sabanero. No se me ocultaba que yo moriría sin remedio; pero ¿qué le importa morir al hombre que se ve despreciado de su bella, y que está devorado por la rabia de los celos?

Los padrinos que habíamos nombrado se opusieron á lo que ellos apellidaban un doble asesinato, y viéndonos firmes en el propósito de llevarlo á efecto, dieron parte á la autoridad. Temiendo las persecuciones de la justicia, el Sabanero se fué para el Perú, y yo para San Francisco de California. Al cabo de tres años regresé á Colombia, con algunas águilas americanas en mis bales, con no poca experiencia, y tan soltero como me había embarcado en Panamá.

Pasados algunos días después de mi llegada á Bogotá, y así que hube contado cien veces á mis amigos, cuán hermosa es la bahía de San Francisco, en la que estaban acachados á mi arribo más de ochocientos buques; después de haberles pintado la Laguna del Pájaro, en el centro de la cual se eleva una gran pirámide de grani-

tc, que parece obra de los genios, y en cuyo alrededor vuelan grandes bandadas de alcatrazes; después de haberles descrito las costumbres y *los placeres* del Sacramento y del San Joaquín, etcétera; volví al cuento empezado, volví á pensar en la mujer que pudiera acompañarme en la difícil senda de la vida. Ví cien jóvenes bogotanas á cual más donosas, á cual más apuestas; pero la una, que era muy linda, sabía más que yo; la otra era muy rica; la de más allá un berbecí, y la que manifestaba buen genio, tenía una parentela, con la cual sólo Satanás se hubiera atrevido á emparentar. En fin, todas tenían sus gracias, y sin embargo, todas tenían sus peros, y demás de la marca. Así fué que al encontrar una niña gorda, blanca, colorada, en la flor de su edad, sin pizca de coquetería, pues era el mismo candor y la inocencia misma, me figuré que había encontrado un grano de oro, más precioso que el que vi en San Francisco, que pesaba ciento sesenta libras, cosa asombrosa!

Mi corazón se había fijado en la hija de un labrador de la Sabana, que tiene una hacienda inmediata á Zipacón. Mi futura no sabía sino leer y medio escribir. Por ese lado no podía dominarme. Era pobre, porque aunque su padre tenía unos veintemil fuertes, ¿qué podría tocarle á Rosa que era la penúltima de los veintidós hijos que alegraban el hogar de don Braulio Ramírez? Por ese lado tampoco podía darme la ley. Rosa no era modista, ni romántica, ni coqueta; era la que me convenía, era mujer de mi gusto por todos cuatro costados. Su cuerpo era bellissimo, sus carnes firmes como el mármol, sus dientes blancos como la leche, sus cabellos lustrosos del color del carey, y sus ojos jay! hablaban al alma.

Yendo días y viniendo días, enloquecí de amor por aquella serrana; no pensaba sino con la linda Sabanera; y el fuego que me devoraba el alma, crecía en proporción á las dificultades que se me presentaban para verla, porque su padre era un hombre adusto que no la permitía hablar con alma viviente, ni me dejaba llegar á su casa. Don Braulio era un Sabanero *recachazudo*, capaz de hacerle perder la paciencia al santo Job, y por fin me sacó de mis casillas.

Una vieja fué la tabla de mi salvación en tan apuradas circunstancias. La primera misiva que llevó á Rosa, me costó cuatro duros. ¡Oh pesos de California bien empleados! La respuesta que me trajo valía un millón. Largas horas gasté en descifrar las patitas de mosca de que se valía la hermosa sabanera, para decirme, en sustancia, que ya había reparado en mi persona, tanto en el Mercado de Funza, como en la puerta de la iglesia de Zipacón; y que si, como de un caballero debía esperarlo, eran honrados mis intentos, no perdiera las esperanzas.

Nuestra correspondencia se hizo periódica, y no obstante el trabajo que me costaba traducir ó adivinar las dos terceras partes de lo que Rosa me escribía, experimentaba sumo placer al descifrar aquel guirigay, aquellos palitos, aquellas patitas de mosca, aquellas barrabasadas que usaba la infeliz en vez de la escritura castellana. En una de mis cartas me atreví á decirle que pasaría á hablar con don Braulio; pero me contestó que no hiciera tal; que no fuera á precipitarme; que era preciso aprovechar un momento favorable, en que don Braulio estuviese de buen humor, y que ella me avisaría.

El tiempo volaba entre tanto, y mis ansias crecían, cuando hé aquí que una mañana me trajo la buena vieja, carta de Rosa, en que me decía que ya era tiempo de hablar á don Braulio; pero que antes deseaba tener una entrevista conmigo, y me indicaba el sitio en que podría verla, sin más testigo que su tía Catalina.

Esto fué el 16 de Diciembre, día de la primera misa de Aguinaldo.

Debía hallarme, pues, en la quebrada de Los Arrayanes, cerca de los grandes sauces que sombrean el lavadero de la ropa, el 17 de Diciembre de..... entre dos y tres de la tarde; precisamente á la hora en que don Braulio echaba su siesta acostumbrada.

El que no haya estado enamorado, debe suspender aquí la lectura de esta relación, que no podrá interesarle: el que lo haya estado alguna vez, puede continuar.

Mi primera diligencia fué buscar desde la víspera una cabalgadura, y don Timoteo me alquiló un macho retinto, grande, gordo, fuerte, asegurándome que era alhaja de príncipe. Apenas aclaró, emprendí mi viaje por la plazuela de San Victorino abajo, con mi ruana pintada, sombrero enfundado, zamarros de león, grandes espuelas y la zurriaga de ordenanza. A la cabeza de la silla, llevaba el caucho, y en los cojinetes una pistola, un paquete de cigarros y media botella de brandi, por si se ofreciera hacer algunas libaciones á los buenos genios que acompañarían mi marcha solitaria.

El macho tenía buen paso ciertamente, y el garbo con que empezó á andar prometía que llegaríamos yo y él á la fuente de Los Arrayanes antes de la hora señalada. Ah! no hay que fiar en las apariencias!

Hasta Fontibón, no hubo novedad. Más allá de Fontibón, el macho metió la cabeza, y se fué derecho á una casa, y no valieron á contenerlo, ni el freno, ni las espuelas, ni la zurriaga. En el patio de la casa había una cuerda con ropa, que estaba secándose al sol; me hizo pasar por allí; la cuerda se reventó, cayó la ropa al suelo, mi sombrero también, el gallo y las gallinas se espantaron, salió una manada de perros que quería tragarme; yo me defendí con la zurriaga; la ventera y su hija se presentaron á insultarme; los indios que bebían chicha en la tienda se reían á carjadas, y el macho de la trampa, á todas éstas, se había arrimado á la pared, y se estaba quieto, mientras caía sobre mí aquella granizada de insultos, en parte merecidos. Yo callaba y sufría. Así que hubo pasado el chubasco, metí espuelas al retinto para coger el camino; pero qué! mientras más lo espoleaba más se fruncía y más se arrimaba á la pared.

Tuve que desmontarme, que desatar el cabestro, y pagarle á un indio de los que había en la venta, para que me arreara el macho. A fuerza de látigo lo sacamos al camino. Monté y seguí sin mayor novedad. Paradas como aquella, hizo el bendito macho tantas cuantas, antes de llegar á la puerta de Zipaquirá. Esa fué la más considerable. Dos *calentanos* de Anolaima acudieron á favorecerme: el uno cabestreó el macho, en tanto que el otro descargaba sobre éste una docena de zurriagazos que le hicieron muy buen provecho, porque tomó un trotecillo muy suave, tal que yo me prometía que aquella sería su última parada; cuando de-

repente, sin más ni más, se paró de redondo el perverso animal en medio del camino.

Se quedó plantado allí como una columna, y no hubo fuerzas humanas que le hicieran cambiar de resolución. Deshastillóse la vara de la zurriaga, se volvió pedazos de tantos palos como le dí, le gritaba con todo mi aliento: arriba so gran demonio! arriba so macho! so diablo! rasgándole los hijares con las espuelas; pero el macho no se movía; cuando más, reculaba, como queriendo echarse para atrás; y fué tanta la brega, tanta la ira que me infundió el perverso animal que habiéndome acordado de que venía cargada la pistola, lo condené á muerte: resolví hacer con la alimaña un *Lynch law*, á semejanza de los que ví ejecutar á los yanquis en California. Allá cuando en despoblado se comete un robo ó un asesinato, los circunstanciales, en nombre del pueblo, improvisan un jurado, cuya sentencia se ejecuta sin tardanza. ¿Qué otra cosa era el macho, en mis circunstancias, sino el ladrón de mi dicha y el asesino de mi felicidad? yo seré el juez que te condene, dije, y el verdugo que ejecute la sentencia.

Eché pié á tierra, le quité la silla, y habiéndole zafado el freno, lo dejé solo con el ronزال para sujetarlo. Saqué la pistola, le apunté al ojo á boca de jarro, y..... zas! La pistola negó, porque el fósforo se había humedecido. Ciego de cólera le tiré el arma á los hocicos; y entonces el macho se espantó y hechó á correr; me cargué al rejo de la jáquima pero no pude contenerlo; me arrastró, me revolcó en el polvo y siguió corriendo al golpe; y el camino estaba desierto, sin alma viviente que lo pudiera atajar.

Renegando de mi suerte, del macho, del mulero y de todo el género humano, saqué el reloj y ví..... la una y veintisiete! Era imposible llegar á Zipacón oportunamente.

Cargué á las espaldas la silla, que me pareció que pesaba quintales, y me volví triste, sudando y dado á todos los santos del cielo, por no decir otra cosa. Al primer indio con quien encontré, le endosé la carga, y seguí con él á pie, hasta que un labriego, compadecido de mi desdicha, me alquiló una yegua de cargar leña, en la cual regresé á Bogotá. El indio quedó encargado de buscar el macho, que al cabo de tres días pareció, y fué devuelto á don Timoteo con un millón de gracias.

El 18 recibí una carta de Rosa, en que ponía en duda mi amor, por haber faltado á la cita. Le contesté al instante, pintándole el suceso, y pidiéndole, por quien ella era, que me disculpara; puesto que la falta no había consistido en mí, sino en el macho de don Timoteo. Sin embargo, la Sabanera me castigó privándome, por ocho días, del gusto de ver sus patitas de mosca; pues en aquella temporada recibía, pero no contestaba mis cartas.

El Domingo de Pascua, la vieja me trajo carta de la enojada Sabanera, en que me decía: "Creo que ya estará U. un poco castigado, y pongo ésta deseándoselas muy felices; y terminaba así: "Si puede U. conseguir una bestia que no se le canse en el camino, lo espero mañana á la misma hora y en el sitio que le indiqué, para tratar de cosas que quizá le interesen."

Bendito sea Dios! exclamé. ¿Puede darme las mejores pascuas la linda Sabanera?

Un amigo tenía un macho de carga famoso. Contra mi propósito de no pedir prestado nada á nadie, lo quebranté, esa vez me humillé, y se lo pedí.

Inmediatamente estuvo en casa un muchacho, trayendo aquel soberbio animal, apellidado *El Traga Leguas* por buen caminador.

El lunes de pascua, muy temprano, me puse en marcha para concurrir á la segunda cita.

En el mes de Diciembre sonríen los cielos con la hermosísima Sabana de Bogotá; entonces el color del firmamento es del más puro azul turquí; la dilatada llanura presenta á la vista el encendido verde de la esmeralda; el aire fresco y perfumado restaura las perdidas fuerzas; se siente la vida, y se respira el aura del placer y de la felicidad. ¿Cuál sería el contento del que, en una de esas mañanas, iba caballero en un arrogante macho, á una cita amorosa? Ese era yo que tarareaba unos versos, y formaba castillos en el aire; mi corazón estaba de pascua, de *gaudeamus*, al ver ese cielo tan puro, y esas verdes dehesas llenas de innumerables vacadas.

El tiempo corría sin dejarse sentir el fastidio, y, cuando menos lo pensé, el reloj señalaba las dos de la tarde, y "El Tragaleguas" está muy cerca de la quebrada de Los Arrayanes.

Al torcer un recodo del camino ví á lo lejos, en la falda del monte, la casa de don Braulio.

Más lejos, dos colinas cubiertas de arboleda formaban la rambla, por donde baja murmurando ya la fuentecilla de Los Arrayanes, que discurre de un bello prado á otro más bello todavía, cruzando el camino parroquial. Ví por fin los sauces, y sentadas sobre la grama, á veinte varas del camino, dos mujeres, una de ellas era Rosa, que se paró al verme pasar.

Estaba vestida de blanco; sus trenzas hermosísimas caían por sus espaldas y casi rozaban el césped de la pradera. Llevaba puesto un sombrero de anchas alas, ajustado con dos cintas de color de fuego que flotaban al aire como los gallardetes de las naves, ancladas en la bahía de San Francisco. Qué embeleso! qué bella aparición! El corazón se me salía del pecho de puro regocijo.

Sofrené el macho para hacer á Rosita una cortesía con mi sombrero; pero el animal siguió, sin hacer caso de la brida, ni del bocado. A Dios, caballero! me gritó la muchacha. Al ir á responderle, piqué al macho con las espuelas. No hiciera tal en mi vida. El soberbio animal arrancó á coreobear. Me tuve en la silla como jinete de la Sabana; de modo que no conseguí sembrarme en el suelo, pero no pude contenerlo, porque metiendo la cabeza, siguió caminando á un pasitrote que igualaba á la carrera tendida. El viento unas veces levantaba y otras aplastaba contra mi rostro el ala de mi sombrero, que hubiera volado sin duda, á no tener tan apretado el barboquejo.

"El Tragaleguas" bufaba, y seguía caminando como un desesperado; de modo que cuando volví la cabeza y miré atrás, había traspuesto un montecillo, y no ví ni el humo de la casa de don Braulio.

No tenía á mano la consabida pistola, que al tenerla hubiera dejado en el sitio al macho de Satanás. No me atreví á arrojarme al suelo temiendo que hiciera conmigo una diablura, y me resigné á esperar que llegaran algunos pasajeros que me ayudasen á detenerlo; pero el camino estaba desierto y el macho me alejaba más y más de la casa de Ramírez.

Con todo, debo confesar aquí que la vista de la sabanera me había confortado, y aunque iba hecho una furia contra el perverso macho, mi cólera se templó, reflexionando que tantas dificultades para vernos aumentarían el incendio en el pecho de Rosa, y que hablando inmediatamente con su padre, acerca de nuestro enlace, no dilataría en poner remedio á nuestros males.

Cualquiera pensará que el macho se paró rendido de la jornada: nó, siguió incansable, hasta dar con mi persona en mitad de la plaza de Anolaima, á las cinco de la tarde. Allí me contaron primores del animal, asegurándome que si no tuviera el resabio de ser *volcedor*, no habría dinero con que pagarlo.

Torné á Bogotá, de donde escribí á Rosa

con la india-correo, explicándole extensamente, que me había sido imposible contener el macho; *motivo por el cual* había faltado á la segunda cita. La respuesta no se hizo esperar; vino al día siguiente, concebida en estos términos:

"Si ha creído U., caballero, que soy alguna de esas que parecen nacidas para ser el juguete de los hombres, U. se ha equivocado.

"¿Con que unas veces su macho no alcanza á rendir la jornada, y otras no puede contenerlo? Vaya! me río de sus disculpas!"

"Confieso que U. tiene muy buenos modales, y sabe escribir cartas muy bellas y capaces de alucinar á una campesina."

"No me enojo, y en prueba de mi estimación, le remito con la portadora esas flores de mi jardín."

—A ver ¿dónde están las flores que venían con esta carta? pregunté á la india.

"Aquí, señor amo, me contestó, sacándolas de debajo de la mantilla.

Eran unas flores de calabaza

Desde entonces Rosa no se ha dejado ver más, *motivo por el cual* ya U. me entiende!

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

La estrella mensajera.

AL fin te asomas entre las nubes,

Al fin te asomas y á verte voy,
Estrella mía que á Oriente subes,
¿Qué tal te ha ido de ayer á hoy?

Toda la tarde lloviendo estubo;
Toda la tarde, para mí mal,
Por las regiones del aire anduvo
Rodando nieblas el vendabal.

Ah! no es posible que yo te diga
Cuanto he sufrido! cuanto temí
Que no pudieras, mi dulce amiga,
Con este tiempo brillar aquí!

Tú eres el solo consuelo mío;
Tú me recuerdas mi grato ayer;
Tú eres mi sueño, mi desvario
Cuando me faltas no sé que hacer.

A tu destello se alzan dos fuentes
Y se coronan de resplandor:
Tú eres la cita de los ausentes,
Yo te bendigo, cita de amor!

Quando no vienes, estrella, gimo:
Tú eres mi solo, mi solo bien;
Tú eres el beso que yo le imprimo
Todas las noches sobre la sien!

Tu luz ahumando mi amargo duelo
Dentro del alma se hace canción:
Tu luz, effuvio de flor de cielo,
Trasciende á esencia de corazón!

Dime, lucero, tú que la viste,
Si la encontraste pensando en mí;
Si estaba alegre ó estaba triste
Habla lucero contesta, di

Habla, lucero; tu voz escucho.
¿Acaso estaba durmiendo ya?
¿Acaso estaba soñando mucho?

¿Leyendo un libro de amor quizá?
¿Quizá en el claro del bosque umbrío
Cogiendo rosas para el placer?

¿O en la ventana mirando el río,
Mirando el río correr correr?
Siguiendo la ola por las riberas,
Que en las riberas parece hablar,
Y en las néblinas de las quimeras
Dejando su alma volar volar?

..

Quando distantes los dos estemos
Y eche la sombra su gran capuz,
Allá en el éter nos juntaremos
Al par mirando la misma luz.

—Eso juramos cuando partiste,
Quando el destino nos separó;
Y hoy he sabido que no cumpliste.
La misma estrella me lo contó.

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

NOTAS.

Uno de los hombres más importantes del país ha bajado á la tumba. Costa Rica está de duelo con la muerte del señor don Modesto Guevara, quien ocupó puestos muy distinguidos, y era el único que quedaba de los Ministros que formaron el Gabinete del Gobierno del inmortal don Braulio Carrillo.

Reciba su inconsolable familia las más sinceras muestras de condolencia.

Cumplimos con lo prometido en nuestro número anterior, obsequiando á los suscriptores con la delicada mazurka que para "Costa Rica Ilustrada" ha escrito el maestro Cuevas.

De paso para Puntarenas ha estado entre nosotros nuestro estimable amigo don Manuel Amador C., quien después de permanecer por más de un año en Carrillo, y como justo premio á su talento, laboriosidad y demás cualidades que adornan al hombre importante, pasa hoy de Gerente de la Compañía de Agencias de aquel puerto. Felicitamos al amigo Amador, como también á la Compañía por la brillante adquisición que con él ha hecho.

Don Carlos Gagini ha sido nombrado agente del periódico "El Mundo de los Niños," excelente publicación madrileña que dirige el notable escritor don Manuel Ossorio y Bernard.

Reúne dicho periódico todas las condiciones apetecibles para constituir la lectura predilecta de la infancia: lecciones instructivas, fábulas, cuentos, novelas, poesías, juegos de imaginación, etc. Cada número consta de diez y seis páginas adornadas con tres cromos y varios grabados. La suscripción se halla al alcance de todos los padres de familia y maestros de escuela: \$ 3-25 por año (serie de 36 números.)

AVISO.

BUEN NEGOCIO.

A QUIEN INTERESE.

En Alajuela poseo un establecimiento de farmacia y otro en esta ciudad; deseando trasladarme á aquella Provincia en donde no podría manejar los dos á la vez, he resuelto vender éste por un precio muy módico y con buenas ventajas para el comprador.

El que desee este negocio, entiéndase con

CARLOS J. DE SILVA.

San José, 13 de Agosto de 1890.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA.

NUM. 6.

San José, 30 de Agosto de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

CRÓNICAS MADRILEÑAS, por Alfonso Pérez Nieva. —A. . . . ELLA, por Carlos A. Imendia. —UN PAÍS Y UN PUEBLO MISTERIOSOS, por Julián Parreño. —MI AMOR, por Edda. —LAS FLORES EN LA NATURALEZA AMERICANA, por David J. Guzmán. —EN EL ALBUM DE MI PRIMA M. S. D. V., por Joaquín Pablo Vélez. —UN ELOGIO MERECIDO, por Carlos. —LA CORTESANA, por Ernesto Schroeder. —RISAS Y LLANTO, por Sirio. —VERSOS, por Juan de Dios Peza. —DATOS CURIOSOS, por José María Navarro. —ANUNCIOS.

Crónicas madrileñas.

La fiesta eterna.—El rey y la baldadita.—A propósito de Eyraud.—Los ratones palatinos.—La tripulación del *Peral*.—A vida ó muerte.—El paisaje en la Exposición de Bellas Artes.

DECIDIDAMENTE Madrid es una población incansable; todavía vibran en el espacio los últimos ecos de las fiestas de Mayo, y ya atruenan de nuevo en las alturas de Chamberí cohetes y músicas; los vecinos del distrito de la Universidad han echado el resto en honor al limpio y simpático portero del cielo, y lo que es de ésta, tienen segura la entrada en la gloria. En realidad de verdad, los elementos aportados á la fiesta eran todos ó casi todos fiambres; y sin ir más lejos, la calesa y el pelotón de ginetes de los taberneros ya los conocía el público de la noche de la Florida y de la tarde de la manifestación de la industria; pero con los adornos populares sucede lo que con las rosquillas de san Antón, que sirven las sobantes después para la romería de San Isidro, y así sucesivamente hasta la última verbena; y si no, ahí está la imprescindible guardia amarilla que no me dejará mentir.

La primera noche de la verbena recorrió las calles del distrito una jubilosa cabalgata constituida por los artistas de Maravillas, Felipe y Circo hipódromo, elevando en medio la ya célebre calesa pintada por Perea. Reciente aún el hermoso cortejo de la Florida, el público no

pareció recibir una impresión muy viva al contemplar el desfile de los cómicos: se redujo á un tropel de payasos, chillones, alborotadores, estruendosos, enyesados, blancos, y á un pelotón de hermosas mujeres gallardamente vestidas de chula, con falda de cola y pañolón de Manila.

La nota original, nueva, artística, la dió la glorieta de la Princesa; en aquel anchuroso lugar se alzaban los primeros puestos de la verbena, pero lo singular del lance era que todos los vendedores vestían el traje característico de aquellos buenos tiempos de pan y toros, con lo que los tenduchos parecían contemporáneos de nuestros chisperos de antaño; sólo con tal condición se permitieron las instalaciones. A la entrada principal de la plaza se elevaba un arco de tres cuerpos, imitación de la severa y añejísima puerta de San Bernardo, derribada ante las exigencias del ensanche de la población; las otras entradas de la glorieta se cerraron con arcos de follaje; en el centro se elevó un monumento coronado por la estatua de la Fama, y de tal suerte quedó aislado aquel sitio, que se diría animado por el espíritu de Goya.

El día de San Pedro se celebraron en el paseo de Areneros carreras de cintas, adjudicándose un premio al jinete que presentó más vistosamente enjaezada su cabalgadura, el tercer día se dió, á mil pobres del distrito, una espléndida comida, poniéndose en escena un zainete de D. Ramón de la Cruz, y quemándose un vistoso juego de pólvora. El popular Arturo Mélida, el más artista de nuestros arquitectos, secundado por los señores Bussato y Muriel, ha sido el autor de tan culta ornamentación. Y ahora á esperar á la Virgen del Carmen, si es que no salta por ahí algún santo que tenga metimiento con algún teniente alcaide, en cuyo caso volverán á salir al aire los gallardetes de percalina antes del 16 de Julio.

Días pasados, á la caída de la tarde y próxima

en la terraza de palacio, contigua á la alcoba de su madre, extasiado contemplando como jugaban en la plaza de armas varios chicuelos, construyendo casitas con tierra, llevando y trayendo montones en sus pañolitos, trazando surcos en el piso con un palo. No se cuidaban de nada y de nadie; reían á gritos, y de cuando en cuando se interrumpían para mirar los centineles de caballería, muy ajenas las inocentes criaturas de que allá arriba, detrás de la balastrada, devorándolos con los ojos y acaso sintiendo no poder bajar con ellos, les miraba otro niño á quien sobraban muñecos y soldados, que disponía de todo un bazar y que se hubiera considerado dichoso con llevar también su pañolito lleno de arena.

Los chicos cansáronse de jugar y se largaron; pero, pegada contra el suelo, sin serle dado levantarse, á pesar de sus esfuerzos, quedó una niña abandonada de sus compinches. ¿Qué le acontecía? El rey se devanaba los sesos por adivinarlo. . . . ¡Nada! . . . ¡Y no había duda! . . . Es que no podía alzarse del piso. D. Alfonso llamó entonces la atención de su servidumbre, hizo que un criado corriera á enterarse, y se averiguó que la infeliz estaba baldada. La noticia de tal desgracia produjo honda lástima en el rey, voló á su madre y le pidió dinero para socorrer á la pequeña, que fué remunerada con diez duros. Y hé aquí por qué aquella tarde, al salir á paseo el monarca, vieron las guardias y los transeuntes una mujer del pueblo que seguía llorando á la carretela. . . . Era la madre de la desdichada baldadita.

Le Figaro de París ha expuesto en uno de los espléndidos salones de su redacción tres magníficos retratos, del gobernador de la Habana señor Rodríguez Batista, del Jefe de seguridad de la misma población, señor Pérez, y del comisario de policía que detuvo á Eyraud, señor Leal. El popular periódico parisiense, de un-

versal renombre, publica un extenso relato de la captura del célebre asesino, prodigando elogios á las autoridades españolas en Cuba y ensalzando su celo y actividad en tal asunto.

Todo está muy bien; nuestro orgullo nacional debe sentirse halagado; un periódico, uno de los más leídos de París, acostumbrado á los prodigios de suspicacia de la policía francesa, desde la misma capital donde vive M. Gorón, de reputación europea, echa las campanas á vuelo en honor de nuestros humildes agentes, mal remunerados y por ende poco diestros en su oficio. El humo rosado de esta lisonja, viniendo de un país en que la policía es una institución, habrá enorgullecido á nuestras autoridades; pero su alegría durará poco si se paran á considerar que Eyraud ha entrado y salido dos veces en la Habana sin que nadie se percatara de su presencia, y que probablemente habría estado en ella sin ser descubierto la tercera, á no haber mediado una denuncia. Ciertamente que las autoridades de la Habana han procedido con exquisito tacto en el lance, pero la gloria de la captura de Eyraud corresponde de derecho á madama Purchen, la heroica modista de sombreros que le delató, sin miedo á una venganza y sin otro impulso que el vivo amor á su patria y á la justicia. Madama Purchen ha dado pruebas de una virtud y un valor cívico no comunes en nuestros tiempos indiferentistas; por ella el matador de Gouffe ha ingresado en la cárcel, en Francia, y sin embargo, el superficial periódico parisiense, con una ingratitud horrenda, no consagra al hecho sublime de madama Purchen sino cuatro palabras corrientes.

El saneamiento de Madrid por nuestras autoridades está descubriendo cosas peregrinas; los concurrentes asiduos á la Parada de Palacio, aficionados á espectáculos militares, se habrán fijado una y otra vez en los mil detalles del relevo, habrán visto como mientras las bandas de música tocan las piezas de reglamento y se renuevan todos los centinelas de las fachadas, en el cuerpo de guardia entran y salen soldados, sargentos, cabos, oficiales entrantes y salientes. El espectador curioso no puede penetrar con su mirada tras de aquella mampara roja de la entrada; desde luego se imagina algo augusto; que los oficiales se comunican sus impresiones respecto á la mejor custodia de las regias personas; que el que deja el servicio participa al que lo toma, las novedades de la noche: todo eso se verifica efectivamente; y mientras los oficiales hablan, las *clases* reconocen el local, para enterarse de su estado al hacerse cargo de su menaje; pero lo que es más chusco, lo que el curioso espectador no descubre, es que en tanto que las bandas llenan de armonía los aires, dos números recorren el cuerpo de guardia, tapando solemnemente, con la gravedad que la ordenanza exige en los actos bélicos, los innumerables agujeros por donde salen por la noche los ratones á pasearse con singular familiaridad sobre la tropa que dormita en sus camastros; no se reirán, pues, poco los solitarios roedores cuando oigan desde sus antros la magestuosa marcha real de la fuerza, al considerar que aquellos cien hombres destinados á custodiar al monarca, no pueden, apesar de sus agudas bayonetas, con sus finísimos dientes, y que en realidad deberían también colocar centinelas en sus agujeros como en las puertas de pa-

lacio!... Y véase por qué causa se prolonga algunas veces el relevo de palacio después de llegar las secciones de la avanzadilla y del depósito de gas.

A medida que pasa el tiempo el triunfo de Peral va repercutiendo y ensanchándose, y su nombre y el de los oficiales que le han ayudado en su empresa, vuela por todo el mundo llevado en alas de la fama. Justo es, pues, ya que su gloria no nubla en lo más mínimo la del ilustre inventor y sus compañeros, divulgar los nombres de los subalternos que impulsados por su fe ciega en su jefe y por amor á su país, no vacilaron en sacrificarle su reposo y aun su vida, sin medir el peligro y aceptando con todo su corazón el sacrificio á que pudiera llevarles su temeridad.

Hé aquí ahora todos los nombres de los subalternos del submarino: D. Everardo Barlenda y Bozo, natural de la Carraca, segundo delineador; D. José Luques Matalobos, natural de Cádiz, tercer maquinista; D. Manuel García Manchón, nacido en San Fernando, cuarto maquinista; D. Joaquín López del Castillo, de Algeciras, ayudante de máquina, y don Antonio Romero Beardo, también ayudante y andaluz. El recuerdo de aquella hermosa tierra del sol irá siempre unido á la radiante remembranza del submarino. En la Carraca se ha construido la potente máquina que puede ser, acaso, la primera piedra del edificio de nuestro porvenir, el primer latido de nuestra resurrección nacional, y andaluces son los hombres heroicos que no han vacilado en desafiar la muerte con tal de añadir su óbolo á la obra del engrandecimiento de su patria. Diremos pues, parodiando á los ingleses: ¡hurra por los andaluces!...

Julio Vargas, el popular periodista, ha escrito á *El Liberal* una carta relatando cierto episodio de las pruebas del submarino, ignorado hasta ahora para todo el mundo; después de leída tan interesante correspondencia, la figura de Peral y de sus compañeros de barco adquiere una grandeza singular y descubre en ellos aquel espíritu gigantesco de los héroes de la Iliada.

El episodio es sumamente dramático: parece que en las últimas pruebas, una de las veces en que se sumergió el submarino, no obedeció una de las portas con la precisión de costumbre, y sin que Peral pudiera impedirlo y antes de que le diera tiempo de cerrarla, comenzó el agua á invadir atropelladamente la nave, con tal velocidad, que en un instante se casi anegaron sus distintos compartimientos, llegando hasta alterar el equilibrio del submarino, hacerle perder su nivel y arrastrarle á fondo. El peligro era horrendo; aquellos hombres iban á sepultarse vivos en lo más hondo del mar; sin embargo, atentos á sus aparatos, ninguno se movió de su sitio con un estoicismo admirable; vieron llegar la muerte y la aguardaron resignados, sin pestañear; sólo uno, sin ladearse siquiera, preguntó con acento tranquilo á su jefe lo que ocurría. "¡Que nos vamos á pique!..." replicó con sencillez Peral.

Al cabo, después de hercúleos esfuerzos, consiguió el arrojado marino hacer maniobrar el aparato de profundidades que le respondió con perfecta docilidad, con la docilidad con que el perro fiel obedece á su amo, y el barco se re-

puso, se equilibró y comenzó á subir á la superficie, asomando al fin su lomo de ballena, en las olas; entonces y sólo entonces se atrevieron á hablar los heroicos tripulantes. Una vez á flote pasó Peral al *Colón* á conferenciar con el vicealmirante Montojo y con la comisión técnica, y á bordo de este buque, trémulo, tiritando bajo su empapado capote, encendido por el fuego de la calentura que le producía su tumor continuo de la frente y helado por la mojadura, contó con la sonrisa en los labios lo acontecido, dejando estupefactos de admiración á sus oyentes.

En vista de tal lance, ordenó el vicealmirante Montojo que se suspendieran por aquel día las pruebas, pero Peral se opuso enérgicamente; acorralado por la insistencia de la comisión técnica, pidió permiso para consultar á sus tripulantes, que respondieron como un solo hombre que continuarían enseguida, y sin que en aquellos corazones de mártir latiera el más leve rastro de temor, tornó á hundirse el submarino, permaneciendo las dos horas reglamentarias sumergido y volviendo á aparecer incólume en el tiempo marcado. Por este hecho heroico ha pedido Peral para sus tripulantes la Cruz de San Fernando, que nunca estuvo ni estará por cierto mejor concedida.

Haciendo contraste con la pujanza con que en la Exposición de Bellas Artes se ha presentado la marina, ofrécese el paisaje con extraña pobreza, faltan bastantes firmas, y salvo dos ó tres obras de los grandes maestros, las demás no pasan de excelentes y aceptables, pero sin llegar á esa nota vibrante y personal que subyuga.

Hé aquí ahora los paisajes más notables: *Valle del Tietar*, de D. Julio Almira, sobrio y fiel como pocos.

En el hoyo del Manzanares, de D. Francisco Alcántara, el popular crítico de bellas artes que predica con el ejemplo. Es un lienzo henchido de una dulzura infinita y en el que se advina la exactitud matemática en el traslado de la naturaleza; es un cuadro de un absoluto realismo y bañado, sin embargo, por el suave reflejo de una encantadora idealidad.

Vista de Orihuela, por D. Fernando Blasco. Lleno de sabor de localidad y pintado con exquisito esmero.

Con qué hermosa tristeza muere el día, por D. Francisco Cabanzón, es un hermoso lienzo inspirado en estos versos de Núñez de Arce. Como indica su título, es la hora solemne del crepúsculo en que todos los objetos adquieren una gravedad augusta; la caída de la tarde, apacible y serena, se halla interpretada con suprema delicadeza, acusando en el señor Cabanzón un artista de raza.

Orillas del Guadaira, de D. Andrés Cánovas. Un paisaje que ofrece toda la incomparable hermosura de un asunto tomado directamente del natural por un ojo lleno de fina y profunda observación.

Un carmen de Granada, por C. Apellaniz. Es una dulce impresión de tarde de uno de esos pedazos de gloria granadinos que se llaman cármenes, símbolo de la suprema dulzura y extraña mezcla de huerta y jardín; el señor Apellaniz, ha sabido trasladar al lienzo la inmensa poesía de tan típicos rincones de Granada.

La vega del Tagima, de D. José Casanave.

Tiene toda la suavidad de color de su maestro, D. Jaime Morera; es un paisaje delicadísimo.

Marzo, por D. Juan Espina. El nombre de Espina es el de uno de nuestros grandes paisajistas; el lienzo que ha presentado en la actual Exposición es una incomparable elegía, entonada con el pincel en honor de los árboles sin hojas; pocas cosas he visto de tan honda ternura.

Don Hermenegildo Esteban ofrece nada menos que veintitantos paisajes, fresquísimo y espontáneos como todos los suyos, vistas casi todas de Bretaña. Constituyen el álbum de un viajero; no cito ninguno porque todos son igualmente hermosos.

Fin de la jornada, por D. Baldomero Galofre. Es una mozuela que se está ahupando un haz de leña; al fondo se distingue el fulgor del sol poniente; ese es el cuadro; un crepúsculo; tiene el cuadro esa fuerza que posee cuanto Galofre ejecuta y que en el acto se apodera del corazón y arrebató la mente, conmoviendo con la emoción profunda que saben despertar los grandes artistas.

La tarde, San Benito de Calatrava, por D. Manuel García y Rodríguez. El primero sobre todo es sentidísimo y ejecutado con verdadero primor; aquello es realmente la tarde y no puede ser otra cosa que ella.

Agustín Llardy, el popular pintor, presenta cuatro paisajes de Asturias, observados con una escrupulosidad admirable y ejecutados con esa propiedad propia de los artistas de oro de ley que saben respetar el natural.

De Moreno Carbonero son dos cuadritos lindísimos, sin pretensiones, verdaderos juguetes. *La venta del sevillano*, que se puede considerar comprendido dentro del paisaje, es un inimitable estudio de luz.

Morera y Galicia (D. Jaime). Hay que descubrirse ante él y reverenciarle; cuenta con diez obras soberbias, de maestrado, que ya no de maestro, pintadas con una delicadeza y una finura inmensas. *Efectos de nieve y Tarde en el monte*, son acaso las dos que más atraen, aunque subyugan todas.

Paisaje de Asturias. Basta advertir lo afligido de la pincelada, la exquisita sutilidad de la obra toda, para adivinar la mano de Cecilio Pla, incomparable y delicadísimo en extremo.

Casimiro Sainz. Tiene cinco paisajes hermosísimos; el que titula *El nacimiento del Ebro*, es de un vigor inmenso, de una robustez inusitada y á la vez de una dulzura suprema; es uno de los mejores lienzos de la Exposición.

Febrero, por Sánchez Perrier. Otra elegía de una infinita expresión; la naturaleza desnuda, la soledad del bosque, la melancolía de una fogatilla que arde en primer término, todo se halla impregnado de exquisita delicadeza; el público se ha detenido siempre subyugado ante este lienzo.

Don Modesto Urgell. Se halla fuera hace tiempo de toda discusión; sus paisajes hay que apreciarlos con el corazón, adorarlos con el amor que se consagra á las cosas irresistibles; no existe manera de apartarse de un cuadro suyo una vez contemplado; es el artista de la dulzura sin fin; los cuatro lienzos que nos ha ofrecido, son cuatro joyas de color, de dibujo, de expresión; cuatro preciosidades de maestro entre los maestros.

Los recoberos, por D. José de la Vega. Es

una preciosa escena de campo, de gran finura de concepción y ejecutada con acierto.

Además figuran paisajes de Arriaza, de Freijo, de Miguel, de Ferrándiz, de Gastetón, de la Torre, de Muñoz Gegrain (del que hablaré en otro sitio), de Regidor, hermoso y de exquisita factura, de Sánchez Rodríguez y de Villar y Torres. Como puede verse por tal relación, salvo la firma de dos ó tres maestros que exponen sin opción á premio, los restantes nombres son casi ó completamente ignorados, de artistas nuevos que acuden por primera vez á la lucha.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid, 1º de Julio de 1890.

A..... ELLA

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

DIOS quiso hacer mi corazón sensible,
Y puso en él la llama del amor,
Llama suave y tranquila cual la que arde
En el altar que la piedad formó.

Para ofrendar este cariño santo,
En mi ambición acaricié un ideal,
Que dudaba de hallarlo, en este mundo,
Convertido en hermosa realidad.

Más ángel que mujer, algo que fuera
En su esencia y su forma una excepción;
Alma sin sombra, aparición del cielo.....
Eso mi mente con placer soñó.

Y la busqué afanoso entre mujeres
Llenas de gracia y atractivos mil,
Y cada confesión fué un desengaño,
Pues nadie supo comprenderme á mi.

En cambio de un amor profundo y noble,
Obtuve sólo pasajero amor,
Y cuántas veces dividir veía
Este cariño entre cualquiera y yo!

¿No habrá, me dije, una mujer amante,
Fiel y modesta, pura, angelical,
Que sienta como siento, que desee
Un corazón como este mío hallar?

Y todo en vano: las hermosas flores
Que en mi alma gozoso cultivé,
Perdieron su color y su perfume
Y las ví con pesar desaparecer.

Y es que la duda derramó en mi pecho
La nieve de fatal desilusión,
Dejándome sin fé, indiferente
A cuanto me sedujo y conmovió.

Oh, cuán triste es la vida cuando falta
Un sér que en la desgracia dé valor,
Que sonría feliz si uno sonríe
Y que lllore con uno en la aflicción!

Hastiado, descreído, así pasaba
Mi existencia monótona y sin fin;
Sin una luz en mi sombría senda,
Sin un consuelo en mi tenaz sufrir.

Pero una noche,--venturosa noche
Que bendigo y que nunca olvidaré!--
Ví una niña á mi lado, dulce y bella,
Y algo á mi oído murmuró: "esa es."

Y fuiste tú, mi encantadora Libia,
El sueño convertido en realidad,

La aspiración de mi alma satisfecha,
Mi luz, mi ángel, mi bendito ideal.

Porque eres pura cual la suave brisa
Que mece el tallo de silvestre flor,
Sensible cual la púdica mimosa
Que tiembla por la nube que pasó;

Modesta cual la viola de los campos,
Ingenua con sublime sencillez.
Alma toda virtud, toda belleza.
Formada por el cielo para el bien.

Por eso te amo con amor inmenso,
Con amor santo que bendice Dios.....
Volvió á mi pecho la esperanza muerta,
La fe perdida para mí volvió!

Ya tengo nuevas flores que ofrecerte,
Ya brilla en mis senderos una luz,
Y vuelvo á ver risueños horizontes,
Que vienen á alegrar mi juventud.

Á tí debo esta dicha, tú me ofreces
Lo que hace tiempo, con dolor, perdí:
Ah! yo no sé como poder pagarte
Lo que me brindas para ser feliz!

Que recompense el cielo tus bondades
Y que bendiga nuestra ansiada unión;
Y así los votos que los dos hagamos,
Juntos irán al trono del Señor.

CARLOS A. IMENDIA.

1890.

Un país y un pueblo misterioso s.

(Estudio histórico).

A Benjamín Céspedes, mi querido amigo y compatriota.

I.

EL PAÍS.

COLOCADO al paso de todas las razas, en la encrucijada de tres mundos, existe un extraño y legendario país, el país de Mezraím.

Extiéndese en angosto valle, flanqueado por dos cadenas de montañas agrias y abruptas: la una sírvele de dique contra la invasión de las tumultuosas aguas del mar Rojo; la otra sepáralo del desolado imperio del cálido Simún; y valle y cadenas van, en insensible declive, á perderse en los claros senos de aquel otro mar, por encima de cuyas espumosas olas nos imaginamos aún jugueteando á las poéticas sirenas del Paganismo, coronadas de frescas algas, los labios entreabiertos por armoniosa estrofa, los ojos irradiando sensualísimo amor, siempre jóvenes, hermosas y hechiceras como su madre Naturaleza.

Caudaloso río, el Nilo, desciende desde las alturas de la Etiopía y por el medio del valle dirígese hacia el norte con augusto silencio. Por lo regular es su cauce encajonado y sinuoso, y lento su curso; pero en algunos parajes precipitan su corriente cascadas admirables, donde la luz da perennemente á los cielos una espléndida fiesta de colores. Cerca ya de su desembocadura refrena su marcha más y más, y se ensancha en tranquilos remansos sombreados por dátiles y papiros, asilos regalados en que se sesteaba confiada la gacela, y se despereza soñoliento el crocodilo, y esconde el íbis su indefensa cria del aspid ponzoñoso. Viértese dicho raudal, al cabo, en el Mediterráneo por espacio-

so delta rodeado, como por una sarta de esmeraldas, de islas deliciosísimas, plantadas de higueras, naranjos y sicómoros, por entre cuyas ramas florecidas revolotean bandadas de fringilas de alas carmesíes, persiguiendo con voraz empeño á los emjambres de variados insectos, que llenan el aire de zumbidos al batir de sus metálicos élitros.

Sobre las estrechas fajas de terreno que, á uno y otro lado de sus márgenes, deja á descubierto el Nilo, alzan sus blancos alminares y alegres azoteas las ciudades árabes modernas, contrastando por manera notable con los restos imponentes que las rodean de otras que ya fueron y que traen á la mente la olvidada historia de cien generaciones ilustres, cuyo pasado famoso atestiguan esas rotas columnas y derruidos templos, esos menmónicos colosos y esfinges mutiladas que todavía parecen murmurar terribles vaticinios, y aquellas necrópolis inmensas, las enormes pirámides, fábrica estupenda ante la cual la inteligencia se anonada y late el corazón sobrecogido de supersticiosas emoción.

Sirve de fondo á este paisaje, que encierran, como dentro de invariable marco, naturales fronteras, un cielo constantemente sereno, jamás empañado por la lluvia ni cruzado por el iris. Todos los días halla el padre de la luz, desde el oriente, su camino desembarazado de sombras y vapores; todas las noches las estrellas, solas ó acompañadas de su casta reina, hacen su silenciosa ronda por la esfera infaliblemente despejada. Sin embargo, dos veces cada sol se altera esta motonía: al amanecer, largos rayos de color rojo de fuego hieren el horizonte y la bruma de poniente se enciende y arde, esparciendo en torno suyo llamaradas purpúreas, matiz deslumbrador en que se bañan valle y río, árboles y rocas, y las murallas y las cúpulas, los obeliscos y las torres, de las ciudades y de las ruinas que cubren la comarca; á la tarde se produce otra transformación semejante, pero de mayor efecto aún, porque el color rojo de fuego se convierte en tierno de rosa y la vacilante bruma, que pareció consumirse por la mañana, se deja ver de nuevo suavemente arrebolada, para unirse en dulces desposorios con el gallardo Rá, á la entrada del dios en sus doradas mansiones del ocaso.

Ha dicho cierto autor que el Egipto tiene la forma de un lirio de vástago torcido. En efecto, basta para comprobar su aserto que echemos una simple ojeada al mapa del referido país; y, además, notaremos que el aparente lirio es una flor completa, que consta de corola, cáliz y pedúnculo. La corola está situada al norte y constituye la vasta planicie de la región mediterránea; el cáliz es El-Fayúm, tortuosa depresión que se proyecta primero al este y después, volviendo sobre sí misma, al oeste, figurando una ancha medialuna; y el pedúnculo es el estrecho valle nilótico que, como verde serpiente gigantesca, se desliza hacia el sur, ondulando por entre los tostados arenales de los desiertos líbico y arábigo. Estas tres distintas partes—la corola, el cáliz y el pedúnculo ó sean el bajo, medio y alto Egipto—son llamadas por los actuales poseedores del suelo Bahari, Vostani y Said, nombres que se corresponden respectivamente con los de Delta, Heptanómide y Tebaida

de los griegos del tiempo de Herodoto, quienes ya desde entonces habían observado la especial disposición y singular desarrollo de la comarca que nos ocupa.

El Cairo, en el vértice, y Alejandría y Tinéh, en la base, son los puntos extremos del triángulo que circunscribe la extensión del Delta. De Alejandría á Tinéh hay en línea recta 180 millas, distancia que aumentan á 210 las sinuosidades de la costa; y desde el Cairo al Mediterráneo habrá unas 390, poco más ó menos, siguiendo la vía que conduce directamente al lago Burlos, entre Roseta y Damietta. Con tales datos puédesse fácilmente calcular el área de este dilatado territorio, sobre el cual y sin lograr abarcarlo vaga la vista fatigada del caminante; porque se pierde, como en el inmensurable océano, en aquel confin remoto donde la bóveda celeste se confunde con el plano del líquido elemento. En pasados siglos esta llanura de aluvión, que fué denominada por su inagotable fertilidad el granero del mundo, estaba abierta á los siete boghaz principales del Nilo—Canópico, Bolbítico, Sebenítico, Eatnítico, Mendesiano, Tanítico y Pelusiaco—de los cuales pocos quedan utilizables ya, regándola además numerosos canales secundarios que, fecundizando sus campos de copiosas mieses y arrozales, ponían á la vez en comunicación sus importantes puertos interiores con el mar Eritreo, por donde bajales sin cuento, cargados con los productos de la industria, hacían un lucrativo comercio con los pueblos allende el cabo de las Especies, hasta el lejano Ofir y la misteriosa Serica. Mil ciudades, de las que apenas se conservan los despojos, densamente habitadas y por sus artes enriquecidas, ocupaban el sitio de las actuales, en general asaz decaídas: Gizéh, donde estuvo Menfis, la de los ciclópeos hipogeos; cerca de donde fué la mercantil Termuthis, Terranéh la mísera, construida con barro y juncos de los pantanos; Abusir y Samannud junto á los escombros de la memorable Busiris, y la aldea Heliópclis; Ramaniéh, un burgo rústico, levántase humildemente entre los emplazamientos de Naucratis, la soberbia colonia helénica, y de Saís, la consagrada á Ysis, en cuyo recinto y en honor de la hermana y esposa de Osiris, se verificaban, á modo de saturnales, bulliciosas fiestas, á la caída de la noche y en barcas empavesadas con flámulas y luminarias, que bogaban por las desbordadas aguas del sagrado Hapi, al compás de jubilosas músicas y libres cantinelas; de Pelusa, la llave del Egeo, sólo existe, como un triste recuerdo, Tinéh; la guarida de Mit-le-Mazariéh es lo que resta de la magnífica Tanís; y no más que débil muestra queda de la capital de los nobles Ptolomeos, cuna de la ciencia moderna, y de su isla Pharos, que unida en otro tiempo por la calzada Heplastata con la vecina playa, aparecía á lo lejos ante los ojos del navegante extraviado en medio de las nocturnas tinieblas, iluminada por las reverberaciones de su hoguera de señales, como un ánade dormido sobre las crespas mugidoras ondas.

El-Fayúm es un terreno—mitad estepa, mitad barranca—de 400 millas cuadradas, robado desde fecha antiquísima al desierto del este por el hombre y trocado por su trabajo en encantado jardín. Así que se divisa la calva cumbre del Mokattán, cambia por completo de fisonomía el país. A la llanura sucede el

altosano; al yermo, el oasis; á la marisma infecta, la cultivada vega; al sosegado río, el gárrulo arroyuelo; y á la pradera de altas hierbas, en su quietismo turbada á intervalos únicamente por el grito del pastor ó la esquila del ganado, el erguido otero sembrado de viñedos y rosales, de donde extraen sabrosa miel las abejas, y generoso licor y esencias bien olientes las donosas lugareñas de Atfiéh, Medinet y Beni-Seeyf, descendientes legítimas de las celebradas hijas de Aphroditópolis, Arsinoe y Ptolemaidón.

Una serranía calcárea separa á El-Fayúm del Alto-Egipto. Esta región no es otra cosa que el propio cauce del Nilo, cuyos sedimentos han dado origen al valle que se apoya entre Assuán y Miniéh y que sólo temporalmente emerge de las aguas, pues estas se apoderan de él durante una gran parte del año. Desde el solsticio de verano, hacia fines de Junio, el río comienza á subir y su crecida se prolonga hasta los primeros días de Noviembre, en que va bajando lentamente hasta recobrar su anterior nivel. Durante el período de la inundación toda la tierra desaparece bajo las turbias aguas, á excepción de aquellos parajes elevados naturalmente ó protegidos por diques artificiales, los cuales con sus edificios y plantíos se retratan en el cristal de la corriente, que arrastra magestuosamente por las riberas su manto orlado de místicos lotos. Toda la vida del Egipto se concentra en esta arteria fluvial, causa única de la fertilidad de su suelo y único tránsito entre los apartados lugares de la comarca. Sin el Nilo no existirían Siut, ni Akmín, ni Girgéh; ni hubieran sido la teocrática Tebas, la sabia Siéna y la secular Elefantina; ni conseguido se habría la explotación de las canteras que suministraron los sillares para la construcción y embellecimiento de esas monumentales ciudades, en cuyas obras se secaron las manos de innumerables familias de obreros; ni se hubiesen realizado las conquistas de los Saitas y Sesóstridas, que llevaron sobre sus carros de guerra la urna de la civilización, traída de Asia, desde la Nubia hasta el Borístenes y el Tanais; ni los fenicios, adelantándose 56 siglos á Vasco de Gama, habrían en cierto modo facilitado los descubrimientos geográficos de que se vanagloria nuestra edad; ni las salvajes hordas del Profeta, que como viento de tempestad se lanzaron de sus adueros, hubieran sido detenidas en la senda de sus devastaciones, ofreciéndoseles así ocasión de quebrar sus alfanges y empuñar los cinceles que labraron las maravillas de su arquitectura; ni las legiones napoleónicas hubiesen logrado salvar, para el estudio, las preciosas reliquias que conservamos de ese interesantísimo pueblo egipcio, cuyo génesis, secreto inescrutable aún para el presente, quizás si también lo será para el porvenir.

Tal es la tierra de los farahónes.

En conjunto, una vasta llanura no interrumpida por la menor ondulación, comprimida entre dos series de montañas desnudas, y cortada en su centro por un sólo río de perspectivas poco pintorescas, que, bajo un cielo siempre de inmaculada pureza, discurre con grave solemnidad hasta el mar, al cual rinde el tributo de sus aguas por media docena de indolentes brazos. Y en detalle ya hemos visto cual otro

es su aspecto: lo uniforme que se resuelve en accidentes; la monotonía que se muda en variedad; lo vago haciéndose discernible; la sombra que se transparenta; el ruido y el movimiento animando las soledades; la vida que renace de la muerte; y el contraste surgiendo por doquiera, como nota dominante, en medio de la aparente armonía de la Naturaleza. Que este país, como Jano, tiene dos rostros, y el sello de lo incomprendible sin duda que le fué grabado por el destino en la frente y para toda eternidad.

JULIÁN PARREÑO.

MI AMOR.

ERA mi vida el lóbrego vacío:
Era mi corazón la estéril nada;
Pero me viste tú, dulce amor mío,
Y creóme un universo tu mirada!

A ese golpe mis ojos encontraron
Bella la tierra, el ánima divina:
Mundos de sentimiento en mí brotaron
Y fué tu sombra el sol que me ilumina.

Si esto es amor, ¡oh joven! yo te amo
Y si esto es gratitud yo te bendigo;
Yo mi adorado, mi señor te llamo:
Que otras te den el título de amigo!

¡Te amo! ¡qué gloria! Que al oírme el mundo
Me execre y burle despota y perverso:
Te amara aunque me odiaras iracundo:
Fuera de tí ¿qué importa el universo?

Y no imploro tu amor, que siendo tuyo
Tu desprecio y desdén bendeciría
Amarte, obedecerte ese es mi orgullo
Y amando tu desdén yo moriría

Yo te idolatro, indigna de tu afecto
Sí! porque no hay mujer digna de tí,
¡Pura imagen de Dios! ¡Hombre perfecto!
¡Proscrito arcángel que cruzó ante mí!

Yo he traslucido incógnito suplicio
En tu faz regia, en tu imponente voz:
La energía hay allí de un sacrificio,
Hay allí la tristeza de un adiós.

Siempre encanté con tu visión mis sueños,
Ah! son tan dulces! ¡Siempre están allí!
Astro de sabrosísimos ensueños
En que forje mil cielos para tí!

Y allí te ví feliz! allí no pisas
El mundo indigno en que sufriendo estás,
Y son dulces, no amargas tus sonrisas
Y nada enturbia el brillo de tu faz.

¡Oh! si el amor de una mujer valiera
Por el santo dolor de un serafín!
Por verte alegre hasta tu amor yo diera....
Mi porvenir, mi sér, en fin.

Qué no hiciera por tí, soñado mío,
Cuando es mi luz la huella de tu pie?
Tu capricho esclaviza mi albedrío,
Palma de mártir brindame tu fe.

Profeta que á mi espíritu anunciaste
La religión feliz del corazón
Y el amor al Dios grande me enseñaste
Viendo su sombra en tí, su bendición.

Gracias! gracias! mancebo poderoso
De iluminada frente y pecho audaz,
En todo bello, en todo generoso,

De ningún mal, de todo bien capaz.

Así cuando en instante incomparado
Tu irresistible atmósfera sentí,
Ciega, fatal, cual astro desquiciado,
Me lancé á tí, para abismarme en tí.

Para vivir en tu recuerdo estática,
Y embellecer con él mi soledad,
Para gozar con mi pasión fanática
Ante la cual gritó la sociedad;

Para reír mirando tu sonrisa,
Para llorar mirándote llorar,
Para ser tu entusiasta poetisa
Y contigo incesante delirar;

Para querer cuanto amas ó te ama
Y lo que odias ó te odia aborrecer:
Eterna mariposa de tu llama,
Fiel tutelar y sombra de tu sér.

Alma que siempre tu alma reproduzca,
Corazón que el tuyo sienta en mí;
Ojo que siempre y por doquier te busca,
Labios que ruegan sin cesar por tí.

Cuando me ves mi sér se diviniza,
Cuando te oigo soy toda inspiración,
Y ¡oh! si te dignas darme una sonrisa
La dicha me sofoca el corazón.

Cuando respiro el fuego de tu aliento
Mi seno necesito comprimir;
Mi alma quiere volar á su elemento
Y en una inspiración á tu alma ir.

Cuando roza tu brazo mi vestido,
Cuando siento tu mano... ¡yo no sé!
Lívida salto atrás cual león herido
Y tambalea trémulo mi pie.

Y si tú no eres tú... si das un paso
Desplomada á tus pies viérasme allí....
La emoción infinita de un abrazo
Era mucho... ¡era un rayo para mí!

Dios, tu entero resplandor me abrasaría,
Hombre, ante tí es más débil la mujer,
Y nada, bien sacrilega y bien fría
La furia más intensa del placer.

Mas, dicha ó infortunio... cualquier cosa
Que me venga de tí ¡bendita sea!
Tu esclava, tu creación besa orgullosa
La mano que la inmola la endioséa.

Arrastrada hacia tí ciega me siento
Cual á su abismo el Tequendama va:
Húndame en él ó salte al firmamento
Siempre el golpe mi voz bendecirá.

Si te debo mis lágrimas mañana
Hoy por tí soy feliz ¡amante soy!
¡Piedad para la pobre Bogotana!
No sé lo que te digo... ¡loca estoy!

EDDA.

Las flores en la naturaleza americana.⁽¹⁾

Dedicado á mi querida hermana

ANA MARÍA GUZMÁN DE LACAYO.

(Concluye).

QUADRO encantador para los amantes de
Flora, sorprendente por el colorido, por la
gracia y la expresión, es el que dejo transcrito de

nuestros vergeles en el artículo anterior, publicado al favor de esta interesantísima revista que honra ya los anales de Centro América, sin darse los aires de grande y bien ataviada dama.

¡Cuántos ocultos hechizos se multiplican así en estas zonas de excelsa magestad; corrientes de vida escondidas en las arboledas y llanuras bajo el brillante y fecundo sol que es el alma de tanta vida; espacios llenos de inagotable savia, de poesía para inspirar á soñadora y ardiente fantasía; montes vestidos de verdura; prados salpicados de colores; átomos flotantes en la luz vívida de diáfano horizonte; bosques impregnados de gratas esencias, grutas llenas de misterios, volcanes resplandecientes formando otros tantos brillantes troncos en que se sienta la Hermosura Divina entre el fulgor de variados iris, de rayas que realzan y renuevan la vida del cosmos y de su nítida corona de flores, que viven aquí como esperanzas inmortales para dar sentimiento, fecundidad y eximia grandeza á nuestra exuberante y bella América!

Pero no sólo belleza y fragancia son las flores. Las plantas que las producen han servido á ilustrar las páginas de la civilización. El *safiro* de Egipto ha sido glorificado al ser estampados en sus hojas, transformadas en pergamino, los tesoros de la filosofía griega y romana, los versos inmortales de Homero y Platón.

La arquitectura antigua copió en las hojas del *acanto* y en las flores del *entenobium* la ornamentación de los grandiosos monumentos de la antigüedad. Templos y circos, columnas y capiteles, torres y arcos de triunfo viéronse calados con los varios matices de las flores. Árboles infinitos dan flores de grato aroma y sus troncos pulimentados y esculpidos por el arte, forman bellísima filigrana en los artesonados de los palacios, rico encaje, lineamientos de rara belleza. El *tulipán* fué en un tiempo el tesoro de los pueblos occidentales, gastándose ingentes sumas en estas flores que se hacían venir de Constantinopla, como ahora nos sucede con las *camelias*, las *gladiolas*, *glosinias* y *crisantemas* de bellas corolas, importadas las primeras del Japón por el jesuita Camelli en 1739 y las últimas de la India. La rosa de Jericó fué desprendida del Santo Sepulcro por un peregrino que la arrojó como divina ofrenda en los jardines europeos para que sirviera de vínculo y recuerdo entre el oriente cristiano y la civilización occidental.

Las flores no sólo viven y sirven á la reproducción de las especies, sino que aman, viajan y danzan. ¿En virtud de qué fuerza los estambres se inclinan en amoroso beso hacia el estigma? El amor es también la bendición de la tierra en cuyo fecundo seno se abrigan las raíces de las plantas; de ella extraen la savia del amor enlazando así su cuna con ella, con su soberbia milicia de flores, que es el manto de la tierra, solemnizada por Dios en la eternidad de los tiempos. Y así por esa sabia é ineludible ley las especies se propagan. ¿Quién ha podido trasportar sobre las altas cimas las magestuosas ceibas? los sedosos pelos de sus semillas las suspenden cual aéreas embarcaciones, en los espacios y las llevan al olimpo de los carros montes. La *balsamia* arroja á lo lejos sus simientes y la *ura erepitans* las lanza con fragor semejando un pistoletazo en el silencio del bosque. El *rhizophora* dirige al fondo de los esteros sus largas y pesadas semillas que como dar-

dos se clavan en el fondo de las aguas invadiendo el imperio de los mares. Sobre las coronadas torres nacen los *helechos*, la *digital*, las *gessenias* y la *belladona* cuyos gérmenes fueron llevados allí por el pico de las aves; el *avellano* y el *olivo*, al cerrar sus corolas, embarcan sus sientes en conchas ó nueces que navegan como barcas; el *cacao de la tierra* ó *hipogea* al abrir sus flores cuida solícita su prole enterrando ella misma sus granos. Flores hay que prueban que la vida es un incesante viaje, una enorme marea que por todos lados orla los horizontes en donde pulula el movimiento, factor conspicuo de la vida, llevando en sus animadas ondas miriadas de átomos, que en hirviente torbellino obedecen á esa suprema ley.

Pero las flores no tienen miembros, no tienen alas, ni nadaderas, ni remos, y sin embargo, atraviesan así los mares, vadean los ríos, descienden á los abismos y asaltan las más encrespadas montañas. La *verbena*, el *fresal*, la *violeta* los *iridis*, la *consuelida*, el *junco*, los *primulos*, la *tifa*, la *caña japónica* y otras muchas especies, van hincando en el terreno como jalones de su excursión, llemas y bulbos, retoños y troncos rastreros que vencen los espacios, aparecen á distancias enormes, procreando nuevas especies. Y cuándo no es así: observad las ondas tranquilas de un riachuelo, y ya veréis la flota singular que en magestuosa calma viene bogando. En los remansos existen los havres felices á donde arriban numerosas raíces, bulbos y semillas que pronto toman posesión de la nueva tierra, y cumpliendo con la providencial ley de la reproducción, forman prados y bosques que vienen á servir de nuevos elementos de prosperidad para los moradores de esas regiones. Y luego si no son los ríos y los mares los que sirven de vehículo á las especies, son los vientos, los huracanes, los aludes, los picos de las aves, las patas de los insectos ó los sabios que con incansable anhelo, con sacrificios y constancia han traído de lejanas tierras los diminutos granos que van á esparcir las plantas y las flores sobre el mundo. Así emigraron la *capuchina* del Perú, la *dalia* de Méjico, el *lino* de Virginia, la *magnolia* de China, la *camelia* del Japón, el *rododendron* del Cabo, la *victoria* de Australia, el *tulipán* de Egipto, la *adormidera* de Oriente, el *cafetó* de Arabia, mil y mil bellísimas parásitas de América son hoy las galas bellísimas de los parques y jardines, en donde las almas tiernas y melancólicas encuentran un aliento en sus perfumes, una ilusión en sus corolas, flores hijas de una belleza que será para todos los sentidos, para todas las cabelleras, para todos los salones, para todas las fiestas, para todas las tardes y crepúsculos, obras que no lo son del azar, flores que son la pulsación del amor latente de las especies, del espíritu de Dios en la naturaleza.

La botánica, ciencia de las plantas, va revelando cada día nuevos misterios sobre esa vegetación admirable de nuestras zonas. La inteligencia de las plantas ha llamado ya la atención de los naturalistas; en ella va esa lucha por la vida, esa fuerza de crecer y multiplicarse que anima á los seres orgánicos, y al menos se manifiesta en varios actos el instinto de la conservación. El *espino* de Etiopía eriza las numerosas puas de que está cubierto, tan pronto como se acercan los animales, huyendo éstos pues sus

picaduras son terribles. Las *ortigas*, sobre todo la de Timor, llevan en sus espinas un jugo venenoso que las hace peligrosas; no hay sér que se aproxime á ellas y de ese modo invaden bosques y campos aniquilando numerosas especies. Hay plantas que se unen á ciertos insectos para defenderse; unas *parásitas* de Sumatra y varias *acacias* defienden sus flores de los pájaros que se las comen, anidando en sus espinas unas hormigas que alimentan con su néctar; estas hormigas no dejan acercarse ningún otro insecto ni pájaro; una *campanilla* de los Alpes, se liberta de cierta abeja glotona que roe y destruye sus cálices, sepegando un líquido agrio que las repulsa; la *piña* el *sauce* y varias rosáceas están en este caso.

Hay plantas que durante el día despliegan sus hermosos pétalos, como para recoger con ellos los átomos de vida que pululan en la atmósfera en miriadas infinitas, y aprovechan las horas silenciosas de la noche para entregarse á una especie de sueño. Mairán observó que una *sensitiva espinosa* colocada en un lugar completamente oscuro y de igual temperatura, cerraba sus hojas cuando caía la noche y las abría al llegar el día como si el sol animara sus flores en aquella oscuridad forzada. La *amapola* pliega sus pétalos cada noche como varias malváceas que al rayar el alba enrojecen sus corolas como tomadas de súbito rubor con la luz; el *diente de león* recoge sus flores durante la noche y vuelve abrirlas al amanecer. La *treverna* levanta cada mañana su argentada cabeza y la *trienalis europea* se inclina al comenzar el crepúsculo, mientras que las *nayadas* y el *nenúfar* buscan bajo la onda cristalina el sueño que la luz les niega para ir á adornar la marmorea frente de Ondina. El *galán de noche* y la morada *hortensia* se inclinan entre sí en amoroso maridaje en las primeras horas de la noche. En las islas Molucas hay un árbol cuyas hojas y flores se duermen al asomar la aurora y velan durante la noche; llámanle los naturales el *árbol triste*.

Al lado de fenómenos tan curiosos, desapercibidos para aquellos que no fijan la mirada en el tren maravilloso de la naturaleza, hay otros que asumen el carácter de la fábula, á no ser referidos por personas competentes. Existen en la América del Norte plantas que al florecer saltan, giran y danzan. Se llama una de estas curiosas especies *eydoma photiphilum* su forma es la de una enorme esfera cubierta de brillantísimo follaje; su altura es de un metro sesenta. Los vientos se apoderan de las plantas libres; las arrastran en vertiginosa carrera por la llanura á través de valles y pendientes en donde forman verdaderos aludes; se les ve reunirse en confusa muchedumbre, dando rápidos giros á manera de desordenada danza, hasta que deshojadas y rotas sucumben en aquel baile-torbellino.

Las flores son elementos purificadores de la atmósfera. En Pavia, el profesor Mantegazza ha hecho varias experiencias que demuestran que en las ciudades el cultivo de flores en ventanas, patios, terrados ó jardines es un medio para purificar el aire. Este autor funda su opinión en que las flores más aromáticas producen mayor cantidad de *ozono* (oxígeno electrizado), que como se sabe es un elemento purificador del aire. En primer término están los *jancintos*, *mentas*, *espliegos*, *salvias*, *heliotropos*, *rosas*, *jaz-*

mines, *achilleas*, *lilas* y otros que hacen el mismo efecto que los eucaliptos.

Pero como de todo hay en la viña del Señor, se sabe que las ténues moléculas que forman los perfumes pueden influenciar desfavorablemente el sistema nervioso de ciertas personas de extremada susceptibilidad. El célebre músico Gretry tenía horror por el perfume de la rosa. El Dr. Capellini habla de una señora que caía en síncope al oler un jazmín. El compositor Vicente huía de los salones donde había flores; mientras que el Cardenal de Richelieu dormía en un lecho rodeado de las más perfumadas flores; una conocida dama inglesa pasaba sus días leyendo en un sofá rodeado de asuccenas y otras flores de grato aroma.

Las flores participan también de esa madre de la impaciencia, que es el hambre y devoran seres. El célebre naturalista inglés, Mr. Darwin, en su excelente libro de las plantas insectívoras, describe dos de las más curiosas que son la *drosera rotundifolia* y la *dionea*. Las hojas de la *drosera* están formadas por tentáculos numerosos en forma de filamentos, siendo los del centro más cortos que los de la peliferia; sus peciolos son de un rojo púrpura; los tentáculos se terminan en una especie de glándula. Con esta serie de órganos, dotados de extremada sensibilidad, capturan los insectos y aun los pajarillos, cerrándose con fuerza y asombrosa rapidez, sirviendo á la vez la secreción de las glándulas para fijar sobre las hojas los insectos á los que chupan la sangre, no dejando más que la piel desecada. Pueden también sostenerse estas plantas con trocitos de carne que disgregan tenazmente con una especie de voracidad. La *aldrovanda vesiculosa* tiene también las mismas propiedades, aunque en menor grado. Al lado de estas plantas los viajeros colocan al famoso árbol antropófago de Madagascar. Este árbol produce una flor bellísima de extraordinaria magnitud. Le llaman los naturales *inkodos*, y espele un fluido viscoso con el cual sujeta á la víctima. Este líquido tiene propiedades embriagadoras y la gente de Madagascar lo bebe con delicia. Este árbol extraordinario, de cuya semblanza nada tenemos de igual en nuestra América, tiene un tronco de forma extraña, simulando una inmensa piña de 7 á 8 pies de altura, de un negro sucio muy duro. De la cúspide de éste cono truncado se desprende irradiando, unas ocho ó diez grandes hojas de diez á doce pies de longitud que se arrastran por el suelo, gruesas de uno á dos pies, terminadas por fuertes aguijones, de un color verde oscuro. Al estado de reposo penden inertes en el suelo. En el centro del cono hay una especie de receptáculo en donde se acumula un líquido viscoso, claro, como miel y dotado de propiedades soporíferas. De los bordes de este receptáculo se desprenden muchos retoños, largos y velludos, de 5 á 6 pies de longitud, terminados en punta. Mas al interior de estos retoños y en la plataforma del receptáculo, coecen unas prolongaciones numerosas, verticales, de 5 á 6 pies, flexibles y duras. Estos apéndices se mueven con extraordinaria fuerza y rapidez, y retorciéndose á modo de serpientes producen estridente chirrido en las contorsiones que ejecutan. El animal que cae en este receptáculo es envuelto en el acto por esos apéndices, con suma presteza; á la vez las grandes hojas se le-

vantan rígidas, se acercan unas á otras y estrujan rigurosamente la víctima, obsorviendo el árbol la sangre y carnes. Se dice que los salvajes de Madagascar colocan en este receptáculo los niños y mujeres que sacrifican, embriagándolos antes en el licor de la flor.

Encuétrase también en Madagascar la conocida flor de la nepetúhes, que también aprisiona en sus pétalos á los insectos y los devora. Esta flor es bellísima: sus hojas se levantan con gracia coronando un receptáculo ancho, circuído de sépalos y pétalos brillantes que se terminan en preciosa y bien guarnecida urna. Esta urna se llena en la mañana de un líquido fresco y aromático que atrae los insectos; se abre con la aurora y duerme con el crepúsculo de la tarde, haciendo amplia provisión de casa. La *Vénus Blackeria* y la *V. papamoscas* son también plantas insectívoras que producen lindas flores asesinas.

Me detengo aquí; la rambla es grande y espaciosa; los vallados se extienden; los jardines nos arrastrarían á los últimos linderos del nacarado horizonte para hacernos ver más y más las maravillas salientes de las flores, sus gratas esencias, la melodía encantadora que forman en el concierto de la naturaleza presentando su tributo al hombre, su belleza, sus perfumes, su brillante colorido, su aromática miel, embelesos de la primavera del amor y reminiscencias del otoño de la vida, gracia de las vírgenes, amor de los poetas, laurel de los héroes, palma de los mártires, simbolismo del corazón; tales son las flores.

No cabe duda: en la admirable cosmogonía, las flores forman la nota más tierna y amorosa. En el gran poema de la naturaleza, las flores son la estrofa mas bella y perfumada, animada por el soplo regenerador de Dios.

Puntarenas, 26 de Julio de 1890.

DAVID J. GUZMÁN.

EN EL ALBUM

DE MI PRIMA M. S. D. V.

QUISIERA en este libro, que guarda tus recuerdos, Dejarte vibradora, cadente y musical, La nota mas excelsa, brillante de mi lira, Envuelta en el aroma de un bello florestal.

Entonces cuando abrieras sus fojas nacarinas Para evocar recuerdos de amor y de amistad, Fijaras en mi nombre la lumbré de tus ojos Librándolo por siempre de eterna oscuridad.

Mas es vana quimera; las puras impresiones Ni agitan, ni perturban, ni tienen vibración; El alma se embelesa y en sí se reconcentra Para gozarse á solas en plácida emoción.

Los ecos de mi lira salidos de mi alma Y de un cariño puro formados al calor, Tal vez se confundieran con voz de gente extraña Llegando á tus oídos con ruido adulador.

Más vale, pues, que calle; que en el silencio tiene, Cual Dios en el misterio, su imperio el corazón, Y el labio que enmudece quizás mejor expresa Los íntimos anhelos, que toda una canción.

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

Enero de 1890.

UN ELOGIO MERECIDO.

ENA figura simpática, de carácter dulce, de corazón bondadoso, de maneras afabilísimas, que vive abrazada al sentimiento, arrancando notas melodiosas á su lira, es la persona que es objeto de estas líneas.

En esa senda por donde caminan los genios del arte y en donde se realizan los grandes triunfos de la gloria, se encontrará siempre al que es dueño de nuestras consideraciones.

Sólo el juicio hecho ya por críticos inteligentes, es lo único que nos permite la osadía de entrar en el juzgamiento de un artista, cuyo nombre es bien conocido en nuestro país.

José Campabadal se llama el hombre de nuestros apuntes; él, que es de origen español, se dedicó desde muy temprano al divino arte de la música, y terminó sus estudios allá por el año de 1868; ejerció su profesión por algún tiempo en Barcelona, consagrándose lo más del tiempo á la enseñanza, tarea en que logró grandes resultados como lo prueba su aventajado discípulo Eusebio Daniel, que ha dejado oír ya su nombre como artista de nombradía.

Campabadal, pues, con su estudio continuado y su talento natural, ha podido colocarse á la altura de un verdadero artista siendo objeto, desde sus primeros pasos, de notables distinciones y de aplausos repetidos por públicos inteligentes.

El artista de que tratamos es un acabado compositor, y tiene singular disposición para imprimir en sus obras la expresión que desea y el color que el asunto requiera; á un lado de lo que decimos está la mucha música inédita que sólo por modestia y negligencia no ha sido publicada, música en que se encontrará gracia, delicadeza y aun esos acentos arrebatadores, propios solamente del que vive cerca del arte.

Insigne organista es también Campabadal; no debemos callarlo: él no sólo se deja notar en la Iglesia sino también en cualquier teatro que se presente; tan pronto se deja arrastrar por raptos místicos para ser comprendido por los sacerdotes del canto llano, como se deja seducir por las fuerzas incontrastables de las sublimes impresiones que sirven de escala al espíritu, para poder llegar á esas inmensidades donde el arte tiene sus fiestas y enseña bellas ficciones poéticas.

El artista de que hablamos, no sólo ha sido objeto de ovaciones; él también á obtenido premios tanto por haber sobresalido en varios conciertos, como por composiciones presentadas á concursos musicales. En sus composiciones, Campabadal llena dignamente su misión de artista tanto por que sus creaciones son repetidas cuanto por que éstas, hermanadas con una poesía sonora, sólo ofrecen esas armonías propias de los grandes carnavales del arte que se sellan siempre con la sonrisa de la satisfacción. Campabadal, pues, tiene canas, es cierto, pero en el arte está joven todavía, está en la mañana de la vida, las notas cadenciosas de su música, son hijas de las impresiones bautizadas con el rocío de la inspiración. Este artista, podríamos decir, tiene todo el espíritu griego y todo el fuego romano; lo mismo se le vé agitar su pensamien-

to, mostrarse tempestuoso como el oceano y rudo como el huracán, que acurrucar luego su espíritu ante todo lo noble y tierno.

Tal como lo describimos es el hombre de que tratamos, testigos somos de los arrebatos del artista; tan pronto lo hemos visto en una composición, iracundo cual mar bravío, como manso y melodioso cual el aura que se desliza entre el sauce y en el ciprés.

Campabadal, justo es decirlo, hombre desinteresado y lleno de entusiasmo siempre por todo lo que tienda á rendir culto al arte, fundó en la ciudad de Cartago una sociedad notable musical, sociedad que ha conquistado triunfos, que ha obtenido premios y aplausos merecidos y que ha sido honra de su fundador. Esta sociedad que lleva por nombre el de la Diosa de la música, es sociedad de méritos indiscutibles, como lo ha dicho ya tanto la prensa del país como la prensa extranjera.

Pues bien, este artista que hoy prodiga grandes bienes á nuestro pueblo, sólo se encuentra bajo el cielo americano, debido al ascendido patriotismo del señor don Francisco Peralta, quien procura y ha procurado siempre por el adelanto del país que lo vió nacer. La estadía, pues, de Campabadal entre nosotros, la debemos en gran parte al señor Peralta, y por tanto creemos que este señor será siempre objeto de imperecederos recuerdos de gratitud, tanto de nuestro pueblo como del señor Campabadal, quien hasta ahora debe estar satisfecho ante las muestras de cariño y de respeto que le dispensa la sociedad en que vive.

ALVARO.

LA CORTESANA.

1.

DE virgínea y celestial pureza
Quedan tan sólo míseros despojos,
Y hoy su semblante, emblema de bajeza
Jamás se tiñe en púdicos sonrojos.

2.

Es probable que á veces su conciencia
Le haga sentir algún remordimiento;
Mas hoy gobierna el vicio su existencia
Y ha borrado de su alma el sentimiento.

3.

Artificios y afeites asquerosos
Reemplazan á sus dones naturales
Y sus goces de virgen candorosos
Se han trocado en placeres criminales.

4.

Pero no obstante tantas impurezas
Merece compasión su desventura,
Porque en el mundo todas las flaquezas
Emanan de las leyes de natura.

5.

Bien puede ser que el hambre despiadada
Marchitara la flor de su inocencia,
Y que siguiera senda difamada
Por salvar de la Parca su existencia.

6.

Talvez no tuvo amigas de confianza
Que le dieran consejos y lecciones,
Ni maestros que esmeraran su enseñanza,
Ni padres que le hicieran reflexiones.

7.

Quizás infame seductor un día
Manchara la honra de su virgen seno,
Y después de conducta tan impía
La arrojara del crimen en el cieno.

8.

Una penosa y rígida experiencia
Unida á los estudios bienhechores
Forman de los mortales la conciencia
Que les hace del vicio vencedores.

9.

Pero apesar de tales circunstancias,
A veces predominan las pasiones,
Y entonces, por desgracia, las ganancias
Son de la infamia que hunde las naciones.

10.

Es un error vituperar el vicio
De aquéllos que se acercan, desdichados,
Del crimen al terrible precipicio
Por fuerzas inherentes impulsados.

11.

En vez de hurdir á la mujer culpable,
Luchemos por salvarla del pantano,
Porque el reino del vicio detestable
Es natural en el linaje humano.

ERNESTO SCHROEDER

San José, Agosto de 1890.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO IX.

En la ciudad eterna.

El lector nos dispensará que suspendamos nuestra relación en momentos en que los señores Delgado y Espinosa fueron conducidos al Cuartel Principal de orden del General en Jefe, y que lo trasportemos veinte años antes y á una región muy apartada de San José, en donde ocurrieron acontecimientos que deben tener una grande influencia en el desarrollo futuro de la presente historia.

Allá por los años de 186... los ómnibus de la estación del ferrocarril de Civitta-Vechia en Roma, conducían dos familias costarricenses al hotel de Minerva, situado en la piazza de Minerva, en Roma, y que era nada menos que el antiguo palacio Comti convertido prosaicamente en albergue ó posada, eso sí, bastante aristocrática.

Componían las familias antes indicadas don Juan Espinosa y su señora doña Adelaida Rincón, servidos por una criada de Cartago llamada Florencia. La otra la formaban don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco acompañada de dos sirvientes: Antonio, nativo del Mojón, y Teresa, josefina de pura raza.—Ambas familias completaban la luna de miel con un viaje de placer á Francia é Italia. Pero el estado interesante de las dos señoras, casadas con sólo tres meses de diferencia y ambas muy ricas, aunque la primera lo era por sí como heredera de un opulento español que murió en Honduras, y la segunda gozaba de los bienes de fortuna de su marido, comerciante y minero afortunado.

El temor de que una de las dos amigas pudiera alumbrar de un momento á otro decidió á los esposos á pasar algunos meses en Roma, mientras ellos hacían expediciones á Nápoles y provincias romanas. Instalados, pues, en el hotel de Minerva y visitados los principales puntos históricos de la ciudad eterna, Espinosa y Rosales partieron para Nápoles dejando muy recomendado á nuestro Ministro el señor Marqués de Lorenzana, el cuidado de sus familias.

Ya solas, no salían del hotel más que algunas tardes en carruaje al Monte Pincio ó á la piazza del Popolo. En las mañanitas recorrían á pie las tres calles aristocráticas de la ciudad que son la Rippetta, Babuinos y el Corso. Pio IX, el último papa-rey, gobernaba entonces y nuestras compatriotas tuvieron ocasión de conocerlo y recibir su bendición apostólica.

Para comprender la terrible catástrofe que vamos á narrar, es preciso una corta explicación del carácter de don Juan Espinosa y la especial posición que en su casa tenía Florencia, la cartaginesa, que servía á la señora doña Adelaida.

Don Juan Espinosa, hijo de un español de los últimos que sorprendió la declaratoria de la independencia de Centro América, tenía una de esas cabezas catalanas que prefieren aplastarse contra el acero que apartar el obstáculo.—Buen corazón, amigo firme y decidido, era de todos apreciado; pero había mucho de temor en el respeto que le rodeaba.

Florencia, acostumbrada á ver realizadas todas las amenazas que había oído á su patrón, tenía por él una completa adhesión mezclada de temor inexplicable respecto de ella, á quien siempre trató con gran benevolencia.

Al salir para Nápoles, Espinosa insistió encargándole sumo cuidado con su señora: "con tu cabeza me respondes de la vida de doña Adelaida" le dijo, quizá en chanza; pero Florencia no lo entendió así. El 2 de Noviembre de 186... la dichosa señora de Espinosa dió á luz un hermoso niño. Fué atendida por uno de los mejores médicos de Roma y rodeada de los cuidados de su amiga doña Elisa y de las dos criadas Florencia y Teresa.

La siguiente noche, á horas en que descansaban en sus respectivos cuartos ambas familias, Florencia se despertó á impulso de un malestar físico producido por el humo que penetraba en la pieza.

Abrió la ventana y nada de particular observó del lado de la plaza, por lo que volvió á cerrarla y quiso continuar su sueño interrumpido, mas el humo entraba ya en cantidad bastante para notarlo aun á la simple vista. En esto empezó á oír los primeros gritos, alarmas y ruidos en los pisos bajos. Comprendió que el hotel estaba incendiándose y despertó á la señora. La impresión de ésta fué tan grande al ver el reflejo de las primeras llamas y el alboroto del incendio, que perdió totalmente el sentido. Los pasajeros que aun podían llegar á la gran escala de piedra, lograron salvarse, pero los que estaban del lado Norte, que tenían que atravesar un largo corredor para llegar á las escaleras de servicio y todo el hotel para acercarse á la grande, casi todos fueron víctimas del fuego. Los bomberos hicieron prodigios de valor, pero á las seis de la mañana del día siguiente, que se dominó el incendio, faltaban siete personas de

las que habitaban el famoso hotel. Entre ellas no pareció el niño nacido la víspera, esto es, el pequeñuelo que había dado á luz doña Elisa de Rosales. En cambio había nacido en medio de la catástrofe un precioso niño que después se llamó Julio y que sacado del hotel por la criada Florencia, salvándole la vida al hijo de sus patrones á costa de una terrible quemadura en una mano y en un hombro. Ambas señoras de Rosales y de Espinosa fueron conducidas á una casa particular en donde se alojaban personas recomendadas. Las dos amigas estaban en un estado deplorable, principalmente doña Elisa que no podía consolarse de la pérdida de su hijo á quien no conoció siquiera. Entre los muertos, un cadáver calcinado se encontró en las ruinas de la parte quemada. Era el de Antonio el mojoneño.

Los señores Espinosa y Rosales retornaron tres días después de Nápoles: el segundo, inconsolable y afligido por la pérdida de su hijo y el peligro en que aún estaba su esposa, y el primero lleno de gratitud por la acción heroica de Florencia, á quien no sabía como premiar tanta adhesión y valor.—El restablecimiento de doña Elisa fué largo y penoso y apenas estuvo en estado de poder embarcarse volvieron ambas familias á San José.—Y aunque más tarde repusieron la pérdida del niño quemado en Roma, con una niña—Delfina, doña Elisa, maldice su estadía en la capital de la cristiandad, y no se perdona el haber emprendido un viaje en las circunstancias en que lo hizo. Nuestros lectores conocen ya el dichoso *bambino* salvado por Florencia, que no es otro que el arrogante señor Julio Espinosa, hoy por hoy preso y encerrado en una de las piezas del Cuartel Principal que dan á la calle de la Catedral.

(Continuará.)

VERSOS.

¿PORQUÉ á lo ignorado ruedan
las almas de noble afán,
sin que detenerse puedan?
¿Porqué los malos se quedan?
¿Porqué los buenos se van?

Los que ante el dolor desdeñan,
cual tú, su propio sufrir,
los que por el bien se empeñan,
los que ilustran, los que enseñan,
nunca debieran morir.

En cambio, los que reclaman
del mundo solo placer,
los que en el vicio se inflaman,
los que ofenden, los que infaman,
nunca debieran nacer.

JUAN DE DIOS PEZA.

ERRATA.

En la Mazurca "Filigrana" se escaparon algunos ejemplares con una errata. Léase en ellos en la modulación al tono de Fa, cuarto compás, segundo tiempo, en vez de Do Mí, La Do.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,
CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M.).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriére (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M.).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Números sueltos, \$ 0-25.

2ª EPOCA. NUM. 7.

San José, 15 de Setiembre de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

CORRESPONDENCIA de New York.—A MI MUSA, por Luis R. Flores.—LOS OJOS GARZOS, por Guido.—LA MUJER, por Noe. F. Ras.—A MANUEL AMADOR, por J. P. V.—QUIEN SABE, por Carlos A. Imendia.—LA INDEPENDENCIA, por Juan J. Bernal.—QUIEN BIEN HACE.... por María de S.—NOTAS.—ANUNCIOS.

CORRESPONDENCIA

para "Costa Rica Ilustrada."

Nueva York, 9 de Agosto de 1890.

SEÑOR DIRECTOR:

SIENDO de gran sensación y novedad bajo el punto de vista jurídico y científica la ejecución por electrocución, hemos creído interpretar sus deseos remitiéndole dos clichés que de seguro serán bien recibidos por los lectores de su periódico.

El crimen de Kemmler es vulgar; no se na visto en las circunstancias de él ningún rasgo de ingenio para evadir la persecución de la policía, ni habilidad en atenuar las circunstancias del asesinato.

La celebridad del proceso proviene del caso nuevo, desde luego que no ha sido previsto por leyes anteriores á la ejecución por el sistema de electrocución, del que el abogado defensor ha sacado inmenso partido para ir demorando la ejecución de Kemmler.

Si bajo el punto de vista jurídico ha llamado la atención el proceso, no ha sido menos la expectación del mundo científico en general con respecto á la manera de llevar á cabo el terrible fallo.



KEMMLER.

A pesar del lujo de precauciones tomadas por las autoridades de Nueva York para evitar á los reporters el conocimiento de lo relativo á Kemmler, hemos logrado para nuestros lectores los siguientes detalles que en obsequio á la brevedad del tiempo de que podemos disponer enviamos extractados.

La primera electrocución ha tenido lugar ante el jurado de doce hombres y de quince personas más que la ley requiere que estén presentes.

Vida y crimen de Kemmler.

Nació en Filadelfia en 1860; su padre era un luterano alemán, muy pobre. Al muchacho nunca se le enseñó oficio alguno. Siendo muy niño aprendió muy poco en la escuela alemana de donde se le sacó pronto para que ayudara á su padre en el oficio de carnicero; después ayudó á otros en la misma ocupación. Ultimamente vendía legumbres, y entre sus compradores se hallaba una mujer llamada Matilde Zeiler, de Camden, pueblo de la rivera opuesta del río en que está Filadelfia.

En 1888 Kemmler se casó con Yda Porter, á quien abandonó dos días después para fugarse con la Matilde Zeiler. Llegaron á Bufalo y se radicaron en uno de los distritos más inmundos de esa ciudad. Su vida era una continua querella. La Matilde le tomaba el poco dinero que él hacía y lo gastaba en las orgías que formaba con hombres y mujeres de la peor especie.

El la mañana del 29 de Marzo, después de una querella tremenda, Kemmler tomó una hacha é hizo picadillo á la Matilde. "Me alegro de haberla muerto," iba diciendo por la calle; "me alegro de haberla muerto y estoy listo á que me cuelguen."

Se le capturó y muy pocos días después se le condenó á la pena de muerte el día 9 de Mayo, en que cumplía sus 29 años de edad.

El 15 del mismo mes se le llevó á la prisión de Auburn para que entrara en confinamiento solitario hasta que llegara el momento de morir.

Al día siguiente de la condena su abogado apeló de la sentencia diciendo que la electricidad era un modo cruel de dar muerte, y que por consiguiente estaba impedido por la Constitución del Estado.

En virtud de esta apelación se nombró una comisión especial para estudiar el asunto. El Juez Day después de meditar profundamente el informe de dicha comisión, decidió la apelación en contra de Kemmler.

Esto no satisfizo al abogado y llevó el caso ante el tribunal de Apelación, el cual decidió el 30 de Marzo en favor de la constitucionalidad de la ley. Se le volvió á condenar á ser ejecutado en la semana que empezaba con el 29 de Abril.

Ya estaba listo para la ejecución, y en el momento de llevarla á efecto se presentó el abogado Mr. Sherman con un formidable legajo é hizo suspenderla.

El documento encerraba un dictado de la Corte de Circuito de los Estados Unidos en el que uno de sus jueces mandaba suspender la ejecución hasta que los tribunales decidieran si la ley no estaba en conflicto con la Constitución del país.

Pero como la Carta Fundamental dice que las ejecuciones deben efectuarse por el Sheriff, diciendo la nueva ley que el condenado debe ser muerto por el carcelero de la prisión que se halle el criminal, el abogado volvió á apelar, fundándose en que en este concepto la ley era inconstitucional.

Durante la extensión y desarrollo de estos trámites parece que el desgraciado Kemmler se familiarizó de tal modo con la idea de la muerte, que las esperanzas que abrigaba su abogado cuando la ley no podía llevarse á efecto por falta de requisitos legales, no hacían impresión en su ánimo, cayendo en un estado de estoicismo limítrofe de la inebilidad. Se cree que realmente en los últimos días de su aciaga existencia

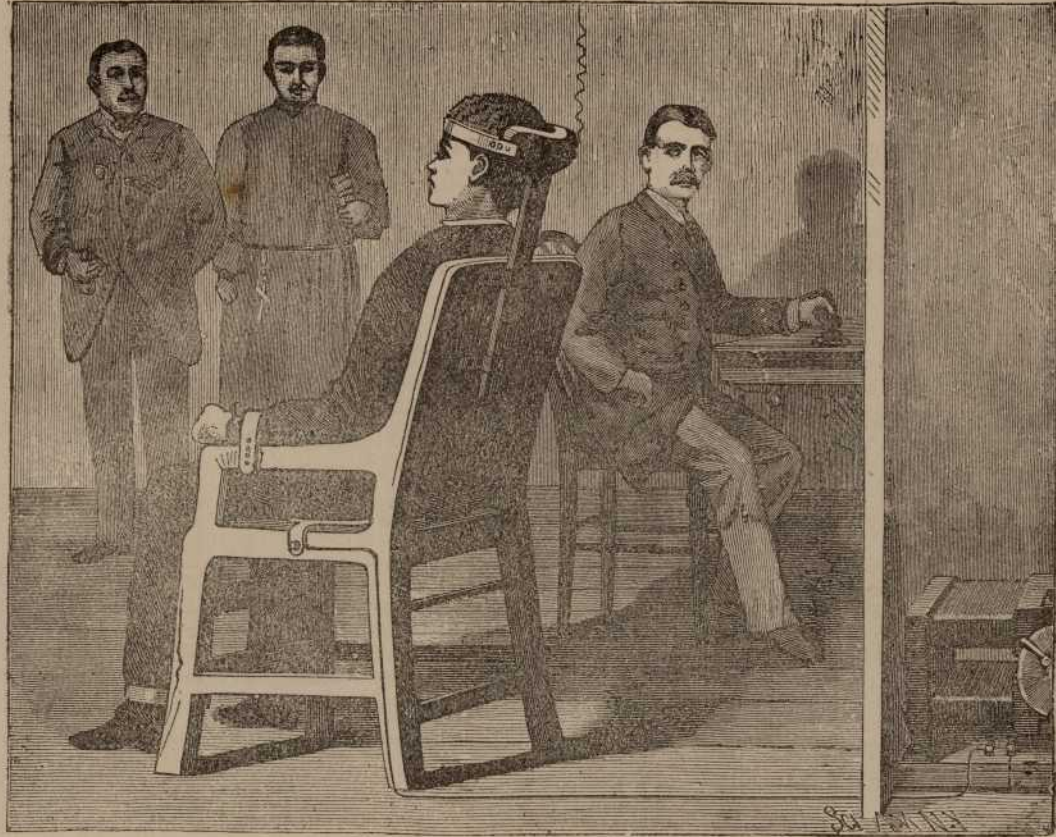
Spizka que le asistía en sus últimos momentos dijo: *ya es suficiente, el hombre está muerto*, dando orden de detener la máquina.

Los dedos índices se contrajeron tan fuertemente sobre las falanjes y palmas de las manos, que hicieron saltar la sangre. Entonces sobrevino el horror de los horrores á los jurados; cerrada la corriente empezó á moverse el cuerpo; los veintisiete espectadores de este tremendo drama exclamaron: *no está muerto, no está muerto*. Se mandó aviso al maquinista para que generara más electricidad. Otra vez la corriente invisible empezó á quemar á la desgraciada víctima que se estaba quejando en su agonía; la fuerza del dinamo se aumentó por cuatro y medio minutos; los hombros los subió hasta cerca de las orejas; la sangre se estancó en su cara y empezó á salir por los poros.

De los electorados salía humo y llamas azules. En la habitación se sentía un fuerte olor á carne humana quemada. El único movimiento que hizo finalmente fué la caída de la mandíbula inferior, saliendo de la boca una llama azulada.

El Doctor Spizka, asegura que murió del primer disparo, pero que la contracción muscular, cuando cesó la corriente, fué lo que ocasionó los movimientos; pero los otros doctores sostienen lo contrario, manifestando que sufrió horriblemente por estar mal manejado todo el aparato.

A las cuatro de la mañana del terrible día Kemmler se despertó y habló tranquilamente con su guardián. Este le dijo: *¿William tiene usted algo que decir? á lo cual contestó: lo único que deseo es que usted y todos tengan felicidad en este y en el otro mundo; yo tengo fe y voy á mejor sitio. El era el único que no estaba afectado; con una sonrisa se ha sentado en el banquillo fatal. El guardián temblaba de pies á cabeza; en cambio Kemmler se sentaba con toda tranquilidad. Indicaba á los ayudantes de la máquina la manera como debían arreglar los alambres, y dijo á uno de ellos: no hay por qué esté usted tan nervioso; yo deseo que ustedes me maten de una manera legítima, no experimenten en*



PROCEDIMIENTO POR EL CUAL FUÉ EJECUTADO KEMMLER.

mí. Todos estaban maravillados de su presencia de ánimo.

Mr. Davis, electricista, estaba en su sitio, y sin que Kemmler lo notara mandó dos avisos al maquinista; la aguja que marca la intensidad de la corriente señaló en aquel momento 700.

El electricista ordenó más intensidad; por seis veces se pidió cada vez más fuerza eléctrica.

Los que presenciaban la escena, unos gritaban de emoción, otros salieron corriendo y uno se desmayó.

Los fenómenos físico-patójicos observados luego que se desató á Kemmler, fueron movimientos y contorsiones, ruido de gargajuleo en el cuello y salida de espuma por la boca.

La autopsia se hizo á las tres horas de muerto.

El cutis se había quemado en los puntos de contacto; la rigidez se inició una hora después de haber muerto. En la frente y nariz se observaba decoloración. En la espalda se presentaba un anillo circular de cuatro pulgadas de circunferencia. Los pulmones nada ofrecían de particular, llenos de aire con dos glóbulos congestionados; el corazón y órganos abdominales en estado normal. Kemmler era, físicamente considerado, un hombre perfecto. El cerebro pesaba 40½ onzas. En la parte superior del cerebro la sangre estaba carbonizada. El color de aquel órgano era muy blanco. La médula y los músculos nada ofrecían de particular.

El Doctor Spizka, que es especialista en enfermedades del encéfalo dijo: yo no podré recomendar la electrocución; de los tres sistemas que tenemos para matar es el peor; el mejor es el de la guillotina; la ejecución de Kemmler ha cambiado completamente mis ideas; ha sido la cosa más terrible que he presenciado en mi vida. Yo he visto ejecuciones con la cuerda que han sido más brutales que la de electricidad, pero nunca he visto una que me haya impresionado tan hondamente.

Esta experiencia me hace no recomendar á la humanidad la electricidad para las

dió señales de que su cerebro no funcionaba bien. Basta fijarse en la fisonomía sin expresión del desdichado Kemmler, q' apenas contaba treinta años de edad, para comprender que las tremendas emociones sufridas durante el proceso lo habían envejecido prematuramente. La ejecución en detalle nada tiene que merezca especial mención. Un dinamo de bastante potencia establece un circuito y cuando se forma la corriente ésta ocasiona la muerte.

William Kemmler es el primero que muere de este modo por mandato de la ley; pues sabido es que como accidente varios han recibido la muerte al contacto de una fuerte corriente.

Dado el disparo eléctrico, quince segundos después el Doctor

ejecuciones. Si Kemmler no hubiera sido un hombre de tanto valor, habrías pasado por un trance tremendo.

De U. atos. S. S.,

LOS CORRESPONSALES.

A MI MUSA.

Siempre á mi mente sollozando llegas
¡oh musa del dolor ¡oh musa mía!
sólo tú puedes arrancar las notas
que duermen en las cuerdas de mi lira.

En vano busco inspiración ardiente
en las gárrulas fiestas de la orgía;
porque en mi vida triste y borrascosa
jamás la musa del placer me inspira.

Y es que tan sólo tú—¡oh mi adorada!—
¡oh dulce compañera de mi vida!
haces que broten mis endechas tristes
de las cuerdas vibrantes de mi cítara.

Siempre que el sufrimiento me exaspera
y se nublan de llanto mis pupilas,
siento en mis labios tus amantes besos
y á la altura volar mi fantasía.

Si alguna vez á borrascosas playas,
arroja el hado mi infeliz barquilla,
en medio de mi llanto y mis congojas
no me abandones nunca musa mía!

L. R. FLORES.

*Los ojos garzos ó el dieziocho
de Mayo,*

¿PORQUÉ miraba con tanta ansia? ¿por qué la bella Arabela reclinada con-

tra las blancas jambas de mármol de elegante ventana miraba los arreboles del poniente sol?... A la luz de los últimos rayos del moribundo día una historia se reflejaba en aquellos ojos garzos—historia de amor y de dulces anhelos.

El sol había bajado; las sombras se dibujaban sobre el verde césped; árboles y ramadas movíanse soñolientas: horas habían trascurrido y aún permanecía la simpática joven mirando las sombras de la noche. Luego asomóse la luna; una luna pálida que robaba al sombrío color de la noche un tanto de su espesa negrura. Silencio, profundo silencio reinó durante algunos instantes en el jardín; luego un ruido de pasos quebrantó aquel silencio; unas ramadas se apartaron y un joven apareció.

Acercose á la ventana y con gentil ademán tomó la blanca mano de Arabela en la suya; mírola en lo profundo de sus ojos garzos callado y en silencio como callaba la silenciosa noche. Mas el tierno pecho de la joven no callaba, ni tampoco callaban sus garzos ojos: las modestas violetas prendidas en su amante seno temblaban y en los garzos ojos temblaron un par de lágrimas.

El joven la besó la frente y luego encontráronse ambos labios y á lo que parece permanecieron en tan dulce embeleso, largo, largo rato.

¿Por qué temblaron aquellas modestas violetas? ¿por qué se nublaron aquellos ojos en aquella noche de Mayo? Os diré, amables lectores: á lo que me contaron, y según se trasluce del suave eco de los tiernos besos que vinieron á quebrantar el silencio de la florida estancia, la bella Arabela y el gallardo Ricardo— que tal nombre llevaba el joven que miró los ojos garzos y que vió temblar las modestas violetas—se amaban, y como suele suceder que á veces aquellos que aman cuentan también con una historia de amor os contaré la historia de la bella Arabela y del joven Ricardo.

Cómo nació aquel amor aún ellos mismos no saben; el caso es que un día él se apercebió que ojos que más dulcemente supieran hablar que los garzos ojos de Arabela no había; y ella, la bella Arabela también se decía en sus adentros que bigotes más simpáticos y porte más apuesto no llevaba joven alguno de la capital, ni el mismo don Alfredo de las Conquista. Sucedióles, pues, lo que á muchos ha sucedido, sucede y sucederá, que cuando la hora de descanso llegaba, en lugar de cerrar los párpados en busca de paz y olvido en reparador sueño, velaban ambos largas horas de la noche embelesados en pintados ensueños de amor; él allá en su adusto dormitorio de militar y ella en la celeste alcoba de la quinta “Bienvenida.” El pensaba en los ojos garzos—tan bellos y tan tiernos; en los blancos brazos; en la suelta cabellera, sedosa y de color castaño; en la turgente y levantada garganta.—El pensaba tanto ¡ay! en tanto pensaba Ricardo, que al fin suspiraba. Ella pensaba en los negros bigotes; los anchos hombros; el noble porte: ella pensaba tanto ¡ay! en tanto pensaba Arabela, que al fin suspiraba, y no había noche que antes de pegar los ojos, la celeste alcoba dejara de escuchar los suspiros que ponían á

temblar los blancos encajes que guarnecían la garganta de Arabela. Corrieron, pues, los meses en que de día y de noche, despiertos ó dormidos soñaban los dos amantes sueños de amor y de ventura. Hubo amigos que los trataran de románticos, otros de platónicos, y los envidiosos de tontos; porque en estos tiempos groseros y avasalladores de placeres, contados son aquellos que saben cultivar en en el corazón los delicados goces de un amor elevado.

Era Arabela recatada y un tanto orgullosa, y aunque sonreía, charlaba y gustaba de bromas de buen tono, no era coqueta; de lo cual pronto se convencieron los mozos que trataron de *divertirse* con la joven de los ojos garzos. Que era orgullosa y que se estimaba en lo que valía dió prueba á don Ricardo en un billetito rosado que le envió una mañana—un dieziocho de Mayo. Rezaba la perfumada cartita así:

“Quinta Bienvenida,” Mayo 18.

Don Ricardo:

La conducta de calavera de mal tono que ha llevado usted en estos últimos días me prueba, que si usted aún me ama, es de un amor tibio y mezquino. Yo no seré sino de aquel que sepa amarme como yo sé amar.

El dieziocho de Mayo del año próximo, pase usted á eso de las cinco de la tarde por el frente de nuestra quinta; si me vé en la ventana con un ramillete de violetas en el seno, seña es que le he perdonado; puede usted entonces pasar á las diez de la noche por la puerta del jardín—que encontrará abierta—á la ventana de mi cuarto donde le aguardaré. Si al sonar las once le prendo una rosa en el ojal de la levita, tenga por entendido que la mano que tanto ha anhelado es suya.

Durante el año que ha de trascurrir no le hablaré y espero que usted haga otro tanto.

Arabela.”

Al concluir de leer tan extraña misiva, exclamó Ricardo: “¡que diablo de chiquilla mas romántica! ¡Bah! de aquí á tres días habrá olvidado todo y se morirá por hablar me!” Encendió luego un cigarrillo pensando que como el humo se perdía en el aire, así también se borraría de la adorable cabecita de Arabela tan extraño capricho. Pronto vino á convencerse cuan equivocado estaba: pasaron días, pasaron semanas y aquellos labios que tanto amaba no se despegaban. Entonces calló él también, pues, si ella era orgullosa él lo era también. Veíanse á veces en bailes y tertulias y muchas veces estuvo él por abrir los labios y ella también, pero el orgullo se los tenía sellados. Mes tras mes transcurre sin que él ó ella se hablen; sin que en acompasado vals él sintiera el esbelto talle de Arabela y sin que ella reclinara la cabecita contra el ancho hombro de Ricardo.

Hablábanse únicamente con los ojos, pues nunca se dejaron de amar y más bien entre más callaban más se encendía aquel amor. No había noche que él no soñara con su amada, ni tampoco pasaba día en el año en que la alcoba celeste hubiera dejado de escuchar los amorosos suspiros de Arabela.

Llegó el 18 de Mayo y á las cinco de la tarde pasó don Ricardo por la quinta “Bienvenida.” Tenía la joven de los bellos ojos garzos prendido en el pecho un ramillete de violetas. Le había perdonado, pues!..... Lo que luego pasó ya sabéis, pero cuando dejamos á nuestra simpática pareja en tan dulce plática, aún no habían sonado las once. A la hora en que el minuterero del reloj de la vecina iglesia se acercaba á paso lento y medido, al número XII,—apoyaba Arabela su adorable cabecita contra el hombro de don Ricardo, y él acariciaba la suelta y sedosa cabellera de su amada.

Tan!.....tan!.....Las once! Levantó ella la cabeza como azorada, corrió al interior del cuarto, trajo una rosa y con temblorosa mano y nublados ojos la prendió en el ojal de don Ricardo.....

Dos meses después, subieron ambos las gradas de la catedral para bajarlas ya unidos.

Volvió el 18 de Mayo. Era de noche, pero aún no habían sonado las once: el minuterero del reloj de la vecina iglesia se acercaba á paso lento y medido, al número XII. Ricardo paseaba á lo largo de la antesala lleno de angustia y temores. Tan!....tan!.... las once! ábrese la puerta y entra Doña Lola con un *bebesito* que en aquellos instantes acababa de nacer.

Corre en seguida Ricardo á la alcoba celeste, y callado besa á Arabela en la frente; y luego se encontraron ambos labios y á lo que parece permanecieron en tan tierno embeleso, largo, largo rato.

San José, Setiembre de 1890.

GUIDO.

La Mujer.

(15 DE SETIEMBRE.)

—o—

En los primeros albores de la vida
Zos cautiva y seduce su belleza,

En la edad, ya se mire adolescente,
T o mismo que en la media ó en la austera

De la mujer quién el poder resiste?
I nspiradora luz, chispa febea,
V mante, esposa, madre, hija ó hermana

De el hogar es calor, consuelo, estrella.
E s de natura nimbo misterioso

Perla engastada en celestial diadema,
V rcano inescrutable del destino
H an sólo á Dios visible en su excelencia.
N esplendor de los cielos, poesía,
I lumina mi frente con la idea
V las al numen da para que eleve
S u mas fiel canto á la femina perla.

G randiosidad de Dios, ved en ella tu obra;
T a obra de tu mano mas perfecta,
O bra en la cual Artífice divino
R easumió su poder y su omnisciencia.
I qué diré del corazón de su alma?
V bismo es insondable do se estrella
S in timón y sin luz la raza de Eva;

V qui un remanso de apacibles linfas,
T impio cristal que hasta su fondo muestra;

S oberbio mar de rebramantes ondas
 ENTREGADO al furor de las tormentas;
 EX apurcado cienal de turbias aguas,
 O cascada que salta entre las breñas.

B usca el bien la mujer y en bien se torna,
 BELLO lla al pesar sostiene cruda guerra;
 orando su dolor y aún el ajeno
 ra á Dios, ama al hombre y le consueta.

DE ulcísima es su voz como el arrullo
 n el doliente ritmo de la quena

H alagadora cual morisca guzla
 HEREDITARIA inimitable en la expresión que acendra,
 eina del alma escucha de mi labio
 sta trillada historia que es la vuestra.
 D ios de sensible corazón la infunde
 I A del amor la incubadora esencia;
 V A mor murmura en sus oídos castos

L a extraña sensación que le atormenta;
 V A mor repite el corazón convulso
 U R R O S na vez y otra vez dentro sus rejas.
 O ra la niña taciturna vela
 S e sonroja, suspira, y de sus ojos

Y a siente resbalar cual blanca perla

F urtiva, ardiente lágrima que acaso
 F L O R E S a ignota duda que la oprime expresa.
 O cultar se la ven sus desazones;
 R E S eclinar ya no suele su cabeza
 S n el amante seno de la madre
 S ecreteando sus castas inocencias.

Y bien ¿qué pasa? la enclada madre

A R O M A S sí misma se dice con sorpresa;
 R O ecatare de mí notó á mi hija;
 M A S cúltime un pesar ó se halla enferma?
 M A S is miradas esquiva temerosa:
 M A S sí cual otro tiempo ya no juega
 M A S olícita buscando á sus amigas.

P obre mujer! Por encontrar se esfuerza
 O B S E R V A N D O la causa del desvío,
 B I E N siguiendo sus pasos si despierta,
 R E E cutando su sueño si dormida.
 E X P I A N D O, en fin, sus actos con cautela

B uenamente esperaba, y quiso el cielo
 V A L L Á una noche en que su sueño vela
 B A R D O evelarle la causa que á la niña
 D O e súbito cambió la faz risueña,
 O h! una palabra, un nombre, al creerse sola,

L a niña pronunció: ¿sabéis cual era?
 L E S l nombre del amante que allá en sueños
 S u espíritu evocaba; y cuando vuelta

D el sueño, ve á la madre que la mira,
 D E D I C A n breve comprendió que descubierta
 I C A e su pasión ya fué la llama activa,
 A grita ¡oh madre! entre rubor y pena.
 A llo aquí lo demás de aquesta historia
 A l fin cual de mujer la historia misma.

NOE F. RAS.

Manuel Amador

En la muerte de su hijo Juan de Dios.

Llevaba el mismo nombre de aquel
 antepasado tuyo que por patriota y ab-
 negado fusiló Morillo en 1816, en la Plaza
 de los Mártires de nuestra heroica Car-
 tagena.

Corría por sus venas la sangre gene-
 rosa de los grandes caracteres, y al ha-
 ber la Providencia prolongado su vida,
 por herencia y por el ejemplo hubiera
 sido un gran carácter.

Llóralo: un hijo que se nos muere es
 un pedazo del corazón que se nos cae!

Llóralo, sí, pero no con el llanto de la
 desesperación, que es estúpido, sino con
 el llanto de la resignación, que es ideal!

Los que creemos en la inmortalidad no so-
 mos maldicientes; bendice, pues, la mano que
 te ha arrancado á tu hijo para adornar los
 Campos Elíseos, y consueta á tu Inés, madre
 amorosísima y esposa excelente, que ve la cu-
 na vacía pero que debe oír ruido de alas de an-
 gel en los espacios del hogar entristecido.

De tus penas tú sabes que yo siempre, par-
 ticipo; tu dolor intenso de ahora, pues, lo hace
 suyo mi corazón.

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

San José, Agosto de 1890.

QUIÉN SABE.....?

(PARA "COSTA RICA ILUSTRADA.")

Qué indecisión! qué lucha tan tremenda

La que ahora sostiene el alma mía
 Con ese horrible lidiador: la duda,
 Que al más fuerte y sufrido desafía,
 Para vencerle, cuando no se escuda,
 Con la bendita fe que al triunfo guía.

..

Y esa fe me abandona: en un instante
 Veo brillar hermosa en lontananza
 La luz que alienta al desgraciado amante,
 La luz de la esperanza;
 Pero pronto ¡Dios mío!
 Ese horizonte que alegró mi pena,
 Pierde su encanto, tórnase sombrío,
 Dejando á mi alma de amargura llena.

..

No quiero acobardarme ante la duda,
 Por más que la batalla sea ruda,
 Por más que el horizonte oscuro vea. . . .
 No me abandones, fe, préstame ayuda,
 Que mi consuelo poderoso sea
 En esta situación: talvez mañana
 Venga á mi oído en ritmo melodioso
 Y en alas de la brisa, muy ufana,
 La palabra que ansío con empeño,
 La que al trocar en realidad mi sueño,
 Me ha de tornar de mísero en dichoso.

CARLOS A. IMENDIA.

1890.

LA INDEPENDENCIA.

DE la Virgen del Mundo el grato sueño
 Vino á turbar un nombre denodado,
 Que, cruzando el Océano en frágil leño,
 Vió su delirio plácido y risueño,
 A fuerza de constancia realizado.

Colmando su alegría,
 Del lejano horizonte entre las brumas,
 Esbelta como Venus en el día
 Que apareció del mar en las espumas,
 Presentose á los ojos del marino.
 Que prorrampió en piadosas bendiciones,
 La ilusión cara de su afán contino,

La hermosa realidad de sus visiones.
 Triunfante el genio demostró que no era
 Su esperanza quimérica,
 Y el inmortal Colón por vez primera
 Llegó al regazo de su dulce América.

¡Cuán bella debe haberla contemplado,
 Coronada de ramos y de flores,
 Cuando, ébrio de placer, llegó á su lado
 Y la vió con delicia, enamorado,
 En el lecho nupcial de sus amores!
 Entonces de su dicha en el estreno
 Apenas soportando la ventura,
 De su amoroso seno
 El germen infundióle de fé pura,
 Y dióle con su beso
 De apasionado esposo y tierno amante,
 La esperanza sublime del progreso,
 Como una prueba de su amor constante;
 Y, acariciando bellas ilusiones,
 Creyó ver en su frente y en sus manos,
 La diadema imperial de las naciones,
 Y el cetro de los pueblos soberanos.

Jamás imaginó que con rudeza
 Pudiese un día, preocupada Europa,
 Negar la compasión á la belleza,
 Y acíbar darle en abundante copa;
 Y cuando vió á su América abatida,
 E inundados de lágrimas sus ojos,
 Creyéndose el verdugo de su vida,
 Sintió de la vergüenza los sonrojos.
 Acaso la grandeza de su gloria
 Despreció temerario,
 Pensando que en el libro de la Historia
 Llevaría el baldón de victimario;
 Y queriendo aliviar con su influencia
 De la indiana beldad las duras penas,
 Condenado á una mísera existencia,
 Vió sus manos cargadas de cadenas.

Pero agravose su inmortal dolencia
 Sabiendo que otros hierros arrastraba
 La virgen de su amor, en su inocencia
 Ya reducida á condición de esclavo;
 Y presagiando su futura suerte
 Los siglos de martirio,
 Como un consuelo ambicionó la muerte,
 Del dolor más intenso en el delirio:
 Talvez el desaliento
 Llegó á tentar su corazón gigante,
 Haciéndole sentir remordimiento,
 Por haber concebido el grande intento
 De darle un mundo á la Isabel reinante;
 Y poniendo en el cielo su confianza,
 De su sepulcro al ocupar el lecho,
 Durmiese con la célica esperanza
 Del triunfo no lejano del Derecho.

Y del grande hombre el postrimer anhelo
 Después de tres centurias de paciencia,
 Por fin se realizó, queriendo el Cielo
 De América otorgar la independencia;
 Por fin la noble idea
 De Washington, Bolívar y Miranda,
 De Hidalgo y de Morelos, héroes crea
 Que ponen dique á la injusticia infanda;
 Y cunde por el Nuevo Continente,
 Y de la patria el porvenir colora
 Con la luz que despide en el Oriente
 De la alma Libertad la bella aurora,
 Y llena de entusiasmo,
 Viendo el cielo cubierto de arreboles

Olvida de los malos el sarcasmo
Y de "tres siglos los sangrientos soles".

Centro-América libre ya figura
Al par de las naciones soberanas,
Y, aunque rota, su ensaña brilla pura,
Despertando el amor de cinco Hermanas,
Que unidas por el lazo
De misteriosa y dulce simpatía,
En breve se darán estrecho abrazo,
Como hace poco en venturoso día:
Formando un sólo pueblo ahora bendice
De sus Próceres dignos la memoria,
Y se promete, en porvenir felice.
Del progreso anhelado la victoria,
Que con su ideal inspira
Del bardo los patrióticos cantares,
Cuando entusiasta hace vibrar su lira
De laurel festonada y de azáhares....

El Sur y el Sententrion con heroísmo
La condición de libres obtuvieron.
Y fué de sangre pura su bautismo,
Y al mundo ejemplo de constancia dieron:
Mientras que el Centro, por favor divino,
En su primer momento,
Caricias recibiendo del destino,
Expresó sin rencor su pensamiento;
Por lo mismo, nosotros no debemos,
Sintiendo otras pasiones,
Llegar del entusiasmo á los extremos
Para lanzar tremendas maldiciones.
No podemos negar, sin ser ingratos,
A nuestra Madre la filial ternura,
Por más que nuestras almas, arrebatos
Sientan de indignación en su amargura.

La España con su sangre generosa
Nos legó sus costumbres y creencia,
Y con su lengua culta y armoniosa
Las nociones primeras de la ciencia:
Dictando sabias leyes,
Que revelan amor á la justicia,
Quisieron impedir siempre los reyes
Del cruel conquistador la ruín codicia;
Las súplicas sentidas
Del ilustre Las Casas escucharon,
Apesar de opiniones muy validas
Que indignos cortesanos divulgaron;
Y si algunos, ansiosos de riqueza,
Alarde hicieron de inclemencia y saña,
Culpemos su impiedad y su fiereza
Mas no mengüemos el honor de España.

El alma de los libres nunca abriga
Negros resentimientos ni rencores,
Ni puede conceptuar como enemiga
A una nación que le brindó favores;
Pues llena de entereza
Practicar las virtudes ambiciona
Y, amando con vehemencia la grandeza,
Públicamente de virtud blasona.

Cual libres, pués, obremos
Un hermano mirando en cada hombre,
Que solamente así mereceremos
De grandes el renombre;
Y que fuerte, feliz, reorganizada
Nuestra Patria común por fin se vea,
De luminosa aureola circundada,
Gozando el triunfo de su grande idea!

El Dios de las batallas, desde el trono
En que rige á los pueblos de la tierra,
De nuestras esperanzas en abono,

Hará cesar la fratricida guerra
Que empapando de sangre las campiñas
Del suelo americano
Odiosas ha hecho las sangrientas riñas
En que combate hermano contra hermano.

La Unión apetecida
Del Centro acordará, como en su cuna,
Y de la Libertad bajo la egida
Le hará gozar de próspera fortuna.

Entre tanto, sigamos por la senda
De la virtud, que al hombre diviniza,
Deseando que el amor puro descienda
Benéfico á rasgar la oscura venda
Que cubre de la Patria la divisa.

JUAN J. BERNAL.

QUIEN BIEN HACE....

(PROVERBIO EJEMPLAR.)

QUUELLA mañana el bravo Guillermo,
soldado de un regimiento de lanceros,
de guarnición en esta corte, abrió los ojos
diez minutos antes del toque de diana, y son-
rió alegremente.

Y había, para despertarse pronto y jo-
vial, estas dos razones:

1ª Era domingo, tenía licencia para
pasarle fuera del cuartel, le esperaba su no-
via modesta á las dos de la tarde en la plaza
de San Marcial, y juntos los dos, en amor y
compañía, despacharían una buena merienda
en la Puerta de Hierro, y hablarían de sus
preparativos de boda....

2ª Su padre, campechano montañés de
Guardarrama, vendió el día anterior un par
de cargas de huevos á un pollero de la plaza
de los Montenses, y antes de regresar al pue-
blo, había regalado á su *pobrecico militar*, una
reluciente moneda de cinco pesetas... las
mismas que Guillermo destinaba á comprar
tabaco y merienda.

Pasó la mañana en limpiar y arreglar á
su caballo *Coco*, en ponerse tan elegante co-
mo el reglamento lo permitía, en hacer algu-
nos cigarrillos y en despedirse de sus cama-
radas hasta las ocho de la noche.

Y salió del cuartel, y á la una de la tar-
de estaba ya esperando á su novia en la plaza
de San Marcial.

—¿De quién es este niño?

—Habla, pequeño.

—¡Yo quiero ir con mi mamá!

—¿Como te llamas?

—Julián.

—¿Dónde vive tu mamá?

—En Madrid....

—¡Ya! ¿Te has quedado calvo. Pero en
qué calle, chicuelo?

—¡No sé más!

Esto acontecía en la plaza de San Mar-
cial, en un corrillo de criadas y soldados, en
medio del cual había un niño de cuatro años,
que lloraba desesperadamente, aunque vestía
de militar con un ros de cartón dorado y un
sable de hoja de lata.

—¡Un niño que se ha perdido!—dijo al-
guien de los del corro.—Lo mejor será que

los guardias de orden público le lleven á la
prevención del distrito, y allí le recogerán sus
padres.

—Yo me encargo de llevarle—dijo al
punto Guillermo, que se había acercado al
corro.—Ven, capitán, vamos á buscar á tu
mamá.

Y cogiendo en brazos al niño, entre los
aplausos de la callejera concurrencia, echó á
andar hacia el paseo de San Vicente, con
propósito de esperar á su novia Modesta, pa-
ra buscar los dos juntos á la madre del niño,
aunque la merienda se quedase en proyecto.

Pasaron por delante de un café, y Gui-
llermo se acordó de que el chicuelo tenía el
uniforme lleno de polvo, por haberse revolca-
do en el suelo llamando á su mamá.

—Oiga usted, capitán—dijo al niño,
acariciándole;—los buenos militares no de-
ben mancharse el uniforme, ¿estamos? ¿cui-
dadito para otra vez!

Y entrando en el café pidió un cepillo,
limpió cuidadosamente al niño, besole y le
preguntó:

—¿Quieres pan?

—Tengo sed—contestole el chico.

Y Guillermo pidió un vaso de limón del
tiempo.....y cambió su reluciente moneda
de cinco pesetas.

—¿Por qué no vendrá—se preguntó vein-
te veces el buen Guillermo, paseando arriba
y abajo por la plaza de San Marcial.

Eran ya las cinco de la tarde, y Modesta
no había aparecido.

Guillermo se decidió, por último, á lle-
var el niño á la prevención, y referir el suce-
so al inspector de vigilancia; pero el local de
la prevención era oscuro, triste, frio, y el
desvalido Julián se agarró fuertemente al
cuello de su protector.

—¿Te quedarás aquí, pequeño, hasta
que venga á buscarte mamá?

—¡No, no! Tengo miedo.

—¿Eh? ¡Un capitán no debe tener mie-
do!

—¡Tengo miedo, tengo miedo!— repetía
el niño llorando y agarrándose con más fuer-
za al cuello de Guillermo.

—¡Todo sea por Dios! exclamó el mili-
tar.—

¿Sabe usted lo que pienso, señor inspec-
tor?

—Usted dirá.

—Pues nada; que como todavía es temprano
me llevo otra vez al pequeño, para que tome
el aire en la plaza de San Marcial.... Con
eso daremos tiempo, y acaso venga su mamá
á buscarle antes que el chicuelo quede solo y
abandonado en esa pocilga....

Y como lo dijo, lo hizo: el secretario to-
mó nota de Julián y de Guillermo, y éste,
cargando otra vez con el niño, echó á andar
hacia la plaza de San Marcial.

¡Nadie todavía!

—¿Pero por qué no vendrá?—volvió á
preguntarse el soldado, pensando con desa-
sociado en su novia Modesta.

—Y el muchacho, cansado ya de tantas
idas y venidas decía llorando:

—¡Tengo hambre!

—¡Eh? Un capitán como tú no debe tener hambre!

Y sin embargo, el buen Guillermo enjugó con su pañuelo de hierbas las lágrimas del niño, y entrando en un café cercano, pidió á un camarero... la merienda que le había encargado el día anterior para comerla con su novia en un bosquecillo de la Puerta de Hierro.

Los dos, capitán y soldado, hicieron los cumplidos honores, éste pensando en su Modesta, cuya ausencia no se explicaba, y aquel suspirando por su mamá.

Y cuando el camarero presentó la cuenta á Guillermo, éste observó que, después de pagarla, con la propina correspondiente, apenas le quedaba en el bolsillo una peseteja para tabaco.

—¡Aguante, Guillermo!—decía entre dientes el soldado.—Te quedaste sin el duro que te regaló tu padre para convidar á la novia, y si ésta no ha venido á tomar su parte en el convite, no es tuya la culpa... En cambio has hecho una buena acción recogiendo á este chicuelo, y apagando su sed, y matando su hambre.

Y frotándose las manos con ademán de hombre satisfecho, cargó de nuevo con Julián y salió del café.

Eran ya las siete, y el condenado cierzo del Guadarrama soplabá más de la conveniente.

—¡Tengo frío!—exclamó el niño, pasando sus manecitas yertas por la cara del soldado.

—¡Eh? Un capitán no debe tener frío!

Pero Guillermo sacó del bolsillo su pañuelo de hierbas y se le puso por tapabocas al niño, recomendando á éste que le pusiera las manos en los sobacos para calentárselas, en vez de abrazarle el cuello.

Pero ya no había tiempo que perder: la licencia terminaba á las ocho, y á las ocho en punto Guillermo debía estar en el cuartel, para concurrir á la lista.

¡Cuánta pena sintió en su corazón, al acercarse otra vez con el niño á la prevención de vigilancia.

—¡No han venido á reclamar al pequeño, señor Inspector?—preguntó.

—Nadie.

—¡Voto va!... Pues no tengo más remedio que dejarle aquí, porque no puedo llevarle conmigo al cuartel... .

En aquel momento paró á la puerta de la prevención un soberbio carruaje de dos caballos, y en seguida entraron en la oficina dos mujeres: una, que lloraba amargamente, era la madre de Julián; otra, que procuraba consolarla, Modesta, la novia de Guillermo.

Este salió á escape, en viendo al capitán en brazos de su madre, que le cubría de besos, y á escape también partió para el cuartel, á cuya puerta llegó á las ocho en punto.

El soldado tuvo aquella noche un sueño delicioso: veía á Modesta bajar de un elegante carruaje, y ofrecerle con su blanca mano, una libreta de la Caja de Ahorros, por valor de mil duros, como dote de su novia; veía

también al capitán que jugaba con una moneda de cinco pesetas, y la arrojaba tan lejos que se desvaneció en el aire... .

Al día siguiente Guillermo recibió dos cartas.

Una era de su novia, quien le decía que Julián preguntaba sin cesar por su soldado, y que los padres del niño anhelaban por instantes conocer al honrado militar á quien debían tanta gratitud.

Otra era de su padre, quien le decía, que habiendo vendido á buen precio otras cargas de huevos, le enviaba dos duros para que los gastase con la novia y á su salud.

Y Guillermo casi lloraba de alegría, cuando el padre de Julián, á quien visitó aquella tarde, le estrechó afectuosamente la mano y le ofreció el nombramiento de mayordomo de su casa para el día, próximo ya, en que el soldado recibiera su licencia absoluta.

—Y acuérdate siempre, amigo mío—concluyó diciendo el padre de su capitán—de este proverbio ejemplar: *Quien bien hace, bien merece.*

MARÍA DE S. . . .

NOTAS.

15 de Setiembre.

HOY es el natalicio de la patria, el glorioso aniversario de nuestra emancipación política. Hace sesenta y nueve años que los gritos de libertad lanzados en Méjico y en Colombia repercutieron en Centro América, despertando á los pueblos del letargo en que yacían: sesenta y nueve años hace que la fiel y sumisa provincia de Costa Rica, percibió el estruendo del combate y el clamor de los heroes que en lejanas tierras ofrecían gustosos la vida en aras de la independencia; y dejando al fin su actitud apática y anulando su juramento de fidelidad al rey, siguió sin vacilar el ejemplo de sus hermanas, rompiendo para siempre las cadenas harto débiles que la ligaban á España.

Ni una lágrima, ni una gota de sangre costó nuestra redención: España después de perder los diamantes más valiosos de su corona, debía ver con indiferencia los sucesos de 1821 en Centro América, que significaban la emancipación de colonias menos importantes. De ahí la facilidad con que nos hicimos independientes, de ahí también la ausencia de rencores y odios contra nuestros antiguos señores. La evolución política, llevada á efecto feliz y pacíficamente, inició para Costa Rica una era de progreso, no interrumpido sino por leves disturbios.

Saludamos cordialmente en este día á todos los centro americanos.

NUESTRO corresponsal de Nueva York nos ha remitido los grabados y correspondencia que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, en la creencia de que ellos serán vistos con interés puesto que se trata de un asunto de gran sensación.

HACE algunos días que la bella Cartago se ha convertido en centro de agradables diversiones. Entre éstas se nota el baile que en celebración de su santo, ofreció á aquella distinguida sociedad nuestro estimable amigo don Ramón Loría Iglesias. Se bailó hasta las cuatro y media de la madrugada, y durante las horas en que señoras, señoritas y caballeros se entregaron en brazos de Terpsícore, reinó la mayor expansión y alegría. Nos agradó sobremanera ver como en aquella reunión se olvidaron por completo los resentimientos políticos, atendiéndose recíprocamente los que pertenecieron á un partido y los que pertenecieron á otro. Bien por las personas que se distinguen por su nobleza de alma y que saben cumplir con los deberes sociales. Felicítamos á Moncho por el feliz resultado de la fiesta que tan agradables horas nos proporcionó.

No queremos concluir esta pequeña manifestación, sin hacer presente que los dueños de casa, don Abel Pacheco y su estimable esposa estuvieron, como siempre, rebozando amabilidad exquisita.

EN ESTOS últimos días el travieso Cupido ha hecho de las suyas, uniendo en estrecho lazo á dos simpáticas parejas: don Diego Chamorro y la señorita Paulina Chacón, y don Juan R. Flores con la señorita Eloísa Antillón.

Que una eterna luna de miel acompañe á las dos parejas son nuestros vehementes deseos. Estos mismos votos hacemos por nuestro amigo don Menardo Reyes, quien dentro de poco se unirá á la virtuosa señorita Elisa Vargas.

Los jovencitos del Teatro Infantil continúan dando sus funciones con buen éxito.

Que no desmayen y continúen trabajando en pro del adelanto y progreso de Costa Rica.

EL presente número lo hemos retardado intencionalmente, con el objeto de sacarlo hoy que es día de nuestra independencia.

AVISOS

PARNASO VENEZOLANO.

Publicación económica emprendida con el objeto de popularizar las poesías de los ingenios de Venezuela.

Se publica por series de 12 tomos. Cada tomo con 80 ó 100 páginas (á veces más) lleva lo mejor del poeta á quien corresponde, procurando en ello la variedad así en los géneros que cultive ó haya cultivado, como en el mérito de las composiciones que forman la obra.

A cada cual la precede una ligera reseña biográfica del vate, y su retrato.

La suscripción á cada serie de 12 tomos vale oro \$ 3-20
Cada tomo suelto..... 0-30
La 1ª serie empastada en 2 t..... 4-00

TOMOS PUBLICADOS:

Todos los de la PRIMERA SERIE de 12 tomos á saber:

Don Andrés Bello.—Don Rafael María Baralt.—Don Fermín Toro.—Don José A. Maitín.—Don Abigail Lozano. Don Heriberto García de Quevedo.—Don José Ramón Yepes.—Don Rafael Arvelo.—Don Juan Vicente Camacho.—Don Cecilio Acosta.—Don Francisco G. Pardo.—Don Pedro José Hernández.

Queda abierta la suscripción á las 2ª y 3ª series, que se publicarán simultáneamente.

Tomos en preparación:

los de los demás poetas venezolanos.

Dirigirse á los editores propietarios

A. BETHENCOURT É HIJOS,

Curacao (Antilla Holandesa)

á los corresponsales de dicha casa.

BUEN NEGOCIO.

AQUIEN INTERESE.

En Alajuela poseo un establecimiento de farmacia y otro en esta ciudad; deseando trasladarme á aquella Provincia en donde no podría manejar los dos á la vez, he resuelto vender éste por un precio muy módico y con buenas ventajas para el comprador.

El que desee este negocio, entiéndase con

CARLOS J. DE SILVA.

San José, 13 de Agosto de 1890.

10 v. 2.

EDUARDO E. FOURNIER

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &, &.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

"RIGOLETO."

Semanario Satírico Ilustrado.

Se publica todos los lunes en Buenos Aires (República Argentina.)

Contiene magníficos grabados, caricaturas y artículos satíricos.

Precio de suscripción.

Un año..... \$ 6-00
Tres meses..... 1-50
Número suelto..... 0-15

Mostrará el primer número al que desee suscribirse,

El Agente,

Eduardo E. Fournier.

Eduardo Cuevas:

Profesor de Canto y Piano,

Ofrece sus servicios.

Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;

En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

MINIATURAS. TARJETAS DE VISITA.

IMPERIAL.

Victoria. Victoria Imperial.

RETRATOS DE 11X14.

Retratos al crayón pastel, (como se quieran.)
Al óleo.

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, &, oro ó plata.

LAS FOTOGRAFIAS PUEDEN ESMALTARSE SEGUN EL ESTILO FRANCES.

(GLACÉ) || PRECIOSO PROCEDIMIENTO ||

Se puede trabajar sobre papel violeta, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo pidan.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "Retratos Boudoir," que es un tamaño muy apante para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

JENARO CASTRO MENDEZ,
CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA,

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

GRAN RIFA.

CERCA DE 2,000 PREMIOS
 AVALUADOS EN \$ 8,000 PESOS.

Desde el día DIEZ hasta el TREINTA del próximo mes de Setiembre, se rifará una gran variedad de objetos de lujo y de aplicación á usos domésticos. El precio de cada boleta será de CINCUENTA CENTAVOS y del producto neto de la rifa se deducirá el diez por ciento para el Hospicio de Huérfanos.

Con el fin de activar el expendio se pondrán á la venta en los principales establecimientos de esta capital y provincias billetes que permitan al tenedor tomar parte en la rifa.

Hay artículos de mucho valor tales como *una cámara fotográfica, servicios de plata para consagrar, reloj de mesa con chapa de oro, reloj de bolsillo, espejos de mano con mango de plata, cigarrilleras de plata, fosforeras de plata, tarjeteras de plata, convoyes de plata, dulceras de plata, copas de plata, candeleros de plata, navajas de afeitar finísimas, tijeras, cortaplumas, fluxes de casimir, cerraduras, sobretodos de hule, camisas de hilo, estuches para señoras y caballeros*, é infinidad de artículos más. El justiprecio se ha hecho por tres comerciantes de lo más respetable de esta plaza, nombrados por el señor Gobernador de esta Provincia. Presenciará la rifa un delegado de la autoridad. Los artículos que se rifarán están desde esta fecha á la disposición del público para ser examinados, en los altos de la casa de los señores O. Von Shroter & C^a.

Oportunamente se indicará el local donde tendrá lugar la RIFA.

GEOGRAFIA DE COSTA RICA

POR FRANCISCO MONTERO BARRANTES.

EDICION DE 1890.

Esta obra ha sido ampliada con todos los datos adquiridos por el autor, para hacer conocer el país detalladamente. Describense las Provincias y lugares importantes con la extensión posible.

VALE EL EJEMPLAR 75 CENTAVOS.

PUNTOS DE VENTA:

Librería de don Joaquín Montero, en San José.

Tienda de los señores Muñoz y Acosta, en Alajuela.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamin de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA.

NUM. 8.

San José, 20 de Setiembre de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

RIPIOS ACADÉMICOS, por Antonio de Balbuena.—RIPIOS ACADÉMICOS, por el Duque Job.—PARÁFRASIS DEL AVE MARÍA, por Julián Parreño.—CARTA A PRÓSPERO CALDERÓN, por Emanuel.—EN EL ALBUM DE CLARITA NANNE, por Alejandro J. Aguilar.—NOTAS.—MÚSICA "LA PALMERA," MAZURCA, por Juan V. Quirós.—Anuncios.

RIPIOS ACADÉMICOS.

I.

R EN los conventos de la orden de Santo Domingo se sirve la comida empezando por los novicios y acabando por el Padre Prior.

Fúndase esta práctica en una tradición venerable que aparece consignada en la *Relación de Sor Cecilia*, uno de los escritos más antiguos de la Orden.

Según el mencionado documento, un día, en vida del Santo fundador y hallándose éste en Roma, en el Convento de San Sixto, sucedió que no había nada que comer en la casa.

A pesar de eso y contra las indicaciones de los hermanos, ordenó el bienaventurado Padre llamar á refectorio á la hora ordinaria, y reunida la comunidad como otros días, pronunciada por el Santo la bendición de la mesa y comenzada la lectura, aparecieron de repente en el refectorio dos ángeles, en forma de gallardos mancebos, y repartieron á la comunidad un pan blanquísimo, comenzando por las hileras inferiores, hasta llegar al santo patriarca que dejaron para lo último.

Al repartir yo á los académicos el pan espiritual de la corrección, quiero imitar á los dominicos, siguiendo como ellos el ejemplo de los ángeles, por lo cual voy á comenzar por Marcelino Menéndez Pelayo, que en el

refectorio de la calle de Valverde, es el más joven.

Este Marcelino es un muchacho de buena memoria, que firma torcido, y casi nunca se quita la capa.

Y eso que ha sido diputado con los conservadores-liberales.

Pero entiéndase bien, que sólo en la edad es Marcelino inferior á sus compañeros; pues en todo lo demás, incluso en hacer versos malos, está á la misma altura que otro cualquiera.

Ya lo verán ustedes.

Como que los hace tan malos, que aun el mismo don Juan Valera, que por cierto no los hace mejores, y que además es muy amigo suyo, no se determina á decir que son buenos.

Y eso que Marcelino se empeñaba en que lo había de decir; pues tanto significa empeñarse en que le escribiera un prólogo largo para la colección de sus *odas, epístolas y tragedias*.

Porque han de saber ustedes que con este título ha coleccionado Marcelino sus versos, en uno de esos tomos lujosos que hace imprimir Mariano Catalina y que tiene que pagar el Estado, recogidos al Ministerio de Fomento, porque el público no los compra.

¡Qué los ha de comprar, si no los quiere ni de balde! Con que hasta los ejemplares que el autor y el editor regalan á los amigos van en seguida á tomar puesto perdurable en las librerías de viejo! . . .

Pues sí, en uno de esos volúmenes de lujo que llevan el epígrafe caprichoso de *Colección de escritores castellanos* andan las poesías, llamémoslas así, de Marcelino, precedidas de un prólogo muy largo de don Juan Valera.

Muy largo.

Setenta y nueve páginas nada menos escribió don Juan para probar que Marcelino es poeta, y, es claro, no pudo. . .

Si es que quiso; pues tampoco aparece muy claro que quisiera eficaz y verdaderamente. Porque dice unas cosas. . .

Lo primero que hace es contar á todo el mundo que Marcelino se empeñó en que le escribiera un prólogo y hasta en que el prólogo fuera largo, con lo cual no parece que se proponga otra cosa sino poner al autor en berlina.

Después dice:

"No me lisonjeo de que en virtud de mi elocuencia crítica he de convertir en admirador de Menéndez Pelayo, como poeta, á uno sólo de los que como tal le niegan ó le denigran."

Más adelante añade:

"El erudito tiene memoria, y la memoria ahoga en él la fantasía y la suplanta; recuerda y no crea; imita y no inventa; repite los sentimientos é ideas de los extraños, y no siente ni piensa por sí."

¡Cómo le pone! ¡Ven ustedes?

En otra página escribe:

"Para entender á este poeta erudito, todo lector medianamente profano necesitará, por lo menos, del auxilio de Bouillet. La dama de sus pensamientos, á quien él dirija declaraciones, ternezas ó piropos en sus coplas, se quedará á oscuras leyéndolas, como si en griego estuvieran escritas, ó bien tendrá que seguir un curso de mitología, otro de antigüedades clásicas y otro de filosofía gentílica. Y el vulgo, por último, que ni tiene para comprar el Bouillet ni sabe que existe, ni cuenta con solaz y reposo para meterse en la cabeza tanto enredo, oirá á nuestro poeta como quien oye llover. . ."

¡Pues claro!

Y todavía añade don Juan que "todo esto tiene una parte de verdad."

No sea usted modesto. Diga usted que eso es la verdad pura.

Sobre que de todas maneras ha de haber quien sospeche que no se ha propuesto usted

en el prólogo largo defender á Marcelino, sino haré daño.

Y más al ver que cita usted como versos brillantes estos... renglones.

"Cantó Anacreón el amor y el vino,
Cual del tirano Polícrates siervo;
Mas era Eleno Polícrates: cuna
Diérale Samos."

Polícrates—cuna... ¡Qué monada!

Mas sea lo que quiera de la intención de don Juan y de su larguísimo prólogo, el caso es que Marcelino, á quien un apreciable francés ó ruso llamado Boris de Tannenberg acaba de clasificar como uno de nuestros tres poetas menores, no es poeta ni mayor ni menor, ni siquiera mínimo, ni nada poeta absolutamente.

Y si no, vamos á ver: ¿es esto poesía?

Veán ustedes la primera composición del libro, después de la dedicatoria. Empieza así:

"A LA MEMORIA

DEL EMINENTE POETA CATALÁN

D. MANUEL CABANYES

MUERTO EN LA FLOR DE SU EDAD, EL AÑO 1833.

ODA."

La señal más segura para conocer que es mala una composición en verso, es que tenga un título muy largo.

Bien recordarán ustedes, los que hayan leído los *Ripios Aristocráticos*, que lo mismo hacía el marqués de Heredia.

"A mi querido amigo Ramón Vinader, decía, con motivo de la muerte de su *inolvidable* hermano gemelo el Padre Francisco, etc...."

De donde se puede deducir como teorema, que la longitud de los títulos está en razón inversa del mérito de las composiciones.

"A la memoria del eminente poeta catalán don Manuel Cabanyes, muerto en la flor de su edad, el año de 1833," dice Marcelino; y pone todavía, antes de comenzar á escribir por su cuenta, un renglón en griego.

Una sentencia de Menandro, que dice que "el varón amado por los dioses muere pronto."

En lo cual demuestra Marcelino sus ridículas aficiones paganas. Porque, á no tenerlas, hubiera elegido un texto cristiano que expresa el mismo pensamiento mucho más poéticamente, aquel hermoso versículo del libro de la sabiduría (IV, 11) que dice: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius.*

Pero en fin, vamos á la Oda.

Ustedes creerán que después de haber dicho en el título hasta la circunstancia de que el poeta era eminente, y la de haber muerto en la flor de su edad, apenas le puede haber quedado á Marcelino que decir en los versos.

Pero ¡vaya si le ha quedado!

Empieza:

"Feliz quien nunca en la *inviolada* lira
Al poder tributó *venal* incienso.
Ni elevó al solio de opresores *viles.*
Su *profanado* canto."

Como ven ustedes, Marcelino prescinde de la rima para que no le estorbe, y aun así, en libertad, tiene que rellenar los versos con ripios tan ripios como la *inviolada*, el *profanado*, el *venal* y los *viles*.

Conque si tuviera que buscar consonantes... ¡figúrense ustedes!

Y sigue:

"¿Por qué de Horacio el *numeroso* acento."

Este *numeroso* no crean ustedes que quiere decir que Horacio tenía muchos acentos; quiere decir *armonioso*.

Aunque no lo dice.

"¿Por qué de Horacio el *numeroso* acento
Adula el *sueño* al opresor del mundo?
¿Por qué, *soñada* alcurnia en su alabanza
Teje de Mantua el vate?"

Me parece que, aparte de la sosura general de los versos, y de la asonancia fastidiosa de *sueño* con *acento*, eso de tejer alcurnias soñadas, en alabanza no se sabe de quién, es bastante malo.

Después nos cuenta que

"Odio *patricio* y ambición *insomne*
El brazo armaron del terrible Alceo,
Envenenó la *Némesis plebeya*
De Béranger el alma."

Y no me pregunten ustedes quién es la *Némesis plebeya*, porque, en conciencia, no lo he sabido nunca.

Habla luego de

"... los dones

Que sobre ellos vertieron las sagradas
De Mnemosine hijas."

¿Que quiénes son las *sagradas de Mnemosine hijas*?... Tampoco lo sé bien.

Deben de ser las trasposiciones.

Luego invoca á los pootas griegos y les dice:

"Abrid del templo las *doradas* puertas..."

¡Es claro! ¿Qué menos habían de ser que *doradas*?

"Abrid del templo las *doradas* puertas:
¡Paso al *virgen* mancebo *laletano*...."

¿La... le... qué?

Seguramente no saben ustedes así de primera intención lo que es *laletano*; pero tampoco el saberlo les hace maldita la falta.

Como que es una palabra que los académicos, á petición de Marcelino, han puesto en el Diccionario, y claro es que si no fuera inútil no la hubieran puesto.

Se dirige luego Marcelino al difunto y le dice

"Tú la belleza con afán buscaste,

Como á los griegos se mostró y latinos..."

Pero, muchacho... ¿tú crees que esto es poesía?...

"Como á los griegos se mostró y latinos!..

¿Qué ha de ser, hombre!

¿Y esto?

"Trajo la historia á tu *inspirada* mente
Los *claros* nombres de la edad pasada:
Un rey jurando en manos del *ardido*
Esposo de Jimena."

¡El *ardido*!

¡La composición sí que está *ardida*, es decir echada á perder!

Porque esto es lo que significa *ardido*, y no valiente, que es la acepción que tú le quieres dar, y que, aun en el diccionario académico en que corren tantas tonterías, no corre sino como anticuada.

¿Tanto te costaba haber dicho en lugar de *ardido* valiente ú osado?

También escribió Marcelino en su primera edad una epístola á Horacio.

¡Pobre Horacio! ¿Qué daño le había hecho?

Pero nada; el chico fué á Roma, y le pareció que no debía volverse de allá sin asestar al lírico latino unas cuantas pedradas poéticas, digo, prosaicas, en esta forma:

"Yo guardo con amor un libro viejo
De mal papel y tipos *revesados*,
Vestido de *rugoso* pergamino:
En sus hojas doquier, *por vario modo*,
De diez generaciones escolares
A la censoria *férula* sujetas,
Vese la *dura* huella señalada...
En mal latín sentencias manuscritas
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotecmas, glosas
Y pasajes sin cuento subrayados..."

Quisiera yo coger aquí al señor Boris de Tannenberg, que tiene á Marcelino por uno de nuestros tres poetas menores; quisiera yo cogerle aquí para preguntarle á ver si esto es poesía ni menor ni de ninguna clase.

No, señor, esto es prosa mala; pero bastante mala.

Lo mismo que ésta:

"¡Adiós, adiós, monarca de la lira!...
Triunfante se ha de alzar el libro viejo
De mal papel é *innúmeras* erratas,
Que con amor en mis estantes guardo."

Otra composición pueril de Marcelino se titula:

"CARTA

Á

MIS AMIGOS DE SANTANDER

con motivo de haberme regalado
(aquí le salió un verso improvisado)
la biblioteca griega de Fermín Didot."

¿Les parece á ustedes bastante título? Pues, á pesar de ser tan largo, todavía no le cabe en los versos todo lo que quiere decir, y ha tenido que llenar la composición de notas.

Que es otra gracia general de los académicos y demás versistas prosaicos.

Empieza la carta:

Al fin llegaron... desde el *turbio* Sena
Que la *varia* y *gentil* ciudad divide,
Metrópoli *lodosa* de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria *invicta*..."

Y así por este lodoso estilo... académico.

Allá hacia lo último quiere hacer mención especial de cada uno de los donantes, y dice:

"¿Cómo olvidar á ti, que en rica prosa..."

¡Hombre! ¿cómo olvidar... á ti?

Se dice "como olvidarte á ti."

¡Mira que no saber escribir en castellano un santanderino!.....

Pero, ¡ya se ve! como escribía expofeso para entrar en la Academia, tenía que acomodarse al gusto de la casa, para el cual la poesía consiste en decir las cosas al revés de como deben decirse.

Pues una cosa que escribió Marcelino á la *galerna del Sábado de Gloria*, es capaz de dar la castaña al más pintado. Porque empieza así:

"Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas."

Y cuando cree uno que todo van á ser tercetos como éste, que no es del todo malo,

se encuentra con que sigue Marcelino diciendo:

“Tejió del roble de la *adusta* sierra
Y no de *frágil* mirto su corona,
Que ni *falerna* vid, ni *ático* olivo
Ni *siciliana* mies ornan sus campos. . . .”

Es decir, que se va por los campos de la libertad ensartando prosaismos y ripios como otras veces.

Por cierto que llega á donde dice:

“Las sombras de sus mártires patronos,
Las de los dos celtíberos guerreros.”

Y como eso no es bastante para que se sepa quiénes son los dos guerreros celtíberos, pone llamada y nota abajo, diciendo: “San Emeterio y San Celedonio.”

Este sistema de las notas me hace recordar al baturro de la comedia *Robo en despojado*, que después de muchas tentativas para sacar un cantar, explicando á su novia el motivo de haber tardado tanto aquella noche en ir á hablar con ella por la ventana, se decide á cantarla el siguiente:

“Aquí tienes á tu novio
Que ha venido retrasao,
Porque ha tenido que hacer
En una casa en que entrao. . . .
á servir.”

—Esto se lo digo yo después rezao—añade el hombre tan satisfecho.

Lo mismo suelen hacer Marcelino y los demás compañeros de su maldad poética, que llamamos académicos de la Española. También dicen rezado lo que no les cabe en la medida.

Y es lástima que no se decidan á rezar lo todo.

Es decir á escribir sólo en prosa.

ANTONIO DE BALBUENA.

“RIPIOS ACADÉMICOS”

I.

SI un nuevo libro de don Antonio de Balbuena no es un acontecimiento—porque hay quien llama *acontecimientos* á los sucesos dignos de memoria perdurable, sí es, cuando menos, un escándalo literario. Hablemos, pues, de la última obra de este anti-académico, anti-aristocrático y anti-caritativo periodista clerical, célebre en España y en la América ex-española mucho más que en España, por su perfecto conocimiento del idioma castellano, por su travieso ingenio, por su ocio incurable á la Academia de la Lengua, y por el aplomo y desparpajo con que planta frescas al lucero del alba: hablemos de los “Ripios Académicos.”

Como prólogo y para curarme en salud diré al señor de Balbuena, que no entiendo ni quiero entender cosa de gramática. Hablo así. . . . como me enseñaron. . . . y escribo como hablo. De modo que si encuentra en este artículo malas construcciones y peores galicismos, no le cause extrañeza tal hallazgo: es natural, muy natural que así suceda.

Persisto en criticar á este ameno, jovial y búrdo crítico, porque echo de ver que en México tiene adeptos á porrillo; que le imi-

tan los jóvenes, más dispuestos siempre á señalar los defectos ajenos, que á mostrar y lucir las exelencias propias: que cautiva el garbo desdeñoso con que trata á los próceres de la literatura española, y que es muy celebrado y aplaudido por todos los estudiantes aprovechados de gramática.

Los imitadores, en México, y creo que en todas partes son calamidades públicas. Hemos tenido imitadores de Zorrilla, imitadores de Espronceda, imitadores de Selgas, imitadores de Becquer, imitadores de Velarde y Grillo (que es cuanto hay que decir,) imitadores en décimas, de López García, imitadores (¡líbranos señor!) de Emilio Castelar. . . .; hemos tenido, en suma, incontables intervenciones extranjeras, á cual más perniciosas. Protestemos, á tiempo, contra esa nueva dominación española que nos impone en la crítica literaria don Antonio de Balbuena.

El señor Balbuena tiene dos bondades: dos nada más. ¡Ni tres, ni una, porque lo que se llama bondad en singular, le es desconocido! Primera: conoce y escribe correctamente el castellano. Segunda: tiene gracia. Es un seminarista que ha de haber obtenido muy buena calificación en el examen de gramática española; y es un gacetillero de retozón y puntiagudo ingenio. Es, además, carlista; pero esta no es bondad ni tampoco es defecto que podamos reprocharle: así nació y de eso vive.

Lo que no puede ser don Antonio de Balbuena, aunque lo juren todos los guerrilleros de la prensa, es crítico. Será un celoso y avisado corrector de pruebas; literario, muy capaz de poner las comas en donde hagan falta y de suplir con buen juicio, alguna palabra que, por descuido del autor, haya quedado fuera de la oración, dejándola imperfecta; pero no tiene alcances, ni estudio, ni vocación para ser crítico. Amén de todo lo dicho, es apasionado, vehemente, procaz, y está pervertido por la política y por el periodismo. El tiene sus dogmas particulares, como éste por ejemplo: los liberales nunca tienen talento y los conservadores liberales mucho menos. Y eso de que “fuera del carlismo no hay literatura,” es mucho cuento.

Cuando trata, *verbi gratia*, de Cánovas trae á colación Balbuena lo de que ha sido mal Ministro y tráfuga y acomodaticio, etc., pecados que tendrá ó no el señor Cánovas; pero que no tienen voz ni voto en un juicio literario. Culpa á Valera de ser complaciente y hasta adulón con los herejes, y echa en cara á Menéndez Pelayo sus amistades con los liberales: y todo ello estará dicho con donosura y gracia, será muy propio del polemista que intenta herir á su enemigo; pero no tiene pizca de crítica literaria. Es gacetilla, es grosería, es lo que se quiera; pero crítica no.

El procedimiento empleado por don Antonio de Balbuena para juzgar á los poetas españoles, es meramente político y gramatical. Es el más fácil de los procedimientos. Con algo de gramática y mucha mala voluntad, cualquiera puede emplearlo. Si tiene ingenio y travesura, hará reír, como hace

reír el autor de los “Ripios académicos.” Y si no posee travesura ni ingenio, dará sueño á los que tengan la increíble paciencia de leerlo.

Pone Menéndez Pelayo por epígrafe á una de sus poesías, aquella hermosa frase de Menandro: *¡Joven sucumbe el que es amado por los dioses!* Y don Antonio de Balbuena exclama: “En esto demuestra Marcelino sus *ridículas* aficiones paganas. Porque, á no tenerlas, habría escogido un texto cristiano que expresa el mismo pensamiento mucho más poéticamente, aquel hermoso versículo del libro de la sabiduría, etc.”

¿Esto es crítica seria? ¿Están obligados todos los poetas á inspirarse en la Biblia? ¿Nada es bello en la poesía de los gentiles?

La sentencia de Menandro es mucho más sóbria, mucho más elegante, mucho más elocuente que la citada por Balbuena; pero aunque tal no fuera, qué delito hay que citar á Menandro dejando en olvido el libro de la *Sabiduría*? Yo le diría al señor Balbuena: ¿y por qué la *Sabiduría*? ¿Por qué no los *Salmos*? ¿Por qué no el *Eclesiastes*? ¿Por qué no el *Génesis*?

En las censuras de esta ralea aparece el partidario, aparece el cristiano rancio, pero ni de lejos aparece el literato.

Veamos al gramático. Cuando aparece de buena fé—lo que no acontece siempre—hace Balbuena muy atinadas críticas gramaticales.—Esa construcción está mala.—Esa palabra no es castiza.—Perfectamente! Pero un poeta, señor Balbuena, todos los poetas, mejor dicho, sin excluir á Homero, sin poner en salvo á Virgilio, todos los poetas y todos los escritores, desde Cervantes hasta Ud., tienen en sus obras descuidos innumerables.

Sin saber, ni con mucho, tanto como Ud., me comprometo á señalarle en el *Quijote* y á centenares, no á docenas, los defectos gramaticales. Pero ¿diré por esto que Cervantes no sabía su idioma? ¡El idioma de Cervantes. . . .! Y Ud., cuando halla alguna incorrección, algún descuido ó desaliño en Menéndez Pelayo ó en Valera, no tiene inconveniente en afirmar con certeza absoluta, que ni Valera ni Menéndez saben ni pueden escribir en castellano.

Como buen neo, señor Balbuena, Ud. quiere componer la Academia, de papas infalibles. Mas, para los católicos, sólo hay un Infalible, y eso porque Dios quiere. ¿Cómo ha de haber en la Academia de la Lengua treinta y tantos infalibles legos, sólo por darle gusto á vuestra señoría? ¿Que se equivocan los académicos? Sí; muy á menudo. ¿Que algunos hacen versos pésimos? De acuerdo. Pero si Ud. extrema por tal modo su teoría, va á resultar que, en su opinión la Academia ha de componerse, exclusivamente, de gramáticos infalibles é impecables, y de poetas de primera magnitud.

Voy ahora, y por principio de cuentas, á examinar si tiene Ud. razón al afirmar que Menéndez Pelayo y que Valera son poetas detestables. Dilucidado este primer punto, veremos si Ud. es crítico.

EL DUQUE JOB.

LA PALMERA.

MAZURKA

DEDICADA A LA SEÑORITA MARIA DEL ROSARIO GUARDIA.

INTRODUCCION.

Por J. V. QUIROS.

PIANO.

mf *rall* *pp*

rall *tr* *a piacere*

mg *tr*

mg *a piacere*

Detailed description: This section contains the introduction of the piece, written for piano. It is in 3/4 time and B-flat major. The score is presented in grand staff notation. The first system begins with a mezzo-forte (*mf*) dynamic and includes a trill (tr) and a rallentando (*rall*) instruction. The second system continues with a piano (*pp*) dynamic and features a trill and a section marked 'a piacere'. The third system includes a mezzo-giove (*mg*) dynamic and a trill. The fourth system also features a mezzo-giove (*mg*) dynamic and a section marked 'a piacere'. The introduction concludes with a final cadence.

MAZURKA.

mf

Detailed description: This section contains the main body of the Mazurka. It is in 3/4 time and B-flat major. The score is presented in grand staff notation. It begins with a mezzo-forte (*mf*) dynamic and consists of several measures of music, primarily using chords and simple melodic lines in both hands.

pp Dolce

This system contains the first two staves of music. The upper staff features a melodic line with a grace note marked with an 'x' above it. The lower staff provides a harmonic accompaniment. The dynamic marking 'pp' (pianissimo) and the performance instruction 'Dolce' (softly) are present.

This system contains the next two staves of music, continuing the melodic and harmonic development from the previous system.

mf espres

This system contains the third and fourth staves of music. The dynamic marking 'mf' (mezzo-forte) and the performance instruction 'espres' (expressive) are present.

poco rall espres

This system contains the fifth and sixth staves of music. The performance instruction 'poco rall' (slightly slower) and 'espres' are present.

pp

This system contains the seventh and eighth staves of music. The dynamic marking 'pp' is present.

This system contains the ninth and tenth staves of music.

ff

This system contains the final two staves of music on the page. The dynamic marking 'ff' (fortissimo) is present.

poco rall

mf

Muy expresivo.

1ª vez.
rall

2ª vez.
pp

Final.
p *pp* *esmorando* *rall*

PARAFRASIS DEL AVE MARIA.

DEDICADA A LA RESPETABLE SEÑORA

Doña Luisa de Rodríguez.

Por siempre *Dios te salve*, María inmaculada,
De místicos ensueños divina encarnación,
Imagen inefable de un éxtasis purísimo,
Beatífica hermosura, la gloria del Creador!

De gracia llena eres! Las rosas de Bethania
Su aroma y sus colores robaron á tu faz;
Fulgura en tus pupilas el sol de Galilea,
Anidan en tu seno las auras del Jordán.

Contigo es el que brilla del alba á los reflejos,
Contigo es el que truena del ábrego en la voz,
Contigo es el que siembra de mundos el espacio,
Contigo es el Eterno, *contigo es el Señor!*

Tú fuiste la escogida. *Bendita tú entre todas*
Las cándidas doncellas del pueblo de Israel,
Como *es bendito el fruto* que tus entrañas crian,
El dulce Nazareno, el mártir de Salem!

Ungió Jehová tu frente con ósculo amoroso
Y fuiste de Dios madre: *Santísima eres tú!*
Las nubes son tu trono, y tu dosel, los cielos:
Y el mar, tu régio estrado de perlas y de azur.

Protégenos, María, y *por nosotros ruega;*
Que tu poder no tiene ni límites, ni fin:
Ensalzan tu grandeza de hinojos á tus plantas,
Alados querubines en arpas de marfil.

Y cuando en *la hora extrema* de nuestro ser extinto
En último latido se agite el corazón,
Recibe nuestro espíritu y abísmalo en el tuyo
Por siglos de perpetua y estrecha comunión!...

JULIÁN PARREÑO.

Señor don Próspero Calderón.

ESTIMADO AMIGO:

Yo puedo prescindir de dirigirme á U. en esta ocasión, para comunicarle algo que si no es sensaciones como dicen los periódicos norteamericanos, que como las novedades siempre están dando al público noticias de asesinatos, de robos, de incendios, de suicidios y de cambios de camisa tan pronto como cambian los ministerios de su patria, si es de interés general.

La presente, que creo que es la primera que le dirijo en mi vida, lo cual verá por el anterior encabezamiento, que no es una cuenta, tratará como yo acostumbro tratar mis asuntos del "Hospicio Nacional de Locos".

Esta obra, como U. muy bien sabe, se debe principalmente al distinguido Doctor don Carlos Durán, quien—y esto para los dos nada más—entiende no sólo de curar enfermos, sino de otras cosas que ya le explicaré á su tiempo.

Pues le decía, mi amigo: el Hospicio Nacional de Locos es hoy un establecimiento que honra á Costa Rica.

Entra en el edificio y si U. fuera del campo como lo soy yo, daría un salto al dar el primer paso, pues no parece, á los que tenemos poca costumbre de frecuentar casas de señorones, que se anda por un piso, sino que se va uno á hundir en un pozo. Tal es la limpieza del pavimento.

Continúa U. su paseo de inspección, y con lo primero que se encuentra es con el

despacho del Superintendente. Me da miedo decirle que es un inglés, no vaya á ser que U. lo crea acreedor suyo, pues aquí desde aquellos malhadados millones, lo mismo da decir inglés que acreedor. Pues no señor: le hablo de un inglés en toda regla, serio como un alemán muerto, diligente y activo como Juan Hernández, el de los machetes del 7,—ligero como un ferrocarril, por supuesto no el de M. C. Keith, que salió de aquí á las cinco de la tarde de un día que yo no sé cuál fué, conduciendo pasajeros para un baile que daban en Alajuela, y llegaron los bailarines á la una de la mañana, no sé si al baile ó á buscar posada adonde acabar de pasar la mala noche,—y aseado, que no es posible que ningún sirviente de aquí le aguante, por no estar habituados á eso nuestros sirvientes.

La sencillez majestuosa é imponente del arreglo de aquel despacho, le infunde respeto.

Sigue U. para el interior del edificio y tiene oportunidad de ver un magnífico billar destinado á los locos para cuando se hallan en períodos bonancibles. Aquel billar tiene sus bandas más picantes que el de don Marcelino Flores. Oh! cuando yo lo ví deseé que estuviera donde este señor para poder jugar en él mis carambolitas; y pensando que esto era imposible, hasta me dieron ganas de ponerme loco para disfrutar de él. Después, á izquierda y derecha, están los departamentos de locos y locas. El alma se encoge, por decirlo así, cuando se entra en aquel lugar.— Tanto infeliz cautivo sin darse cuenta de su falta de libertad. Tantos seres desgraciados para quienes no existe más que la incoherencia de su razón. Bendita sea mil y mil veces la caridad, que da asilo, alimento y trata de salvar á aquellos desgraciados!

Dignos de admiración y de aplauso son el Doctor Durán, Gerardo Castro y tantos otros que trabajan y han trabajado con abnegación, puede decirse, por ver concluida la obra del Hospicio.

Pero no sigamos adelante, pues el paseo y su mal coordinada descripción se van haciendo más largos que las nuevas Ordenanzas Municipales y me figuro que su conclusión se desea tanto por los lectores, como el nuevo presupuesto para los empleados que se les aumenta el sueldo.

Sin embargo, no concluiré sin hacerle notar una falta que hay en aquel notable edificio.

Esa falta es la carencia de un piano.— Ese instrumento, entre otros, contribuirá mucho á la entretención de los dementes; pero ya los fondos del Hospicio no alcanzan y es necesario rogar á los pudientes que regalen un pianito, aunque sea viejo, con tal que suene.

U., mi amigo, es periodista y tiene á su disposición un periódico, y por esta razón puede ayudar á obtener ese regalo;—y el modo es poniendo un permanente, no como los que usa "La República" pidiendo que remuevan empleados, sino diciendo que en el Hospicio Nacional de Locos se necesita y se acepta con agradecimiento, un piano.

Hasta otra vez y ordene en lo que guste á su servidor y amigo,

EMANUEL.

EN EL ALBUM

DE

Clarita Manne.

Si son azules tus ojos
Y azul el color del cielo,

En tus ojos hay un cielo:
El cielo azul de tus ojos.

Le arrancas al piano tú
Notas que llegan al alma,
De esas que roban la calma
Y que sólo arrancas tú.

A una paloma noté
Que tu música escuchaba,
Y mirándote lloraba
Como yo también lloré.

Con ternura y con candor
Pronto me dijo: no llores,
Mira esa flor de las flores,
Mira aqueste ángel de amor.

Volvime al punto á mirar
Y te ví tan hechicera,
Que si el amor no existiera,
Tú lo vendrías á formar.

Hubiste al fin de calar
Y nos miraste sufrir;
Yo me quisiera morir
Pero oyéndote tocar.

Sollozando la torcaz
Y al despedirnos los dos,
Nos dijimos en adiós:
No llores, no llores más.

Es, según veo, el llorar
El volcán de una pasión
Que desahoga el corazón....
Procura tú no llorar.

ALEJANDRO J. AGUILAR.

NOTAS.

Nos es muy grato saludar al señor Doctor don Daniel Núñez, quien después de larga permanencia en Europa y Estados Unidos de Norte América se encuentra entre nosotros. Felicitamos á su estimable familia como también á nuestra sociedad.

EL LUNES 15 de Setiembre se verificó la velada que la Sociedad de Artes y Oficios habia anunciado. La fiesta estuvo espléndida, coronándose satisfactoriamente las aspiraciones de los laboriosos y honrados hijos del trabajo. "La Prensa Libre," con mano maestra, se ocupó ya de tan importante reunión. Nosotros nos contentamos con felicitar calurosamente á los simpáticos artesanos y los excitamos á que continúen sus trabajos emprendidos; pues que sólo así se llega á conseguir el progreso y civilización de un país.

POR conducto de personas que asistieron al baile del 15, sabemos que la orquesta dirigida por el maestro don Eduardo Cuevas estuvo magnífica. No podía esperarse otra cosa de la hábil dirección, buen gusto y conocimientos del amigo Cuevas, á quien felicitamos por su nuevo triunfo, así como de la reconocida competencia de los músicos que formaban dicha orquesta, á quienes también felicitamos cordialmente.

LA PALMERA se titula la bellísima polka que en la sección correspondiente publicamos hoy. Si dicha pieza de música careciera de mérito—que no carecería—bastaría á dárselo el simpático—para algunos amado—nombre que indica la persona á quien está dedicada. Porque, quién no conoce á Chayo Guardia? Chayo es la muchacha mas espiritual, mas encantadora, mas inteligente, mas candorosa que se puede imaginar; es, para decirlo todo de una vez, el *imposible* del poeta de las Rimas.

Juan Vicente ha querido obsequiarla y para ello ha debido—ojalá nos perdone él la franqueza—escribir no una polka sino una ópera como Romeo y Julieta, porque divinidades como Chayo merecen que se les ofrende divinidades tambien. El día que Chayo ame—y sabemos que todavía no ha amado—amará como Julieta, con la pasión ardiente que quema pero que inmortaliza, que estalla pero que sube al cielo. Sus ojos lo dicen, la dejadez con que anda lo pregona, su conversación saturada de una gracia exquisita lo demuestra. Quién será su Romeo?

La Palmera se hará popular. En los salones elegantes y de buen tono será la pieza favorita, porque el nombre de Chayo la encabeza.

AVISO.

“El Mundo de los Niños.”

Se publica en Madrid los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Cada número contiene tres magníficos cromos y varios grabados en negro. Es el mejor periódico para la niñez.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Un año.....\$ 3-25
Un semestre... .., 1-75
Número suelto....., 0-10

También pueden conseguirse los tomos de los años anteriores (87, 88 y 89) con pasta de lujo y á precio reducido.

Único agente en Costa Rica,

CARLOS GAGINI.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

BUEN NEGOCIO.

A QUIEN INTERESE.

En Alajuela poseo un establecimiento de farmacia y otro en esta ciudad; deseando trasladarme á aquella Provincia en donde no podría manejar los dos á la vez, he resuelto vender éste por un precio muy módico y con buenas ventajas para el comprador.

El que desee este negocio, entiéndase con

CARLOS J. DE SILVA.

San José, 13 de Agosto de 1890.

10 v. 2.

Eduardo Cuevas

Profesor de Canto y Piano.

Ofrece sus servicios.

Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;

En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.

GRAN RIFA.

CERCA DE 2,000 PREMIOS

AVALUADOS EN \$ 8,000 PESOS.

Desde el día DIEZ hasta el TREINTA del presente mes de Setiembre, se rifa una gran variedad de objetos de lujo y de aplicación á usos domésticos. El precio de cada boleta es de CINCUENTA CENTAVOS y del producto neto de la rifa se deducirá el diez por ciento para el Hospicio de Huérfanos.

Con el fin de activar el expendio están á la venta en los principales establecimientos de esta capital y provincias billetes que permiten al tenedor tomar parte en la rifa.

Hay artículos de mucho valor tales como *una cámara fotográfica, servicios de plata para consagrar, reloj de mesa con chapa de oro, reloj de bolsillo, espejos de mano con mango de plata, cigarrilleras de plata, fosforeras de plata, tarjeteras de plata, convoyes de plata, dulceras de plata, copas de plata, candeleros de plata, navajas de afeitarse finísimas, tijeras, cortaplumas, fluxes de casimir, cerraduras, sobretodos de hule, camisas de hilo, estuches para señoras y caballeros*, é infinidad de artículos más. El justiprecio se ha hecho por tres comerciantes de lo más respetable de esta plaza, nombrados por el señor Gobernador de esta Provincia. Presenciará la rifa un delegado de la autoridad.

Frente al Mercado, al lado de la Botica “LA VIOLETA”.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,
CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA. NUM. 10.

San José, 10 de Octubre de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

DOÑA MARÍA PERALTA DE RIVERO, por C. Gagini.—POESÍA, por Jenaro Cardona.—LO QUE PASA ENTRE NOSOTROS, por Av. Dul.—¿ASÍ SON TODAS?, por José Alcalá Galiano.—ASÍ NO SON TODAS, por Celia.—UN MAESTRO DE ESCUELA, por Carlos A. Imendia.—LIEDERS, por Antonio Valenzuela h.—TIGER.—SUSPIROS, por Carlos A. Imendia.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—YALO SÉ, por Carlos A. Imendia.—CRÓNICA, por P. C.—AVISOS.

DOÑA MARÍA PERALTA DE RIVERO.

Nuestra sociedad ha experimentado una pérdida dolorosísima en esta primera década de Octubre: la muerte segó una existencia preciosa en la mañana del 3 del coraiente, llevándose a mejor vida a doña **María Peralta de Rivero**, a la bondadosa anciana que ha dejado como huella de su paso por el mundo las bendiciones y recuerdos de mil corazones agradecidos. Consagrada durante casi toda su larga vida a la educación de la juventud, consideró siempre su misión como un sacerdocio y se empeñó en ella con la heroica abnegación de las almas grandes. Adorada de sus discípulas, querida entrañablemente por cuantos la conocían, estimada de todos, doña María ha bajado al sepulcro con la doble aureola de la conciencia inmaculada y del deber llevado hasta el sacrificio.

Vivió para hacer bien, para incitar con su ejemplo a la práctica de las virtudes; murió con la inmensa y no común satisfacción de ver su nombre sin la más leve mancha y su memoria libre de rencores. No hizo verter ninguna lágrima: por eso son tantas las que hoy caen sobre su tumba. En presencia de muertes semejantes el espíritu fluctúa entre

la tristeza y la admiración, como al contemplar el grandioso espectáculo del sol poniente. Tales muertes son envidiables.

¿A qué más se puede aspirar sobre la tierra? ¡Dichoso el que, como doña María, logra llegar al término de una larga y penosa jornada, sin que, en las duras pruebas a que nos somete la vida, haya salpicado su frente el fango del mundo!

C. GAGINI.

COMPOSICION leida por su autor en la velada lirico-literaria, que á beneficio del Hospicio de Huérfanos se verificó el 25 de Setiembre último.

Errante y solo el pobre huerfanillo
En negra noche por el mundo vaga
Es un niño no más, y la miseria,
Los rudos golpes en su sér descarga.

Infausta suerte! á los primeros pasos
Que con temor sobre la vida ensaya,
Hallarse sólo y encontrar al frente
En vez de madre, tétrico fantasma.

Hay que seguir la ruta, y *adélanse!*
Le manda con imperio la desgracia,
É inexorable, sin piedad le empuja
Como á aquel bíblico judío, *anda!*

Y lleno de congojas y de angustias
Emprende resignado la jornada
Escondiendo el dolor entre su pecho
Y regando el camino con sus lágrimas.

Todo á su lado es lúgubre, sombrío,
Rostros extraños é impasibles halla;
Nadie se acerca á consolar sus penas,
Nadie comprende cómo sufre su alma.

Y ha poco tiempo que dichoso era
Bajo el techo humildísimo de pajas,
Ay! aquel techo que tejió la dicha
Y fué el altar hermoso de su infancia.

Tenía hogar y pan, y en el regazo
De la madre amorosa siempre hallaba,
Dulce calor en las heladas noches
Muchos besos de amor por las mañanas.

Y después...! oh dolor! nublose el cielo
Y al furor espantoso de las ráfagas,
Por aquel campo solitario y yermo
Rotas volaron del hogar las pajas.

Y ave sin nido, por el mundo errante
Sobre el abismo desplegó las alas.....
Y de volar al fin caerá cansado
Que está muy lejos la remota playa.

Huerfanito infeliz; nada le resta
Y la calle no más es su esperanza,
Y en lugar de caricias, en su frente
Lleva el beso letal de la desgracia.

Un huérfano como éste, cierta noche
Desfallecido y triste caminaba
Hacia el lugar bendito en que dormían
Sus pobres padres en la tumba helada.

Sentíase morir y desolado
Quería mirar aquella cruz amada,
Besar la huesa por la vez postrera
Y en ese beso fiel dejar el alma.

Llegó por fin; y casi moribundo
Abrazóse á la cruz, como á la tabla
Se abraza el naufrago que lucha en medio
De las mortales y profundas ansias.

Los párpados cerró, y allá entre sueños
Oyó aleteos y músicas de arpas
Y cánticos divinos, cadenciosos,
Y oreó su frente el aire de unas alas.

Y sintió que su sér á nueva vida
Al fin ya renacía, y la esperanza
Prendió en su pecho una visión divina
La celestial é inextinguible llama.

Y fué feliz, porque á su oído, suave,
El ángel *Caridad* le dijo "*anda!*"
Y cruza el mundo sin temor ni espanto;
De hoy más seré tu compañero y guarda."

Setiembre 25 1890.

JENARO CARDONA.

Lo que pasa entre nosotros.

PUES, señor, aquí me tiene mi amigo don Próspero el colombiano, escribiendo aunque no sé por qué.

Pero hay que confesar que el no tener material no es porque realmente no haya de qué tratar, sino por la escasez de meollo del autor de estas líneas.

Se presta abundantemente la situación aflictiva de los nicaraguanos, actualmente sacudidos por los cerros Bombacho y Pelón. A veces me figuro que estos cerros compadecidos de los ingenieros nuestros que están limitándose, se han movido para comunicar su actividad á los de Nicaragua, sin pensar en que sus muestras de diligencia pudieran aterrorizar á los de allende el San Juan.

Se presta y mucho nuestra situación política á hacer consideraciones en pro ó en contra; pero son tan hirientes las espinas de ese camino, que si de ellas está sembrado el de ir á los infiernos, prefiero irme á la gloria por los siglos de los siglos.

Pudiera hablar extensamente de las fiestas que han pasado en la última quincena de Setiembre; ay! pero las fiestas es asunto tan trillado que fastidia; y después que el olor del guaro, de los tamales, del almizcle trae tan malos recuerdos, que se resiste la mano á describirlos.

Y si me ocupo de un baile? A la verdad que es de lo que menos me puedo ocupar por la sencilla razón de que nunca soy invitado á ellos. Y no se diga por esto que no tengo amigos de los que hacen listas con colada social, los cuales pudieran invitarme; pero son tan mala memoria éstos que sólo se acuerdan de mí cuando necesitan una fianza. Sin embargo, una vez, en tiempo lejano, uno de tantos, compadecido de mí, me hizo asistir á una reunión en la que se bailó.

Yo sin relaciones, sin roce, sin cultivo de ninguna clase, no me atreví á pasar las termópilas de una presentación, para poder tener pareja; pero si presencié unas cuantas desde un rincón en donde estaba con un par de desahuciadas que no bailaban, no por no tener ganas sino por no tener con quien.

Señorita, dijo un figurín semoviente, tengo el gusto de presentar á usted este caballero, cuyo nombre ignoro porque acaba de llegar de Limón; y dirigiéndose al desconocido presentado: la señorita N., mucho gusto en conocerlo—y yo á los pies de usted.—Bailamos esta polka?—Muy bien señor.—Y salieron dando vueltas. Concluyó aquella pieza. Se bebió, se comió, se conversó un poco, esto como descanso, y la música volvió á iniciarse con un vals.

A pocos pasos de donde estaba yo oyendo renegar al par de viejas, para quienes no había gente educada en el baile, sin duda por que no las invitaban á bailar, se encontraba un muchacho muy conocido entre nosotros por su distinguida reputación de buen estudiante, de hombre honrado y de buenas maneras.

El vals que se tocaba lo entusiasmó y trató de bailar. La señorita á quien se dirigió fué la misma de la presentación que he

descrito. Me hace usted el favor de acompañarme? le dijo en su meloso y acostumbrado acento.—No tengo el gusto de conocerlo, le contestó; y haciendo un gesto de supremo desdén que significaba la alta ofensa que se le había inferido, se dirigió al interior de la casa.

Pues esto sí que no lo entiendo, me dije para mí. Se presenta un tipo que todavía huele á camino extranjero y baila con él gustosa; le propone baile un buen muchacho de los nuestros, y váyase usted á paseo.

Ahora caigo: mi hombre es de los que no son admitidos en sociedad, no por que tenga defectos ó vicios que lo hagan indigno de frecuentarla sino porque esa sociedad, escogitadora de nobleza y abolengos entre nosotros, no ha tenido á bien calificarlo en el número de sus elegidos.

AV. DUL.

ASÍ SON TODAS?

CUADRO DE GÉNERO.

ASÍ que se sentaron las parejas
Y hubo el vals en dos tiempos concluido,
Lejé de hablar con dos señoras viejas
Y en una silla me senté aburrido.

Trabé con la simpática Sofia
Un diálogo con punta de secreto,
Sobre trascendental filosofía,
Pues me propuse echarla de discreto.

De aquel tema profundo no hizo caso,
Y hablé entonces de música y pintura;
El arte le aburrí; subí al Parnaso
Metiéndome en la gran literatura.

Dió uno que otro sí, por compromiso,
Arreglando su falda ó su aderezo,
Y al dar el cuarto sí, le fué preciso
Ocultar tentativas de un bostezo.

Apuré de mi genio los recursos
Para pasar por hombre interesante,
Mas oí, en lo mejor de mi discurso,
Que dijo á su vecina: "Qué pedante!"

Del bostezo y las frases lastimadas,
Quise recuperar mi honor perdido,
Y con acento dulce, apasionado,
De este modo le hablé casi al oído:

Pero en verdad, bellísima Sofia,
¿Qué es ante usted la ciencia, la pintura?
No hay arte ni inmortal filosofía
Que valga lo que vale su hermosura.

¡Ay! los ojos de usted parecen soles
—Gracias—dijo, poniéndolos en blanco.
—La aurora dió á esa tez sus arreboles.
—¿Se burla usted?—¡Señora, yo soy franco!

Sus dientes perlas son, sus trenzas oro.
—Gracias, dijo, y lució su mano breve.
—Su cuerpo es de marfil, su rostro nieve,
Su voz arpeggios de celeste coro.

No he visto nada igual á esos dos labios,
—¿Qué exagerados son, dijo riendo,
Ustedes los artistas y los sabios.
(De pedante hasta sabio fui ascendiendo).

—No, Sofia, es verdad: "la estatua griega
"Donde está ese perfil vale bien poco.
Quien esos ojos ve, de amores ciega;
Quien contempla esa faz, se vuelve loco.

"Tiene usted atracción irresistible;
"Junto á usted un perfume se respira,
"Yo la amo á usted" la dije muy sensible,
En mi interior diciendo: "¡Qué mentira!"

Sofia á su expansión dió libre vuelo;
Miradas libres prodigó sin tasa;
Me prestó el abanico y el pañuelo,
Me dió una flor y me ofreció su casa.

Y encantada de aquellas vaciedades
Y embustes que la dije, haciendo el oso,
Elogió mi talento y cualidades,
Y aun dijo á su vecina: "¡Delicioso!"

Y luego acusarán algunas bellas
A los hombres de falsos y ligeros,
Si para hacer que no bostecen ellas
Hay que ser atrevidos ó embusteros.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

ASÍ NO SON TODAS.

AL SEÑOR JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

SI de la enferma rama de algún árbol
una fruta podrida veis colgar,
que todas las demás están lo mismo,
¿podrías, con razón, asegurar?

Si al más leve contacto de la brisa
se deshoja una débil, frágil flor,
hay muchas que resisten valerosas
los impulsos del viento abrasador.

Hay aves de rapiña que amedrentan,
y mil aves que logran fascinar
con su armoniosa voz, con los colores
de su ropaje bello, singular.

¡Así es todo en Natura! A vuestro paso
puede salir, quizás, una mujer
estúpida, insensata, vanidosa,
que cifre en su belleza, su poder;

Mas no creáis que todas son iguales
como lo habéis aseverado vos,
¿cuantas mujeres en la frente llevan
como una luz la bendición de Dios!

Que desprecian al hombre que á sus plantas,
les finje loco, immoderado amor;
que no escuchan las pérdidas lisonjas,
sin cubrirse de vívido rubor

No todas son estúpidas y vanas....
bajo este cielo de brillante azul,
despiden rayos de infinito genio
damas cubiertas con modesto tul.

¡Y cuántas hay que de sus limpias frentes
con el copioso, frígido sudor,
compran el pan que á la familia toda
se reparte con dulce, tierno amor!

¡Cuántas en pobre, retirado asilo,
sin placeres ningunos que contar,
vegetan abatidas....pero puras....
como la flor en lóbrego arenal!

Existen hombres necios, ignorantes,
que al vicio rinden fiel adoración;
que en referir sus locas aventuras
cifran todo su orgullo, su ambición

Y no por eso injustas opinamos
que todos son así: vemos también
hombres llenos de ciencias y virtudes
que forman de la vida un rico Edén.

CELIA.

Ocaña, 22 de Marzo de 1890.

Un maestro de escuela.

(PARA COSTA RICA ILUSTRADA.)

:o:

POBRE Antonio! La desgracia fué siempre su inseparable compañera; y él, que por su honradez y por sus talentos debía haber ocupado en la sociedad un puesto distinguido, vivió olvidado de todos, arrastrando una existencia de miserias.

Yo no puedo recordarle sin que mis ojos

se humedezcan, y ahora que, movido por la amistad le consagro estas líneas, tengo que hacer un esfuerzo supremo para contener las lágrimas, que vendrían á borrar lo que va trazando mi pluma.

°°°

Hoy hace tres meses que me habló por la última vez.

—Estoy tranquilo, me dijo, porque en breve dejaré de sufrir. El corazón casi no palpita; la muerte bate ya sobre mi frente sus frías alas, y me faltan las fuerzas, y la fiebre devora mis entrañas. ¡Qué agradecido me siento hacia Dios por el bien que va á brindarme!

Sus palabras oprimieron mi pecho; y fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir, quise convencerle de que pasaría aquel malestar que le tenía postrado.

—Sí, pasará, me respondió, cuando se haya extinguido mi respiración y cuando la fosa dé paso á mis despojos para que los cubra la yedra del olvido. Esta fiebre es el resultado de las decepciones y de los desprecios que he sufrido. El alma es la enferma, Daniel. . . Oh! si pudiera verse, cuánta compasión te inspirara. Pero, ¿por qué entristecerme cuando tan próximo está el gran día de mi felicidad?

Y luego, tomando entre las suyas una de mis manos, agregó: Daniel, no olvides á este tu infeliz amigo, que va á pedir á Dios por tu felicidad; cuida á tus queridos hijos, y ojalá que ninguno de ellos vaya á seguir la profesión mía, por que yo no deseo que sean desgraciados como lo ha sido su maestro.

En los ratos de ocio he escrito cuanto me ha pasado en la vida. En esa caja, entre otros varios papeles, encontrarás el cuaderno que contiene mis apuntamientos: es lo único que puedo legarte, seguro de que lo has de apreciar aún más que si fuera un tesoro.

°°°

Al día siguiente formaba parte del cortejo fúnebre que fué á depositar en el pequeño cementerio del pueblo los restos del infortunado Antonio, el humilde preceptor que tan buenos servicios prestó al pueblo.

Yo fuí el último en regresar; porque quería, sin más testigo que el cielo, derramar mis lágrimas sobre la removida tierra que cubría los despojos de aquel amigo del corazón.

Planté en aquel sitio una imperfecta cruz formada allí mismo por mis manos; y con la cabeza inclinada sobre el pecho, me encaminé lentamente á mi casa, cuando las sombras comenzaban á envolver las modestas tumbas del cementerio.

°°°

Varias veces he leído el "Diario de un maestro de escuela," en cuyas páginas se refleja el alma hermosa del desgraciado Antonio.

Preciosa herencia es por cierto para mí ese libro escrito con sencillez y sinceridad!

No puedo resistir á la tentación de transcribir algunos de sus párrafos, para hacer más palpables las injusticias cometidas con esos infatigables obreros del progreso, dignos por mil títulos de la consideración y del aprecio de las sociedades.

Acaso sea una indiscreción la mía; pero no voy á revelar ninguno de los secretos íntimos que mi amigo confió al papel y á mis manos: lo que todos saben, lo que se refiere al pobre preceptor, eso es lo que copiaré, nada más.

°°°

He ahí los párrafos del "Diario de un maestro de escuela:"

VII.

"Al fin, después de tantos apuros, pude conseguir lo que deseaba. Estoy muy contento, pues ya están satisfechas todas mis aspiraciones: transmitir á los niños mis pocos conocimientos, y poder atender á mis necesidades. ¿Para qué más? Feliz viviré en este pequeño pueblo, apartado del bullicio de las ciudades, sin envidiar á nadie y sin que nadie me envidie.

Muy generoso ha sido conmigo el Gobernador; mi gratitud hacia él será eterna."

XV.

"Cruelmente me ha tratado el padre de Luís, porque corregí las continuas faltas de su hijo. ¿Por qué no averiguó primero la verdad del caso? Esa nota del Alcalde me ha llenado de pena, pues veo que ha creído cuanto se le ha dicho en contra mía, y me amenaza con una multa mayor que lo que devengo mensualmente. Y todo, ¿por qué? Por haber castigado el hijo de su compadre. Si los funcionarios fueran imparciales, cuántas injusticias se evitarían! Paciencia. Hoy hablaré con el Alcalde."

XVI.

"Hoy me convenzo más de que yo soy uno de esos seres á quienes el infortunio ha puesto en la frente su marca fatal. He probado al Alcalde que el castigo aplicado al niño no fué ni injusto ni severo, y, sin embargo de mi moderación y de mi respeto, me calificó con los epítetos más crueles, y me condenó á pagar una multa. Cuando me retiraba de la oficina, me dijo: "No olvide que soy su Jefe y que puedo destituirlo del empleo." por dicha estoy revestido de paciencia y no puedo guardar rencor contra los que me ofenden."

XX.

"Andar nueve leguas en un mal caballo, para oír esa frase desconsoladora: *no hay dinero*, es cosa por cierto que llena de desesperación á quien vive confiado con el pago de su trabajo. Y todo eso me ha pasado á mí, y con esas mismas palabras me ha contestado el Administrador de rentas.

—Señor, le repliqué, si no son más que quince pesos, y yo vivo muy lejos de aquí, y no tengo recursos para estar haciendo viajes.

—No me importune, estoy muy ocupado: si quiere, vuelva dentro de cinco días.

Eso me respondió, dándome las espaldas.

No había más recurso que volverme al pueblo y contentar con promesas á la buena mujer que me suministraba los alimentos.

Paciencia."

XXV.

"Creí que el Inspector sería afectuoso y atento, y me ha tratado con el mayor desprecio desde que me acerqué á saludarle.

—¿Y éste es el arreglo dispuesto por Ud. para recibirme? Sepa que estos adornos no están en consonancia con mi categoría.

—Señor, la pobreza del pueblo no da para más.

—¿Y cómo van los pilluchos?

—Señor, he hecho cuanto ha estado de mi parte para que haya adelantos, aunque algunas prescripciones del Reglamento no han podido llevarse á cabo por falta de útiles.

—Ya me lo había figurado. No es la falta de útiles; es que Ud., acostumbrado á rutinas contraproducentes, se opone al sistema moderno, que trata de regenerar á este atrasado país. Pero ya vamos á poner remedio á tan torpe oposición, lanzando de las escuelas á los maestros necios como Ud.

Y dió la vuelta sin despedirse de mí y sin hacer el más ligero examen á mis alumnos."

LV.

"Y la señora tiene razón: cuatro meses me ha suministrado los alimentos, sin que yo le haya dado ni un solo centavo. Ella es muy pobre, tan pobre como yo, y tiene necesidad urgente de lo que se le debe. Otra hubiera sido, quien sabe si no se me despidió desde el primer mes. No, es preciso pagar á esta buena mujer; iré á la capital, y estoy seguro de que allá percibiré mis mensualidades. ¿Por qué se negará á darme el dinero el Administrador? ¿Será por mala prevención? No puede ser, por que lo mismo ha sucedido á López y al maestro de Las Palmas, y ni ellos ni yo le hemos causado ningún mal á ese empleado. Pero si no hay dinero, ¿cómo es que se paga el de las planillas militares? Yo lo he visto."

¡Oh, qué horrible es el hambre! Es un martirio atroz. Y no tener esperanza de comer.! No hay remedio, esperaré con paciencia que venga la protectora noche, y cerraré mis ojos, y olvidaré mis penas, y calmaré el hambre si logro dormirme. ¡Bendito el sueño que tanto bien proporciona al desgraciado! Esta triste situación me hace recordar aquella sentimental poesía de Gustavo Adolfo Becquer, que dice:

Llegó la noche y no encontré un asilo,
¡Y tuve sed. . . .! Mis lágrimas bebí;
¡Y tuve hambre! Los hinchados ojos

Cerré para morir!

¡Estaba en un desierto! Aunque á mi oído
De las turbas llegaba el ronco hervir,
Yo era huérfano y pobre. . . El mundo estaba
Desierto. . . para mí!

LVIII.

"¡Qué decepción tan triste la que acabo de sufrir! No quisiera escribir en mi Diario lo que me ha sucedido; pero es preciso que en sus páginas vaya todo lo que á mi vida se refiere.

A la fatiga de una jornada de tantas leguas, que me he visto obligado á hacer á pie, se han agregado las vueltas empleadas en vano para conseguir mi objeto, los sonrojos sufridos con resignación, las privaciones soporadas con calma.

Adiós, esperanzas! Ese *no hay dinero* que tantas veces me ha llenado de desconsuelo, hoy ha derramado en mi pecho la hiel de la desesperación. Creí que la capital sería mi puerto salvador, y aquí vine para ver tan sólo que era mi infierno.

He seguido el consejo, y hasta considero como protector al agiotista que compró mis cuatro recibos. ¡Sesenta pesos en cambio de treinta...! ¡Qué inmoralidad! En fin, más vale pájaro en mano que ciento volando; al hambre no hay pan malo; del lobo un pelo... Bonitos argumentos para conformarnos con los golpes de la fortuna!"

LIX.

—“Bien sabía ya que estabas aquí, y de ello me he alegrado. Y vaya una coincidencia! En estos momentos voy saliendo de la Tesorería de cobrar unos recibos que vendiste ayer á mi principal.

—¿Y te entregaron el dinero?

—Peso sobre peso, ¿no estás viendo el paquete?

Se me oprimió el pecho, las lágrimas se agolparon á mis ojos, y tuve que fingir una sonrisa (qué amarga sería!) para despedirme de aquel amigo de la infancia.

No puedo hacer comentario sobre este hecho inmoral, porque mi mente está ofuscada, y mi pluma se resiste y se escapa de mis dedos. ¡Quizá esté indignada como yo lo estoy!"

LXX.

“No me ha sorprendido tan injusta destitución. El Inspector cumplió su palabra; bien hecho.....

.... Por dicha muy pocos días tengo ya de vida; las fuerzas me faltan, estoy flaco y pálido, y las sombras comienzan á extenderse sobre mis ojos. ¡Tanto he llorado! Sombras en mis ojos, sombras en mi alma... Ah! quiero luz, pero luz que nunca se apague, luz divina que me colme de felicidad en cambio de mis tormentos....”

¡Pobre Antonio! Tus deseos se han cumplido: ya eres feliz. El mundo te brindó sólo amarguras: Dios ha premiado tu resignación con la paz de la tumba.

CARLOS A. IMENDIA.

LIEDERS.

PARA “COSTA RICA ILUSTRADA.”

El sol no resplandece dorando las campiñas:
el eco ya no trae las voces de las niñas
que el bosque de los tilos
cruzaban en tropel;
refújanse en sus nidos los pájaros cantores
y tristes languidecen, sin vida y sin colores,
las pálidas adelfas,
orgullo del verjel.

¿Por qué, por qué rasgando la densa bruma opaca
se elevan á los cielos cual música elegiaca
los sonos apagados
que arranco á mi laúd?
¿Por qué la tierra toda es un sollozo eterno?
—Porque al glacial empuje del carro del invierno
huyó la primavera
y te ausentastes tú.

ANTONIO VALENZUELA (H.)

Guatemala.—1890.

PIJERA

Un amigo visita á otro que vive en una misera guardilla.

El visitante se extremece de vez en cuando, cosido á picotazos por seres casi microscópicos.

—¿Como puedes vivir así?—dijo el amigo en tono compasivo.

—¡Ya lo ves! ¡Estoy solo en el mundo!

—Eso, no, perdóname: tu catre está más habitado que la China.

El casero— Buenos días D. Enrique, vengo á cobrar el mes.

El inquilino.—Hombre, lo siento; pero en este instante me es imposible pagar á U.

El casero.—No hay que apurarse por tan poco, ¡no faltaba más! Voy á cobrar á los otros cuartos y en seguida volveré á que arreglemos la cuentecita. No es cosa de poner la pistola al pecho á los inquilinos tan antiguos como U.

Más vergonzoso es para un hombre honrado el desconfiar de sus amigos, que el ser engañado por ellos.

El silencio es el partido más seguro que puede tomar el que desconfía de sí mismo.

Nada hay en el mundo que tenga una fuerza igual á la del tiempo.

A los amigos se les debe alabar en público y reprender en secreto.

Me dices que no me queje;

¿no me tengo de quejar?

puse en tí fe y esperanza,
y no encontré caridad.

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas,
y en que al cabo me ahogarán.

MELCHOR DE PALAU.

En un banquete:

Al sentarse á la mesa exclama la dueña de la casa:

—¡Dios mío! ¡Que contratiempo! ¡Somos trece!

—No se apure U., señora,—dice uno de los convidados—yo comeré por dos.

El vizconde ha recibido una carta de su tía, presidenta de una asociación benéfica, pidiéndole toda la ropa que deseche y que no le regale á su criado, para los pobres incurables.

Al día siguiente, la tía recibe una gran caja de cartón, que abre rápidamente y con gran curiosidad.

La caja contenía tres sombreros *claque* viejos y dos docenas de corbatas blancas.

El enfermo estaba agonizando, y dijo el médico:

—No sale de hoy.

—Está U. equivocado.

—¿En qué se funda U. para contradecirme?

—En que le conozco y sé que todo lo deja para mañana.

Se trata de dar á criar un niño en una aldea y se presenta un amá *pretender*.

El padre del niño le pregunta:

—¿A qué se dedica U. en el pueblo?

—A la cría de gallinas.

—¿Y quiere U. que le entregue mi hijo? Buena mujer, U. me ha tomado por un gallo.

De Fernández Bremón:

—¿Es verdad que han enviado á Juan á un manicomio?

—Es cierto.

—Y parecía tan sensato.....

—Es el único cuerdo que hay en su casa, y resulta loco entre los suyos.

Nada se parece más á un ángel que una mujer perfecta.

El corazón de la mujer es como muchos instrumentos: depende del que lo toca.

El instinto de la mujer equivale á la perspicacia de los grandes hombres.

El sol y la mujer se han repartido el imperio del mundo; el uno nos proporciona los días: la otra los embellece.

¡Silencio! que duerme

Mi madre la siesta,

La pobrecita no duerme de noche

Para que yo duerma.

AUGUSTO FERRÁN.

Oh! madre, no llores.

No llores así!

Un hijo perdiste, mas tienes un ángel

Que vela por tí.

MELCHOR DE PALAU.

—Pero ¿es tan coqueta tu mujer?

—Tan coqueta, que cuando está sola hace monadas á su sombra.

Un pastor imitaba tan perfectamente el gruñido del cerdo, que decía de él otro pastor:

—Gruñe tan bien, que dan ganas de hacer con él chorizos.

Si tienes dinero, la sociedad te dispensará tus vicios; si no lo tienes, apenas notará tus virtudes y tu saber.

Las leyes son como las telarañas: los insectos pequeños quedan presos en ellas, los grandes las rompen.

Entraba en una tertulia un fatuo y dijo uno al dueño de la casa:

—Ese que ha entrado, á juzgar por su cara, parece algo bestia.

—No lo crea U., su cara engaña.

—¿De veras?

—Sí, señor, porque es mucho más bestia de lo que parece.

SUSPIROS.

PARA "COSTA RICA ILUSTRADA."

REJOS de mis patrios lares
Suspiro en extraño suelo
Y en vano busco un consuelo
Que mitigue mis pesares;
Aquí en extraños hogares
Lamento mis desventuras
Y en vez de aquellas venturas
Que soñaba el alma mía
Sólo encuentro cada día
Desengaños y amarguras.

De mi feliz inocencia
Aun vienen á mi memoria
Los gratos sueños de gloria
Que endulzaban mi existencia;
Más ¡ay! qué amarga es la ausencia
De esas horas de placer!
Cuán sensible me es hoy ver
Sepultarse en triste calma,
Todas las flores de mi alma,
Todas mis dichas de ayer!

Víctima de mi destino
En este mundo he quedado
Débil, solo, abandonado,
Y al furor del torbellino:
Por un oscuro camino
Voy entre acerbos dolores
Sin poder hallar las flores
De mi muerta primavera
Sin poder tornar siquiera
Al panteón de mis amores.

Todo... todo me entristece:
Y en mi perpétuo martirio
Soy como la luz de un cirio
Que vacila y languidece:
Mi corazón se estremece
Al pensar en golpe duro,
Y con su crepón oscuro
Vienen á nublar mi frente
Las angustias del presente
Los temores del futuro.

Triste, lento, solitario
Envuelto en negro capuz
Voy subiendo con mi cruz
De la existencia al Calvario,
Mas ¡ay! bajo el frío sudario,
De mi intensísimo duelo,
Ya no tengo en este suelo,
Ni un instante de bonanza;
No me queda otra esperanza
Que la esperanza del cielo.

Sonsonate—1889.

CARLOS A. IMENDIA.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO X.

La Conspiración.

Daban las once de la noche en los relojes de la Fábrica y Catedral.

En un salón bastante extenso que hace parte de una casa vieja y medio arruinada, situada en el Laberinto, en los alrededores de San José, varias personas enmascaradas se paseaban y examinaban un papel colocado en una mesa. Uno de ellos, sujeto de alta estatura y movimientos rápidos y seguros, abrió un ojo de buey, como llaman por aquí las ventanillas ovaladas de un pie de diámetro poco más ó menos, muy acostumbrado en cuarteles, cárceles y demás edificios guardados por centinelas.

—La noche es oscura y tempestuosa, tal como la deseamos; lo que no comprendo es por qué tanta tardanza en acudir á la cita.

Un enmascarado.—No te afectes por tan poca cosa; recuerda que una de nuestras virtudes es la inexactitud en las citas. Ya habemos once y nos faltan sólo cuatro para completar el quórum, según nuestro reglamento.

—No será la primera vez que nuestra reunión no tenga lugar por falta de quórum, ... tocan á la puerta: uno, dos, tres, cuatro.....

El número uno se acercó al ojo de buey y dijo "Honradez," Inmediatamente se le contestó "arriba ó abajo:" bien, que pase adelante y exprese su número.

—Soy el número 15, dijo el que entraba: he pasado á avisar á los números 6 y 4: el 6 se excusa de venir por que su hermana sigue muy grave: el 4 dice que una fuerte jaqueca le impide la asistencia esta noche.

La siguiente persona que entró bajo las mismas condiciones de los cuatro golpes y de la repetición del santo y de la seña, venía acompañada de tres más. Se presentaron al número 1 y expresaron que los números 17 y 21 creían peligrosa la asistencia por que habían notado que eran vigilados por la policía; respecto al número 24, no parece en ninguna parte.

A la una de la mañana se completó el quórum y se abrió la sesión. Esto sucedía quince días antes de la escena de la prisión de Delgado y Espinosa en casa de don Roque Alvarez. El número 1 que era el Presidente, se expresó en los términos siguientes:

—Compañeros: la reunión de esta noche tiene por objeto proponeros que adelantemos el día del asalto de los dos cuarteles, que habían Uds. fijado para el domingo veintinueve del corriente. Los motivos que me hacen pensar así son varios. Primero: sospechamos que alguno de los conjurados nos ha denunciado, ó lo piensan hacer. Segundo: el descrédito del Gobierno ha llegado al punto deseado y tememos que pueda pagar la suma que adeuda á la casa de X. X. y entonces perderemos su poderosa ayuda. Además el capitán W. que debe entregar la guardia de la artillería puede faltarnos de un momento á otro.

—Hay que recordar que el que traiciona al Gobierno que sirve, más fácilmente traiciona una facción. Hoy por hoy nuestra única garantía es su pasión amorosa por la hija de Escoto, quien ignora que es la Julieta de tan tudesco Romeo. Si ella descubre semejantes pretensiones, puede dar al traste con nuestro Capitán.

Un conjurado.—Quizá nuestro Presidente ignora otro peligro que acabo de descubrir. Andrés Cordón, me acaba de decir á mí y á otros que jugaban billar donde Benedictis, que pronto tendría él un destino bien dotado por que se esperaba un cambio de Gobierno impulsado por sus amigos.

Otro conjurado.—Efectivamente, ese mequetrefe puede comprometernos y es necesario que se hable á Julio Espinosa, para que le ponga el candado de su influencia. Si entre los concurrentes está Espinosa que lo tenga por sabido.

El número 1.—Yo me encargo de arreglar ese asunto. Suplico al último que ha tomado la palabra, que recuerde nuestras estipulaciones, una de las cuales es no nombrar jamás á uno de nosotros por su nombre verdadero.

Ahora suplico marcada atención á lo que paso á comunicaros. Hemos calculado en diez mil pesos lo que necesitamos para arreglarlo todo.

Los señores X. X. adelantan esa suma si dan su garantía dos de los conjurados, á su elección. Fuera de eso debemos firmarle un documento comprometiéndonos, en caso de ser victoriosos, á devolverle veinticinco mil pesos y á revocar cierta ley de tierras baldías que él indicará. Los que estén por aceptar las dos últimas condiciones se pararán.....

Sólo dos quedaron sentados.

Continúa el número 1.—En caso de desgracia pagaremos entre todos los diez mil pesos que recibimos. Someto á votación este compromiso.....

Todos se pararon.

Un conjurado entra y habla al oído del Presidente.

—Señores, dijo éste, es preciso disolvernos ya; pero quedando la mayor parte en esta casa hasta que los primeros que salgan nos den el aviso convenido. El centinela me asegura que algunos bultos se mueven al rededor de este edificio. Veamos lo que es. Se levanta la sesión.

En gran silencio fueron saliendo hasta cinco enmascarados. Los demás quedaron en el salón, después de apagar las luces y cerrar la puerta. Un cuarto de hora después se oyeron cuatro silbidos, el último de los cuales se prolongó por más de cinco segundos.

No hay cuidado, manifestó el número 1, Salgamos. La señal indica que no hay peligro; y todos salieron.

Media hora después, se acercó á la puerta de la casa un grupo de policías mandados por un Capitán; abrieron el ojo de buey. Uno metió la cabeza y observó el interior.

—Entremos, dijo á los policías, ya todos salieron y deben haber dejado algunos papeles ó señas que nos indiquen los verdaderos nombres de los conjurados. Entraron, descubrieron una linterna sorda que colocaron sobre una mesa y procedieron á la inquisición. Sólo encontraron una tarjeta de invitación al entierro de un particular. Estaba dirigida esa tarjeta á don Julio Espinosa.

CAPÍTULO XI.

El capitán Wolff.

Hace algunos años que el Gobierno de Costa Rica solicitó de su representante en Alemania, un oficial instructor que pudiera enseñar á nuestros reclutas los conocimientos elementales de la profesión. El tal Cónsul para no ser una excepción de la regla aprovechó su encargo para medrar; en vez de buscar un hombre competente y apropiado al objeto con que se le llamaba, determinó beneficiar á un su hermano que tenía un sobrino soldado raso en los cazadores. Para esto tuvo que falsificar un título de Sargento, pues no era dable suponer que el Gobierno se contentase con un simple soldado, y después de dividir con Wolff, que así se llamaba el *soi disant* sargento, los fondos destinados al efecto, nos remitió un figurín ordinario, mal educado y chupa cerveza, eso sí; *tudesco* de los pies á la cabeza.

Un mes después de llegado aquí, Wolff no era Wolff á secas, sino don Alberto Wolff dos años más tarde don Alberto era Capitán. El pobre soldado que apenas sabía poner su nombre, hablaba de Her Bismark como de su familia, dejando sospechar á los compañeros que él mantenía secreta correspondencia con el Canciller del Hierro. El Capitán Wolff afirmaba á diestra y siniestra que podía conquistar este país con cincuenta ulanos prusianos de pura sangre, y *alemán* de profesión, no se trataba sin embargo con sus demás compatriotas por que ellos lo miraban con desdén. Prefería la sociedad de los hijos del país por que le decían don Alberto y lo creían de gran valer, mientras que sus paisanos sabían á qué atenerse sobre su grado, educación y familia.

Cuando la familia de Escoto vino á menos y tuvo que retirarse á vivir á los arrabales, le tocó á Wolff ser su vecino, y como tal encontrarse con frecuencia con Elena Escoto, á quien saludaba de un modo surdo, con las *buenas tardes signorita*; pronto acabó por enamorarse perdidamente de Elena y todos sus esfuerzos los dirigió á hacerse introducir en la casa de su adorada, más ningún joven se atrevía á hacer tal insulto á tan apreciable familia. Pero sí encontraron aparente al pobre alemán para convertirlo en objeto de sus chanzas y burlas, haciéndole creer que Elena se moría por él. Nada ponía fuera de su juicio á Elena como los obsequios del capitán Wolff, así es que la puerta de su casa se cerró de un modo claro y terminante.

Por este tiempo pa-ó el prusiano á servir á la Comandancia de la Artillería interinamente y por licencia del propietario.

Una noche fué citado Wolff por un desconocido para conferenciar con él en un lugar también desconocido del *tudesco*.

Introducido vendado al cuarto de su interlocutor, éste á quemar ropa comenzó por hacerle la siguiente pregunta.

—¿Quiere Ud. casarse con Elena Escoto?

—*Bor subuesto*, contestó él.

—Bien, continuó el desconocido, me comprometo á obtener la mano de Elena para Ud. si Ud. sirve en cuanto pueda y se le indi-

que á un comité revolucionario que trata de cambiar el actual orden de cosas.

—¡Carachas!! qué es eso de repolución y campio de Gopierno!!

—Poca cosa; en vez del actual Presidente viene otro mejor, que le dará á Ud. el grado de Coronel, y lo que es mejor el título de esposo de Elena.

—Yo no buedo boner Bresidentes á mi antojo.

—Pero sí puede Ud. entregarnos el Cuartel de la Artillería poniendo en la Guardia el día y hora que le indiquemos al oficial que le nombremos.

—*De peras* me darán Uds. el grado de Coronel y el de marido de Elena... ja... ja... y si lo sape el Gopierno y me *busila por detrás?*.....No... no... eso es cosa sería.

—Pues mi amigo, piénselo bien y contéstenos. Tómese una semana para pensarlo y cuidado con las tentaciones de delatarlos por que Ud. no sabe quienes somos y se expondría á que le diéramos de puñaladas por detrás y por delante. Con que abur y contestar.

Otro día después, nueva cita y nueva conferencia de Wolff con el desconocido. Aceptadas las condiciones se procedió á señalar el día en que debía ponerse en la guardia de la Artillería al oficial X. Pero para alcanzar ese resultado, fué preciso presentar á Wolff una carta de Elena en que le aseguraba que si hacía lo que le exigía el comité revolucionario, sería su esposa. Por supuesto que la tal carta fué fabricada por uno de los conspiradores. De tal manera enardeció la razón de Wolff la esperanza de ser pronto correspondido, y esa promesa le dió tal osadía que al encontrar á Elena en la calle le dejaba ir ciertas frases que ella no comprendía, pero que podían traducirse por las siguientes: "seré leal aunque me busilen," "constancia, que yo cumpliré," "seré fiel hasta la muerte," etc. etc. Observó el capitán que Elena, lejos de contestarle ó recibir bien sus buenas intenciones, lo miraba con más desdén que antes, y esto le hizo comenzar á dudar. La sospecha se convirtió en certidumbre casi, con el incidente que vamos á referir.

Un domingo que mandaba Wolff la parada en la misa de tropa de las ocho de la mañana, le tocó estar colocado de un modo que podía ver á Elena por detrás y á Andrés Cordón á un lado. Andrés por vanidad, ó por el deseo de mortificar á alguien, empezó á hacer ciertos gestos dirigidos á Elena; uno de ellos era sacar un papel del bolsillo y hacer el ademán de enseñárselo á la novia de Delgado; todo esto acompañado de sonrisas picaronas y miradas asesinas. En uno de esos movimientos volvió á ver Elena á Andrés y se puso encarnada, probablemente de vergüenza de sentirse objeto de las maniobras de aquel mequetrefe. Pero Wolff no pensó así y los celos le perdieron la cabeza. Al concluir la música y dejar su tropa en los cuarteles, puso un pañuelo rojo en una vara que tenía en el patio, que era la seña convenida con los conspiradores para pedir ó manifestar que deseaba hablar con el des-

conocido que se entendía con él. Al anochecer ese mismo día recibió cita en el lugar consabido, y una vez frente al enmascarado le dijo que temía que se estuvieran burlando de él; que no se conformaba con las promesas que le habían hecho y que no cumpliría lo arreglado si Elena misma no le decía, ó al menos no le afirmaba con señas ó de otro modo indudable que ella ratificaba lo que á su nombre se había hecho. El enmascarado hizo justicia á Wolff prometiéndole que Elena le daría con la cabeza el sí significativo. Satisfecho el alemán, fué necesario encargar á Rosales tan delicada negociación, pues Delgado que era el prometido de la hija mayor de Escoto, estaba inutilizado por el momento con las nubes que en sus relaciones formó una de tantas sandeces de Andrés Cordón.

(Continuará).

SIRIO.

Y A LO SÉ.

ME cuentan que, una vez, á tu canario
Pusiste en libertad,
Y que él al punto se quedó muy quieto
Y no quiso volar.

Que tal hiciste porque tú querías
Ver si en realidad
Era cierto el cariño que hace tanto
Te pruebo con afán.....

Dejando aparte la manera extraña
De probar la amistad,
Yo te diré que si el gentil canario
No se atrevió á volar,

Fué porque tú le tienes cautivado
Con tu dulce bondad,
Con tu voz que imitar él no ha podido,
Ni nunca imitará,

Y porque acaso comprendió que ausente
De tu risueño hogar,
De profunda tristeza moriría,
Sin poder verte más.

De mi afecto no dudes, que si un día
Me dieras libertad,
Separarme de ti, como el canario,
No podría.....jamás!

1890.

CARLOS A. IMENDIA.

Crónica.

El señor Redactor de "La Prensa Libre" se ocupó ya, con su bien cortada pluma, de la fiesta importante que se verificó el domingo 5 del corriente en la simpática ciudad de Heredia, con motivo del matrimonio de nuestro amigo Manuel Antonio Gallegos y la estimable señorita Angelina Flores.

Nosotros nos conformaremos con decir unas cuantas mal coordinadas palabras, ya que aquella fiesta del amor tendrá puesto distinguido en las páginas de la historia patria, y ya que queremos cumplir con el grato deber de presentar á la nueva pareja nuestros sinceros votos porque siempre se vea rodeada de la más completa felicidad.

A las 9 ½ a. m. del domingo, en tren expreso y acompañado de su señora esposa y otras personas, el señor Presidente de la República se dirigía á la ciudad de Heredia á apadrinar á una pareja que ansiosa de transportarse á mundos llenos de encantos y poesía esperaba minuto por minuto el momento en que el sacerdote debía unirlos para siempre con ese lazo de flores que con tanto arte y magia sabe tejer el travieso y juguetón Cupido.

Poco después de haber llegado el Presidente y su comitiva á la casa de los novios se sirvió un magnífico almuerzo; concluido éste la concurrencia se dirigió á la iglesia en donde momentos después se escuchaba el sí que unía para siempre aquellos corazones emocionados por la felicidad.

De regreso, en la casa de la que ya era esposa, los dulces acordes del piano llevaron el jugueteo á los esbeltos y cimbradores talles de las simpáticas heredianas y josefinas que allí hacían la delicia de la reunión, y las parejas, á semejanza de tranquilas olas, empezaron á moverse al compás de preciosa mazurka....

La fiesta no podía ser mas variada ni más interesante: á la par que había de verificarse la unión de dos almas enamoradas, debían unirse también dos partidos enemigos en política. Y así fué; como á las siete de la noche un grupo numeroso compuesto de las personas más importantes de la culta sociedad de Heredia y que militaron en las filas del partido Liberal Progresista, se presentó en la casa del señor Flores, padre de la desposada, con el objeto de saludar al señor Presidente de la República.

El Jefe de la Nación recibió con su acostumbrada amabilidad á los nobles visitantes.

Cuadro interesantísimo era aquel, por cierto; en él figuraron en primer término, haciendo uso de la palabra, sucesivamente, don Manuel A. Gallegos, Doctor don Juan Flores, Lic. don Federico González, don Rafael Iglesias contestando á los anteriores, el Gobernador de la Provincia y Lic. don José M. Zumbado. Todos ellos con palabras elocuentes y llenas de patriotismo y fraternidad ofrecieron su adhesión y su apoyo al señor Presidente. Es por esta razón que al principio de nuestra mal forjada crónica dijimos que la fiesta que nos ocupa tendrá lugar distinguido en las páginas de nuestra historia patria. Y no es para menos; que después de tantos disgustos, después de tanta intranquilidad y sinsabores entre hermanos venga á echarse un velo á lo pasado y en grupo presentarse á protestar su adhesión al Jefe cuya elección combatieron con tanto ardor. Eso, no cabe duda, es hermoso y no demuestra otra cosa que nobleza de alma y el deseo de ver grande, muy grande á nuestra querida patria.

En aquella reunión del amor, la democracia y la paz, reinaron el contento y la armonía en todas sus bellas manifestaciones. Qué hermosos, qué sublimes aquellos instantes! Bien por la culta sociedad herediana! Bien por los que saben atesorar en sus pechos tantos sentimientos nobles!

A las ocho de la noche la banda militar de aquella ciudad, dirigida por nuestro inteligente amigo don Octavio Morales, empezó á ejecutar preciosas piezas de música, animando más y más á los concurrentes. Después de concluida la retreta el violón de don Procopio dejó oír sus roncadas voces, y el baile, el buen humor y la expansión continuaron hasta las dos de la madrugada, hora en que todos se retiraron á sus lechos.

A esas horas el señor Presidente y su familia pasaron á casa del Doctor don Manuel Flores quien anticipadamente les había ofrecido hospedaje para descansar.

Describir las finas atenciones y deferencias de que fueron objeto los huéspedes es tarea bastante difícil, puesto que nada absolutamente podía exigirse más de la exquisita amabilidad de los dueños de casa.

Cábenos la satisfacción de decir lo mismo respecto de todas las personas de la casa de don Joaquín Flores.

Durante este día el señor Presidente y su familia visitaron la población, la Biblioteca, y el elegante edificio en construcción que se llamará "Colegio Herediano."

Merece especial mención la visita hecha á la fábrica de telas del señor don Federico Velarde, en donde los visitantes fueron objeto de las más distinguidas consideraciones.

A las tres de la tarde del mismo día el señor Presidente y su familia regresaron á esta capital.

Nuestro amigo Nacho Mora y su estimable familia han sido objeto de rudo golpe con motivo de la muerte del señor don Salomón Mora. La honradez más acrisolada y la más decidida dedicación al trabajo fueron las virtudes que más distinguieron á este modesto ciudadano. Reciba el buen amigo Nacho y su familia nuestra más sincera manifestación de condolencia.

La compañía Ochoa-Alba hizo su debut anoche en el "Teatro Variedades." Por la premura del tiempo no nos podemos ocupar hoy del desempeño de la función; lo haremos en el próximo número.

Nos es muy grato saludar atentamente á nuestro amigo el notable literato salvadoreño don Francisco Ant. Gavidia, quien acaba de llegar á Puntarenas con destino á esta capital.

Gavidia es miembro corresponsal de la "Academia Española", miembro importante de la "Academia de Ciencias y Bellas Letras" del Salvador y Director del periódico "Repertorio Salvadoreño."

Bien venido sea el amigo Gavidia.

Con el presente número empieza el segundo trimestre de este periódico. Suplicamos encarecidamente á los señores agentes activar todo lo posible el cobro de suscripciones.

El valor de comisión para los agentes que se encargan, además del cobro, de distribuir el periódico, es el de 20 o/o y para los que simplemente se hacen cargo de cobrar y obtener suscritores es el de 10 o/o.

P. C.

AVISOS

BUEN NEGOCIO.

A QUIEN INTERESE.

En Alajuela poseo un establecimiento de farmacia y otro en esta ciudad; deseando trasladarme á aquella Provincia en donde no podría manejar los dos á la vez, he resuelto vender éste por un precio muy módico y con buenas ventajas para el comprador.

El que desee este negocio, entiéndase con

CARLOS J. DE SILVA.

San José, 13 de Agosto de 1890.

10 v. 2.

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

MINIATURAS. TARJETAS DE VISITA. IMPERIAL.

Victoria. Victoria Imperial.
RETRATOS DE 11x14.

Retratos al crayón pastel, (como se quieran.)
Al óleo.

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, & oro ó plata.

LAS FOTOGRAFIAS PUEDEN ESMALTARSE SEGUN EL ESTILO FRANCES.

(GLACÉ) II PRECIOSO PROCEDIMIENTO I

Se puede trabajar sobre papel violeta, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo pidan.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "Retratos Boudoir," que es un tamaño muy aparente para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

GEOGRAFIA DE COSTA RICA

POR FRANCISCO MONTERO BARRANTES.

EDICION DE 1890.

Esta obra ha sido ampliada con todos los datos adquiridos por el autor, para hacer conocer el país detalladamente. Describense las Provincias y lugares importantes con la extensión posible.

VALE EL EJEMPLAR 75 CENTAVOS.

PUNTOS DE VENTA:

Librería de don Joaquín Montero, en San José.

Tienda de los señores Muñoz y Acosta, en Alajuela.

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA,

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

PARNASO VENEZOLANO.

Publicación económica emprendida con el objeto de popularizar las poesías de los ingenios de Venezuela. Se publica por series de 12 tomos. Cada tomo con 80 ó 100 páginas (á veces más) lleva lo mejor del poeta á quien corresponde, procurando en ello la variedad así en los géneros que cultive ó haya cultivado, como en el mérito de las composiciones que forman la obra. A cada cual la precede una ligera reseña biográfica del vate, y su retrato.

La suscripción á cada serie de 12 tomos vale	oro	\$ 3-20
Cada tomo suelto.....		0-30
La 1ª serie empastada en 2 t.....		4-00

TOMOS PUBLICADOS:

Todos los de la PRIMERA SERIE de 12 tomos á saber:

Don Andrés Bello.—Don Rafael María Baralt.—Don Fermín Toro.—Don José A. Maitín.—Don Abigail Lozano. Don Heriberto García de Quevedo.—Don José Ramón Yepes.—Don Rafael Arvelo.—Don Juan Vicente Camacho.—Don Cecilio Acosta.—Don Francisco G. Pardo.—Don Pedro José Hernández.

Queda abierta la suscripción á las 2ª y 3ª series, que se publicarán simultáneamente.

Tomos en preparación:

los de los demás poetas venezolanos.

Dirigirse á los editores propietarios

A. BETHENCOURT É HIJOS,

Curazao (*Antilla Holandesa*)

á los corresponsales de dicha casa.

EDUARDO E. FOURNIER

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &, &.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

"El Mundo de los Niños."

Se publica en Madrid los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Cada número contiene tres magníficos cromos y varios grabados en negro. Es el mejor periódico para la niñez.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Un año.....\$ 3-25

Un semestre....., 1-75

Número suelto....., 0-10

También pueden conseguirse los tomos de los años anteriores (87, 88 y 89) con pasta de lujo y á precio reducido.

Único agente en Costa Rica,
CARLOS GAGINI.

TIP. NACIONAL.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloí).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero, 1-50.
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA.

NUM. 9.

San José, 30 de Setiembre de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

RIPIOS ACADÉMICOS, por Antonio de Balbuena.
RIPIOS ACADÉMICOS, por El Duque Job.—LA MUERTE, por Antonio Valenzuela h.—ESCENA PARISIENSE, por O. P.—EN VANO, por Carlos A. Imendia.—NOTAS.—ANUNCIOS.

RIPIOS ACADÉMICOS.

II.

No dejarán ustedes de recordar aquellas viñetas que sobre la envoltura del chocolate de Matías López representaban en primer término un niño muy flaco, y en segundo término un niño muy gordo, con sendos epígrafes que respectivamente decían: *Antes de tomar el chocolate: Después de tomar el chocolate.*

Pues bueno: dando aquí por supuesto que aquella pintura tuviera fundamento en la realidad, hay que convenir en que el chocolate de la Academia no produce los maravillosos resultados que el de Matías López.

Porque Marcelino, que es el niño de la *docta corporación*, como la llaman todavía algunos simples, tan flaco y desmedrado está, poéticamente hablando, y tan raquítrico y tan enclenque después de haber tomado el chocolate de la Academia, como antes de que lo tomara.

En el artículo precedente hemos considerado a Marcelino antes de ser académico, es decir, hemos examinado los versos que escribió antes de comenzar a alimentarse en la chocolatería de la calle de Valverde; y hemos visto que eran muy malos. En este vamos a examinar los que ha escrito después de tomar el académico chocolate, y verán ustedes cómo son tan malos ó peores.

Abramos el libro por la primera página después del prólogo, y nos encontraremos con

una cosa que Marcelino llama *soneto-dedicatoria*, pegando estas dos palabras, una del género masculino y otra del femenino, con un guión, que tiene que hacer de aglutinante.

Y dice Marcelino:

"A tí, de ingenio y luz raudal *hirviente*,
(Pase lo de hervir el ingenio.)
De las helenas gracias compañera,
De mis cantos daré la flor primera:
Cobre hermosura al adornar tu frente."

Este cobre á primera vista parece metal, pero después resulta que es verbo.

Cuarteto segundo:

"No de otro modo en bosque *florecente*,
Rudo y *sin desbatar* el leño espera,
O el mármol *encerrado* en la cantera...."

La coma del *espera* y este verso tercero que se interpone, hacen creer á uno que el leño rudo y sin desbatar no espera cosa determinada, sino que *espera*...sentado, es decir, se está allí por no poder marcharse. Pero se lleva uno un chasco al llegar al cuarto verso, porque el cuarto verso dice:

"El *sabio* impulso de escultor *valiente*."

Es decir, que lo que el leño *espera* es el *sabio*, impulso etc. Sino que como lo mismo espera el mármol *encerrado*, y el autor no lo supo decir con buena sintaxis, de ahí la equivocación, y luego la sorpresa del lector al llegar al último verso.

El cual también tiene su poco de ripio.

Porque aun pasando porque el impulso del escultor haya de ser necesariamente *sabio*, siempre nos queda el último *valiente*, que es un valiente muy inoportuno, como lo suelen ser casi todos los valientes, incluso el General Martínez Campos.

¿Pero por qué el escultor ha de ser *valiente*? Vamos á ver.

Porque á Marcelino le hace falta que lo sea. Es claro; porque hizo al bosque *florecente*.

Pero si el bosque, en lugar de ser *florecente*, hubiera resultado *florido*, el escultor no hubiera sido valiente, sino *atrevido* ó *ardido*, como suele decir Marcelino para que nadie lo entienda.

"Llega el artista...."

Y llegamos nosotros á los tercetos; que se me había olvidado advertirlo.

"Llega el artista, y la materia *rinde*;
Levántase la forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y *escinde*."

¿*Escinde*? ¿Y qué es eso?, dirá cualquier lector que no haya estudiado latín? Y se irá á buscar la palabreja al Diccionario de la Academia... y no la encontrará.

Sin que en honor de la verdad haya que censurar por ello á la Academia, pues no es palabra castellana.

Es el verbo latino *scindere*, que no ha pasado al castellano, ni hace falta, porque tiene su traducción legítima en los verbos *rasgar* y *hender*; pero le hizo falta á Marcelino para concertar con *rinde*, y le puso.

Ultimo terceto:

"Corra, en la piedra, de la vida el río:"

Por mí que corra; pero conste que no entiendo una palabra, que no sé lo que quiere decir Marcelino en ese verso.

Un río de la vida que corre en una piedra, que supongo que será el marmol *escindido* más atrás.... ¡Vaya! que no se entiende.

"Corra en la piedra de la vida el río:

Tú serás el cincel, noble señora,
Que labre el mármol del ingenio mío."

Pues se conoce que la noble señora no ha querido meterse á cincel; porque el ingenio de Marcelino, vamos, el ingenio poético, sigue enteramente por labrar.

Y si no que lo diga una composición á Lidia que empieza:

"Almas afines hay: béselas Jove,
Y las manda á la tierra con el sello
De divina hermandad...."

¡Qué las ha de besar Jove! Las almas las
craía Dios, bobín, y nada tiene que hacer con
ella Jove ni ningún otro dios académico.

"Almas afines hay: béselas Jove,
Y las manda á la tierra con el sello
De divina hermandad. Si no se encuentra,
Largo gemido y sempiterno lloro
Es su vida mortal. De vanos sueños...."

Etcétera, Donde, aparte de lo pagano
del fondo, la forma también es muy mala.

"Almas afines hay....
De divina hermandad....
En su vida mortal...."

En cinco versos libres, tres primeros
emistiquios iguales, agudos y asonantados.
Y además dos asonantes finales, *sello* y *sueños*.

Ni aun versos libres, que los hace cual-
quiera, sabe hacer este pobre muchacho.

En otra composición, libre también, que
se llama *Remember* pregunta el niño de la
Academia á una dama:

"Consentirás al menos
Que el ritmo *vago* como el aire *libre*,
Indomeñable, etéreo (¡eche usted apodos!)
Que ni montes ni alcázares detienen,
Y halaga y duerme al *velador*...."

¡Hombre! ¡También nos ha sali-
do espiritista?—exclamará algún lector asus-
tado—Porque eso de dormir los veladores...
Pero no es eso.

"Que ni montes ni alcázares detienen,
Y halaga y duerme al *velador* tirano,
Y nada dice...."

¡Acabáramos!

Ese es el signo distintivo de la poesía
académica en general, y de la de Marcelino
en particular. No decir nada.

Y ahora verán ustedes como empieza
un soneto:

"Salve, titán de la *cerúlea* frente
Sobre el *materno piélagó* dormido:
De tu *férrea* garganta amo el rugido...."

¡Quién dirán ustedes que es ese titán de
la frente *cerúlea* y de la garganta *férrea* dor-
mido sobre el *piélagó materno*?

Pués el mar: el muchacho quiere que sea
el mar, que ni tiene la garganta de hierro,
sino de agua, ni se entiende cómo pueda dor-
mir, sobre el *piélagó materno*, cuando la Aca-
demia dice que *piélagó*, en poesía, es el mar,
y por consiguiente ha tenido el mar que dor-
mirse sobre sí mismo.

¡Cuánta simpleza!

Y todavía dice en una elegía libre:

"No sé qué vaga nube

De futura tormenta *anunciadora*
Cubrió mi frente al encontrar pérdida
De un *escobista* [?] en las insulsas *hojas*...

[¡Ah! vamos, en las hojas de algún otro
poema académico... Por lo de insulsas!]

"En el *cantopurísimo* y *sombrio*
Del *amador toscano* de la nada,
¡Quién será el *amador toscano* de la nada?
Que en versos no entendidos...."

[¡Hombre! hermanos de los tuyos].

....Y á *espíritus gentiles*
Como el tuyo, señora, reservados...."

Qué atrocidad! Llamar gentil á una se-
ñora....

Es verdad que puede ser que lo sea

cuando es amiga de Marcelino, y por aque-
llo de que Dios los cria.....

Después habla de

"La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo *contundia*...."

¡Vamos, que una fiebre contundiendo los
huesos!

Y además.

"El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa...."

¡Hombre! Por los líquidos no se puede
volar; se podrá nadar á lo sumo.

Y luego un corcel volando por la san-
gre....

Ni á propósito se pueden ensartar ma-
yores desatinos.

En otra composición libre, á una tal
Aglaya, que diz que es una señora dulce, á lo
menos el la llama *dulce señora*, habla de

"El *ciego* impulso de ambición *insomne*
Que *lucra maldición* en los aplausos...."

Y en otra, libre también, pero muy *libre*,
en el peor sentido de la palabra, que se titu-
la *nueva primavera*, habla de

"Una oculta virtud *germinadora*
De nueva creación *productora*."

Y ofrece á su amiga inmortalizarla,

"Cual *hembra* castellana....
Como en Tibulo, Némesis y *Delia*
Como en Horacio, la *gentil Glicera*.
¡Ven á alumbrar mis *vigilantes* horas,
A ser la sal de mi desierta *mesa*!"

Lo que necesita sal son estos versos li-
bres que, á más de estar llenos de asonantes
inoportunos, no tienen sustancia.

¡Y qué me dicen ustedes de una *oda* que
empieza:

"Ven *septicorde* lira?"

Después de tropezar en el primer verso
con este capripede, digo, *septicorde* ¿hay quien
tenga valor para seguir leyendo?

Lo mismo que lo de llamar en un adó-
nico á Venus ó á no sé quién,

"Reina bicorne."

¡Y la traducción del himno de Pruden-
cio en loor de los mártires de Zaragoza?

Verán ustedes:

"De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna,
Fiel nuestro pueblo: á Zaragoza asiste
Gloria tan alta."

¡Hombre esto no es poesía, ni es nada!
Esto es como si yo dijera:

Marcelinico que la grande llevas
Todos los días con embozos capa,
Y disparates amontonas tantos,
No te molestes.

Pero todavía tengo que pedirte cuenta
de este otro verso sáfico que irreverentemen-
te diriges á Santa Engracia:

"Y tus médulas pertinaz gangrena...."

¡Te parece que las médulas de los san-
tos han de ser *médulas* no más que porque á
tí se te antoje....?

Y no vale enfadarse, no, ni ponerse fu-
rioso, como creo que te pusiste, hablando de
mí, una vez que, accionando sin gracia con
los dedos abiertos, y trabándosete la lengua,
decías:

—"No escribiré la historia de la sátira
en España, por no nombrarle....y se fasti-

diará, porque yo dejaré treinta volúmenes y
él dejará cuatro libelos...."

No, eso no conduce á nada: sosiégate, y
deja todos los volúmenes que quieras; pero
convéncete de que más te valdría no dejar
este de los versos.

Donde á más de las....cosas ya se-
ñaladas, tienes una traducción muy verde de
Teócrito, la del *Oaristys*, que sobre ser muy
verde y muy escandalosa, es lo más soso que
se ha escrito en castellano.

Como que es un diálogo imbécil entre
un pastor y una pastora, que dicen:

Ella.—"No abandonarme, por los dioses *jura*.

El.—"Por Pan lo juro: seguiréte aunque *huyas*.

(Se advierte que es verso libre).

Ella.—"¿Tálamo harás en la paterna casa?"

El.—"Y establos llenos de *balantes greyes*.

Ella.—"Mas, ¿qué decir á mi amoroso padre?"

El.—"Mi nombre dile: gustará del yerno.

Ella.—"Dime tu nombre: agradaráme acaso.

El.—"Dafnis, de Lycas, y de Nomis hijo.

Ella.—"Soy bien nacida como tú boyero...."

El.—"Dí: ¿por qué tiembles, de mis ojos lumbre?"

Ella.—"¿por qué desatas la virginea zona?"

El.—"En sacrificio á la de Chipre reina...."

Y...ya no se puede seguir; pero con lo
trascrito bastará para que comprendas, ¡oh!
tú, el de la Academia niño, que has echado á
perder á Teócrito, y que nadie en el mundo
puede tener la paciencia que es necesaria pa-
ra leer esas soserías.

Como no se puede leer tampoco la tra-
ducción que has hecho del idilio de Chenier,
El ciego, donde, tras de otros muchos giros
inadmisibles, se lee:

—"Toma, y ojalá cambie tu destino,

Ellos *dijeron*: y sacando *luego*

De una de *cabra piel blanca y luciente*

El manjar aquel día preparado...."

¡De una de *cabra piel*!....

¡Pero hombre! ¡De una de *cabra piel*!..

¡Qué diría de esto el señor Boris de Tan-
nemberg, si se enterara?

Lope de Vega, para burlarse de las tras-
posiciones, escribió aquella famosa de

"En una de fregar cayó caldera."

Pero tú, ¡oh, Marcelino! has hecho en
serio una trasposición aún más violenta y
más ridícula que la de Lope.

Y más que todas las conocidas.

Vamos, que... ¡De una de *cabra piel*!..

Un poeta contemporáneo, mejor que tú,
aunque Boris de Tannemberg no le coloque
entre los tres poetas menores, cuenta que una
modista amó á un veterinario,

"Que la tuvo un amor extraordinario.

Pero un día ¡oh dolor! día funesto,

De emoción el galán quedó *traspuesto*.

Y ella en aquel instante,

Por no ser menos que sensible amante,

Una *gástrica* tuvo calentura.

Trasposición se llama esta figura."

Pero también esta trasposición, hecha
en broma como la de Lope, es menos violen-
ta que la tuya,

"¡De una de *cabra piel*!.."

En fin, creeme, apreciable joven, que só-
lo por tu bien te lo digo: quema este libro de
las *odas*, *elegías*, *tragedias* y demás, y no vuel-
vas á meterte á poeta.

Hazlo por tu fama.

Porque en prosa escribes bastante bien.
Ya ves que soy justo. Pero los versos, los
haces muy malos.

ANTONIO DE BALBUENA.

"RIPIOS ACADÉMICOS."

II.

PARA decidir si Menéndez Pelayo y Valera son Poetas, sería preciso ponerse de acuerdo antes sobre la recta interpretación del vocablo *poeta*. Para algunos el poeta es un loco, ó cuando menos un neurótico. No hay poesía para esas personas, en donde no hay epilepsia. Un poeta es así como un cuáquero de la secta de los *tombadores*; como un hijo rezagado de las pitonisas ó de las sibilas; no canta sino cuando está enfermo, y su canto es un quejido, un grito, una imprecación ó algo semejante.

Para otros, el poeta es un músico. Poco importa lo que diga, con tal que suene bonito. Los que así piensan, consideran la poesía como una *música para bailes*: quieren bailar los versos. Que el autor lleve bien el compás, que los instrumentos, ó sea los versos, no desafinen; que el ritmo no se interrumpa, y quedan satisfechos. Lo esencial es la melodía.

Hay otra gente peor todavía: la que busca en el poeta la reproducción exacta de lo real; la que no admite en el gremio de los vates, sino á aquellos que llaman las cosas por sus nombres propios; la que exige *verdad* á la poesía, que es como pedir ciencia de contrapunto á los señores pájaros.

Y, en resumen, para no ser prolijo, hay muchos poetas para gustos diversos, pero no hay, ó no está definido por mayoría de votos, el *poeta*. Unos lo quieren pintor; escultor, otros; éste, profeta; ése, revolucionario; aquel, tradicionalista; el de acá filósofo; gramático el de allá, y el de acuyá erudito ó sabio. Si á un devoto de Lamartine se le pregunta si Leconte de Lisle ó Sully Prudhomme le parecen poetas verdaderos, contestará que no, probablemente. Y no será porque la poesía de ellos no sea tal poesía, sino porque él no la entiende. Es como si nos dicen en alemán, á los que no sabemos alemán, alguna sentencia, por buena que sea, de Shopenhauer, y nos preguntan qué nos pareció. Pues, que no la entendemos!

Ni la música, ó la armonía del verso, es el elemento universal, universalmente comprendido de la poesía; porque también para gustar de ese placer, hay oídos y oídos. Que nos reciten en griego una oda de Píndaro, un coro de Eskylo, y no atinaremos con el ritmo ni podremos decir en conciencia, si eso es verso ó prosa. El versado en las lenguas clásicas antiguas, puede gustar del exámetro y del pentámetro; pero el profano no dará con la recóndita armonía que tienen. En alemán y en inglés, Goethe y Longfellow han escrito exámetros y muy buenos y que suenan bien á ingleses y alemanes; pero los exámetros, en español, resultan malos, ó hay que oír en otro idioma para gustar de ellos.

En la misma poesía castellana, ó española, mejor dicho, los versos libres ó *blancos* no suenan bien para la generalidad de los oyentes; la décima agrada más que la silva; la octava, más que el terceto; y la quintilla,

más que la octava. Probemos á leer la *Elegía á las musas* de don Leandro Moratín, y en seguida de ésta cualquiera de las serenatas moriscas de Zorrilla. ¡Que me ahorquen si, por sufragio popular, no se da primacía á la *serenata*.

Y eso, por lo que atañe al placer del oído, que en cuanto al puramente psíquico... también gustará más la serenata.

¡Que Leopardi es poeta! Sin disputa! Mas, ¿para quién es poeta? Para el que sabe de filosofías y de extrañas literaturas; para el que ha leído á Job; para el que sabe analizar los dolores humanos; para el que está familiarizado con la historia de Italia; para el que ha seguido la corriente del pesimismo desde Sakiamuni hasta Hartman; en una palabra, para el que sobresale del nivel vulgar, para el que ha conocido ya muchas bellezas y sabe apreciarlas todas. En un salón gustará más á las señoras y á los hombres también, una canción, en seguidillas de Grillo ó Selgas, que la poesía á Neptuno de Leopardi. Y si en una festividad patriótica, de Italia misma, leo ó declamo la oda célebre de

¡O numi, ó numi,

Pugnan per altra terra itali acciari!

es probable que no me aplaudan, porque no me entiendan, á pesar de que la tal oda sea un modelo de odas.

Se necesitan estudios preparatorios para descubrir y admirar la belleza de ciertos poetas. Todos los que escriben encaraman en las nubes á Homero, á Valmiky, á Shakespeare, á Goethe; pero ¡qué pocos los han leído y qué pocos de los que pudieron leerles los comprenden!

Para la mayoría del público, á Shakespeare lo salvan los cómicos y los traductores que lo amputan, mutilan y visten á su modo. Quien más ha popularizado á Goete, es Gounod, y la Margarita á quien citan á cada rato los poetas, no es el del poema, sino la que canta el ária de las joyas en la ópera. El nombre de Valmiky es muy sonoro, y por lo mismo suena frecuentemente en verso ó prosa. Y de Homero se habla como de Dios, sin conocerlo.

Ea una misma nación, el gusto cambia como las modas. Hoy en España han de ser más leídas las inéditas poesías místicas de autores modernos, que las admirables y purísimas de San Juan de la Cruz; gustarán más los dramas de Echegaray que los de Lope y Calderón; las comedias de Gaspar que las de Tirso; y cualquiera novia quedará complacida si su rendido adorador le copia unas redondillas de Blasco ó Manuel del Palacio, en lugar de una égloga de Garcilaso.

Y la verdad es que, á mi entender, todos tienen muchísima razón; el que gusta de los poetas músicos; el que prefiere los poetas pintores; el que busca, por afición adquirida en los estudios clásicos, un reflejo de la belleza latina ó la griega; el que se hechiza contemplando las flores y los pájaros de Selgas; el que admira las moras y los señores feudales de Zorrilla; el que saborea la fecundia y gracejo de Bretón; el que desentraña los primores de lenguaje en un imitador de Fray Luis; el que entiende y disfruta las intensas ternezas de Aguilera; el que reza ante las imágenes de

mármol que esculpe Núñez de Arce; el que llora con Becquer; el que se queja con Espronceda; el que ama y ríe y sufre con don Ramón de Campoamor.

En la república de las letras todos deben ser presidentes, con tal de que tengan talento. Y no hay que ser sectarios ni proscribir á los dioses que no sean nuestros dioses, sino darles abrigo y hasta culto en un gran Panteón.

El que sabe gustar de mayor número de bellezas, tiene, sin duda, mucho adelantado para ser dichoso. Por lo mismo, compadezco al señor Balbuena que no aprecia sino las bellezas gramaticales, que, en puridad, no son tales bellezas, sino ausencia de defectos. Algo de eso tenía Hermosilla; pero Hermosilla fué mucho más literato que Balbuena, leyó á los latinos y á los griegos, supo admirarlos, aunque no supo traducirlos, y el que por esta intelección de la belleza clásica, llamó poeta á don Leandro Fernández de Moratín, no habría negado seguramente el propio título á Menéndez Pelayo y á Valera. Los defectos de Hermosilla, como crítico, son defectos de retórico: los de Balbuena, son vicios de gramático. Y porque no conoce otras literaturas, porque no ha bebido en la fuente límpida de la antigua poesía, desconoce las excelencias de Menéndez.

Este señor no será, de cierto, un poeta para todos, no será el Poeta. Primeramente, porque ese Poeta, en singular, no existe sino retóricamente. Acaso en toda la historia de la poesía, no hay una sola figura tan compleja, tan varia, y tan completa, y una en su diversidad, como la de Víctor Hugo. El fué épico, lírico, dramático, satírico á semejanza de Juvenal; bucólico á semejanza de Virgilio; teófilo y escéptico; cantó como Lucrecio y como Horacio; amó y aborreció admirablemente; abrió, como él dice, las ventanas de su alma, "á los cuatro vientos del espíritu;" pulsó, en fin, "toda la lira," y sin embargo, tampoco Víctor Hugo es el Poeta, puesto que hay muchos que lo niegan ó que no lo entiendan. ¡Y eso tratándose de Víctor Hugo, quien, como ya dije, es el poeta que ha reinado en más vastos dominios! Los devotos de Gautier son más escasos, porque han menester de especial cultura para distinguir y apreciar las lindezas y lo exquisito de su forma. Los devotos de Banville son menos todavía. Y para enamorarse de Chenier, ¡maestro insigne! hay que haber pasado antes por una lenta preparación; hay que conocer á los hermosos huéspedes de su poesía: á los griegos.

Y no se diga que los poetas más diestros ó más hábiles para herir el corazón son los verdaderos y universales poetas. Como nadie, lo hirió Job, y para no remontarnos muy arriba, como nadie, lo hirieron en este siglo, Byron en Inglaterra; Musset y Lamartine en Francia, Espronceda en España. Y sin embargo, de Lamartine no nos acordamos sino en las noches de luna y en los lagos; Musset vive más que Lamartine en la poesía francesa, pero como vive en la memoria el recuerdo de un buen amigo muerto joven; Byron es un lejano antepasado de Espronceda, y Espronceda, un lejano antepasado nues-

tro. El corazón muda de modas para expresar sus sentimientos... y hasta muda también de sentimientos...!

En la poesía moderna, más que Lamartine, más que Musset, reinan fatídicos aparecidos, como Edgar Poe: pálidos enfermos, como Hine; y filósofos descorazonados, como Shapenhaner. Lo cual no obsta para que tengan sus capillas y sus templos Horacio, Virgilio, Teócrito, los poetas bíblicos, Lucrecio, los poetas orientales y los poetas indios.

Creo, sin embargo, que la única fuente, no de eterna juventud, pero sí de más larga juventud para los versos, es el sentimiento. Y que la mejor droga para alargar esa mocedad—especialmente en la poesía española y en la italiana—es la música, la cadencia, el ritmo.

Ni Menéndez Pelayo, ni Valera, tienen y dan á sus versos esa fácil melodía que agrada á todos; ni la belleza á que ellos rinden culto más ferviente, es la que á todos descubre sus recónditos hechizos; ni los sentimientos que realzan en poética forma, son los comunes á la generalidad de los humanos, ni tampoco, por razones que luego apuntaré, nacidas sólo de barruntos míos, vuelan con atrevido vuelo, despertando envidias y entusiasmos; pero sí dicen bellamente cosas bellas, y porque reflejan á altísimos poetas, porque reviven ó ingertan en la castiza, otras poesías extrañas han ejercido influencia provechosa en la literatura española y en la hispano-americana.

De esto hablaré en el siguiente artículo, que, por fortuna para mí y para mis lectores, será el último.

EL DUQUE JOB.

LA MUERTE.

(PARA "COSTA RICA ILUSTRADA.")

Del gótico templo resuena en la nave
la preza que murmura ferviente el mortal;
se eleva entre gases de aroma-suave
salmódia que ahuyenta los genios del mal
y pedir á los cielos
dé á un hombre que ha muerto la paz eternal.

Allá en la mezquita preludian sonoras
las guzlas vibrantes del árabe infiel;
celebran con cantos las vírgenes moras
la muerte de un hijo del viejo Ismael,
pidiendo al Profeta
le brinde los frutos que da su verjel.

Y en tanto que espera con ansia el cristiano
la gloria ofrecida por Cristo en la cruz,
y sueña el ardiente sensual mahometano
huries amantes, edenes de luz,
la muerte prosigue
envueltas de sombras en negro capuz.

ANTONIO VALENZUELA (h.)
Guatemala.—1890.

Una escena parisiense

(Cuadro trágico.)

DEDICADO Á DON JOSÉ M^a ALFARO C.

I.

La escena pasa á principios de este siglo,

época de grandes acontecimientos trágicos y heroicos.

Era media noche: París estaba silenciosa, desierta y sombría; semejava al de un panteón su silencio sepulcral; á este mortal silencio añádase la oscura lobreguez de la noche, el lejano y tristísimo aullido de los canes, el grito siniestro y vago aleteo de la lechuza, que á veces pasaba por cima de las casas á poca altura, y un cielo altísimo tachonado de chispeantes estrellas en las cuales parecía mirarse á Dios: todo esto sumergía el alma en un caos de tristezas y recuerdos que ponían miedo al pensamiento, haciendo recordar solamente y con timidez el sepulcro, la muerte.....

Vislumbrábase en medio de la lobreguez de las tinieblas un hombre que caminaba por media calle, á paso muy lento, con la vista clavado en el suelo, los brazos caudados; llevaba en los hombros una especie de trapo.

De repente se detuvo, permaneciendo como venía: con la mirada en el suelo, los brazos cruzados. Quedose lelo. ¡Quién sabe que pensamientos é ideas resolvían la mente y el cerebro de aquel sombrío y extraño personaje! Así estuvo poco, después levantó los ojos al cielo, como para mirarlo, y los bajó de súbito; echó una ojeada penetrante y lenta á su derredor: no vió nada; siguió pausadamente caminando; dió algunos pasos y paró: se llevó la mano derecha á la frente y apoyó el codo sobre la izquierda, que aun no había movido; en posición tan triste y meditabunda, siempre con la vista en el suelo, (y talvez en su conciencia) permaneció largo rato; viósele hacer con la cabeza un ligero movimiento como de aprobación, y tornó á andar, acercándose entonces á la acera derecha de las casas por donde caminaba, tan suave y maliciosamente como el tigre que olfatea su presa; arrimose á una puerta y aplicando el oído á la cerradura, púsose á escuchar; luego se agachó para mirar por la bocallave cuidadosamente; entonces llevose una mano al bolsillo, sacó un objeto, probablemente una ganzúa, y probó á abrir la puerta: oyéronse ligeros ruidos, empujó y la puerta se abrió; al abrirla uno de los goznes produjo un sonido que lo llenó de miedo y dejolo como una estatua, sin pestañear siquiera; quedose así pocos instantes; cerró la puerta y estaba dentro.

Se hallaba en el zaguán: aquí fuese poco á poco caminando y suavemente, donde por más que se dilataran sus pupilas nada podía ni siquiera vislumbrar; no sabía donde se encontraba; andaba á tientas, arrastrando las manos sobre la pared; por fin hallóse con una puerta; allí permaneció algunos instantes vacilando; no oía más que el leve y monótono respirar de una persona que probablemente dormía; decidióse á entrar y dando vuelta al botón de la puerta, ésta se abrió. ¡Qué se presentó á sus ojos en el cuarto en que se encontraba! Un cuadro vulgar, pero imponente: dos lechos, uno en la sombra y otro en la penumbra de la luz que proyectaba una triste y pálida lámpara. En el lecho alumbrado se veía una bellísima joven, encantadora y llena de gracia, blanca como la nieve de los Alpes, de negras pestañas, de hermosa cabellera, suelta y dispersa sobre la almohada, y de suave respirar cual el de un niño; parecía que tenía la sonrisa en los labios que esperaban voluptuosos el dulce beso de amor; su alma se reflejaba en su rostro, inocente y bella. Quedose aquel viejo inmóvil mirando á la niña; después clavó sus miradas en un objeto que relumbraba y que producía con el parpadeo de la luz bellísimos cambiantes y que estaba en un tocador junto á la cama; dirigióse á él con mucho tiento,

siempre mirando á la niña, y lo tomó; era una sortija; metióse la súbitamente en el bolsillo, y siguió después mirando á la niña; ya no la veía, la contemplaba; como estupefacto se acercaba más y más á aquel lecho, y medio agachado se quedó viéndola de hito en hito; dió un profundo suspiro y se volvió poco á poco; abrió la puerta, pasó al zaguán, se fué con gran silencio, abrió y cerró la puerta de la calle. Estaba afuera.

Caminó luego por media calle, unas veces despacio otras aprisa, volviendo á mirar atrás y á todas partes; al rato desapareció por la oscuridad y la distancia.

II.

Al despertar por la mañana, la joven, alegre y risueña, con sus cabellos flotantes por la espalda, con sus negros y vivísimos ojos, y angelical sonrisa y aquel agradable movimiento propio de su edad y sexo, fué á tomar el anillo; mas no lo halló; no había nada; sofocada ya y triste, se puso á buscarlo por el suelo, debajo de la cama, por todas partes; ¡imposible hallarlo! quitó el tocador poniéndolo en otro punto ¡todo era en vano! preguntó á su madre, y no pudo darle razón; llamó á todos para que lo buscaran: ¡inútil trabajo! Cansada de buscarlo se sentó, ó mejor dicho, se dejó caer en una silla, y con una mano sobre la frente, melancólica y afligida, de cuando en cuando se veía correr por sus blancas mejillas una quemante lágrima que iba á detenerse en alguno de sus graciosos hoyuelos. Por fin levantose de la silla, dirigióse á su cama y, cogiendo las frazadas y sábanas, las sacudió fuertemente; buscaba el anillo con la última esperanza, ¡nada halló! En estos momentos llamaron á la puerta de la calle.

—¿Quién es?—gritó la niña.

—En nombre de Dios, una limosna: respondió una voz temblorosa y triste.

La niña tomó un pedazo de pan de un armario, y se dirigió á la puerta donde habían llamado.

Era un anciano de hermosa y blanca barba, mal vestido, casi andrajoso y de ceño grave; al llegar ella se quedó fijamente viéndola, (ella lo notó) después de recibir el pedazo de pan, dijo el viejo pausadamente.

—Si no me engaña la memoria me parece que la conozco!

—¿De dónde es Ud., señor?—preguntó la niña.

—París me vió nacer, ahora no soy más que un viejo errante y desgraciado que vengo de las prisiones de Siberia, de otros climas. ¡Padezco y sufro tanto!

—¿Su familia...?—preguntó la joven.

—¿En Siberia supe que murió! ¡Estoy solo en el mundo!—contestó el anciano, y entre tanto no despegaba los ojos de la niña.

—¡Ah qué desgracia!

—¿Su nombre de Ud. joven amable?—interrogó dulcemente el viejo.

—Ester.

—¿Ester! ¡Ester!—repitió el pordiosero, acentuando ese nombre y palideció

—Sí, señor, Ester me llamo; y ¿su nombre de Ud. cuál es?

—Timoteo Mortin.

—¿Mi padre!—gritó Ester, y cayó pálida y desmayada, apenas respiraba.

Doña Claudia, su madre, que se encontraba sola, saltó del asiento donde estaba y corrió á ver lo que sucedía.

—¿Qué es esto, Dios mío!—gritó despaavorida—tu padre es muerto há muchos años! —y entre tanto levantaba á Ester que aún permanecía en el suelo desmayada.

—Su padre no ha muerto.....exclamó el anciano.

—¡Timoteo! exclamó doña Claudia, abrazándose al pobre que aún estaba de pie, y dejando á Ester tendida en el suelo.

Cuadro terrible era éste: el viejo reconoce á su esposa y á su hija que está en el suelo, doña Claudia acude á levantarla; pero conoce á su esposo y deja á Ester, para abrazarse frenéticamente al viejo Mortin, que aún permanecía como petrificado.

Esas tres personas, que representaban tan terrible escena, estaban llenas y poseídas de una como trágica alegría.

Desabrazáronse, por fin, los viejos esposos y, levantando á Ester, que ya volvía en sí, se fueron al dormitorio, donde Timoteo y doña Claudia se sentaron en una cama, y Ester en una silla, junto á ellos.

Largo rato permanecieron en silencio, Ester volvía á mirar á su padre, mas, no resistiendo su mirada, bajaba la vista prontamente; Timoteo estaba como triste, doña Claudia también, todos pensativos y ninguno sabía por qué causa; como que algún siniestro presentimiento les embargaba á todos el espíritu. Por fin doña Claudia rompió el silencio y dijo:

—¡Muerto estabas para nosotras muchos años há!

—¡Para vosotras y el mundo? He estado en un desierto, en una cárcel en la Siberia; allí me dieron la tristísima nueva de que habíais muerto. ¡Con cuántas lágrimas no he empapado mis mejillas! ¡Cuántos padecimientos he tenido!

—¡Por qué y cuándo estuvisteis en las prisiones de Siberia?—preguntó Ester.

—Voy á contaros mi historia, penosa y desgraciada de los largos años que han transcurrido desde que salí con Bonaparte hasta hoy.

Cuando Napoleón con sus conquistas asombró al mundo é hizo temblar á la Europa, yo fui, como vosotras sabéis, uno de sus más favoritos compañeros: marchamos á Rusia y después de mil contratiempos y penalidades llegamos á Moscow. La ciudad estaba desierta é incendiada: allí padecimos hambre y no había siquiera ni un mal bocado, y ateridos de frío y hambrientos tuvimos que dejar la ciudad. En el Beresina sufrimos un gran desastre: nuestro gallardo y valiente pueblo parecía un ejército de héroes, pues luchó con asombroso heroísmo. Allí fué donde tuve la desgracia de ser aprehendido por un destacamento ruso, que me condujo á una fortaleza en donde me aherrojaron en un terrible antro; después me sacaron de allí para llevarme á las prisiones de Siberia, donde estuve sobre ocho años, que fueron para mí siglos. Allí me dijeron que habíais muerto. ¡Oh ingratitud y malicia humanas!

Salí entonces para venir á mi querida Francia; atravesé Rusia, llegué á Alemania hambriento, andrajoso, casi desnudo y sin un céntimo siquiera en el bolsillo; busqué trabajo para aliviar mi miseria y difícilmente lo hallé sirviendo en un establo, donde cuidaba de unas bestias por un miserable salario, apenas suficiente para no morir de hambre. Por fin, dejé aquel funesta lugar para regresar á mi patria, y he llegado en el estado en que me habéis encontrado.

Mientras refería esto Timoteo, doña Claudia y Ester no despegaban un instante la vista de él, que unas veces palidecía y otras se ponía cárdeno.

III.

Este anciano que infundía respeto por sus canas y por su semblante: este desgra-

ciado anciano cuya sola presencia hacía llorar á cualquiera, pues, su aspecto expresaba el colmo del dolor y de los sufrimientos; este anciano tan digno de lástima, ¡parece mentira! estaba engañando á su esposa y á su hija con aquella narración: por eso palidecía, por eso luchaba allí con su conciencia. ¡Manchas muy negras y sombrías oscurecían la vida de Timoteo!

La tristísima narración que aquel desgraciado viejo había hecho de su desventurada vida era del todo falsa; pues, si bien era cierto que había acompañado á Napoleón en aquella campaña, hasta el Beresina, nunca fué preso, como decía, por ningún destacamento ruso: Timoteo, del Beresina se fugó á Austria, donde ¡quién sabe por qué fatalidad! vino á confundirse con la hez del populacho, dejando en el olvido á su familia; no se sabía de qué vivía allí, y llegó, por último, hasta convertirse en ladrón; robó una vez una bolsa con gran cantidad de dinero, y, en consecuencia fué aprehendido por la policía, y estuvo en galeras, de las que pudo fugarse y llegar á Francia.

IV.

Aquel extraño personaje, que la noche anterior á aquella horrible tragedia, se le había visto caminar pensativa y lentamente por las calles de París, era Timoteo Mortin; en aquellos momentos de noche en que atravesaba la ciudad, sin duda, se le vinieron á la mente los más téticos recuerdos, para él tan caros, de su hogar, de su patria y de las glorias de aquel coloso de Bonaparte; todo esto, y el aspecto mismo de la naturaleza en aquella noche ofuscaba grandemente su espíritu. Buscó entonces alojamiento ó una guarida en que refugiarse; pero de repente le saltaron su espíritu negras ideas, y se metió en aquella casa á robar por instinto, por espíritu de perversidad, y ya sabemos qué hizo allí. Aquella niña—que halló durmiendo en aquella habitación, se le pareció mucho á su hija; por eso se había quedado contemplándola. Timoteo tomó el anillo maquinalmente. Cuando salió de allí era objeto de tristezas, pesares y remordimientos lúgubres que nublaban su conciencia; aquel anillo toda la noche lo estuvo atormentando, llegóse junto á una lumbre y viéndolo bien, le encontró grabadas estas dos letras E. M.; entonces se acrecentó su pena, y se retiró á uno de los suburbios de la ciudad á buscar donde dormir; se alojó esa noche en un ruinoso coche; y no pudo ni siquiera dormir; entonces concibió la idea de volver á la mañana siguiente á reconocer á la que le había parecido ser su hija. En efecto, disfrazado de portador llegó pidiendo una limosna; entonces fué cuando reconoció por completo á Ester, su hija y á doña Claudia, su esposa.

Timoteo Mortin era una de esas almas extraordinarias, nunca bien definidas. Cuando acompañó á Napoleón Bonaparte, desplegó rasgos de verdadero heroísmo y mostró tener un alma grande; separado de Bonaparte fué un hombre bien raro: á veces parecía no tener conciencia, y otras por el contrario. Allí en aquel lugar que estaba en aquella terrible mañana, estaba sosteniendo una cruda lucha con su conciencia, que lo asaltaba, mostrándole la oscuridad de su hasta entonces depravada conducta, y pensaba, temblando de dolor, en aquellos dos seres que había olvidado y abandonado por tanto tiempo: su alma había experimentado ya una saludable y violenta transformación. Ya era otro en aquellos momentos.

Después que Timoteo refirió su falsa historia, Ester le dijo tristemente:

—¡Padre mío, te acordabas de nosotras? Siempre..... contestó el anciano, y echóse á llorar como un niño.

Las lágrimas en los ojos de un anciano significan siempre el dolor inmenso de las tragedias del alma.

—¡Por qué lloras, Timoteo?—dijo doña Claudia, echándosele al cuello.

—Sufro mucho y no puedo contener el llanto.

—¡Por qué sufres, Timoteo?

—Por mi desgracia ó quizá por el destino.

—¡Acáso eres la culpa de tu infortunio?

—¡Ay! mi conciencia me espanta! Sí, yo soy el culpado, yo mismo he sido mi propio verdugo y el vuestro también! Mas.... no puedo.....

—No desesperes, Timoteo, acuérdate que te has sacrificado por defender tu patria y por levantar tu nombre.

—¡Ah de mi sosiego! Desespérame haberos abandonado por la maldita ambición de gloria! Seguí á Napoleón tan sólo por seguir al coloso.

—Padre, ya llaman á la mesa, es bien tarde.....dijo Ester.

—Bien, querida hija, y prosiguió después, ¡cuántos años há que vivís vosotras en esta casa?

—Cuatro años aproximadamente.

A esto siguióse un silencio de algunos momentos, y al cabo dijo Timoteo:

—¡Qué pequeña te dejé, Estercita!

—Tan pequeña estaba que apenas me acuerdo de Ud.

—¡Cuánto me querías y halagabas, tus dulces besos endulzaban siempre mi amarga existencia.

—¡Padre, si entonces lo quería tanto, ahora, cuánto no lo idolatro!

—Dame un beso, hija del corazón, le dijo Mortin,—y oyóse el ruido armonioso de un beso paternal.

En esos momentos llegaba á ellos un joven de regular estatura, gallardo y bien parecido, que al ver aquel grupo y sobre todo á aquel viejo que estaba en medio de ellas, quedose sorprendido.

Levantándose Ester de su asiento, se dirigió á él y le dijo:

—Alfredo, he aquí á mi padre.

—¡Tu padre!

—Sí, mi padre.....!

Y dirigiéndose entrambos al viejo Timoteo, Alfredo exclamó:

—¡Oh, señor Mortin.....!

Timoteo levantando la vista contestó fríamente el saludo.

Ester entonces se dirigió á su padre y le dijo:

—Padre, Alfredo va á ser mi esposo.

A tales palabras nada replicó el anciano, antes por el contrario se quedó pensativo y como ensimismado. Por largo rato reinó allí un silencio terrible.

Al cabo el viejo preguntó á Alfredo:

—¡Su apellido cuál es?

—Malheureux.

Este nombre bastó para producir tal impresión en él, que cambió completamente de color, y siguió repitiendo por bajo y entre dientes esa palabra.

Todos notaron el cambio que el viejo había experimentado.

Seguidamente dijo:

—¡Cuándo pensáis casaros?

—Dentro de breves días pensamos—respondieron Alfredo y Ester casi simultáneamente.

¡Conque pensabais casaros!

—Sí, y de esto ¿qué dice Ud?—preguntó Ester.

—Yo.....nada; pues.....y calló.

Siguiose un rato de silencio, y por fin Timoteo exclamó violentamente:

—Jamás consentiré en veros á vasotros unidos como esposos.

Estas palabras produjeron naturalmente el efecto de un rayo.

Alfredo, Ester y doña Claudia, quedaron estupefactos, sorprendidos.

Ester, volviendo en sí de su letargo, dijo:

—Después de tantos años de ausencia, después de tantos sufrimientos con esto me regaláis. No. Me caso, aunque.....

—¡Desgraciada de tí!—repuso Timoteo.

Todo esto había causado en Alfredo un no se qué inexplicable, y, cobrando ánimo, dijo:

—¡Sabe Ud. acaso quién soy yo para creerme indigno de la mano de su hija?

—Hay razones..... misterios. Tengo conciencia y mi conciencia.....

A oscuras quedaron todos ante tales palabras que no podían comprender.

Entre tanto doña Claudia callaba y permenecía meditabunda.

Alfredo volviéndose al taciturno viejo, le dijo:

—Mas yo me caso, pese al mundo entero.

—¡Quién es tu madre?—desdeñosamente le interrogó Timoteo.

—No tengo.

—¡Quién fué?

—Juana Rosemond.

—Y, ¿tu padre?

—No sé.

Las respuestas que daba Alfredo, herían profundamente al anciano.

—¿Tienes hermanos?

—Ninguno.

—¿Quién es tu rival?

—Gastón Fortín que me aborrece de muerte.

Concluido este ligero diálogo, se siguió una breve pausa. Y Timoteo rompió el silencio diciendo:

—¿Y quieréis que consienta en vuestra unión? ¡jamás!

—¿Por qué?—dijo Alfredo.

—Porque no, y basta.

Ester levantándose entonces, se retiró á la sala. Alfredo también.

Timoteo permanecía inmóvil en su puesto. Claudia triste y sombría, apoyaba la cabeza sobre la mano derecha. Y lloraba.

Alfredo y Ester quedáronse solos, hablando por bajo. Púdose oír el siguiente diálogo que entablaron los dos:

—Mejor á Versailles, decía Alfredo.

—Cualquier parte, contestó Ester.

—..... Nuestra Señora.....

—..... iremos.....

—Cualquier hora.....

—Mañana.....

—Hoy.

—Ahora.

—Bien.

—¡Adiós, madre de mi corazón! exclamó Ester.

Estas fueron las últimas palabras que se oyeron; y salieron silenciosamente.

Andarían unos cien metros á pié, cuando tomaron un carruaje que los condujo á Nuestra Señora. Allí un cura les echó la bendición, y siguieron camino de Versailles.

Entre tanto Timoteo aun permanecía en su puesto, cada vez más melancólico y triste. No hablaba una palabra.

Doña Claudia se levantó para ir á hablarle á Ester; no la halló; y desmayada cayó al suelo, gritando lastimosamente.

En esos momentos un hombre que pasaba por la calle entró á ver lo que sucedía, y,

viendo á doña Claudia en el suelo, la levantó. Al cabo llegaron los criados de la casa que le hicieron algunos remedios y al fin pudo volver en sí.

Luego pasó al dormitorio donde estaba Timoteo y al ir á abrazarlo ¡pobre mujer! no estrechó más que un cadáver. Timoteo estaba muerto. Doña Claudia quedó loca.

Gastón Fortín, el rival de Alfredo, que supo su fuga, salió á alcanzar á su hermano, y preguntando aquí y allí, en todas partes, logró encontrar su huella. Lo atacó y se batieron. Parecían más que hombres dos fieras. Por fin la suerte, siempre traidora, hizo que Alfredo fuese herido mortalmente. La presa aún no estaba arrebatada: Ester, que no podía ver á Gastón, y mucho menos con la última infamia que había cometido, indignada y llena de venganza, arrancó el puñal que aun tenía clavado Alfredo y y lo hundió en el corazón del fratricida.

V.

Timoteo Mortín murió asesinado por su conciencia, ó, por mejor decir, por el acaso.

En sus últimos momentos se halló en una situación terrible, entre dos abismos.

Alfredo Malheureux, que era su hijo, había sido un expósito, y su padre siempre se negó á reconocerlo. Timoteo al casarse había jurado á Claudia no haber tenido relaciones ilícitas con nadie. El viejo Mortín tuvo relaciones con Juana Rosemond, y fruto de esos amores fué Alfredo. Gastón era también hijo de Juana, pero su padre no era Timoteo.

Mortín jamás podía consentir en el casamiento de Ester con Alfredo, por que esto equivalía á permitir un crimen, un incesto; no podía revelar quien era Alfredo, porque en su vida se obstinó en no reconocerlo, y además por sus juramentos á Claudia y otras mil circunstancias.

La vida privada de Timoteo había sido muy negra; en su horizonte no vislumbraba sino pardos nubarrones. Llegó, como se sabe, hasta abandonar su familia para convertirse en salteador de caminos.

Tal fué Timoteo, tales fueron sus últimos días.

EPÍLOGO.

La vida y el espíritu humanos son sin duda arcano incomprensible. Cuanto más intenta el hombre penetrarlos, tanto más oscuro aparecen.

Continuamente vemos cruzar el mundo millares de esos seres infortunados que más bien parecen parias arrojados á la tierra que criaturas hechas "á imagen y semejanza de Dios." ¡Por ventura para darles á esos hombres tan mísera existencia se les "pidió permiso!" ¡Habría consuelo para ellos? ¡Tendrán en su infortunio algún lenitivo, alguna esperanza?..... ¡Y sus religiones, y sus Dioses? Sus Dioses han caído ya del alto de sus tronos.

A la verdad, y ¡triste es decirlo! los más de ellos maldicen en sus postreros días de la justicia del cielo y de la justicia de los hombres.

¿Quién fué, pues, Timoteo Mortín? Un pobre paria de la sociedad. ¿Tendría Dios en su aciago fin? ¡Quién sabe.....!

P. O.

San José.—Costa Rica.

PARA "COSTA RICA ILUSTRADA."

DE SU ÁLBUM.

EN VANO.

¡Y

A sabes por qué canta tu canario

Con ese empeño diario

Que á todos nos produce admiración?

Pues yo lo sé: se esfuerza el pobre tanto,

Por que pretende, con su dulce canto,

Imitar la dulzura de tu voz.

* *

Y viéndole saltar ¡has comprendido

Porqué ese gusto cuando está recluido

En estrecha prisión?

Pues yo lo sé: le basta tu presencia,

Para que no haga falta á su existencia

Ni el suave rayo del naciente sol.

CARLOS A. IMENDIA.

NOTAS.

Con el presente número se concluye el primer trimestre de "Costa Rica Ilustrada". Hecemos presente á los suscritores que aún no han cancelado los recibos que se les ha pasado, que en lo sucesivo no se les remitirá más el periódico:

Nuestra revista ha salido con toda regularidad. Es cierto que aún no hemos podido cumplir con la parte que á los grabados se refiere, y á fin de que el público vea que esta falta no depende de nuestra voluntad, daremos una explicación. Enviamos á Nueva York una colección de fotografías de varios puntos de Centro América, con el objeto de hacer buenos grabados; mas como la ejecución de ellos costaba una cantidad que no nos era posible pagar, nos vimos en la necesidad de pedir las fotografías para mandarlas á Alemania.

El señor F. S. Reisenberger envió á Berlín, por correo del 22 de Julio, una preciosa colección de fotografías, y esperamos que los grabados no muy tardado estarán en nuestro poder. En vista, pues, de estos motivos, suplicamos á nuestros suscritores perdonen la falta involuntaria.

* *

Dos personas importantes de esta sociedad han dejado de existir en la última quincena: don Cérvulo Quirós y don Marcelino Solís. A ambas inconsalables familias presentamos nuestra más sincera condolencia.

* *

La velada lírico-literaria, anunciada para el 25 del presente, se verificó en medio de una concurrencia espléndida; el baile estuvo animadísimo y concluyó á las cuatro de la madrugada.

Sentimos mucho que en cambio de levantar y estimular el arte, se censure acremente, sin tener en cuenta que aquí

no tenemos los elementos que hay en Europa y otros países, para desempeñar un concierto conforme á lo que el arte exige.

La misión de los verdaderos patriotas es la de ayudar á todo aquello que tienda al engrandecimiento y progreso de su país, y de ninguna manera á desalentar á aquellas personas que sólo trabajan impulsadas por nobles y caritativos sentimientos.

La velada del 25 se iba á repetir á beneficio de las familias que sufrieron con los últimos terremotos de Granada y se ha desistido de este noble propósito con motivo de la revista publicada por don Juan Vicente Quirós en "La República" del 27 del corriente.

No queremos concluir sin manifestar que el señor Mangel facilitó gratis el salón de su establecimiento. De manera que los pobres huerfanitos tienen que agradecer mucho á los propietarios del Gran Hotel.

**

Nos es muy grato saludar á nuestro estimado amigo don José Joaquín Vargas C., quien acaba de llegar de los Estados Unidos de Norte América, como también á don Manuel Veiga y señora, don Alejandro Monestel y familia, y demás personas que llegaron por el último vapor.

**

Dentro de poco llegará á esta capital la compañía lírico-dramática, de la que es empresario don Tomás García y director de orquesta el inteligente maestro don Eduardo Cuevas. No dudamos del buen éxito de la compañía, pues se nos ha asegurado que es buena. Al Teatro, á divertirse.

**

Eterna luna de miel deseamos al señor don José M^a Gutiérrez y la señora Enriqueta M. de Gutiérrez, quienes se unieron el sábado último con el lazo matrimonial.

**

Hoy publicamos una bonita composición poética del jovencito don Antonio Valenzuela, hijo de nuestro muy estimado amigo el doctor Valenzuela. Contamos, pues, con un nuevo é importante colaborador, á quien suplicamos continúe favoreciéndonos con las producciones de su lira.

**

A las personas pudientes recordamos que en el Hospicio de Locos hace muchísima falta un piano y que la sociedad en general vería con sumo placer que ese vacío fuera llenado por medio de la caridad.

AVISO.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o
Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

"El Mundo de los Niños."

Se publica en Madrid los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Cada número contiene tres magníficos cromos y varios grabados en negro. Es el mejor periódico para la niñez.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Un año\$ 3-25

Un semestre 1-75

Número suelto 0-10

También pueden conseguirse los tomos de los años anteriores (87, 88 y 89) con pasta de lujo y á precio reducido.

Único agente en Costa Rica,
CARLOS GAGINI.

Eduardo Cuevas

Profesor de Canto y Piano,

Ofrece sus servicios.

Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;

En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.

BUEN NEGOCIO.

A QUIEN INTERESE.

En Alajuela poseo un establecimiento de farmacia y otro en esta ciudad; deseando trasladarme á aquella Provincia en donde no podría manejar los dos á la vez, he resuelto vender éste por un precio muy módico y con buenas ventajas para el comprador.

El que desee este negocio, entiéndase con

CARLOS J. DE SILVA.

San José, 13 de Agosto de 1890.

10 v. 2.

EDUARDO E. FOURNIER

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &c., &c.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

MINIATURAS. TARJETAS DE VISITA.

IMPERIAL.

Victoria Victoria Imperial

RETRATOS DE 11X14.

*Retratos al crayón pastel, (como se quieran.)
Al óleo.*

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, & oro ó plata.

LAS FOTOGRAFIAS PUEDEN ESMALTARSE SEGUN EL ESTILO FRANCÉS.

(GLACÉ) || PRECIOSO PROCEDIMIENTO !

Se puede trabajar sobre papel *violeta*, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo pidan.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "*Retratos Boudoir*," que es un tamaño muy aparente para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

"RIGOLETO"

Semanario Satírico Ilustrado.

Se publica todos los lunes en Buenos Aires (República Argentina.)

Contiene magníficos grabados, caricaturas y artículos satíricos.

Precio de suscripción.

Un año \$ 6-00

Tres meses 1-50

Número suelto 0-15

Mostrará el primer número al que desee suscribirse,

*El Agente,
Eduardo E. Fournier.*

PARNASO VENEZOLANO.

Publicación económica emprendida con el objeto de popularizar las poesías de los ingenios de Venezuela.

Se publica por series de 12 tomos. Cada tomo con 80 ó 100 páginas (á veces más) lleva lo mejor del poeta á quien corresponde, procurando en ello la variedad así en los géneros que cultive ó haya cultivado, como en el mérito de las composiciones que forman la obra.

A cada cual la precede una ligera reseña biográfica del vate, y su retrato.

La suscripción á cada serie de 12 tomos vale	oro	\$ 3-20
Cada tomo suelto.....		0-30
La 1ª serie empastada en 2 t.....		4-00

TOMOS PUBLICADOS:

Todos los de la PRIMERA SERIE de 12 tomos á saber:

Don Andrés Bello.—Don Rafael María Baralt.—Don Fermín Toro.—Don José A. Maitín.—Don Abigail Lozano. Don Heriberto García de Quevedo.—Don José Ramón Yepes.—Don Rafael Arvelo.—Don Juan Vicente Camacho.—Don Cecilio Acosta.—Don Francisco G. Pardo.—Don Pedro José Hernández.

Queda abierta la suscripción á las 2ª y 3ª series, que se publicarán simultáneamente.

Tomos en preparación:

los de los demás poetas venezolanos.

Dirigirse á los editores propietarios

A. BETHENCOURT É HIJOS,

Curacao (*Antilla Holandesa*)

á los corresponsales de dicha casa.

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA,

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

GRAN RIFA.

CERCA DE 2,000 PREMIOS
AVALUADOS EN \$ 8,000 PESOS.

Desde el día DIEZ hasta el TREINTA del presente mes de Setiembre, se rifa una gran variedad de objetos de lujo y de aplicación á usos domésticos. El precio de cada boleta es de CINCUENTA CENTAVOS y del producto neto de la rifa se deducirá el diez por ciento para el Hospicio de Huérfanos.

Con el fin de activar el expendio están á la venta en los principales establecimientos de esta capital y provincias billetes que permiten al tenedor tomar parte en la rifa.

Hay artículos de mucho valor tales como *una cámara fotográfica, servicios de plata para consagrar, reloj de mesa con chapa de oro, reloj de bolsillo, espejos de mano con mango de plata, cigarrilleras de plata, fosforeras de plata, tarjeteras de plata, convoyes de plata, dulceras de plata, copas de plata, candeleros de plata, navajas de afeitar finísimas, tijeras, cortaplumas, fluxes de casimir, cerraduras, sobretodos de hule, camisas de hilo, estuches para señoras y caballeros*, é infinidad de artículos más. El justiprecio se ha hecho por tres comerciantes de lo más respetable de esta plaza, nombrados por el señor Gobernador de esta Provincia. Presenciará la rifa un delegado de la autoridad.

Frente al Mercado, al lado de la Botica "LA VIOLETA".

45

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA.

NUM. 10.

San José, 10 de Octubre de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

DOÑA MARÍA PERALTA DE RIVERO, por C. Gagini.—POESÍA, por Jenaro Cardona.—LO QUE PASA ENTRE NOSOTROS, por Av. Dul.—¿ASÍ SON TODAS?, por José Alcalá Galiano.—ASÍ NO SON TODAS, por Celia.—UN MAESTRO DE ESCUELA, por Carlos A. Imendia.—LIEDERS, por Antonio Valenzuela h.—TJERA.—SUSPIROS, por Carlos A. Imendia.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—YALO SÉ, por Carlos A. Imendia.—CRÓNICA, por P. C.—AVISOS.

DOÑA MARIA PERALTA DE RIVERO.

Nuestra sociedad ha experimentado una pérdida dolorosísima en esta primera década de Octubre: la muerte segó una existencia preciosa en la mañana del 3 del coraiante, llevándose á mejor vida á doña **María Peralta de Rivero**, á la bondadosa anciana que ha dejado como huella de su paso por el mundo las bendiciones y recuerdos de mil corazones agradecidos. Consagrada durante casi toda su larga vida á la educación de la juventud, consideró siempre su misión como un sacerdocio y se empeñó en ella con la heroica abnegación de las almas grandes. Adorada de sus discípulas, querida entrañablemente por cuantos la conocían, estimada de todos, doña María ha bajado al sepulcro con la doble aureola de la conciencia inmaculada y del deber llevado hasta el sacrificio.

Vivió para hacer bien, para incitar con su ejemplo á la práctica de las virtudes; murió con la inmensa y no común satisfacción de ver su nombre sin la más leve mancha y su memoria libre de rencores. No hizo verter ninguna lágrima: por eso son tantas las que hoy caen sobre su tumba. En presencia de muertes semejantes el espíritu fluctúa entre

la tristeza y la admiración, como al contemplar el grandioso espectáculo del sol poniente. Tales muertes son envidiables.

¿A qué más se puede aspirar sobre la tierra? ¡Dichoso el que, como doña María, logra llegar al término de una larga y penosa jornada, sin que, en las duras pruebas á que nos somete la vida, haya salpicado su frente el fango del mundo!

C. GAGINI.

COMPOSICION leida por su autor en la velada lirico-literaria, que á beneficio del Hospicio de Huérfanos se verificó el 25 de Setiembre último.

Errante y solo el pobre huerfanillo
En negra noche por el mundo vaga
Es un niño no más, y la miseria,
Los rudos golpes en su sér descarga.

Infaustra suerte! á los primeros pasos
Que con temor sobre la vida ensaya,
Hallarse sólo y encontrar al frente
En vez de madre, tétrico fantasma.

Hay que seguir la ruta, y adelante!
Le manda con imperio la desgracia,
É inexorable, sin piedad le empuja
Como á aquel bíblico judío, *anda!*

Y lleno de congojas y de angustias
Emprende resignado la jornada
Escondiendo el dolor entre su pecho
Y regando el camino con sus lágrimas.

Todo á su lado es lúgubre, sombrío,
Rostros extraños é impasibles halla;
Nadie se acerca á consolar sus penas,
Nadie comprende cómo sufre su alma.

Y ha poco tiempo que dichoso era
Bajo el techo humildísimo de pajas,
Ay! aquel techo que tejió la dicha
Y fué el altar hermoso de su infancia.

Tenía hogar y pan, y en el regazo
De la madre amorosa siempre hallaba,
Dulce calor en las heladas noches
Muchos besos de amor por las mañanas.

Y después...! oh dolor! nublose el cielo
Y al furor espantoso de las ráfagas,
Por aquel campo solitario y yermo
Rotas volaron del hogar las pajas.

Y ave sin nido, por el mundo errante
Sobre el abismo desplegó las alas.....
Y de volar al fin caerá cansado
Que está muy lejos la remota playa.

Huerfanito infeliz; nada le resta
Y la calle no más es su esperanza,
Y en lugar de caricias, en su frente
Lleva el beso letal de la desgracia.

Un huérfano como éste, cierta noche
Desfallecido y triste caminaba
Hacia el lugar bendito en que dormían
Sus pobres padres en la tumba helada.

Sentiase morir y desolado
Quería mirar aquella cruz amada,
Besar la huesa por la vez postrera
Y en ese beso fiel dejar el alma.

Llegó por fin; y casi moribundo
Abrazóse á la cruz, como á la tabla
Se abraza el naufrago que lucha en medio
De las mortales y profundas ansias.

Los párpados cerró, y allá entre sueños
Oyó aleteos y músicas de arpas
Y cánticos divinos, cadenciosos,
Y oreó su frente el aire de unas alas.

Y sintió que su sér á nueva vida
Al fin ya renacía, y la esperanza
Prendió en su pecho una visión divina
La celestial é inextinguible llama.

Y fué feliz, porque á su oído, suave,
El ángel *Caridad* le dijo "*anda!*"
Y cruza el mundo sin temor ni espanto;
De hoy más seré tu compañero y guarda."

Setiembre 25 1890.

JENARO CARDONA.

Lo que pasa entre nosotros.

PUES, señor, aquí me tiene mi amigo don Próspero el colombianizado, escribiendo aunque no sé por qué.

Pero hay que confesar que el no tener material no es porque realmente no haya de qué tratar, sino por la escasez de meollo del autor de estas líneas.

Se presta abundantemente la situación afectiva de los nicaraguanos, actualmente sacudidos por los cerros Bombacho y Pelón. A veces me figuro que estos cerros compadecidos de los ingenieros nuestros que están limitándose, se han movido para comunicar su actividad á los de Nicaragua, sin pensar en que sus muestras de diligencia pudieran aterrorizar á los de allende el San Juan.

Se presta y mucho nuestra situación política á hacer consideraciones en pro ó en contra; pero son tan hirientes las espinas de ese camino, que si de ellas está sembrado el de ir á los infiernos, prefiero irme á la gloria por los siglos de los siglos.

Pudiera hablar extensamente de las fiestas que han pasado en la última quincena de Setiembre; ay! pero las fiestas es asunto tan trillado que fastidia; y después que el olor del guano, de los tamales, del almizcle trae tan malos recuerdos, que se resiste la mano á describirlos.

Y si me ocupo de un baile? A la verdad que es de lo que menos me puedo ocupar por la sencilla razón de que nunca soy invitado á ellos. Y no se diga por esto que no tengo amigos de los que hacen listas con colada social, los cuales pudieran invitarme; pero son tan mala memoria éstos que sólo se acuerdan de mí cuando necesitan una fianza. Sin embargo, una vez, en tiempo lejano, uno de tantos, compadecido de mí, me hizo asistir á una reunión en la que se bailó.

Yo sin relaciones, sin roce, sin cultivo de ninguna clase, no me atreví á pasar las termópilas de una presentación, para poder tener pareja; pero sí presencié unas cuantas desde un rincón en donde estaba con un par de desahuciadas que no bailaban, no por no tener ganas sino por no tener con quien.

Señorita, dijo un figurín semoviente, tengo el gusto de presentar á usted este caballero, cuyo nombre ignoro porque acaba de llegar de Limón; y dirigiéndose al desconocido presentado: la señorita N., mucho gusto en conocerlo—y yo á los pies de usted.—Bailamos esta polka?—Muy bien señor.—Y salieron dando vueltas. Concluyó aquella pieza. Se bebió, se comió, se conversó un poco, esto como descanso, y la música volvió á iniciarse con un vals.

A pocos pasos de donde estaba yo oyendo renegar al par de viejas, para quienes no había gente educada en el baile, sin duda por que no las invitaban á bailar, se encontraba un muchacho muy conocido entre nosotros por su distinguida reputación de buen estudiante, de hombre honrado y de buenas maneras.

El vals que se tocaba lo entusiasmó y trató de bailar. La señorita á quien se dirigió fué la misma de la presentación que he

descrito. Me hace usted el favor de acompañarme? le dijo en su meloso y acostumbrado acento.—No tengo el gusto de conocerlo, le contestó; y haciendo un gesto de supremo desdén que significaba la alta ofensa que se le había inferido, se dirigió al interior de la casa.

Pues esto sí que no lo entiendo, me dije para mí. Se presenta un tipo que todavía huele á camino extranjero y baila con él gustosa; le propone baile un buen muchacho de los nuestros, y váyase usted á paseo.

Ahora caigo: mi hombre es de los que no son admitidos en sociedad, no por que tenga defectos ó vicios que lo hagan indigno de frecuentarla sino porque esa sociedad, escogitadora de nobleza y abolengos entre nosotros, no ha tenido á bien calificarlo en el número de sus elegidos.

AV. DUL.

¿ASÍ SON TODAS?

CUADRO DE GÉNERO.

ASÍ que se sentaron las parejas
Y hubo el vals en dos tiempos concluido,
Ijé de hablar con dos señoras viejas
Y en una silla me senté aburrido.

Trabé con la simpática Sofía
Un diálogo con punta de secreto,
Sobre trascendental filosofía,
Pues me propuse echarla de discreto.

De aquel tema profundo no hizo caso,
Y hablé entonces de música y pintura;
El arte le aburrí; subí al Parnaso
Metiéndome en la gran literatura.

Dió uno que otro sí, por compromiso,
Arreglando su falda ó su aderezo,
Y al dar el cuarto sí, le fué preciso
Ocultar tentativas de un bostezo.

Apuré de mi genio los recursos
Para pasar por hombre interesante,
Mas oí, en lo mejor de mi discurso,
Que dijo á su vecina: "Qué pedante!"

Del bostezo y las frases lastimado,
Quise recuperar mi honor perdido,
Y con acento dulce, apasionado,
De este modo le hablé casi al oído:

Pero en verdad, bellísima Sofía,
¿Qué es ante usted la ciencia, la pintura?
No hay arte ni inmortal filosofía
Que valga lo que vale su hermosura.

¡Ay! los ojos de usted parecen soles
—Gracias—dijo, poniéndolos en blanco.
—La aurora dió á esa tez sus arreboles.
—¿Se burla usted?—;Señora, yo soy franco!

Sus dientes perlas son, sus trenzas oro.
—Gracias, dijo, y lució su mano breve.
—Su cuerpo es de marfil, su rostro nieve,
Su voz arpegios de celeste coro.

No he visto nada igual á esos dos labios,
—¿Qué exagerados son, dijo riendo,
Ustedes los artistas y los sabios.
(De pedante hasta sabio fui ascendiendo).

—No, Sofía, es verdad: "la estatua griega
"Dónde está ese perfil vale bien poco.
Quien esos ojos ve, de amores ciega;
Quien contempla esa faz, se vuelve loco.

"Tiene usted atracción irresistible;
"Junto á usted un perfume se respira,
"Yo la amo á usted" la dije muy sensible,
En mi interior diciendo: "¡Qué mentira!"

Sofía á su expansión dió libre vuelo;
Miradas libres prodigó sin tasa;
Me prestó el abanico y el pañuelo,
Me dió una flor y me ofreció su casa.

Y encantada de aquellas vaciedades
Y embustes que la dije, haciendo el oso,
Elogió mi talento y cualidades,
Y aun dijo á su vecina: "¡Delicioso!"

Y luego acusarán algunas bellas
A los hombres de falsos y ligeros,
Si para hacer que no bostecen ellas
Hay que ser atrevidos ó embusteros.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

ASÍ NO SON TODAS.

AL SEÑOR JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

SI de la enferma rama de algún árbol
Una fruta podrida veis colgar,
que todas las demás están lo mismo,
¿podrías, con razón, asegurar?

Si al más leve contacto de la brisa
se deshoja una débil, frágil flor,
hay muchas que resisten valerosas
los impulsos del viento abrasador.

Hay aves de rapiña que amedrentan,
y mil aves que logran fascinar
con su armoniosa voz, con los colores
de su ropaje bello, singular.

¡Así es todo en Natura! A vuestro paso
puede salir, quizás, una mujer
estúpida, insensata, vanidosa,
que cifre en su belleza, su poder;

Mas no creáis que todas son iguales
como lo habéis aseverado vos,
¿cuántas mujeres en la frente llevan
como una luz la bendición de Dios!

Que desprecian al hombre que á sus plantas,
les finje loco, inmoderado amor;
que no escuchan las pérdidas lisonjas,
sin cubrirse de vívido rubor

No todas son estúpidas y vanas...
bajo este cielo de brillante azul,
despiden rayos de infinito genio
damas cubiertas con modesto tul.

¡Y cuántas hay que de sus limpias frentes,
con el copioso, frigidó sudor,
compran el pan que á la familia toda
se reparte con dulce, tierno amor!

¡Cuántas en pobre, retirado asilo,
sin placeres ningunos que contar,
vegetan abatidas... pero puras...
como la flor en lóbrego arenal!

Existen hombres necios, ignorantes,
que al vicio rinden fiel adoración;
que en referir sus locas aventuras
cifran todo su orgullo, su ambición

Y no por eso injustas opinamos
que todos son así: vemos también
hombres llenos de ciencias y virtudes
que forman de la vida un rico Edén.

CELIA.

Ocaña, 22 de Marzo de 1890.

Un maestro de escuela.

(PARA COSTA RICA ILUSTRADA.)

—:o:—

POBRE Antonio! La desgracia fué siempre su inseparable compañera; y él, que por su honradez y por sus talentos debía haber ocupado en la sociedad un puesto distinguido, vivió olvidado de todos, arrastrando una existencia de miserias.

Yo no puedo recordarle sin que mis ojos

se humedezcan, y ahora que, movido por la amistad le consagro estas líneas, tengo que hacer un esfuerzo supremo para contener las lágrimas, que vendrían á borrar lo que va trazando mi pluma.

o o

Hoy hace tres meses que me habló por la última vez.

—Estoy tranquilo, me dijo, porqué en breve dejaré de sufrir. El corazón casi no palpita; la muerte bate ya sobre mi frente sus frías alas, y me faltan las fuerzas, y la fiebre devora mis entrañas. ¡Qué agradecido me siento hacia Dios por el bien que va á brindarme!

Sus palabras oprimieron mi pecho; y fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir, quise convencerle de que pasaría aquel malestar que le tenía postrado.

—Sí, pasará, me respondió, cuando se haya extinguido mi respiración y cuando la fosa dé paso á mis despojos para que los cubra la yedra del olvido. Esta fiebre es el resultado de las decepciones y de los desprecios que he sufrido. El alma es la enferma, Daniel... Oh! si pudiera verse, cuánta compasión te inspirara Pero, ¿por qué entristecerme cuando tan próximo está el gran día de mi felicidad?

Y luego, tomando entre las suyas una de mis manos, agregó: Daniel, no olvides á este tu infeliz amigo, que va á pedir á Dios por tu felicidad; cuida á tus queridos hijos, y ojalá que ninguno de ellos vaya á seguir la profesión mia, por que yo no deseo que sean desgraciados como lo ha sido su maestro.

En los ratos de ocio he escrito cuanto me ha pasado en la vida. En esa caja, entre otros varios papeles, encontrarás el cuaderno que contiene mis apuntamientos: es lo único que puedo legarte, seguro de que lo has de apreciar aún más que si fuera un tesoro.

o o

Al día siguiente formaba parte del cortejo fúnebre que fué á depositar en el pequeño cementerio del pueblo los restos del infortunado Antonio, el humilde preceptor que tan buenos servicios prestó al pueblo.

Yo fuí el último en regresar; porque quería, sin más testigo que el cielo, derramar mis lágrimas sobre la removida tierra que cubría los despojos de aquel amigo del corazón.

Planté en aquel sitio una imperfecta cruz formada allí mismo por mis manos; y con la cabeza inclinada sobre el pecho, me encaminé lentamente á mi casa, cuando las sombras comenzaban á envolver las modestas tumbas del cementerio.

o o

Varias veces he leído el "Diario de un maestro de escuela," en cuyas páginas se refleja el alma hermosa del desgraciado Antonio.

Preciosa herencia es por cierto para mí ese libro escrito con sencillez y sinceridad!

No puedo resistir á la tentación de transcribir algunos de sus párrafos, para hacer más palpables las injusticias cometidas con esos infatigables obreros del progreso, dignos por mil títulos de la consideración y del aprecio de las sociedades.

Acaso sea una indiscreción la mía; pero no voy á revelar ninguno de los secretos íntimos que mi amigo confió al papel y á mis manos: lo que todos saben, lo que se refiere al pobre preceptor, eso es lo que copiaré, nada más.

o o

He ahí los párrafos del "Diario de un maestro de escuela:"

VII.

"Al fin, después de tantos apuros, pude conseguir lo que deseaba. Estoy muy contento, pues ya están satisfechas todas mis aspiraciones: transmitir á los niños mis pocos conocimientos, y poder atender á mis necesidades. ¿Para qué más? Feliz viviré en este pequeño pueblo, apartado del bullicio de las ciudades, sin envidiar á nadie y sin que nadie me envidie.

Muy generoso ha sido conmigo el Gobernador; mi gratitud hacia él será eterna."

XV.

"Cruelmente me ha tratado el padre de Luis, porque corregí las continuas faltas de su hijo. ¿Por qué no averiguó primero la verdad del caso? Esa nota del Alcalde me ha llenado de pena, pues veo que ha creído cuanto se le ha dicho en contra mía, y me amenaza con una multa mayor que lo que devengo mensualmente. Y todo, ¿por qué? Por haber castigado el hijo de su compadre. Si los funcionarios fueran imparciales, cuántas injusticias se evitarían! Paciencia. Hoy hablaré con el Alcalde."

XVI.

"Hoy me convenzo más de que yo soy uno de esos seres á quienes el infortunio ha puesto en la frente su marca fatal. He probado al Alcalde que el castigo aplicado al niño no fué ni injusto ni severo, y, sin embargo de mi moderación y de mi respeto, me calificó con los epítetos más crueles, y me condenó á pagar una multa. Cuando me retiraba de la oficina, me dijo: "No olvide que soy su Jefe y que puedo destituirlo del empleo." por dicha estoy revestido de paciencia y no puedo guardar rencor contra los que me ofenden."

XX.

"Andar nueve leguas en un mal caballo, para oír esa frase desconsoladora: *no hay dinero*, es cosa por cierto que llena de desesperación á quien vive confiado con el pago de su trabajo. Y todo eso me ha pasado á mí, y con esas mismas palabras me ha contestado el Administrador de rentas.

—Señor, le repliqué, si no son más que quince pesos, y yo vivo muy lejos de aquí, y no tengo recursos para estar haciendo viajes.

—No me importune, estoy muy ocupado: si quiere, vuelva dentro de cinco días.

Eso me respondió, dándome las espaldas.

No había más recurso que volverme al pueblo y contentar con promesas á la buena mujer que me suministraba los alimentos.

Paciencia....."

XXV.

"Creí que el Inspector sería afectuoso y atento, y me ha tratado con el mayor desprecio desde que me acerqué á saludarle.

—¿Y éste es el arreglo dispuesto por Ud. para recibirme? Sepa que estos adornos no están en consonancia con mi categoría.

—Señor, la pobreza del pueblo no da para más.

—¿Y cómo van los pilluchos?

—Señor, he hecho cuanto ha estado de mi parte para que haya adelantos, aunque algunas prescripciones del Reglamento no han podido llevarse á cabo por falta de útiles.

—Ya me lo había figurado. No es la falta de útiles; es que Ud., acostumbrado á rutinas contraproducentes, se opone al sistema moderno, que trata de regenerar á este atrasado país. Pero ya vamos á poner remedio á tan torpe oposición, lanzando de las escuelas á los maestros necios como Ud.

Y dió la vuelta sin despedirse de mí y sin hacer el más ligero examen á mis alumnos."

LV.

"Y la señora tiene razón: cuatro meses me ha suministrado los alimentos, sin que yo le haya dado ni un solo centavo. Ella es muy pobre, tan pobre como yo, y tiene necesidad urgente de lo que se le debe. Otra hubiera sido, quien sabe si no se me despide desde el primer mes. No, es preciso pagar á esta buena mujer; iré á la capital, y estoy seguro de que allá percibiré mis mensualidades. ¿Por qué se negará á darme el dinero el Administrador? ¿Será por mala prevención? No puede ser, por que lo mismo ha sucedido á López y al maestro de Las Palmas, y ni ellos ni yo le hemos causado ningún mal á ese empleado. Pero si no hay dinero, ¿cómo es que se paga el de las planillas militares? Yo lo he visto....."

¡Oh, qué horrible es el hambre! Es un martirio atroz. Y no tener esperanza de comer.....! No hay remedio, esperaré con paciencia que venga la protectora noche, y cerraré mis ojos, y olvidaré mis penas, y calmaré el hambre si logro dormirme. ¡Bendito el sueño que tanto bien proporciona al desgraciado! Esta triste situación me hace recordar aquella sentimental poesía de Gustavo Adolfo Becquer, que dice:

Llegó la noche y no encontré un asilo,
¡Y tuve sed....! Mis lágrimas bebí;
¡Y tuve hambre! Los hinchados ojos

Cerré para morir!

¡Estaba en un desierto! Aunque á mi oído
De las turbas llegaba el ronco hervir,
Yo era huérfano y pobre... El mundo estaba
Desierto.... para mí!

LVIII.

"¡Qué decepción tan triste la que acabo de sufrir! No quisiera escribir en mi Diario lo que me ha sucedido; pero es preciso que en sus páginas vaya todo lo que á mi vida se refiere.

A la fatiga de una jornada de tantas leguas, que me he visto obligado á hacer á pie, se han agregado las vueltas empleadas en vano para conseguir mi objeto, los sonrojos sufridos con resignación, las privaciones soporadas con calma.

Adiós, esperanzas! Ese *no hay dinero* que tantas veces me ha llenado de desconsuelo, hoy ha derramado en mi pecho la hiel de la desesperación. Creí que la capital sería mi puerto salvador, y aquí vine para ver tan sólo que era mi infierno.

He seguido el consejo, y hasta considero como protector al agiotista que compró mis cuatro recibos. ¡Sesenta pesos en cambio de treinta...! ¡Qué inmoralidad! En fin, más vale pájaro en mano que ciento volando; al hambre no hay pan malo; del lobo un pelo... Bonitos argumentos para conformarnos con los golpes de la fortuna!"

LIX.

—“Bien sabía ya que estabas aquí, y de ello me he alegrado. Y vaya una coincidencia! En estos momentos voy saliendo de la Tesorería de cobrar unos recibos que vendiste ayer, á mi principal.

—¿Y te entregaron el dinero?

—Peso sobre peso, ¿no estás viendo el paquete?

Se me oprimió el pecho, las lágrimas se agolparon á mis ojos, y tuve que fingir una sonrisa (qué amarga sería!) para despedirme de aquel amigo de la infancia.

No puedo hacer comentario sobre este hecho inmoral, porque mi mente está ofuscada, y mi pluma se resiste y se escapa de mis dedos. ¡Quizá esté indignada como yo lo estoy!"

LXX.

“No me ha sorprendido tan injusta destitución. El Inspector cumplió su palabra; bien hecho.....

.... Por dicha muy pocos días tengo ya de vida; las fuerzas me faltan, estoy flaco y pálido, y las sombras comienzan á extenderse sobre mis ojos. ¡Tanto he llorado! Sombras en mis ojos, sombras en mi alma... Ah! quiero luz, pero luz que nunca se apague, luz divina que me colme de felicidad en cambio de mis tormentos....”

¡Pobre Antonio! Tus deseos se han cumplido: ya eres feliz. El mundo te brindó sólo amarguras: Dios ha premiado tu resignación con la paz de la tumba.

CARLOS A. IMENDIA.

LIEDERS.

PARA “COSTA RICA ILUSTRADA.”

El sol no resplandece dorando las campiñas:
el eco ya no trae las voces de las niñas
que el bosque de los tilos
cruzaban en tropel;
refújanse en sus nidos los pájaros cantores
y tristes languidecen, sin vida y sin colores,
las pálidas adelfas,
orgullo del verjel.

¿Por qué, por qué rasgando la densa bruma opaca
se elevan á los cielos cual música elegíaca
los sonos apagados
que arranco á mi laúd?
¿Por qué la tierra toda es un sollozo eterno?
—Porque al glacial empuje del carro del invierno
huyó la primavera
y te ausentastes tú.

ANTONIO VALENZUELA (H.)

Guatemala.—1890.

PIJERA

Un amigo visita á otro que vive en una mísera guardilla.

El visitante se extremece de vez en cuando, cosido á picotazos por seres casi microscópicos.

—¿Como puedes vivir así?—dijo el amigo en tono compasivo.

—¡Ya lo ves! ¡Estoy solo en el mundo!

—Eso, no, perdóname: tu catre está más habitado que la China.

El casero— Buenos días D. Enrique, vengo á cobrar el mes.

El inquilino.—Hombre, lo siento; pero en este instante me es imposible pagar á U.

El casero.—No hay que apurarse por tan poco, ¿no faltaba más! Voy á cobrar á los otros cuartos y en seguida volveré á que arreglemos la cuentecita. No es cosa de poner la pistola al pecho á los inquilinos tan antiguos como U.

Más vergonzoso es para un hombre honrado el desconfiar de sus amigos, que el ser engañado por ellos.

El silencio es el partido más seguro que puede tomar el que desconfía de sí mismo.

Nada hay en el mundo que tenga una fuerza igual á la del tiempo.

A los amigos se les debe alabar en público y reprender en secreto.

Me dices que no me queje;

¿no me tengo de quejar?

puse en tí fe y esperanza,

y no encontré caridad.

Gotas parecen mis lágrimas,

gotitas de agua de mar,

en lo amargas, en lo muchas,

y en que al cabo me ahogarán.

MELCHOR DE PALAU.

En un banquete:

Al sentarse á la mesa exclama la dueña de la casa:

—¡Dios mío! ¡Que contratiempo! ¡Somos trece!

—No se apure U., señora,—dice uno de los convidados—yo comeré por dos.

El vizconde ha recibido una carta de su tía, presidenta de una asociación benéfica, pidiéndole toda la ropa que deseche y que no le regale á su criado, para los pobres incurables.

Al día siguiente, la tía recibe una gran caja de cartón, que abre rápidamente y con gran curiosidad.

La caja contenía tres sombreros *claque* viejos y dos docenas de corbatas blancas.

El enfermo estaba agonizando, y dijo el médico:

—No sale de hoy.

—Está U. equivocado.

—¿En qué se funda U. para contradecirme?

—En que le conozco y sé que todo lo deja para mañana.

Se trata de dar á criar un niño en una aldea y se presenta un ama á pretender.

El padre del niño le pregunta:

—¿A qué se dedica U. en el pueblo?

—A la cría de gallinas.

—¿Y quiere U. que le entregue mi hijo? Buena mujer, U. me ha tomado por un gallo.

De Fernández Bremón:

—¿Es verdad que han enviado á Juan á un manicomio?

—Es cierto.

—Y parecía tan sensato.....

—Es el único cuerdo que hay en su casa, y resulta loco entre los suyos.

Nada se parece más á un ángel que una mujer perfecta.

El corazón de la mujer es como muchos instrumentos: depende del que lo toca.

El instinto de la mujer equivale á la perspicacia de los grandes hombres.

El sol y la mujer se han repartido el imperio del mundo; el uno nos proporciona los días: la otra los embellece.

¡Silencio! que duerme

Mi madre la siesta,

La pobrecita no duerme de noche

Para que yo duerma.

AUGUSTO FERRÁN.

Oh! madre, no llores.

No llores así!

Un hijo perdiste, mas tienes un ángel

Que vela por tí.

MELCHOR DE PALAU.

—Pero ¿es tan coqueta tu mujer?

—Tan coqueta, que cuando está sola hace monadas á su sombra.

Un pastor imitaba tan perfectamente el gruñido del cerdo, que decía de él otro pastor:

—Gruñe tan bién, que dan ganas de hacer con él chorizos.

Si tienes dinero, la sociedad te dispensará tus vicios; si no lo tienes, apenas notará tus virtudes y tu saber.

Las leyes son como las telarañas; los insectos pequeños quedan presos en ellas, los grandes las rompen.

Entraba en una tertulia un fatuo y dijo uno al dueño de la casa:

—Ese que ha entrado, á juzgar por su cara, parece algo bestia.

—No lo crea U., su cara engaña.

—¿De veras?

—Sí, señor, porque es mucho más bestia de lo que parece.

SUSPIROS.

PARA "COSTA RICA ILUSTRADA."

MUEJOS de mis patrios lares
Suspiro en extraño suelo
Y en vano busco un consuelo
Que mitigue mis pesares;
Aquí en extraños hogares
Lamento mis desventuras
Y en vez de aquellas venturas
Que soñaba el alma mía
Sólo encuentro cada día
Desengaños y amarguras.

De mi feliz inocencia
Aun vienen á mi memoria
Los gratos sueños de gloria
Que endulzaban mi existencia;
Más ¡ay! qué amarga es la ausencia
De esas horas de placer!
Cuán sensible me es hoy ver
Sepultarse en triste calma,
Todas las flores de mi alma,
Todas mis dichas de ayer!

Víctima de mi destino
En este mundo he quedado
Débil, solo, abandonado,
Y al furor del torbellino:
Por un oscuro camino
Voy entre acerbos dolores
Sin poder hallar las flores
De mi muerta primavera
Sin poder tornar siquiera
Al panteón de mis amores.

Todo... todo me entristece:
Y en mi perpétuo martirio
Soy como la luz de un cirio
Que vacila y languidece:
Mi corazón se estremece
Al pensar en golpe duro,
Y con su crespón oscuro
Vienen á nublar mi frente
Las angustias del presente
Los temores del futuro.

Triste, lento, solitario
Envuelto en negro capuz
Voy subiendo con mi cruz
De la existencia al Calvario,
Mas ¡ay! bajo el frío sudario,
De mi intensísimo duelo,
Ya no tengo en este suelo,
Ni un instante de bonanza;
No me queda otra esperanza
Que la esperanza del cielo.

Sonsonate—1889.

CARLOS A. IMENDIA.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO X.

La Conspiración.

Daban las once de la noche en los relojes de la Fábrica y Catedral.

En un salón bastante extenso que hace parte de una casa vieja y medio arruinada, situada en el Laberinto, en los alrededores de San José, varias personas enmascaradas se paseaban y examinaban un papel colocado en una mesa. Uno de ellos, sujeto de alta estatura y movimientos rápidos y seguros, abrió un ojo de buey, como llaman por aquí las ventanillas ovaladas de un pie de diámetro poco más ó menos, muy acostumbrado en cuarteles, cárceles y demás edificios guardados por centinelas.

—La noche es oscura y tempestuosa, tal como la deseamos; lo que no comprendo es por qué tanta tardanza en acudir á la cita.

Un enmascarado.—No te afectes por tan poca cosa; recuerda que una de nuestras virtudes es la inexactitud en las citas. Ya habemos once y nos faltan sólo cuatro para completar el quórum, según nuestro reglamento.

—No será la primera vez que nuestra reunión no tenga lugar por falta de quórum, ... tocan á la puerta: uno, dos, tres, cuatro.....

El número uno se acercó al ojo de buey y dijo "Honradez," Inmediatamente se le contestó "arriba ó abajo:" bien, que pase adelante y exprese su número.

—Soy el número 15, dijo el que entraba: he pasado á avisar á los números 6 y 4: el 6 se excusa de venir por que su hermana sigue muy grave: el 4 dice que una fuerte jaqueca le impide la asistencia esta noche.

La siguiente persona que entró bajo las mismas condiciones de los cuatro golpes y de la repetición del santo y de la seña, venía acompañada de tres más. Se presentaron al número 1 y expresaron que los números 17 y 21 creían peligrosa la asistencia por que habían notado que eran vigilados por la policía; respecto al número 24, no parece en ninguna parte.

A la una de la mañana se completó el quórum y se abrió la sesión. Esto sucedía quince días antes de la escena de la prisión de Delgado y Espinosa en casa de don Roque Alvarez. El número 1 que era el Presidente, se expresó en los términos siguientes:

—Compañeros: la reunión de esta noche tiene por objeto proponeros que adelantemos el día del asalto de los dos cuarteles, que habían Uds. fijado para el domingo veintinueve del corriente. Los motivos que me hacen pensar así son varios. Primero: sospechamos que alguno de los conjurados nos ha denunciado, ó lo piensan hacer. Segundo: el descrédito del Gobierno ha llegado al punto deseado y tememos que pueda pagar la suma que adeuda á la casa de X. X. y entonces perderemos su poderosa ayuda. Además el capitán W. que debe entregar la guardia de la artillería puede faltarnos de un momento á otro.

—Hay que recordar que el que traiciona al Gobierno que sirve, más fácilmente traiciona una facción. Hoy por hoy nuestra única garantía es su pasión amorosa por la hija de Escoto, quien ignora que es la Julieta de tan tudesco Romeo. Si ella descubre semejantes pretensiones, puede dar al traste con nuestro Capitán.

Un conjurado.—Quizá nuestro Presidente ignora otro peligro que acabo de descubrir. Andrés Cordón, me acaba de decir á mí y á otros que jugaban billar donde Benedictis, que pronto tendría él un destino bien dotado por que se esperaba un cambio de Gobierno impulsado por sus amigos.

Otro conjurado.—Efectivamente, ese mequetrefe puede comprometernos y es necesario que se hable á Julio Espinosa, para que le ponga el candado de su influencia. Si entre los concurrentes está Espinosa que lo tenga por sabido.

El número 1.—Yo me encargo de arreglar ese asunto. Suplico al último que ha tomado la palabra, que recuerde nuestras estipulaciones, una de las cuales es no nombrar jamás á uno de nosotros por su nombre verdadero.

Ahora suplico marcada atención á lo que paso á comunicaros. Hemos calculado en diez mil pesos lo que necesitamos para arreglarlo todo.

Los señores X. X. adelantan esa suma si dan su garantía dos de los conjurados, á su elección. Fuera de eso debemos firmar un documento comprometiéndonos, en caso de ser victoriosos, á devolverle veinticinco mil pesos y á revocar cierta ley de tierras baldías que él indicará. Los que estén por aceptar las dos últimas condiciones se pararán.....

Sólo dos quedaron sentados.

Continúa el número 1.—En caso de desgracia pagaremos entre todos los diez mil pesos que recibimos. Someto á votación este compromiso.....

Todos se pararon.

Un conjurado entra y habla al oído del Presidente.

—Señores, dijo éste, es preciso disolvernos ya; pero quedando la mayor parte en esta casa hasta que los primeros que salgan nos den el aviso convenido. El centinela me asegura que algunos bultos se mueven al rededor de este edificio. Veamos lo que es. Se levanta la sesión.

En gran silencio fueron saliendo hasta cinco enmascarados. Los demás quedaron en el salón, después de apagar las luces y cerrar la puerta. Un cuarto de hora después se oyeron cuatro silbidos, el último de los cuales se prolongó por más de cinco segundos.

No hay cuidado, manifestó el número 1, Salgamos. La señal indica que no hay peligro; y todos salieron.

Media hora después, se acercó á la puerta de la casa un grupo de policías mandados por un Capitán; abrieron el ojo de buey. Uno metió la cabeza y observó el interior.

—Entremos, dijo á los policías, ya todos salieron y deben haber dejado algunos papeles ó señas que nos indiquen los verdaderos nombres de los conjurados. Entraron, descubrieron una linterna sorda que colocaron sobre una mesa y procedieron á la inquisición. Sólo encontraron una tarjeta de invitación al entierro de un particular. Estaba dirigida esa tarjeta á don Julio Espinosa.

CAPÍTULO XI.

El capitán Wolff.

Hace algunos años que el Gobierno de Costa Rica solicitó de su representante en Alemania, un oficial instructor que pudiera enseñar á nuestros reclutas los conocimientos elementales de la profesión. El tal Cónsul para no ser una excepción de la regla aprovechó su encargo para medrar; en vez de buscar un hombre competente y apropiado al objeto con que se le llamaba, determinó beneficiar á un su hermano que tenía un sobrino soldado raso en los cazadores. Para esto tuvo que falsificar un título de Sargento, pues no era dable suponer que el Gobierno se contentase con un simple soldado, y después de dividir con Wolff, que así se llamaba el *soi disant* sargento, los fondos destinados al efecto, nos remitió un figurín ordinario, mal educado y chupa cerveza, eso sí; *tudesco* de los pies á la cabeza.

Un mes después de llegado aquí, Wolff no era Wolff á secas, sino don Alberto Wolff dos años más tarde don Alberto era Capitán. El pobre soldado que apenas sabía poner su nombre, hablaba de Her Bismark como de su familia, dejando sospechar á los compañeros que él mantenía secreta correspondencia con el Canciller del Hierro. El Capitán Wolff afirmaba á diestra y siniestra que podía conquistar este país con cincuenta ulanos prusianos de pura sangre, y alemán de profesión, no se trataba sin embargo con sus demás compatriotas por que ellos lo miraban con desdén. Prefería la sociedad de los hijos del país por que le decían don Alberto y lo creían de gran valer, mientras que sus paisanos sabían á qué atenerse sobre su grado, educación y familia.

Cuando la familia de Escoto vino á menos y tuvo que retirarse á vivir á los arrabales, le tocó á Wolff ser su vecino, y como tal encontrarse con frecuencia con Elena Escoto, á quien saludaba de un modo surdo, con las *buenas tardes signorita*; pronto acabó por enamorarse perdidamente de Elena y todos sus esfuerzos los dirigió á hacerse introducir en la casa de su adorada, más ningún joven se atrevía á hacer tal insulto á tan apreciable familia. Pero sí encontraron aparente al pobre alemán para convertirlo en objeto de sus chanzas y burlas, haciéndole creer que Elena se moría por él. Nada ponía fuera de su juicio á Elena como los obsequios del capitán Wolff, así es que la puerta de su casa se cerró de nn modo claro y terminante.

Por este tiempo pa-ó el prusiano á servir á la Comandancia de la Artillería interinamente y por licencia del propietario.

Una noche fué citado Wolff por un desconocido para conferenciar con él en un lugar también desconocido del *tudesco*.

Introducido vendado al cuarto de su interlocutor, éste á quema ropa comenzó por hacerle la siguiente pregunta.

—¿Quiere Ud. casarse con Elena Escoto?

—*Bor subuesto*, contestó él.

—Bien, continuó el desconocido, me comprometo á obtener la mano de Elena para Ud. si Ud. sirve en cuanto pueda y se le indi-

que á un comité revolucionario que trata de cambiar el actual orden de cosas.

—¡¡Carachas!! qué es eso de repolución y campio de Gopierno!!

—Poca cosa; en vez del actual Presidente viene otro mejor, que le dará á Ud. el grado de Coronel, y lo que es mejor el título de esposo de Elena.

—Yo no buedo boner Bresidentes á mi antojo.

—Pero sí puede Ud. entregarnos el Cuartel de la Artillería poniendo en la Guardia el día y hora que le indiquemos al oficial que le nombramos.

—¿De peras me darán Uds. el grado de Coronel y el de marido de Elena.... ja.... ja.... y si lo sape el Gopierno y me *busila por detrás?*..... No... no.... eso es cosa sería.

—Pues mi amigo, piénselo bien y contéstenos. Tómese una semana para pensarlo y cuidado con las tentaciones de delatarnos por que Ud. no sabe quienes somos y se expondría á que le diéramos de puñaladas por detrás y por delante. Con que abur y contestar.

Otro día después, nueva cita y nueva conferencia de Wolff con el desconocido. Aceptadas las condiciones se procedió á señalar el día en que debía ponerse en la guardia de la Artillería al oficial X. Pero para alcanzar ese resultado, fué preciso presentar á Wolff una carta de Elena en que le aseguraba que si hacía lo que le exigía el comité revolucionario, sería su esposa. Por supuesto que la tal carta fué fabricada por uno de los conspiradores. De tal manera enardeció la razón de Wolff la esperanza de ser pronto correspondido, y esa promesa le dió tal osadía que al encontrar á Elena en la calle le dejaba ir ciertas frases que ella no comprendía, pero que podían traducirse por las siguientes: "seré leal aunque me busilen," "constancia, que yo cumpliré," "seré fiel hasta la muerte," etc. etc. Observó el capitán que Elena, lejos de contestarle ó recibir bien sus buenas intenciones, lo miraba con más desdén que antes, y esto le hizo comenzar á dudar. La sospecha se convirtió en certidumbre casi, con el incidente que vamos á referir.

Un domingo que mandaba Wolff la parada en la misa de tropa de las ocho de la mañana, le tocó estar colocado de un modo que podía ver á Elena por detrás y á Andrés Cordón á un lado. Andrés por vanidad, ó por el deseo de mortificar á alguien, empezó á hacer ciertos gestos dirigidos á Elena; uno de ellos era sacar un papel del bolsillo y hacer el ademán de enseñárselo á la novia de Delgado; todo esto acompañado de sonrisas picaronas y miradas asesinas. En uno de esos movimientos volvió á ver Elena á Andrés y se puso encarnada, probablemente de vergüenza de sentirse objeto de las maniobras de aquel mequetrefe. Pero Wolff no pensó así y los celos le perdieron la cabeza. Al concluir la música y dejar su tropa en los cuarteles, puso un pañuelo rojo en una vara que tenía en el patio, que era la seña convenida con los coaspiradores para pedir ó manifestar que deseaba hablar con el des-

conocido que se entendía con él. Al anochecer ese mismo día recibió cita en el lugar consabido, y una vez frente al enmascarado le dijo que temía que se estuvieran burlando de él; que no se conformaba con las promesas que le habían hecho y que no cumpliría lo arreglado si Elena misma no le decía, ó al menos no le afirmaba con señas ó de otro modo indudable que ella ratificaba lo que á su nombre se había hecho. El enmascarado hizo justicia á Wolff prometiéndole que Elena le daría con la cabeza el sí significativo. Satisfecho el alemán, fué necesario encargar á Rosales tan delicada negociación, pues Delgado que era el prometido de la hija mayor de Escoto, estaba inutilizado por el momento con las nubes que en sus relaciones formó una de tantas sandeces de Andrés Cordón.

(Continuará).

SIRIO.

Y A LO SÉ.

ME cuentan que, una vez, á tu canario
Pusiste en libertad,
Y que él al punto se quedó muy quieto
Y no quiso volar.

Que tal hiciste porque tú querías
Ver si en realidad
Era cierto el cariño que hace tanto
Te pruebo con afán.....

Dejando aparte la manera extraña
De probar la amistad,
Yo te diré que si el gentil canario
No se atrevió á volar,

Fué porque tú le tienes cautivado
Con tu dulce bondad,
Con tu voz que imitar él no ha podido,
Ni nunca imitará,

Y porque acaso comprendió que ausente
De tu risueño hogar,
De profunda tristeza moriría,
Sin poder verte más.

De mi afecto no dudes, que si un día
Me dieras libertad,
Separarme de ti, como el canario,
No podría..... jamás!

1890.

CARLOS A. IMENDIA.

Crónica.

El señor Redactor de "La Prensa Libre" se ocupó ya, con su bien cortada pluma, de la fiesta importante que se verificó el domingo 5 del corriente en la simpática ciudad de Heredia, con motivo del matrimonio de nuestro amigo Manuel Antonio Gallegos y la estimable señorita Angelina Flores.

Nosotros nos conformaremos con decir unas cuantas mal coordinadas palabras, ya que aquella fiesta del amor tendrá puesto distinguido en las páginas de la historia patria, y ya que queremos cumplir con el grato deber de presentar á la nueva pareja nuestros sinceros votos porque siempre se vea rodeada de la más completa felicidad.

GEOGRAFIA DE COSTA RICA

POR FRANCISCO MONTERO BARRANTES.

EDICION DE 1890.

Esta obra ha sido ampliada con todos los datos adquiridos por el autor, para hacer conocer el país detalladamente. Describense las Provincias y lugares importantes con la extensión posible.

VALE EL EJEMPLAR 75 CENTAVOS.

PUNTOS DE VENTA:

Librería de don Joaquín Montero, en San José.

Tienda de los señores Muñoz y Acosta, en Alajuela.

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA,

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

PARNASO VENEZOLANO.

Publicación económica emprendida con el objeto de popularizar las poesías de los ingenios de Venezuela.

Se publica por series de 12 tomos. Cada tomo con 80 ó 100 páginas (á veces más) lleva lo mejor del poeta á quien corresponde, procurando en ello la variedad así en los géneros que cultive ó haya cultivado, como en el mérito de las composiciones que forman la obra.

A cada cual la precede una ligera reseña biográfica del vate, y su retrato.

La suscripción á cada serie de 12 tomos	oro	\$ 3-20
Cada tomo suelto		0-30
La 1ª serie empastada en 2 t.		4-00

TOMOS PUBLICADOS:

Todos los de la PRIMERA SERIE de 12 tomos á saber:

Don Andrés Bello.—Don Rafael María Baralt.—Don Fermín Toro.—Don José A. Maitín.—Don Abigail Lozano.—Don Heriberto García de Quevedo.—Don José Ramón Yepes.—Don Rafael Arvelo.—Don Juan Vicente Camacho.—Don Cecilio Acosta.—Don Francisco G. Pardo.—Don Pedro José Hernández.

Queda abierta la suscripción á las 2ª y 3ª series, que se publicarán simultáneamente.

Tomos en preparación:

los de los demás poetas venezolanos.

Dirigirse á los editores propietarios

A. BETHENCOURT É HIJOS,

Curacao (*Antilla Holandesa*)

á los corresponsales de dicha casa.

EDUARDO E. FOURNIER

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &, &.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

"El Mundo de los Niños."

Se publica en Madrid los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Cada número contiene tres magníficos cromos y varios grabados en negro. Es el mejor periódico para la niñez.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Un año..... \$ 3-25

Un semestre....., 1-75

Número suelto....., 0-10

También pueden conseguirse los tomos de los años anteriores (87, 88 y 89) con pasta de lujo y á precio reducido.

Único agente en Costa Rica,
CARLOS GAGINI.

TIP. NACIONAL.

A las 9 $\frac{1}{2}$ a. m. del domingo, en tren expreso y acompañado de su señora esposa y otras personas, el señor Presidente de la República se dirigía á la ciudad de Heredia á apadrinar á una pareja que ansiosa de trasportarse á mundos llenos de encantos y poesía esperaba minuto por minuto el momento en que el sacerdote debía unirlos para siempre con ese lazo de flores que con tanto arte y magia sabe tejer el travieso y juguetón Cupido.

Poco después de haber llegado el Presidente y su comitiva á la casa de los novios se sirvió un magnífico almuerzo; concluido éste la concurrencia se dirigió á la iglesia en donde momentos después se escuchaba el sí que unía para siempre aquellos corazones emocionados por la felicidad.

De regreso, en la casa de la que ya era esposa, los dulces acordes del piano llevaron el jugueteo á los esbeltos y cimbradores talles de las simpáticas heredianas y josefinas que allí hacían la delicia de la reunión, y las parejas, á semejanza de tranquilas olas, empezaron á moverse al compás de preciosa mazurka.....

La fiesta no podía ser mas variada ni más interesante: á la par que había de verificarse la unión de dos almas enamoradas, debían unirse también dos partidos enemigos en política. Y así fué; como á las siete de la noche un grupo numeroso compuesto de las personas más importantes de la culta sociedad de Heredia y que militaron en las filas del partido Liberal Progresista, se presentó en la casa del señor Flores, padre de la desposada, con el objeto de saludar al señor Presidente de la República.

El Jefe de la Nación recibió con su acostumbrada amabilidad á los nobles visitantes.

Cuadro interesantísimo era aquel, por cierto; en él figuraron en primer término, haciendo uso de la palabra, sucesivamente, don Manuel A. Gallegos, Doctor don Juan Flores, Lic. don Federico González, don Rafael Iglesias contestando á los anteriores, el Gobernador de la Provincia y Lic. don José M^o Zumbado. Todos ellos con palabras elocuentes y llenas de patriotismo y fraternidad ofrecieron su adhesión y su apoyo al señor Presidente. Es por esta razón que al principio de nuestra mal forjada crónica dijimos que la fiesta que nos ocupa tendrá lugar distinguido en las páginas de nuestra historia patria. Y no es para menos; que después de tantos disgustos, después de tanta intranquilidad y sinsabores entre hermanos venga á echarse un velo á lo pasado y en grupo presentarse á protestar su adhesión al Jefe cuya elección combatieron con tanto ardor. Eso, no cabe duda, es hermoso y no demuestra otra cosa que nobleza de alma y el deseo de ver grande, muy grande á nuestra querida patria.

En aquella reunión del amor, la democracia y la paz, reinaron el contento y la armonía en todas sus bellas manifestaciones. Qué hermosos, qué sublimes aquellos instantes! Bien por la culta sociedad herediana! Bien por los que saben atesorar en sus pechos tantos sentimientos nobles!

A las ocho de la noche la banda militar de aquella ciudad, dirigida por nuestro inteligente amigo don Octavio Morales, empezó á ejecutar preciosas piezas de música, animando más y más á los concurrentes. Después de concluida la retreta el violón de don Procopio dejó oír sus roncadas voces, y el baile, el buen humor y la expansión continuaron hasta las dos de la madrugada, hora en que todos se retiraron á sus lechos.

A esas horas el señor Presidente y su familia pasaron á casa del Doctor don Manuel Flores quien anticipadamente les había ofrecido hospedaje para descansar.

Describir las finas atenciones y deferencias de que fueron objeto los huéspedes es tarea bastante difícil, puesto que nada absolutamente podía exigirse más de la exquisita amabilidad de los dueños de casa.

Cábenos la satisfacción de decir lo mismo respecto de todas las personas de la casa de don Joaquín Flores.

Durante este día el señor Presidente y su familia visitaron la población, la Biblioteca, y el elegante edificio en construcción que se llamará "Colegio Herediano."

Merece especial mención la visita hecha á la fábrica de telas del señor don Federico Velarde, en donde los visitantes fueron objeto de las más distinguidas consideraciones.

A las tres de la tarde del mismo día el señor Presidente y su familia regresaron á esta capital.

Nuestro amigo Nacho Mora y su estimable familia han sido objeto de rudo golpe con motivo de la muerte del señor don Salomón Mora. La honradez más acrisolada y la más decidida dedicación al trabajo fueron las virtudes que más distinguieron á este modesto ciudadano. Reciba el buen amigo Nacho y su familia nuestra más sincera manifestación de condolencia.

La compañía Ochoa-Alba hizo su debut anoche en el "Teatro Variedades." Por la premura del tiempo no nos podemos ocupar hoy del desempeño de la función; lo haremos en el próximo número.

Nos es muy grato saludar atentamente á nuestro amigo el notable literato salvadoreño don Francisco Ant^o Gavidia, quien acaba de llegar á Puntarenas con destino á esta capital.

Gavidia es miembro corresponsal de la "Academia Española", miembro importante de la "Academia de Ciencias y Bellas Letras" del Salvador y Director del periódico "Repertorio Salvadoreño."

Bien venido sea el amigo Gavidia.

Con el presente número empieza el segundo trimestre de este periódico. Suplicamos encarecidamente á los señores agentes activar todo lo posible el cobro de suscripciones.

El valor de comisión para los agentes que se encargan, además del cobro, de distribuir el periódico, es el de 20 o/o y para los que simplemente se hacen cargo de cobrar y obtener suscritores es el de 10 o/o.

P. C.

AVISOS

BUEN NEGOCIO.

A QUIEN INTERESE.

En Alajuela poseo un establecimiento de farmacia y otro en esta ciudad; deseando trasladarme á aquella Provincia en donde no podría manejar los dos á la vez, he resuelto vender éste por un precio muy módico y con buenas ventajas para el comprador.

El que desee este negocio, entiéndase con

CARLOS J. DE SILVA.

San José, 13 de Agosto de 1890.

10 v. 2.

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

MINIATURAS. TARJETAS DE VISITA. IMPERIAL.

Victoria. Victoria Imperial.

RETRATOS DE 11X14.

Retratos al crayón pastel, (como se quieran.)
Al óleo.

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, &, oro ó plata.

LAS FOTOGRAFIAS PUEDEN ESMALTARSE SEGUN EL ESTILO FRANCES.

(GLACÉ) || PRECIOSO PROCEDIMIENTO |

Se puede trabajar sobre papel violeta, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo pidan.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "Retratos Boudoir," que es un tamaño muy aparente para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Números sueltos, \$ 0-25.

2^a EPOCA.

NUM. 11.

San José, 20 de Octubre de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

ESTUDIOS PEDAGÓGICOS, por Francisco Gavidia.—SOLO POR TÍ, por Carlos A. Imendia.—15 DE SEPTIEMBRE POR ANSELMO VOLIO.—RIMA, por Manuel Gutiérrez Nájera.—EL BAILE DE FANTASÍA, por Alfredo.—TIJERA.

Estudios pedagógicos.

VICIOS DE LA ENSEÑANZA puramente científica en Centro América. (PARA "COSTA RICA ILUSTRADA.")

I.

HAY errores que llegan á adquirir una boga inexplicable.

Se ha dado en decir que los países latino-americanos son *soñadores*. Con lo cual se da á entender que son países literarios donde los versos excluyen los números. Nada más inexacto.

En estos países no se leen y casi no se entienden los versos. Un poeta tiene aquí pocos lectores. Si se dijese que el número de escritores que ha producido la América latina en medio siglo es enorme, eso probaría solamente que es de una raza apta para producir pero inepta para apreciar lo que produce y también para producir lo que debiera.

Efectivamente, uno de los defectos de estos países es su positivismo mal entendido, que raya en lo grosero.

Se contraponen el espíritu práctico de los Estados Unidos al espíritu soñador de la América latina.

Es otro error. El libre examen de las sectas protestantes ha penetrado á la raza sajona de ese manantial de poderosa poesía que se llama la Biblia, mientras que nuestro pueblo se nutre con el latín de la misa. En la mesa de todo labrador yankee se encuentra un Shakespeare, que es otra Biblia. El anglo-sajón no es sordo á la armonía ni á la idea del verso. Es-

tas cosas engendran el carácter y el carácter hace prácticos á los hombres. Escuelas que son palacios, periódicos por millones de ejemplares, predicadores y oradores en las plazas públicas, teatros incontables, torrentes de oro dados al escultor y al pintor por la estatua y el cuadro; esto no lo produce en un país sino el gusto, y el gusto no existe sin el espíritu literario. Los latino-americanos son, pues, menos *soñadores* que los anglo-americanos.

Nosotros solo sabemos de ellos lo de "el tiempo es dinero." Lo necesario es saber cómo se hace dinero del tiempo. Y esto depende de la intelectualidad de los pueblos. Pueblo que no entiende los versos es rudo, es incompleto, es inhábil: no hace dinero del tiempo.

Compárese el positivismo yankee con el positivismo latino americano: dos palabras establecen la diferencia.

El positivismo los salva á ellos y á nosotros nos pierde: allá vive el maestro de escuela en un palacio; aquí se muere de hambre; allá, para seguridad de sus intereses, casi todos se empeñan en que haya buen gobierno; aquí, buscando sus intereses, casi todos lo quieren malo: aquellos positivistas aman ese sueño, esa abstracción: la ley; aquí los pueblos soñadores están enamorados de esa realidad demasiado perceptible: el palo.....

Nuestra raza no es soñadora: es todo lo contrario: el egoísmo, el materialismo, la ignorancia se dan la mano para perdersos: aquí, donde hasta los ideales deistas se han secado en la clase dominante sólo se tiene conciencia de una cosa: el dinero; y esto hace que el dinero se nos escape por millones.

II.

Algún origen debe tener esta especie de locura, y lo hay en efecto: es la educación.

Los vicios de un pueblo dependen de sus errores: sus males deben explicarse por su espíritu: el que quiera curar á las naciones debe ir directamente á auscultarles el alma: allí están las tempestades que los desgarran, los dolores que los matan.

El enfermo ahora es Centro América.

No poca sorpresa va á experimentar el bondadoso lector cuando le digamos que el grave mal que nos postra es el siguiente:

El espíritu científico.

El alma de los pueblos se diferencia de la del individuo en que la de un pueblo se trans-

forma: para ello es suficiente que haya un Lutero, un Mahoma, un Licurgo, un Homero; mientras que el alma del individuo, que es su conciencia, es inmortal.

La transformación del espíritu de Centro América se opera en la cátedra. La universidad, el instituto, el colegio, la escuela, son el laboratorio de nuestras leyes, de nuestras máximas sociales, de nuestros principios morales, de nuestras creencias dominantes, de nuestras aptitudes políticas: en una palabra, la cátedra forma al hombre. Se objetará con razón que la enseñanza no está difundida con la profusión que se quisiera. Pero no es difícil hacer observar que á un pueblo lo constituye su clase dirigente: abogados, médicos, agrimensores, sacerdotes, comerciantes y militares, he allí el núcleo omnipotente al cual sigue y al rededor del cual se mueve, como la atmósfera en torno de la tierra, lo que llamamos *el pueblo*. Los grandes intereses de la patria dependerán, pues, de la educación de la clase dirigente, por de pronto, en pueblos como Centro América.

III.

Nuestra clase dirigente es educada conforme á un espíritu científico exclusivo.

Ahora, vamos á probar, ante todo, que la enseñanza puramente científica, lejos de ser útil ó inofensiva es gravemente viciosa y perjudicial. Y á falta de la autoridad propia haremos uso de otras irrecusables.

Para la mayoría el concepto de ciencia tiene una significación alta y supone que ella es la manifestación capital del espíritu humano. Es un error.

La ciencia, según un apologista suyo (1), ha seguido este camino: 1^o observar; 2^o concebir idea de la exactitud; 3^o conocer la verdad; 4^o pasar, por inducción, de lo probado á lo probable.

Las facultades con que ejerce la observación no son las que ponen al hombre en el trono de la tierra. "Un zorro, dice donosamente un grave educacionista (2), puede ser observador, y excesivamente perspicaz, en los gallineros. Puede estar al cabo de la dificultad de alcanzar el conocimiento real de las trampas. Mas aún, pasa de lo que está comprobado, la existencia de

(1) Sir James Paget.

(2) Frances Power Cobbe.

los perros, á la inducción de lo probable, el hecho de que pronto le cazarán." Esto por lo que hace á la observación.

Por lo que hace al aprendizaje de la exactitud, baste decir que en las ciencias exactas por antonomasia, según Buffon, "lo que se llama verdades matemáticas no son más que *identidades de ideas y no realidad alguna*." Hobbes probó la incertidumbre de las ciencias exactas: "Yo os haré ver, dice, que no hay menos motivos de duda en matemáticas que en física..." Newton se aburrió hasta el punto de que por muchos años no quiso oír hablar de ellas: no se explica esto por cansancio, sino por falta de satisfacción en busca de la verdad, como se prueba por las palabras de Gibbon: "Las ciencias exactas nos acostumbran á desdenar la evidencia moral, tan fecunda en sensaciones, y hecha para determinar las opiniones y actos de la vida." Descartes, que era gran matemático, "nada hallaba que le pareciese menos sólido que ocuparse sólo de simples números y figuras imaginarias, como si se debiese dedicar la vida á estas bagatelas sin llevar más allá la vista... creía peligroso dedicarse seriamente á esas demostraciones superficiales que el trabajo y la experiencia hallan con menos frecuencia que el azar." "Esta aplicación (es máxima suya,) nos desacostumbra insensiblemente del uso de la razón y nos expone á perder el camino que nos traza su luz." Y el padre Castel: "En general se estima demasiado á las matemáticas: la geometría tiene verdades altas, (lo que llama Buffon *identidades de ideas y no realidades*, lo advertimos á los que objetan lo mismo á la poesía, con poca exactitud, pues el corazón humano, la caridad, la justicia, la virtud, la libertad, conservadas al mundo por la literatura, son verdades inmovibles que tienen aplicación á cada paso de la vida;) asuntos poco desarrollados, puntos de vista que se escapan, ¿por qué disimularlo? tienen paradojas, apariencias contradictorias, conclusiones de sistema y de concesión, opiniones de secta, y aún conjeturas, y hasta paralogismos." No citamos todo esto para atacar el estudio de las ciencias exactas sino para ponerlas en su lugar, como lo haremos con las otras manifestaciones diversas del espíritu humano: las ciencias exactas como las otras ciencias, son hijas de las letras, *que son el espíritu humano mismo*, según la frase de Napoleón.

Ahora veamos los efectos que en la educación produce la enseñanza de las matemáticas con exclusión de las letras: "si adocinas á un niño en esta ciencia que da tan pocas ideas, dice Chateaubriand, correis el riesgo de secar la fuente de las propias ideas de ese niño; de menoscabar su buen natural, de extinguir la imaginación más fecunda, de descompletar el entendimiento más vasto." Y después: "se ha dicho que las matemáticas sirven para rectificar en la juventud los errores del razonamiento; pero se ha respondido ingeniosamente y también sólidamente, que, para clasificar ideas es preciso tenerlas, y que pretender arreglar el entendimiento de un niño es querer arreglar un cuarto vacío."

La educación es nuestra mira en este artículo. Así, pues, si se nos dice que las grandes aplicaciones mecánicas de las ciencias exactas, las ponen sobre todo, responderemos que lo principal para el hombre es el hombre, y que un ferrocarril es cosa de centésimo orden respecto del hombre que lleva encima: á este hombre lo forma la literatura. Todavía nos falta ver si se es mejor matemático, médico ó abogado con literatura ó sin ella.

Visto lo que vale la ciencia como maestra que enseña á concebir la exactitud, falta ver el 3er. punto: como enseña á conocer la verdad.

La idea que á este respecto se tiene de la ciencia es también exajerada. "¿Que no se le ocurre un día á la naturaleza abrirnos su seno, dice Montaigne; Dios mío! qué equivocaciones, qué errores hallaríamos en nuestra pobre ciencia?" "Los altos estudios, dice Platón, no son útiles á todos, sino á escaso número," es decir á los que tienen formado el criterio que forma el estudio del hombre, que se hace en las letras: prueba de esto son las palabras que agrega: "una ignorancia absoluta no es el mayor mal, ni el más terrible: es mucho peor un montón de conocimientos mal digeridos." Y qué es lo que

hallamos en nuestra educación de Centro América sino esa mala digestión, faltando como falta la seria filosofía que anima la literatura: nuestros hombres de ciencia en general, no estudian las letras ni medianamente, quedándoles una ligerísima tintura de filosofía, y Bacon dice: "un ligero barniz de filosofía puede conducir á desconocer la Esencia Primera: un saber mas lleno conduce al hombre á Dios." Todos vemos que en las clases ilustradas sopla un viento de materialismo que afecta los principios fundamentales de la sociedad: no sólo se niega á Dios, se va tras el dinero y la utilidad por todos los medios. Con el materialismo se pierde la verdad de las verdades: ¿cuál es, pues, reflexionemos, la verdad de la ciencia que exige sacrificios tan grandes? "¿Podemos acaso, dice un sabio educacionista (1), someternos á la creencia de que lo verdadero no es otra cosa que un cúmulo de hechos, agrupados en una pirámide más ó menos ordenada, de tal ó cual ciencia, como los montones de cráneos de Tamerlán? Si reunir un millón de hechos, comprobarlos, clasificarlos; si establecer por inducciones generalidades que á ellos se refieren y dejarlos en herencia á la generación próxima para que ella agregue todavía mucho mayor número ó talvez reconstruya la pirámide sobre otra base y diferente plano; si esto es llegar á lo verdadero, entonces la ciencia habrá logrado llegar al fin de su trabajo. En otro tiempo, sin embargo, era más noble lo verdadero: lo que daba significación y dignificaba las más humildes investigaciones sobre rocas y plantas, era lo que alcanzaban á traslucir más allá de los hechos, la influencia que ejercían en las aspiraciones del hombre..." Keplero exclamaba:—¡Oh Dios! alcanzo á penetrar tus designios; Newton al terminar sus *Principios* se lanzó al Infinito para postrarse ante El."

Conocidas como son las revoluciones constantes que experimentan las ciencias, no cabe duda que su conocimiento de la verdad es limitadísimo y que casi toda se resuelve en hipótesis, y que estas hipótesis no dejan huella á vuelta de algunos años: si, además, el hombre se forma exclusivamente con estas verdades vacilantes y que siempre están amenazando ruina, la parte moral sufre grandes estragos, ya que ni las más altas verdades científicas la fortalecen: ¿qué máxima se desprende de un microbio? qué influjo tiene en la conducta de un hombre público el conocimiento del sistema solar?

Dediquemos la atención á las ciencias físicas. Su estudio exclusivo es más perjudicial que las matemáticas en igual caso: (después veremos que el estudio puramente científico, en el ramo de la jurisprudencia, es todavía más funesto que el de las ciencias físicas).

"Hasta la edad de 30 años, ó aún más, dice Darwin, la poesía de todo género, como las obras de Milton, Byron, Wordsworth, Colerige y Shelley, me deleitaban sobre manera, y aun Shakespeare, cuando yo era estudiante (sic.) También he dicho antes que la pintura y la música me hacían gozar extraordinariamente. Pero ahora, desde muchos años, no puedo tolerar la lectura de un solo verso. También he perdido casi del todo el gusto por los cuadros y por la música". Mr. Power Cobbe, ya citado, exclama: "¿qué le importa al hombre descubrir el origen de la especie y averiguar la vida de los gusanos, si se vuelve ciego á los encantos de la naturaleza, sordo para la música, insensible á la poesía, y tan incapaz de llevar su alma hasta lo divino y lo eterno como lo eran los monos de que desciende? ¿es acaso esto lo que puede ofrecer la ciencia á sus admiradores? ¿deberán ellos perder sus facultades más nobles para trocarse en *máquina fabricadora de leyes generales*, (dudosas) *y de grandes depósitos de hechos?* (frase de Darwin.)

Sigamos examinando qué males causa el exclusivismo científico en el ramo de las ciencias físicas.

El primero es que se adquieren nociones materialistas, que se reducen á la práctica. El método de enseñanza que se ha adoptado nos enseña á ver el lado más bajo de la vida. "El acto material tendrá preferente lugar en el alma, al paso que su significado espiritual quedará eli-

minado en segundo término. Se mirarán las lágrimas de la madre no como la expresión de la pena, sino como soluciones de muriatos y carbonatos de soda y fosfatos de cal, y se pensará que esas lágrimas fueron ocasionadas no por la propia falta y dureza de corazón, sino por la presión cerebral sobre las glándulas cerebrales". [1]

Respecto á los efectos que hace la fisiología, otro educacionista eminente, Mr. Thring, dice: "que no puede existir educación digna y completa sin estar basada en el estudio de los pensamientos y de las ideas elevadas de los grandes hombres... La ciencia, si se exceptúa á unos pocos espíritus privilegiados, se reduce ordinariamente á investigaciones vulgares, á una especie de manufactura superficial de taller, que pesa, marca, clasifica con fórmulas alfabéticas, y en último término, carece de todo elemento de educación intelectual noble y elevada. Esa ciencia se desentiende además del conocimiento de los hombres y de la vida, y es por lo tanto completamente ineficaz para las luchas de la existencia. La fisiología agrega á esto un efecto embrutecedor para quien la practica y una diabólica combinación de culto de la inteligencia y la crueldad, á expensas del sentimiento y del carácter. Por lo que á mí toca, si fuese cierto que la vivisección ha aliviado maravillosamente á los hombres á expensas del espíritu, renegaría de ella y aun dejaría perecer el cuerpo." El entusiasmo y el sintetismo del arte, su cultivo de las verdades eternas debe contrarrestar el espíritu analítico é hipotético, esterilizador y lleno de escollos de las ciencias físicas. La Europa sufre en sus intereses más caros, el efecto de este espíritu científico sin contrarresto. "La distancia entre Walter Scott y Emilio Zola mide la que existe entre el arte y la ciencia aplicados á la novela". [2]

Este mismo educacionista examina la influencia del estudio de las ciencias físicas sobre la parte moral del hombre. Su exclusivismo se va haciendo cada vez más espantoso. He aquí algunas hipótesis ruines con que se educan los naturalistas:

Según Herbert Spencer, la experiencia de lo que es útil, formada de generación en generación se ha convertido, dentro de nosotros, en ciertas facultades de intuición moral (la conciencia).

Si el hombre derivase de la experiencia de la utilidad su parte moral, las madres habrían hallado más placer, en todos los tiempos, antes en dormir que en velar sobre la cuna de sus hijos, en matarlos cuando su número crecido les quitase el pan de la boca y les impidiese procurarse comodidades; los mártires no habrían muerto por una idea que no les aprovechaba materialmente: las madres utilitarias habrían dejado perecer al género humano, y los mártires no habrían dejado al mundo esa herencia que formó nuestra civilización y que se llama cristianismo. La caridad, el valor, el trabajo intelectual tenaz de los pensadores para redimir á una patria que les tiene hundidos en la miseria, ¿cómo puede nacer de la tradición de la utilidad, cuando la vida humana, hoy como siempre, sólo ofrece sacrificios en millones de hogares pobres, y para los grandes hombres en muchas patrias ingratas? Qué tradición de experiencia utilitaria ha acumulado esas tragedias, esos problemas morales resueltos en el alma de Shakespeare? Explicadme la experiencia utilitaria que ha engendrado la muerte de Lucrecia, el heroísmo de Juana de Arco, el valor moral de Cervantes?

Por qué sucumbe Numancia? No es más útil vivir?

Ved, pues, las hipótesis atroces de estos grandes hombres, pesimistas sin motivo, aventurando gratuitamente suposiciones que provocarían la indignación á no despertar la risa. "Si, por ejemplo, dice Darwin, los hombres fuesen creados en las mismas condiciones que las abejas de colmena, no habría duda alguna de que nuestras mujeres solteras, así como las industriosas abejas, juzgarían deber sagrado matar á sus hermanos". (*Descendencia del hombre*).

Lo que quiere decir que si los hombres fue-

[1] Mr. Frances Power Cobbe.

[2] Power Cobbe.

(1) Frances Power Cobbe.

sen abejas serían abejas. Cosa importante. Poneos á imaginar con este método y no acabaréis de hallar cosas igualmente curiosas, que si tenéis el humor negro, serán no menos terribles. Así es, sin embargo, el espíritu de hipótesis que domina á las ciencias. Es curiosa esta pregunta de Darwin: "¿Nos inspirarían confianza las convicciones de la mente del mono?" Y duda uno que hable con seriedad al oír la conclusión que saca de preguntar si nos inspiraría confianza lo que piensan los monos: "Siempre sobreviene la duda, dice, de si las convicciones de la mente del hombre tienen valor alguno puesto que provienen por evolución de la mente de los animales inferiores". Esta grotesca filosofía tiene por base una gratuita suposición suya, una teoría hipotética como hay mil en las pobres ciencias. Otro sabio puede explicaros, proporcionándose una lógica y principios *ad hoc*, que el pensamiento se forma de la luz; otro de otras cosas. Esto que en poesía pasa como invención inofensiva, en la ciencia tiene el carácter serio, y por tanto cómico de verdad absoluta. Y el estudiante es quien sufre los resultados; su lógica se estraga, su corazón se seca.

La poesía produce el efecto contrario.

Las ciencias físicas acaban de aterrarnos cuando se comprende que desarrollan un carácter áspero é insensible y hace á veces del hombre de ciencia un estúpido verdugo. ¿Se nos creería si dijésemos que hay quien entre nosotros experimenta un medicamento nuevo en un hombre, corriendo, como bien sabe, el riesgo de matarlo?

Sin embargo, estamos muy lejos de mentir.

"Sucede en mi país, dice un médico americano, que el ardor de la investigación científica está sobrepujando rápidamente el fin benévolo de mi profesión. La curación de las enfermedades va quedando en segundo término, y llega á ser más importante una buena autopsia que compruebe el diagnóstico." Lo cual recuerda todos los donaires con que Molière exasperó á la Facultad.

Finalmente, otro efecto vicioso de la enseñanza exclusivamente científica es la muerte del sentimiento religioso. Entendámonos á este respecto. El fanatismo, los dogmas y las sectas son cosas que están por debajo de la facultad que más eleva al hombre: que es el sentimiento de la inmortalidad y de Dios. No hallaréis entre los grandes hombres de ciencia uno sólo desposeído de esa facultad, que es un principio de grandes inspiraciones cuando se busca la verdad, como lo es en poesía de las más grandes creaciones. El hombre quiere conocer á Dios científicamente y ya hemos visto todas las impotencias de la ciencia. El espíritu científico ha matado casi, en los que niegan á Dios, una facultad superior en el hombre á la de la razón: la sensibilidad. Quitad á las religiones lo que tienen de científico y les quitaréis sus dogmas, que son los que atizan hogueras. Qué es un dogma sino una hipótesis con pretensiones de verdad, esto es, un raciocinio falso que produce efectos prácticos? He allí otra faz de la ciencia: la Inquisición. En cambio dejad á las religiones su faz poética y os explicaréis su grandeza y su utilidad. Haced callar los prejuicios de vuestra razón y dejad hablar libremente á vuestra sensibilidad, vereis que la razón ha edificado la sociedad con argamasa de errores y más errores y que provienen del corazón todas las cosas que todavía la salvan. La poesía dice: no matar, y lo razón mata con el nombre de ley; la poesía usa este vocabulario: misericordia, caridad, sacrificio, abnegación, dulzura, paz, amor. La razón inventa este otro: represalias, guerra, pena de muerte, lucha por la vida. Mientras el hombre dejó hablar su sensibilidad y siguió sus claros consejos y sus verdades evidentes, el hombre estuvo en el Paraíso: mordió en la funesta manzana cuando renunciando á su sabiduría natural que es el dictamen de Dios, se arrogó el poder de forjar con su razón nuevas verdades. ¡Y la razón sólo le era dada para obedecer ciegamente el primer impulso que tuviese su corazón! La vanidad lo ha perdido. Lo primero que grita el corazón al vencedor es: *perdón para los vencidos*. La razón interviene: la conveniencia, la razón de estado, los intereses de partido; y el vencedor manda asesinar á los inde-

fensos. Cuando pide el mendigo, el corazón del millonario responde primero: da; la razón dice la última palabra: economía.

La intuición, la sensibilidad conserva lo único bueno que hay en el mundo. ¿Pedir una prueba de que Dios existe? Probad con argumentos que el hijo debe respetar al padre; ya vereis á la razón, ese negro forjador de las verdades científicas de Darwin, destrozar vuestras entrañas con una red de silogismos inextricable. Y estas nociones son las primeras que se adquieren con nuestra enseñanza puramente científica, manantial de vaciedades y egoísmos execrables. Pongo por testigos á todos los estudiantes. Lo primero que les halaga es ver en filosofía cómo se puede probar que Dios no existe y que el alma no es inmortal, ya que antes las verdades contrarias tenían para él una fuerza incontestable.

Dejadle llegar á los cursos de Medicina y la obra es completa. ¡Qué! sacrificaremos á los razonamientos hipotéticos de los sistemas esta voz poderosa, la primera que habló en las profundidades de nuestro ser y que persiste á despecho de todos los sofismas que hayamos podido digerir en las aulas? El materialista se pone en un tormento al caer en la trampa de sus silogismos, y lo que en él sufre es la verdad primitiva, es su sensibilidad, que da gritos hasta que la muerte viene en su ayuda y calla á la clamadora que se llama ciencia. La razón es la fragilidad: todos hemos visto locos.....

Darwin (5) refiriéndose á las antiguas impresiones de *arrebato*, de *admiración* y de *ternura piadosa* que le sobrecogían en medio de las grandiosas selvas de Brauil, escribe mucho más tarde, cuando la ciencia lo tenía ya dominado por completo:—Ahora los paisajes más sublimes no bastarían á evocar en mi alma tales emociones ni tales entusiasmos, pues con verdad, estoy ciego para la naturaleza." Y sin embargo, esa misma naturaleza, que él no ve, es lo que se empeña en explicaros. Esa confesión de Darwin es una lamentación, notadlo: los mismos gemidos escuchó Edmundo D'Amicis, exhalar, en una visita que le hizo, al corifeo de la novela científica, á Zola. "Creía no haber acertado," "lo mortificaban dudas," "el público no apreciaba su intención," "en efecto le causaba despecho que el escándalo concurrese á formar su reputación." No sienten eso los que al escribir sólo han puesto oídos á su corazón para aprobar ó rechazar lo que la razón propone.

Las literaturas más fecundas y grandiosas son las que respiran un sentimiento religioso profundo. Homero, la Biblia, Dante, Victor Hugo, Shakespeare, lo desconocido se siente en ellos hasta el punto de que nos produzca una impresión real, que nos da la noción del "horror sagrado."

Hemos dicho que el espíritu puramente científico produce mayores extragos todavía en los que estudian el derecho.

En efecto, aquí los males no se espacian sólo en un gremio de titulados sino en la sociedad, en los pueblos, en naciones enteras.

No tomaremos en consideración los efectos de esa máquina de hacer justicia, la rutina, que estanca el sentimiento de la justicia y la equidad verdaderas en los cerebros débiles ó de propensiones al mal. Malos abogados y tinterillos son una lepra social por ignorancia y mala educación; pero también por un natural perverso. ¿Hasta qué punto la rutina, la costumbre de reducir á fórmula y silogismo el sentimiento de la justicia; hasta qué punto, la vanidad ó la maldad de ahogar la razón natural con sofismas y sutilezas; hasta qué punto el oficio de abogar por lo justicia solo por negocio—destruyen la noción clara de esa misma justicia, y convierte á los defensores de la moral social, en máquinas de hacer escritos y sentencias, sin alma ni elevación en lo que ejecutan, tan fríos para aplicar una ley buena como una ley atroz? Todo esto que petrifica á la sociedad oponiéndose á su progreso moral, tiene su origen en la falta de espontaneidad en la inteligencia, de lógica sólida, de criterio esclarecido, de grandes pensamientos y de grandes sentimientos, que sólo se adquieren en las páginas de los poetas, escriban prosa como Chateaubriand y Montesquieu, descartada de influencias de sistemas,

ó versos como Corneille ó Victor Hugo. Todo eso nos falta. No se ha creído un asunto serio identificar el corazón de los que abogan por la justicia con el corazón de los que sienten la justicia con más verdad y con más fuerza. Ningún aposento más oscuro que el alma de un abogado que sin altas ideas que fortifiquen su espíritu, ha visto las miserias más horribles de los hombres desfilan ante sus ojos, dejando sus convicciones vacilantes, enfriando sus entusiasmos, petrificando su corazón, esterilizando su parte moral, condenando ó salvando conforme á una fórmula, muerta en él toda esperanza de reforma ó regeneración social, convencido únicamente de que todas esas miserias se han hecho para que él las explote viviendo como el gusano en fuerza de la podredumbre.

De allí salen esos Ministros, esos prefectos, esos diputados, esos profesores de la juventud, esas fuertes cabezas de círculo, jefes de bandería, personajes pudientes por su opinión, de alma muerta, de corazón frío, que transijen con todo, incapaces de arriesgar su tranquilidad por la patria, ineptos para abogar por reformas salvadoras, en que no tienen fe, embrutecidos por la fórmula, creyendo, conforme con el espíritu científico, que el espíritu debe, como buen observador, conformarse con los hechos. La poesía, la literatura (que los miopes no creen práctica), hace todo lo contrario y pone en el espíritu la fuerza para hacerlo: no se somete á los hechos sino que los dirige, los crea, ó los aniquila. La literatura engendra la revolución francesa. Los versículos de la Biblia, interpretados libremente, engendran la revolución inglesa; la Divina Comedia determina el espíritu de unidad patria en los italianos; la lectura de Homero despierta en Alejandro el deseo de llevar la guerra al Asia, como lo hiciera Agamenón en lo antiguo.

Esto en la historia: ahora reflexionad hasta qué punto una idea tomada al vuelo, un párrafo de periódico, un verso suelto influye en vuestras acciones: reflexionadlo, porque se obra inconscientemente al parecer, pero en todas las cosas de la vida movido por ese resorte invisible: la idea. Podéis hacer nada sin pensarlos? Y lo que pensáis no son ideas adquiridas? Pues bien, si las tomáis en la calle y al acaso ellas serán malas, ya que no todo el mundo está en aptitud de crear una buena. Esto lo hacen únicamente los grandes hombres. Pensad con ellos; sentid con ellos, que lo único bueno que hay en el mundo á ellos se les debe.

Las ciencias del Derecho tienen un vasto influjo en los pueblos: si no las animáis con el criterio libertador de las letras sucede que petrificáis el progreso de un pueblo, en sus abstracciones inmóviles, ó lo que sucede entre nosotros implantáis instituciones exóticas y no buscáis la fórmula de un estado de transición como el nuestro, y mientras pensáis conforme á principios convencionales, los acontecimientos que no tenéis el criterio suficiente de dirigir, impelen al acaso á los pueblos hacia frecuentes desastres.

Veamos, pues, dada la idea de las pocas luces, de la poca lógica, de la esterilidad de imaginación, del espíritu de sistema y de secta, del ningún entusiasmo, de la bajeza de ideas que suministra, de la depresión del carácter que ocasiona, del raudal de emociones nobles que seca, de la falta de vida moral, en fin, que trae consigo la enseñanza conforme á un espíritu científico exclusivo, cuál es el papel que haría la ciencia si le cediese el puesto de honor á quien lo tiene en el mundo civilizado, á la literatura, y caminase ayudada por ella.

El arte es inmutable: la ciencia cambia. A la obra de un sabio sucede la de otro sabio: poco es lo que deja el primero si algo deja: todo se reduce en ella á sistemas susceptibles de cambio: á hipótesis fundadas en principios convencionales. Sólo el arte, que es el espíritu mismo del hombre, se mantiene sobre toda crisis y es inmutable porque es inmortal. He aquí la razón de que el arte sea el padre de las ciencias. Notad que á las épocas de florecimiento literario suceden las épocas científicas, en Grecia como en Roma y en Francia. Notad, por otra parte, que la trascendencia de las obras

QUEJAS DEL ALMA.

ROMANZA PARA SOPRANO.

MÚSICA DE OCTAVIO MORALES.

LETRA DE LUIS R. FLORES.

Andante.

PIANO.

recit

No hay quien en -- ju --- gue en - ju - gue mis lá -- gri - - mas en mi no - che mi no - che de do -

lor ni quien mi --- ti - gue las pe - nas de mi en - fer - - mo co - ra - - zón

Andantino.

So - - lo tris - - - te y a-ba-ti - - - do sin el án-gel de mi a - mor

The first system features a vocal line in a treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The lyrics are "So - - lo tris - - - te y a-ba-ti - - - do sin el án-gel de mi a - mor". Below it is a piano accompaniment in a grand staff (treble and bass clefs) with a dynamic marking of *ppp*. The piano part consists of a steady eighth-note accompaniment in the right hand and a bass line in the left hand.

So - - - lo tris - - - te y aba-ti - - - do sin el án-gel de mi a - - mor sin el ser que a-do-ra

The second system continues the vocal line with the lyrics "So - - - lo tris - - - te y aba-ti - - - do sin el án-gel de mi a - - mor sin el ser que a-do-ra". The piano accompaniment continues with a *cres.* (crescendo) marking in the right hand.

mi al-ma co-mo pue-do vi-vir yo sin el ser que a-do-ra mi al-ma co-mo pue-do vi-vir yo. E-va-po -

The third system features the vocal line with lyrics "mi al-ma co-mo pue-do vi-vir yo sin el ser que a-do-ra mi al-ma co-mo pue-do vi-vir yo. E-va-po -". The piano accompaniment includes dynamic markings of *acell* (accelerando), *cres* (crescendo), and *pp* (pianissimo).

ra - - - dos mis sue - - - ños mi es-pe-ran - za y mi i-lu - - sión su-mer-gi - do en el a - - bis - - mo in-son-

The fourth system concludes the vocal line with lyrics "ra - - - dos mis sue - - - ños mi es-pe-ran - za y mi i-lu - - sión su-mer-gi - do en el a - - bis - - mo in-son-". The piano accompaniment features a complex texture with many chords in the right hand.

1ª vez. 2ª vez.

da - ble del do - - lor E - va po - lor ah co - mo pue - - - do cie - lo san - - - to co - mo

pue - do vi - vir yo co - - - - mo pue - do cie - lo san - to co - mo pue do vi - vir

yo mo - rir tan so - lo Dios mí - o le que - da á mi co - ra - - - zón mo - rir tan so - lo Dios

cres *acell* *cres*

mí - o le que - da á mi co - ra - - zón mo - rir mo - - - - rir mi co - ra - - - - zón .

pp *muriendo*

científicas proviene en Grecia como en Roma y en Francia, de que la literatura las anima. El derecho público de Platón se conserva á pesar de los bárbaros errores que expone á los lectores de siglos como el nuestro, por lo que tiene de literario. Eso se puede decir de todas las obras científicas que no han caído en el olvido: viven por su hermosura que es su única verdad.

Mientras la ciencia no es fecundada por el arte es grotesca é informe: ved, sino, las ciencias que nacen por sí solas sin haber sido animadas ó engendradas por las letras, como las de la Edad Media: la Astrología, la Alquimia, etc.; apenas sopla el espíritu literario sobre las épocas, cuando ya se abre una puerta nueva: se cierra la de la barbarie; la Historia misma marca allí una etapa: á la Edad Media la borra el soplo artístico que se llama Renacimiento: la Astrología se convierte en Astronomía, la Alquimia en Química, etc.

En el próximo número haremos la aplicación de estas ideas á los sistemas de educación de Centro América.

FRANCISCO GAVIDIA.

Solo por ti.....

(Para Costa Rica Ilustrada).

Yo tengo una ambición, quiero ser grande
Con la noble grandeza de la gloria,
Con esa gloria que á ninguno humilla
Y que todos alaban porque brilla
En las páginas limpias de la historia.

*

Deseo que mi nombre, inmaculado,
Bellos lauros conquiste cada día,
Y que siempre que sea pronunciado,
Inspire admiración y simpatía.

*

Esta fama inmortal es la que ansío,
Porque pronto tu nombre al nombre mío,
En enlace bendito se unirá;
Y tanto es, Rosa, lo que yo te aprecio
Que me avergüenzo, aunque me juzgues necio.
De lo mezquino que mi amor te da.

*

Por ti soy ambicioso, por ti espero
Que el porvenir amable me sonría
Y ofrecerte el renombre que prefiero:
A mí me basta con llamarte mía,
Que sin llamarte así, fama no quiero!

CARLOS A. IMENDIA.

15 de Setiembre.

Amigo Próspero:

HOY es el día de la Patria! Aquí en medio de la capital de un pueblo coloso por su población, su posición geográfica, sus vastos recursos y sobre todo su amor al trabajo y á las instituciones libres, se vuelven no obstante con deleite los ojos hacia aquel pedacito de tierra, que, dígame lo que se quiera, es la que nos vio nacer y en ella deben estar cifradas nuestras más caras esperanzas.

Nacida de nuevo á la vida de las naciones libres, merced al valor indomable de sus hijos y á una lucha política que contará muy pocas semejantes en la historia de los pueblos grandes, ninguna igual en las páginas de la nuestra; engarzada como diamante en el seno de los océanos que á porfía se esmeran en besar sus playas; destinada muy en breve á tener una línea interoceánica que con rieles de acero úna ambos mares; y finalmente con dos canales por límite, uno al Norte, y otro al Sur, que han de atraerle el comercio del mundo, es Costa Rica un vergel

bellísimo en que la naturaleza parece se sonríe, al regalarnos con sus dones más preciados. Llanuras feraces é inexplorables están allí convidando al inmigrante y al trabajador; las frutas de todas las zonas se dan para su regalo; y aves de pintados colores y sedosos plumajes alegran la vista al despuntar el día, y aligeran con su canto el cansado paso del labriego al volver de sus faenas al hospitalario techo.

¡Y el pueblo feliz que habita este Edén celebra hoy la "fecha hermosa de su hermosa independencia!" Hoy hace precisamente sesenta y nueve años que con estremecimientos de júbilo, con santo temor, con noble y levantado propósito, se conmoviera la tierra centroamericana al escuchar el estampido del cañón que le anunciaron los primeros albos de su libertad. Las cadenas que hacía tanto tiempo venían abriendo hondo surco en su cuello encorvado hacia la tierra, debían desplomarse para siempre ante el soplo de la libertad que Washington arrancara del cielo, Bolívar cimentara en la tierra con su espada y que tantos héroes hicieran fecunda con su sangre en la gran epopeya de la independencia de las dos Américas.

La Junta de patriotas que en la mañana de 15 de Setiembre de 1821 proclamó ante el mundo entero, con estentórea voz, que Centro América, como dueño de sus destinos, debía ser y de hecho se hacía libre de toda soberanía extraña, y responsable de sus actos sólo ante aquel que mueve los cielos y la tierra. El hosanna que entonaron los recién nacidos al don más supremo que puede atesorar el hombre, al escuchar de los labios de sus próceres la lectura del acta de independencia, hizo estremecer las viejas monarquías, las viejas supersticiones, las viejas injusticias; y Felipe II gimió en su sepulcro de mármol, y las viejas paredes del Escorial retemblaron en sus cimientos, sacudidas por el eco del himno de la libertad. La esclavitud que había corroído las entrañas de la sociedad desde su más remoto origen se vió amenazada de muerte en el apenas naciente estado, y quedó desarraigada de cuajo en Centro América por el célebre decreto de la Constituyente de 1823 que llevaba la fecha de 31 de Diciembre. Así probó al mundo este pueblo viril que era digno de ser libre, y le cupo la gloria de haber sido si no la primera, una de las primeras entre las naciones, en llevar á la práctica, sin efusión de sangre y por el solo poder de la convicción, lo que costó á este gran pueblo, en época no muy lejana aun, millones de dinero y ríos de sangre.

Poco podía prever Colón, cuando se lanzó al mar en frágiles barquillas, llevado del espíritu de Dios que iba á dar un mundo nuevo á aquellos ingratos reyes que más tarde debían pagarle sus hazañas con cadenas y su fidelidad con olvido y desprecios: pero es seguro que aquel anciano venerable, al llegar al venturoso momento que nosotros conmemoramos hoy y al ver que la tierra que él descubrió se hacía el santo asilo de los libres, daría por muy bien empleadas y muy provechosas aquellas horas amargas y aquellas desventuras.

Gloria inmarcesible á los héroes de la

humanidad, á los que han sufrido persecución en su nombre, á los que á costa de su sangre la han hecho adelantar en la senda del bien! Y gloria inmarcesible á los próceres de nuestra independencia!

ANSELMO VOLIO.

15 de Setiembre de 1890.

RIMA.

PARA aliviar á aquellos que destierra
Y darles la esperanza y el consuelo,
Dios puso las mujeres en la tierra
Y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle, y á los bosques bruma,
Nieve á los montes, y á los soles llama,
Y á la entreabierto flor dijo: ¡perfuma!
Y al corazón de las mujeres: ¡ama!

M. GUTIÉRREZ NAJERA.

(Mexicano.)

El baile de fantasía.

Varias veces he oído cantar "Son los bailes de máscaras gran diversión." Esto se puede aseverar, y mucho más si se trata de un baile de fantasía como el que tuvo lugar la noche del 8 del corriente en la casa de habitación del señor don Víctor M. Herrán.

¡Qué baile tan espléndido! Pienso que fiestas como esa no se deberían acabar, las noches deberían ser eternas. Puedo decir sin temor de equivocarme que es la primera fiesta en esa naturaleza, vista en esta capital. ¡Qué recuerdos tan gratos nos quedan de la octava noche de Octubre. Gracias, mil gracias á Tito y á su amable señora.

Sin tratar de que se tome esto por una crónica ni cosa que se parezca, porque seré si acaso un aprendiz de cronista haré un pequeño y ligero bosquejo de la renombrada é interesante fiesta. Es el caso señores que á las nueve meos cuarto me presenté en la casa de Tito, donde ya reinaba el mayor entusiasmo, con mi sencillo é insignificante vestido, y penetré en el hermosísimo salón.

¡Qué sorpresa tan completa! ¡Qué impresión tan agradable! Diversas y encantadoras mascarillas, unas me hablaban por mi nombre, otras me totaban por otra persona, así principió lo interesante y divertido de aquella escena.

Una simpatiquísima mascarilla vestida de húngara, con su hermoso cabello suelto, se acercó á mí y me dijo: ¡qué tal Alfredo? picando mi amor propio, por haberme interrogado por mi nombre y dudar yo de quien me hablaba; pero pronto desapareció mi duda, pues pude comprender que era Anita de Nanne, que con su pandereta en la mano y su esmerada gracia ponía en curiosidad á todos los concurrentes. Sorprendido también fui al contemplar á Europa. ¡Que hermosa estaba! ¡Que traje tan elegante! Con qué chick llevaba aquella su capa celeste colorada con esmerado arte. Más que en Europa, pa-

recia una reina; pero no, si tomamos en cuenta todas las bellezas de Europa, aprobamos la elección de tal vestido por doña Adela M. de Dent. Y que le decimos á la sal de Andalucía personificada en una turca. ¿Quién es, quién es? decían todos; pero yo, que me fijo tanto en el pié, dije: esta es doña Rosaura de Mata. Bravísimo, venga la primera pieza. Ella no sabía con quien bailaba; famoso chasco; pero por esa vez pase, talvez en otra me conocerá. ¿Donde está Claudia Tinoco, quién ha visto á Claudia preguntaba con esmero por todo el salón, y nadie se figuraba que una hechicera mariposilla de botita de género blanco con dorado era Claudia. Una galopa para mí no la olvide; con mucho gusto, dijo la mariposilla. Pasaron si mal no recuerdo dos piezas y en seguida vino la deseada galopa. Aquí no pude menos que bendecir al célebre Director de orquesta el amigo Cuevas, pues prolongó la piezecita algo de como yo ambicionaba. Pocas veces he deseado reencamarme en animal, pero esa noche, lo desee, en una de esas aves que tanto persiguen á las mariposas, pues esa mariposilla es capaz de volverme loco y si no..... no, mejor chitón y vamos á contemplar de lejitos al murciélago, digo de lejitos porque el diablo le andaba de cerca. ¿Y quién es el murciélago dirán algunos? pues es Margarita; no la Margarita de Fausto, sino la hermosa Margarita Tinoco la de sin rival donaire ¡Ah! quién fuera artista para... hacer un retrato de Margarita.

Que vivan las mariposas de color verde tierno ó mejor dicho color de mar (No se crea que voy á hablar de Marcelina Bonilla que aunque no estuvo, mucho la eche de menos.) Me refiero, al foco de luz divina, á Cristina Tinoco la hermana de Claudia de la hechicera mariposilla de botita de tisú. ¿Quién no la vió? Todos vimos aquella su mirada suplicante tierna como las caricias del amante, dulce y expresiva como el primer beso de amor; aquel semblante apacible, semblante angelical. Si para el adorno y lucimiento de los portales es indispensable, el musgo lo es tambien en un completo baile de fantasía, tanto mas si este traje es llevado por una graciosa morena de ojos que dominan, que matan, por una Lupita Velázquez, quien llevaba además en el hombro derecho una envidiable paloma.

¡Que agradable es escuchar la diana á eso de las cinco de la mañana pero mucho mas, mucho mas satisfactorio es ver á Amalita Montealegre con su gracioso vestido de Diana Amalita la hermana de Yeya de la ruana Yeya. Qué primorosas estaban las dos. No se porqué en este momento recuerdo tanto á Lalita, á Ester, Lastenia y Angélica Bonilla, todas estaban disputándose la palma, pero todas eran acreedoras á ella. Solo si me sucede con Angélica que desde que la vi vestida de batelera simpatizo tanto con aquella canción de "Batelera suelta el remo y ven á mis brazos" etc. Angélica pudo haber ido de dulzura aunque para eso cualquier vestido le hubiera servido, pues ella es la dulzura personificada y si no que hable, que cante ó que dirija una mirada aunque sea velada con indiferencia. Las Carrancita de

don Jaime, es decir Deida y Teña estaban muy córrongas pero como siempre lo han sido es por demás decir lo que todos sabemos. Debo llamar la atención á cerca de Luisa Millet cuyo vestido no podré decir de que era pero estaba tan bien adornado y con tanta gracia que no desmereció en nada la idea que tenemos de Luisa al considerarla como una de nuestras mas simpáticas flores. Que buenas mozas estaban las Lara pero prescindiendo de describir sus vestidos porque nadie ignora que eran elegantísimos y también porque había entre ellas una gitana en quien no quiero extenderme por temor de uno de esos pronósticos que aunque muy crueles á veces suelen ser muy ciertos; así es que solo me concretaré á hacer recuerdo de las lindas piezas que bailé con ellas, y echarles una indirectilla para que en adelante se acuerden de mí en un vals ó una galopa.

Desearía que alguno de los otros concurrentes continuara esta reseña y especificara cuidadosa y detalladamente lo bueno de los vestidos de las señorita Lahman particularmente la vestida de solfa, de la simpatía de Adela Sáenz vestida de Manola, y de tantísimas señoras y señoritas que contribuyeron con su presencia á darle realce y animación á la fiesta. Para concluir llamaré también la atención de una novedad algo más que halagüeña la de encontrarse allí una paloma venida de lejanos prados nada menos que de la bella y hermosa Guatemala. Que vengan que vengan las palomas guatemaltecas á nuestro valle que las recibiremos con muchísimo gusto, solo si que no les permitiremos su salida.

Los caballeros, en general estaban bien puestos, y entre todos Tito con peluca blanca y pantalón corto, traje llevado en tiempo de la Revolución Francesa; y á propósito de Tito, después de admirar lo elegante de los vestidos de doña Emilia su señora, vestida de Catalina de Médicis, y doña Paulina su cuñada vestida de juegos, de ajedrez, naipes, etc., debo enviarles mis felicitaciones por haberse distinguido con una fiesta tan espléndida, y entre las recordadas como felices en nuestra capital.

Asi mismo, al amigo Cuevas Director de orquesta, por haber correspondido con su música á los esfuerzos del entusiasta Tito.

ALFREDO.

13 de Octubre de 1890.

NOTAS.

AL SEÑOR Licenciado don Inocente Moreno y hermanos presentamos nuestra más sentida condolencia por la muerte de su querida madre.

* *

CON EL mayor placer enviamos nuestro saludo al señor doctor Montúfar y sus estimables hijas, quienes acaban de llegar de Europa.

Hoy empezamos á engalanar las columnas de nuestro periódico con las brillantes producciones del escritor don Francisco A. Gavidia, quien, desde hace algunos días se encuentra entre nosotros. Deseamos que su estada aquí se prolongue indefinidamente.

* *

TIJERA.

—¿Cómo es que tú, rico y elegante, llevas ese sombrero tan estropeado.

—Pues, muy sencillo. Me ha dicho mi mujer que no sale conmigo mientras no me compre otro.

Un licenciado del ejército, ugle o, eqe pide limosna á la puerta de una iglesia, lleva pendiente del cuello un cuádrillo con la siguiente inscripción:

Ciego por accidente

Acciones de guerra.....	8
Heridas.....	10
Hijos.....	6
Total.....	24

En unos exámenes:

—¿Qué es patrimonio?

—El caudal que hereda uno de su padre.

—¿Y matrimonio?

—El que se hereda de la madre.

La baronesa encuentra á su médico:

—¿Querido Doctor! He sabido que ha estado usted enfermo cuatro días.

—Sí señora, y precisamente con la misma enfermedad que la ha tenido á usted en cama tanto tiempo y que me obligó á hacerle tantísimas visitas.

—¿Y se ha puesto usted bueno tan pronto! ¿qué ha tomado usted?

—Absolutamente nada.

—¿Caballero! ¿una limosna por Dios! Hace tres días que no he comido.

—Pues continúe así; ese es hoy el principio de una gran fortuna.

Un amigo propone á otro una partida de billar, mano á mano.

—Imposible—contesta el otro.—yo no puedo jugar, si no me dan algunos palos.

No hay cosa que á la larga canse más que el no hacer nada.

Los favoritos de la fortuna suelen ser insolentes.—P. Syro.

—¿En qué se parece el día de tu santo á un estudiante?—En que es-tu-dia.

¿Y un abaró á un niño?—En que todo le parece poco.

¿Y los hortelanos á los necios?—En que toman el rábano por las hojas.

¿Y las coquetas á las cómicas?—En que hacen muchos papeles.

TIP. NACIONAL.

53

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

2^a EPOCA.

NUM. 12.

San José, 30 de Octubre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

ESTUDIOS PEDAGÓGICOS, por Francisco Gavidia.—
POR CULPA DE UN CAJISTA, por G. Gagini.—EL SALMO DE ORFEO, poesía por F. Gavidia.—WILLIAM VILLOUGHBY, traducción por C. Gagini.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—TIJERA.—NOTAS.—ANUNCIOS.

ESTUDIOS PEDAGÓGICOS

Vicios de la enseñanza puramente científica en

Centro América.

Dos palabras más sobre el influjo poderoso que ejercen las letras en el crecimiento de las ciencias.

Teniendo las ciencias por dominio la verdad absoluta y las letras la verdad relativa, y necesitando las ciencias, para avanzar, aventurar hipótesis,—las letras, que dominan la hipótesis ampliamente son un auxiliar indispensable. No es esto todo. La verdad relativa, ó sea la hipótesis, no es peligrosa en arte; en ciencias viene á ser, como lo hemos probado antes, un temible escollo. ¿Qué necesitan los hombres de ciencia? Poseer grandes nociones literarias; familiarizarse con los secretos del arte para que una hipótesis no los engañe; para no edificar sobre una suposición colosales sistemas, falsos como verdad absoluta, amenazando ruina, aplastando finalmente con sus escombros las creencias, la fe, la sensibilidad de una generación, como sucede con el transformismo mal entendido, con la observación esclava, con el realismo servil. Una sana filosofía y alta prudencia en aventurar juicios y afirmaciones, vendría á reemplazar á la pedantería demolidora con que supuestos Colones vienen descubriendo mundos desconocidos, tan inhabitables... como quiméricos.

Por lo que hace al efecto ordinario de las letras en las carreras profesionales basta

observar que los hombres de ciencia que más se distinguen son aquellos que tienen más aptitudes literarias. No descuellan estos hombres por efecto de haber recibido una educación inversa á la que se imparte ordinariamente, sino por buen talento natural, porque están en ellos las aptitudes literarias. La educación, sin embargo, y como es sabido, debe aspirar á hacer generales los beneficios. Así, si un joven de medianas aptitudes adquiere una ilustración, al influjo de la enseñanza puramente científica, representable por la cifra 10; ayudado por un curso de literatura serio y amplio, adquiriría una ilustración representable por la cifra 100. Excusado es decir que cuando las aptitudes del estudiante son sobresalientes el éxito es incalculable.

En todo escritor hay un publicista, hay un legislador, hay un filósofo, un historiador, y si cultiva las ciencias físicas ó exactas, un hombre de ciencia insigne; si Goethe, naturalista innovador; si José Batres ó Echegaray, matemático insigne. Pero no es preciso buscar ejemplos excepcionales. El lector puede pasar revista á nuestros hombres de ciencia eminentes: tienen siempre gran provisión literaria y filosófica.

IV.

Apliquemos las nociones anteriores á los sistemas de enseñanza en Centro América.

Veamos el de la colonia.

Pocas y mal servidas escuelas, donde se estudiaba un vasto compendio de teología, el Ripalda, bueno por lo que hace á la fe, malo, muy malo para desenvolver la inteligencia de los niños; otro vasto compendio analítico de la lengua, la gramática, clasificación y enumeración científicas, como la zoología y la botánica, provisto de su tecnicismo sacado de las lenguas muertas, infructuoso para aprender á escribir ó hablar, perjudicial para

el desenvolvimiento de la imaginación y el criterio, (como lo podrán testificar los pocos resultados que hoy mismo obtiene la juventud con su estudio); elementos de aritmética, destinados á rectificar los errores del razonamiento; ya hemos trascrito las palabras de Chateaubriand que aluden á la opinión que á este respecto emitió Juan Jacobo Rousseau en su Emilio: "para clasificar ideas es preciso que las haya", "pretender arreglar el entendimiento de un niño es querer arreglar un cuarto vacío."

La colonia no se prestaba á más, tocante á enseñanza popular. Los efectos son conocidos.

Se ha continuado bajo la República un camino poco más ancho. Apenas si se ve una que otra innovación incipiente que tuerza el rumbo. La enseñanza popular de la colonia era, pues, rigurosamente científica.

El pueblo necesita canto, necesita pintura, necesita versos.

Esa frase: "enseñar á leer al pueblo" tiene una significación vasta.

Las letras nada son; lo importante es la idea. Poned en la mente del pueblo las ideas de los poetas; enseñadle á penetrar el sentido de la estrofa; enseñadle á percibir la armonía de la rima; enseñadle á estremecerse con el calor de la inspiración; enseñadle á sentir con el corazón de los grandes hombres; dedicad á esto gran parte de las horas de escuela, y le vereis, por una parte, dominar fácilmente vuestros textos de aritmética, de geometría, de gramática, y por otra parte, que las alas de su alma habrán experimentado el crecimiento de cien palmos.

La enseñanza superior, bajo la colonia, tenía una desventaja pero también una ventaja sobre la que imparte la República.

La desventaja era que empezaba por fatigar la inteligencia de un joven con siete ó más años de latín, imponiéndole la retención del mecanismo inextricable de una lengua muerta, lo que, como el aprendizaje de la gramática española, es un estudio de clasificación y enumeración, es decir, es un estudio puramente científico como el de toda

lengua: [1] que se llenaba la mente al discípulo con la dialéctica de Scott, de sutilezas y quimeras, de falsedades amontonadas, ni más ni menos que en la teoría darwinista, por una lógica convencional: que las ciencias de aplicación tenían un lugar exiguo: que los horizontes abiertos á la inteligencia eran muy estrechos.

La ventaja que los estudios superiores tenían sobre los de la República era que, cuando una buena inteligencia resistía la prueba de los siete años de latín y de la retención de los tópicos infinitos que constituían la vieja retórica, y de la dialéctica de Scott; cuando resistía á toda la acción esterilizadora de tanto ejercicio desproporcionado para su edad como era el aprendizaje de las lenguas muertas y el influjo de tanta vaciedad, como eran las sutilezas del pedantismo universitario, entonces, florecía por el solo influjo de la poesía, de las letras. ¿Qué poesía, qué letras, se nos preguntará, entraban en los estudios de la colonia? Expliquémonos.

Lo que interesaba á la vieja escuela era que el discípulo aprendiese latín para que pudiese leer á Santo Tomás; pero para conseguir aprender el latín se daba en un escollo, y este escollo salvaba á las buenas inteligencias. El escollo era Virgilio, era Horacio, era Cicerón, eran los clásicos, los autores selectos latinos, que era preciso traducir. La medianía pasaba sobre ellos siempre cegada por el pedantismo de las escuelas: su triunfo era retener los tópicos innumerables de los cuadernos de Fray Matías Córdova. Una buena inteligencia se asía á los clásicos, los comprendía, se apoderaba del espíritu histórico, filosófico, libertador de las letras, y esto era su salvación. Ha tenido la República, por ventura, hombres como los que nos dejó la colonia? ¿Quién ha sustituido á José Cecilio del Valle? Mostradlo. ¿Veamos el orador que ha igualado á José Francisco Barrundia? En el concurso de nuestros estadistas el sillón de don Mariano Galvez permanece vacío. Nuestras bibliotecas no pueden mostrar un documento político que tenga la altilocuencia del Manifiesto de David: obra de Morazán ó de Vigil, esa pluma se tajó durante la colonia. Pero si el Manifiesto no fuese de Morazán, sus Memorias le ponen á ese guerrero, entre los escritores muertos de más vigoroso estilo. ¿Qué fabulista ha eclipsado á García Goyena? El poema de Fray Matías Córdova, mejor poeta que retórico, se mantiene sin rival en su género nuevo, sin antecedentes, especial de *apólogo heroico*. La voz de Juan Diéguez da la nota de la dulzura suprema: ¿hay quien la haya igualado? El historiador por autonomasía, en Centro América; el juicioso, el prudente, el imparcial, el clásico historiador nuestro es Alejandro Marure: su estilo no tiene rival: su intención no ha sido repetida. Cualesquiera que hayan sido de aventuradas las hipótesis de Larreynaga, nuestros sabios no han hecho ni esto después de él. El salvadoreño José Batres Montúfar, es, según la frase de un crítico nicaragüense, don Ricardo Contreras, *el único nido de águila* que hay en Centro América.

Porqué vence la Colonia á la República con sólo la enumeración de los grandes hombres que nos dejó en herencia?

Porque enseñó á su juventud inteligente á leer á Virgilio. Por eso.

Un defecto había, sin embargo, en esta pequeña educación literaria que suministraba la Colonia, (sin proponérselo, como hemos dicho.) Y era que solo se estudiaban las le-

tras latinas. Producían un efecto espléndido; pero como en toda poesía-inmortal como poesía,—sucede que, por el medio social, político y filosófico, refleja las ideas de su época, el exclusivismo de una literatura dada, y para el caso, el de la latina, produce el mantenimiento de ideas anacrónicas, y, en el estilo, el amaneramiento que proviene de contrahacer en una lengua viva las construcciones, el tono, el ritmo, las inflexiones de una lengua muerta.

El problema es de resolución fácil. Empecemos por enseñar no una literatura antigua, sino las modernas. Goethe, Shiller, Lamartine, Victor Hugo, Castelar, Byron, Edmundo D'Amicis, salvarán las ideas de la época, y el estilo moderno; luego nos apoderaremos de las ideas y del gusto de las literaturas antiguas: su influjo no prevalecerá sino en proporción armónica.

Pero no anticipemos las proposiciones.

Toca á un insigne costarricense la gloria de haber hecho una revolución en la enseñanza, á fines del siglo pasado. Costa Rica progresa con rapidez, material y moralmente; no está lejos el día en que, cuando el viajero pregunte por los grandes hombres del país, el ciudadano le muestre con orgullo la estatua de GOICOECHEA, gloria de ese pueblecito de Ujarraz, su cuna. Fuese como Pestalozzi á los montañas, amante sincero y vigoroso de la natura, y descendía al poblado, donde recibía el saludo de los niños, como Horacio Mann, meditando el problema del crecimiento de aquella vegetación áspera de los pueblos de la colonia. Libró la batalla que libran todos los reformadores: filósofo eminente, su filosofía tenía la clave del corazón de los hombres, y aguardó tenaz, grandiosamente que sus contemporáneos reconociesen en él al pensador victorioso. El viejo Scott, el mismo Santo Tomás, sintieron cortado su influjo: la dialéctica, intrincada maleza del pensamiento, se vió desbastada por una lógica clara que caminaba rectamente como la luz.

Las necesidades de la época, la civilización exigían para el trabajo del hombre centroamericano las prácticas inteligentes de la ciencia: él tiró por ese rumbo. Los planes de enseñanza se ampliaron: las ciencias ocuparon el lugar que les era debido. Pero ¿se proponía acaso matar á las letras? ¿Querría formar rutinarios serviles, curanderos de costumbre, sin discernimiento esclarecido, zapateros de la justicia, peones para hacer memoriales, jornaleros para escribir sentencias? No cabe duda á este respecto. José Cecilio del Valle, colaborador de Goicoechea en obra tan magna, ilumina este punto de la reforma, en el famoso panegírico que hizo á la muerte del reformador. Asoman á la memoria todas las citas con que Valle nos ayudaría á desvanecer toda sospecha de que el restaurador de las ciencias, se haya propuesto dejar olvidadas las letras. Ninguno de sus actos ni de sus escritos permite creerlo: todo por el contrario milita en el sentido de que su predilección estaba por las letras en su plan de enseñanza.

Estaba convencido, dice Valle, (citamos de memoria) "de que las bellas letras son el único vehículo de la ilustración". Remitimos al lector para que aprecie este punto, al discurso de Valle, donde más largamente se contiene.

El efecto de la reacción no por eso falló esta vez. Se creyó práctico todo lo que produjera lucro inmediato. Cada vez se pronunciaron los planes de enseñanza en el sentido del espíritu puramente científico y si no fué así, no se supo, sin duda alguna, separar

lo que pertenece á la ciencia de lo que toca al arte.

Pronunciado el espíritu que animó desde entonces las reformas de enseñanza, en un sentido esencialmente práctico, cada paso tiró hacia el predominio científico, relegando á las letras á un orden de intereses muy inferior. Como hemos dicho, los reformadores no era de esta opinión, y no lo eran porque buscando ellos resultados prácticos, la exclusión de las letras era una tendencia la menos práctica imaginable. Era dejar al estudiante sin poder imaginativo, sin fuerza mental comprensiva, sin esta lógica, incapaces de desarrollar las ciencias, según la opinión de Cuvier, y que solo suministran las letras, de suyo ocupadas en resolver los más delicados y profundos problemas morales, y los igualmente difíciles del gusto. Las facultades del hombre se ayudan y completan mutuamente. Se tendió á cultivar uno de los hemisferios del mundo intelectual: se abandonó el otro á una vasta desolación. Era como si se diese la supremacía á un continente manufacturero, como la Australia, respecto de la Europa, glorificada por sus filósofos, publicistas y poetas, sin pensar que las colonias reciben sus energías de la influencia directa de las metrópolis. Las letras que han engendrado á las ciencias, que dominan desde las alturas del espíritu humano las operaciones de las facultades inferiores que se encargan de la lucubración científica, eran olvidadas por improductivas, como si porque no se ve de golpe el influjo del sol y del agua en la germinación, se hubiese llegado á creer que se podía prescindir de la luz y que era indiferente segar las fuentes, como que siempre se obtendría el logro de las sementeras. Las letras hubieran dado ideas al niño, llenado su espíritu de preceptos morales racionales, de ejemplos que hirieran su imaginación, de armonías que despertasen su gusto, afirmasen su temperamento, preparasen la formación del carácter, que es, según Kant, *una buena voluntad* constante: esto pareció inútil: se pretendió que penetrase las tres teorías de la cantidad; el concepto de número, (que de nosotros sabremos decir que siempre nos parecieron cosas impenetrables, en el colegio) se le obligó á ceñirse á manejar cifras mudas, abstractas, estériles, muy accesibles con la ayuda de un previo ejercicio mental de las ideas sensibles de la poesía, que la imaginación percibe sin esfuerzo, muy refractarias cuando, sin esta fuerza intelectual previa, la sensibilidad de un niño tiene que estrellarse contra la roca de abstracciones inanimadas como las de la Aritmética. No era otra cosa la gramática: obra de sabios escrita para niños, vocabulario inextricable de tecnicismos griegos y latinos, clasificaciones, enumeraciones, divisiones y subdivisiones convencionales y frías, ¿qué podían dejar en una inteligencia tierna? Y era imposible dejar de apelar á la memoria principalmente, para enseñar este librito pesado, porque no se habría acabado jamás de explicar las razones filosóficas que animan esa *historia natural* de la lengua, y, por otra parte, el niño no las habría entendido nunca. Permitásenos insistir sobre nuestros propios recuerdos de colegio. El texto era bueno pero incomprendible. Nuestra memoria flaca cuando la comprensión no la ayudaba. Nuestro instinto de repulsión, profundo hacia el texto, el profesor, el director y hasta el edificio. Llegados los exámenes se preguntaba el texto línea por línea á la clase entera. Obtuvo el primer premio un mozo de gran complexión que se sabía el texto de memoria. Hablaba de *tronco etnográfico*, recitaba *cuadros sinópticos*, hilaba conjugaciones de verbos inauditos,

[1] Téngase presente que entre nosotros se echa á la parte literaria el estudio de las lenguas, como el inglés y el francés, perteneciendo legítimamente á la científica.

truncos, disformes, algunos de los cuales constaban de una sola inflexión, de un tiempo recóndito. La idea de nuestra ineptitud era desoladora, ante ese joven que el último día de exámenes se iba á su casa con una pila de libros dorados, rojos, cerrados con broche de níquel, abrazados dificultosamente por el vencedor. Hoy nos felicitamos de haber escapado á esos estímulos á que sin embargo no éramos insensibles. Nos vengamos de nuestra ineptitud viendo las ilustraciones de ciertos grandes periódicos que había en casa: hincamos el diente á una novela... y, esto nos salvó. Cuando hubimos leído diez ó doce novelas sabíamos más lenguaje, más vocabulario, más ortografía que el astro de primera magnitud de la clase.

El tenía por ocupación baladí leer esos librejos: sus deberes no le permitían leer novelas: apagaba su vela á la una de la mañana: retenía en la memoria todas sus lecciones y al día siguiente merecía el elogio del profesor: no podía escribir una carta. Hoy después no es nada. Uno que otro de todo el establecimiento ha gozado de cierta reputación como regular abogado ó médico. Estas fueron las inteligencias que aquel atroz sistema no logró sofocar. Pero se necesita un sistema que desarrolle, multiplicándolas, las aptitudes del estudiante. Lo que se dice del estudio de la gramática puede decirse de las otras materias de la enseñanza preparatoria. [1]

Nada de ideas universales, nada de estas nociones morales que como impresionan más la imaginación es, si por la forma, por medio del verso, si por el fondo, por medio de la imagen, si por lo serio, por medio de la poesía. El criterio estrecho, la sensibilidad ruda, las pasiones sin desbatar, la comprensión limitadísima, el gusto apagado, el oído serdo, el entusiasmo muerto, en tal estado, según el espíritu puramente científico, entregaron á los discípulos en manos del profesor de filosofía. Nosotros cometimos ese pecado. Fuimos, de trece años de edad, á poner manos en asuntos como la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. Oímos hablar de la *razón pura*, del *criterio*, de las *categorías*, del *noúmenos*, y de otras santas reliquias del santuario temeroso de la metafísica, impresionados profanamente por las inclinaciones que traíamos de la vía pública. Anita, la vendedora de caramelos, estaba allí, en el portal, con su banasta, que gemía bajo una pirámide de especies llenas de atractivo y singular interés.

Oh! el profesor no se las tenía fuertes respecto de las materias que se trataban.—Educado como estábamos nosotros en camino de serlo, de dónde iba á poseer este sexto sentido, ese tacto invisible con que se tocan las articulaciones, la forma invisible, el organismo, la trama, la máquina impalpable de esas cosas sobrenaturales que flotan, se vinculan y se ramifican en las sombras, que llamamos ideas, y que se perciben en fuerza de una sensibilidad poderosa, de una imaginación que se apodera de los espacios en proporción de la envergadura de sus alas y se interna en los océanos desconocidos por razón de que posee una vela en que soplan, dándole un vaivén temeroso, los vientos que soplan en la noche de la eternidad. Estas alas, el espíritu exclusivamente científico se las había dejado á mi profesor en estado rudimentario: daba saltitos como ave de corral, como un ganso. Esta vela, recogida, hecha un lío, pesada, era más bien un lastre, no

una comba voladora, en la mísera nave. Si de esta filosofía formal, ó pura, pasamos á la trascendental, á la filosofía que anima cada uno de los sistemas de cada ciencia ¿cuál sería el discernimiento, la lógica, el criterio con que nuestro profesor se internaría en esos laberintos? En la filosofía pura, se estaba viendo, á cada paso daba en tierra: no importa: sus silogismos le perjudicaban sólo á él. Pero los silogismos que formulaba á la cabecera de los enfermos, los que formularía si tuviese que dar leyes á un pueblo desde los bancos del senado, si caminaban engrillados como en la cátedra, dando de bruces en tierra, ¡ay de aquel enfermo, y, ay de aquel país! De aquí la desgracia de que nuestras ciencias no tengan gloria y de que nos atenemos á cómo se interpretan los libros franceses. Pase. Mas en punto á nuestras instituciones, en punto á la cuestión de nuestras tiranías, de esta libertad que nunca llega para nuestros países, la culpabilidad que le resulta á la clase dirigente, á la clase ilustrada, es de una gravedad enorme.

Los principios utilitaristas tienen en esta materia, como en todo, una comprobación alarmante. Se buscó, obedeciendo á un grosero espíritu de práctica, el fruto inmediato de los estudios. Ser médico, abogado ó ingeniero para ganar dinero, tal era el fin. Las letras, la filosofía, la sensibilidad no daban dinero: era bueno excluirlas: instintivamente se tendió á esta eliminación. Pero resultó que no se curaba, abogaba ni medía bien.—En ese hombre de ciencia, sin educación literaria, faltaba lo esencial, el alma de la instrucción que vienen á formar las letras. Se llegó á comprobar esto: que no se receta bien cuando no se entienden los versos. En esto como en política, nuestros países no perciben relaciones muy íntimas. ¡Id y decid á un zapatero que para hacer buenos zapatos y buen dinero es necesario que vote y que vote bien, y que el buen sufragio hará la buena puntada. No os entenderá: los impuestos, la instrucción y progreso de las artes, la supresión de derechos, la docilidad de los aduaneros, el vasto movimiento progresivo que trae consigo un buen gobierno, la amplitud que da al corazón y al cerebro el respirar el aire de la libertad, este mundo de cosas que encadena el buen sufragio á la buena puntada, constituye una espiral de ideas y una sucesión de causas y efectos que el zapatero no logra concebir inclinado sobre la horma. Decimos el zapatero nuestro, que como el agricultor, el comerciante, el abogado, el médico, creen haber dado con una lata de sabiduría condensada al poseer la frase estúpida:—Yo no me meto en política. Amor de patria, honorabilidad, carácter, progreso, todo, allá se va.

Todos sabemos que el zapatero yankee, el zapatero suizo, si votan, y bien.

El hombre de ciencia, volviendo á nuestro asunto, está en el caso del zapatero: qué relación puede haber entre recetar bien y entender los versos de Víctor Hugo? Pues el que entiende á Víctor Hugo tiene una buena inteligencia y el que tiene una buena inteligencia receta, si lo ha aprendido á hacer, mejor que aquel que tiene una inteligencia mala. Pero, esta inteligencia buena ¿puede adquirirse? Sin duda alguna. Después de leer y comprender á Víctor Hugo un hombre se siente triple. Miguel Angel decía que después de leer á Homero sentía que su estatura había crecido diez codos. Alejandro Magno, á nuestro entender, era un hombre bien bravo. Así y todo, la *Iliada* y la *espada* estaban siempre bajo su cabezal. En ese libro hallaba la inspiración, es decir, el secreto de la victoria. Cada idea que tomamos de un

grande hombre, es un ojo más que se abre en nuestra inteligencia. Nada más profundo y colosal en las metáforas hebreas, que estos carros divinos, vistos por poetas como Ezequiel y San Juan; cuyas ruedas estaban formadas de ojos.

La imagen de las alas y de los ojos que se multiplican es de la predilección de ese pueblo sencillamente sublime, en que nace el cristianismo y cuyo espíritu ha influido y trabajado más en la formación de toda la actual humanidad, que los romanos y los griegos, mencionados á cada paso.

Las alas y los ojos que se multiplican son el poder intelectual que se agiganta al contacto de ese soplo sobrenatural que se llama POESÍA. He ahí el vasto poder de la estrofa escrita. Ezequiel para simbolizar el acto en que se apodera de él la inspiración habla de un ser que le presenta un rollo y le dice: cómetelo. Víctor Hugo no vacila en imitarlo. Dice que se llegó á París y le dijo: Cómete ese libro (los *Miserables*) y tus alas crecerán un palmo.

En filosofía es lo más obvio de probar que las facultades que engendran ó reciben la concepción artística están sobre las que engendran la concepción científica. En efecto las nociones indemostrables y por tanto indiscutibles, como la del yo, la inmortalidad y el infinito, que constituyen los vastos é inagotables elementos de la razón pura, están en el hombre sin haber recibido su idea del mundo externo. ¿Cómo ver el infinito? ¿cómo ver el yo? Ellos existen, sin embargo, y aquí la duda no puede hincar su diente. Para que el hombre examinase la naturaleza de estas dos realidades, *su yo y el infinito*, sería preciso, en el primer caso, que fuese superior á sí mismo, lo que es absurdo, y en el segundo, que fuese Dios, lo que no ha faltado quien opine.

Las ideas madres están en lo íntimo de su naturaleza y son tan evidentes como indemostrables: el infinito, el yo, ¿cómo escapar á la evidencia de estas realidades, que sin embargo nadie ha visto? Dudad si podeis, después de pensar en esto, de que existe el espíritu. Estas facultades son las que tienen en sí *la virtud poética*: la poesía nace de la evidencia, de la verdad indiscutible é indudable. La ciencia no. Vedlo.

Entre vuestro yo y el conocimiento de su existencia la distancia es nula. Decir yo pienso luego existo equivale á decir: soy: ninguna discusión cabe en eso. Pero la noción del mundo externo es más controvertible.—Vuestros sentidos, que os dan la noción de lo externo, son relativos. Lo que llamais materia es más desconocido para vosotros que vuestro ser, empezando porque no conoceis ninguna de sus cualidades absolutas, y de vuestro ser conoceis una: su existencia. Lo mismo decimos exactamente del infinito. De aquí esta gran diferencia: la ciencia, que trata de definir el mundo externo, usa de criterio debil, y sus sistemas se derrumban á cada paso. Y á todo lo que haga la ciencia puede mezclar la poesía su soplo inmortal proveniente de lo que hay en el hombre de evidente, y al mismo tiempo permanecer aislada, inmortal. Los libros de Empedocles, puros sistemas, han muerto. *La naturaleza de las cosas*, de Lucrecio, que explica el mismo sistema, pero que es un poema, será leído siempre. Qué vive en él? El sistema, que nos parece que explica el mundo un poco disparatadamente? No. Lo que vive es el éxtasis de Lucrecio que nos comunica su arrobó, sondeando más por la sensibilidad que por la razón, los designios de la sabiduría suma; es decir, lo que vive es lo que hay de verdad eterna en el hombre, la poesía. Por

[1] Se ha incluido la gramática erradamente, entre los materias que componen el bagaje literario de la actual enseñanza. No es difícil probar que el estudio de la gramática obedece á un espíritu puramente científico.

eso la palabra poética generaliza, se convier-
te en axioma, se hace imperecedera.

* * *

Claro es que si la clase dirigente hubie-
ra tenido educación literaria, por lo menos
tanta como científica, su dirección sobre los
pueblos hubiera sido otra. La teoría social
dominante y práctica ha sido:—no meterse
en política ó meterse, como se tiran los da-
dos, para tentar la suerte. Quiere decir que
estas sociedades han sido movidas por vien-
tos locos, por fuerzas ciegas, por la casuali-
dad. La misma naturaleza no está tan po-
bre de leyes como estos jarales bravios de
nuestras sociedades, estas selvas de espíritus
ciegos. La ciencia obedece á un principio
utilitario: el patriotismo es *inútil*.

Oh! es muy grande sujetar el rayo y el
vapor, horadar los montes, avvicinarse á las
nubes, vencer las olas y domar el hierro,
pero todo ello junto, es nada comparado con
un sentimiento, una idea que aumente el po-
der del alma del hombre, ¿porqué hemos de
dar más importancia al abono que á la flor?
El medio siempre estará sometido al fin.—
Los progresos materiales nada son ante el
pragreso moral; y todas las líneas férreas son
nada comparadas con el espíritu humano.

Se ha pensado al revés: los padres han
educado á los hijos en la escuela de un inter-
és sórdido. Los intereses de la patria, el
cultivo de los grandes ideales, esas no han si-
do cosas que interesen á nuestro espíritu de
adelanto. Nada de meterse en política, es el
consejo más sano que da el padre á su primo-
génito. Quiere decir: sé lo más mal ciuda-
dano que te sea posible. Estos pueblos sen-
sibles y amantes de la civilización tienen en-
tre sus grandes máximas económicas, esta:
con la poesía no se come.

Respondemos: la poesía forma los bu-
enos ciudadanos, los sabios eminentes, los
grandes legisladores y los grandes patriotas,
desde Moisés, que era poeta, hasta Bolívar,
que era poeta. Los buenos ciudadanos ha-
cen las naciones afortunadas; y ahora deje-
mos á cargo de nuestros utilitaristas que sa-
quen la última conclusión: en los países afor-
tunados se come bien.

Toda noción de sacrificio, de abnegación,
de interés por todos, de desprendimiento,
muere donde el verso suena y el hombre, sor-
do, no lo oye.

Hombres dominados de espíritu cientí-
fico han sido todos los que han formado en
esas asambleas, cada una de las cuales, du-
rante un siglo, es una vergüenza, y cada uno
de sus actos, una ruina para nuestros pue-
blos. Una plebe despreciada, que sin em-
bargo forma los ejércitos; ejércitos infama-
dos, que sin embargo, dicen la última pala-
bra en la resolución de nuestros más arduos
problemas. Esbirros que dan la ley, solda-
do despreciable de ayer que ahora tiene á sus
pies á toda esa nobleza de mercaderes ó de
título, que merece su humillación en premio
de su egoísmo execrable. Con la poesía no
se come! Id. Leed á un poeta que después
sereis otros hombres: formad á vuestra ju-
ventud al compás triunfal de esa música in-
mortal en que va envuelto el soplo descono-
cido que impele á la humanidad hacia el de-
sideratum de todos los problemas de que pen-
de la libertad humana, y no tendreis hom-
bres sin entusiasmos que salvan, académicos
fríos, malos ciudadanos, burocracia estúpida,
tiranos salidos del cuartel, legislaciones in-
congruentes, ciencia débil, criterio reducido,
alma dormida, ineptitud en todas las filas.

El mundo moderno camina movido por
ese resorte ideal que se llama la prensa. Pues

bien, con la poesía no se come: los hombres
de letras nada producen. El primer aventu-
rero que llega, pues, gárrulo emborrador,
vacío de ideas, de convicciones, estúpido de
estilo, pero de una rapacidad insaciable, ese,
es el encargado de predicaros diariamente, de
educar á toda una generación con sofismas
descarados y disparates en que la sandez es
menos que la maldad. Ellos también son
utilitaristas: son prácticos y realistas, y de
buena gana se comprometen á corromper á
un pueblo entero. Nuestras eminencias cien-
tíficas no serían capaces de incurrir en la in-
formalidad de ocuparse en letras. Es que
tampoco pueden. He allí, pues, á la prensa
en manos del primer aventurero que sabe re-
dactar una bajeza.

* * *

Los que siempre teneis la vista fija en
Europa para seguir sus pasos, pensad en es-
to: allí se da á la enseñanza literaria toda su
amplitud: el curso literario dura siete años
en Alemania: Italia tiene una cátedra espe-
cial para el Dante, Inglaterra para Shakes-
peare. Además de esto hay diez, veinte tea-
tros abiertos á diario, exposiciones, museos á
que comparecen cinco mil cuadros ó estatuas
anualmente; una prensa vigorosa, una tradi-
ción literaria incontrastable. Los cancioneros
populares componen romances por milla-
res, los músicos canciones en igual número,
cada año. Medid la intension de esa propa-
ganda ¿quién valuará la fuerza de ese huracán
del espíritu? Los pueblos europeos son
inteligentes por el arte. El espíritu cientí-
fico sufre un contrarresto poderoso y bajo es-
tas condiciones la ciencia es una cosa muy
grande y respetable.

Pensad en lo que pasa entre nosotros.(1)

* * *

Para terminar, se nos ha dicho que si
toda nuestra idea se reduce á restablecer el
estudio de los clásicos, la reforma no es re-
forma sino restablecer parte de los antiguos
planes de instrucción. La denominación *clá-
sicos*, bien se ve, obedece á un sistema. Se
entiende por clásicos á los antiguos. No: no es
eso de lo que se trata. ¿Porqué habíamos
de dar la preferencia á una literatura anti-
gua? ¿Y porqué habíamos de empezar por
una literatura antigua cuando es lo más ló-
gico empezar por la moderna? Y porqué es-
tudar los autores de una nacionalidad espe-
cialmente? ¿No tiene que obedecer la orga-
nización de un curso á la diversidad de mi-
ras; á la complexión enciclopédica de nues-
tro siglo, á las miras cosmopolitas de nues-
tra democracia? Esta diversidad debía ca-
ber en los límites de la unidad que impone

[1] Parece que debía probarse en este artí-
culo que lo que se ha hecho entrar como elemento litera-
rio en los cuadros de enseñanza, no es efectivamente nada
que deba tomarse en cuenta. Hemos probado que el es-
tudio de la gramática obedece á un espíritu esencialmente
científico y que la imaginación no tiene qué ver con un
procedimiento de análisis como el de la botánica. Lo mis-
mo diríamos del estudio del francés y el inglés. Queda
únicamente de pie la retórica. Pero es manifiesto el mal
resultado de su estudio. Un cuerpo de reglas y teorías
convencionales, que nunca se aplican, equivale al estudio
de la física ó la química sin aparatos ni laboratorio, con
la diferencia de que una buena memoria puede retener
descripciones y concebir mecanismos: la enseñanza siem-
pre será disforme: pero en literatura, todas las reglas y
teorías del mundo jamás lograrían dejar en el discípulo un
átomo de *gusto*. De las letras se ha aceptado, pues, lo más
convencional, esto es, lo más científico: los sistemas. So-
bre el estudio de la retórica hemos escrito con más am-
plitud en el número II, tomo I del Repertorio Salvadoreño,
en un artículo que se titula *Influencia de la literatura
en las carreras profesionales*. Los frutos que se obtienen
son desilusionar al estudiante de sus propias aptitudes;
hemos podido experimentarlo primero como alumno y des-
pués como profesor. Cualquier trozo escogido de poesía,
explicado en la cátedra, vale más que un conjunto de teo-
rias aisladas.

todo plan de estudios, al tiempo y materias
elegidas. Pero aunque tenemos hechos al-
gunos estudios respecto á cómo entendemos
la organización de un curso, el exponerla no
entra en el plan ni en las proporciones de es-
te escrito.

Que él produzca sus frutos como ha si-
do trabajado con buena voluntad.

FRANCISCO GAVIDIA.

San José—C. R.—1890.

POR CULPA DE UN CAJISTA.

(Escrito en 1885.)

* * *

No es menester decir que Clara era
muy bonita, porque gustándome á
mí, dicho se está; y no atribuyas, lector ami-
go, á presunción lo que acabo de afirmar,
pues como naturaleza ha repartido sus dones
sin excepción de clase ni persona, á mí me con-
cedió quizá como única gracia lo que un retórico
llamaría *un gusto estético desarrollado en grado su-
perlativo*, un talento ó instinto especial para dis-
tinguir de una ojeada la belleza de la fealdad,
una alma de artista en una palabra. No to-
dos los mortales gozan de igual privilegio:
hombre he conocido yo, que después de defen-
der á capa y espada que una dama necia y
contrahecha á quien servía era la criatura
más hermosa de la tierra, concluyó por ca-
sarse con ella y á la hora de ahora persiste
aún en su alucinamiento. Yo á lo menos no
corro ese peligro: si algún día caigo en la ten-
tación de *ohorcarme*, como dicen nuestros pai-
sanos, lo haré con fina cuerda de seda, no con
tosco dogal de esparto. Del mal el menos.

Pero hablábamos.....¿de qué estába-
mos hablando?

¡Ah sí, ya me acuerdo: decía que Clara
era muy bonita, cosa en verdad nada menos,
puesto que lo mismo repetía yo entonces á
los amigos que tenían la desgracia de encon-
trarse conmigo. Porque positivamente es
una desgracia topar con un enamorado, máxi-
me si es amigo, que entonces no queda otro
recurso sino revestirse de jobina paciencia y
escuchar el panegírico de la novia y la histo-
ria circunstanciada de los amores.

Yo estaba enamorado de Clara, no así
como quiera, sino de un modo alarmante: mi
amor era borrachera, desvarío, frenesí; tenía
celos de todo el mundo: un día estuve á pun-
to de torcerle el pescuezo á un petimetre, por
cuanto tuvo la inconcebible osadía de saludar-
la con una sonrisa. La amabilidad con que
ella correspondía á las frases galantes en bai-
les y tertulias, las miradas que repartía entre
sus amigos, eran otras tantas saetas que iban
á clavarseme en el corazón produciéndome de
vez en cuando espantosas tormentas.

Sin embargo, Clara me quería de veras:
también ella era celosa, y no pocas veces re-
ñimos porque se le metía entre ceja y ceja que
yo cortejaba á otras muchachas.

No quiero cansar á los lectores con la
relación minuciosa de nuestros disgustos *do-
mésticos*, de nuestras entrevistas ni de ese con-
junto de pequeñeces que constituyen el poe-
ma de dos almas unidas por el amor; básteles
saber que poco á poco me encariné de tal mo-

do que resolví hacer la barbaridad de casarme; sí, señores; de casarme!

Clara aceptó gustosa después de consultado el parecer de la familia, y la boda quedó aplazada para un año adelante.

Así las cosas, en cierta ocasión me vi precisado á ausentarme de San José por quince ó veinte días, y pensando darle una agradable sorpresa á mi prometida, dejé unos versos á un amigo mío con encargo de publicarlos después de mi partida y de remitir á mis futuros suegros y á ella unos cuantos ejemplares del periódico. Era el tal un poeta, y quien dice poeta dice distracción personificada. Como si me diese el corazón lo que iba á suceder, le recomendé ahincadamente la corrección de la poesía, pues (pena me dá el decirlo) las erratas de imprenta son entre nosotros más abundantes que los pedigüños y los cajistas mas descuidados que los caminos públicos. Así me lo prometió el bienaventurado hijo de apolo, y yo partí, aunque lleno de tristeza, consolado en parte con pensar en el alegrón de Clara al ver su nombre en letra de molde y oírse celebrar en versos que, á mi juicio, eran los menos malos salidos de mi pluma.

Los días que estuve separado de mi ídolo me parecieron largos siglos de tormento; cuando al cabo de dos semanas regresé á la capital como el viajero sediento que llega al oasis deseado, corrí á casa á cambiar de traje para ir á ver á Clara. A la puerta de mi habitación encontré á un criado que me entregó dos cartas llegadas durante mi ausencia: una era de Clara, la otra letra me era desconocida. Abrí temblando la primera, y figúrese el lector mi estupefacción, mi pasmo y mi dolor al leer lo siguiente:

“Señor: si todavía conserva usted algo de caballero, sírvase devolverme algunos objetos de mi pertenencia que usted tiene, haciéndome el honor de no acordarse más de su atenta servidora.—Clara.”

La otra carta menos lacónica era del padre de Clara y se reducía á manifestarme que en vista de mi indigna conducta no había ya nada de lo pactado.

¡Indigna conducta; ¡á qué podría referirse el buen señor?

Lleno de desesperación me disponía á ir á pedir explicaciones á mi presunto suegro, cuando el criado me advirtió que sobre la mesa estaban los periódicos de la última quincena. Esta indicación fué un rayo de luz en medio de aquel mar de confusiones.

¡Mis versos! ¡Serían ellos los causantes de la catástrofe? Seguro estaba de no haber cometido en ellos ninguna inconveniencia; pero quizás alguna frasecilla equívoca, algún comentario malévolos de un periodista.....

Asaltado de esta idea ojeé febrilmente las publicaciones esparcidas en la mesa, y por fin hallé en una mis versos, digo mal, unos versos que ostentaban por mote “A Clara” y que llevaban al pie mi firma; pero no eran mis versos, no, sino una parodia inicua, un sarcasmo, un crimen infame. El cajista había trocado todos los frenos destrozando el original de un modo tan original, que no po-

día achacarse sino á perversidad del maldito discípulo de Guttemberg.

Hago gracia de la composición á los lectores, pero no puedo menos de trasladar aquí varias de las diabluras con que el impresor desfiguró mi desventurada poesía.

Decía yo á la señora de mis pensamientos:

Como una abeja en la flor
busca la grata ambrosía,
busca paz el alma mía
en el seno de tu amor;
Y el bárbaro asesino de composiciones
había puesto:

Come una *bieja* en la flor
busca la *gata* Ambrosía,
busca *pan* el alma mía
en el *cieno* de tu amor.

Pero esto era tortas y pan pintado en comparación de lo que sigue:

Tú no me amas; bien, José!
como tu amo, Clara, soy;
mas no importa, porque yo
mi pasión te infundiré

¡Quién habría de reconocer en esta sarta de desatinos mis infelices versos que decían:

Tú no me amas ¡bien lo sé!
como te amo, Clara, yo;
mas no importa, porque yo
mi pasión te infundiré.

Las demás redondillas eran un tejido inconexo de despropósitos mezclados con groseros insultos; por ejemplo, un verso inofensivo: *Hasta tu padre ha llevado*, aparecía con una *h* de menos y una *s* de más, con lo cual se convertía en la frase pen sonante que puede herir los tímpanos de un hombre quisquilloso.

No tuve valor para apurar el cáliz hasta las heces y salí desalado á la calle, resuelto á hacer un escarmiento en mi amigo el poeta y en el cajista, autores de aquella barrabasada; pero el primero había creído prudente escurrir el bulto y se hallaba á la sazón en el campo; y el segundo no pareció, pues ninguno de los impresores recordaba haber *levantado* semejante composición. “—Nosotros, me dijo friamente el Jefe del establecimiento, no somos responsables de las erratas: si usted quiere que sus composiciones salgan bien, corrija las pruebas.” Tuve tentaciones de dar una sofrenada á aquel grosero; pero comprendiendo que, en rigor no carecía de razón, reprimí la cólera y volví á casa, donde pocos minutos después endilgaba á Clara la siguiente epístola:

“Señorita: El descuido de un cajista y la poca memoria de un amigo han sido la causa involuntaria de nuestro rompimiento. No doy excusas ni busco aveniencias; sólo quiero por medio de la presente darle las gracias por sus bondades y hacerle la misma súplica que usted me hace en su carta.”

Y así sucedió: rompimos para siempre. Por muchos días estuve desesperado é inconsolable; pero cuando la reflexión se abrió campo en mi espíritu y medité friamente sobre el asunto, pensé que acaso aquel matrimonio en cierne sería para mí una fuente de desventuras, y en tal caso el cajista era acreedor á mi gratitud por haberme salvado á tiempo de un mal irremediable.

Aun hoy día, cuando recuerdo mis amores con Clara y el cómico fin que tuvieron, me hallo perplejo ante estas cuestiones: ¿Aquel enlace era para mí feliz ó funesto? ¿me privaste tú, endemoniado cajista, de las delicias del paraíso ó me libraste de los tormentos del infierno? ¿debo bendecirte ó maldecirte, incansable removedor de tipos?

C. GAGINI.

EL SALMO DE PRFEO.

AL Dr. NICANOR BOLET PERAZA.

SALVE creador divino de la rima!
Que en otro tiempo, al rústico concierto solitario
Que la naturaleza exhalaba á los vientos,
Uniste la inaudita armonía de tus cantos.

Erraba el hombre por la selva umbría,
Disputaba á los brutos el abrigo del antro;
Preza de la materia de las cosas,
Su espíritu, de su áspera ferocidad esclavo,
Cual la chispa en el seno de la piedra,
Se sentía dormido en los espacios,
Prisionero y oyendo de la fúnebre
Eternidad el paso.
Entonces el preludio de tu sagrada lira
Flotó del mundo antiguo sobre del horror vasto,
Meció las pajas secas de los prados estériles,
Movié los arenales silenciosos del páramo,
Vagó con los perfumes de las flores agrestes,
Se internó por las sombras del bosque milenario;
La virtud de sus músicas le crispó los cabellos,
—En la caverna, al eco de tu voz resonando,—
Al hombre, rey antiguo de las selvas bravías,
Que se sintió á tu acento como herido del rayo.

Por la primera vez sobre el murmullo
Que levantan los vientos en la copa del árbol;
Por la primera vez sobre el ruido
Del cristalino arroyo y el torrente lejano;
Por la primera vez sobre el estruendo
Con que asordan las playas las olas del oceano;
Por la primera vez sobre del trueno;
Por la primera vez sobre del canto,
Del arrullo y la queja, del trino y los arpegios
De los pequeños pájaros;
Sobre del himno sordo, rudo é inmensurable
De la creación toda,
Sonó algo nuevo, un fiat lux:
La nota.

La virtud de tus músicas le crispó los cabellos,
—En la caverna, al eco de tu voz resonando,—
Al hombre, rey antiguo de las selvas bravías,
Por la armonía errante derribado,
Como, andando los siglos,
Camino de Damasco,
Desgarrada una nube
Por vívido relámpago.
La luz divina de la Buena Nueva
Bajó de las alturas y arrojó al polvo á Saulo.

Entonces fué cuando las rocas, súbito,
Y el silencioso árbol,
Y los brutos del bosque,
Fueron tras de los hombres y ellos tras de tu paso.

Fué cuando tu, poeta,
Al mandato divino de tus cantos,
Hiciste que las piedras se formasen en muro
Y que los hombres dentro se tendiesen los brazos.

Tras seis mil años, ora, Poeta, dí á los pueblos
El ministerio cíclico del bardo,
El vencedor aliento de la rima,
La centella que esconden las ráfagas del canto:
Laborador sombrío el egoísmo,

Artífice enlutado,
Ha alzado muros entre pecho y pecho,
Entre hermano y hermano.

Dí poeta, á los pueblos, para que la alegría
Vuelva al pecho del hombre desgraciado,
Cómo, la lira que hizo
Las peñas de los montes ir en pos de tu paso
Y edificar el muro para unir á los hombres,
Hoy día, á tu mandato,
Puede, los negros muros que separan las almas,
Derribarlos.

F. GAVIDIA.

El Viaje de William Willoughby.

Novela escrita en francés por el Dr. Gustavo Michaud, y traducida para "Costa Rica Ilustrada" por C. Gagini.

I

WILLIAM WILLOUGHBY.

EN la ciudad de Quietown, estado de Tennessee, no tiene la gente mucha afición á la vida agitada, y William Willoughby era ciertamente el más sedentario de todos los habitantes de Quietown. A los veintiocho años de edad no se había alejado más que una sola vez de la casa paterna: un asunto de familia le había llevado á Memphis, y William Willoughby recordaba todavía con amargura las perturbaciones que en sus costumbres causó aquel acontecimiento. Nosotros creemos que ese horror al desalojamiento era hereditario en la familia. El difunto M. Willoughby, su padre, tenía también fama de hombre ávido de reposo y tranquilidad. Al morir había dirigido á su hijo estas palabras notables: "Will, hijo mío, si quieres llegar á ser feliz, no imites á nuestros vecinos los Yankees; vive calmamente; evita sobre todo la política y las especulaciones sobre los granos ó el puerco salado." William Willoughby siguió tanto más voluntariamente el consejo paternal, cuanto que su espíritu, indolente por naturaleza, repugnaba cualquier esfuerzo prolongado.

Durante su infancia no habían perdonado medio alguno de instruirle. Un pastor protestante de la vecindad se encargó de enseñarle el griego y el latín. La tarea era ardua. El maestro malgastó en ella su latín sin que el discípulo aprendiese el griego (1). Un matemático no fué más afortunado. Si el muchacho consentía en creer bajo palabra los axiomas, jamás fué posible resolverle á seguir una demostración, pues la utilidad de semejante gimnástica no tenía para él indicio alguno de evidencia. M. Willoughby conservó desde estas lecciones profunda aversión á las ciencias, y continuamente se asombraba de que hubiese hombres que se juzgan dichosos consagrándose á su estudio.

Esto no impedía, sin embargo, que tuviera en muy alta estima á los sabios. Los admiraba sin comprenderlos, los examinaba con curiosidad y aun solicitaba su compañía,

(1) En el original francés hay aquí un juego de palabras que no puede traducirse exactamente. *Perdre son latin* significa cansarse en vano, perder el tiempo.

EL TRADUCTOR.

esperando pobremente adquirir algo de su temperamento.

Aunque tenía ojeriza á los libros científicos, leía los otros.

Virgilio, entre los antiguos, y Longfellow, entre los modernos, eran sus autores predilectos.

Algunos de los ratos que le dejaba libres el sueño, los dedicaba al cultivo de legumbres escogidas. Por medio de una selección inteligente nuestro amigo había obtenido una variedad nueva de avichuelas blancas sin película, que bautizó con el nombre de "Gloria de Quietown." Lo interesante de esta variedad era un tinte verdoso semejante al de la habichuela de Lima. Sabios tales como Lindley, Brown ó Bentham deben su inmortalidad á eruditas monografías ó ingeniosas clasificaciones; M. Willoughby no soñaba ciertamente con hacerse inmortal, pero estaba orgulloso de su avichuela, y quizá pensaba á veces que el descubrimiento de alguna legumbre sana y nutritiva interesa más directamente á la humanidad que la flora indigesta de Brown ó la clasificación de Lindley.

Nell, su hermana mayor, había casado con un comerciante rico, Mr. Cripps, y era madre de lindas chicuelas de siete y diez años respectivamente.

M. Willoughby adoraba á sus sobrinas. El era quien las llevaba á paseo, quien las servía de compañero en sus juegos, y también el que las había iniciado en los misterios del alfabeto. M. Willoughby gustaba así de todos los placeres de la paternidad sin participar de los inconvenientes. A veces, es verdad, pensaba que él también hubiera podido formar una cepa de pequeños Willoughbys. Entonces suspiraba. Y no era que experimentara aversión hacia el matrimonio; sino que siempre que se le había presentado la oportunidad de dar un paso decisivo, se decía: "mañana lo pensaremos," y como todos los días se hacía igual razonamiento, M. Willoughby había permanecido célibe. Después de todo, entre sus afectos y sus autores favoritos, huyendo de toda ocupación ingrata, ignorando la fatiga y los cuidados, exento de deseos y por consiguiente de decepciones, más inclinado á Celso que á Zenón, M. Willoughby, con sus quince mil *dollars* de renta, era un hombre feliz.

(Continuará).

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

Capítulo XII.

Reconciliación.

(Continúa)

JULIO ROSALES encontró á Elena sola, con una chiquitilla de cinco años que la acompañaba, y sin perder tiempo en rodeos, atacó directamente la plaza.

—Elenita, no es posible que las cosas continúen como están entre Ud. y Roberto.

Ignoro lo que haya pasado entre Udes., pero supongo que el persistente empeño de Ud. en alejar á Delgado y martirizarlo, tiene una causa que no se negará á indicarme si puedo esperar de mi mejor amiga esta explicación.

—Está Ud. en un error, Julio. Nada ha ocurrido entre Roberto y una persona que, como yo, no tiene derechos ni deberes que reclamar de él. Delgado es hoy lo que ha sido siempre para mí: un amigo. No soy tan pretenciosa para considerar sus obsequios como emanaciones del corazón, sino como efectivamente lo son: pasatiempos que Udes., jóvenes á la moda, se creen permitidos con las jóvenes con quienes tienen relaciones.

Querida Elena, permítame que le recuerde que soy, si no el único, el más sincero de sus amigos. Trátame, pues, como tal y no con la ligereza que se acostumbra con los simples conocidos. Ud. no piensa como habla. Un profundo despecho le dicta sus expresiones. Ud. se cree ofendida por Roberto y su natural orgullo no le permite decir la verdad. Ábrame su corazón, seguro estoy de que aquí no hay más que un malentendido, una equivocación ó una calumnia. Vamos, Elenita, ya la escucho; pero vea de no ocultarme cosa alguna.

—¿Por qué ocultar á Ud. lo que sabe mejor que yo? Es cierto, Julio. Amo á Roberto. El parece, ó parecía adorarme; y sin embargo.....

—Sin embargo qué? No se detenga en tan buen camino. ¿Qué sucede?

—Roberto ha dicho en alguna parte que se quedará soltero sino logra casarse con Delina Rosales.....

—Ja, ja, ja, ¡que dislate! eso no tiene sentido común. ¿de dónde ha sacado Ud. tal absurdo, Elenita?

—Andrés Cordón.....

—No me diga una palabra más; parece que Ud. no conociera á ese infeliz. ¡Oh amor, amor, como haces verosímil lo imposible, y transformas la luz en tinieblas. ¡La mujer más racional, la más juiciosa; en una palabra, Ud., Elena, la más inteligente criatura que conozco, no es, apesar de eso, más que una mujer celosa, que da crédito á las sandeces de Andrés Cordón!! Vamos, Elenita, eso no merece discusión. Ud. sabe tan bien como yo que Roberto la adora de un modo exclusivo, con pasión tenaz é ilimitada, que sólo aspira á ser su compañero de tejas abajo y que moriría si perdiera esa esperanza! Veo que vuelve el color á iluminar su lindo rostro y esa sonrisa llana y plácida me dice que Ud. misma se burla ya de sus sospechas. A otra cosa. Si yo le aseguro que con cierto gesto ó ademán suyo, en el lugar y hora convenida, nos trae grandes bienes á mí, á Roberto y á otros amigos comunes, será Ud. tan buena y complaciente que, sin pedirnos explicaciones, nos ofrezca no negar ese gesto ó movimiento?

—De mil amores, segura como estoy que ni Ud. ni Roberto me expondrán al ridículo ni á una acción inconveniente—¿qué debo hacer?

—El próximo Domingo en la tarde, después de las cinco pasará frente á la ventana de su cuarto, el Capitán Wolf; le pedimos pues, que al llegar ponga su dedo índice en

la boca é incline su cabeza como en señal de afirmación. No tenga cuidado, pues eso á nada la compromete y á nosotros nos hace grande bien.

—Así lo haré, aunque en verdad, la cosa me parece ridícula y un poco cómica; pero confío en Udes. y los creo incapaces de exigirme cosa alguna que sea indecorosa ó no correcta.

—Así lo esperaba, Elenita, y adiós por hoy. Es entendido que Ud. recibirá á Roberto como antes de la invención de Andrés.

El Domingo que siguió á la anterior conversación, Elena Escoto esperó en la ventana del salón el paso de Wolf; al ver á éste, con una mano se descubrió y saludó y la otra la llevó al corazón con disimulo. Elena inclinó dos veces la cabeza y llevó sin afectación el dedo á la boca como quien impone silencio.

Wolf observó atentamente los movimientos de Elena y quedó de tal manera satisfecho, que emprendió una especie de galopa hablando solo. No le quedaba duda de que era correspondido y de que Espinosa no le engañaba.

Capítulo XIII.

Lorenzo Rakosky á Ana Worzinsky.

San José de Costa Rica. A. C.

En un buen apuro te encontrarás al leer el nombre de la ciudad y de la República de donde te escribo. Recordarás que al dejarte en Londres te dí mi dirección en Madras para donde era mi intención tomar la Mala de la India. Tu primera idea debe haber sido la de que en Madras hay un barrio que se llama Costa Rica y una calle llamada *San José*. Pero, después de buscar en el diccionario geográfico te habrás encontrado con trescientos San José, esparcidos en toda América y España, después corres á la C-Costa Rica, y probablemente no has encontrado tal nombre, pues antes de venir á este país, quise una vez saber qué tierra era la que le da su nombre á cierta clase de café que se toma en Londres, y encontré lo que sigue en dicho diccionario "C. Rica ó P. Rico que es lo mismo; isla del Océano Atlántico en las Antillas mayores ó grandes Antillas; colonia española poco próspera, que produce café, azúcar y tabaco de mala clase, etc., etc., etc." Así es que en tu ánimo debo yo habitar en una colonia española y vivir entre mal tabaco, azúcar y café. Dime si realmente has pasado por esa mistificación de los geógrafos.

Por mi parte te diré que si este pequeño país no es conocido de los geógrafos, él vale más que ellos. A Costa Rica nada le importa que no la conozcan esos copiadores de nombres, y ellos sí pierden mucho ignorando su existencia. Lo que saco en limpio es que el mundo está por descubrirse aún y que conozco muchísimos lugares de Europa cuya descripción llena los diccionarios geográficos; y las memorias de los turistas que no sufren la comparación con este país y que están habitados por pueblos muy inferiores á Costa Rica en cultura, civilización, riqueza y fuerza vital.

Pero esto debe importarte poca cosa y

debes estar ansiosa por saber las circunstancias que me hicieron abandonar mi viaje á la India y cambiarlo por el de América.

Llegué á Southampton y tomé un cuarto en el Royal Hotel. Al tomar un lunch en el comedor encontré haciendo lo mismo á una familia que se comunicaba en francés; pero claramente se veía que no eran franceses, tanto por el acento y modo de pronunciar el idioma, cuanto por ese color indescriptible que el sol de los trópicos imprime á los dichosos ó desgraciados habitantes de aquella zona.

La familia se componía del padre, la madre y la hija, que era una joven que podía tener diez y ocho años. Después supe que eran de la América Central, y se nombran: don Juan Rosales, doña Elvira Río Seco y Delfina Rosales. Según parece, esta última me tomó por uno de esos ingleses excéntricos, maniáticos y medio dementes que tanto abundan en la Gran Bretaña; digo esto, porque desde que me vió lanzó una carcajada tan natural y exenta de afectación que sin quererlo empecé yo á reír.

Esto redobló la hilaridad de la encantadora niña hasta el grado de verse obligada á tenerse el estómago y á enjugar las lágrimas que su ataque de risa le producía. Los padres de ella pasaban un mal rato con lo que ellos llamaban mala-crianza de su hija. Es lo cierto que el señor Rosales se dirigió á mí dándome mil excusas por la inconveniencia de la niña. Yo las acepté riendo y aun les manifesté que lejos de ofenderme, me agradaba mucho ver una joven tan cumplida y elegante abandonarse sin recelo ni segunda intención á los impulsos de una impresión primera. Repentinamente la fisonomía de la joven se cambió de risueña en seria y tomando una hermosa pera que coronaba un frutero en la mesa, besó dos ó tres veces la fruta y con el ademán más encantador y gracioso, se acercó á mí y me ofreció la pera frescamente húmeda de sus besos.—En señal de reconciliación y amistad, me dijo, y haciéndome una cortesía á lo colegiala, desapareció.

Inútil es procurar explicarte la clase de impresión que esa preciosa niña produjo en mi ánimo, pues que yo mismo no he logrado explicármelo. Sólo te afirmaré que esa impresión fué inmensa, agradable, suave. Parecía que su presencia derramase por toda mi alma un baño de dulce placer. ¿Esto es amor? Nó, porque los celos no laceran mi corazón cuando veo que otros la galantean y que ella prefiera ó ame á otros. Tiene algo del amor paternal, de la amistad: en fin, no sé qué fuerza oculta é irresistible me atrae hacia ella.—Lo cierto es que, cuando ellos me preguntaron para donde iba, les respondí que casualmente éramos compañeros de viaje, porque yo pensaba visitar la América Central. Adiós, pues, la India y los elefantes y las zebras y los tigres de Bengala y los leones de Bango-ra.

Me vine con la Picolina y héteme aquí en San José de Costa Rica, Hotel de Vigne, plazuela de la Merced frente á la Iglesia del mismo nombre; país que agrada mucho á Pik, y al que solo encuentra el defecto de ser muy cara la cerveza y el *jin*.

Capítulo XIV.

Estalla la revolución.

Julio Espinosa y sus amigos tomaron como fundamento de su empresa revolucionaria, una virtud del soldado costarricense: su disciplina y ciega ebediencia á su jefe inmediato.

Se trataba pues de explotar en provecho de la libertad, el mejor atributo de nuestros milicianos; virtud que algunas veces lleva al heroísmo y á la verdadera gloria, pero que entre nosotros ha sido la principal causa de la existencia prolongada de las dictaduras.—Si nuestros soldados deliberaran habría dictadores; pero durarían semanas, mientras que sin esa deliberación duran años.

El proyecto de Espinosa, era pues, combatir la dictadura con sus mismas armas. Hacer creer á una parte de nuestro ejército, que se le conduce al combate para sostener el orden establecido; que cada disparo de su regimnton mata ó hiera un conspirador, un sublevado, ó lo que es lo mismo: un enemigo del Gobierno que es "*nuestro padre*" como generalmente dicen los campesinos, y lograr de este modo que marche tranquilo y confiado á enfrentarse con la muerte. Si logra, pues, que un regimiento ó dos de las provincias marchen sobre San José con esa convicción, la victoria es segura, suponiendo por otra parte que ha podido obrarse de modo que el Gobierno sea sorprendido é ignore los antecedentes. Si se triunfa, no importa que las tropas conozcan las supercherías después; si todo fracasa, el Gobierno vencedor se encuentra con inocentes y no puede castigar infelices que venían en su ayuda, y sólo padecerían los jefes que conocían el fraude ó engaño de que usaban. Esto entendido, veamos como desarrolló Rosales tan científico plan de ataque á la dictadura.

Todo preparado por Julio Espinosa y Roberto Delgado, y presos éstos por sospechas que una simple dirección puesta en una cubierta de carta habían producido, los demás conspiradores continuaron disponiéndolo todo bajo la impulsión recibida antes de aquellas.

Asegurados de la cooperación del Coronel Wolf y de la de dos oficiales de la plaza de Heredia, los habitantes de San José presenciaron atónitos el día 1º de Agosto de 187... los acontecimientos que pasamos á referir.

Al pasar el tren que salía de esta capital á las 11 a. m. por ser un Domingo, quedó en Heredia uno de los conspiradores que llamaremos Z. Las milicias de ese departamento estaban reunidas en la Plaza Principal. Después de una corta conferencia entre Z y el oficial Comandante del Cuartel, salió un cabo en busca del Comandante de la Plaza para avisarle que un soldado se había mal herido y que deseaba hablar con el jefe militar del departamento. Preguntó dónde estaba el soldado nombrado y el Comandante del Cuartel lo llevó á un cuarto cuya puerta estaba guardada por un centinela. Entraron ambos. Una vez en el cuarto, el Comante del Cuartel comunicó al de la Plaza que quedaba arrestado por orden del General en Jefe, é incomunica-

do. Si hace alguna tentativa para salir ó hablar, haced fuego sobre él, dijo aquél al cabo de la guardia y se procedió á liar debidamente los brazos del jefe, á quien también se le puso una mordaza.

Z quedó de Comandante del Cuartel y esperó la vuelta del tren de Alajuela. Cuando éste pitó, salió con sus oficiales y mandó tocar atención formando en cuadro á los cuatrocientos y pico de hombres que maniobraban en la Plaza, y á punto y seguido los arengó brevemente diciéndoles que el Gobierno estaba en peligro: que los Cuarteles de San José estaban en plena sublevación y que á ellos, heredianos, tocaba el honor de salvar el orden público marchando sobre San José á sitiar dichos Cuarteles donde estaban los revolucionarios, quienes, dichosamente no habían sido ayudados por la población y era fácil dar cuenta de ellos. Concluyó con un ¡viva la República! ¡viva el Presidente! ¡mueran los traidores! y sobre la marcha y después que la banda militar hizo oír el himno nacional, partieron entusiastas á tomar el tren. Cada soldado llevaba treinta tiros en la cartuchera. Hay que advertir que Z había mandado cortar el hilo del telégrafo que comunicaba con San José y apoderarse del de Alajuela para que nadie pudiera dar aviso.

Llenos tres carros de pasajeros y dos de carga, partió el tren que conducía la fuerza que obedecía á los revolucionarios, en la buena fe de que se trataba de defender al Gobierno. En el camino, ofreció grandes premios á los que se portaran bien. La principal consigna, intimada bajo pena de muerte era: que ningún individuo de aquel pequeño ejército debía hablar ni comunicarse con ninguna persona extraña aunque perteneciera al sexo débil.

(Continuará).

TIJERA.

De dos hombres iguales en fuerza, el que tiene razón es el más fuerte.—*Pitágoras.*

ENGAÑOS DEL ENGAÑO.

Dolora.

—Cuánto creía en tí, cuanto creía!
—Te juro que aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrado
Sobre mi tumba dejaré grabado:
“Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.”

Ramón de Campoamor.

—Un marido hace jurar á su mujer que se matará de un tiro en el momento en que él se muera.

Al día siguiente hace testamento y no deja ni un real á su mujer.

—¿Cómo! Infame! dice ésta. ¿Y para mí?

—¿Para tí? ¿Qué falta te hace? ¿No me has jurado?.....

—Sí: yo me tiraré el tiro delante de tu cadáver; pero *¿y si por casualidad no me mata?*

Después de hacer de un paciente un exámen muy prolijo desde los piés á la frente, así el médico le dijo

con muy grave contingente:

“De esta le aseguro yo que saldrá con brevedad,” y el médico no mintió, que al otro día salió derecho á la eternidad.

“Mucho, mucho,” de estribillo Pedro á todo contestaba, Y horas enteras pasaba con este mismo tonillo.

D. Blas que es un hombre ducho, Le llamó un día: “animal,”

Y él contestó muy formal:

—Mucho, mucho, mucho, mucho.

Un libro compró Ricardo

Y que era suyo creyó:

Mas al estudiar en él

vió con estupefacción,

Una nota que decía:

“Es propiedad del autor.”

El conde X tiene un criado negro que lleva siempre corbata blanca. Como un amigo manifestase su extrañeza al conde, éste dijo:

—Es para saber dónde le empieza la cabeza.

El barón ha muerto sin haberse acordado en su testamento de su protegida Matilde.

—¿Cómo ha quedado esa muchacha?— pregunta un amigo.

—Lo mismo que antes.

—¿Pero en qué posición?

—Pues en la horizontal.

CURIOSO.

Un señor se presenta en una tienda en cuyo escaparate hay un cartelito que dice: *english spoken*, y pregunta por el que habla inglés.

—Aquí no hay quien le hable, contesta el dueño.

—Entonces, ¿porqué pone usted en la vidriera que se habla inglés?

—¡Oh! muy sencillo. Cuando vienen ingleses, hablan inglés entre ellos.

NOTAS.

PARNASO VENEZOLANO. — “Costa Rica Ilustrada” ha sido favorecida con el valioso obsequio de una colección, comprensiva de los últimos tomos del Parnaso Venezolano que está editando la casa acreditada de Betancourt é Hos. de Curazao. Los tomos referidos van del VI al XII, en que sucesivamente están los versos de José Heriberto García de Quedo, José Ramón Yepes, Rafael Arvelo, Juan Vicente Camacho, Cecilio Acosta, Francisco G. Pardo y Pedro José Hernández. Reputaciones hechas, no nos queda que decir sobre ellos después de consignar sus nombres, y solamente llamamos la atención del público sobre esta obra que es el resumen intelectual de

la República de Venezuela, tan gloriosa por sus armas como por sus letras.

EL DÍA 26 se verificó en la ciudad de Cartago el enlace matrimonial de nuestro apreciable compañero de prensa, General don Francisco Serrano, redactor de *La Prensa Libre*, con la distinguida señorita Sara Peña. En los salones de la casa de la novia se dieron cita la *creme* de la sociedad cartaginesa y personas muy distinguidas de la sociedad josefina. La Colonia Colombiana felicitó al compatriota y tan selecta como numerosa asistencia, tomando la sopa del nuevo hogar, hizo votos por la felicidad que tanto se merecen los recién casados; votos que nosotros repetimos ahora.

Presentamos atentamente nuestro saludo al señor Dr. don Jacinto Castellanos, quien acaba de desembarcar en Puntarenas.

El señor Castellanos es persona importantísima de la República del Salvador, y fué él quien representó á aquel país en el Congreso Pan-Americano.

La Compañía lírico-dramática Ochoa-Alva se ha distinguido últimamente, tanto por el buen gusto en escoger las piezas como por la buena interpretación que los actores han sabido dar á sus respectivos papeles.

La función de antes de anoche fué desempeñada con mucha felicidad y el público salió sumamente satisfecho.

Felicitemos á la Compañía.

Nuestra oficina de Redacción y Administración se ha trasladado frente á la oficina del Telégrafo, Calle 20, Norte, antigua calle del General Fernández.

AVISO.

“RIGOLETO.”

Semanario Satírico Ilustrado.

Se publica todos los lunes en Buenos Aires (República Argentina.)

Contiene magníficos grabados, caricaturas y artículos satíricos.

Precio de suscripción.

Un año..... \$ 6-00

Tres meses..... 1-50

Número suelto..... 0-15

Mostrará el primer número al que desee suscribirse.

El Agente,

Eduardo E. Fournier.

Eduardo Cuevas

Profesor de Canto y Piano,

Ofrece sus servicios.

Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;

En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

2^a EPOCA.

NUM. 13.

San José, 10 de Noviembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

EL SÁTIRO SORDO, por Rubén Darío. —TUTILMUNDI, por Ruperto. —MIS QUERELLAS, Mazurka, por José Campabadal. —VERSOS, por Joaquín Pablo Velez. —DOS CARACTERES, por Rafael Vergara. —CATECISMO, por Eusebio Blasco. —ELLA ES ASÍ, por Antonio F. Grillo. —NOTAS. —AVISOS.

EL SATIRO SORDO.

CUENTO GRIEGO.

HABITABA cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: "Goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta." El sátiro se divertía.

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fué osado á subir el sacro monte y sorprender al dios crinado. Este le castigó tornándole sordo como una roca. En balde en las espesuras de la selva, llena de pájaros, se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomela llegaba á cantarle sobre su cabeza enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. El permanecía impasible, ó lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas, alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como á un amo á quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos que le acariciaban reverentemente con su

sonrisa, y aunque no escuchaba ninguna voz ni el ruido de los crótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo, que tenía patas de cabra.

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros áulicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplabá su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después, en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba á la alondra la cumbre, al asno el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños: despertaba al roble diciéndole: "Viejo roble, despiértate." Se deleitaba con un beso del sol, era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica existía bajo su inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía ramonear en la pastura, moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía, como hoy, tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas, no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius en latín, Passerat, Buffon y el gran Hugo, en francés, Posada y mi amigo el Dr. Valderrama, en español.

Él, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta so-

bre la tierra negra y amable, le daban su olor las hierbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacer sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó huir á los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él pondría {temblor de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Demeter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, á quien él encantaría, donde sería tenido como un semidiós; selva toda alegría y danza, belleza y lujuria, donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes, donde había uvas y rosas y ruido de sistros, y donde el rey capripede bailaba delante de sus faunos beodo y haciendo gestos como Sileno?

Fué, con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguida y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad cantó. Cantó del gran Jove, de Eros y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes; cantó la copa de Dionisio y el tirso que hierre el aire alegre, y á Pan, emperador de las montañas, soberano de los bosques, dios sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de un arpa eolia, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y las notas armónicas de una siringa. Cantó del verso

que baja del cielo y place á los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y en el tímpano en el pean. Cantó los senos de nieve tibia y las copas de oro labrado, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen á quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo en voz baja: "Yo te amo." Filomela había volado á posarse en la lira como la paloma anacreóntica. No había más eco que la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz: "¿Está aquí acaso Apolo?"

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo á este: "¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva."

El sátiro dirigió una mirada á sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

Señor—dijo la alondra esfórzándose en producir la voz más fuerte de su buche—quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto á los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Los ángeles se han acercado á revolar sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos, las abejas han dejado sus celdillas para venir á escuchar. En cuanto á mí, ¡oh, señor, si yo estuviese en lugar tuyo te daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias, la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despedazaría de un puñetazo al mismo Athos. Orfeo les amansaría con la eficacia de su voz triunfante á Nemea su león y á Erimanto su jabalí. De los hombres, unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trigal, otros para combatir en las sangrientas guerras; y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar, si te ofrezco un himno goza tu alma.

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto

y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba á impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Porque ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah! ¡la alondra había cantado, pero el sátiro no oía! Por fin, dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien, ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado á otro, grave, terco, silencioso, como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo, y sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando á Orfeo la salida de la selva:

—¡No! . . .

Al vecino Olimpo llegó el eco y resonó allá donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto á ahorcarse del primer laurel que hallase en el camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

RUBÉN DARÍO.

CUADROS DE COSTUMBRES COSTARRICENSES, TUTILIMUNDI.

HAY personas que brillan por el silencio. Tienen aire de sabio grave, pensador y reservado. Cuando suelen hablar, nunca van contra la corriente, y esquivan toda discusión. Sin esas circunstancias se perderían, porque si dejasen ver algo más de la *carátula* que llevan, aparecerían semejantes al cuadrúpedo que, sin consultar sus orejas, una vez tuvo la fantasía de disfrazarse, cubriéndose con la piel de un león.

En cambio hay hombres que nunca dejan de hablar y si nó ahí está Tutilimundi. ¡Qué tipo tan curioso! Ese hombre todo lo sabe, todo lo ha visto, todo lo penetra. Así discurre sobre cada una de las ciencias, como sobre cada una de las artes; así sobre cada uno de los sabios antiguos y modernos, como sobre cada uno de los artistas pasados y presentes. El sabe cómo y cuándo fué la formación de este mundo, y cómo y cuándo será su fin; las evoluciones futuras de la humanidad, la solución que tendrán en el porvenir los más árdulos problemas políticos, económicos y sociales; éso y mucho más explica Tutilimundi con facilidad pasmosa. No hay discusión en que no meta su cuchara, ya se trate de legislación, de medicina, de teología, de matemáticas, de literatura, de filosofía, de ciencias naturales, ya de bellas artes, gimnasio, esgrima, natación, caza y pezca, tiro al blanco, equitación, pugilato, tauromaquia, arte de los jardines, cocina. . . y aquí vienen como de molde tres etcéteras, porque de lo contrario la lista sería interminable.

Si es cierto que no entran moscas en boca cerrada, la de mi hombre debe ser un pasadizo de esos insectos; si es verdad que al buen callar llaman Sancho, lejos está Tutilimundi de ser homónimo del más célebre de los escuderos. Cuando los demás callan, él es el primero en interrumpir el silencio; cuando todos ó algunos hablan, ó gritan, ó cantan, ó peroran, ó declaman, ó discuten ó disputan, él también habla, grita, canta, perora, declama, discute ó disputa, que primero habría sermón sin San Agustín, tertulia de mujeres sin que *se coman* á alguna, ó editorial de periódico sin *ideales*, que dejar Tutilimundi de meter basa en toda ocasión oportuna ó inoportuna, sin más objeto que alardear de erudito.

Cansado de oír hablar á Tutilimundi de los principales países de Europa y de América, un día le pregunté si había estado en Ajuthia. Quedó callado un rato, con el dedo índice puesto en la punta de la nariz. Conozco mucho de Ajuthia, me contestó al fin; está en Siam. Lo más notable allí ¿Sabe Ud. qué es? Los elefantes siameses. Se sirven de esos animales en la guerra, y algunos hay enormes; tienen cuatro metros de altura.

Esa respuesta, le dije, corrobora la creencia que ya tenía, de que Ud. conoce palmo á palmo este globo en que vamos, nosotros pobres aereonautas que en gran mayoría ignoramos lo que contiene nuestra inmensa mongolfiera, y por lo que á mí respecta, gracias á Ud. que he adquirido cabal idea de Ajuthia, de Siam y de sus elefantes.

En cierta ocasión, varios teníamos una de esas conversaciones desparpajadas, bajo cuya jurisdicción cae todo, lo que hay y lo que no hay, como en la gacetilla de los periódicos; uno de los que hablaban, refiriéndose á un proyecto que creía irrealizable, lo comparó á la cuadratura del círculo. Apenas oyó Tutilimundi lo de la cuadratura, cuando saltó diciendo: permitidme, señores, conozco mucho esa cuestión. La cuadratura del círculo fué hallada en la antigüedad por. por. (meditó un rato, siempre con el índice en la punta de la nariz) ah! sí por Anaxágoras. Esa cuadratura se perdió, y después Arquímedes, Filón, Wallis, en este momento no recuerdo quienes otros, se han aproximado mucho; la proporción del diámetro del círculo á la circunferencia es ya de. . . de. . . no traigo á la memoria exactamente la proporción, pero mañana la diré á Uds. Sí, la cuadratura del círculo se encontrará.

Esto fué bastante para que todos conociésemos la extraña monomanía de Tutilimundi, y comenzamos á abrirle puntos para que disertase, tales como la fusión del catolicismo con el protestantismo, la confederación de la América latina, el idioma universal, el movimiento perpétuo, la navegación aérea, la manera de comunicarnos con los selenitas, si el espacio tiene límites, y así otras materias igualmente encumbradas, sobre todas las cuales se explayó Tutilimundi. Parecía un río caudaloso y salido de madre, saltando entre enormes breñas, ó reloj sin péndulo, cuya máquina se mueve, aceleradamente hasta que

Pasa á la página 103.

“MIS QUERRELLAS.”

MAZURKA DE SALON PARA PIANO

POR

JOSE CAMPABADAL.

INTRODUCCION.

Adagio.

PIANO.

Musical notation for the introduction of the mazurka. It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The tempo is marked *Adagio*. The dynamics are marked *p* (piano). The introduction spans four measures.

Continuation of the musical notation for the introduction, spanning four measures. The treble clef staff continues with melodic lines, while the bass clef staff provides harmonic support with chords and single notes.

MAZURKA.

Musical notation for the first part of the mazurka. It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The dynamics are marked *mf* (mezzo-forte). This section spans five measures.

Continuation of the musical notation for the mazurka, spanning five measures. The treble clef staff features a more active melodic line with some grace notes, while the bass clef staff continues with harmonic accompaniment.

NOTA DEL AUTOR.—En esta Mazurka los signos y palabras de expresión se han omitido para la libre interpretación.

First system of musical notation, consisting of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The music is in a key with one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The right hand features a melodic line with eighth and sixteenth notes, while the left hand provides a harmonic accompaniment with chords and single notes.

Second system of musical notation, featuring a grand staff. It includes first and second endings, labeled "1ª vez." and "2ª vez." respectively. An 8th-measure alteration is indicated by "8ª alt" with a dashed line above the staff. A dynamic marking of *f* (forte) is present. The right hand has a melodic line with slurs and ornaments, and the left hand has a bass line with chords.

Third system of musical notation, featuring a grand staff. It includes a *loco.* (loco) marking with a dashed line above the staff. A dynamic marking of *f* is present. The right hand has a melodic line with slurs and ornaments, and the left hand has a bass line with chords.

Fourth system of musical notation, featuring a grand staff. It includes a 7-measure alteration indicated by "7" above the staff. The right hand has a melodic line with slurs and ornaments, and the left hand has a bass line with chords.

Fifth system of musical notation, featuring a grand staff. It includes a 6-measure alteration indicated by "6" above the staff. The right hand has a melodic line with slurs and ornaments, and the left hand has a bass line with chords.

Sixth system of musical notation, featuring a grand staff. It includes an 8-measure alteration indicated by "8ª" above the staff, a *loco.* marking, and a dynamic marking of *f*. The right hand has a melodic line with slurs and ornaments, and the left hand has a bass line with chords.

First system of musical notation, featuring a treble and bass clef with a key signature of one sharp (F#). The system includes a repeat sign at the beginning and a fermata over a note in the treble staff.

Second system of musical notation, continuing the piece with treble and bass clefs and a key signature of one sharp.

Third system of musical notation, featuring a treble and bass clef with a key signature of one sharp. It includes a trill in the treble staff and a fermata over a note in the bass staff.

Fourth system of musical notation, featuring a treble and bass clef with a key signature of one sharp. It includes a trill in the treble staff and a fermata over a note in the bass staff. The word "FIN" is written at the end of the system.

Fifth system of musical notation, featuring a treble and bass clef with a key signature of one sharp. The word "Dolce" is written in the treble staff.

Sixth system of musical notation, featuring a treble and bass clef with a key signature of one sharp. It includes a trill in the treble staff and a fermata over a note in the bass staff.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in the key of D major, indicated by two sharps (F# and C#). The music features a complex texture with many beamed notes and chords. The system concludes with a double bar line and repeat dots.

The second system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in the key of D major. The music continues with intricate patterns of notes and chords. The system concludes with a double bar line and repeat dots.

The third system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in the key of D major. This system is characterized by a dense texture of beamed notes in the upper staff. The system concludes with a double bar line and repeat dots.

The fourth system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in the key of D major. The music features a mix of melodic lines and chords. The system concludes with a double bar line and repeat dots.

The fifth system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in the key of D major. The music continues with complex rhythmic patterns. The system concludes with a double bar line and repeat dots.

The sixth system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in the key of D major. The music features a dense texture of notes and chords. The system concludes with a double bar line and repeat dots.

D. C.

se acaba la cuerda; pero la cuerda de aquel hombre no presentaba traza de acabarse durante todo el año que ahora empieza, y su lengua y su cerebro habrían seguido agitándose sin interrupción, si no le hubiésemos suplicado aplazar para otro día el desborde del estrepitoso torrente de su descomunal erudición; mas no lo suspendió sin manifestar que las cuestiones propuestas le eran familiares y que sobre todas y cada una de ellas había hecho estudios muy profundos y formado juicios definitivos. Hablamos en seguida de política y en ese fácil terreno, en el cual nadie es profano. Tutilimundi lució sus conocimientos sobre lo interior y exterior de todos los países y la índole y las tendencias de sus hombres públicos.

Una vez los que escuchábamos á Tutilimundi estuvimos á punto de cambiar de juicio acerca de él, y de conceptuarlo cuerdo, porque se hablaba de literatura española y salió á colación el nombre de don José Cadalso; con motivo de ser este el autor de los eruditos á la violeta, Tutilimundi se soltó á hablar contra los falsos sabios. ¿Acaso, decía, estamos obligados á saberlo todo y acaso esta omnisciencia puede ser posible? El arte es largo y la vida corta, y aun cumpliendo aquella recomendación que dice *nocturna versate manu, versate diurna*, apenas si lograremos entrar al templo de la sabiduría. Hizo mérito de aquel sábio que afirmaba que lo único que sabía era que nada sabía, y citó hasta el mismo Espíritu Santo, cuando dice *no seas sábio á tus ojos*. El pobre no veía la viga que lleva en los suyos, y no sospechó que estaba haciendo su propia crítica.

Un hombre de conocimientos tan variados, en su vida práctica ha presentado naturalmente diferentes fases; así es que ha tenido varios oficios, al parecer poco análogos, y nunca se ha dedicado á uno sólo. Primero fué maestro de escuela y afinador de pianos; después redactor de gacetillas y herbolario; en seguida corredor jurado y apuntador en el teatro; últimamente tinterillo y disecador de pájaros. En la actualidad no puede decirse que esté cesante, porque no cesa de hablar; pero se halla disponible, y encontrándonos en época de elecciones me tomo la libertad de presentarlo como candidato para..... cualquier cosa.

Ruperto.

Dos caracteres.

A mi amigo don Juan de Dios Céspedes G.

Nacieron en distintas cunas: la una ataviada con blancas vestiduras, alta, ostentosa y rica, era el sitio donde debía efectuar la primera etapa de la vida; la otra sin atavíos, baja, humilde y pobre, era el lugar donde debía lanzar el primer ay! profundo y lastimero. Llegaron á la vida en distintas situaciones: el uno trayendo herencias, bendiciones y glorias; el otro llorando amargamente y expresando su pobreza con la desnudez de su cuerpo y de su cuna que acrecentaban más la quemadura en sus pulmones.

Aparecieron en distintos caminos y debían llegar á distintos fines.

Ambos crecían: el uno en la riqueza, la contemplación y el esmero y descuidada su educación, por la manifiesta debilidad de los padres, para dirigir con acierto los primeros pasos de los hijos *mimados*. Nunca conoció una reflexión oportuna, ni una muestra de energía ni un consejo acertado: se sentía cada día más impulsado á la corrupción y era que no encontraba restricciones.

La influencia del oro corruptor pronto lo hizo del dominio público, y aquella existencia joven que debía estar formando su corazón en las grandes y edificantes enseñanzas de la Moral, propagó en las tabernas y garitos el vicio y la desmoralización como escuelas.

Su fin estaba previsto: aquellas glorias que ostentó al nacer se extinguían, sus riquezas se acababan, su nombre era desprestigio; después del cortejo que le acompañaba saboreó el amargo trago del aislamiento. Desesperado y sintiendo la transición brusca de lo grande á lo pequeño, de lo regio á lo humilde, de lo fantástico á lo real, no sabe como definir lo que le pasa: su cuerpo y su alma acostumbrados á las dulces funciones del lujo y del placer, se encuentran el uno cubierto de andrajos y la otra, atormentada por un remordimiento agudo.

Sus penas lo precipitaban más, y por último su corrupción engendró el delito que vino á constituir en él una segunda naturaleza cuyas exigencias debía satisfacer. Ignorando lo que dignifica y eleva el trabajo honrado, falsifica, roba y asesina; la sociedad indignada, pide restituciones al criminal y lo somete al oscuro recinto de una prisión donde expía sus culpas. Este hombre está ya juzgado: de sus beneficios nadie espera disfrutar, al contrario, la colectividad en este como en todos los casos, se avergüenza de producir delincuentes.

¿De qué le sirvió, pues, su alta y blanca cuna si está en cenagoso recinto? de qué le sirvieron sus riquezas si hoy vive de la caridad? de qué le sirvieron tantas bendiciones si hoy se le lanzan anatemas?

Entretanto, aquel que lloraba amargamente al nacer, aquel que el mundo saludó con intenso frío y dolor, aquel que pasó por vez primera su cabeza blanda aún, sobre una almohada áspera y dura, se ha edificado en la escuela de la adversidad. Sus padres, grandes maestros levantados también en esa escuela, le muestran oportunamente los escollos del mundo, hacen que su espíritu sienta insaciablemente sed de ciencia y de estudio, fortifican sus aspiraciones en las faenas santas del trabajo y lo aconsejan siempre á la más estricta moralidad.

Aquel hombre sublimemente inspirado no pretende ni ostentación ni lujo; estudia, compara, aprende: los esfuerzos de su brazo ó de su cerebro los dedica en recompensa á sus padres que, ya ancianos, necesitan alimentarse mejor y abrigar más su organismo ya gastado. Ellos gozan y elevan himnos de amor al cielo, por la gloria de aquel que ellos dirigieron y cuyas enseñanzas fueron para ambos tan fecundas.

Aquel hombre así formado, sufre por las clases menesterosas, porque él ha sentido el hambre y les tiende su brazo y les pone el alimento en la boca.

La admiración general se estasia en él; el estudio, la ciencia y el trabajo le dieron capital, su nombre es una herencia gloriosa que se pronuncia aquí y allá. Ahora: qué le importa su cuna humilde y pobre? qué le importa que las multitudes que adulan no le hubieran colmado de bendiciones al nacer si tiene las de las multitudes sensatas que son expresión fiel? qué le importan sus privaciones y su humildad si ellas le han dado sus glorias? Antes por el contrario, todo lo que el orgullo humano considera como desprecio y vituperio para aquel hombre, es para él virtud más elocuente.

Se han desarrollado los dos caracteres y están en distintos fines: el que nació alto y muy alto, es criminal que arrastra una cadena y de seguro nadie trataría de borrar el estigma de su frente, aduciendo que nació en las fantasías de la aristocracia y la riqueza; el otro, se ha hecho un gran carácter, y se ha hecho luchando desde muy joven y templando su alma en el yunque del infortunio: en su vida ha habido tormentos que le han amenazado muy de cerca. Su nave casi despedazada, con sus velas hechas jirones, por el vendabal de la pobreza, ha alcanzado la lejana orilla y con la convicción del marino que acata un deber ineludible, exclama: "estoy sano y salvo".

Si la situación en que cada hombre nace llegara á decidir de su éxito en la vida, habría siempre uniformidad en los fines; pero resulta que mientras unos caen otros se levantan.

Llegan al ocaso de la vida: el cuerpo del uno es enterrado y precipitado profundamente, lo conducen sólo cuatro hombres, como á un mendigo infeliz; en su fosa no se pone ni una cruz, ni una señal; aquello á nadie importa. Antes por el contrario, se borran todas las huellas que señalen sus restos. Aquí es el fallo más severo.

El otro queda siempre á la vista de todos: se le erigen estatuas, monumentos ó inscripciones, grabadas tan profundamente que el tiempo no pueda borrar; las multitudes, acompañan su cadáver, que todos quieren echar sobre sus hombros.

Las clases menesterosas derraman más copiosas lágrimas, porque aquel sabía interpretar fielmente la sublimidad de un harapo roto y ennegrecido por la vejez y lo sagrado que es la pobreza y la adversidad.

Así sucede, la ley de la compensación es ineludible: generalmente las simas por oscuras que sean y las cunas por desaliñadas que parezcan, dan origen á lo grande, y aquellas encumbradas que tocan al cielo, al desplomarse de tanta altura, terminan en el abismo de la profunda execración.

RAFAEL VERGARA A.

Alajuela, 25 de Octubre de 1890.

VERSOS

leídos por su autor en la velada lírico-literaria
que se verificó en los salones del Gran
Hotel el 26 de Julio último á benefi-
cio del

Hospicio de Huérfanos.

TAN solo por ser ésta función que dedicamos
A aquellos desgraciados sin padres, sin hogar,
Mis versos os dirijo; seran los mustios ramos
Que un huérfano cual ellos coloca en este altar.

Vosotros los felices, los que ignorais la pena
Inmensa, tremebunda, que sufre la orfandad,
Tal vez no comprendais lo triste de esta escena
Ni el bien que puede ahora hacer la caridad.

Voy, pues, á referiros la historia verdadera
De dos seres queridos que ha tiempo conocí;
Historia que demuestra la suert^a que le espera
A todo aquel que empieza sin padres á vivir:

Alberto y Carlos eran dos niños muy hermoso
Con ojos de querube y rostro angelical,
Al verlos en sus juegos alegres y dichosos
Negar no se podía la dicha terrenal.

Formaban el orgullo, la gloria, la alegría
De aquellos dos ancianos que diéronles el ser,
I nada presagiaba que pronto llegaría
La hora para ellos de llanto y padecer.

La muerte despiadada cortó por fin el hilo
De aquellas existencias empleadas en el bien,
I Alberto y Carlos ¡pobres! quedaron sin asilo
Llorando su infortunio y huérfanos también.

A Carlos el Hospicio tendió piadosa mano,
Llevóle á su recinto y luz y pan le dió;
El niño se hizo hombre, el hombre ciudadano,
Fue útil á su patria, con honra la sirvió.

A Alberto la desgracia hundiólo en el abismo,
Para él no hubo ni Hospicio, tampoco caridad,
I su alma pervirtiósse, vivió para sí mismo
De Dios hasta dudaba y odió la humanidad.

Es esta, pues, la historia sencilla y verdadera
Donde encontrar podemos magnífica lección,
Mirad cuan diferente la suerte que le espera
Al huérfano amparado y á aquel sin protección.

Bendita sea mil veces la mano que levanta
Piadosa y compasiva al huérfano infeliz.
Misión es esta angusta, hermosa y hasta santa
Muy digna de las damas que vemos ahora aquí

El Dios de las bondades dará sus bendiciones
A todo aquel que ampare, proteja la orfandad;
I el niño que el Hospicio dispensa protecciones
Por gratitud más tarde hará la caridad.

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

Galerismo.

—Decidme, niña, ¿sois amante?

—Sí, señor, por obra y gracia de mis pocos años.

—¿Qué cosa es ser amante?

—Es querer mucho á un sugeto que lleva patillas y bigotes, que escribe coplas en los periódicos, que tiene los ojos negros y el chaleco blanco, y que se llama hombre.

—¿Cuántas clases de hombres hay?

—Tres: el pollo, el gallo y el oso.

—¿Son tres hombres?

—No, señor.

—¿Pues, qué son?

—Son tres osos distintos y una sola calamidad verdadera.

—¿Tiene otro nombre esa calamidad?

—Sí, también se llama marido.

—¿Cómo es el marido?

—Es un señor infinitamente grande, muy amigo de nuestros amigos, é interminable.

—¿Por qué le queréis, pues?

—Porque siempre tapa algo.

—Decidme las bienaventuranzas.

—Bienaventurados los hombres porque ellos hacen lo que les da la gana.

Bienaventuradas las mujeres, porque hacen lo que les da la gana de los hombres.

Bienaventurados los que nos creen de buena fe, porque ellos se tienen la culpa.

Bienaventurados los mansos porque será que les conviene.

Bienaventurados los tontos, porque abundan.

Bienaventurados los que buscan una mujer, porque ellos se casarán.

Bienaventurados los solteros, porque ellos serán perseguidos.

Bienaventurados los casados, por eso.

Bienaventurados los pobres, porque no conocerán mujer.

—Perfectamente. Ahora concluyamos con las preguntas dificultosas.

—¿Cuándo serán juzgadas las mujeres malgastadoras?

—El día del juicio de los hombres débiles.

—¿Y cuándo llegará ese día?

—¡Nadie lo sabe!

EUSEBIO BLASCO.

¡Ella es así!

—¿Por qué cuando te miro sin enojos
y me voy hacia tí,
bajas al suelo tus tranquilos ojos?

—Porque yo soy así.

—¿Por qué cuando despliegas entre agravios
tus labios de rubí,
cárdenos tiemblan tus amantes labios?

—Porque yo soy así.

—¿Por qué al mirarme con callado anhelo
te separas de mí,
y reclinas la frente en tu pañuelo?

—Porque yo soy así.

—¿Y por qué no me miras cual te miro
cuando me miro en tí?

—¿Y por qué no suspiras cual suspiro?

—¿Y por qué eres así?

—Porque en mi alma mis amores llevo,
Porque les guardo allí;

porque quiero mirarte y no me atrevo
porque yo soy así.

Mi corazón frenético la adora

Y ella me adora á mí;

yo soy el trovador que la enamora

y la niña es así.

Sus mejillas rosadas y serenas

se tiñen de carmín,

porque en las niñas cándidas y buenas

el rubor es así.

También hay una flor que se intimida

ante el aura sutil;

también entre las hierbas escondida

la violeta es así.

Por eso la que guarda mis amores

tiembla muda ante mí:

porque así son las niñas y las flores

y mi niña es así.

ANTONIO F. GRILLO.

NOTAS.

Certamen.

Engalanamos las columnas del presente número con la graciosa mazurka, titulada "Mis Querellas", obra original del conocido maestro don José Campabadal.

El autor ha querido hacer un llamamiento á toda la hermosa mitad costarricense, que cultive el arte sublime de David y Palestrina.

La dedicatoria de la pieza está en blanco todavía, como en espera del nombre de la agraciada, que salga vencedora en el concurso que se promoverá al efecto. El primer premio consistirá, pues, en la dedicatoria y en un regalo de 25 ejemplares de la mazurka, que el autor hará imprimir con todo lujo; y el 2º premio, será también de 25 ejemplares, iguales á los anteriores.

El acto se verificará á las 12 del día 20 del corriente mes, en el salón de la Escuela Nacional de música, y los premios serán adjudicados respectivamente á las dos pianistas que mejor interpreten "Mis Querellas", á juicio exclusivamente del autor.

Podrán asistir al concurso, las familias de las oposicionistas, autoridades, profesores de música y periodistas.

Las señoras y señoritas, que deseen optar al premio se servirán enviar sus nombres á la Redacción de este periódico.

Hacemos votos porque la idea del señor Campabadal, encuentre en nuestra culta sociedad, toda la aceptación que se merece, ya que la guía el buen propósito únicamente de cooperar por medio del estímulo al progreso de las artes.

EL CABLE acaba de transmitir la fatal noticia del fallecimiento de don Federico Volio, Representante de Costa Rica en los Estados Unidos de Norte América. El país ha perdido, pues, uno de sus buenos hijos, su familia un pedazo del alma y nosotros un amigo cariñoso.

Reciba su inconsolable familia las muestras de nuestra sincera condolencia.

Por haberlo recibido tarde no publicamos hoy un trabajo del señor don F. F. Noriega contestando al señor Gavidia sus estudios pedagógicos. Como se ve, se formará una polémica, que no dudamos redundará en provecho de la enseñanza, dada la competencia de ambos contrincantes. En el próximo número, pues, ofrecemos á nuestros lectores el trabajo del señor Noriega.

Llamamos la atención de todas las casas anunciadoras, acerca de la sección de anuncios que hoy empezamos á publicar.

Téngase presente que "Costa Rica Ilustrada" circula en gran cantidad, y que es el periódico que leen todos. El precio de avisos es sumamente módico.—Véanse las condiciones en el forro del periódico.

TIP. NACIONAL.

61

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

2^a EPOCA. NUM. 14.

San José, 20 de Noviembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

LA ONDINA

*Debajo del Izalco; bajo su fragua eterna;
Bajo su mar oculto de lavas resonantes;
Vecina de las bocas, negras y mareantes,
De un abismo,—ha labrado el gnomo Ul su caverna:*

*Alfombrándola de iris, por sus suelos se interna
Pedrería de piedras limpidas y temblantes;
Y el dombo, de estaláctitas en lluvia de diamantes,
Cerca á un rubit que alumbra, como roja lucerna.*

*Ul, empero, desprecia tan inmenso tesoro,
Porque tiene una alcoba,—donde una blanca ondina
Derrama silenciosa su inconsolable lloro:*

*Sedijola del gnomo la elocuencia divina;
Y hoy, odia la dureza de su lecho de oro,
Recordando el remanso de su fuente argentina.*

FRANCISCO GAVIDIA

San José, 1890.

SUMARIO.

LA ONDINA, soneto por Francisco Gavidia.—CIENCIA Y CLASICISMO, por F. F. Noriega.—IMILDA LAMBERTAZZI, por Emilio Pacheco.—EL CADEJOS, por Fernando R. de Izcar.—FEDERICO VOLIO, por Ramón Loría Iglesias.—CORRESPONDENCIA DE MADRID, por Labán.—UNA NOTA DEL AMOR UNIVERSAL, por Rubén Rivera.—VIDA MODERNA, por C. Ossorio Gallardo.

Ciencia y clasicismo.

Primer artículo.

HACE pocos años admirábamos con un eminente compatriota nuestro una serie de artículos publicados, si mal no recordamos en *El Repertorio Salvadoreño*, firmados por el señor F. A. Gavidia, y de entonces acá cuantas producciones de dicho señor han caído en nuestras manos, las hemos leído con placer, porque nos seduce la galanura y brillantez de su estilo, así como porque en lo que de él conocemos, hemos llegado á notar nuestras mismas tendencias en política, y nuestros mismos ideales en literatura; pero últimamente hemos leído con pena en las columnas de este periódico, los *Estudios Pedagógicos* del señor Gavidia, encaminados á señalar los vicios de la Enseñanza en Centro América á los cuales él no les vé otra causa que la invasión del espíritu científico.

Pena, lo repetimos, nos ha causado la lectura de tales artículos, mayormente hoy cuando ya conocemos el gallardo escritor y hemos tenido la honra de estrechar su mano de amigo; porque sustenta teorías que, según nuestro humilde modo de pensar, pugnan con el espíritu liberal del siglo y con las tendencias de la Pedagogía moderna, teorías que estrañamos mucho tengan asidero en un cerebro tan bien organizado como el del señor Gavidia.

El ya conoce poco más ó menos nuestras opiniones sobre materia tan trascendental, como la que lo ha movido á escribir; y sólo por atender á sus insinuaciones como á las de nuestro común amigo el Director de este periódico, nos atrevemos á esplanarlas y á darles publicidad.

I.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión que sustenta, dice el señor Gavidia, y lo sienta á modo de premisa para entrar en el desarrollo de sus ideas, que nada hay mas inexacto que el dicho muy popular de que los países latino-americanos sean *soñadores*, "con lo cual se da á entender que son países literarios donde los versos excluyen los números".

Nosotros creemos que nada hay más exacto que ese dicho que ha calado no solo en esos mismos países, sino en los pueblos extraños que los han estudiado y definido; y creemos que ese carácter soñador de nuestro pueblo, que tan marcadas aficiones muestra por la literatura, es lo que causa ese malestar que lo aqueja, debido en primer lugar á achaques de raza, de la que le viene la

tendencia á la educación clásica y eminentemente autoritaria, porque sacudido el yugo político, no ha alcanzado á sacudir el yugo colonial de la Madre Patria, hija desheredada del progreso europeo.

No creemos, pues, que el espíritu científico tenga enfermo á Centro América. Quizá estos países son los que ménos cambios han hecho en sus planes de estudios; y seguramente nadie nos negará que esos planes están calcados sobre los de España, que reposan sobre las bases del mas puro clasicismo. Ahora bien, ¿cuánto tiempo se necesita para que en un país se hagan sentir siquiera las influencias de determinado plan de estudios, máxime cuando hay raíces tan profundas que extripar? Cuánto se necesita para que siquiera se sientan los síntomas de enfermedad de un país por la mala dirección que se dé á la educación de sus hijos? Damos poco con dar un tercio de siglo, para que los hombres educados bajo determinado régimen alcancen á formar la clase dirigente; y es bien sabido que los apóstoles hoy del espíritu científico en los países latino-americanos, que apenas forman una pequeñísima parte de esa clase, fueron educados bajo el régimen antiguo, ó literario ó clasico.

Y el espíritu de ese malhadado régimen es el que aún predomina, y de ahí el malestar y la enfermedad de Centro América porque él rije la cátedra, que como muy bien lo apunta el señor Gavidia, es donde se opera la transformación del espíritu de las naciones, y es el "laboratorio de nuestras leyes, de nuestras máximas sociales, de nuestros principios morales, de nuestras creencias dominantes de nuestras aptitudes políticas, en una palabra: la cátedra forma al hombre".

La influencia del clasicismo en nuestros planes de estudios, es lo que hace que de colegios y universidades salgan tantos jóvenes que despues de cinco ó diez años de estudios de literatura, Filosofía, Teología, Jurisprudencia, Historia (mucho de Grecia y Roma) Mitología, algo de Matemáticas & no producen algo que les sirva para vestirse un mes ó para comer una semana; pero sí se convierten en unos Tostados y lo primero que hacen es dar un tomo de versos que se leen y mucho, con perdón del señor Gavidia. De tal suerte sucede esto, que entre cien jóvenes, prescindiendo de los que tengan buena suerte como abogados, médicos ó profesores y quiza ingenieros, queda un 60 por ciento inutil para el progreso positivo del país si quiera sea del industrial y artístico, para los cuales han sobrado bellas letras y faltado ciencia.

Y nuestros errores en todo sentido no traen otra causa, porque ha habido empeño en hacer flotar nuestro espíritu en un insondable pielago de abstracciones; en infundirnos ántes preceptos platónicos que "identidades de ideas" que nos induzcan á la observación, y á resultados positivos en la vida práctica.

Se discute mucho en religión y en política, mientras que nos preocupa el alza de los artículos de primera necesidad, para el vestido y el alimento. Por qué? Porque la par-

te dirigente de nuestro pueblo, que no alcanza al 15 por ciento, carece de *ciencia práctica* que no la inspira sino el espíritu científico en la educación. Esto por lo que hace á la vida animal, que por lo que hace á la moral y á la social, las influencias del clasicismo, son de mas desastrosa trascendencia, porque, como dice Bastiat "la enseñanza clásica no solo comete la imprudencia de sumerjirnos en la vida romana, sino que á ella nos apasiona hasta hacernos considerarla como el bello ideal de la humanidad, tipo sublime demasiado alto para las almas modernas, que debemos imitar sin pretender jamas alcanzarlo".

El crimen que dió origen al célebre "*Alea jacta est*, se nos hace admirar como uno de los mas heroicos hechos que registra la antigüedad; y esas palabras se repiten pomposamente y son el condimento de muchos artículos y discursos patrióticos. Lucrecia, que cede por una falsa virtud á los deseos de Tarquino, se suicida y se nos hace admirarla como tipo de fidelidad conyugal!

Catón que se atraviesa el vientre con la espada porque la patria cae en poder de Cesar, sacrificándose esterilmente, se nos presenta como el ideal del patriotismo y de la virtud republicana.

Bruto y Casio que se precipitan sobre sus espadas exclamando "nombre vano es la virtud" causan furor en los estudiantes de Historia.

Y si esto no es enseñanza clásica, no sé cómo se le llamará.

Atestado de clasicismo Saint Just exclamaba "Dios mio! con que es necesario que Bruto permanezca olvidado y lejos de Roma! Mi partido sin embargo está tomado, y si Bruto no da muerte á los otros, él se la dará á sí mismo".

En otra ocasión decia: "un oficio sienta mal al verdadero ciudadano. La mano del hombre no está hecha sino para la guerra y para las armas!"

"Que todos los jóvenes tengan presente el brasero de Scévola, la cicuta de Sócrates, la muerte de Cicerón y la espada de Catón, exclamaba Carriere en esos delirios patrióticos á que se entregan todos los que se inspiran en los crímenes y bellaquerías de la amada Roma.

Y no es que el espíritu científico en la enseñanza entibie el amor á la Patria como se juzga comunmente sino que por el contrario lo eleva, como lo veremos después, y lo hace fecundo en resultados positivos, aunque no lo exalta para convertirlo en patriotería estéril y ridícula, como ya se ha visto en los ejemplos citados y en los muchos que á cada momento se presentan en nuestras contiendas civiles.

Ahora, qué se dirá de las citas siguientes, tomadas del cercado místico.

"Es peligrosísimo para los profanos estudiar la elocuencia profana" decia San Ambrosio, y San Jerónimo. "Que tiene que ver Horacio con el Salterio y Virgilio con el Evangelio? Sin embargo un clásico de la misma comurión de los santos padres, don Miguel A. Caro, es apasionadísimo de Vir-

gilio y lo ha elevado á la categoría de Profeta, dándole un carácter seráfico como precursor del cristianismo.

Y San Agustín: "Los estudios por los cuales he llegado á leer los escritos de los demás y á escribir yo mismo lo que pienso, eran sin embargo mucho más útiles que aquellos á que se me forzó concernientes á las aventuras de un tal Eneas, que me hacían llorar por la suerte de Dido muerta de amor, en tanto que olvidadizo de mis propias faltas, yo mismo encontraba la muerte en esas lecturas funestas que no obstante son llamadas *bellas y honestas letras*. Vociferen contra mí esos mercaderes de *bellas letras*, yo no les tengo miedo. Cierzo es que de esos estudios se me quedan muchas expresiones que es útil saber; pero *todo esto puede aprenderse en otra parte y no en lecturas tan frívolas*, y á los jóvenes, como yo pienso, se les debería conducir por una vía menos peligrosa."

En el último aparte del segundo artículo de los *Estudios*, el señor Gavidia dice que no es el restablecimiento de los clásicos (antiguos) lo que él defiende en su teoría educacionista; pero como nosotros hemos tenido injénita aversión por la enseñanza clásica, hemos creído prudente empezar esta réplica, atacándola de lleno.

Léjos de nosotros el considerar inconveniente la enseñanza literaria, si reconocemos todos sus beneficios cuando es bien dirigida; pero no creemos que la educación inicial del Pueblo debe fundarse en el elemento literario.

Admiramos como los que más, las creaciones de la fantasía de los poetas, pero no debemos dejarnos arrastrar por ellas. A más altos fines aspiramos: á que el espíritu científico domine en estos países que se pierden inconcientemente en teorías que de tejas para arriba valen mucho para un espíritu ya cultivado; pero que no contribuyen á formar el carácter del niño y pervierten en muchos casos su sentimiento moral.

F. F. NORIEGA.

Noviembre de 1890.

(INÉDITA.)

Imilda Lambertazzi.

(LEYENDA ITALIANA.)

(A María Teresa, Angela y Caridad Quesada.)

Vosotras que sois todas poesía
Me pedís unos versos! quién diría!
¿Os gustan las leyendas romanescas
De bravos y de apuestos caballeros;
Las justas pintorescas
De jóvenes guerreros;
Os encanta ese idilio
De Julieta y Romeo;
Las espléndidas fiestas del torneo;
Las citas y los duelos,
Allá á la media noche, á la dudosa
Y tenue luz de la apacible luna,
Y esos cuentos é historias peregrinas
De que la vieja Italia está poblada?
Pues voy, hermosas, á contaros una
Que en mi alma honda impresión dejó grabada.

Imilda Lambertazzi, graciösa
Y noble niña boloñesa, había
Con Bonifacio Gieremei amores.
No obstante los rencores
Que ha tiempo á sus familias dividía.
En adorable cita sorprendidos
Por los crueles hermanos
De la joven, apenas ella pudo
Apresurada huír, no así el donoso
Y esforzado doncel, que en lucha cruenta
Herido, agonizante,
Cayó por fin rendido á los certeros
Golpes de sus aceros.
Al trágico lugar corre al instante
La bella enamorada,
Do encuentra aún palpitante—
Lívido el rostro y desangrado el pecho
El exánime cuerpo de su amante.
Por la pasión inmensa alucinada,
Su sangre en vano restañar ansía
Aplicando los labios á las hondas
Heridas, y absorbiendo
La que en su pecho destrozado había.
Mas ay! al despuntar el nuevo día,
A la hechicera Imilda infortunada,
También rígida y yerta
Hallóse al lado de su amante muerta,
Que en sus odios mortales
Habían envenenado sus hermanos
Las hojas de sus pérfidos puñales! . . .

EMILIO PACHECO.

EL CADEJOS.

(Cuadro de costumbres.)

EL pueblo de San Cipriano por la feracidad de sus tierras y la belleza de su clima, es sin duda uno de los más prósperos y ricos del país. Una altiplanicie de la cordillera le sirve de asiento, y dos pequeños ríos que bajan saltando alegremente por las quebradas de la sierra, llevan alimento y frescura á los frondosos cafetales que lo rodean.

San Cipriano es de fundación reciente. Cincuenta años atrás no había por aquellos sitios la menor huella de vivienda humana. Espesos y enmarañados bosques cubrían todo lo que sus laboriosos moradores han convertido después en cafetales y dehesas; y la paz y quietud de la selva sólo eran turbadas por los animales monteses de todo género.

Por aquel mismo tiempo salió de Alajuela un hombre perseguido por la justicia. Internóse en los montes y después de algunos días de marcha extraviada, llegó á un sitio ameno que le pareció ofrecer los requisitos de soledad y aislamiento indispensables para la seguridad de su persona y la impunidad de su crimen. Construyó un toscó rancho y dió principio al derribo de los árboles. Tras él vinieron otros y uno á uno fueron cayendo los gigantes seculares de la selva, bajo el esfuerzo poderoso de los brazos robustos y las afiladas hachas de aquellos intrépidos labradores. Este fué el origen de San Cipriano y ha sido el de muchos otros pueblos.

En el día de hoy San Cipriano se envanece con un título de villa, alcanzado á fuerza de batallar con la vecina de San Rafael de que antes dependía. Una iglesia de piedra cubierta de teja, baja y construída en ese estilo toscó y pesado que priva en el país, ha venido á sustituir á la antigua ermi-

ta de madera, primera manifestación de la piedad de los vecinos. La plaza es grande, cuadrada y está cubierta de césped y plantada de árboles, á cuya sombra se ven pastando algunas vacas y caballos.

Las casas que forman el cuadro de la plaza á derecha, izquierda y por frente de la iglesia, se parecen á todas las que se ven en los pueblos de la República. Sólo dos rompen la monotonía. La una grande y con un primer piso sobre la planta baja, pertenece al Ayuntamiento ó Municipalidad, como se dice por aquí. El piso alto sirve de residencia al jefe político y la planta baja de alcaldía, casa de escuela y oficina de telégrafos; de manera que durante las horas de enseñanza ni el jefe político ni el alcalde, ni el telegrafista pueden llevar á cabo sus tareas, porque la cháchara que sale de la escuela es infernal.

La otra es también alta y espaciosa, pero sólo tiene una planta baja agujereada por grandes ventanas con anchos adornos de madera. Llama desde luego la atención su fachada pintada de rojo, de un rojo casi color de sangre y cortado horizontal y verticalmente por unas rayas verde oscuro formando cuadros, que en la mente del pintor debían simular piedras. Esta fachada carnavalesca causa sin embargo la admiración del vecindario; al punto que el domingo siguiente á la conclusión del embadurnamiento, á la salida de la misa del padre Roque, no quedó mujer ni hombre que no fuese á contemplar maravillado la obra del émulo de Velázquez, autor de aquel cuadro incendiario.

Doña Ramona Rodríguez, viuda de Pérez, dueña y habitadora de la casa, lleva más de treinta años de residencia en San Cipriano. Su marido Juan Pérez y su padre Mateo Rodríguez fueron de los primeros colonos del lugar. Ambos llegaron con las manos vacías, y ambos sufriendo privaciones inauditas y trabajando sin cesar, lograron conquistar la fortuna y con ella el bienestar. A la muerte de su esposo, Ramona Rodríguez, hoy doña Ramona, se halló al frente de un capital de sesenta mil pesos y con sólo una hija, Juanita. Pero bien puede asegurarse que gran parte de esta fortuna se le debe á ella. Infatigable compañera de su marido, ordenada y económica, no había hecho ascos á ninguna clase de faena por dura que fuese. Y si el dinero le ha proporcionado esa consideración que le tributa la flaqueza humana, sus virtudes y desprendimiento le han valido mucho más: el respeto y cariño de todos sin excepción.

Doña Ramona no es solamente la primera señora del lugar; es además la mediadora á que recurren los matrimonios querellosos, la consejera inexcusable en los casos graves y de trascendencia, la madre de los pobres. En resumidas cuentas, la verdadera castellana de San Cipriano.

En su casa se reúne lo más granadito del pueblo. El cura, el jefe político, el maestro de escuela, don José García, principal cacique del lugar, y algunas otras personas van allí á pasar la velada de las ocho á las diez de la noche, hora en que todos juntos levantan el campo. Y aunque los entretenimientos no varían, porque se reducen á

charlar, jugar á la lotería y tomar chocolate, rara vez y sólo por caso de enfermedad deja de asistir alguno de los tertulianos habituales. El maestro de escuela, en particular, se distinguía por su puntualidad y exactitud. No bien sonaba la última campanada de las ocho, cuando se veía asomar su cuerpecillo enclenque al dintel de la puerta.

Seis meses hacía que Procopio Méndez había venido á reponer al anterior maestro de escuela, que por desavenencias con don José García tuvo que largarse y dejar el puesto; de lo cual se vengó publicando contra su enemigo en *La República*, un sangriento remitido, lleno de palabras subrayadas y de puntos de exclamación. Procopio, comprendiendo lo muy necesaria que para él era la amistad del cacicuelo, se plegó desde luego á todas sus voluntades y caprichos, cosa que le atrajo la antipatía del vecindario, que ya comenzaba á ver con enfado la tiranía ridícula de este señor don José García, cuyo poder provenía de la habilidad con que sabía manejar los asuntos electorales.

Tan asiduo se mostraba el maestro de escuela en concurrir á la tertulia de Doña Ramona, y tales alabanzas hacía de ella y de su hija, que las malas lenguas de San Cipriano—porque allí como en todas partes las hay—aseguraban que había dado en la flor de cortejar á Juanita.

Esta Juanita era una guapa muchacha de veintidos años, sana y robusta, con unos colores de melocotón que provocaban el deseo de hincarle los dientes y paladear la frescura de su piel blanca y tersa. Con esto buena, hacendosa y rica, y se comprenderá que el maestro de escuela pensara en apropiarse aquella fruta madura y sabrosa. Pero la muchacha no mostraba tener ningunas ganas de echarse el suave yugo, como dicen algunos, sin duda por ironía.

—¿Cuándo casa U. á esa muchacha, doña Ramona?—preguntaba alguna vez el cura.

—¿Déjela U. que goce un poco más; que tiempo le sobra para ser desgraciada—contestaba invariablemente aquélla.

—Ya se ve—añadía el padre Roque;—mejor está con U. que casada con alguno de estos animales del pueblo.

Y sobraba la razón al cura cuando decía esto. Porque si era verdad que Juanita carecía de una buena educación y de ese refinamiento de maneras, que da á la mujer un nosequé delicado y aristocrático que cautiva y embelesa, no por eso dejaba de ser muy superior á los rudos y toscos campesinos de San Cipriano.

Su madre en un principio había querido hacer de ella una señorita, y para el caso la llevó á San José y la puso en el colegio de las hijas de Sión. Pero la vida sedentaria del convento no podía convenir á una flor silvestre, criada libremente al aire sano y puro de los campos. No tardó Juanita en enfermar, y habiéndose declarado un principio de clorosis fué preciso volver á San Cipriano á recobrar vida y salud.

Después de esta infructuosa tentativa, doña Ramona renunció á la idea de que Juanita se educara en un colegio; pero como deseaba al mismo tiempo que adquiriera cono-

cimientos útiles, le procuró lecciones con el maestro de escuela, única persona que en todo el pueblo era capaz de enseñarle alguna cosa.

Juanita no pasaba de saber leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética, lo cual ya es mucho para una sola mujer ¡cuánta señora empingorotada anda por esos mundos que no sabe otro tanto!—En lo tocante á literatura no conocía más novelas que las de Pérez Escrich, tan empalagosas y malas; pero á ella la llenaban de placer, y había echado más de una lágrima á la muerte de la heroína, que siempre ocurre en otoño con la caída de las hojas.

Del mundo nada sabía ni era posible que supiera; porque vivir en un pueblo apartado, entre gente ruda, bueyes, vacas y caballos, no es vivir, es vegetar. Y puede decirse que sólo durante los cuatro meses que estuvo en el convento y á pesar de la reclusión en que allí vivía, logró echar una rápida ojeada sobre ese conjunto de cosas fútiles al parecer, pero que contribuyen en alto grado á dulcificar y amenizar la vida. De los rumores de bailes, fiestas y teatros que había oído en boca de sus compañeras, sólo le quedaban confusos recuerdos; algo así como ecos de un mundo distinto y lejano, que excitaban su natural curiosidad de mujer, sin que por esto dejara de estar conforme con su vidita casera, monótona y triste, pero en cambio ajena á los quebrantos que trae consigo la existencia agitada de las ciudades. Tal era, con breves pinceladas, la mujer que se propuso conquistar el maestro de escuela.

Y no vaya á creerse que solamente el amor influyó en el ánimo de Procopio al tomar esta resolución; porque si bien es verdad que no le disgustaba aquella muchacha frescota y hermosa, él creía honrarla sobremedera solicitando su mano. Había, pues, en el propósito del maestro de escuela, un interés superior al del amor. Para él la posesión de unos cuantos miles de duros, representaba la realización de sus más caros ensueños de ambición y grandeza.

Porque en aquel cuerpecillo raquítrico se albergaba una ambición desmedida, enorme, aguijoneada por los muchos desengaños recibidos, que habían concluído por agriar su carácter, convirtiendo en obsesión tiránica la pasión que le torturaba.

Hijo de artesanos pobres y de humilde esfera, Procopio Méndez se sintió empujado desde muy niño hacia las grandezas de este mundo. De cortos alcances, pero trabajador tenaz, con dificultad obtuvo el grado de bachiller en filosofía y emprendió el estudio de las leyes. Pero por más que luchaba no podía hacer entrar nada de provecho en su cabeza. Desesperado y viendo que nunca podría llegar á las mismas alturas que otros de tan humilde cuna como él habían alcanzado, dió en la manía de atribuir á la pobreza de su origen lo que sólo era fruto de su medianía. Desde aquel punto prorrumpió en declamaciones demagógicas contra una sociedad que es esencialmente democrática y por completo desprovista de preocupaciones de cuna.

Por fin, cansado de esperar otra cosa me-

jor, resolvió admitir el puesto de maestro de escuela de San Cipriano que le proporcionó un amigo, y salió de la capital llevando en el alma un odio feroz contra los que él llamaba los nobles, y cuya sola culpa consistía en no haber querido abrir las puertas de sus casas á un quídam tan ambicioso como adocenado.

Procopio veía, pues, en su matrimonio con aquella campesina ricacha, como él la llamaba allá en sus adentros, un poderoso escalón para alcanzar el triunfo de sus esperanzas. “El dinero es el dios ante el cual todos se inclinan—decía para su camisa.—Sea yo rico y no habrá para mí más puertas cerradas.” Y en verdad que en esto no andaba descaminado.

Una vez que hubo madurado concienzudamente su plan, el maestro de escuela comenzó su ejecución con esa lentitud y paciencia, propias de los caracteres tenaces. Era muy sencillo y consistía en hacer germinar en el ánimo de Juanita deseos de salir de aquel poblacho, para buscar un modo de vivir que cuadrara mejor con su educación y fortuna. Conseguido ésto se presentaría él como la única tabla de salvación posible.

Con astucia digna de mejor causa se aplicó á despertar la curiosidad de la muchacha. Le pintaba con brillantes colores las distracciones de la capital, sus paseos y bailes de gran tono, que le describía como si hubiese asistido á ellos, cuando sólo los había visto apostado en la calle y al través de los balcones. Afeábale la ignorancia en que estaba de las cosas de la vida, y le hacía entrever la posibilidad de salir de aquel agujero en el cual se vivía lo mismo que metido en un estuche.

En un principio Juanita oía toda esta charla con distracción; pero poco á poco se iba empapando en las ideas que el maestro de escuela procuraba infiltrar en su ánimo, con tanta paciencia como perseverancia. Comenzaba ya á dudar de su felicidad y á sentir un secreto deseo de ver con sus propios ojos todas aquellas maravillas. Al mismo tiempo y al calor de la elocuencia de Procopio, había renacido más vivo que nunca el recuerdo de los ecos mundanos del convento.

De esta manera satisfactoria iban marchando los asuntos del maestro de escuela, cuando se atravesó una dificultad que lo puso en ascuas. El hijo de un acaudalado propietario del vecino del pueblo de San Rafael, se había enamorado de Juanita y hablaba de pedir su mano.—Como Juanita llegue á aficionarse á ese patán, pensó, soy hombre al agua. Es necesasio no perder el tiempo y pegar un gran golpe; en cuanto la vea á solas le canto mi pasión.

No es cosa de extrañar, por consiguiente, que aquella noche se presentara Procopio en la tertulia con los trapos de cristianar y el pelo cuidadosamente untado de pomada. El padre Roque que está reñido con los peines, notó en seguida aquel exceso de compostura y dirigió una expresiva guiñada al jefe político.

Sorprendióse el maestro de escuela de no ser como de costumbre el primero, y sin saber por qué auguró mal de ver allí juntos

á sus dos peores enemigos. Porque en efecto lo eran, y para ello bastaba que Procopio perteneciese al círculo de don José García; jocosos de pueblos! El padre Roque abrigaba además otro motivo de rencor. El maestro de escuela tenía sus puntillos de libre pensador y en diversas discusiones con él, acerca de la existencia del infierno, lo había dejado maltrecho con sus argumentos de dómine pedante, que el cura tan ignorante como gordo no había sabido refutar.

Tras el maestro de escuela llegó doña Manuela González, y luego los demás á quienes se esperaba para comenzar el juego, y cada uno ocupó su asiento acostumbrado alrededor de la mesa, menos Juanita y Procopio que dedicaban aquellas dos horas al estudio de la historia y de la geografía.

Comprendiendo la necesidad de precipitar los acontecimientos, el maestro de escuela, transcurrido apenas un cuarto de hora de lección, cerró el libro y comenzó á desarrollar de nuevo su tema favorito, abultando las cosas y dorándolo todo. Juanita parecía escucharle con particular atención. Un buen observador hubiera notado que toda aquella verbosidad comenzaba á marearla, haciéndole concebir aspiraciones y deseos que hábilmente fomentados, llegarían á convertirse en necesidad imperiosa. Procopio no dejó de adivinar algo de lo que pasaba en el ánimo de la muchacha, y creyendo el momento oportuno, iba ya á deslizar una frase amorosa á su oído, cuando el padre Roque volviendo hacia ellos su cara rubicunda y abotagada, dijo alegremente á Juanita:

—¿Cuando te voy á echar la bendición, picaruela?

—¿A mí? señor cura; cuando tenga novio.

—¿Me vas á decir ahora que no le tienes; y Pedro, el hijo de Isidro Romero, acaso no es tu novio?

—Primera noticia que tengo.

Un buen muchacho, Pedro—dijo doña Ramona terciando en la conversación;—trabajador, honrado, sin vicios. Es un buen partido para Juanita; ayer le habló al padre para que interceda conmigo, á fin de que yo dé mi consentimiento.

Y todos á una comenzaron el elogio de Pedro. Era el mejor partido de San Cipriano y todos los pueblo vecinos. Dichosa mujer la que él escogiera; y por el estilo lo demás.

El pobre maestro de escuela se había puesto blanco. Hubiera deseado poder saltar sobre el cura y estrangularle, tal era la rabia que se tenía; pero ¿qué hacer? No había más que disimular y hacer lo posible por destruir el daño que en el pensamiento de la muchacha pudiera causarle la perspectiva de un rival aventajado. Trató de reanudar el hilo de su plática cortado de manera tan exabrupta, pero todos los esfuerzos que hizo para recobrar la atención de su interlocutora, fueron inútiles. Ya no le escuchaba; tenía la mente puesta en otra cosa.

En efecto, lo que el cura y su madre acababan de decir, la había impresionado favorablemente. Juanita recordaba haber visto varias veces á Pedro, un mocetón de fisonomía franca y simpática. El domingo an-

terior había pasado por la calle caracoleando un hermoso caballo ruano y aun tenía presente la expresiva mirada que le había lanzado al saludarla. ¿En qué estaría pensando que no había reparado en el amor de Pedro; sería acaso en el maestro de escuela? Al propio tiempo y por natural asociación de ideas, echó sobre éste una mirada escrutadora. Y aquel hombrecillo le pareció tan enjuto de carnes, tan feo y tan ridículo con su cabeza lacia llena de pomada, que estuvo en an tris de soltar la risa.

Mientras tanto el infeliz Procopio estaba sofocadísimo y sin hablar palabra.

—Supongo que aceptará U. ese buen marido—murmuró por fin con voz ahogada.

—Lo pensaré—contestó Juanita.

Esta respuesta dicha con sencillez y franqueza, le produjo el efecto de una puñalada. Cuando una mujer dice “lo pensaré,” en asuntos de amores, hay noventa y nueve probabilidades contra una de que luego dirá que sí.

Afortunadamente para el pobre dómine, concluyó en aquel momento el juego, por haberse quedado el cura con el dinerillo de todos. Doña Manuela, que cuando no ganaba se ponía de muy mal humor y se largaba en seguida, se levantó gruñendo y recogió su abrigo para marcharse en compañía de su marido. Cuando iba ya por la puerta oyó la voz guasona del jefe político, un militarote algo travieso, que le decía:

—Cuidadito con el cadejos doña Manuela; parece que se le ha visto por estos alrededores.

—Jesús, María y José—replicó aquella santiguándose;—qué cosas tiene U. don Luis. Pero no soy yo quien debe temerle á ese bicho ó lo que sea; pues sólo se le aparece á los tunantes como U. que van corriendo de noche por donde no debieran.

Una carcajada general acogió la respuesta de la vieja, porque ninguno de los presentes ignoraba las trapisondas del jefe político.

Luego que salió doña Manuela, siguió rodando la conversación sobre ese animal fantástico llamado el cadejos, que es una de las principales supersticiones del pueblo de Costa Rica.

Doña Ramona declaró que la gente juiciosa no debía creer en semejantes pamplinas, que sólo eran invenciones de chuscos de mal género para reirse á costillas de los tontos; pero el jefe político combatió esta opinión con mucho ardor. Para él no cabía la menor duda acerca de la existencia del cadejos. Un hermano suyo lo había visto en una noche muy oscura. Era un animal muy horrible; algo semejante á un macho cabrío en la cornamenta, pero de lanas negras y con unos cascos que resuenan en el suelo como si fuesen de acero.

Interpelado el cura, no se atrevió á pronunciarse en un sentido ó en otro. Tiene el diablo tantas maneras de perseguir á los hombres!

De esto se aprovechó Procopio para desgastar un poco la cólera que se tenía contra él, echándole una filípica sobre el poco ó ningún cuidado que se toman los sacerdotes en desvanecer estas ridículas supersticiones populares, siendo así que es de su deber hacerlo. El cura recibió impertérrito la granizada, di-

ciendo para sus adentros; “rabia que no te casarás con Juanita;” y el maestro de escuela, después de lanzar dos ó tres cuchufletas al jefe político, concluyó asegurando que aun que viese delante de sí al dichoso cadejos, creería que era una ilusión de los sentidos, porque la razón más elemental indica la imposibilidad de semejante patraña.

Dicho esto y satisfecho de la impresión que creía haber producido, se despidió y echó á andar con paso que á él se le figuraba doctoral y que sólo era presuntuoso y pedante. Mas nos habían pasado tres minutos desde su partida, cuando se le oyó chillar desafortunadamente y dos segundos después volver á escapar dando señales del mayor espanto.

—¡El cadejos!—gritaba temblando de pies á cabeza—¡el cadejos! ¡allí en media plaza!

A sus voces y aparición siguió un asombro general. Doña Ramona y Juanita emudecieron de espanto, y el cura no parecía tenerlas todas consigo. Pero el jefe político, que era hombre de pelo en pecho, echó mano de un farol y se lanzó á la calle. Pasado un momento de angustiosa expectación se le oyó reír á carcajadas y luego gritar:

—Vengan U. U. á ver lo que don Procopio el valiente, ha tomado por el cadejos—Y seguían las carcajadas sonoras y burloñas. Salieron por fin los demás, menos el maestro de escuela que se escurría, y hallaron al jefe político plantado delante de una infeliz cabra que lo miraba con ojos de asombro. La risa se hizo entonces general y siguió durante mucho rato á costillas del pobre Procopio, que se largó aquella misma noche para no volver nunca. Un mes después se casó Juanita con Pedro.

San José, Noviembre de 1890.

FERNANDO R. DE ÍZCAR.

Federico Volio.

En la mañana del ocho de los corrientes el cable nos comunicó una de esas noticias verdaderamente conmovedoras, que causan profunda impresión y que anonadan el espíritu más fuerte y más bien templado: la muerte de nuestro queridísimo amigo don Federico Volio.

Pálida sería cualquier frase con que quisiéramos expresar cuánto nos oprime en estos instantes la tristeza y el dolor. Tan sensible es la pérdida de amigos que, como Volio, reunen en sí el tesoro inapreciable de todas las virtudes sociales engrandecidas por la belleza del alma que les sirve de asiento, y calentadas por el fuego de un corazón generoso y levantado.

Mas para cumplir con el deber ineludible de amigos que supieron apreciarle en cuanto valía, pocas y sencillas palabras serán suficientes; que la existencia de los buenos no ocupa en la historia largas páginas, sino cortas líneas, en cada uno de cuyos perfiles semejantes á los que ostentan las estatuas griegas, se encierra el mas hermoso conjunto de corrección y armonía.

Distinguióse Volio desde muy joven por su inteligencia privilegiada y su decidida afición al estudio, que hicieron de él, más tar-

de, uno de los más aventajados estudiantes de derecho, á cuya ciencia dedicó su actividad intelectual, con éxito feliz.

Amaba los libros con pasión fervorosa que nunca se desmintió, llegando á preferir esos amigos desinteresados y exentos de doblez, á toda otra diversión y entretenimiento.

Tanta aplicación y excepcionales dotes, obtuvieron su merecida corona en los honores y distinciones que siempre alcanzó en sus estudios.

Ya al terminar su carrera de abogado, faltábale un año apenas, fue nombrado Secretario de la Legación de Costa Rica en Washington, cargo honrosísimo y delicado que él aceptó, y que le obligó á suspender sus estudios profesionales para dedicarse al servicio de su patria.

Pendiente entonces la cuestión de límites entre esta República y la de Nicaragua, que el Presidente de los Estados Unidos debía resolver como árbitro, aquella Legación prestó al país uno de los más importantes servicios. Volio trabajó en ella con afán y cúpole también su parte de gloria en la jornada.

Permaneció en Washington aun después de haber regresado á la patria sus compañeros, desempeñando el mismo distinguido puesto, y más tarde el de Encargado de Negocios de Costa Rica, y ausente de la familia y de cuanto le era querido, murió acaso pensando que los aires saludables de su país natal hubieran conservado su existencia que languidecía en apartados climas.

Mientras vivió en Costa Rica, Volio desempeñó importantes cargos públicos, entre ellos el de Agente Fiscal de esta Provincia y el de Subsecretario de Estado. Los que tuvieron la oportunidad de verle en esos puestos todavía recuerdan su actividad incansable, su porte siempre circunspecto y digno, su talento superior, su criterio claro y recto siempre, propio de la edad en que las pasiones no tuercen la mirada como las corrientes marinas la dirección de las naves. Y Volio estaba lejos de esa edad: todavía las brisas juveniles jugueteaban en su frente y enardecían su cerebro los ensueños primaverales de la vida.

Apenas hace un año que el amigo á quien lloramos perdió á su padre el Licenciado don Julián Volio, uno de los hombres públicos más notables de Costa Rica. Profunda herida abrió la pena en el corazón de aquel hijo modelo, y aun no estaba cicatrizada, cuando le sorprendió la muerte implacable. Las almas grandes parecen predestinadas para soportar el peso de inmensos infortunios, á los cuales se hacen superiores casi siempre, pero sucumben al cabo. Orugas que se cambian en mariposas, hombres que al caer en el sepulcro, se transfiguran en ángeles ó se convierten en estrellas.

Federico Volio nos ha abandonado para siempre. He ahí una tumba que se abrió para recibir en su seno esperanzas halagadoras y aspiraciones infinitas; todo un porvenir hermoso y brillante que ya empezaba á mostrar sus fulgentes rayos.

Y apenas queda ya del que fué amigo

sin tacha y modelo de hijos y de ciudadanos, de aquella inteligencia vigorosa y nada común, el recuerdo que llena el alma de tristeza y el dolor que lo tortura sin piedad.

¿Qué pudiéramos decir que mitigara el hondo pesar que aflige á la familia que hoy lamenta tan irreparable pérdida?

Los consuelos humanos llenan el corazón de gratitud; pero no alcanzan á quitarle la aguda saeta que lo desgarran.

Despidámonos del amigo querido, consagrémosle un recuerdo y continuemos el camino de la vida, procurando imitar sus virtudes para reunirnos después en el seno de la eternidad.

RAMÓN LORÍA IGLESIAS.

Noviembre 11 de 1890.

SEÑOR DIRECTOR DE

"COSTA RICA ILUSTRADA".

Empecemos hoy con una avería. El submarino *Peral* ha fracasado. En el Consejo de Ministros celebrado el 4 de los corrientes se acordó, á propuesta de la comisión técnica, invitar al señor Peral para que construya otro buque eléctrico submarino, de menores dimensiones que el primero, aprovechando el material adquirido para el *Peral*, y sometiendo los trabajos á la inspección de una junta facultativa. Aquí se duda de la realización del proyecto, después de los informes dados por dos importantes comisiones, que casi por unanimidad han dejado malparados al submarino y al constructor.

**

La salud pública en España continúa sin presentar caracteres alarmantes, pues la epidemia colérica sigue localizada en unas cuantas poblaciones sin que haya variado en cuatro meses su forma de propagación.

La Reina no ha regresado aún de San Sebastián; y quizá retrase todavía la vuelta por temor de que el Rey ó las infantas puedan ser víctimas de la viruela, que en esta población está causando algunos estragos.

**

Tenemos un nuevo partido político: el centro republicano. En España no hemos hallado todavía un partido de fortuna para gobernar, pero en cambio disfrutamos de la fortuna de los partidos. El novísimo está dirigido por el renombrado filósofo y ex-presidente de la República española don Nicolás Salmerón. El programa, expuesto por el jefe, el día 30 del mes pasado en Santander, contiene la siguiente declaración, que da carácter al grupo: "El centro republicano no acepta los procedimientos revolucionarios (doctrina de los posibilistas del señor Castelar); pero admite la revolución si el pueblo la produce (que es parte de la doctrina sustentada por los republicanos que siguen al señor Ruiz Zorrilla y al señor Pí). El nuevo eclético grupo vivirá, no porque sea necesario en la vida política actual, sino por la elocuencia de

sus directores, personas todas de gran prestigio, y por nuestras costumbres públicas, que permiten la existencia de grupitos y fracciones políticas, incomprensibles en otros países.

**

La *Gaceta* del 29 último ha publicado un real decreto autorizando al Ministro de Ultramar para que emita 1.750,000 billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, para lo cual estaba autorizado el Gobierno por la ley de 18 de Junio del corriente año. Los billetes serán de 500 pesetas cada uno, y tendrán el 5 por 100 de interés anual; y en la misma *Gaceta* apareció otro real decreto por el cual se abre una suscripción pública para negociar 340,000 de los referidos billetes, que importan 17.000,000 de pesetas.

El Ministro de Ultramar, señor Fabié, ha llevado á cabo, por tanto, la conversión de la Deuda de Cuba, á pesar de la rudísima oposición que á última hora le han hecho algunos periódicos importantes de esta población.

**

El General Azcárraga, Ministro de la Guerra y hombre ilustrado y laborioso, piensa establecer en España el servicio militar obligatorio. Aunque por las bases del proyecto de ley no se llega al planteamiento definitivo de dicho servicio, se conseguirá la instrucción militar para todos los ciudadanos españoles sin aumentar el presupuesto de Guerra.

El señor Azcárraga ha dado otras disposiciones que han sido bien recibidas por el Ejército: una de ellas es la supresión de primeros Tenientes en el arma de infantería: las cantidades por este concepto economizadas, se destinan á gratificaciones para los demás oficiales subalternos, cuya situación era poco desahogada.

**

La agitación en Portugal contra Inglaterra ha terminado por ahora. El señor Silva Ferrao, ó como aquí hemos dado en llamarle, el señor Martens Ferrao, que representaba á la nación portuguesa en el Vaticano, ha recibido el encargo de formar Ministerio. Dicho señor pasó por Madrid el 28 del mes último y aunque sólo permaneció en esta capital tres horas, tuve ocasión de verle. Es hombre de avanzada edad, aspecto venerable, grandes merecimientos y estaba retirado de la política activa hace veinte años.

Espérase que restablezca la tranquilidad en el vecino Reino y que evite nuevos disturbios. Estos son sus propósitos, y para realizarlos no le faltan elementos (según dice), por más que los republicanos, que han de hacerle oposición, recuerdan que Ferrao pretendió en un tiempo que las corporaciones administrativas no tuviesen el derecho de petición. Hasta la fecha la crisis portuguesa está sin resolver y el gabinete de conciliación sin formar.

**

Anteayer se inauguró en Zaragoza, bajo la presidencia del Arzobispo cardenal Benavides, el segundo Congreso católico nacional.

Se esperan con interés los discursos relativos á la cuestión social (que no sin razón preocupa extraordinariamente á los estadistas europeos), pues en España puede ser facilitada por la Iglesia católica la solución del problema.

Hace algún tiempo que varios notables literatos españoles se han dedicado á la traducción esmerada de las principales producciones extranjeras. El señor Giner de los Ríos (D. H.) ha llevado á cabo la de *Sor Filomena*, preciosa novela de los Goncourt; la casa de Juberá ha editado *Nuestro corazón*, del popular novelista francés Guy de Maupassant; y el correcto escritor señor Sánchez Pérez acaba de publicar *Combates y aventuras*, segunda parte de *La novela de un maestro*, obra del delicadísimo artista italiano, Edmundo de Amicis.

El eminente crítico don Federico Balart ha vuelto, para regocijo del buen gusto, á sus trabajos literarios, después de larguísima interrupción; y ha escrito un notable estudio sobre la *Poética* (reimpresa) de nuestro genial poeta Campoamor. También *Clarín*, otro de nuestros críticos más sobresalientes, ha publicado un folleto (Museum) sobre dicha obra y en él trata además de *Insolación y Morriña*, penúltimas novelas de nuestra primera escritora contemporánea, doña Emilia Pardo Bazán.

La temporada dramática ha dado principio. En el último año cómico se estrenaron, sólo en Madrid, 164 obras, de las cuales fueron aplaudidas ¡106! Sin embargo, muy pocas de éstas merecen el nombre de obras literarias. Veremos si en la presente temporada los autores dramáticos (que pasan de 100) y los compositores de música (que casi llegan á cincuenta) logran producir algo que detenga la visible decadencia de nuestro teatro.

Alfonso Karr ha muerto. Las obras, las frases célebres y hasta las costumbres del que fué en un tiempo popularísimo novelista francés, son conocidas en todo el mundo. El picante autor de *Les Guèpes* había muerto en realidad antes de fallecer, pues hacía bastantes años que vivía la muerte del olvido cultivando y vendiendo flores en su jardín de Huit Clos.

La Alhambra de Granada, la gran joya de la arquitectura árabe, ha estado á punto de desaparecer incendiada; mas pudo ser atajado el fuego sin desastres considerables, gracias al arrojado de los granadinos y aun de las granadinas, pues no faltaron distinguidas señoritas que ayudaron al acarreo del agua para rescatar del voraz elemento la hermosísima é incomparable obra de arte.

LABÁN.

Madrid, 8 de Octubre de 1890.

UNA NOTA DEL AMOR UNIVERSAL.

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

POR qué lloras? vibró una voz amable y dulcemente melancólica que pasaba entre las ramas, que temblaban sobrecogidas de misterioso respeto.

La voz no emergía de la garganta musical de una mujer joven y adorable, revelaba al mancebo enamorado y pensativo; era como un sollozo que acompaña á otro sollozo, el gemido del ave que acaricia con su ala sedosa el plumón de su amada compañera. Era la música del idilio universal, el corazón en los labios, vibrando como un arpa que llora y se estremese. ¡Felicidad!

Era en la tarde. Acababa la lluvia de cesar: las nubes negras que rodaban en el cielo habían huido, los colores del arco se iban desvaneciendo como el sueño hermoso de la juventud, el espacio estaba poniéndose muy azul, con ese azul crepuscular de los cielos tropicales, azul que enamora y que ilusiona cuando solitarios lo miramos desde las alturas verdes, ó debajo de los árboles que nos dan su sombra; blancas, muy blancas eran las nubecillas que se aglomeraban en el horizonte y besaban las cumbres y los volcanes encendidos; el rostro del cielo, momentos antes severo y terrible, comenzaba á sonreír. La sonrisa del cielo ¡qué grata es! Y la fuente mentía con su murmullo las notas apacibles del canto llano, y en el cristal de sus aguas brillaban los colores vivos de los peces y flotaban los pétalos de las flores que la lluvia había deshojado; las avecitas alegres esponjaban sus plumas y hacían caer de los árboles una lluvia de perlas cristalinas; la luz solar descomponía sus rayos en las hojas húmedas y en las gotas guardadas en las corolas y en los cálices, gotas que parecían las lágrimas suspendidas en las pestañas de los grandes ojos negros de una hermosa que llora. Era la huella del estremecimiento del beso que hace sollozar, y que la tierra acababa de sentir, quedando sumida en el letargo misterioso que sigue al placer, en la contemplación apacible que deja el éxtasis del amor. La copa que embriaga trae con el ardor la tibieza que hace pensar y sentir. ¡Felicidad!

¿Quién había pronunciado esa frase cariñosa y tierna, que quería ocultar su sufrimiento rebelde?

Pobrecitos!

Las ramas dejaban un claro que permitía ver allí cerca una bella casita, aseada y diminuta como un nido; las gradas de la puerta del jardín se sumergían en la honda cristalina de la fuente. Allí, en esas gradas que cubrían á trechos las violetas y el musgo, estaba el sublime cuadro.

Graciela era la bella: Eduardo era él: seguramente se amaban. Sí, se amaban. ¿por qué nó? Amor los tenía trémulos y llorosos. Más bellos estaban así, con su pasión, con su timidez y con su llanto.

Sentada estaba la bella, la hermosa cabeza apoyada en la mano terminada en dedos puntiagudos y mórbidos, suaves como piel de

armiño, las uñas leves, transparentes y rosadas como pétalos de centifolia. Sobre los hombros redondos, el cuello blanco y aterciopelado; el rostro radiante donde brillaban dos grandes ojos, los iris negros como el abismo, los párpados un tanto gruesos, quizá por el insomnio ó por el llanto y rodeados de una débil sombra azulada, las pestañas como nimbos negros amenguaban la luz radiosa de las pupilas, la nariz modelada por el cincel de Fidias, la boca roja y deliciosa, provocando el beso, sobre la frente los risos en desorden y echada sobre los hombros la cabellera de ébano para aquel rostro de nieve que el carmín tenía de vida.

Sobre las mejillas rodaban dos lágrimas, y las pupilas estaban fijas en el agua que corría á sus pies.

Él, un muchacho endiablado allá en el colegio, tenía su hermoso rostro rojo por el sol y la fatiga; había venido á ver á su amada desde su quinta. Estaba de pie al lado de Graciela, la blusa y el pantalón, las botas y la cachucha mojadas por la lluvia, y su semblante decía que amaba, pero que amaba con amor puro y grande.

—¿Por qué lloras? ¿que no sabes cuanto te amo?

—Sí, bien lo sé, Eduardo mío; porque lo sé lloro. Sé también que pronto te irás á la ciudad y que no vendrás sino dentro de un año, en las otras vacaciones, y que me voy á morir antes que vuelvas á mi lado, que ya no te veré más.

—Es cierto, amada mía, es cierto; y yo también me voy á morir. Mi padre me manda partir mañana; yo quería ocultartelo; pero dime tú ¿me iré?

—Oh sí, aunque yo muera: tú debes obedecer.

—No, amada de mi alma, yo iré á pedirle de rodillas que no me lo vuelva á ordenar y que me permita casarme contigo, pronto, pronto.

Ah!..... casarnos..... calla, no digas casarnos. Eso es una dicha tan grande que no se ha hecho para mí: si yo debo sufrir! Calla, Eduardo, calla. Ve tú á obedecer y dejame para llorar.

La pobre niña enamorada decía esas palabras abatida por el dolor y las violetas recogían las gotas ardientes que sus ojos derramaban. Inclino la cabeza angustiada y sintió en sus cabellos posarse los labios trémulos de su amado, que estamparon un beso, beso de infinita adoración. Cerró los ojos, tímida como la sensitiva, y cuando los abrió, el amado hacía atravesado el arroyo, y en la opuesta orilla le decía:

—Mañana, niña mía, mañana.

Pocos días después la casita aquella estaba en florada, los pajaritos ponían alegres su canto sobre las ramas, el jardín olía á placer ¿qué fiesta era esa, después de aquel sufrir?

Un anciano, el buen abuelo, la callera blanca y lustrosa, el rostro venerable y los ojos sin brillo, salió apoyándose en su bastón. Detrás iba una pareja feliz, los rostros radiantes y los azahares sobre la frente casta de la niña.

—¿Me amas?

—Te amo.

—¿Me adoras?

—Te adoro.

—Je! Je! loquillos! á volar, á volar!—

Y después de bendecirlos, el viejo lloraba y los veía perderse en el bosque, amantes y orgullosos; iban en busca de su nido.

Graciela y Eduardo.

El hogar: poema: dos palomas que se besan; el polen que vuela sobre los pistilos y los cálices. Idilio universal.

Las flores que brotan del tallo.

¡Felicidad!

RUBÉN RIVERA.

Vida moderna.

CANTARES.

A DOÑA ELISA MENDOZA TENORIO.

NO me refiero ni á los eruditos coleccionados por el archipreste de Hita, cuyo lenguaje en fabla, si los hace clásicos, no los hace populares, ni el auto sacramental de Lope de Vega, *De los cantares*, en el que, autorizado por la moda de semejante literatura, Cristo embozados representa con la *Envidia* la *Gracia* y la *Alegría*, varias escenas, ni al *Libro de los Cantares* de Salomón, donde “debajo de amorosos requiebros explica el señor la encarnación de Cristo y el grande amor que siempre tuvo á su Iglesia, con otros misterios de gran misterio y de gran peso,” ni á los *couplets* célebres de Rousseau, ni á los cantares de Gesta, sino á esos poemas microscópicos que lanza el hombre á las regiones azules cuando, palpitante de gozo, nos hace saber sus alegrías, ó, triste y abatido, nos cuenta sus aficciones, y en particular cuando el amor se ha apoderado hasta de las fibras más recónditas de su corazón y publica sus celos, ensalza á su amada, canta desengaños ó pregonas favores; á esos pedazos del alma de Juan del Pueblo, que unas veces se traducen en picantes *seguidillas*, otras en patrióticas *jotas* aragonesas, impregnadas de amor á la Virgen y lamentos de franceses, ora en dulcísima *muñeira* perfumada con los vapores del Lérez y el Miño, ora en desgarrados y arabescos *juguettillos* ó *soleares*.

Los cantares son la historia de aquellos que los escriben, dice uno que oí no ha mucho tiempo: y cuando así lo confiesan ellos mismos, no hay más remedio que creerlo. El pueblo siente, y siente hondo; por eso sus cantares son siempre tristes; el pueblo se enamora, comprende la belleza sin estudiar tratados de estética; siente esperanzas, mira sonrosados horizontes; por eso sus coplas casi todas son amatorias. Se entrega confiadamente en brazos del sentimiento, y por eso acepta como su cantor al que mejor sabe interpretarle, y tiene cariño fraternal á las coplas del *tío Antón* el de los cantares, el que fué recluso volunta-

rio entre los esplendores de Vizcaya y entre los cerezos y guindos que festonean la casita, blanca como una paloma, donde Trueba vivió y murió.

Todas las fisiologías de los temperamentos que ingleses y alemanes han podido publicar, no dicen tanto seguramente, ni con tal brevedad y donosura, como lo que el poeta anónimo estampó en el cantar que dice:

Si no me quieres, me mato,

dicen unos ojos negros;

y dicen unos azules:

si no me quieres, me muero.

Se trata, como se ve, de una historia de amores, de un mundo de sentimientos, de establecer una línea separadora de los impulsos distintos que una misma causa produce en temperamentos opuestos; de la pasión de una mujer de ojos negros, que seguramente habrá nacido donde todavía se reflejan los rayos del sol africano, y se adornará con claveles rojos y amarillos, y de la dulce resignación, rayana con la melancolía de una niña rubia como las espigas, pálida como las nieblas, tierna y delicada como las baladas que entonaba la musa popular que nace en las ondas del Rhin.

Nunca el hombre canta mejor que cuando está triste: el amor y el desengaño en cualquiera de sus formas, producen esta tristeza; cuanto más se ama, más se padece, y cuanto más se padece, más se canta. Suele suceder, y á menudo, que careciendo de una gran resignación aumentamos nuestros dolores é incurrimos en hiperbólicas frases, como si fuera la cosa más natural del mundo, y todo él tuviera obligación de creerlo así. De estas hipérboles han nacido los cantares más delicados del “Folk-Lore” andaluz, el cual contiene inmensos tesoros de belleza, entre los que figuran principalmente las seguidillas gitanas.

Lágrimas del pueblo gitano las llama un distinguido coleccionador de *cantos* y en verdad que cuantas éste logró reunir, tienen un sello especial de sentimiento, que no puede disputarle ningún otro cantar.

He aquí una *lágrima*:

Ar campito solo

me voy á llorar:

como tengo yena é penas el arma,

busco soleá,

que no hace ni más ni menos que ensalzar la soledad de los campos, tan pregonada por escritores y poetas en muchas más palabras y bastante menos belleza, cuando nuestra alma no se satisface con las relaciones de sociedad y busca en la tranquilidad de las verdes campiñas, y azules cielos, y ambientes perfumados, y aires transparentes y puros, la única compañía que corresponde en nuestro estado de ánimo y se doblega á nuestros gustos y nos consuela con su misterioso rumor.

Las metáforas juegan también un lucido papel en los cantos populares, y en este sentido tienen que tomarse para que se pueda apreciar la gracia de muchos de ellos.

Los diminutivos, por la extraña ley de los contrastes, aumentan la belleza de las coplas del pueblo; así es que es difícil tropezar con algunos que no contengan en cada uno de sus versos uno ó más de aquellos.

Quisiera yo por horitas
ser nasío é las yerbas,
porque ojitos que no ven
corasonsito no quiebran

los cuales diminutivos son los elementos delicados de la copla, cuyo origen parece haber sido el refrán que asegura que *ojos que no ven, corazón que no siente*.

De los autores de cantares, ninguno como el célebre Silverio Franconetti, de Sevilla, cuyo ingenio y fecundidad le han proporcionado una fama que en vano quieren disputarle algunos autores que, anhelando pasar por populares, fabrican sus cantares entre los tapizados muebles de su despacho acurrucados al lado de la chimenea, y sin estudiar los motivos que la gente baja quiere poner en verso para dar expansión á sus efectos, comunicar sus impresiones y pregonar los sentimientos que embargan su alma.

Si larga es la lista de autores que en revistas, libros y diarios han firmado cantares, no lo es menos la de los que, sin tantas pretensiones y sintiendo más, han proporcionado rico arsenal de coplas á los que con ellas se consideran felices. Por lo general, los notables cantadores de flamenco han sido autores fecundísimos, y muchas veces inimitables. *El Fillo* ha sido el cantador que ha alcanzado entre todos mayor fama, así como al *Tío Luis el de la Juliana* se le tiene por el más antiguo de todos los del oficio, pues ya en el siglo pasado hacía las delicias de los habitantes del Jerez de la Frontera. *El Fillo* para el *cante* constituyó una época, á la que tuvieron la honra de pertenecer el *Proita*, cantador por *tonás*; Juan de Dios, de la isla de San Fernando; el *Planeta*, de Cádiz; el *Tío Frasco la mica*, y otras notabilidades por el estilo.

Un distinguido literato de Cádiz, que se firma con el pseudónimo de *Cristián*, ha hecho estudios verdaderamente notables sobre los cantares del pueblo.

Este busca, por lo general, para confundir sus sollozos con sus trinos, las puertas de la morada de la novia, y la dice:

Que yo te quería á ti
lo adivinaban los necios,
y lo decían los mudos,
y lo veían los ciegos,

ó las lindes del camino que les ha de separar. por mucho tiempo tal vez, de las casitas donde pasó su juventud; ya sobre la húmeda tierra de los cementerios, para decir:

¡Se murió la mare mía!

¡Aonde gorberé á encontrá
mare como la perdía?

ó tras de los hierros de un presidio, para declarar que

Con ducas m'acuesto,
con más m'alebanto,
¡cómo consiente un Dibé der sielo
que yo pene tanto!

Los cantos populares han dado origen á la guitarra y á las castañuelas, y entre sus dulces acordes y sus alegres repiqueteos, han subido al ciclo infinitos lamentos, quejas amorosas, sollozos de despedida, requiebros, insultos, promesas y cuanto la imaginación ardiente del pueblo sueña y adorna con la forma del lenguaje de los dioses.

Hoy los cantares se han aristocratizado, y en los salones más distinguidos y elegantes alternan dignamente con las arias italianas y las sublimidades que nos importan los admiradores de la escuela de Wagner.

C. OSSORIO GALLARDO.

TIP. NACIONAL.

65

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 1^a

NUM. 15.

San José, 1 de Diciembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

AGUA FUERTE

LOS MUSICOS AMBULANTES

ANOCHECE cada vez más.

Las luces de la ciudad todavía no se han encendido. En el medio de la calle hay una opacidad clara que proviene de la refulgencia crepuscular del cielo; pero en los aleros de las casas, la sombra se agolpa, y la pared tiene diversos tonos, arriba sombría; al medio toques de luz; abajo oscuridad tamizada. En esa penumbra de las aceras, veis pasar, adelante, un hombre, que parece un agente de policía, merced á una cosa que lleva en la diestra, y que es una flauta; luego, un fantasma de lineamientos monstruosos, y que es el arpista, con su arpa enfundada á cuestras; atrás un tercer personaje que lleva colgando, al extremo del brazo, algo como si fuese el ataud de un niño, y que es una caja de violín. Se les mira. Los tres, al caminar vuelven la cabeza, en ademán investigador, hacia adentro, al llegar á las puertas de las casas.

Al verles úno se imagina las aguas fuertes de Alberto Durero.

F. Gavidia.

San José C. R.—1890

SUMARIO.

AGUA FUERTE, por Francisco Gavidia.—
ALFONSO KARR, por G. L.—A. E.... por
J.—CIENCIA Y CLASICISMO, por F. F. No-
riega.—A NICARAGUA, por Juan Fermín
Aycinena.—UN MES EN ANDALUCIA, por
José F. Peralta.—ANHELO, por Ernesto
Schroeder.—PAJINAS INTIMAS, por Ruben
Rivera.—EL AVILA, por N. Bolet Peraza.
Grabados.—ALFONSO KARR.

ALFONSO KARR.

LOS buenos se van! Esta ex-
clamación nos la arranca la parca
cuando elige á uno de nuestros predi-
lectos. Alfonso Karr, es uno de los
más genuinos representantes de la no-
vela en la literatura francesa. Cuan-
do en su apogeo él y Balzac plantea-
ron la novela psicológica, ni tuvieron
rivales ni nadie en lo moderno los ha
superado, ni siquiera igualado en el
género.

Nació Karr á principios del si-
glo, en 1,808; y la electricidad, para
que llegue mas presto, nos trae la do-
lorosa nueva de su muerte. El anciano es-
critor que al verdor de su espíritu unía el



ALFONSO KARR.

vigor del cuerpo quiso desde su jardín con-
templar una magnífica puesta de sol y en su

incansable afición de artista que sien-
te lo bello no se alejó del sitio hasta
que sepultado el astro-rey tras el
paisaje de marina que contempla-
ba, quedó la tierra en penumbra.
Un rápido enfriamiento por tal su-
ceso, prodújole la fluxión de pecho
que le ha conducido á la tumba. Des-
cansa en paz el ilustre escritor.

Fué en sus mocedades un nota-
ble periodista, debiéndole *Le Figaro*,
la gran reputación que alcanzó en los
paímeros tiempos del segundo Impe-
rio y que aún conserva, si bien á
trueque de algunos escándalos.

Son célebres en los anales del perio-
dismo francés las campañas sosteni-
das por Alfonso Karr. Luego de le-
vantado el periódico por el esfuerzo
de su pluma, no se sabe debido á qué
decepción periodística, abandonó la
redacción; siendo tanta su dignidad
literaria que no quiso figurar en nin-
gún periódico imperialista, no obstan-
te tentadoras ofertas.

Desde 1,861 fijó su residencia en
Niza. Allí lo sorprendió la muerte
ante la contemplación de la naturale-
za de que era tan amante. El mun-
do de las letras le llora como uno de
esos *hommes d'esprit* que se había formado
una sólida reputación. Esta le sobrevivirá.

G. L.

Ciencia y Clasicismo.

2º Artículo.

I.

Dijimos al final de nuestro primer artícu-
lo que de ningún modo nos revelamos contra
la enseñanza de la literatura, siempre que
ella no revista el carácter clásico que general-
mente se le da, y en esto parece que estamos
muy de acuerdo con el señor Gavidia, más
aun cuando dice que debe enseñarse una lite-
ratura moderna, aunque después agrega que
"Goethe, Shiller, Víctor Hugo, Castelar,
Byron, Edmundo D'micis salvarán las ideas
de la época y el estilo moderno."

En los Colegios de segunda enseñanza
debería establecerse una cátedra de literatura
en la que se empiece por estudiar los escri-
tores del siglo de oro de nuestra lengua, y des-
pués á los modernos como Quintana, Espron-
ceda, Manuel de la Revilla, Pérez Galdós,
Emilia Pardo Bazan, Núñez de Arce, Pere-
da y otros que como Becquer y Barturra
aunque produjeron poco, escalaron las altu-
ras del genio y se distinguieron, especialmen-
te el último, por la originalidad y vuelo de
sus concepciones, que dan ancho y fecundo
campo al estudio. En ellos vemos represen-
tados los diferentes gustos y aun las escue-
las modernas que se disputan el cetro en el
arte literario, con la ventaja de estudiarlas
en el idioma nativo, que nada tiene que en-
vidiar á las literaturas extranjeras que pue-
den conocerse después; creemos aquella edu-
cación literaria suficiente para todos, y base
firme y segura para los que se hayan de de-
dicar á estudios literarios más vastos, porque
si ha sido ordenada y concienzuda, la juzga-
mos ajena á la forma clásica primitiva, á lo

que se agrega que en ella no tienen ya predo-
minio las influencias del romanticismo que,
si bien ha tenido su razón de ser como forma
que ha dado libertad al arte, sacándolo de los
estrechos y poco generosos moldes del clasi-
cismo, ha presentado durante su ya espirante
pero absoluto dominio, el certamen de las
más monstruosas extravagancias que jamás
hayan tenido las letras; y que, por último
aquella educación literaria, que podemos lla-
mar ecléctica y de la cual hemos sido parti-
darios, liberalmente dirigida, dará un criterio
juicioso y desapasionado para comprender
y profesar los principios del verdadero natu-
ralismo, que seguramente será la definitiva
forma literaria; porque actualmente lidia
combates cada uno de los cuales es un triun-
fo, que le darán en no lejanos tiempos el pre-
dominio en los serenos campos del arte.

Y no es como se asegura que los planes
científicos quieren "matar las letras," es que
el mundo marcha, y todo lo que no siga la
invisible pero demoledora corriente del siglo,
ó se queda bajo los escombros del camino ó
será el ludibrio de lo nuevo, de lo verdadero y
de lo bello. Ahí tenemos nada menos las re-
ligiones que no ceden á las inflexibles leyes
del progreso, como ya no merecen ni siquiera
los ataques directos del libre pensamiento,
porque van insensible pero fatalmente al más
profundo de los abismos; el del desprecio.

Pero dejemos la cuestión literaria, para
tratar la que primeramente nos ha traído á
las columnas de este periódico; la defensa de
la ciencia, como medio y como fin en la edu-
cación de los pueblos.

II.

Las teorías pedagógicas modernas si-
guen en sus fecundas labores los dictados de
la naturaleza, y según ésta, Pestalozzi y Tre-

bel aconsejan como enseñanza preparatoria,
es decir, como una enseñanza que se ponga á
manera de puente entre la vida apacible é
nactiva del hogar y la laboriosa y agitada de
la escuela, las *lecciones de cosas* en las que del
conocimiento intuitivo de los objetos que ro-
dean al niño, se pasa á sus cualidades más
tangibles, á sus relaciones y á sus diferencias,
no como un fin en la educación, sino como
un medio para desarrollar sus facultades, to-
do lo cual obedece á un plan enteramente
científico, esto es, un plan por el cual se llega
al conocimiento de las cosas *por medios cier-
tos y seguros*. Del conocimiento empírico y
aparentemente superficial de esos objetos se
pasa insensiblemente al de su constitución
más íntima, y de ahí á las leyes que rigen la
materia, ó sea á la ciencia. Esta es sin du-
da la mejor gimnástica para el entendimien-
to, "porque sin el conocimiento pleno de las
propiedades tangibles de los objetos, nuestras
concepciones tienen que ser falsas, nuestras
deducciones erróneas y nuestras operaciones
mentales estériles." (*)

En la introducción á una obra que pron-
to verá la luz pública, decimos: "No hemos
vacilado en elegir para estas lecciones (*de co-
sas*), las nociones de física, química é histo-
ria natural que más se adaptan por su fin
práctico y por su sencillez á la clase de ense-
ñanza de que tratamos, ateniéndonos á lo que
á este respecto dice un eminente pensador
moderno: La ciencia tiene capital valor para
la disciplina del hombre, lo mismo que para
su dirección. Bajo todos los puntos de vista
es preferible aprender el sentido de las cosas,
á *conocer el sentido de las palabras*. Como
educación *intelectual, moral y religiosa*, el es-
tudio de los fenómenos que nos rodean es
inmensamente superior al estudio de las gra-
máticas y tratados lexicológicos."

(*) Spencer. *De la educación*.

El espíritu humano en el proceso de su evolución, va siempre de lo concreto á lo abstracto, y nada más adaptable para seguir las leyes que fija la naturaleza durante esa evolución, como la enseñanza de las ciencias, y por eso estamos muy de acuerdo con el señor Gavidia en que la enseñanza de la gramática como hasta hoy se ha dado en las escuelas y colegios, es á todas luces antipedagógica. Por consiguiente no es un método científico el que ha guiado hasta hoy esa enseñanza, sino la rutina antigua que, como se comprende, está siempre en pugna con la ciencia y con todos los métodos que ella emplea.

Las relaciones que la ciencia presenta al espíritu, son relaciones de causalidad, que nunca son aceptadas bajo la fe del maestro porque el discípulo puede comprobarlas por sí solo y convencerse de ella, y de ahí la independencia que dan al juicio, que es uno de los más preciosos elementos del carácter como muy bien lo dice el autor antes citado.

Ella da además de la abnegación que poseen en tan alto grado los que se dedican á su estudio, un espíritu justiciero y recto porque es menester llevar á ella con el convencimiento de la necesidad de un trabajo paciente, un humilde y serio asentimiento á todo lo que la naturaleza nos revele. La primera condición para el buen éxito consiste en la leal voluntad de aceptar la verdad, *abandonando toda idea preconcebida por mucho cariño que nos inspire* y que resulte estar en contradicción con ella. "Creedme, se verifican nobles y numerosos actos de abnegación y sacrificio, á espaldas del mundo, en el corazón de un verdadero adepto de la ciencia, cuando prosigue en el secreto de su laboratorio el curso de sus experiencias" (*)

Si la ciencia tiene frecuentes conflictos con las religiones especulativas, de ella no es la culpa, porque no las busca, pero tampoco las evade, una vez que ellos aparecen en el proceso de sus investigaciones para los cuales emplea métodos ciertos y seguros, fundados en la experiencia y con los cuales ha llegado á fijar la edad de la tierra, á contradecir el mito mosaico comprobando el verdadero génesis de la humanidad, á demostrar la inmortalidad de la materia y de las fuerzas que la rigen; y eso que "Las armonías terrestres no son sino cadencias de la música de las esferas," que en gamas de la más perfecta armonía escribieron Copérnico; Galileo, Kepler y Newtown.

Que la ciencia conduce al materialismo. Fácilmente podríamos comprobar que nada hay más eminentemente religioso que la ciencia, cuando por medio de sus investigaciones conduce el espíritu á la contemplación de la primera causa, tanto más cuanto ella nunca ha osado penetrar en los dominios de lo desconocido, pero si en sus labores sale triunfante el materialismo, qué hacer? Fuera temores. "La verdad no es desconsoladora y la ciencia devuelve más de lo que destruye y arrebatada. En lugar de tendencias egoístas pone la simpatía animando, excitando el sentimiento de la justicia y del amor del prójimo en vez de restringirlos, dándoles una base más pura y más elevada que la fe ciega. (*)

(*) Gyndall. Conferencias.

Era la tierra aún inmensa llanura de granito sin que en su superficie palpitará ningún ser viviente, cuando un día apareció el sol. Iris, la mensajera de los dioses que pasaba en este momento, apostrofó al sol:

—Por qué te afanas brillando? No hay ojos que te observen, ni estatua de Memnon que suene.

—Porque soy el sol y brillo porque soy; que me miren los que pueden, contestó. (*) (*)

Para nosotros el sol es la ciencia, que brilla y brillará porque es.

Noviembre de 1890.

F. F. NORIEGA.

A NICARAGUA

Con motivo de la apertura del
CANAL INTEROCEANICO.

—O—

ONDINA de los lagos, te saludo!
Perla gentil, espléndida y graciosa
De la diadema de mi patria hermosa,
Cesó el combate rudo
De la pasión bastarda, que en otros días,
A la lucha atroz, sin término lanzados,
Desgarrando tu seno,
Ay! á tus hijos con horror veías!
Su manto azul desenvolvió sereno,
Teñido en luz tu espléndido horizonte:
Brilló la Libertad, fúlgida estrella,
Corona de tu frente pura y bella.

Ya la justicia santa y el derecho,
Soberanos del mundo de las almas,
Bajo el dosel de tus frondosas palmas
Sus sillas de oro alzaron,
De trofeos ornadas y pendones;
No sobre sangre y lágrimas y escoria,
Donde erigen su trono los tiranos,
Sino en los esforzados corazones
Que aliento inflama de grandeza y gloria,
De tus libres y egregios ciudadanos.

En noble emulación, alta la frente
Que acaricia el saber con blando beso,
Tus hijos van en apretadas filas
La hermosa senda hollando del Progreso,
Cuaí barquillas que bogan dulcemente
En las diáfanas ondas y tranquilas
Del pintoresco lago
Que aduerme de la brisa el suave halago

De Washington así la patria excelsa,
Como el águila, emblema de su escudo,
Las alas tiende en atrevido vuelo,
Cruza el espacio y se remonta al cielo.
¿Qué es para ella el lívido y sañudo
Espectro de implacable tiranía?
Nada su empuje vigoroso espanta!
Las hórridas cadenas
Para siempre rompió... y ufana y libre
Del yugo que su frente deprimía,
Aunque tronando la centella vibre,
Sobre las tempestades se levanta
A las regiones altas y serenas
Do eterno luce y nunca muere el día,
Como se alza en las nubes magestuosa,
Del negro caos la luna esplendorosa.

¡Oh Nicaragua bella!
Del cielo de mi Patria clara estrella!
De orgullo henchido te contempla el Ande,
Culto de amor en el sagrado templo
Rendir á la alma Paz, y el noble ejemplo

(*) Büchner. *Ciencia y naturaleza*.

(*) (*) Anécdota de Shopenhauer, citada por Büchner.

Fiel imitar de la Nación más grande
Más próspera y feliz, más opulenta
Que ufano el mundo de Colón ostenta.

La ley que sólo á la razón tributo
Paga de honor cuando es hechura y fruto
Del voto popular—no falseado
Por la cábala vil, ni encadenado
Al carro asolador del despotismo,—
Cual árbitra y señora
El cetro soberano
Empuña de oro en tu fecundo suelo,
La espada en los combates vencedora,
No amaga al indefenso ciudadano
Como rayo en la diestra del tirano;
Es de la ley sumisa guardadora,
Que si honra de la patria es el guerrero
Que á costa de su sangre y de su vida
Los patrios fueros con valor defiende,
La ultraja parricida
Sayón cobarde, que por vil dinero
Al opresor de la virtud se vende.

Asilo encuentran bajo el manto augusto
De tu suprema ley los sacros fueros
Del honor, de la vida y la conciencia:
Cuánto es digno del hombre, cuánto es justo!...
Y, oh! cual tus hijos, hábiles obreros
Que en los campos del arte y de la ciencia
Triunfos sin fin alcanzan
Y cada día más y más avanzan,
La sien ornada de laurel y flores,
Marchan en son de atletas vencedores!

No como Sila y Mario el Capitolio,
El soberano solio
Do imperan el derecho y la justicia,
Asaltarán jamás irreverentes
La sórdida codicia,
La vil doblez ni la ambición hinchada,
Que de la patria el palpitante seno
Destrozan como tierra conquistada,
Traidor coral, de tornasol teñido,
En balde arroja el pus de su veneno
La lisonja arrastrándose: alto muro,
Más que de bronce impenetrable, encuentra
En el pecho del juez íntegro y puro.

Del pacífico mar cuando las olas
Con las olas del Atlante se confundan
En tus lípidos lagos,
Y las naves recorran su camino,
De las ínclitas playas españolas
Al mar que baña al industrioso Chino,
Cual soñaba Colón... y el Europeo
Tienda fácil por ti su amiga mano
Al de la Australia habitador lejano...
Allá, desde ultratumba
De gozo estremecidos los mayores,
Al son de misteriosa melodía,
Saludarán el bienhadado día
Y entorarán dulcísimos loores,
Bendiciendo en sus hijos la alta empresa
De titánico aliento—digna hazaña
De los antiguos héroes de España—
Que tanto ellos ansiaron,
Y por lograrla tanto se afanaron!

Grande entonces tu nombre, Nicaragua
Del un confin al otro de los mares,
Desde do muere el sol hasta la aurora
Lo anunciará la fama voladora,
Del errabundo nauta en los cantares.
Grande será tu nombre: las Naciones
Admirarán la espléndida hermosura
De tu frente de virgen y los dones
Con que plugo al Criador, á manos llenas,
Enriquecer el monte y la llanura
De tu suelo feraz... El gran desierto
De selvático lujo engalanado,
Por la planta del hombre aun no trillado,
Tal vez mañana se verá cubierto
De ciudades y pueblos donde el arte
La industria y el comercio se entronicen
Y al orbe con sus triunfos electricen!...
Oh, quién pudiera entonces contemplarte!

Ya tus lagos bellísimos figuro,
Que tu cielo reflejan limpio y puro,
Surcados por innumerables vapores
Ostentando oriflomas de colores:
Escuchar creo el estridente ruido

De las soberbias máquinas nadantes
Como salvadas de honor con que saludan
La victoria del hombre, enaltecido
Por los gloriosos timbres del trabajo.
Y en trueque de riquísimos tributos
Que envíen para ti del mundo entero
El sabio y el artista y el obrero,
Tú le darás los deliciosos frutos
Que alma naturaleza,
De luz radiante y de inmortal belleza,
Loca de amor continuo te regala.
Así en fiesta nupcial joven esposa
Para su prometido se adereza
De rico adorno y de luciente gala.
No quiero, no, morir sin verte un día,
Porción hermosa de mi tierra hermosa,
Opulenta, feliz y poderosa,
Grande como el ardor del alma mía!

¡Y acaso tus hermanas,
A tu grandeza y tu esplendor, ajenas,
Verán con ojo uraño, indiferente,
La corona triunfal sobre tu frente?
Ah! no, jamás, que de alto honor las llenas:
La misma sabia, la ardorosa sangre
Que te da vida corre por sus venas;
Y en los anales de la patria historia
Reflejarán como en cristal luciente
El rayo de áurea luz resplandeciente,
Los nítidos efluvios de tu gloria.

De amor y de amistad los tiernos lazos
Por la discordia fiera hechos pedazos,
En el sagrado altar del Patriotismo
Se anudarán un día. . . . Coronadas
De rosas y de mirto y abrazadas
Cual las ninfas que cercan á la Aurora
Cuando aparece, reina vencedora,
Las tinieblas arroja al negro abismo,
Y baña el orbe de esplendor fecundo,
Las ha de ver enamorado el mundo! . . .
Oh Patria! oh Centro América! mi vida,
Si por suerte mi vida algo valiera,
En aras de tu amor yo la ofreciera
Por verte grande, poderosa, unida!

¡Oh Washington glorioso!
Héroe en la lid y sabio en la Asamblea!
Jefferson, Adams, Franklin.
Y cien y cien y cien astros del Norte,
Genios de la palabra y de la idea,
En cuyo pecho cual Vesubio ardía
Al amor de la Patria santo y puro,
Y el odio á la sangrienta tiranía!
Por qué no estáis aquí? Oh, si algún día
Mi patria llega á unirse, que no sea
Al resplandor de la incendiaria tea,
Del hórrido cañón al estallido
Que muerte y ruinas, destrucción y espanto
Lanza en su derredor; que en luto y llanto
De huérfanos y madres sin ventura
El suelo de la patria sumergido,
No se firme jamás ese sagrado
Pacto (que fuera nudo maldecido)
Con la punta del sable ensangrentado!

Unión forzada es para un pueblo afrenta:
La libre voluntad, cual fino acero,
Si mano dura doblegarla intenta,
Rota en pedazos saltará primero!

Ah! del Norte los héroes patriotas
Sobre la libertad por base eterna,
El código inmortal que los gobierna
Labrar supieron en lejano día:
Serena, alta la frente,
La mano sobre el pecho,
—Urna de la justicia y del derecho—
Sabedor cada cual de lo que hacía,
Juraron ante Dios omnipotente
Una patria formar independiente.
Y un siglo ya, con estupor profundo
De ese pueblo que se alza cual gigante
Y rápido camina hacia adelante,
El colosal poder contempla el mundo!

Y á la Central América no es dado,
Con intrépido brio,
Con indomable aliento
Seguir las huellas de los pueblos grandes
Que su renombre y gloria y poderio
Fundaron sobre sólido cimiento
Más firme que el granito de los Andes?

La libertad! . . . Sólo ella el dulce lazo
De eterno amor y de amistad sincera
Con blanca mano reanudar pudiera!
Y en delicioso abrazo
Estrechamente unidas,
Cual gemelas en todo parecidas,
Vivirán las Repúblicas hermanas.
Oh pronto sea! y nuestra Patria entonces
Centro América hermosa,
Se ostentará ante el mundo que la admira,
Cual la sueñan las trovas de mi lira,
Grande, próspera, libre y venturosa.

JUAN FERMIN AYCINENA.

Guatemala, 1889.

Un mes en Andalucía

I.

CORDOBA.

Para "Costa Rica Ilustrada."

PESPUES de haber permanecido
un mes en la capital de España
me propuse visitar la risueña Andalucía.

La ciudad por la que iba á empezar mi deseada peregrinación era Córdoba. Al amanecer el día 29 de Mayo último paró en aquel lugar el tren que me conducía. Ya tenía noticia de que Córdoba estaba de fiesta, pues en esos días se verificaba su renombrada feria que traía gran número de forasteros de todas las comarcas vecinas. La estación del ferrocarril está rodeada de preciosos jardines en donde lucen sus colores variadas especies de rosas que perfuman el ambiente. Gratisima impresión recibí al entrar en aquella ciudad. De un lado la verdura que decía adiós al mes de Mayo, del otro una agreste sierra. Pasando cerca del parque y de sus hermosos estanques y divisando á lo lejos el campo de la feria que aún dormía apacible el sueño perezoso de la mañana, seguí por en frente de la gran Plaza de Toros y por el moderno paseo del Gran Capitán orillado de naranjos y que ostenta á los lados hermosos edificios, entre los que se debe mencionar el espacioso Teatro de Córdoba. Luego fué una de encrucijadas y de calles angostas. Aquella era la Córdoba que yo quería visitar, la que tantas impresiones me tenía reservadas.

A las siete de la mañana abandoné la fonda para ponerme en marcha. Antes de visitar el interior de la ciudad me eché á rodar á la buena ventura por las afueras. Llegué primeramente al campo de la feria que ocupaba los dos lados de un hermoso paseo con sus innumerables ventecillas, sus teatros ambulantes y sus kioskos. Al lado de las mesas de venta, tirados sobre el suelo y reposando la cabeza, quién sobre un saco de ave llanas, quién en otro de garbansos ó de *cacao maní*, dormían á pierna tendida las vendedoras á quienes el producto de sus ventas no proporcionaba la holgura de ir á dormir á una fonda. Las brisas frescas de la mañana habían agotado aquellas frentes endurecidas por el trabajo y pronto el sol comenzaría á quemarlas con sus vivificantes rayos. La

feria debería lucir mejor de noche pues á ambos lados de las aceras del paseo se levantaban arcos sosteniendo bombas de gas de diferentes colores.

En un banco de piedra que se encontraba en una de las estremidades del paseo fué á reposar mi humanidad. Ocupaban aquel banco tres individuos más, quienes sostenían una animada conversación. Por un momento permanecí absorto en la contemplación del vistoso panorama que desde allí divisaba. La sierra de Córdoba aparecía en todo su esplendor y el sol que comenzaba á brillar, hacía resaltar el fondo del paisaje coloreando la verdura griz de los naranjales, de los viñedos y de los olivares; divisándose también entre el verde follaje, desparramadas acá y acuyá, algunas casitas blancas que parecían ser nidos de palomas en la serranía. De mi sentimental observación me sacaron los destemplados juramentos de mis vecinos, quienes á medida que más hablaban se encendían más en cólera. Mi curiosidad se picó y escuché que hablaban de un atroz crimen que en el día anterior había ensangretado una de las huertas de la sierra. Pues nada, que un mozo de la huerta aludida quiso ir á las corridas de toros en donde, con motivo de la feria, alternarían los primeros espadas de todas las Españas. El mozo, antiguo polizonte de la ciudad de Córdoba, pidió al amo las pesetas necesarias para pagar la entrada á la Plaza y como le dijeran *nones* determinó vengarse. Y así lo hizo. Antes de la corrida, mató al jefe de la huerta, á la mujer del amo y á dos niños de éste, despedazando con su cuchilla infame las tiernas gargantas de los pequeñuelos; y no contento con eso, mató á balazos á un perro y á una lora que por allí tenían la mala suerte de respirar. Satisfecha su brutal venganza robó lo necesario para ir á los toros, donde permaneció muy fresco durante toda la corrida, aplaudiendo con sus manos homicidas los triunfos de los grandes toreadores. No fué sino á la salida que se le pudo apresar. Delante de las víctimas no mostró ningún arrepentimiento y confesó cínicamente el crimen de que era autor, con sus horribles detalles. "Más vergüenza hubiera tenido una piedra", decía el mas elocuente de mis vecinos, por cierto un jornalero al servicio de don Rafael, por otro nombre Lagartijo; quien, dicho sea de paso, posee una de las mas valiosas fincas de la sierra de Córdoba, de donde saca sus novilladas tan celebradas en todas las arenas de la Península. Mis otros dos vecinos eran unos campesinos de un pueblo lejano que traían para el "reconocimiento" á un hermoso niño de mejillas nacaradas, quien, con sus tiernos años, no había puesto atención á los discursos de los que yo había creído que eran sus padres. Pronto supe que aquel robusto muchacho no tenía la suerte de saber quien era la que había tenido la ocurrencia de echarlo al mundo; aunque no parecía que le importara nada saberlo, puesto que en su feliz ignorancia daba el dulce nombre de madre á la mujer que allí estaba. Aquellas buenas gentes me dieron noticias detalladas acerca de la institución que existe en Córdoba para recoger á los niños expósitos. Allí, á altas

horas de la noche, suelen depositar en un cesto á los recién nacidos de uniones ilícitas. La mayor parte de las veces les dejan algún signo aparente para que más tarde se les pueda reconocer ó para ayudarlos en el combate por la vida. El niño que por allí brincaba tenía una señal en las caderas. Las gentes de los campos son las que generalmente se hacen cargo de recoger y educar á los niños expósitos, que en la institución les confían mediante una escasa retribución, con la condición de que á cierta edad han de devolverlos al establecimiento que los recogió. En ese caso se encontraban los dos honrados campesinos con quienes tuve el gusto de entrame.

De allí, por indicación del jornalero, dirigí mis pasos hacia uno de los dos cementerios de Córdoba. El portero del panteón me recibió con cortés amabilidad y comenzó por indicarme el curioso trabajo hecho en el patio de entrada con menudas piedrecillas de diferentes colores que formaban en el suelo variados ramilletes. Después tendría ocasión de ver que era una costumbre muy generalizada en Andalucía el hacer esa clase de dibujos en el piso de las calles. El interior del cementerio está formado por dos patios, mejor dicho por dos bellísimos jardines. Aquello en vez de la mansión de la muerte me pareció un recreo de sultanas. Para ello contribuían las flores perfumadas y la alegre claridad del cielo. Uno de los monumentos más bellos que hay allí es el que Lagartijo elevó á la memoria de su difunta esposa, la que, según oí decir, fué en vida apreciableísima matrona. El panteonero me había regalado con un precioso ramo de rosas encarnadas, de pensamientos color de azabache y de azuladas violetas, y aunque yo no tenía á quien darlo á mi vez para que luciera mejor, lo acepté con gusto pensando en que aquellas flores recordarian á las bellas cordobesas que habían pagado tributo á la madre tierra. Pero no todo había de ser belleza y primor. Siempre curioso, fuí á asomar la nariz por entre las rejillas de la ventana de una casita que por allí se encontraba. Sorprendiome el ver algo como una figura. ¿Y aquél muñeco que está haciendo allí?, pregunté al panteonero. "Cá siñuritu, poj no vé Octé quej un di-junto!" Decirme eso y dar media vuelta á la derecha fué una misma cosa. Mi nariz casi daba sobre el rostro amoratado de un cadáver, al que yo no había divisado más que la mitad del cuerpo ceñido de pantalón corto, medias apretadas y negras y faja ancha. Pronto supe que aquel hombre había muerto repentinamente en la feria en la tarde pasada y que allí lo llevaron esperando á que alguien lo fuera á reconocer para hacer enseguida la autopsia. Mi alegría, pues, se trocó en tristeza. Nadie había podido dar razón de quien era aquel individuo. Pensé en que igual suerte me podía caber lejos de mi patria amada y así salí del camposanto ya sin gusto para querer aceptar el ofrecimiento del guardián del cementerio quien quería á toda costa hacerme probar el agua de una fuente milagrosa que se encontraba bajo el altar de una capilla á la entra-

da del panteón. Antes de abandonar aquel lugar del reposo y de la igualdad, el buen panteonero quiso llevarme á conocer un amplio y bien ventilado cuarto que sirve para velar á los que acaban de morir durante la estación de los fuertes calores; pues ha de saberse que desde el 1º de Junio el reglamento de higiene de la ciudad de Córdoba obliga á las familias de los finados á enviarlos allí, á mas tardar, tres horas después que han expirado. Así se evitan las epidemias que se podían ocasionar en una ciudad de calles tan estrechas como Córdoba y donde el calor todo lo descompone.

Luego que hube salido del camposanto seguí por una alameda, dando la vuelta á la ciudad de Córdoba, caminando al pié de sus deshechas murallas que aun en medio de sus ruinas se mostraban alegres con los variados arbustos que sobre ellas se encuentran encarnados. Al cabo de un rato me encontré en frente del Guadalquivir orillado por frondosos caetus y llegué á una puerta famosa que oí decir databa de los romanos y á la que los moros le dieron su forma arquitectónica. En frente de aquella puerta se encuentra el celebrado puente de Córdoba sobre el Guadalquivir. En las extremidades del puente se conservan, á manera de fortalezas, dos pintorescos torreones que evocan el recuerdo de los moros. En el medio del puente existe un nicho donde la Córdoba católica ha colocado á su Santo protector que, si mal no recuerdo, es el Arcángel que dió la lanzada á Lucifer. Desde allí era donde los sarracenos arrojaban al río á los cautivos cristianos. El puente que más que todo es célebre por su vejez, tiene diez y seis arcos y se conserva intacto. Comunica inmediatamente la ciudad de Córdoba con un alegre pueblecillo de casitas blancas que se encuentra á la orilla opuesta. Antes de entrar á la ciudad quise ir allí y fui agradablemente impresionado por un grupo de lozanas mozas que en amplias ánforas recogían agua de una fuente. No sé por qué se me vino á las mientes el recuerdo de la Samaritana. Me acerqué al pozo, aunque sin pretender imitar la dulzura y la mansedumbre de Jesús. Pediles agua que decían era muy sabrosa. Una morenita de ojos razgados y pechos salientes tuvo la generosidad de apagar mi sed; no teniendo otra cosa con qué pagar aquella ingenua cortesía por no permitir el carácter andaluz pagos interesados, le regalé el ramillete que me había dado el panteonero, teniendo buen cuidado de no decirle de donde provenían las flores. Así, aquellas flores que se habían alimentado con los despojos de otras bellas, fueron á calentar sus pétalos al dulce contacto del palpitante seno de la generosa morena.

Después que recorrí la calle principal del pueblecito volví á pasar el puente y con aires de conquistador atravesé el recinto vedado antiguamente por la fuerza defensora y por donde siglos atrás pasaron los estandar-tes de los romanos, de los godos, de los moros de y los cristianos.

A paso redoblado, atravesando empinadas callejuelas, me dirigí hacia el lugar en donde se encuentra la maravilla de Córdoba, la Mezquita Catedral.

¿Quién no ha oído hablar de la famosa Mezquita del califa Abderraman? Siendo aún niño de escuela me cautivaba la imaginación el relato que la Geografía hacía de aquel monumento de centenares de columnas de mármol y de jaspe; así es que sentí la más profunda emoción cuando llegué al pié del edificio.

La Catedral de Córdoba no se parece á ninguna otra Catedral. Sus muros exteriores de sencilla arquitectura, abrazan un enorme cuadrilátero. La antigua mezquita está dividida en dos partes: en la Mezquita propiamente dicha y en el patio de los naranjos que ocupa una extensión de cien metros de largo por sesenta y cinco de ancho. Allí se encuentra un precioso bosque de naranjos que se miran en hermosas fuentes que los moros tenían destinados para las abluciones y en donde hoy todos los vecinos van por agua. El que quiera conocer el tipo de las hijas del pueblo de Córdoba que vaya á la orilla de aquellas fuentes y aun le parecerá ver en muchas de ellas graciosas descendientes de los súbditos de los Ben-Omeyas.

Sobre la puerta llamada del perdón, por donde se entra de la calle al patio de los naranjos, los cristianos han levantado una alta torre. Desde la parte superior se divisa todo el valle de Córdoba, el Guadalquivir que riega la comarca, las huertas de la sierra, la caprichosa ciudad de Córdoba, y á los piés de la torre la techumbre de la Catedral que se parece á la de una gran fábrica con sus enormes hileras de talleres, techumbre interrumpida bruscamente por una alta capilla de estilo renacimiento, que en el medio se levanta.

Después de haberme impuesto del exterior me preparé á entrar á la Mezquita, aunque temeroso de sufrir alguna desilusión. Cuando me encontré en el interior del templo sentí dilatarse mi pecho á la vista de aquella mar de columnas que se cortaban en ángulos rectos y que formaba una adorable perspectiva. Dicen que en tiempo de los Califas la Mezquita contaba ochocientas cincuenta columnas. Hoy desgraciadamente no se cuenta el mismo número. Sin embargo, todavía oí decir que la Mezquita Catedral tenía tantas columnas como días tiene el año. Con ese número de columnas y con los graciosos arcos que se cortan formando medios círculos, todavía es bellísima la Mezquita. Es fácil figurarse lo que sería antiguamente alumbrada por más de cuatrocientas lámparas de colores, que hacían relucir los variados matices de las columnas de mármol y de jaspe, lo mismo que los artesanos de cedro y de oro. La mezquita (que es el nombre que mejor le cuadra) contiene diez y nueve naves longitudinales y veinte y nueve transversales. El "Coro" que en el medio se levanta ha entrecortado la perspectiva general. Ese es el lugar en donde se reúnen el Obispo y los canónigos para recitar los ejercicios, y dignas de atención son las finas esculturas en madera que allí se encuentran. El "Coro" que allí se levanta majestuoso me parecía representar la religión que busca á Dios con el pensamiento; mientras que en la

parte árabe del monumento me parecía [ver la religión que busca á Dios con los sentidos. La Mezquita Catedral cuenta con cincuenta y tres capillas laterales y una docena y media de altares distribuidos al pié de las columnas. Entre las capillas la que se conserva con el nombre de "Capilla del Korán" es una joya de arquitectura y escultura árabe, lo mismo que otras cuyos nombres no recuerdo. Poco hacía que la Curia Eclesiástica había mandado pintar de blanco el techo de La Mezquita. Lástima fué que no se tratara de imitar los colores antiguos.

Sabido es que Abderraman fundador del Califato de Occidente, fué quien concibió la idea de erigir en Córdoba aquel monumento con el objeto de que sus súbditos no comprendiesen más las peregrinaciones á la meca; y al efecto comenzó la erección que debía durar por muchos años y en donde deberían lucir sus talentos los artistas de más imaginación y de más nombradía. Los países del Oriente contribuyeron con el envío de maderas y mármoles. Las sierras de Córdoba y de Granada que tienen un asiento de mármoles y de granito también proporcionaron variadas columnas.

A uno de los lados de la Mezquita se encuentra el palacio habitado por el señor Obispo de Córdoba, que es una casa antigua, de estilo árabe en el interior.

Y héteme ahora, lector querido, que bien justo es, trasladado al comedor de la fonda, muy espacioso y claro como el del mejor hotel de Córdoba, aunque pobre en su ornamentación. Pero lo principal en un comedor, *el pan nuestro*, no dejaba que desear. Huevos que *chirreaban* y hacían burbujas con la salsa de tomate, exquisita merluza, buen solomillo, rico arroz con gallina, un quesito manchego que nunca hubiera querido que faltara de mi mesa, naranjas que sabían á nectar y el todo regado con un manzanillo delicioso. . . . Mientras que mis incisivos, caninos y molares se mostraban generosos con la barriga, mi imaginación veía desfilar en bella confusión el campo de la feria, las fuentes y los rosales, las columnas de la Mezquita, el jornalero de Lagartijo, las muchachas aguadoras, la figura risueña del panteonero, las huertas de la sierra, el manso Guadalquivir, las murallas derruidas y. . . la mar!

Con munición suficiente entre el cuerpo me encontré apto para emprender una nueva excursión.

Las calles de Córdoba estaban completamente desiertas. El ruido de mis pasos formaba eco y hacía asomarse á las ventanas á las viejas que parecían ser las guardadoras de la ciudad. De vez en cuando aparecía por algún callejón, con aires de profundo y meditador filósofo, algún borrico que con la carga que llevaba ocupaba toda la calle. Como me encontraba solo tuve ocasión de mirar á mis anchas los patiecitos de las casas llenos de fuentecillas, de macetas y de flores, separado de la calle irremisiblemente por un estrecho zaguán y una puerta de hierro bien labrada. Ví que nuestros patios estaban orillados por columnatas de mármol que sostenían, formando arcos moriscos, el piso su-

perior de las casas, de bien escasa altura por cierto. Al pasar por una de aquellas callecitas me encontré con una pequeña librería y encuadernación que podía caber en el hueco de la mano. El propietario, persona amable y de edad resultó ser uno de los burgueses mas populares de Córdoba y Alcalde que fué de la ciudad en tiempo del gobierno republicano de Castelar. Muy complaciente se manifestó y me puso al corriente de la literatura que dormía en los estantes de la tiendecita. A juzgar por los libros que allí tenía se le hubiera tomado por un radical intolerante que de haber vivido en los tiempos del rey don Felipe Segundo por la gracia de Dios, de seguro hubiera perecido en la hoguera. Sin embargo, el antiguo Alcalde de la democracia es un sugeto muy agradable y digno de toda estima. Puesto que he evocado el tiempo de la intolerancia, también diré que hoy la España es otra á ese respecto y que la madre patria no tiene que envidiar en punto á libertades ni á Bélgica, ni á Inglaterra, ni á los Estados Unidos. Los españoles que con fiera hidalguía triunfaron del absolutismo de sus antiguos monarcas, disfrutaban hoy en paz de esas libertades. Lo que sí hay de cierto es que en nuestros países hispano-americanos todavía hay gentes que se figuran á España como en tiempo de la conquista, cuando más bien debiéramos envidiarla.

Después que salí de la diminuta y anticlerical librería fui á visitar los jardines del antiguo Alcázar. De camino para aquel lugar pasé por el frente de un extenso edificio que supe era el Seminario de Córdoba, el más célebre de toda España. Después de atravesar una plazoleta irregular y que respiraba lo antiguo por todas sus flores, llegué al pié de unos torreones derruidos: eran los restos del antiguo Alcázar de los Califas de Córdoba. Lo que únicamente se conserva es parte de los jardines que alguien tiene en arriendo. Una portera ya jamona fué la que me sirvió de guía. Al entrar en aquel alegre lugar se respira de lleno un ambiente perfumado que embriaga los sentidos, convidándolos para el amor y el placer. Lo primero que se encuentra son unas hermosas pilas de agua en declive y luego se entra á los jardines. Allí abundan los cipreses de olor, los naranjos, los rosales, las palmeras, las violetas, los lirios blancos, las higueras y todo lo que la tierra andaluza produce de bello, de perfumado y sabroso. En medio de aquella poética soledad no se oía otro ruido que el de los aleteadores pajarrillos que saltaban sobre las ramas haciendo caer los tiernos azahares de los naranjos y el ruido monótono y murmurador del agua que por todas partes se encuentra. Al oír el murmullo de las frescas y claras fuentecillas me parecía que lloraban la ausencia de las Sultanas que antes iban á mirarse en el espejo de sus limpidas aguas. En busca de semejanzas y para crearme en medio de un jardín en tiempo de los moros, dirigía desesperado mi vista á todos lados, pues deseaba ver por entre aquellos rosales, á la sombra de aquellos frondosos arbustos, alguna hija de Eva que pudiera hacer las veces de Odalisca ó de favorita mi-

mada por el ardiente Califa. La que era mi guía, aunque de el sexo femenino, no hubiera podido hacer ni las de cocinera de Abderraman, tan poca gracia tenía. Ya me parecía que tendría que contentarme con mis deseos, cuando al salir de una cueva que por allí se encuentra apercibí perezosamente recostada sobre un banco una hermosa joven que tenía absorta su atención con la lectura de un libro. Parecía que su corazón estuviese impresionado con algún relato de amor. Su faz morena, sus ojos negros y dulces, su boca pequeña me hacían pensar en que había encontrado lo que deseaba ver, me parecía contemplar en ella el tipo de una bella odalisca; y ello aun más me parecía, al fijarme en sus redondos brazos, en los perfiles de su cuerpo que inclinado de medio lado semejaba á una colina, de suave pendiente con sus alturas y sus descensos, agitada únicamente por el acompasado respirar de la doncella. En su indolencia dejaba ver unos piés pequeños encerrados en zapatillas bajas, con unas medias color de perdición que con egoísta amor besaban sus robustas pantorrillas. Habiendo hecho un poco de ruido, ella salió de su letargo y en vez de creerse sorprendida saludó con amable sonrisa. Comencé mis pláticas con ella y poco rato después sabía que hasta francés hablaba y que había estado por casarse con un compatriota de Bismarck. No queriendo saber más y con mi espíritu vuelto á la realidad me apresuré á salir de aquel lugar encantador.

Fuime cortando callejuelas á derecha é izquierda, leyendo las inscripciones que en letras negras y salientes indicaban la nominación de cada una de ellas y que recuerdan los nombres de los varones mas notables que han visto la luz ó que han vivido en Córdoba. Recuerdo los de los Sénecas, Lucano, Cardenal, Cisneros, Gran Capitán, las de Zambrano y Céspedes.

Para muchos, Córdoba no será una ciudad alegre ó bonita en el sentido moderno de la palabra (aunque de todo tiene) pero en aquel lugar se vive con el recuerdo histórico de las cuatro civilizaciones que por allí han pasado. Se recuerda la dominación de los romanos; la de los godos que en 572 echaron por tierra el águila imperial; la de los moros que conducidos por el Califa Abderraman en 692 fundaron el califato de Córdoba; y por último, la de los cristianos que bajo el rey don Fernando III rescataron aquella plaza en 1236.

Después de dar mil y una vueltas por un variado laberinto de calles, divisé una puerta por donde entraba un torrente de luz. Corrí hacia allí y fui recibido por una onda sonora de música y ruido. Atravesé la muralla y me encontré en medio de la feria donde hormigueaba toda la población de Córdoba, lo que contribuía á la soledad de las calles que había recorrido. Qué movimiento! Cansado estaba de ver ferias en la tierra del buen rey Leopoldo II, en donde pasé tres años redondos de mi vida, pero ni á las llamadas "*Kermesses flandes*" les encontraba gracia (bien diferentes de las que inmortalizó el pincel de Rubens). Allí me

torturaba el cerebro el ruido gangoso, des-templado y penetrante de los organillos de los teatros ambulantes, de las maromas, museos, casas de fieras y de los "caballitos;" pero en la feria de Córdoba todo me pareció nuevo y diferente. El cielo azul, puro y sin mancha, los vistosos y relucientes vestidos de las cordobesas; la alegría andaluza, las alegres sonatas de música española, todo contribuyó á regocijarme. En medio de las hermosas aceras ocupadas por la feria, se encuentra una ancha calle por donde resbalaban muellemente carruajes de amplio resorte (como lo exigen las calles del interior de la ciudad, empedradas en su mayor parte con guijarros del Guadalquivir) conduciendo hermosas damas de la alta sociedad de Córdoba. Por allí pasaban también briosos caballos cordobeses (tan universalmente apreciados) montados por diestros ginetes.

La tierra había vuelto por completo la cara al sol y ya la luna mezclaba sus tibios rayos con los relucientes de las lámparas de colores. Yo todavía me encontraba por aquellos lugares y no como quien dice *solo é ingrino*, sino bien acompañado por la compacta muchedumbre, rompiendo "cancha" á derecha é izquierda, escuchando curiosas conversaciones y retratando tipos en la memoria. Una de las cosas bonitas de la noche fueron los fuegos de pólvora que se quemaron en una ancha esplanada al lado derecho de la feria y lindante con el parque. Allí me parecía estar en la plaza de Cartago en una noche de fiestas, viendo quemar castillos, tomar fortalezas y todo alternado con una lluvia de cohetes que después de hacer retumbar el firmamento caen deshechos en cachifines y en luces de colores. Lo único que faltó para que la semejanza fuera completa fué el terrible *Toro-Huaco*. El Seminario de Córdoba parecía que hubiese abierto sus puertas, pues por allí, entre chulos de *chaqueta* corta, y manolas retozonas, discurrían alegremente los apacentadores del rebaño de cristo. Después de la humareda se desparrramó la gente. Cada cual se fué á buscar las diversiones de la feria.

Por mi parte fuí á dar al pie de una elevada tienda de campaña donde bailaban al son de los valeses y de las polkas las señoritas de la aristocracia de Córdoba. Eso dará una idea de la temperatura benigna de aquella región. Tiendas de campaña semejantes había de ver en otras ferias andaluzas.

Después, siguiendo la corriente de la muchedumbre, fuí á dar á una plazuela antigua. Allí me fortifiqué en una esquina y ví el desfile de las gentes que satisfechas y en alegre algazara volvían á sus casas. Cansado por fin de dar vueltas y de verlas dar fuí á pedir al sueño un poco de reposo.

Teniendo que llegar á Granada para encontrar alojamiento y pasar allí el día de *Corpus Cristi* vine obligado á abandonar la ciudad de Córdoba, no sin que antes hubiera repetido mis visitas á su famosa Mezquita.

Como mejor pude me instalé en un compartimiento del tren que seguía el camino de Granada y Málaga, y desde allí envié un sentido adiós á la ciudad de Séneca el Filósofo,

del moro Abderramán, del Gran Capitán Gónzalo Fernández de Córdoba, del poeta Góngora y del célebre Lagartijo.

JOSÉ F. PERALTA.

New York, Octubre de 1890.

ANHELO.

Vosotras las benignas, las hadas generosas,
Que errantes por las selvas en noches estivales
Vagáis cantando alegres, canciones amorosas;
Compadece las penas y consolad los males
Que afligen á mi pobre, doliente corazón.
Yo busco á un alma pura, sensible y candorosa,
Que enlace con mi vida, las horas de su vida,
Que alumbre de mi suerte la noche tenebrosa,
Y que con dulce acento, de mi alma entristecida
Alivie los pesares que cause su afición.
Yo necesito un seno, recinto de ternura,
Yo necesito un ángel de negra cabellera,
Miradas soñolientas y labios de dulzura,
Que sin reserva alguna, me ofrezca su alma entera.
Jurando ser mi esposa del templo en el altar;
Mas, hadas de los bosques, no hagáis que la doncella
Desprecie mi cariño, ni que falaz me engañe;
No hagáis que se desquicie mi rutilante estrella,
Ni que jamás el brillo consolador se empañe
Del cielo venturoso del sacrosanto hogar.

ERNESTO SCHROEDER.

San José. 1890

PAGINAS INTIMAS.

Escrito para "Costa Rica Ilustrada"

I.

ADORACION.

Yo me imagino á las antiguas sacerdotisas del paganismo, sus albas túnicas ceñidas con serpientes de plata, sus largos cabellos sueltos y flotantes, entre los cortos mechones las flores y las hojas sagradas, los rostros animados por el fuego del fanatismo y en los ojos una claridad casi divina; las veo fervientes bajo las augustas naves, cerca del altar resplandeciente, los vasos sagrados en las manos y las palabras misteriosas en los labios; á las multitudes encarnar en ellas á la Divinidad, postrarse ante ellas como ante Dios; me figuro á las vírgenes sacrificadas en holocausto, serenas y gozosas para aplacar las tremendas iras del gran sér personificado en el ídolo; á Hena animada por una idea poderoso y fecunda en grandezas para el espíritu. Y me imagino también el supremo goce de los corazones que así adoran. El hombre necesita adorar, necesita descansar á la sombra de una ilusión protectora: ella le da la paz y el placer.

Así te comprendo á tí, mi sacerdotisa, inspirada y radiante: en el templo sagrado del amor, alimentando la blanca llama que ondea, con fervor y con constancia, sublime

y profética, el rostro inundado de resplandores celestes, en las pupilas el espíritu universal que arde en tu cerebro. Veo tu figura sacerdotal, erguida, gallarda y triunfante, pasar ante mí como un girón de luz desprendido de los astros en sus éxtasis de amor, de ternura y de fe—los astros se aman y crecen—cada una de tus palabras es un eco de la verdad, tu voz oráculo infalible, tu corazón foco del bien, fuente de amor, la pira inflamada donde arden todos los sentimientos nobles, firme y poderoso como el diamante, como las ondas del éter suave á los halagos del amor puro y sincero. Y yo te adoro así, mi espíritu se postra ante tu poder mágico, te eleva su himno tierno y ferviente; una veneración mística me embarga, y al recordar que es en tus manos donde he depositado mis anhelos, en ese cáliz que hay en tu altar donde está guardada mi felicidad, mi porvenir encantado; que eres tú la que ha de cuidarlo con solícitud, la que ha de velar por él, siento que el ánimo descansa y se duerme protegido por una confianza eiega é invencible.

La fe da el goce absoluto por que hace absoluta la esperanza. Yo necesitaba creer y adorar; buscaba la sacerdotisa que ofreciera en mis altares; que la regilión de amor me tuviera á ella subyugado como el creyente, que en sus cánticos sagrados cantara lo que hay en mi corazón y que, firme vestal, no dejara extinguirse jamás la llama de la pasión, ni que se cruzara una sombra en el cielo de mi fe. Y te he visto á ti, y te he amado, y creo en ti, y espero de ti, y le has dado el sueño divino á mi espíritu. Bendita tú, que como las creencias me has dado el valor y la vida; que has hecho desbordarse las fuentes que hay en mi corazón. Esta ternura infinita que mana de él me trae el deleite; esa plétora me ahogaba, necesitaba verterla, pero verterla á otro corazón hermoso que fuera á juntarse á otra fuente igual para formar el oceano donde he de vogar mis días alegre y feliz.

Esa otra fuente brota en tu corazón: y me imagino en la blanca barquilla con velo de rosa, sobre ondas azules y entre horizontes dorados, las confidencias íntimas é interminables, las caricias dulces, el alado remero sonriéndonos, por faro un lucero pensativo y bello, el cielo de la felicidad cubriéndonos como un palio y en los corazones la dicha inefable y eterna de los pocos que se aman bien en el mundo.

¡Oh, cuántos goces ha de traerme esta adoración! Tú cuidarás la antorcha; síbila inefable, verás llenos de luz los senderos del bien, y por ahí he de seguirte; me llevarás de la mano como un ángel protector, y yo peregrino enamorado, caminaré, caminaré siempre en pos de ti, mi columna de fuego, gozando la suprema bienaventuranza.

RUBÉN RIVERA.

Sonsonate, Novbre. de 1890.

A E

SOS dos solitos, la sencilla lámpara
Apenas daba luz;
Te hablaba del futuro entusiasmado;
Risueña me oías tú.

Súbito el rezo empieza por las ánimas,
Cesamos de reir;
Llena tú de pavor, yo de tristeza
Escuchamos al fin.

Pasa el cortejo con su canto fúnebre,
También nuestro pesar:
Y vuelve tu sonrisa y mi entusiasmo
El rostro á iluminar.

El goce terrenal es siempre efímero,
Lo mismo que el dolor;
Lo que tortura hoy quizá mañana
Alegra el corazón.

2 de Noviembre de 1885.

Y entonces no miramos el abismo
Que había entre los dos;
Y ciegos, delirantes apuramos
La hiel de la pasión.

Cinco años han pasado! Tu desgracia
A mi pesar labré;
Pero te quiero aún... nuestro hijo vive...
Perdóname por él.

J....

2 de Noviembre de 1890.

EL AVILA.

MONTE QUE DOMINA LA CIUDAD DE
CARACAS.

Un país sin montañas es una tierra incompleta. Los montes son los monumentos de la naturaleza, son la pujante recreación escultórica del Hacedor.

El sol no baja á los valles á dar su beso matinal á los lirios hasta haber tendido su áureo manto sobre las cumbres y calentando con su ardiente cariño los delicados arbustos y las yerbas desvalidas que allá abrazadas á las nubes, han pasado una noche inclemente. Los humeantes vapores de la tierra, el cotidiano bostezo de los ríos y lagunas, se van por la tardecita á posarse en las altas cimas, en viaje para el cielo. De allí desciende la blanda brisa, libando la esencia de las flores, que la brindan sus dormidos cálices; y por la noche se sube la luna sobre los lomos de las sierras á darse ínfulas de sol y á avergonzar desde su altura á las pretensiosas

lucecitas de las ciudades, que la economía municipal apaga luego para evitarles el desaire. Son las montañas como engarces rotos de la tierra con el cielo. Son como los robustos brazos del planeta que se elevan á saludar á los otros orbes. Son murallas fabricadas por Dios para proteger á los pueblos débiles. El extranjero codicioso las detesta, los tiranos quisieran suprimirlas. Son el refugio de la libertad.

Un país sin montañas parece un desierto prolongado, aunque contenga poblaciones numerosas y activas. La monotonía de las planicies hasta la contemplación y gasta la pupila. El océano mismo, cuando quiere parecer terriblemente hermoso, levanta sus montañas. La tempestad lo transforma de magnífico en sublime. Las teogonías todas han colocado sus divinidades en lo alto. La poesía tiene su Olimpo en empinado y sacro monte; y sube la imaginación de los poetas á buscar su cima siguiendo el vuelo de las águilas.

Yo sueño como mi Ávila gigantesco y maravilloso. Yo veo desde aquí, desde estas planicies eternas, su frente altiva tocar el firmamento. Yo diviso á la perpetua nube blanca enroscarse al derredor de su cuello majestuoso. Yo le veo decorado de silvestres palmas, de rosales, mirtos y laureles, de robles verdes y deliciosas flores; con sus festones de lianas, con sus prendidos de orquídeas, jardín suspendido, floresta empinada, maravilla de luz, de sombras y colores. Yo oigo el cuchicheo de los arroyuelos indiscretos que á la mariposa cuentan las amorosas confidencias de la tórtola; el reñir celoso del turpial; la vanidosa facundia del jilguero; la presuntuosa garrulería del curuñatá; la ociosa ufanía del cardenal; el constante estudio musical del burlesco arrendajo; el desvelador oficio del campanero; el perenne revolotear del Tenorio de las flores, el tucucito veleidoso y disoluto, pagado de su belleza, iris volante, cupido en plumas.

Yo veo por la noche relucir en el misterio del bosque la juguetona fosforescencia del coyuyo, lucero viviente; y escucho el doliente "ya acabó" del ave sin consuelo, apocalíptica y descreída; y oigo al grillo y á la cigarra que velan cantando; y llega hasta mí el rugir del tigrillo medroso que en la impunidad de la tiniebla huye del cazador, y une su desapacible acento á la sinfonía tropical de la montaña.

¡Quién me diera verte, oh monte sin rival, no en el ensueño de la nostalgia, sino en el despertar gozoso de la dulce realidad! ¡Cómo había de enajenarme delante de ti, ornamento divino de mi valle nativo; jardín poblado, cesto florido, en medio del cual alienta y suspira la madre de mi alma! ¡Cómo habían de retroceder mis años al humecer mis sienas con el rocío de tus palmeras y mis pies con la linfa de tus fuentes! Y habría de trepar á tu cima enhiesta, alegría del marino que de lejos te divisa. Y habría de contemplar desde allí á mi valle amado; mi ciudad egregia, mi hogar bendito, y el campo silencioso y triste en donde he ido enterrando por partes la vida, y á pedazos mi corazón!

Acaso ahora me revelarías el secreto que nunca quisisteis confiarme, de cómo cambias el color de tu follaje á cada hora en que se te contempla y admira. En la mañana vistes de zafiro oriental; al mediodía de esmeralda, á la tarde de amatista, de cambiante ópalo, de amaranto y de jacinto; te bañas en el azul de los cielos y en el azul del mar; te cubres de tintes violeta y púrpura; y lúces tonos infinitos que dan celos al crepúsculo.

Yo he visto reyes humanos. Ninguno tiene manto como el tuyo. Yo he visto las cortes de la tierra; ninguna como tu corte de nubes y estrellas. Yo he visto las torres gigantes, los monumentos atrevidos y magníficos que el hombre ha levantado á las grandezas mortales, y me he reído de su osadía y majestad pensando en ti, que eres torre granítica, monumento audaz, hijo del Ande inmenso, sagrado y eterno.

Tú viste á tus pies una raza inocente vegetar por siglos en ventura y libertad salvajes.

Tú viste al conquistador valeroso y fiero degollar sus tribus y enclavar su pendón en el valle virgen.

Tú oíste el gemir del colono, y repetiste el eco jubiloso del heroísmo independiente; presenciaste el estrago de las batallas, el estrago de los cataclismos; y en tus senos resonaron las dianas de la libertad de nuestra Patria.

¡Qué mucho que nuestras mujeres sean excepcionalmente hermosas, si las madres viven absortas en la perenne contemplación de tu belleza peregrina? ¡Qué mucho que nuestros ciudadanos sean altivos, si han vivido levantando la frente para contemplar la tuya altanera? Tú eres el padre de la dulzura y del valor que forman nuestra índole. Quien te mira no puede pensar sino en cosas grandes. El soldado te ama; el tribuno te invoca; el poeta te canta; el héroe muere pensando en ti, y el proscrito olvida tus dolores si vuelve á verte!

Dicen que en tus entrañas, ¡oh monte egregio! esconde su ígnea lava el volcán. Acaso el hervor de nuestra sangre, el latir violento de nuestros corazones, sean obra del aliento de esa fuerza que llevas en tus antros misteriosos. Acaso fué ella quien nos llevó como naciones libres desde el Orinoco hasta el Maraón. Acaso esa fuerza poderosa que de tu seno se trasciende es la que inflama nuestro espíritu y nos hace rebeldes á toda esclavitud. Guárdala siempre compasivo; mas si algún día vieres que nuestra raza degenera y que extranjera planta huella impune nuestro suelo, desata tus iras, abre tus entrañas, esparce tu fuego, y sea la patria mía campo de cenizas antes que predio de gente nueva.

N. BOLET PERAZA.

TIJERA,

"Si á Dios los padres primeros
Hubieran obedecido,
(Decía un cura afligido)
Aun iríamos en cueros."

Y un sastre, que el diablo tenga,
Loce, exclamó — "Voto á sanes!
Que son ciertos los refranes:
No hay mal que por bien no venga."

POEMA.

Me sentía morir y quise verla
Darle mi maldición;
Y vino... y vi sus ojos... y la dije
Que te bendiga Dios,

TIP NACIONAL.

69

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas)—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 1^a

NUM. 16.

San José, 10 de Diciembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.



M. AURELIA TRISTAN.

Ostentas, bella, agraciada,
en tu rostro, María Aurelia,
la albura de la camelia,
el carmin de la granada;
y en tu boca sonrosada
ha fabricado Cupido
de blancas perlas un nido,
donde palpitan traviesos
entre perfumes y flores
trolepes embriagadores
de arrullos, cantos y besos.

* * *

SUMARIO.

A MARÍA AURELIA TRISTÁN, por ***—ISABEL, por M. Medardo Espinosa.—“EL WORLD,” por G. L.—LEYENDA, por Emilio Pacheco.—NAPOLEÓN, por C. Gagini.—DUDAR, por Rubén Rivera.—POESÍA, por Francisco Gavidia.—LA MUSA COLOMBIANA, por A. Olivo Pino.—LEJOS, SIMIL, ULTRA, por P. Penates. LA POESÍA CASTELLANA CONTEMPORÁNEA, por R. Darío.—EN EL ALBUM DE A. C., por J. P. Velez.—ERA... ILUSIÓN, por D. A. Arrieta.—ELIXIR, por Antonio Valenzuela (h.)—NOTAS.

ISABEL.

DEDICADA Á MI ESTIMABLE AMIGO

EL DOCTOR DON

SALVADOR CAMACHO ROLDAN.

[INÉDITA.]

I.

UNA tarde, hace mucho tiempo me puse á hojear los libros de la biblioteca de mi padre y encontré uno de lujosa encuadernación que tenía en la primera página el retrato de un hombre de fisonomía franca y simpática, “tenía la frente estrecha y prominente, los ojos grandes y azules, los labios finos, las facciones altivas y regulares aire elegante y una especie de desenvoltura de gran señor,” hubiérase dicho al verlo que era algún duque ó algún príncipe; pero al pie del retrato estaba sólo el nombre de un ciudadano de Francia, aquel grabado representaba á Alfonso de Lamartine.

Tomé el libro, salí de la casa, atravesé la llanura y me interné en el bosque: llegué cerca de un arroyo y me senté al pie de un árbol sobre la tibia arena de la orilla.

Abrí el libro y empecé su lectura: no sé cuanto leí.....

Pero cuando cerré aquellas páginas empapadas por mis lágrimas la tarde ya terminaba. Y en mi mente quedó luego la imagen de una mujer joven, que vagaba á las orillas de un lago, y que tenía los cabellos rubios entre cuyos rizos jugueteaba el viento, que tenía la faz pálida y que sus ojos eran azules, tan azules como el cielo que se miraba sobre las ondas del lago y que en sus labios, ya movidos por una sonrisa de alegría, ya contraídos por una carcajada de dolor sonaba dulcemente un nombre.

Y sin saber por qué, lloré por aquella joven y después lloré por mí.

Aquella lectura había despertado mi corazón: en el murmullo del arroyo, en el rumor de la selva, en el canto de las aves y en el apacible ruido de la brisa jugando con las hojas, me parecía oír una voz que remedaba por su ternura los cánticos que había escuchado en las fiestas de la Iglesia de la aldea ó las canciones de mi madre cuando arrullaba en la cuna á mi hermanito pequeño que dormía.....

Y aquel acento que sólo sonaba para mí era el de una mujer como la que, delirante de amor, me parecía ver, apoyada en el brazo del gran poeta, paseando en las orillas del lago!

Y desde aquel día sentí el corazón muy triste, y á menudo lloraba sin saber por qué. Sí, no sabía por qué; porque á los quince años no hay motivo para llorar.

II.

Pocos años después llegó á nuestra casa una familia relacionada con mis padres; compuesta de un hombre que contaría cincuenta años y que por los rasgos de altiveza que se marcaban en su fisonomía y la exquisita bondad de sus modales me inspiraba un respetuoso cariño; su esposa que contaría cuarenta años y que llevaba en sus facciones el tipo de una raza distinguida y los rastros de una belleza deslumbradora; y su hija Isabel, que contaría la misma edad que yo y que tenía los ojos grandes y profundamente negros, los cabellos rizados y las mejillas pálidas.

La llegada de aquella familia en nada alteró la dulce tranquilidad de nuestro hogar.

Isabel nunca hacia parte de nuestros juegos. Una tarde que jugábamos á los novios me salí del juego para ponerme á conversar con ella, que sentada á corta distancia de nosotros bordaba con seda encarnada las iniciales del nombre de su padre, sobre un pedazo de terciopelo negro.

Entre tanto mis hermanos menores habían tomado del brazo á mis hermanas y se paseaban orgullosos delante de nosotros diciéndonos, entre burlonas carcajadas: “aquellos no quieren ser novios.”

Isabel levantó los ojos hacia mí y sus mejillas pálidas se enrojecieron.....

Desde aquel día empezó la historia de mis primeros amores: amores que habían de engalanar con inefables alegrías la espléndida mañana de mi primera juventud y que luego habían de oscurecer mi porvenir con lágrimas!!!

Los senderos intrincados de la selva, el musgo de las rocas sobre el cual nos sentábamos á descansar, las cristalinas ondas de la fuente en cuyas aguas refrescábamos nuestros labios tostados por los besos del amor: ellos no acertarían á contarme hoy lo que entonces presenciaron!!!

Los despojos de los árboles borraron las huellas de nuestras plantas en los senderos del bosque, el musgo volvió á crecer sobre las rocas, y las aguas de la fuente, apenas al separar de ellas nuestros labios, volvieron á tomar la posición natural de su nivel.

¡Oh! si volvieran para mí aquellas apacibles tardes de verano: en que sentado junto á Isabel, á la sombra de los árboles, teniendo mi cabeza doblada en su regazo, la escuchaba leer, ó los interesantes episodios que trazó la pluma del autor del “Genio del cristianismo,” ó la historia de los amores de Lamartine, que en aquellos mismos lugares había leído una tarde; y cuya lectura había despertado en mi corazón el germen de las ilusiones de amor!

Las mismas escenas de ternura pintadas allí, las mismas caricias, los mismos juramentos, se repetían ahora en las entrañas silenciosas de aquellos bosques.

¡Cuán feliz era yo cuando Isabel abandonaba su lectura para jugar con mis cabe-

llos ó para besarme en la frente ó en los labios. Y cuán desgraciado he sido después cuando la casualidad ha puesto en mis manos aquellos libros que me recuerdan á la Julia europea, acariciando la frente del gran poeta en las orillas del lago y á la Isabel americana, sentada al pie de los árboles de la selva, jugando con los cabellos de un joven desconocido.

III.

El tiempo se pasó; yo tuve que ausentarme del hogar y en la capital otros amores y otras alegrías no pudieron borrar de mi mente la imagen de Isabel.

Un día recibí una carta de mi madre en que me ordenaba que volviese, y emprendí la marcha sin dificultad, porque aunque dejaba en la capital mis amigos y mis amores, aquellos no eran los amigos del corazón ni los amores del alma.

Llegué á la casa de mis padres y la encontré abandonada, y en las chozas cercanas me dijeron que la familia estaba en la aldea donde se celebraba el matrimonio de Isabel.

Tomé el camino de la aldea y llegué á ella cuando salía de la iglesia la solemne comitiva: me oculté entre la multitud y vi pasar delante de mis ojos á Isabel, apoyada en el brazo de un hombre desconocido: la seguí largo rato con la vista, y luego entré en la iglesia, me arrodillé delante del altar y lloré mucho..... después me imaginé que estaba dormido.....

Cuando desperté estaba tendido sobre un lecho duro, en un aposento que no conocía: delante de mí, sobre las frías baldosas de aquella estancia, estaba arrodillada una mujer que lloraba y que tenía los brazos cruzados sobre el borde de mi cama y entre ellos ocultaba la cabeza.

Quise entonces llevarme las manos á la frente, pero mis manos estaban atadas con fuertes ligaduras: quise levantarme, pero mis miembros estaban aprisionados en una camisa de fuerza..... Entonces comprendí que había estado loco.....!

Los ojos se me llenaron de lágrimas y lancé un grito convulsivo.....

En ese momento entró apresuradamente en el aposento un anciano y después de examinarme con detenido cuidado, exclamó con un acento de inexplicable alegría:—“Está salvado,” y empezó á desatarme las ligaduras.

—¿Dónde está Isabel? le pregunte.

—No pregunte Ud. por ella, me contestó; la mujer que no sabe cumplir los juramentos de su amor, no debe recordarse nunca. Y escúcheme, amigo mío, continuó luego con voz tranquila, no hay sino un sólo amor verdadero sobre la tierra.

—¿Y cuál es? le pregunté.

Y sin responderme, me señaló á la mujer, que todavía inmóvil permanecía arrodillada delante de mi lecho.

Aquella mujer, era mi madre!!!

M. MEDARDO ESPINOSA.

1880.

Hijos de la prensa á la que hemos dedicado las primicias de nuestras ideas, á la que hemos consagrado nuestros esfuerzos y desvelos, pese á nuestra modesta individualidad perdida en el montón anónimo, nos enorgullecemos cuando en cierto modo vemos compensados los esfuerzos de nuestra vida con un triunfo tan espléndido del periodismo. En la República de los Estados Unidos, en la que todo hasta lo inverosímil se puede intentar con esperanzas de éxito, un periódico, humilde hace pocos años, el *World*, se ha elevado hasta ser hoy uno de los colosos de la opinión. Ha erigido con tal motivo un monumento que es su templo.

El edificio que ha construido en New York es un simbolismo; en su elevada cúpula desde la que se domina la gran metrópoli se vierten al papel las ideas que lanzadas á la multitud la hacen pensar.

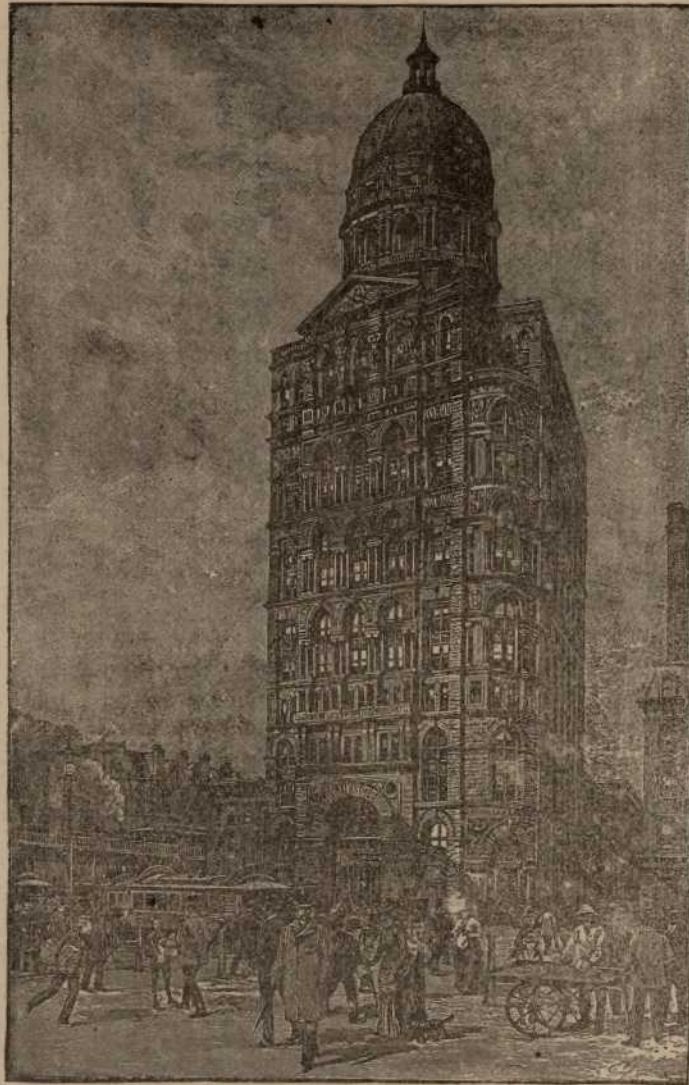
Con gusto damos á nuestros lectores un grabado que representa el famoso edificio. Es interesante el corto diálogo sostenido entre el propietario del *World* y el arquitecto.

—Quiero sobre este terreno el edificio más elevado de New York; partiendo de esta base haga U. lo demás. Tiene carta blanca.

—*All right*, fué la única respuesta del arquitecto.

Y aquí del talento y habilidad del arquitecto para sacar partido del pié forjado poco terreno y mucha elevación. El propietario del *World* y todo New York esperaban una á manera de chimenea llena de aspilleras, donde el gusto arquitectónico quedara sacrificado á la utilidad. Pero el arquitecto que es un verdadero *yankee*, sin temor á comprometer su reputación y confiando en los recursos de su ingenio, levanta el edificio sacando el mejor partido posible de las circunstancias. Todo el edificio es un prodigio de atrevimiento y un modelo de distribución interior; diez y seis elevadores dan acceso á la cúpula por los que suben y bajan millares de personas al día.

El propietario y el arquitecto se salieron con la suya; si Londres tiene su catedral de San Pablo de altivas torres, si Colonia lanza á las nubes las riquísimas cresterías de sus campanios de la catedral; si París se



EL NUEVO EDIFICIO DE "EL WORLD"

muestra orgulloso de su torre Eiffel, todos esos monumentos son construidos por poderosas naciones y no son patrimonio de un particular, ni de un periódico; Gutenberg tiene un monumento digno de su invento.

El balcón de la cúpula se eleva 300 piés sobre el nivel del pavimento; es un pintoresco viajecito el pasar á gran velocidad en un ascensor por 21 pisos ¡21 pisos! que tiene el edificio y al llegar á la estación final, el elevado balcón, contemplar aquel espléndido panorama. Si uno tiene aficiones científicas deplora no llevar un termómetro para hacer comparaciones de temperatura, un barómetro de bolsillo, un antejo, todo ese arsenal ambulante que en varias carteritas pasean por el mundo los *touristes* ingleses. El objeto es hacer observaciones meteorológicas para luego anonadar al lector con rasgos de erudición.

El sensible, el brusco cambio de temperatura; á menor presión atmosférica y mayor pureza del aire se siente uno allí como nuevo respirando con avidez; pero esas considera-

ciones fisiológicas son olvidadas ante el soberbio panorama. Todos los edificios de la ciudad se ven allá abajo liliputienses; la gente que hormiguea por *City Hall* casi no se distingue. Se ve el océano Atlántico hasta más allá de *Coney Island*. Al frente la ancha bahía; los dos ríos; los oranges mountains al Oeste; Brooklin al Este; el Central Park al Norte y los distantes Narrous hacia el Sud, con el océano más allá. Todo ello se abarca de un golpe de vista. El horizonte sólo limita este panorama cortado hacia el Oeste por lejanas colinas; y cuando la atmósfera está clara y libre de brumas, y la brisa barre el humo, es magnífico el espectáculo; se siente una sensación inefable que hace exclamar á uno ¿qué he hecho yo en la vida para merecer contemplación tan grandiosa? Se toca uno para convencerse de que existe, que no es víctima de una pesadilla, que es verdad todo aquello; la idea del infinito se nos impone.

..... Esto sentía, esto gozaba cuando una señorita me cogió bruscamente por un brazo exclamando: "Caballero, el balcón y la cúpula tiemblan." El pánico es contagioso, adios sentimientos de sublimidad. Lo pensaba yo con angustia: "es verdad, se siente aquí una trepidación horripilante ¿para qué habrán hecho esto tan estrecho y elevado? ¿Para qué habré yo subido aquí? Y después con rabia:

"yo quiero estar abajo, en el suelo, Jesús, qué desagradable es esto... y luego de llegar al ascensor con paso vacilante y cogido á las paredes de la cúpula, qué manera tienen los *yankees* de manejar los ascensores, qué manera más rápida de bajar, literalmente, lanzan el aparato desde la cúpula al pavimento con una velocidad que le hace encomendar á uno el alma al Creador en espera de un choque al final ¡qué sensación tan desagradable! Se detiene el ascensor ¡por fin! respira uno fuerte y escapa como ebrio de aquella casa haciendo resolución de no subir más. Al salir de la plaza, antes de virar la esquina, vuelve uno la cabeza y echa á la cúpula una mirada mezcla de curiosidad y de encono.

Pero no queda aquí la cosa. Dentro de poco podremos sorprender á nuestros lectores con otra *americanada*. El *Herald* no le ha sentado bien el edificio del *World* y ha exclamado "¿torrecitas á mí?" lanzando un formidable reto: va á construir el edificio *más grande del mundo* para instalar sus redacciones.

G. L.

LEYENDA.

(FRAGMENTO.)

I.

Ajeno de la vida á los embates, cruzaba ufano ese feliz momento, que han solido llamar algunos vates— con sobrada razón ó sentimiento— las veinte primaveras: instante venturoso en que el amor en raudo torbellino nos arrebató ciego á un mundo de dulcísimas quimeras.

Quiso entonces el destino poner en mi camino á una chieuela de dieciocho abriles, graciosa como una hada, alegre, pizpereta y hablantina, que tuvo la ocurrencia peregrina de poner en mis ojos su mirada.

Era la tal Celina, pues así se llamaba la muchacha, una chica gentil y vivaracha, llena de amor, hechizos y talento, con unos negros ojos y una boca.....

capaz de volver loca al alma más piadosa de un convento.

Aunque era un tanto charra en cuestiones de canto y de solfeo. ¡Cuántas horas felices á su lado, pasaba enajenado, oyéndola cantar con su guitarra aquellas sus canciones salerosas, ay! para mí más dulces y armoniosas que los divinos cánticos de Orfeo!

¡Como no había de amarla!.. Era tan bella espiritual y pura,

que la pasión inmensa que por ella
mi corazón sentía,
ya no era sólo amor, era locura.

II.

Ambos éramos pobres, mas la suerte
ó mi desgracia quiso
hacerme poderoso de improviso.

Tenía yo en España
una amorosa tía,
que hasta su muerte supo—cosa extraña—
mostrarme, no con dichos, con razones
lo mucho que la pobre me quería.
¡Dios la tenga en el cielo,
que dejéme al morir, en un legado,
como quien dice nada,
unos cien mil dóllores.

Apenas supí tan infausta nueva
corrí á la casa de mi bien amado
y contéle mi duelo inesperado.

Ávida y silenciosa
oyó mi breve relación sincera,
mas ay! á poco ví que entristecida
bajó su frente hermosa,
de rizos abundantes coronada,
y luego presurosa,
la cabeza ocultando entre las manos,
alejóse de mí cual ave herida
que lleva aún la flecha atravesada.

Lo que pasó en mi alma
en tan triste momento,
aun hoy en vano descifrarlo intento:
sólo recuerdo que perdí la calma
y sin saber de mí corrí en pos de ella,
ahogándome el amor y el sentimiento.

—¿Qué te pasa Celina? muy confuso
la dije sollozando como un chico.
Con sencillez ingenua—¡Nada, nada,—
entre esquiva y llorosa me repuso,—
ya no te quiero, no, que ya eres rico!

¡Por Dios, que estaba hermosa
con su agraciada faz que hiciera el cielo
de transparentes hojas de azucena
y pétalos de rosa!
Al punto comprendí su oculta pena
y sus justos enojos,
y habléla de esta suerte, conmovido,
para enjugar las lágrimas
que aun asomaban á sus bellos ojos:
—Sé que eres buena y que tu amor es puro.
No te enfades así, que por no verte
llorosa ó afligida,
no solamente diera
del mundo las riquezas
sino también, Celina, hasta la vida.
¡Por qué te empeñas sin motivo alguno
en affigirme tanto?
Cesen, pues, tus agravios
y que por mí, jamás escuche ó vea,
ni en tus ojos el llanto
ni las más leves quejas en tus labios.

A tan sentida súplica, la niña
movióse á compasión.—¡No habrá más riña
entre los dos! me dijo;
y enjugando sus ojos, y sonriendo
con esa ingenuidad de la inocencia,
entrelazó su mano entre la mía,
y luego cariñosa me repuso:
—Jamás, jamás creía
que me quisieras tanto
como ahora por mí dicha lo estoy viendo.
Antonio, ya eres rico, y no comprendo
cómo aun me prefieras,
habiendo tantas otras
tan apuestas, gentiles y hechiceras.
—No digas tonterías, que con eso
ofendes mi cariño,—le interpuse,—

aun más, Celina, necesito ahora
me prestes atención, que voy á hablarte
de asuntos harto grave:
mucho tiempo he vivido
ansioso de que un día,
pueda al fin en mis brazos adorarte.
Vivir más tiempo así, ya no podría;
debemos cual las aves
pensar, Celina, en fabricar el nido,
ahora que cuento, como bien lo sabes,
con el legado de mi buena tía.
Traer ese dinero
al punto necesito. Vóime á España,
para á la vuelta unirme y ser dichoso
con la que tanto quiero.

Atenta á mis palabras, ni un momento
apartaba de mí sus dulces ojos,
cual si pudiera acaso
escudriñar mi mismo pensamiento.
Mas al saber mi extraña
y pronta decisión, vi que turbada
al punto quiso hablarme, mas no pudo
como si atase su garganta un nudo.

Para ahuyentar su pena,
habléla nuevamente
de nuestro inmenso amor, en que dichosos
mezcláramos los dos, ha tiempo unidos,
lágrimas y esperanzas y latidos.
Ofrecíle sería
mi ausencia lo más breve,
y que pensando en ella á todo instante,
más rendido que nunca y más constante,
mil cartas y recuerdos le enviaría.

San José de C. R., 12 de Diciembre de
1890.

EMILIO PACHECO.

NAPOLEÓN.

Yo fui rey de los reyes. Doquiera la victoria
impuso al mundo todo mi férrea voluntad;
¡habrá otro nombre acaso en la mezquina historia
más grande que mi nombre?—Hay otro: Libertad.

C. GAGINI.

Diciembre de 1890.

DUDAR.

(Para "Costa-Rica Ilustrada.")

HE aquí la palanca poderosa que empuja
el pensamiento con prodigioso
vuelo: la duda.

En filosofía la fé sería la consunción, el
ocio, la inmovilidad, la muerte; así la vida
sobra y el deber no se cumple. Dudar es ir
adelante, poner los cimientos del progreso,
descubrir, reformar, matar preocupaciones
nocivas. A todos los progresos ha debido
preceder la duda: ha sido preciso en muchas
ocasiones borrar completamente lo escrito en
el encerado para escribir lo nuevo. Cosa tan
fácil al parecer: dudar; pero la humanidad se
aviene con las tradiciones por pereza, y á las
tradiciones se apega con empeño invencible:
para alejarla de ellas ha sido la lucha interesante
de los siglos, lucha tenaz y amarga en
que casi siempre se ha vertido la sangre, pero
sangre redentora, sangre de apóstoles y de
genios.

Todas las ciencias han sentido el influjo
benéfico de la duda y á sus rayos han florecido
como los campos. Ha bastado en ocasiones
remover la piedra que se oponía al paso
de la máquina para que la máquina haya volado;
el cuerpo opaco que obstruía la luz para
que la luz echara sus rayos poderosos y
fecundantes sobre las inteligencias y haya
alumbrado el seno incógnito de las cosas.
Dudar de una doctrina es abrir la brecha á
las demás para que triunfe la mejor. Las
maravillas han asombrado á las multitudes,
estas han aceptado esas maravillas, pero
muchas se niegan á reconocer la duda como
fuente de esas grandezas, antes que la
investigación y la lógica. Llévase la duda á un
cerebro y comenzará á funcionar con trabajo
propio: ese cerebro producirá algo.

Dudar para trabajar: ese es el secreto.
La duda cobarde que los escépticos y los malos
se hacen por conveniencia, para justificar
su ocio y su impiedad, es duda negra que
pervierte las cabezas y los corazones; la duda
ha de ser pura como la luz, vivificante como
el fuego, sagrada como la causa primera de
las cosas. Los que tal hacen tratan de engañarse
á sí mismos ó explotan la duda para
desarrollar sus instintos de holgazanería y de
perfidia. La duda en un espíritu inteligente,
laborioso y honrado, es antorcha que hace
prodigios y que remueve sombras; si falta la
bondad es germen de atrasos, de tiranías y
de odios. Como todo, la duda no debe prostituirse.
Ya prostituida, déjese para el bordel.

En el amor no cabe la duda; para él la
fe ciega y absoluta. Cuando penetra en el
corazón enamorado es cuervo que hace sangre
con su pico de acero, veneno que asfixia,
cuchilla que hiere lentamente hasta que mata.

Tiene el espíritu amante sus horas de
angustia cuando la duda lo asalta: la calma
huye, el presente se hace insoportable y el
porvenir se torna negro y amargo. Entonces
vivir es sufrir. Huida la esperanza se ama
la muerte, se ansia el misterio que está
del otro lado de la tumba, como un remedio
único, el abismo donde el vértigo de la caída
haga olvidar los sufrimientos y que le pueda
dar sorpresas supremas al espíritu, la claridad
del infinito. Si es la nada, el sufrimiento
cesa; si es la verdad y la vida, se nace á
la luz. Siempre es preferible á un instante
de duda.

Como la humanidad ha amado desde su
primer momento, desde entonces la duda le
ha amargado sus placeres; por eso la antigüedad
se hizo un Dios vendado é inesperto.
Ese hijo adorable de la belleza que hiere á
ciegas, á ciegas mantiene á sus víctimas, porque
cuando la luz alumbraba las retinas, su
imperio ha concluido, y á su imperio sigue el
de la amargura y el hastío. Amar es creer.
Se ama á Dios porque es la evidencia, alumbrado
como un millón de soles sobre el horizonte,
no es posible dudar un instante de él: se
ama á la madre porque el amor suyo es in-
cuestionable y no tiene mezcla de egoísmo; y
así se ha de amar á la mujer que elige el
corazón por compañera, con fé inquebrantable

y absoluta. De otra manera el afecto no es amor, es conveniencia, es necesidad material, es ventaja social, es exterioridad engañosa que lleva el germen de los grandes sufrimientos, la disolución y el adulterio, la ruina de la familia y el infierno del hogar; es muchas veces el crimen que triunfa con ropaje de bondad.

En la mujer amada se ha de ver la bondad pura: á ella ha de erigirse un altar como á la Diosa de las francas y castas intimidades. Si una sombra cruza el cielo de la ilusión, el encanto se desvanece y el sufrimiento reina. La amada debe ser oráculo, sibila; y á sus palabras debe el amante acogerse y abrigarse como al oasis fresco y cariñoso que le brinda el agua cristalina en medio del desierto de la vida y entre los rayos sofocantes de la maldad social. Ah! pero cuántas veces aun queriendo así, pica la duda el corazón como una espina envenada! ¡Si el goce completo no es para la condición humana!

Sin fe no es posible el amor; creamos y amaremos. Si alumbra el desengaño es al destino inexorable á quien hemos de culpar. La amistad y la gloria necesitan también de la fe. Creer, amar y esperar: he aquí el supremo placer.

RUBÉN RIVERA.

Que solo la libertad hace fecunda la juventud.

AL JOVEN ESCRITOR Y AMIGO, DR. RUBEN RIVERA.

Tiene su ley, oh amigo! la juventud.
Las flores

Revientan al influjo de un ritmo universal;
La savia lleva en gérmenes perfumes y colores,
Y la forma invisible de frutos colgadores,
Y de los abanicos del verde palmeral.

La fórmula se esconde que da cuerpo á los seres
En el regazo dulce de la eterna Citeres,
Y el invisible tipo de aquello que será,
Surgiendo ante tus ojos, mientras su ley infieres,
Llega de las tinieblas y á las tinieblas va.

Mas advierte, si herido por el escarcha helada,
Si lo osa la caricia de la limaza vil,
Cómo se mustia el germen—cuál llora desolada;
Venus de las florestas, en la sombra callada,
Los frutos concebidos en brazos del Abril.

Tiene su ley, oh amigo! la juventud. En vano
La conmovió el mágico soplo primaveral:
Se le estancará el hábito del espíritu humano
Y aun la copa mas dulce se amargarán en su mano,
Si no es alma de su alma el alma Libertad.

Ay de aquel pueblo oscuro donde la fe se enerva,
Donde crecen los hombres como la baja yerba
En la que cuele un viento que parece gemir;
Mar sobre cuyo abismo se tuerce la onda acerba
Donde va el alma, tétrica, náufraga, sin morir.

Oh amigo!, esos torrentes de las fuerzas que se huyen
De lo ignoto,—el espíritu buscando encarnación,—
Al sér que los comprime lo abrasan y destruyen;
Siente que con su vida más crecen y más fluyen;
Lo consume y lo mata la cautiva explosión.

Le hostiga el estallido que iba á ser la palabra
Que florece relámpagos sobre la multitud,
Y la idea que espera que su prisión se abra

Es meteoro candente que hondos caminos labra
Calcinando el cerebro donde halló su ataúd.

Se rompe lo que solo la libertad aúna,—
Fe y amor y entusiasmo, la idea y la pasión,—
Y el trueno de los himnos y la ardiente tribuna
Es el gemido abyecto que al déspota importuna
Surgiendo de la gehenna que iba á ser Partenón.

Esa juventud mustia, desosegada y yerma,
Sin una fe profunda, sin un profundo amor,
Lleva la antigua herida de su raza; está enferma:
La libertad, fantasma, estará mientras duerma
Sobresaltando en sueños su tremendo sopor.

Tiene su ley, oh amigo! la juventud. Si acaso
Miras al garzón, yema del porvenir, el paso
Triste, la faz contraída de honda tribulación,
El corazón que gime, la mirada en ocaso,—
Síntoma es del malogro de una generación.

Faltó la savia al hombre. Le maniató en sus hilas
La limaza; le atiere frío de humanidad:
En las estepas áridas donde abrió sus pupilas
Al nacer, no vertía sus miradas tranquilas
El ángel de la vida,—faltó la Libertad:

Las fuerzas que ansiar hacen el vuelo al ave implume,
La luz, sin cuyo beso no ardiera el arbol,
La savia, cuyas gomas emergen el perfume,
El sol, sin cuya lumbre la corola se entume,
El éter, que alimenta la eternidad del sol.

FRANCISCO GAVIDIA.

LA MUSA COLOMBIANA.

poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

CANTO 1º

Cuando tras largo afán surgió Colombia
á la vida eficaz de Estado libre,
se estremeció la Musa, en los ardores
de la vital fecundación presagos;
y al influjo brotó de sus deseos
el opulento mundo de las formas,
en que realiza el pensamiento humano
la existencia inmortal de sus creaciones.

¿Vió jamás la ilusión tal horizonte,
al desplegar sus vagarosas alas?
De la gloria los cárdenos reflejos,
al un confín; al otro, los albores
del sol de la esperanza, y dondequiera
vivo fulgor ó estelas rutilantes.

Tal esplendor solemnizó la Musa
con ritmo vario y múltiples acentos:
con el himno guerrero que en las lides
enfervoriza el ánimo que rompe
del revelado siervo las cadenas,
y tres centurias de opresión redime;
con el lírico raptó que fulmina,
en el fragor de la civil discordia,
á la enemiga fuente rayos de odio.
En suave endecha ó raudo ditirambo,
cantó el amor ó suspiró el deseo;
la observación dicaz movió la risa
al retratar los tipos que conforman
de nuestro pueblo el fondo abigarrado;
y, cual la linfa de apacible arroyo,
osó transparentar tímido el verso
de nuestro suelo la inexhausta pompa.

Fué hermoso el despertar del sentimiento
que en inspirada voz solemnizaba
la creación de la naciente Patria;
pero en la lucha, á intermitencias solo
pudo brotar de los exangües pechos.
Propagose después, vibrante á veces,
ya lozano, ya tierno, ya festivo;
y espira al fin en querellosos ecos,
del pensamiento racional en torno
al prepotente carro, que avasalla,
en épocas de duda y de combate,
lo más intenso del vigor humano.

Una generación fué consagrada
á hacer surgir la luz de la conciencia,
de servidumbre en la tiniebla oscura;
otra, á formar el nacional carácter,
de libertad en la azarosa escuela;
y la presente, por ventura, debe
perseverar en la labor tan sólo
para que el campo del progreso ofrezca
fragantes flores y abundantes frutos.

Mirando en lontananza el bien deseado,
murió la ilustre raza genitora;
mas reclinose en el eterno sueño
sonriendo feliz, al ver lanzarse
á descuajar la juventud el campo,
por los senderos que indicó el deseo.

Miradla como va con pie atrevido
al espléndido foco que concentra
del ideal los rayos refulgentes:
los nombres y hechos que la historia guarda,
del mundo real el penetrante efluvio,
la lucha de intereses y pasiones,
que el medio ambiente nacional conturban
el vividor hervir de la conciencia,
la aspiración del alma ó lo infinito,
cuanto en el tiempo y el espacio vive,
bulle doquiera en ondas comprimidas,
que aguardan sólo que en el humano verbo
curso les dé, para manar en chorros.

Ya, ya empuñó la resonante trompa
que los heroicos hechos eterniza,
y va á cantar los nombres legendarios.
Zarpa de Palos con Colón; le admira
sereno él solo en las movibles ondas
del oceano y de la duda; sigue,
triunfa con él, y la española enseña
ve tremolar en tierra americana.
¡Salud al vencedor, hosanna, hosanna!,
en los marinos ámbitos resuena;
¡gloria al Señor!, se escucha... más ¡qué acento
como un sollozo el eco repercute,
del bosque umbroso á la arenosa playa?
—Es de América el Genio, que preludia
el salmo funeral de la agonía.

—¿Es ilusión, decís? Pues ved alzarse,
en trágicos acentos evocada,
la romanesca sombra de Balboa.
Si el mar del sur proclama su heroísmo,
la envidia é ingratitud le recompensan
con el martirio que redime: llora
su triste fin la Musa el flébil tono,
cual llora el de Bastidas y Robledo.
Tu indomable soberbia, ¡oh Belalcázar!,
vil muerte dió al explorador de Antioquia;
pero esa sombra que tu frente tiñe,
si no se borra, palidece al menos,
al vívido reflejo de la espada
que avasalló de Popayán la tribu.

Heredia en Calamar echa el cimientó
de la "ciudad heroica" en quien renacen
los lauros de Numancia y de Sagunto.
Las huestes de Quesada se dirigen
á la planicie andina en que demora
el floreciente imperio de los Chibchas:
á su presencia se conturba el pueblo
que Nenqueteba adoetrinó; trepidan,
en los templos de Iraca venerandos,
de la nación los Genios tutelares;
y, al vendabal de la ambición hispana,
que recorrió de Muequetá hasta Tunja,
rindióse el Zaque y humillóse el Zipa.

Ved al letrado ilustre levantarse
en medio de la turba aventurera
que refrenó con su potente brazo.
Manda: y los llanos San Martín descubre;
funda á Tunja Rondón, Galiano á Vélez;
y al pie de Guadalupe y Monserrate,
principio da á la Atenas colombiana,
en cuyo foco pensador se acendra,
primero, el don del servilismo, y luego,
la dignidad del sentimiento patrio.

¿Es mentira también? ¿Aun duerme acaso
en crónicas y archivos, la epopeya
de la conquista, sin que el soplo ardiente
de genitora Musa viviaque
el drama que en sus páginas palpita?
La inspiración vivaz aun no ha tendido
su arrebatado vuelo á las regiones
do la codicia se forjó el Dorado?

Vanamente tras él, mítico engendro
corrió afanosa la ambición, que siempre
será la realidad cárcel estrecha
al soberano rumbo del deseo.

Tan sólo la ilusión con los favores
de falaces señuelos, la del alma,
de hermosura y de luz, temblar le es dado,
inextinguible sed: ¿quién si no ella
nos brinda siempre con encanto nuevo?

¿No más que la ilusión... Dudas? me dijo
la Musa de mi Patria sonreída:
ven á mis reinos y verás las pompas
que osó jamás soñar la fantasía.

Seguí sus pasos, y embargó mi alma
mudo estupor ó dulce arrobamiento.

¿Con qué serenidad el grande océano
demora á nuestros piés! Desde el oriente
al occidente, con sus ondas llega
casi á cubrir la redondez del mundo:
reflejan siempre sus tranquilas aguas
la luz solar; en su dominio inmenso
siempre se compenetran noche y día.

Diadema de montañas gigantescas
le circunda en el Africa, en el Asia,
en la gentil América, do llega
á acariciar la planta de los Andes.
De Costa Rica al Ecuador, sus aguas
son siervas de mi Patria, y su tributo
de perlas y coral es para ella.

No lejos el Atlántico sus olas
agita con rumor: faja de tierra,
que es mi Patria también, hoy les separa;
pero ya miro á la potente industria
los diques desgarrar y surge en cambio
el vínculo de unión: de entrambos mares.
Un brazo hacia el levante, otro al poniente,
tiende Colombia, y pueblos apartados
sobre su seno con amor estrecha
en el fecundo abrazo del comercio.

¡Oh mar que entre hemisferio y hemisferio,
del septentrion al Sur, tu onda dilatas!
aquí de pie sobre la egregia cumbre
de la Sierra nevada, te saludo.
¡Extraña sensación! el alma espande
más allá del sentir sus impresiones.

(Continuará).

LEJOS.

ELLA, asida á mi cuello, no cesaba
Su llanto de verter;
Y á sus voces, mis lágrimas su rostro,
Inundaron también...

* *

Hoy lejos, me hace falta de sus ojos
El brillante fulgor.
Su imagen anidada en mis recuerdos,
La llevo doquier voy:
Que de mi no se aparta ni un instante
Tal cual la vi, cuando le dije adiós.

SIMIL.

AS nubes que en el cielo
El horizonte empañan
Amenazando á todos
Terrible tempestad,
En truenos y relámpagos,
En lluvia se desatan;

Después de la tormenta
Se ve la claridad.

El pecho dolorido,
El alma acongojada,
Cuyas pasiones luchan
Sin fin por la verdad
Sollozos y suspiros
Y lágrimas derrama...
Mas no divisa nunca
Lo que es felicidad!!

ULTRA.

Cuando por cerca de mi tumba pases,
Ni á mirar vuelvas donde yazga yo,
Y mucho menos un suspiro lances
A la memoria de quien fiel te amó.

Ay! que quien tiene, como yo, de amiga,
A la desgracia con su fier segur,
No merece que al cielo por él pidan
Ni padres, ni parientes, menos tú...

Ah! no, tú sí, al cementerio vete,
Allí levanta tu plegaria á Dios;
Dile que entrambos nos amamos siempre,
Que fué inocente nuestro puro amor.

Del rosal seco de mi triste estancia,
Nunca te olvides una flor coger,
Ponla en tu pecho, que al tocarla tu alma,
La flor ya muerta vivirá otra vez.

P. PENATES.

S. José, Diciembre de 1890.

LA POESIA CASTELLANA CONTEMPORANEA.

El editor Perrin de París, acaba de
publicar un libro de Boris de Tannenberg, en
que este escritor juzga y estudia á algunos
de los principales poetas castellanos de España
y América.

El libro es por demás interesante, y el
autor merece el aplauso y agradecimiento de
todos los cultivadores de la lengua de Casti-
lla.

En el prefacio explica el por qué de la
oportunidad de su libro.

Las cosas de España han estado de moda
en la última exposición. Las manolas y los
toreros hicieron triunfantemente su papel.

Angel Pastor vistió el frac parisiense.

Las corridas gustaron á los hijos capri-
chosos del gran París.

Estando en boga lo español, de Tannenberg
ha querido aprovechar ese momento para
llamar la atención de los franceses sobre
nuestra literatura.

Todo pasa en París llevado por el vien-
to de la moda.

No acabamos de ver, hace poco tiempo,
el auge que lo ruso tuvo en Francia?

Y no hemos presenciado la gran irrup-
ción del japonismo que aún subsiste?

Boris de Tannenberg no solamente tra-
ta en su libro de España, sino también de
nuestros países de América.

El ha querido demostrar que tenemos
"poetas de primer orden", nosotros los cono-
cidos únicamente en Europa por nuestro café
caracollo y nuestras endiabladas revueltas,
por nuestros sombreros de Jipijapa,—los pa-
namá que ellos dicen,—por nuestros delicio-

sos presidentes derrochadores que visitan la
capital del mundo para gozo y provecho de
hoteleros y horizontales, y por nuestras gra-
ciosas señoritas ricas, deseadas por los noble-
tes arruinados que andan siempre en busca
de esa Pepa encantadora que tiene haciendas
y dinero en el banco.

El estimable escritor ha querido enseñar
el lado luminoso de estos países, ya que allá,
cuando se oye hablar español, se cree ver a-
parecer la silueta del rastaquer estafador, cri-
minal ó ridículo.

Francia, desdeñosa siempre, especial-
mente en materias intelectuales, de todo a-
quello que no es francés y sobre todo pari-
siense, se preocupa poco de lo extranjero.

Hay no obstante escritores que empre-
nden de cuando en cuando la loable tarea de
hacer á conocer la producción literaria de otras
partes, y España ha contado con algunos
buenos hispanófilos en su soberbia vecina.—
No puedo menos que recordar á Villemain,
á Gautier, á Viardot, al mismo Víctor Hugo,
y en estos últimos tiempos á Leo Quesnel, á
Alberto Savine, á la distinguida traductora
del chileno Blest Gana, á José María de
Heredia, á Edmundo Rostand, y para no se-
guir citando más, al bravo escritor, crítico
insigne y elegante, autor de este libro de que
me ocupo.

Con Villemain debemos estar siempre
agradecidos por los elogios que al cubano can-
tor del Niágara consagra en su libro sobre
Pindaro; con Gautier,—á pesar de ciertas
exageraciones suyas,—por su apego á las co-
sas de España y por los lindos versos que
le consagró á Viardot por su comprensión
profunda del espíritu de Cervantes; con
Víctor Hugo, por su afecto á la tierra de
Hernani; y en nuestros días con Leo Ques-
nel, porque en diarios y revistas—principal-
mente en la "Nouvelle Revue" y en la "Revue
Bleu"—ha hecho conocer á muchos escritores
y poetas españoles y americanos. Lo propio
ha hecho Alberto Sabine, y aún más, pues ha
traducido y traduce con frecuencia las prin-
cipales obras castellanas de autores contem-
poraneos. De su casa editora han salido para
el público parisiense libros de Galdós, de Pe-
reda etc. José María de Heredia, rey de los
sonetistas, conoce perfectamente el español,
como que sus primeros años trascurrieron en
la amable Cuba, patria de su padre don Seve-
riano, ex-Ministro de Francia. Y Edmundo
Rostand, exquisito poeta, hace magníficas
traducciones de nuestra lengua.

Para los conocedores pongo aquí una
muestra, una imitación de la famosa leyenda
de Zorrilla "El Cristo de la Vega". Como
lo hace notar el de Tannenberg, Rostand
ha tenido la fantasía de escribir toda la com-
posición con rimas masculinas, lo que pro-
duce un curioso y excelente efecto de sono-
ridad.

LE CHRIST DE LA VEGA.

C'est au temps de nos aieux.
De par le roi son seigneur,
Pedro d'Alarcón le vieux
A Toléde est gouverneur,—

Don Pedro, vaillant guerrier,
Qui, s'il perdit son bras droit,
Conserve son cœur entier
Pour servir Dieu et son roi.

Or donc le bon justicier
Vient prendre place aujour'hui
Dans la chaise á haut dossier,
Ser juges autour de lui.

Dessous un dais de velours
Il siège, vêtu de noir,
Et l'on entend les pas lourds
Des archers, dans le couloir,—

La voix lente du greffier
Qui, plein de componction,
Vient quelquefois solfier
L'acté d'accusation;—

Et, quand le vitrail parfois
Un moment reste entr'ouvert,
Des cris de marchands, des voix
Montant du Zocodover.

Il régné un ennui profond;
Les archers, debout au seuil
De la grande porte, font
Aux fillettes des clins d'œil.

Quelques greffiers au soleil
Se'chent leurs longs parchemins;
Et croisant, pris de sommeil,
Sur leur gros ventres, leurs mains,

Dans leurs fauteuils renversés
Comme pour voir le plafond,
Par le murmure bercés
Les juges dorment, au fond.

Chacun bâille. Mais voilà
Qu'avec des cheveux épars,
Qu'un long créper noir voilà,
Des yeux rougis et hagards,

D'une voix rauque criant:
"Justice! mon cher seigneur!"
Une femme en suppliant
Tombe aux pieds du gouverneur.

Il la relève, et calmant
Le tumulte avec un mot
Il lui parle doucement:
"Femme, dis ce qu'il te faut.

Pourquoi tant te désoler?
—Justice contre un voleur!
—Qu'a-t-on bien pu te voler,
Pauvre fille!—Mon honneur!

Justicie contre un celui
Qui jura de m'épouser!
—Il t'a fait ce serment?—Oui!
Afin de mieux m'abuser!

—Son nom?—Don Diego.—C'est bien:
—Noble?—Noble et officier.
—Femme, on te rendra ton bien,"
A dit le bon justicier.

"Noble et soldat, ton amant
Ne peut perjuré ainsi.
Diego, s'il a fait serment,
Tiendra. Qu'on l'amène ici!"

Or Diego ne tarde pas.
Bientôt dans le corridor
On entend venir en pas,
Sonner des éperons d'or.

La tenture brusquement
Se soulève. C'est bien lui.
Il entre fier et charmant
Sous son grand casque qui luit.

Il s'avance, frémissant,
Campé sur la anche et l'œil
Plein de colére; on le sent
Outragé dans son orgueil.

"Le capitaine, c'est vous,
Don Diego?" Lui, sans émoi,
Et les dévisageant tous,
A répondu: "Oui, c'est moi.

—On vient de vous accuser,
Diego, d'un lâche abandon.
Promites-vous d'épouser
Inés de Vargas?—Moi? Non!

—Jurez n'avoir pas juré!
—Soit! j'en prête le serment.
—C'est bien. Je suis assuré
De votre innocente!—Il ment!

Vous mentez, mon officier,
Par les saints du paradis!
—Femme," dit le justicier,
"Prends garde à ce que tu dis!

—Il jura de m'épouser!
—Il faut une preuve, au moins...
N'as-tu pas pour déposer
Contra Diego de témoins!

—Hélas! je n'en puis avoir.
—C'est bien. Veuillez pardonner,
Don Diego, si, sans savoir,
On a pu vous soupçonner,

Oui, nous nous sommes mépris.
Mais la preuve est faite. Allons!
C'est bien!..." D'un air de mépris
Pivotant sur ses talons,

L'officier tourne le dos,
Et, son grand manteau flottant,
Fier, toisant tous les badauds,
Il s'éloigne en sifflant.

Or, il était déjà loin
Quand Inés, séchant ses pleurs,
S'écria: "J'ai mon témoin;
Rappelez-le, messeigneurs!"

La foule des curieux,
Qui s'en allait, attendit.
Diego revint, furieux...
Et voice ce qu'Inés dit:

"On prend le témoin qu'on peut.
Le mien ne fera défaut.
En penchant la tête un peu
Il nous regardait d'en haut.

—D'en haut? dis-tu. Ton témoin
Était donc sur quelque toit,
Sur une colline, loin?
—Il était près, comme toi!

Son pauvre corps est pendu.
C'est d'un gibet qu'il nous vit.
—Femme, ai-je bien entendu?
Ton témoin est mort?—Il vit!

—Vrai Dieu, tu es folle!—Non.
—Cette femme divagua,
Seigneurs... Ton témoin, son nom?
—C'est le Christ de la Vega,

Oui, le grand Christ qui, je crois,
Du serment se souviendra,
Car c'est au pied de sa croix,
Là-bas, que Diego jura!"

Au nom sacré du Sauveur
Comme témoin assigné,
Les soldats, le gouverneur,
Tout le monde s'est signé.

Les fronts se sont découverts.
Le peuple est silencieux.
Les regards se tournent vers
Diego, qui baisse les yeux.

Chacun sent son cœur qui bat.
Les juges causent. Au bout
D'un mystérieux débat,
Pedro parle ainsi; debout:

"Femme, femme, en vérité,
Ton témoin est le meilleur.
Mais il aurait mérité
Qu'on lui fit plus grand honneur

Le seul tribunal de Dieu
Eût été digne de lui.
Mais enfin, puisqu'en ce lieu
Nu l'assignes aujourdhui,

Greffier, nous allons surseoir,
Avec votre parchemin
Au soleil couchant, ce soir,
Vons vous mettez en chemin,

A la Vega vous irez,
Et respectueusement
Au Christ vous demanderez
De témoigner sous serment!"

Ainsi dit le justicier.
Et vers la Vega, le soir,
On vit aller le greffier,
Solennel; vêtu de noir.

Puis, pâle d'émotion,
Inés,—puis le gouverneur,—
La foule, en procession,
Faitant sa sourde rumeur.

On voyait aussi marcher
Dans leur plus grand appareil,
Chacun suivi d'un archer,
Les juges du grand conseil;—

Et vêtu de son pourpoint
Brodé d'or, le plus galant,
L'épée au côté, le poing
Sur le pommeau, nonchalant,

Son grand feutre sur les yeux,
Frisant d'un air de dédain
Sa moustache au poil soyeux
Du bout de son gant de daim,

Diego venait le dernier.
Sitôt qu'on fut parvenu
Devant la croix, le greffier
Vint s'arrêter, le front nu.

Il lève les yeux, tremblant,
Vers le bois noir, recouvert
Par le corps du grand Christ blanc,
Du grand Christ au flanc ouvert,

Et dont le front, écorché
Par l'épine le ceignant,
A chaque pointe accroché
Laisse un clair rubis saignant.

Il dit, plaint les genoux:
"Jésus, plein de vérité,
Comme témoin devant nous,
Ce matin tu fus cité.

Fils de Marie et de Dieu,
Qui parmi les hommes vins,
Fais-tu serment qu'en ce lieu
Un jour à tes pieds divins,

Ce don Diego Martínez,
En échange d'un baiser,
Prit pour fiancée Inés
Et jura de l'épouser. . . ."

Mais un grand cri de stupeur
Monte,—car tous ont ouï,
Pris d'une indicible peur,
Une voix répondant: Oui!

Et le grand Christ brusquement,
Tendant son bras décloué,
Afin de prêter serment
A levé son poing troué!

Debemos tener entendido que en Francia, si pocos, hay muy notables concedores de nuestra lengua y literatura.

Pocos hombres de letras, al visitar el cementerio del *Pere Lachaise*, desconocerán,—á menos de pasar por ignorantes de la alta cultura europea,—que en el sepulcro en que están los huesos de Moratin, existe una gloria nuestra.

Julio Simón se ha entusiasmado en el Escorial y ha sido agasajado en Madrid por los académicos de la española. En cambio Castelar ha hablado en la soberbia lengua de Francia, bajo los viejos techos de la sabia Sorbona, y París le ha llamado grande y querido maestro.

Qué mas? Eusebio Blasco, brillante genio español, es hoy uno de los Redactores de *Le Figaro*.

Pero yendo á mi objeto, debo decir que el servicio que nos ha hecho Boris de Tannenberg es grande y valioso.

Ha dedicado el libro á su amigo Castelar en testimonio, dice, "de admiración y agradecimiento."

Comienza la obra con un estudio sobre Quintana, á quien considera el mas grande poeta lírico que ha tenido España en este siglo, reconociendo en él á un clásico por la forma y á un revolucionario por las ideas; pero al mismo tiempo afirma, con sobrada justicia, que la poesía de Quintana tiene poco del corazón, siendo su propia savia y artificio puramente intelectuales.

En cuanto á la armonía, sonoridad y movimiento de esas estrofas amplias que en sus poemas ha dejado el cantor de la invención de la imprenta, Boris de Tannenberg no encuentra ningún poema moderno que supere á Quintana, de quien dice que posee como nadie el *os magna sonatorum* de que habla Horacio.

Por sus odas patrióticas lo pone sobre todos los poetas modernos. No deja de apuntar los defectos de Quintana, la exagerante y vibrante declamación, los lugares comunes de sus asuntos y su artificiosa trama retórica.

Al hablar de Quintana no olvida á Gallego, en quien reconoce más perfección pero también más academicismo. Recuerda la oda *Al 2 de Mayo* pero prefiere la elegía á la muerte de Isabel de Braganza, que empieza:

Ay, vuelve al triste son, cítara mía.

En el Duque de Rivas señala uno de los primeros románticos españoles y admira su talento de narrador y su potencia en la descripción, le alaba como poeta épico y juzga su obra principal *El Moro Expósito*. Es admirable el conocimiento que Boris de Tannenberg posee de nuestra literatura. Sabe como pocos los refinamientos, las exquisiteces y los secretos de nuestra lengua.

Es además un artista.

Un bonito ensayo ha hecho para dar á conocer á las francesas la estructura, metrificación y cadencia de nuestros romances. Sabido es que la asonancia castellana no existe en la poesía de las demás lenguas europeas.

En Italia, Carducci ha escrito algunas composiciones por vía de *bizarriere* literaria en que procura imitar nuestros romances. Léase su precioso libro de versos *Eime Nouve*. En francés no sé que otro antes que Boris de Tannenberg haya intentado escribir versos asonantes. He aquí como imita el conocido romance morisco que empieza:

Si tienes el corazón,
Saide, como la arrogancia:

Si tu as autant de coeur,
Sayde que d'arrogance,
Et si ta main sait agir
Comme sait railler ta langue;

Si tu sais faire autre chose,
Qu' être galant près des dames,
Et si la trompe guerrière
Te plaí, comme la guitaret;

Si tu sais, bon chevalier,
Porter la maille brillante,
Et sur un coursier fougueux
Manier la lourde lance;

Je t'attend; sors du palais,
Viens me montrer ton courage,
Et si tu n'oses pas seul,
Que des amis t'accompagnent.

RUBÉN DARÍO.

EN EL ÁLBUM DE A. C.

Muchas veces un nombre es un recuerdo,
Como un recuerdo á veces es la vida;
Por eso aquí mi humilde nombre dejo
Y un recuerdo también, Adela amiga.

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

1890.

ERA..... ILUSION.

Tú eres suspiro de mansa brisa,
yo soy aliento de tempestad;
tú eres de nieve, yo soy de fuego;
tú eres el lago, yo soy el mar.

Tú eres un rayo de luna llena,
de astro de invierno tibio arrebol;
yo soy ardiente como el deseo,
como la llama de la pasión!

En tus afectos, *belleza fría*,
correspondencias no hay para mí:
tú, con mi fuego no eres dichosa,
yo, con tu nieve soy infeliz.

Eres perfecta como una estatua,
como una virgen de Rafael.

No quiero formas, quiero pasiones;
no quiero *mármol*, quiero *mujer!*

D. A. ARRIETA.

ELIXIR.

Quiero vivir del bosque de las palmas
Bajo el umbroso y fresco pabellón,
Donde reflejan los dormidos lagos
azul el cielo y fulgurante el sol.

Quiero la dicha, la embriaguez celeste
Con que nos brinda la existencia en flor:
El dulce beso en la apretada boca
Y el blando arrullo en la temblante voz.

Quiero, alejado de los hombres siempre,
Disfrutar de la eterna posesión
De tu alma virgen que suspira y llora
Porque es feliz con su primer amor.

Quiero, en mis horas de mortal hastío,
Para endulzar un tanto mi dolor
Abandonarme en tu regazo tibio
Escuchando latir tu corazón;

Y hundiendo en tus pupilas la mirada
Con voluptuoso afán escrutador,
Cual en las flores de repleto cáliz
la brilladora abeja su aguijón,

Quiero la dicha, lo que tú me has dado,
Lo que mi audacia al mundo le arrancó;
Sin que jamás robármelo pretendan
Ni aquí los hombres, ni en el cielo Dios.

ANTONIO VALENZUELA (h.)

NOTAS.

Nuestro colaborador don Emilio Pacheco está escribiendo una nueva leyenda. Siendo como es esa leyenda, un trabajo artístico por su forma, no obstante la tendencia social que ante todo tiene en mira su autor, creemos será visto con agrado el fragmento que hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores.

Desde el presente número queda al frente de la Redacción de "Costa Rica Ilustrada" el señor don Carlos Gagini.—Sentimos mucho la separación de nuestros buenos amigos Vidal Quirós, Ramón Matías Quesada y Joaquín P. Vélez, quienes han contribuído á sostener nuestra publicación. Presentamos á estos señores nuestros más sinceros agradecimientos, y les suplicamos continúen favoreciéndonos con su importante colaboración.

Pedimos perdón á los señores suscritores por el retardo con que ha salido este número.

TIP. NACIONAL.

73

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 1^a

NUM. 17.

San José, 30 de Diciembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

En el álbum de Nini.

*Tener quisiera inspiración divina
para poder así mis pobres versos
á tus plantas poner, dulce Celina,
que eres como las aves y las flores
toda amor, poesía,
arrullos y perfumes y fulgores.*

*Para escribirte á ti preciso fuera
á un ángel rubio del celeste coro
arrancarle una pluma:
del iris empaparla en los colores
y después esparcir sobre lo escrito,
del áurea mariposa
el tenue polvo de sus alas de oro.*

San José, 20 de Diciembre de 1890.

SUMARIO.

A NINI, por *.*.—EL VIAJE DE WILLIAM WUILL-
OHUBY, traducción por Carlos Gagini.—LA HECH-
CERA, por Francisco Gavidia.—CRÍTICA LITERARIA,
por Acacio Cáceres Prat.—DÉCIMA, por Jorge Pombo.
CORRESPONDENCIA DE PARÍS, por Manuel Argüello.
DESPUÉS DE LA BATALLA, traducción por C. Gagini.
HISTORIA DE UNA TORTOLITA, por Rubén Rivera.—
LA MUSA COLOMBIANA, por A. Olivo Pino.—NOTAS.

El Viaje de William Willoughby.

Novela escrita en francés por el Doctor Gustavo
Michaud, y traducida para "Costa Rica Ilus-
trada" por C. Gagini.

I.

WILLIAM WILLOUGHBY.

EN la ciudad de Quietown, estado de Tennessee, no tiene la gente mucha afición á la vida agitada, y William Willoughby era ciertamente el más sedentario de todos los habitantes de Quietown. A los veintiocho años de edad no se había alejado más que una sola vez de la casa paterna: un asunto de familia le había llevado á Memphis, y William Willoughby recordaba todavía con amargura las perturbaciones que en sus costumbres causó aquel acontecimiento. Nosotros creemos que ese horror al desalojamiento era hereditario en la familia. El difunto M. Willoughby, su padre, tenía también fama de hombre ávido de reposo y tranquilidad. Al morir había dirigido á su hijo estas palabras notables: "Will, hijo mío, si quieres llegar á ser feliz, no imites á nuestros vecinos los yankees; vive calmamente; evita sobre todo la política y las especulaciones sobre los granos ó el puerco salado." William Willoughby siguió tanto más voluntariamente el consejo paternal, cuanto que se espíritú, indolente por naturaleza, repugnaba cualquier esfuerzo prolongado.

Durante su infancia no habían perdonado medio alguno de instruirle. Un pastor protestante de la vecindad se encargó de enseñarle el griego y el latín. La tarea era ardua. El maestro malgastó en ella su latín sin que el discípulo aprendiese el griego (1). Un matemático no fué más afortunado. Si el muchacho consentía en creer bajo palabra los axiomas, jamás fué posible resolverle á seguir una demostración, pues la utilidad de semejante gimnástica no tenía para él indicio alguno de evidencia. M. Willoughby conservó desde estas lecciones profunda aversión á las ciencias, y continuamente se asombraba de que hubiese hombres que se juzgan dichosos consagrándose á su estudio.

Esto no impedía, sin embargo, que tuviera en muy alta estima á los sabios. Los admiraba sin comprenderlos, los examinaba con curiosidad y aun solicitaba su compañía, esperando pobremente adquirir algo de su temperamento.

Aunque tenía ojeriza á los libros científicos, leía los otros.

(1) En el original francés hay aquí un juego de palabras que no puede traducirse exactamente. *Perdre son latin* significa cansarse en vano, perder el tiempo.

Virgilio, entre los antiguos, y Longfellow, entre los modernos, eran sus autores predilectos.

Algunos de los ratos que le dejaba libres el sueño, los dedicaba al cultivo de legumbres escogidas. Por medio de una selección inteligente nuestro amigo había obtenido una variedad nueva de habichuelas blancas sin película, que bautizó con el nombre de "Gloria de Quietown." Lo interesante de esta variedad era un tinte verdoso semejante al de la habichuela de Lima. Sabios tales como Lindley, Brown ó Bentham deben su inmortalidad á eruditas monografías ó ingeniosas clasificaciones; M. Willoughby no soñaba ciertamente con hacerse inmortal, pero estaba orgulloso de su habichuela, y quizá pensaba á veces que el descubrimiento de alguna legumbre sana y nutritiva interesa más directamente á la humanidad que la flora indigesta de Brown ó la clasificación de Lindley.

Nell, su hermana mayor, había casado con un comerciante rico, Mr. Cripps, y era madre de dos lindas chicuelas de siete y diez años respectivamente.

M. Willoughby adoraba á sus sobrinas. El era quien las llevaba á paseo, quien las servía de compañero en sus juegos, y también el que las había iniciado en los misterios del alfabeto. M. Willoughby gustaba así de todos los placeres de la paternidad sin participar de los inconvenientes. A veces, es verdad, pensaba que él también hubiera podido formar una cepa de pequeños Willoughbys. Entonces suspiraba. Y no era que experimentara aversión hacia el matrimonio; sino que siempre que se le había presentado la oportunidad de dar un paso decisivo se decía: "mañana lo pensaremos," y como todos los días sa hacía igual razonamiento, M. Willoughby había permanecido célibe. Después de todo, entre sus afectos y sus autores favoritos, huyendo de toda ocupación ingrata, ignorando la fatiga y los cuidados, exento de deseos y por consiguiente decepciones, más inclinado á Celso que á Zenón, M. Willoughby, con sus quince mil *dollars* de renta, era un hombre feliz.

II.

GRANO DE ARENA Y PEÑASCO.

Mucho se ha meditado sobre la importancia de los sucesos insignificantes. El destino de un imperio ha dependido á menudo de un grano de arena. El de Mr. Willoughby fué poderosamente influido por un peñasco enorme: esto dicho sin metáfora.

Erguiese esa roca, aislada, en medio de una árida llanura á alguna distancia de Quietown. Se la llamaba comunmente "El Viejo Polichinela," á causa sin duda de su forma grotesca, y había sido llevada á aquel sitio por los antiguos ventisqueros y perforada por las aguas pluviales. Una gruta entre otras muchas formadas por las aguas, la atravesaba de parte á parte. "El Viejo Polichinela" era el paseo favorito de los habitantes de Quietown, y numerosas giras campestres había defendido del sol y del viento.

Mr. Willoughby á quien en adelante llamaremos "Will" á secas, como lo hacían sus

amigos, fué un día instado por sus sobrinas Bessy y Polly para que las llevara á conocer el Viejo Polichinela."

El tío consintió: pusieron los tres en camino una hermosa mañana de primavera, y muy pronto divisaron á lo lejos la gallarda silueta del gigante. Llegadas á él las niñas se extasiaron ante las dimensiones del coloso, contemplando sus paredes abruptas hasta la altura de un hombre y la frescura del musgo que tapizaba sus anfractuosidades.

Después de almorzar frugalmente, Polly pidió que la izaran sobre la roca para coger un poco de musgo; lo que en realidad quería la curiosa niña era visitar la extraña grieta que se extendía de un extremo á otro del peñasco. No tardó en conseguirlo.

Cuando el tío levantó los ojos y no vió á la rapaza, la llamó: la respuesta fué un grito agudo que resonó casi inmediatamente, oyéndose poco después en la parte opuesta el ruido que produce la caída de un cuerpo pesado. Will se precipitó en aquella dirección y encontró á Polly tendida por tierra y con el rostro ensangrentado. La imprudente niña había recorrido la grieta hasta su extremidad, y allí, habiéndole fallado el pie, resbaló en los guijarros y cayó al suelo.

Estaba cubierta de contusiones que parecían leves; pero examinándola Will un brazo que ella sostenía con angustia, observó que se le había fracturado. El tío miró en derredor con inquietud: el buen tiempo había cambiado, gruesos goterones comenzaban á caer, y el cielo presentaba un aspecto amenazador. Afortunadamente se veía no muy lejos una granja, y Will dirigiéndose á ella volvió á poco con un carro. Una hora más tarde la niña se hallaba en seguridad en la casa paterna, y el tío desolado se esforzaba en calmar la ansiedad de la madre.

Cuando al día siguiente fué Will á preguntar por su sobriñita, encontró á la cabecera de la paciente una joven sencillamente vestida.

—Es la señorita Evens, doctora en medicina, le dijo la señora Cripps: llegas á tiempo para ayudarla á entablillar el brazo de Polly.

La señorita Evens, que en ese momento daba las espaldas, al oír pronunciar su nombre se volvió, é inclinándose ligeramente suplicó al joven que sostuviera un instante el brazo de la niña mientras preparaba los vendajes.

Durante la operación Will observaba á hurtadillas á la joven. La señorita Evens podría tener de veintitrés á veinticinco años, facciones regulares y puras, hermosos ojos negros, profundos, que le daban una expresión tranquila y seria, en tanto que dos hoyuelos situados en las extremidades de su boca añadían cierta malicia á la sonrisa que de vez en cuando iluminaba su rostro. Manejaba las vendas con destreza, interrumpiendo á menudo su tarea para reanimar á la niña.—Esta había dejado de quejarse, y mirando llena de confianza á su médico, parecía experimentar la influencia de la mano á la vez ligera y firme que la curaba.

Will observó todas estas cosas. Observó otras además. El resultado del examen debió de ser favorable á la joven, pues Will al despedirse de la señora Cripps le dijo:

—Hé aquí un médico que me parece de una distinción poco común.

—Sin duda, si así no fuera habría recu-

rrido primero á los buenos oficios de la señorita Webb que habita enfrente.

La señorita Webb era una doctora de edad madura, que hacía diez y ocho años residía en Quietown. Gastaba cabellos cortos, gafas azules y un par de mostachos. Will, cometiendo el error que los filósofos han llamado pedantescamente *enumeración imperfecta*, había hasta entonces admitido implícitamente que todas las doctoras eran viejas y tenían bigotes y gafas azules.

III.

LOS MELONES DE M. WILLOUGHBY.

—¡Maud! decía Paddy, el jardinero irlandés, algún tiempo después de estos sucesos: Maud, acaso me dirás que es efecto de la edad; pero yo veo cada día más claramente que todo aquí abajo se está desquiciando y que el mundo entero se acerca á su fin.

Maud, que era la cocinera de Mr. Willoughby, tragó una cucharada de la salsa que estaba preparando, se limpió la boca con el reverso de la mano, se sentó sobre la mesa, so rascó la cabeza y dijo:

—Creo más bien que tú has sacado esas nociones de los jarros que bebes en el "Hung Man."

—No, Maud, no, repuso melancólicamente Paddy. Cuando la cerveza del "Hung Man" es buena, sólo saco de ella fuerzas y consuelos; y por ahora es excelente. No, Maud, y si no, mira: ¡quién hubiera dicho en otro tiempo que el amo Will llegaría á abandonar la senda en que ha recogido tanta gloria y tantos honores?

¿Qué quieres decir con eso Paddy?

El difunto M. Herberte Willoughby, continuó el viaje jardinero, visitaba por lo menos dos veces al día sus jardines. El hijo hizo más aún, pues se pasaba en ellos todo el día. ¡Quién hubiera sospechado que llegaría un tiempo en que desdeñaría ocuparse en ellos y en que trascurriría un mes sin que bajase á visitarlos!

—El amo, advirtió Maud, ha estado muy afligido por el accidente ocurrido á su sobrina y pasa la mayor parte del día en casa de la señora Cripps.

Paddy meneó tristemente la cabeza.

—La señorita Polly estuvo con escarlatina, la señorita Bessy con Rubéola sin que el amo Will perdiera por esto la cabeza. . . .

El jardinero permaneció un instante silencioso y después prosiguió:

—Y además los melones. . . .

—Los melones?

—Melones soberbios, una especie que el señor había obtenido á costa de muchos años de trabajo y que destinaba á la exposición de Knoxville. El mismo me aseguró, hace dos meses apenas, que nuestros melones se llevarían el Gran Premio. El más gordo de ellos era como tu cabeza, Maud, aunque no tan colorado. El amo los había criado podándolos por un procedimiento que sólo él conoce. Sólo él los cuidaba. Pues bien, cansado de esperar subí ayer por la mañana á ver el amo y le dije: "señor los melones se están perdiendo por falta de cuidado. El pequeño de la izquierda necesita poda; el del medio está desmedrado, y el tercero tiene una úlcera en el pezón. ¿Sabes, Maud, lo que me respondió?"

—¿Qué te respondió?

—Me gritó: "¡Mándalos todos al hospital!" Y como yo estupefacto le advirtiese respetuosamente que no hay hospitales para los melones, me contestó: "¡Al hospital de Quietown ¿entiendes? Los enfermos los comerán con gusto. Pregunta por la señorita

Evens y entrégale los melones para sus enfermos." Ahora bien, Maud, si la razón del amo Will claudica ¿qué puede haber estable en este mundo? Esos melones se habían vendido á diez pesos cada uno en Knoxville.— ¿No hubiera sido preferible exponerlos, venderlos y enviar el dinero á los enfermos?

—¿Quién sabe! dijo Maud; ya escuchaste el domingo al reverendo Wilkes. Acuérdate del unguento precioso de María Magdalena y de la manera cómo lo empleó ella.

(Continuará).

La Hechicera.

I.

¡TIEMPO viejo! ¡Qué de historias! ¡Qué de agradables leyendas, que tratadas, en romance, pueden, en noche serena, leídas por algún viejo, de una familia cabeza, entretener los pequeños, que escuchan, la boca abierta, esos curiosos pasajes con que ya dormidos sueñan!

¡Tiempo viejo! ¡Cómo brotan tenues y flotando en nieblas, de edades que tal crearon las vagas reminiscencias!

Ah! qué nos dicen las ruinas, Esas sombrías pavezas que pregonan de otros tiempos las clásicas opulencias? los techos desvencijados, la pared grietosa y huera, las destroncadas columnas, los restos fijos en tierra, y que asoman entre el polvo, mas asoman de manera que se asemejan á naufragos ya para hundir la cabeza!

Qué los ecos misteriosos que oscilan entre las celdas, en otra era cobijadas por la sombra de la iglesia que se alza allí vecina vigilante centinela; cancel que ahogó los sollosos, cerrando al mundo la puerta, de alguna virgen amante que al cielo llevó su hoguera?

¿Qué hay de suave poesía en todo lo que recuerda esas edades que vieron aquella ruda grandeza de gente menos leída, ¡ah! pero talvez más buena?

¡Tiempo viejo! ¡vago enjambre de deleitosas consejas. . . . ¿Quién no habrá oído en las noches de la alegre primavera, sentado con otros chicos, formando callada rueda, tal vez junto á la cocina en que la cena se tuesta, bufa el gato, husmea el perro y el fuego chisporrotea, mientras da su luz la luna impalpable y soñolienta, contar algunas historias, sabrosa aunque con torpeza, á una criada de la casa que por cierto es la más vieja? Y forma todo ese enjambre

de sencillas historietas esa obra nunca estrechada en los moldes de la imprenta, narración jamás extinta, no terminado poema porque su autor nunca muere, ¡qué es el pueblo, el gran poeta!

II.

Marcha apuesto caballero
Por una angosta vereda
en corcel fogoso y ágil,
que tras de sí el viento deja.
Del sombrero del ginete
el ala doble adereza
airosa y flotante pluma
con que aura galante juega;
va embozado hasta los ojos
en hólgada capa negra,
espada brillante y corva
pende á la cintura apuesta,
y el doble dorso apretándole
con varonil gentileza;
al raudo corcel azuza,
que avanza rápido, llega,
y deja atrás, del camino
las mil retorcidas quiebras.
Robusto y brioso es el bruto,
la cola al viento flamea
fingiendo cascadas de ébano
bruñidas y ondeantes hebras;
le estimula el acicate,
la brida colgante y suelta
le deja beber espacio
que bajo el casco amengua

Palabras dice el ginete
que el aura feble remeda
y que espiran en las sombras
de la umbría soñolienta.

Hincha el corcel las narices
resoplando, y manotea
y más que galopa, corre
y más aún que corre, vuela;
mas nada al ginete rinde,
que al contrario más desea,
porque el ansia es de su pecho
mas aguijadora espuela.
Voces ardientes pronuncia
que sus codicias revelan,
ambiciones de alma joven,
de sangre moza y sedienta,
que atestiguan briosos ímpetus
y gallarda gentileza.

—En busca voy de una niña,
hija de las verdes selvas
que diz que guarda en su choza
una celosa hechicera;
dicen que otros caballeros
amantes fueron á verla,
que ardían en viva llama;
por cautivar su belleza
sacrificaron familia
y abandonaron hacienda;
anchos surcos fecundaron
con la sangre de sus venas
y por fruto de tal germen
vieron zarzas y maleza
Ah! plegue al cielo descuide
la siempre celosa vieja
y que me vea la niña
de suaves y rubias trenzas.
Si llega á darme sus brazos
y á seguirme hasta mis tierras
será entre flores y damas
por su hermosura, la reina.

Hincha el corcel las narices
resoplando, y manotea,
y más que galopa, corre
y más aún que corre, vuela.

III.

Tras una florida loma
y en una verdosa vega
dó las auras del bosque
y las del llano se encuentran,
cercada de airosos árboles
que en umbrías frondas velan
los nidos en que las aves
aletean y se besan,
enmedio de frescos plátanos
pajiza choza se eleva,
rodeada de rosales,
cercada de fina yedra,
con ventanas á que forman
anchas y tupidas rejillas
en vistosos cortinajes
profusas enredaderas.

Diz que vive allí una niña
y que es la niña más bella
que ve desde hace quince años
la vasta comarca entera.
Los ojos muy azulados,
con las pestañas muy crespas,
muy blanca la suave frente,
muy doradas las guedejas,
muy sonrosada la boca
y muy graciosa y pequeña,
donde su dulzor dejaron
las más preciadas colmenas,
y que una voz suelta al aire
que gentes sesudas cuentan
que cuando la oyen se corren
las aves de la ribera
de la fuente que en la sima
de aquel valle serpentea.
La fuente corre entre guijas
sobre ánfora de alba arena,
de espumas leves crinada
que en blanco vapor se elevan;
se estaciona en los recodos
y al saltar se desnivela,
y entre cortados peñascos
bulle, solloza y se quiebra.

A esa fuente aquella niña
en una noche serena
fué á mojar sus pies enanos
y á esponjar su cabellera
que suaves dedos de rosa
con lindo donaire peinan

Mírase en la clara ninfa
la candorosa doncella
y admira la dulce imagen
que entre los cristales tiembla,
y que finge sus miradas
y que sus risas remeda.
—Quién fuera, dice la niña
inocente como ingenua,
tan bella como la sílfide
que entre las aguas se vela.
quién tuviera sus sonrisas
y quién sus gracias tuviera! . . .

Y cuando bajo las aguas
va con la mano á cogerla,
deshecho el cristal en ondas
que el nivel límpido quiebran,
se huye la sombra y la niña
la dice de esta manera:
—Ni por amiga me quieres,
que así te huyes y te alejas. . . .
ay! yo vivo sin amigas
y sin dulces compañeras:
sí esos cristales dejaras
en que mis ansias se estrellan,
perseguiríamos juntas
á las saltadoras siervas
y alegres discurriríamos
por los llanos y las selvas.

Y al fin se calman las aguas,

sus ansias la niña empeña,
tórnanse en ondas la fuente
y la niña llora y ruega.

¿Y es ella la que así llora,
y la que así envidia es ella,
la de los rizos cabellos
y de graciosa cabeza,
la de los ojos brillantes
que la faz del sol afrentan,
la de los rosados labios,
la de los dientes de perlas
que guarda como dulce urna
su boca linda y pequeña,
ella, la que así codicia
su imagen que se refleja
en la linfa que se enturbia
si va la mano á cogerla?

Felicidad! visión pura,
que aquí en el alma se lleva,
que corre en pos de sí misma
y se busca y no se encuentra;
y que al quererse tocar,
el cristal que la refleja
se empaña y deshace en ondas
y se deslíe y se quiebra.

Historia siempre la misma
de cuestión nunca resuelta,
historia oscura del alma. . . .
Pero sigamos la nuestra.

IV.

No vive sola la niña,
que vive con una abuela
á quien reconoce el vulgo
como bruja y hechicera.

V.

Limpio el rayo de la luna
en la clara linfa riel
de la fuente corredora
que al aire de ayes y quejas,
aura mansa y silenciosa
las verdes hojas oreas,
y vienen de los ramajes
escondidos de las selvas
enjambres de leves ruidos
que ya temblando se acercan,
ya del viento arrebatados
ó se extinguen ó se alejan;
favonio duerme silente
en alguna doble reja,
respirando en los doseles
que forma la enredadera:
salen ceñidas de pámpanos
las sedosas cabelleras
con que juguetea el aire,
silenciosas las napeas;
y las vagarosas ninfas
dejan la fuente parlera
y extremecen los fulgores
que en el ambiente chispean,
desliéndolos en cambiantes
sus esponjadas guedejas;
y enlazadas de las manos
avanzan por la pradera,
al paso flores hollando
que de tal suerte se huelgan,
y alegres y bulliciosas,
más que las brisas ligeras,
se van, se vienen y en tanto
misteriosas danzas trenzan
que los silfos acompañan
y que los faunos celebran.

Noche tranquila y luciente,
los cielos están de fiesta,
leves las candidas nubes
van como hojas de azucenas
barridas por sutil aura,

ó van como aves viajeras
trasmontando el ancho dorso
de parda y tendida sierra;
lujoso el azul subido
que atavían las estrellas,
y la luna, deslizándose
entre ondas tenues y trémulas,
recibe en el seno pálido
los ideales de doncellas
que amaron con toda el alma,
pero con pasión secreta
ay! que nunca revelaron
guardándola con cautela,
tal vez porque era imposible,
por tímidas ó discretas,
ó temiendo quizá agravios
y desprecios, por ser feas.
Al confín álzanse oscuras
las cortadas montañuelas
que á la luz vaga y sombría,
haciendo temblar las crestas
lejos se avistan fingiendo
torcida y vibrante cuerda.

Por una corta pendiente
que hasta la fuente se acerca
en que la cándida niña
habla con su imagen bella,
galopa un brioso caballo
en que gallardo se asienta
un caballero, que al punto
que ve á la niña refrena
al corcel; y ve y devora,
se adelanta, y cree que sueña.
Ella entonces la faz vuelve,
esquiva el pecho ligera
y le tiñe las mejillas
sonrosada erubescencia,
que á ser de día causara
sin duda envidia y vergüenza
á las rosas que mirándola
se alzaban en la ribera.

—No huya la niña medrosa
ni algo de mis armas tema,
que contra ella nada pueden,
pues me tiene el alma presa.
—Galante es el caballero
de las doradas espuelas.
—Es aun más dulce y graciosa
y más garrida y apuesta
y más el alma me rinde
la niña de rubias trenzas.
—Dice unas cosas muy dulces
su garganta lisonjera
que adulando los oídos
en el corazón penetran. . . .
—¿Qué hace la cándida niña
en esa fuente desierta?
—Llorando estaba y diciendo
al aire duelos y quejas. . . .
—Ah! pues por qué llora á solas
la niña de rubias trenzas
y añade al cristal quilates
de sus ojos con las perlas?
—Si sabe el doncel galante
lo que son amigas tiernas,
bien sabrá lo que es tener
por única á la tristeza.
—Si me siguiera la niña
á mis apartadas tierras
donde entre flores y damas
fuera tenida por reina. . . .
—Muy dulces son sus palabras,
y grata impresión me dejan,
pero dejar no podría
solitarias mis riberas,
pues diligente me guarda
una cautelosa abuela.
—Mi corcel es poderoso,
y son anchas sus caderas,
y si quisiera la niña
subir.

te que ocurra en este viejo y gastado mundo.

Dichosamente que el material abunda, y más bien puede sobrar alimento á la curiosidad centroamericana.

Comenzaré, pues, por el grande, el inmenso acontecimiento cuyo autor será indudablemente inmortalizado por la gratitud de todos los pueblos de la tierra. Me refiero al Doctor Koch de Alemania.

Este hombre, cuya personalidad era casi desconocida hace diez años, llenará la tierra con su gloria, pues que definitivamente ha encontrado el remedio contra la tisis pulmonar. Pronto se publicará su descubrimiento y estará de fiesta, á lo menos una décima parte de la humanidad. En esto no hay nada de charlatanería, pues los cuerpos sabios de la Europa no dudan de la eficacia de la idea. Los franceses mismos, que odian todo lo que es alemán, al grado de haberse privado por mucho tiempo de las admirables composiciones de Wagner, sólo por que era alemán, son los más entusiastas panegiristas del Doctor Koch. Y aunque nuestro bello país no es de los más perseguidos por la tisis, no dejan de asomar los tubérculos, principalmente adquiridos por herencia.

Fuera de esto, Mr. Stanley ha sido el hombre de la moda en Inglaterra, que casi lo endiosa, apesar de la opinión del resto de Europa que no es tan favorable al autor de "Las tinieblas del Africa."

Para la mayoría de las gentes, Stanley es un verdadero sér legendario; pero no se le concede en sus trabajos la aspiración á lo grande y científico, sino que se le tiene como un especulador en grande escala. Sus viajes, dicen, no tienen por objeto aclarar los secretos geográficos del misterioso *continente negro*, sino facilitar la atracción del marfil para utilidad de él y de sus asociados. Sea de esto lo que fuere, lo que no deja duda es que su última expedición al encuentro de *Emin Pacha*, fué interesada y los resultados comerciales han costado mucha sangre negra y muchas pérdidas de vidas preciosas de sus compañeros de exploración. En esta semana se embarcó para la América con su mujer; y la corriente de sucesos diarios, pronto sellará con olvido ó indiferencia las controversias que sobre ese sujeto se habían levantado.

La semana pasada París contempló uno de esos acontecimientos, que aunque sin importancia positiva, pintan la situación delicada en que hoy se encuentra este rico y grande pueblo, cuya forma de gobierno lo aísla del resto de la Europa.

La Iglesia de Santa Clotilde era la cita de los parisienses, que deseaban contemplar la ceremonia religiosa de un matrimonio entre la señorita de Morhenheim hija del Embajador de Rusia y el Teniente bisconde de Uzes, hijo de la célebre duquesa de Uzes que dió tres millones á Boulanger para su propaganda revisionista.

Esta alianza se considera en Rusia y en Francia como un hecho feliz que afirma las simpatías de ambos países. Los grandes Duques, tios del Czar de Rusia asistieron á la

ceremonia lo mismo que considerable número de grandezas rusas, venidas expresamente para solemnizar el hecho. La emperatriz ó Czarina mandó como regalo de boda un rico adrezo de brillantes á la novia; y estuvieron presentes en la iglesia dicha todos los hombres que valen en Francia por su nobleza, su talento ó su riqueza: cinco de los Ministros, Madame Carnot, Señoritas Freisinet, Dumas hijo, J. Claretie, Alfonso Daudet, Victoriano Sardou y cien más literatos y periodistas; los Rostchild, Coandias y demás de la alta banca se codeaban con los generales, los obispos, príncipes y embajadores. El pueblo apiñado en las calles vecinas vivaba la Rusia á cada momento. En una palabra, una verdadera fiesta nacional.

El pueblo francés es un grande y culto pueblo. Entre más se le conoce más se le estima y admira. París republicano, esto es, una aglomeración de á lo menos trescientos mil librepensadores, es un modelo de orden, de libertad y de trabajo incesante. Se encuentran más ebrios en San José en cualquiera de sus barrios que en todo París. Todavía no he encontrado un hombre beodo en esta ciudad, ni he visto un solo pleito en la calle.

Alguien ha dicho que este siglo, que está al concluir, se llamará el siglo del estado llano, ó sea, de la *bourgeoisie*. El siglo entrante será indudablemente el de los obreros ó artesanos. En efecto, lo que se puede percibir en la aurora cercana del siglo veinte, es la fuerza inmensa, inteligente y disciplinada de las grandes asociaciones de obreros. Toda la Europa está llena de clubs y agrupaciones más ó menos poderosas de obreros de las ciudades que se entienden y protegen mutuamente, profesando la fraternidad universal. De allí vienen las grandes *graves*, ayudadas y sostenidas por sus hermanos. Pronto, muy pronto, los grandes cuerpos legisladores se compondrán en su mayoría de representantes de esas masas, que no son á la verdad, lo que propiamente se llama el *pueblo*, pues este lo componen principalmente los habitantes de los campos y de las pequeñas villas, quienes hasta ahora permanecen indiferentes; parte por su ignorancia, parte por su aislamiento de los grandes centros. El poder vendrá primero á los numerosos obreros y artesanos de las grandes ciudades, y poco á poco se extenderá al de las pequeñas. Esperemos, que ese movimiento será provechoso á la humanidad y al progreso.

Por lo que hace al teatro, dos novedades llaman fuertemente la atención. La primera es *Cleopatra* en el teatro Saint Martin. Meillac es el autor de esa obra maestra. Sara Bernhart, que ha creado el papel de Cleopatra es, simple y sencillamente, un prodigio. Se cree que, como trágica, Sara Bernhart sobrepasa en mucho á todo lo que, en ese género se ha visto. La célebre Rachel

queda muy atras de Sara: las primeras representaciones fueron tan codiciadas, que hubo quien pagara dos mil francos por un *stalle d'Orchestre*. ¡¡¡ un solo asiento !!!

La otra pieza notabilísima es: *La Cousine au Varietes*. Una obra maestra, sin defecto.

Se prepara también una obra de grande efecto en las *Folies Dramatiques*: La *EJIPCIENE* que se ensaya actualmente. Solo la *Grande Ópera* no tiene este año nada nuevo, lo mismo que la nueva *Ópera Cómica*, que se contenta con dar *El Barbero de Sevilla*, *Hija del Regimiento*, *Fra Diabolo* & &. Esto es, vejestorios de gran mérito, pero vejestorios.

La torre de Eiffell se cerró ayer por todo el invierno; los que no ascendieron tendrán que esperar cuatro meses hasta marzo.

La política interior francesa se limita ahora al defeat del budget, que no hallan como evitar. Las mayorías se oponen á nuevos impuestos y no hallan donde economizar los milloncitos que aun faltan. El gran remedio que se anuncia es el impuesto sobre el alcohol; pero los industriales le hacen guerra á muerte. Un diputado, *Moreau*, joven de esperanzas propone que se graven los títulos de nobleza, de manera que quien quiera pueda comprar el derecho de llamarse conde, Duque, Príncipe &. mas esta idea la han ridiculizado los diarios y la misma Cámara, y no pasará de allí.

El Boulangismo, como denominan aquí el partido del General Boulanger, es una cosa muerta y enterrada. La huida del General contra la opinión de sus amigos, acabó con él, y la piedra tumular la puso Monsieur Mermeix, antiguo Boulangiste, publicando en *Le Figaro* antes, y despues en un libro que se ha vendido por cientos de miles, los secretos del General con documentos irrefutables. Aparece, pues, que Boulanger había tratado con los monarquistas legitimistas ofreciéndoles el trono para el Conde de París, quien hizo fuertes gastos de su bolsillo en las campañas electorales, al mismo tiempo que se entendía con el Príncipe Napoleón Bonaparte ofreciéndole restablecer el Imperio. Todo esto cuando juraba fidelidad á la República y arrastraba consigo miles de verdaderos liberales engañados. Ahora que todos conocen con qué clase de hombre trataron de derrocar el Gobierno Republicano, tiemblan al pensar en los resultados que habría tenido la victoria Boulangista. Hay quien opine por que se castigue la intentada traición de Boulanger y sus cómplices los realistas é imperiales; mas el buen sentido de la mayoría prefiere echar un velo de olvido sobre el aventurero que hoy vive en Inglaterra.

Los costarricenses que aun estaban en Europa á fines de Octubre comienzan á par-

—Ay! y si quisiera...
—A mi reino la llevara
y allí sería la reina.
La niña tiende los brazos,
el caballero se acerca,
la pone en la anca robusta
y el corcel relincha y vuela.

(Continuará).

F. GAVIDIA.

CRITICA LITERARIA

POR

ACACIO CÁCERES PRAT.

A mi ilustrada amiga y querida paisana el literato
Don Juan Fernández Ferraz.

España es, en la historia de la humanidad, madre de América.

El Nuevo Continente ó hemisferio occidental, hubiera sido ignorado del antiguo, si el sabio Genovés no hubiese hallado en nuestra España, á la heroica Reina de Castilla, que protegió con su poder su ciencia, brindando con la prez de sus alhajas, rigor al genio y libertad de acción al coloso más grande de los siglos.

Para la magna empresa de Colón buscó la Providencia el poderoso influjo de Isabel la Católica.

España pues, facilitó á Colón carabelas y gentes; puso en sus manos la Cruz redentora del Gólgota y pabellón triunfante de sus glorias, y allá fueron, después de descubierto el Nuevo Mundo, por España, sus hijos más bizarros, sus héroes y caudillos más invictos cuales son Hernán Cortés, Pizarro, Basco Núñez de Balboa y otros muchos hijos la mayor parte de la antigua extremadura que han perpetuado sus triunfos y su fama en las páginas nobles de la historia.

Por desgracia, la herencia vasta y colosal de aquellos campeones, la cual, conquistada con sus armas victoriosas, ofrecieron en heroico homenaje al pie del trono de sus ingratos Reyes, duró bien poco, pues los grandes caudales, que mal administrados sostienen con sus rentas los festines espléndidos, en derroches de Estado presentando el lujo, la molición y los vicios del Príncipe, los magnates y el pueblo, desaparece pronto, ó se divide el capital inmenso, despojando á la madre viuda, del Poder económico, de la administración, de la moralidad y la justicia, entre sus hijos emancipados de la violenta patria potestad.

Tal aconteció en la América latina ó Española con la emancipación de los Estados Hispano-Americanos, declarados en Repúblicas independientes, emancipadas por completo con su absoluto poder y autonomía, de la madre España.

Mas, los hijos rebeldes, aquellos divididos Estados independientes, aún son y serán siempre españoles, á pesar de su administración, de sus leyes, poder é independencia.

¡El idioma lo dice!... Que se llamen ante la faz del mundo ¡independientes! y tendrán que decirlo en castellano.

El idioma español, resuena con todo su vigor y galanura, riqueza y corrección, en las templadas ráfagas de aquel ambiente libre; con igual sonoridad y donosura que en la selecta prosa de Cervantes y que en los versos de Herrera y Garcilaso, de Lope, Calderón y de Quintana.

A las galas de su imaginación meridional ó tropical más bien, á la excelencia de sus conceptos y á la variedad y lujo de sus pensamientos y de las ideas estéticas que atesora sus estrofas igual en la prosa que en el verso y en verso sobre todo, la dicción del lenguaje, la fluidez en la frase, la elegancia y frescura en el estilo y la fácil y plástica armonía con que expresa la alta sublimidad del sentimiento y la grave energía de las pasiones, completan en acordes estrofas ó períodos poéticos, las Obras de aquellos Poetas castellanos de las regiones Hispano Americanas que son tan dignos de especial estudio, pudiendo completar, por la ley imperiosa del idioma el selecto catálogo del Parnaso Español.

Sí, carísimo Juan, somos paisanos, somos también de una región deliciosa, poética y fantástica, que atesora entre sus frescas olas el Atlántico; de una de las más encantadoras islas afortunadas, en donde habla también con su correcto idioma castellano nuestra histórica España.

Tú, importante personaje (á pesar de tu modestia) que á Costa Rica has concretado la actividad de tu talento y tu saber, que son diversos, me has presentado un libro, titulado "Lira Costarricense," ó "colección de composiciones de poetas de Costa Rica." Es el tomo primero. Me encareces, que lo lea, porque en él encontraré muchos encantos de dicción y de arte; y en eso te obedecí gustoso encontrando el deleite intelectual más á sabor cumplido; pero te empeñas en que le dedique un juicio crítico y en eso encontré rebeldía en mi conciencia, pues aunque poeta de entusiasmo, si bien muy modesto, y literato por amor acentuadísimo al arte literario, me es enojoso aplicar mi crítica, que aunque imparcial, tiene muy relativa y pobre autoridad.

Mas, además de complacerte, el tomo que he leído favorece mi enojoso trabajo, pues para mí merece sólo encomios en general, con algunas excepciones disculpables que son anejas á toda obra humana incluso las grandes obras de los más peregrinos ingenios.

La mayor parte de las poesías son de proporciones más ó menos limitadas, aunque con diversidad de metros y períodos. Los asuntos son en general sencillos, su desarrollo fácil; su final pensamiento, sentencioso y moral.

Casi todas las composiciones están inspiradas por los más acentuados sentimientos, ya íntimos como el amor y la amistad, ó ya por los de orden colectivo con los cuales se cantan los grandes ideales, como la independencia y la libertad.

Los poetas costarricenses, como casi todos los poetas Americanos, son más bien subjetivos que objetivos, aunque también por la frondosidad, pompa y lozanía de sus lujosas

selvas y la variedad y colorido de sus ricos paisajes, son siempre que así lo quieren, excelentes poetas objetivos.

Por lo que respecta á los afectos que son á la poesía subjetiva, se explica perfectamente su entusiasmo por nuestro Becquer, el poeta Español más acentuadamente subjetivo.

En este tomo hay varias *Rimas*, algunas de ellas como las de Alfaro, Braun, Cardona y Echeverría, que son tan fáciles, sentimentales y concisas que hubieran merecido con satisfacción suya la selecta firma del mismo Becquer.

Tal vez por lo relativamente moderna de su historia social, los poetas Americanos, y entre ellos los costarricenses, son poco dados al Poema histórico, siendo muy reducido el número de poemas sociales más ó menos dramáticos y de costumbres.

Para otro número de "Costa Rica Ilustrada", reseñaré detalladamente las diversas y gayas poesías incluídas en este variado, selecto y elegante tomo, así como de los sucesivos, que completan la colección de las composiciones literarias de los importantes poetas de Costa Rica.

A Magdalena Isla.

No es la voz de la sirena
Tan grata como tu acento,
Ni huele como tu aliento
La más fragante azucena.
A tu lado, Magdalena,
La rosa misma es vulgar,
Y, en fin, al considerar
Que hay en la naturaleza
Islas de tanta belleza,
Quisiera volverme mar.

JORGE POMBO M.

CORRESPONDENCIA DE PARIS.

Amigo Calderón:

Las simpatías que desde que se comenzó á publicar Costa Rica Ilustrada, tengo por esa hija de usted, me animan á escribir estos mal arreglados artículos, que no tienen otro mérito que las buenas intenciones de su autor.

Léalos y si cree que son indignos de su quincenal, échelos al fuego, sin dejar por eso de disponer en todo y por todo de su affmo. amigo,

MANUEL ARGÜELLO.

La quincena. Revista Europea.

¡A que una triste necesidad me obliga á habitar en París, en la peor de las estaciones, pues que este otoño ha sido y es un cuasi invierno, lleno de brumas, nieblas, frío y todo, he creído que en nada mejor podría ocupar mis ratos de ocio, que escribiendo de vez en cuando una, suscita, relación de lo más salien-

tir y nos vamos quedando solos con los residentes habituales. Don Mauro Fernández se fué hace un mes. Don Ricardo Jiménez, Doctor Cruz y hermana; Don Ricardo Cooper y alguno otro que no recuerdo, tomaron desde el 26 de Octubre la vía de los Estados Unidos.

Quedan los señores Millet, Montero, el joven Alpizar que se embarcarán por la Mala Real el 26 de este. Ya los señores Batalia, Herrero, Benedictis & C. nos habían dejado desde Setiembre.

Nuestro Ministro Peralta y su Secretario Don Leonidas Pacheco salen pronto para Madrid y los varios jóvenes que se educan en Europa están esparcidos en diferentes países, principalmente en Bélgica y Suiza. No hay, pues, colonia costarricense en París, como no hay tampoco francesa en Costa Rica, pues el corto número de hijos de las Galias que habitaba nuestro bello país, disminuye cada día.

Para la Francia casi no existimos los centroamericanos. Ni un solo periódico se ha ocupado de nosotros de Agosto á esta fecha, si exceptúo las noticias (desfavorables) que la guerra del Salvador con Guatemala motivaron y que produjo el fracaso del empréstito de la última en ocasión que esa operación rentística había tenido un éxito completo. En efecto, una semana antes de que aquí se supieran los acontecimientos que tanto han desacreditado á Centro América, por un cablegrama se invitaba á Guatemala para que girara por el primer millón de pesos.

**

Continuaré estas revistas todo el tiempo que resida en esta ciudad si el descuido y *sans facon* con que están forjadas, no determinaren á los lectores de "Costa Rica Ilustrada," á pasarlas por alto, como se hace con un estorbo que se encuentra en el camino del que viaja por placer y no por obligación.

París, Noviembre 9 de 1890.

MANUEL ARGÜELLO.

Después de la batalla

(De Víctor Hugo)

Mi padre, el héroe de sonrisa dulce, seguido de un soldado á quien amaba por su grande valor y talla hercúlea, en su corcel, después de una batalla iba al campo de muerte recorriendo, á la hora en que la noche abre sus alas. De pronto un ruido percibió en la sombra y del rosado Ocaso á la luz pálida, vió un herido español, perteneciente á la enemiga hueste derrotada, y que sangriento, á orillas del camino, jadeante, estertoroso se arrastraba murmurando con voz desfallecida: "¡Por piedad! por piedad! un sorbo de agua!" Conmovido mi padre alargó al húsar la bota de aguardiente que colgada llevaba del arzón. "Toma, le dijo, y á ese herido infeliz la sed apaga." Mas cuando el húsar se llegó á aquel hombre que moro parecía, éste levanta de pronto una pistola que su mano con traidora intención aun empuñaba, y apuntando á la frente de mi padre le hizo fuego, gritándole: "¡Caramba!" La bala apenas derribó el sombrero; espantado el corcel bufando salta, y mi padre, volviéndose al fiel húsar: "¡Dale ya de beber!" dice con calma.

C. GAGINI.

HISTORIA DE UNA TORTOLITA

ENFERMA DE AMOR,

(A Josefita C. de Callejas.)

DESTILABAN diamantinas las gotas detenidas en las corolas níveas y en las hojas frescas, y el suelo estaba húmedo, negro y oloroso con ese olor del beso que en ella deja la nube cariñosa y solícita en el tiempo de sus amores; penetraba en hilos la luz entre los ramos floridos y hacía el iris en cada una de las gotas del agua que cayó del cielo, y que estaban allí, radiosas, como lágrimas en los ojos de la virgen adorada.

El jardín estaba alegre, risueño, con su baño fresco, y la savia se precipitaba desbordante por los tallos, para hacer las deliciosas esencias, la suavidad de los pétalos, la pulpa dulce de los frutos, las coloraciones admirables y el amor casto y misterioso de los pistilos cálidos.

El aliento embriagador de la gran madre daba á las plantas vida, á los pulmones regocijo, al cerebro ideas fecundas y al corazón amor é ilusiones alegres.

Animadas y casi sonrientes picoteaban junto á los delgados troncos las palomas y las tórtolas, mojando la rosa de sus patitas y esponjando la seda de sus plumas, peinadas y amadas de la brisa. Las parras enarcadas de jasmín derramaban sus florecitas blancas y esparcían su aroma delicado y suave; lucían gallardas las dalias, y pensativas las fuccias, los bananos movían sus anchas hojas brillantes con pompa sacerdotal y destorcían sus flechas vigorosas empujadas por la sangre cristalina que por los tallos corre, y por ahí, en macetas y en cajones, á la sombra de los arbustos, había unas plántitas recién sembradas, entristecidas y graciosas, obsequio de una amiga muy querida y muy bella; eran fresas, azucenas, violetas é ilusiones.

Las plantas y las aves; el amor y el placer; la vida y la ilusión; qué lindo aquello!

Entre ese natural regocijo vagaba una tortolita triste, de plumitas deslustradas y de pasitos suaves, con la melancolía en los ojos y la amargura en el alma—sí; las tórtolas tienen alma, alma pequeñita y azulada, de esas que nunca quieren mal, tierna y amorosa, fiel hasta el sacrificio. La tortolita, pues, tenía la tristeza en las plumas y en el semblante; era como un amante infortunado y fiel, y se complacía, acerba ocupación, en remover con su riquillo las florecitas esparcidas por ahí, caídas y marchitas, como ilusiones muertas.

Pobre la tortolita! ¡jamás sin esperanza! cuéntame la historia de tus desventuras; quiza algún día yo sufra como sufres tú.

Y unos labios amables y graciosos me dijeron la historia de la tortolita triste.

Había en la casita, aseada y bonita, entre otras palomas y otras tórtolas, una paloma y una tórtola amigas. Se querían como hermanitas y se acariciaban como esposos. Eran la delicia de su dueña y distraían

con frecuencia al viejo señor de aquellos dominios, que pensaba en momentos que más gratas que las peripecias del negocio són las niñerías del hogar, cuando se tiene una esposa primorosa y un corazón cabal.

Cuando venían la tarde y las ganas de dormir, entraba la paloma al saloncito, iba á colocarse debajo del sofá ó de algún sillón, y se ponía á cantar con una inflexión amorosa y llamativa, cantaba llamando á la chiquitina, para que fuera á disfrutar con ella los goces de la noche. La otra, que aun no tenía sueño y andaba haciendo travesuras en el jardín, la respondía con aire de reconvencción. Pero á poco buscaba á la amiga cantando amablemente, y llegaba á ella que la recibía con sus besos y la decía al oído sus castos pensamientos. La cubría la paloma con sus alas y le daba la tibieza adorable de su seno y la caricia deliciosa de sus plumas. Y se quedaban dormidas...era la ternura del amor.

Qué feliz vivía la tortolita así! Debajo de aquella ala estaba su paraíso, y el universo entero no podía ofrecerle otro mejor. Que no viniera un extraño á robarle aquella ala tibia, aquel seno, aquella caricia, aquellas confianzas, aquel sueño, aquel amor.

Pero no, la pobrecita debía sufrir, y llegó un día fatal. Vino á la casa otra paloma joven que había de arrebatárle el placer, su placer más querido y más caro.

Como la intrusa estaba tierna y vergonzosa, consiguió al principio la pequeñuela alejarla á picotazos de su buena amiga. Creció, por su puesto, la novicia, y pudo vencer á la chiquilla y ya no hizo caso de sus violentos celos. Esta, que no quería perder las gozadas delicias, atacaba siempre que podía á su rival: al verla descuidada, describía desde lejos un semicírculo y caía de súbito sobre ella, aplicándole sus buenos picotazos: volaba en fuga é iba á refugiarse bajo las alas de su amiga, que la defendía de los ataques de su estropeada rival.

Llegó sin embargo un día en que triunfó la afinidad de la raza, y entonces ¡oh fatalidad! perdió la niña su ascendiente y se fué á dormir sola y friolenta sin su amada compañera, esperando desde lejos, con ojos anhelantes, el goce íntimo perdido para siempre, traspasado el corazoncito por el más acerbo sufrir. Desde entonces la alegría huyó de su semblante, vaga, pensativa y triste, y en las noches tiembla en su solitario lecho y llora la falta de las alas suaves, del seno tibio, de los calientes besos y de las confianzas misteriosas.

Callaron los candorosos labios, y yo, atento á la poética historia del ave enferma, pensaba cómo las almas artistas descubren tantas lindezas y hallan un fondo de amor purísimo, espiritual, en esas idas y venidas, en los cantos y en los aleteos, y me preocupaba, como preocupa á la creación, la idea de ese sentimiento infinito que llenando el universo de delicias, mantiene la infinita transformación de los seres: el amor eterno, causa de la vida, la suprema palpación del Creador.

RUBÉN RIVERA.

LA MUSA COLOMBIANA.

poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

Ya miro, ¡oh mar!, en tu cristal ya miro
los derroteros múltiples que surca
de un continente al otro el nauta osado:
ya miro entre tu oleaje turbulento,
pero domado siempre. los bajeles,
testimonios á un tiempo de la humana
grandeza y pequeñez; ya se dirigen
á nuestras costas; ¡ay! pero en ninguno
el pendón nacional se enseñoera.
Tal me parece oír en tus rumores
á nuestra orilla que anhelante gimes
la ausencia de las naves colombianas.
¿Y cómo no gemir!, cuando aquí mismo,
en replegada costa, el Magdalena
te rinde de sus aguas el tributo.

CANTO 1º

Desde el fondo del Cauca, á las llanuras
de Magdalena y de Bolívar, viene
como vital arteria, difundiendo
por donde pasa, en Boyacá, Tolima,
Cundinamarca, Santander y Antioquia,
de la vida exterior los elementos.
No ya tan sólo miserias piraguas,
mas elegantes fábricas que impulsa
el rugiente vapor, en él navegan.
En los penachos de humo que coronan
las altas chimeneas, de los silbatos
en el clamor vibrante, ¿quién no advierte
que ya la industria de esponsales llega
á fecundar el germen ardoroso
que hierve en las entrañas de la Patria?

Patria!, tu aliento juvenil se aspira
en las fragantes auras de tu río.
Brisa costera y montañés favonio
forman en él una corriente sola,
manso viento en la paz, tromba en la guerra.

¡Y cuán gentil Naturaleza asiste
á encanto tal con galas exteriores!
ora riberas llanas alfombradas
de gramalote y junco, en que las greyes
tranquilas pacen, rápidos cantiles,
ó pendientes oblicuas do escalonan
los pueblos sus graciosos caseríos:
ora corriente en los peñascos rota,
lozanas islas, plácidos remansos;
y más allá la cordillera, donde
fulgura la alba frente del Tolima
en la región de las eternas nieves.

Quiero llegar allá, quiero mi planta
posar en esa altura: no me arredran
las sendas escarpadas que perfilan
el borde de horriblos precipicios:
cuestas abruptas, de roqueñas moles
el flanco vertical, nada me importan:
esas cavernas cuyos hondos senos
pueblan reptiles y nocturnas aves
si me inspiran pavor, no me detienen:
si el curso fragoroso se interpone
de bramador torrente, atravesemos
sobre el puente titánico de rocas
que Natura tendió de cumbre á cumbre.

Ya en abismico fondo se despeña
la catarata; vaporosas nieblas
son su corona; pámpanos y musgos,
su vestimenta; y retumbantes truenos,
voz que su gloria y majestad anuncia.
Con ella concertando, de la lira
se escuchan los acentos en que ruge
esa otra catarata que hervidora
bulle en los antros del cerebro humano.
Quisiera unir mi voz á ese concierto;
pero es tan débil que vibrar no puede
al diapason del himno que Isaías
oyó en lo alto á los celestes coros.

Sigamos adelante, á aquel rellano
á donde sólo los condores llegan.
do se descubre el Puracé flameante
en la solemne inmensidad del cielo.

Oro, rubíes, esmeraldas, perlas,
en pródigo desorden centelleando
á los rayos del sol; gasas flotantes;

ambiente perfumado do se escuchan
los ecos de una vaga melodía;
espléndido horizonte, que dilata
el valle ameno, á cuyo fin se yerguen
las cumbres de la abrupta cordillera;
raudal que baja con buyentes ondas,
y luego mansamente se desliza
por el frondoso bosque que sombrea
en las riberas la pajiza choza
del indolente pescador; mil aves
en caprichosos giros ostentando
la esplendidez de su plumaje vario;
en el bosque el viento que susurra
con el rumor de la potente vida
que palpita doquiera, acariciada
del sol naciente por el sesgo rayo;
golpes de luz arrebolando el cielo;
y matizando en tonos decrecientes,
del monte al valle el desigual contorno,
el tinte rosicler de la mañana:
tal panorama ante mi absorta vista
con refulgente esplendidez campea.

Alguna vez en sueños he mirado
algo como este edén, mas no tan bello.

¡Tierra de promisión!: así cual ella
la que miró Moisés desde la cumbre
del monte Nebo, al espirar, sería.
¡Qué morbidez, qué fuerza!: las creaciones
de la ilusión humana son miseria.
¡Fuera de aquí los pálidos engendros
del fatalismo quejumbroso! ¡Gloria
en los cielos á Dios; paz á los hombres
de buena voluntad aquí en la tierra!

¡Alza tu voz, ¡oh Musa!... Sí, ya escucho
el cántico de vida que en los ritmos
de tu laúd resuena; la palabra
de realidad se nutre, dignifica
la victoria del hombre en los combates
redentores y eternos del trabajo.
Cantares sustanciosos como el jugo
del pan de cada día, rozagantes
cual naciente pimpollo; afán honrado,
salud y goces en sus notas vibra.

En áspero nión ú oscura grieta,
cuadrilla de mineros de cetrino
semblante, brazo rudo, faz greñuda,
rompe en arcilla y roca las paredes
de los vasos auríferos que aplacan
la sed de la codicia nunca extinta;
del aluvión en el raudal extrae
de entre la tosca arena el áureo polvo;
ó ya con largos surcos atormenta
el lecho donde yacen los topacios,
zafiros y esmeraldas que recaman
la vestimenta espléndida del lujo.

Lentamente a la aguada se encamina
el rebaño pacífico mugiendo,
ó de la verde yerba con los tallos,
disperso por los campos se alimenta;
el generoso bruto que al dominio
del hombre tiende la cerviz sumisa,
con no aprendidos pasos y escarceos,
libre retoza en la extensión del hato;
y las aves domésticas alegran
las vallas del corral, ó con sus crías
van picoteando perezosamente
en los egidos rústicos del pueblo.

A los golpes del hacha que sacude
el brazo del gañán, tiemblan los troncos
de los copados árboles, vacilan
y se derrumban con fragor á tierra.
Después, cuando ya exhaustos de la savia,
tostados por el rayo veraniego,
hojas y leños desfallecen mustios,
vendrán las llamaradas de la quema,
ráfaga de exterminio á cuyo paso
campa el desierto en medio del oasis.

Llega el invierno; la simiente oculta
hinchase, brota; de hojas se ornamenta
el vástago nudoso que sostiene
el cofre verdegay donde recata,
cual rica joya de perlado engaste,
sus nacarados granos la mazorca.

Al cangle erguido pudorosas yemas
rejuvenecen, y en el fértil suelo
abulta la raíz que nos ofrece
en blancas tortas alimento sano,

rústico pan que el gusto lisonjea
de la sencilla gente labradora.
Y no agotada aún, la savia nutre
el globo amarillento del camote;
la succulenta y harinosa pulpa
de vicioso medrar, que hecha pedazos
en la marmita hirviente sobrenada;
y las pintadas ánforas do encierra
en leves copos de carmín y rosa
su delicioso néctar la sandía.

En la humedad, al peso de sus granos,
dobla el arroz su espiga rubicunda;
el frísol medra entre cerúleas celdas,
cual larva acurrucada en su capullo;
y en la extensión del platanar sombrío
descuella entre el espléndido follaje,
verde el racimo, que matiza á trechos
la madurez con amarillo tinte.

Acariciado por el sol fermenta
en la caña el licor que cristaliza
en los brillantes témpanos de azúcar,
ó en fluido sutil turba la mente
de la embriaguez con el delirio insano.

(Continuará).

NOTAS.

AÑO NUEVO.—Costa Rica Ilustrada en-
vía á sus lectores y lectoras los votos que hace
por su felicidad y su salud en el nuevo año.

Desea que en 1891 se reconcilien los no-
vios que rompieron en 1890; que los que se
devolvieron las cartas vuelvan á cambiarlas;
que los padres, hermanos y sobre todo la fu-
tura suegra vean con buenos ojos al novio;
que los que han empezado á mirarse con bu-
enos ojos remachen la cadena y se amarren
bonitamente. . . . y por otra parte, que Costa
Rica prospere cada vez más, el personalismo
muera, las ideas se definan, las agrupaciones
políticas entren en la lucha civilizada de los
principios y todas tengan en mira la honra y
la grandeza de la patria.

Conque, para todos y en todo feliz año
nuevo.

Como lo habíamos prometido, hoy obse-
quiamos á nuestros amables suscritores con
la preciosa mazurka "Mis Querellas" del maes-
tro don José Campabadal. Dicha mazurka
fué publicada en este periódico, mas se hizo
sin la correspondiente ortografía musical, con
motivo del certamen que se preparaba en días
pasados. Hoy la ofrecemos completa y en
edición separada, con su bonita portada.

Esperamos que será bien recibida por el
público.

Con el presente número comenzamos la
publicación de las correspondencias que nues-
tro antiguo y estimado colaborador don Ma-
nuel Argüello, ha prometido enviarnos pe-
riódicamente desde París. No dudamos que
el público las acogerá con gusto, dadas las
brillantes dotes literarias del autor y la nove-
dad de los asuntos que trata.

También publicamos un juicio crítico so-
bre la *Lira costarricense*, del conocido escri-
tor español don Acacio Cáceres Prat, á quien
damos las más cumplidas gracias. Recíbalas
también el señor don Juan Ferraz, por cuyo
medio hemos recibido el expresado artículo.

Nuestro ex-compañero de redacción don
Joaquín Pablo Vélez nos ha suministrado
la hermosa décima que publicamos hoy del
malogrado poeta Cartagenero don Jorge
Pombo M., amigo suyo inolvidable.